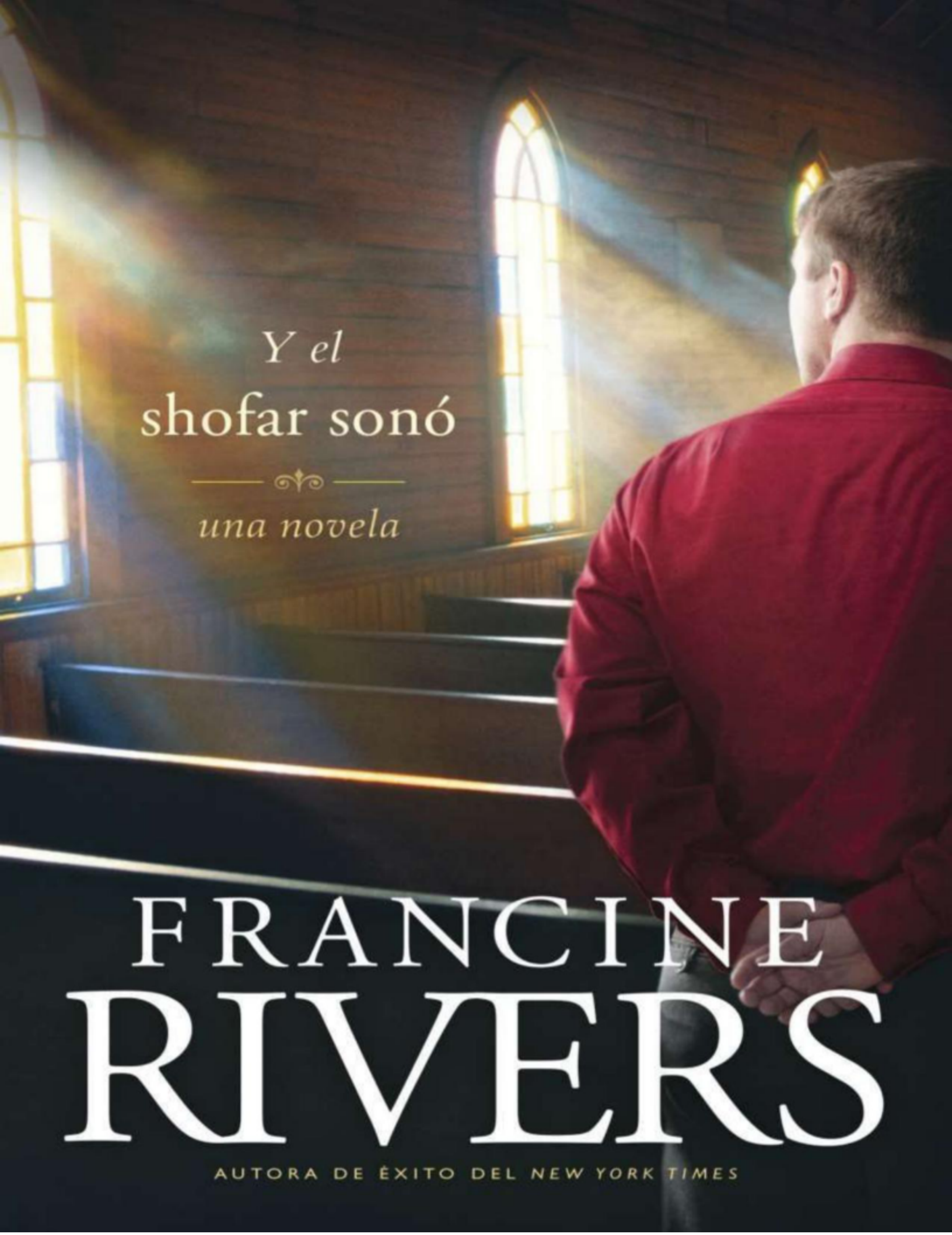
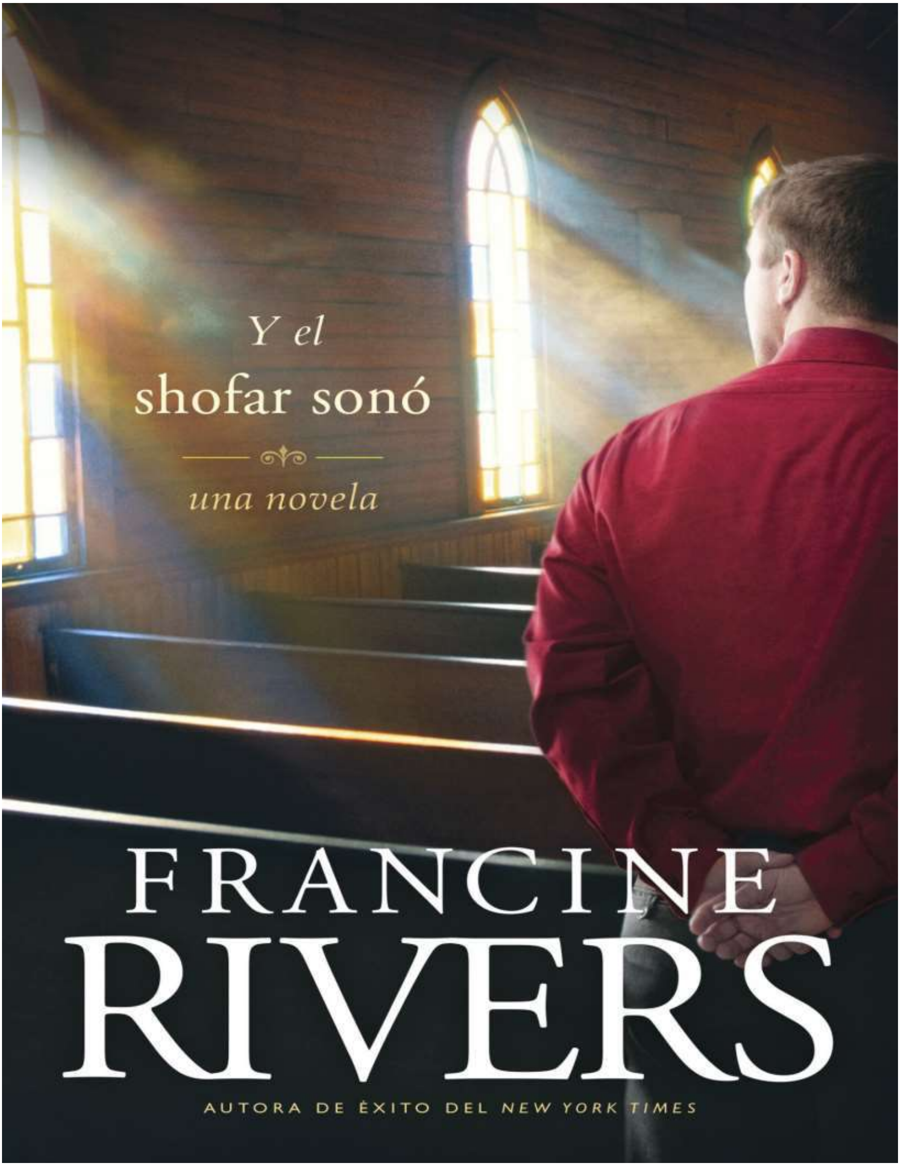

Y el
shofar sonó
una novela
FRANCINE
RIVERS
AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



Dedicado a Rick y Sue Hahn

Siervos fieles de Jesucristo

Agradecimientos

Quiero agradecer a las innumerables esposas de pastores, líderes laicos, siervos, fundadores de iglesias, maestros y sobrevivientes del fuego cruzado que compartieron conmigo sus experiencias dolorosas y, a menudo, muy privadas. Muchos de ustedes tienen cicatrices por «edificar una iglesia». Muchos han sido lastimados profundamente y siguen sirviendo en medio de la persecución. ¡Mantengan la fe! ¡Anímense! El hombre hace planes, pero el Señor prevalece.

Quiero expresar mi más profunda gratitud a Kathy Olson, mi extraordinaria editora, y al equipo de Tyndale por su apoyo constante. También quiero agradecer a Bob Coibion por compartir sus conocimientos en proyectos de construcción.

Hermanos y hermanas, somos uno en el cuerpo y en el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo, la *única* piedra principal sobre la cual se debe edificar lo que perdura para siempre: la relación con nuestro Creador, Salvador y Señor.

Francine Rivers

S A L M O 1 2 7 : 1

PRIMERA PARTE

EL LLAMADO

CAPÍ TULO 1

1987

Samuel Mason estaba en su DeSoto blanco frente a la Iglesia Cristiana de Centerville. El viejo lugar era como él: había visto días mejores. Al campanario todavía le hacía falta la media docena de tejas que habían volado durante una tormenta de viento tres años atrás. La pintura estaba descascarada y dejaba a la vista unas tablas grises envejecidas.

Una de las altas ventanas abovedadas estaba rota. El césped estaba casi muerto; los rosales descuidados; y el abedul del patio, el que estaba entre la iglesia, el salón social y la pequeña vivienda parroquial, tenía una especie de cochinilla que estaba matándolo.

Si no se tomaba una decisión pronto, Samuel temía que llegaría a vivir lo suficiente para ver un letrero de «Se vende» puesto en la propiedad de la iglesia y la cerradura de combinación de un agente inmobiliario en la puerta delantera. Estiró el brazo y levantó la desgastada Biblia de cuero negro que estaba en el asiento del acompañante. *Intento mantener la fe, Señor. Estoy tratando de confiar.*

—¡Samuel! —Hollis Sawyer avanzaba cojeando por la acera de la calle Primera. Se encontraron en la escalinata del frente. Hollis se aferró a la oxidada barandilla de hierro con la mano izquierda, afirmó su bastón, se acomodó la cadera y levantó su pierna ortopédica al segundo escalón—. Otis llamó. Dijo que llegará tarde.

—¿Algún problema?

—No lo dijo, pero pude oír al fondo que Mabel le hablaba. Sonaba bastante frustrado.

Samuel abrió la cerradura de la puerta delantera y miró la alfombra del atrio que alguna vez fue de color malva, ahora gris y desteñida por el sol. Hollis hizo una mueca de dolor al atravesar cojeando el umbral. Samuel dejó la puerta entreabierta para Otis.

En el vestíbulo, nada había cambiado en años. Los folletos descoloridos seguían colocados en pilas perfectas. El borde deshilachado de la alfombra aún estaba descorrido por la puerta de la pequeña oficina ministerial. Las hojas polvorientas del ficus artificial del rincón seguían alojando una araña. Había otra telaraña en la esquina

de una ventana alta; alguien tendría que sacar la escalera y sacarla de ahí. Pero ¿quién estaría dispuesto a treparse a una escalera, cuando la caída podría mandar sus huesos viejos a un hospital de convalecencia? Y llamar a un profesional de limpieza estaba fuera de discusión. No había dinero.

—Hace tanto frío aquí como en el invierno de Minnesota —dijo Hollis, cojeando por el pasillo.

El santuario olía a humedad, como una casa que había permanecido cerrada toda una temporada.

—Puedo encender la calefacción.

—No te molestes. Para cuando el lugar se caliente, habrá terminado nuestra reunión. —

Hollis ingresó a la segunda hilera y colgó su bastón en el respaldo del banco que tenía enfrente, sentándose lentamente—. Entonces, ¿quién va a predicar este domingo?

Samuel se sentó en el banco al otro lado de Hollis y colocó su Biblia junto a él.

—El domingo es el menor de nuestros problemas, Hollis. —Apoyando las muñecas sobre el respaldo del banco delantero, entrelazó sus manos y levantó la vista. Al menos, la cruz de bronce y los dos candelabros del altar estaban pulidos. Parecían las únicas cosas que recibían cierta atención. La alfombra necesitaba limpieza; el púlpito, pintura; y el órgano, reparación. Lamentablemente, cada año había menos obreros del Señor y las donaciones económicas menguaban, pese a las almas generosas de los miembros, todos los cuales vivían de ingresos fijos, y algunos otros únicamente de la seguridad social.

Señor… La mente de Samuel se quedó en blanco mientras se aguantaba las ganas de llorar. Tragó con dificultad por el nudo que tenía en la garganta y miró el balcón vacío del coro. Recordaba la época cuando estaba lleno de cantores, todos con túnicas rojas y doradas. Ahora, solo quedaba su esposa, Abby, que cantaba algunos domingos, acompañada por Susana Porter en el piano. Por más que él amara a su viejita, Samuel debía reconocer que la voz de Abby ya no era lo que había sido.

Uno por uno, los programas de la iglesia comenzaron a disminuir y desaparecieron, como polvo que se lleva el viento. Los niños crecieron y se fueron. Los de mediana edad envejecieron, y los viejos murieron.

La voz del pastor no hacía eco en ningún cuerpo vivo que absorbiera sus palabras sabias.

Oh, Señor, no me dejes vivir tanto como para ver cerradas las puertas de esta iglesia un domingo en la mañana.

Abby y él eran parte de esta iglesia desde hacía casi cuarenta años. Sus hijos habían asistido a la escuela dominical y habían sido bautizados aquí. El pastor Hank había oficiado la ceremonia de bodas de su hija Alicia. Y, después, el servicio religioso cuando el cuerpo de su hijo Donny llegó desde Vietnam. No recordaba cuándo había sido el último bautismo, pero los funerales eran cada vez más frecuentes. Hasta donde él sabía, la pila bautismal se había secado.

Samuel también se sentía seco. Estaba cansado, deprimido, vencido. Y ahora, les había sucedido una nueva tragedia. No sabía qué harían para mantener en funcionamiento la iglesia. Si no encontraban una manera, ¿qué sería del pequeño cuerpo de creyentes que seguía viniendo a congregarse cada domingo? La mayoría eran demasiado viejos para conducir un carro, y los demás, demasiado tímidos para viajar treinta y cinco kilómetros de carretera para alabar con desconocidos.

¿Quedaremos todos relegados a mirar a los teleevangelistas que dedican tres cuartos de hora a pedir dinero? Dios, ayúdanos.

La puerta delantera de la iglesia se cerró de golpe y los tablones del piso crujieron bajo el peso de unos pasos que se acercaban.

—¡Perdón por llegar tarde! —Otis Harrison caminó por el pasillo y se sentó en un banco delantero.

Samuel separó las manos y se levantó para saludarlo.

—¿Cómo se siente Mabel?

—Mal. El doctor volvió a darle oxígeno. Se pone de muy malhumor cuando va arrastrando el tanque ese por la casa. Uno pensaría que se quedaría sentada un rato.

Pero no. Tengo que estar vigilándola como un lince. Ayer, la encontré en la cocina.

Discutimos a gritos. Le dije que uno de estos días abrirá una hornilla de gas, encenderá un fósforo y nos hará volar hasta el reino de los cielos. Dijo que ya no soportaba comer una sola cena congelada más.

—¿Por qué no pides comida a domicilio? —dijo Hollis.

—Lo hice. Es por eso que llegué tarde.

—¿No aparecieron?

—Llegaron puntualmente, de lo contrario, aún estarían esperándome. El problema es que tengo que estar ahí para abrir la puerta porque Mabel se niega rotundamente a hacerlo. —El banco delantero chirrió cuando Otis acomodó su peso.

Durante años, Samuel y Abby habían disfrutado muchas noches agradables en la casa de los Harrison. Mabel siempre preparaba un festín: pollos rellenos, pasteles de ángel caseros y verduras asadas o al vapor que cultivaba en el huerto de su casa. La esposa de Otis amaba cocinar. No era un pasatiempo. Era un llamado. Mabel y Otis les daban la bienvenida a las nuevas familias de la iglesia invitándolas a cenar. Cocina italiana, alemana, francesa e, incluso, china: ella estaba dispuesta a intentar lo que fuera para el deleite de cualquiera que se sentara a su mesa. Las personas se acercaban en estampida a probar todo guisado o pastel que Mabel pusiera sobre las largas mesas cubiertas de manteles plásticos los días de almuerzo comunitario. Ella le había enviado galletas a Donny cuando estaba en la base aérea de Hue, Vietnam. Otis solía quejarse de que nunca sabía qué le esperaba para cenar, pero nunca nadie había sentido pena por él.

—Sigue mirando esos programas de cocina en la tele y anotando las recetas. ¡Está enloqueciendo de frustración! Y me vuelve loco a mí también. Le sugerí que empezara a bordar. O a pintar sobre madera. O a hacer crucigramas. Algo. *¡Cualquier cosa!* No voy a repetir lo que respondió.

—¿Y si usa una cocina eléctrica? —dijo Hollis—. ¿O un microondas?

—Mabel no quiere nada con una cocina eléctrica. Y en cuanto a un microondas, nuestro hijo nos regaló uno hace un par de Navidades. Ninguno de los dos entiende cómo funciona, excepto para encenderlo un minuto para calentar el café. —Otis negó con la cabeza—. Extraño los buenos tiempos, cuando nunca sabía qué habría en la mesa al llegar a casa del trabajo. Estos días no aguanta de pie lo suficiente para hacer una ensalada. He intentado cocinar, pero ha sido un desastre total. —Haciendo una mueca, movió la mano en un gesto impaciente—. Pero suficiente de mis problemas. Por lo que escuché, tenemos otras cosas de qué hablar. ¿Qué novedades hay de Hank?

—No son buenas —dijo Samuel—. Anoche, Abby y yo estuvimos con

Susana en el hospital. Ella quiere que Hank se jubile.

—Deberíamos esperar y ver qué dice Hank. —Hollis estiró su pierna enferma.

Samuel sabía que no querían enfrentar los hechos.

—Tuvo un ataque cardíaco, Hollis. No puede decir nada porque tiene un tubo metido en la garganta. —¿Realmente creían que Henry Porter podía continuar por siempre? El pobre Hank estaba mucho más allá de aspirar a ser el Conejito de Energizer.

Otis frunció el ceño.

—¿Tan mal está?

—Ayer en la tarde estaba haciendo visitas en el hospital y se desmayó en el pasillo, a pocos pasos de la sala de emergencias. De lo contrario, ahora estaríamos aquí organizando su funeral.

—Dios lo estaba cuidando —dijo Hollis—. Siempre lo hace.

—Es hora de que también *nosotros* nos ocupemos de lo que es mejor para Él.

Otis se puso tenso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Samuel acaba de pasar una larga noche. —Hollis sonaba optimista.

—Eso es parte del asunto —concedió Samuel. Una noche realmente larga de enfrentar el futuro—. Lo cierto es que esta es una crisis más de una larga serie de crisis que hemos enfrentado. Y no quiero ver que esta nos hunda. Tenemos que tomar algunas decisiones.

Hollis se movió inquieto en el asiento.

—¿A qué hora llegaron tú y Abby al hospital?

Cada vez que la discusión giraba hacia cosas desagradables, Hollis la esquivaba cambiando de tema.

—Media hora después de que Susana nos llamó. Hace mucho tiempo que Hank no se siente bien.

Otis frunció el ceño.

—Nunca dijo nada.

—El cabello se le puso completamente blanco en los dos últimos años. ¿No se dieron cuenta?

—El mío también —dijo Hollis.

—Y bajó de peso.

—Ojalá yo pudiera —dijo Otis, soltando una risita.

Samuel se esforzó por mantener la paciencia. Si no era prudente, esta reunión se convertiría en otra charla sobre el deplorable estado del mundo y del país.

—Hace aproximadamente una semana, Hank me habló de un amigo suyo de la época universitaria, quien es decano de una universidad cristiana en el Medio Oeste. Habló muy bien de él y de la institución. —Samuel miró a uno y a otro de sus amigos más antiguos—. Creo que trataba de decirme por dónde deberíamos empezar a buscar a su sucesor.

—¡Oye, espera un minuto! —dijo Hollis—. Este no es el momento oportuno para jubilarlo, Samuel. ¿Qué clase de golpe sería ese para un hombre postrado? —resopló—.

¿Cómo te sentirías tú si alguien fuera a tu habitación en el hospital, se parara junto a tu cama y te dijera: “Lamento que hayas tenido un ataque cardíaco, viejo amigo, pero tus días útiles se han terminado”?

El rostro de Otis estaba rojo y tenso.

—Hank ha sido la fuerza impulsora de esta iglesia durante los últimos treinta y tantos años. Ha sido la mano firme sobre el timón. No podemos prescindir de él.

Samuel sabía que no iba a ser fácil. Había un tiempo para ser amable y un tiempo para ser directo.

—Háganme caso: Hank no va a volver. Y si queremos que esta iglesia sobreviva, será mejor que hagamos algo para encontrar a otro que se ponga al timón. Estamos a punto de ir a la deriva, y vamos hacia las rocas.

Hollis hizo un gesto con la mano.

—Hank fue hospitalizado hace cinco años cuando tuvo la cirugía de

baipás coronario. Y

regresó. Simplemente invitaremos a algunos predicadores hasta que Hank se recupere.

Como hicimos la última vez. Los Gedeones, el Ejército de Salvación, alguien de ese

comedor comunitario que está al otro lado de la ciudad. Pidámosles que vengan y hablen de sus ministerios. Que llenen el púlpito algunos domingos. —Se rio nerviosamente—. Si las cosas se ponen difíciles, siempre podemos contar con el espectáculo de Otis mostrando sus diapositivas de Tierra Santa otra vez.

Samuel despegó su talón del suelo y empezó a moverlo hacia arriba y hacia abajo silenciosamente, como hacía siempre que estaba tenso. ¿Qué necesitaría para abrirles los ojos a sus viejos amigos? ¿Acaso el Señor en persona tendría que hacer resonar el cuerno del carnero para hacerlos avanzar?

—Susana contó que su nieta mayor espera un bebé para la primavera. Dijo que sería lindo ver a Hank con un bisnieto en sus rodillas. Ellos quisieran volver a ser parte de la vida de sus hijos, sentarse juntos en la misma iglesia, en el mismo banco. ¿Quién de ustedes quiere decirle a Hank que no se ha ganado el derecho a hacer esas cosas?

¿Quién de los dos quiere decirle que esperamos que se mantenga de pie en ese púlpito hasta que se caiga muerto? —Su voz se quebró.

Hollis frunció el ceño y desvió la vista, pero no antes de que Samuel viera sus ojos húmedos.

Samuel apoyó su brazo en el banco.

—Hank necesita saber que lo entendemos. Necesita que le demos las gracias por todos sus años de servicio fiel a esta congregación. Necesita nuestra bendición. ¡Y necesita ese fondo de pensión que creamos hace años para que él y Susana vivan de algo más que del cheque mensual del gobierno y de la caridad de sus hijos! —Apenas veía sus rostros porque las lágrimas le nublaban la vista.

Otis se levantó y caminó de un lado a otro del pasillo con una mano hundida en el bolsillo mientras se rascaba la frente con la otra.

—El mercado de valores ha caído mucho, Samuel. Ese fondo vale casi la mitad de lo que valía hace un año.

—La mitad es mejor que nada.

—Tal vez, si hubiera retirado antes las acciones tecnológicas… Como están las cosas, recibirá unos doscientos cincuenta dólares mensuales por cuarenta años de servicio.

Samuel cerró los ojos.

—Al menos, hemos podido mantener al día su cobertura médica a largo plazo.

—Fue bueno que se afiliara al seguro médico cuando tenía treinta y pico años, o no nos alcanzaría para las primas del seguro médico. —Otis se desplomó pesadamente en el extremo de un banco. Miró directamente a Samuel, quien asintió, sabiendo que él y Abby tendrían que conseguir el dinero, como lo hacían cada vez que no había lo suficiente en el plato de las ofrendas para cubrir los gastos.

—Hace cinco años —suspiró Hollis—, teníamos seis ancianos. Primero perdimos a Frank Bunker por un cáncer de próstata; luego, Jim Popoff se quedó dormido en su sillón reclinable y no volvió a despertar. El año pasado, Ed Frost tuvo un derrame cerebral. Vinieron sus hijos, alquilaron un transporte para mudanzas, clavaron un letrero de «Se vende» frente a su casa y se lo llevaron a algún centro residencial del sur para que lo atendieran. Y ahora Hank… —La voz de Hollis se entrecortó. Se acomodó la cadera otra vez.

—Entonces —dijo Otis arrastrando las sílabas—. ¿Qué hacemos sin un pastor?

—¡Darnos por vencidos! —dijo Hollis.

—O comenzar de nuevo.

Ambos hombres miraron a Samuel. Otis resopló.

—Eres un soñador, Samuel. Siempre fuiste un soñador. Esta iglesia ha estado agonizando durante los últimos diez años. Cuando Hank nos deje, estará muerta.

—¿De verdad quieren cerrar las puertas, echarles llave y largarse?

—¡No es lo que queremos! ¡Es lo que tiene que ser!

—No estoy de acuerdo —dijo Samuel, resuelto—. ¿Por qué no oramos por el asunto?

—¿De qué nos servirá la oración a estas alturas? —dijo Otis, con una expresión de desaliento.

Hollis se puso de pie.

—Se me traba la pierna. Tengo que moverme. —Tomó su bastón del respaldo del banco y se fue cojeando hacia el frente de la iglesia—. No sé qué pasa en nuestro país en estos tiempos. —Golpeó el bastón contra el piso—. Eduqué a mis cuatro hijos para que todos

fueran cristianos y ninguno sigue yendo a la iglesia. Las únicas ocasiones en que van es en Navidad y en Pascua.

—Seguramente es por tener que viajar al trabajo todos los días —dijo Otis—. Hoy en día se necesitan dos personas que trabajen para pagar una casa; para colmo, tienen que cambiar el carro cada pocos años porque lo usan demasiado. Mi hijo le pone doscientos veinticinco kilómetros diarios a su carro, cinco días a la semana, y su esposa, más o menos la mitad de eso. Y, además, tienen que pagar la guardería de los niños. Más los seguros, y...

Bla, bla, bla. Samuel ya había oído antes todo eso. El mundo es un desastre. La nueva generación no respeta a los mayores. Los ecologistas son todos *hippies* de los sesenta, y los políticos son todos delincuentes, adúlteros y cosas peores.

—Ya conocemos los problemas. Trabajemos en las soluciones.

—¡Soluciones! —Otis negó con la cabeza—. ¿Cuáles soluciones? Mira, Samuel, se acabó.

¿Tenemos una congregación de cuántos?

—Cincuenta y nueve —dijo Hollis sombríamente—. En la lista de miembros. El domingo pasado, vinieron treinta y tres a la iglesia.

Otis miró a Samuel.

—Ahí está. Ya ves cómo es el asunto. No tenemos el dinero para pagar las cuentas. No tenemos un pastor que predique. El único niño que hay en la congregación es el nieto de Brady y Frieda, que solo está de visita. A menos que quieras hacerte cargo, Samuel, yo propongo que nos retiremos con dignidad.

— *¿Con dignidad?* ¿Cómo cierras una iglesia *con dignidad*?

Otis se puso rojo.

—Se acabó. ¿Cuándo se lo harás entender a tu cabeza dura, mi amigo? La fiesta fue divertida mientras duró, pero se acabó. Es hora de irnos a casa.

Samuel sintió un calor que le subía desde lo profundo de su ser, como si alguien estuviera soplando suavemente sobre las brasas moribundas de su corazón.

—¿Qué pasó con el fuego que todos sentíamos cuando llegamos a Cristo?

—Envejecimos —dijo Hollis.

—Nos cansamos —dijo Otis—. Siempre son las mismas personas las que trabajan, mientras que el resto se queda sentado en los bancos y espera que todo marche sin problemas.

Samuel se levantó.

—¡Abraham tenía cien años cuando engendró a Isaac! ¡Moisés tenía ochenta cuando Dios lo llamó a salir del desierto! ¡Caleb tenía ochenta y cinco cuando tomó la región montañosa de los alrededores de Hebrón!

Otis carraspeó.

—En los tiempos bíblicos, una persona de ochenta debe haber sido mucho más joven que ahora.

—Nosotros vinimos a este lugar porque creemos en Jesucristo, ¿cierto? —Samuel se aferraba tenazmente a su fe—. ¿Ha cambiado eso?

—Ni una pizca —dijo Hollis.

—Estamos hablando de cerrar la iglesia, no de abandonar nuestra fe —dijo Otis acaloradamente.

Samuel lo miró.

—¿Puedes hacer lo uno sin lo otro?

Otis infló las mejillas y se rascó el entrecejo. Su rostro estaba poniéndose rojo otra vez.

Eso siempre era un mal augurio.

—Todavía estamos aquí —dijo Samuel—. Esta iglesia aún no está muerta. —Él no iba a desistir, por más que Otis resoplara.

—La semana pasada, hubo ciento dos dólares con sesenta y cinco centavos en la canasta de ofrendas —dijo Otis con el ceño fruncido—. Ni siquiera alcanza para pagar la factura de los servicios públicos. Que, por cierto, está vencida.

—El Señor proveerá —dijo Samuel.

—¡Qué Señor ni qué ocho cuartos! Somos nosotros los que pagamos todo el tiempo.

¿Vas a pagar otra vez los impuestos sobre la propiedad Samuel? —dijo Otis—. ¿Cuánto más podemos seguir así? No hay manera de que podamos mantener el funcionamiento de esta iglesia, ¡especialmente, sin un pastor!

—Precisamente.

—¿Y dónde conseguirás uno? —Otis echaba chispas por los ojos—. Por lo que sé, los pastores no crecen en los árboles.

—Aunque tuviéramos un nuevo pastor, no tenemos dinero para pagar las cuentas.

Necesitaríamos más gente. —Hollis se sentó y estiró la pierna para masajear su muslo con sus dedos artríticos—. Ya no puedo seguir conduciendo un autobús y no estoy en condiciones de ir de puerta en puerta, como lo hacíamos en los viejos tiempos.

Otis lo atravesó con la mirada.

—No tenemos un autobús, Hollis. Y, ahora que no tenemos pastor, no tenemos ningún servicio al cual invitar a las personas. —Hizo un gesto con el brazo—. Lo único que tenemos es este edificio. Y un terremoto probablemente podría hacerlo caer sobre nuestras cabezas.

—Por lo menos lo tenemos —se rio Hollis con amargura—, en ese caso tendríamos el dinero del seguro para despedir a Hank con estilo.

—Tengo una idea. —El tono de voz de Otis destilaba sarcasmo—. ¿Por qué no convertimos este viejo lugar en una casa embrujada para Halloween? Cobremos diez dólares por cabeza. Podríamos saldar todas

nuestras cuentas y tener lo suficiente para darle una ofrenda de amor a Hank.

—Muy gracioso —dijo Samuel secamente.

Otis frunció el ceño.

—Estoy bromeando a medias.

Samuel miró a uno y a otro de los dos hombres con solemnidad.

—Seguimos teniendo treinta y tres personas que necesitan comunidad cristiana.

Los hombros de Hollis se hundieron.

—Todos tenemos un pie en la tumba y el otro sobre una cáscara de plátano.

—Voto por que llamemos a ese decano. —Samuel se mantuvo firme.

—De acuerdo. —Otis levantó ambas manos—. *¡Está bien!* Si eso es lo que buscas, ya tienes mi voto. Llama al decano. Ve qué puede hacer por nosotros. Apuesto a que nada.

Llama a quien quieras. Llama a Dios a ver si todavía le importa escucharnos. Llama al presidente de los Estados Unidos, me da igual. Yo me largo; tengo que asegurarme de que mi esposa no le haya prendido fuego a la cocina ni a sí misma. —Con los hombros caídos, Otis caminó por el pasillo.

A pesar de todas las bravuconerías y las protestas de Otis, Samuel sabía que su viejo amigo, al igual que él, no quería darse por vencido.

—Gracias, Otis.

—¡Solo te pido que no salgas a buscar a algún personaje que traiga una batería y una guitarra eléctrica! —gritó Otis por encima del hombro.

—Tal vez —se rio Samuel—, eso sea justamente lo que necesitamos, viejo amigo.

—¡Sobre mi cadáver! —La puerta delantera de la iglesia se cerró de golpe.

Hollis se puso de pie con gran esfuerzo, tomó su bastón del respaldo

del banco y suspiró profundamente. Se quedó mirando alrededor un largo rato.

—Sabes... —Su mirada se volvió brillante y su boca mostró un movimiento trémulo.

Apretando sus labios temblorosos, negó con la cabeza. Levantó el bastón a modo de saludo débil y caminó cojeando por el pasillo.

—Mantén la fe, hermano.

—Buenas noches —dijo Hollis con voz ronca. La puerta se abrió de nuevo y se cerró firmemente.

El silencio llenó la iglesia.

Samuel apoyó la mano sobre su Biblia, pero no la tomó. Oró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Samuel condujo su carro por el estrecho camino de la entrada, entró al garaje abierto y se estacionó a dentro. La puerta trasera de su bungaló americano se abrió y Abby se paró bajo la luz a esperarlo. Lo besó cuando él traspasó el umbral.

—¿Cómo estuvo la reunión?

Él rozó su mejilla tiernamente.

—Mañana llamaré al amigo de Hank.

—Gracias a Dios. —Cruzó la cocina—. Siéntate, cariño. Tendré caliente tu cena en unos minutos.

Samuel puso su Biblia sobre la mesa blanca de fórmica, retiró una de las sillas de metal cromado y se sentó en el asiento vinílico rojo.

—Tenemos trabajo por delante.

—Al menos te escucharon.

—Solo porque están demasiado cansados para seguir discutiendo.

Abby sonrió por encima de su hombro.

—No te pongas cínico a estas alturas del partido. Algo como esto puede hacernos sentir jóvenes otra vez. —Presionó los números en el microondas.

—Otis dice que soy un soñador. —Observó a Abby mientras ponía los cubiertos y una servilleta en la mesa, delante de él. Le parecía tan hermosa ahora, a los setenta y cuatro, como lo había sido a los dieciocho, cuando se casó con ella. Le agarró la mano—.

Todavía te amo, ¿sabes?

—Más te vale. Te tengo atrapado. —El microondas sonó su sonido metálico—. La cena está lista.

—Otis estaba hasta la coronilla cuando llegó a la iglesia. Mabel está teniendo momentos muy difíciles otra vez. Está usando oxígeno de nuevo.

—Sí, me enteré. —Dejó el plato delante de él. Pastel de carne, puré de papas y guisantes—. La llamé esta tarde. Tuvimos una larga charla. —Tomó asiento frente a él.

—¿Se comportó bien? —Él levantó su tenedor.

Abby se rio.

—Oí que alguien hablaba al fondo acerca de ensaladas en capas; luego, Mabel apagó el televisor.

—Pobre alma.

—Ah, tonterías. En parte, se divierte frustrando a Otis. Sabe exactamente qué hacer para que él salte.

—¿Ella no extraña cocinar?

—No tanto como a él le gustaría.

—Mujeres. No puedes vivir con ellas y no puedes vivir sin ellas.

Abby se levantó de la silla y abrió el viejo refrigerador. Sirvió leche en un vaso, lo dejó delante de él y se sentó de nuevo. Nunca podía quedarse quieta por mucho tiempo. Iba en contra de su naturaleza. Juntó las yemas de sus dedos y lo observó. A pesar de su falta de apetito, él comía lentamente para que ella no se preocupara.

—Será un alivio para Susana, Samuel. Ha querido que él se retire

desde que le hicieron la cirugía del baipás coronario.

—No tendrán mucho para vivir. No es como si tuvieran una propiedad para vender.

—Creo que Susana va a extrañar esa vieja casa pastoral. Me dijo que tienen unos diez mil ahorrados. Gracias a Dios que tenemos el fondo de jubilación para darles. De lo contrario, dependerían de que sus hijos los mantuvieran.

Samuel le comunicó las malas noticias. Abby bajó la cabeza sin decir nada. Él apoyó su tenedor y esperó, sabiendo que ella elevaba una oración desesperada en silencio.

Cuando levantó la cabeza nuevamente, tenía el rostro pálido y los ojos llenos de lágrimas. Él compartía su vergüenza.

—Desearía haber nacido rico, en vez de bien parecido. —La vieja broma fracasó. Abby extendió su mano y la apoyó sobre la de él, quien negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Me pregunto qué está haciendo el Señor esta vez —dijo ella, pensativamente.

—No eres la única.

Pablo Hudson escuchó el barullo desde el momento en que abrió la puerta delantera de su casa alquilada. Se quitó la chaqueta y la colgó en el armario del pasillo. Se rio cuando vio a su hijo de tres años, Timoteo, en el piso de la cocina, golpeando el fondo de una olla con una cuchara de madera mientras Eunice cantaba: «Génesis, Éxodo, Levítico, Números...».

Sonriendo, Pablo se apoyó contra el marco de la puerta y los observó. Timoteo lo vio.

—¡Papi! —Dejó caer la cuchara y se levantó de un salto. Pablo lo alzó en brazos, lo besó, lo hizo girar y lo subió sobre sus hombros.

Sonriendo, Eunice dejó un puñado de cubiertos mojados en el escurridor de platos y buscó un paño de cocina.

—¿Qué tal estuvo tu día?

—¡Sensacional! La clase salió bien. Un montón de preguntas. El debate fue bueno. Me encanta ver cuánto se puede entusiasmar la gente. —Se acercó y le dio un beso—.

Hmmm. Mami huele rico.

—Hoy hicimos galletas.

—¿Puedo montar a caballo, papi?

—Si no te pasas con tu viejo. —Pablo se puso en cuatro patas. Timmy se impulsó y con sus piernitas delgadas se sujetó a la caja torácica de Pablo, quien se paró en dos patas y emitió un relincho. Timmy se aferró, chillando de risa. Pateó dos veces las costillas de Pablo con sus talones—. ¡Tranquilo, vaquero! —Pablo levantó la vista y miró a Eunice, quien se reía de ellos, y sintió el corazón pleno. ¿Cómo podía un hombre ser tan bendecido?— ¡Qué bueno que no tiene espuelas! —Dejó que Timmy cabalgara sobre él dando tres vueltas por la sala, antes de rodar y dejarlo caer sobre la alfombra. El niño se

trepó velozmente al estómago de Pablo, saltando sin mucha suavidad —. ¡Ay! ¡Ay! —

gruñó Pablo.

—Hay una llamada del decano Whittier en el contestador —dijo Eunice.

—Hace mucho que no hablo con él. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Quiero viajar en avión, papi. ¡Por favor!

Pablo lo sujetó de un brazo y una pierna y lo hizo dar vueltas alrededor de él mientras Timmy hacía sonidos estruendosos.

—Nunca se va de la oficina antes de las seis. —Aterrizó suavemente a su hijo sobre el sofá—. Vamos a jugar fútbol, Timmy. —Besó a Eunice antes de dirigirse al patio trasero—. Avísame a las cinco y media, ¿de acuerdo? No quiero dejar esperando al decano.

Afuera, Timmy pateaba la pelota y él se la devolvía con pases suaves. Cuando Timmy se cansó del juego, Pablo lo empujó en el columpio. Eunice se asomó a la puerta y él subió a Timmy sobre sus hombros

para volver adentro. Ella lo levantó.

—Hora de lavarse para la cena, pequeñito.

Pablo se encaminó hacia el teléfono. Presionó el botón del contestador automático.

«Habla el decano Whittier. He recibido una llamada y creo que te incumbe».

El mensaje enigmático dejó intranquilo a Pablo. Marcó el número de la oficina. El decano Whittier lo había apoyado durante sus años universitarios. Pablo había tratado de mantenerse en contacto, pero habían pasado seis meses desde la última vez que habló con él. Sentía gratitud por el apoyo del decano en la Universidad Cristiana Midwest; especialmente, cuando se había sentido presionado por las expectativas de todos. Como era hijo de un pastor muy conocido, algunos pensaban que debía haber heredado una especie de unción especial. A todos les habría sorprendido enterarse que él nunca había estado al tanto de las obras de la iglesia de su padre, más allá de saber que él llevaba las riendas. Pablo había escuchado y visto a los miembros admirar a David Hudson y correr para cumplir con sus demandas.

Pablo trabajó mucho por alcanzar el puesto más alto en sus materias. No había sido fácil, pero no se había atrevido a hacer menos que eso desde que tuvo la edad para

comenzar sus estudios. Cualquier cosa que fuera menos que la excelencia le habría valido el menosprecio de su padre. Él esperaba la perfección. «Todo lo que no sea lo mejor de ti deshonra a Dios». Pablo había luchado por estar a la altura y, a menudo, no había satisfecho las expectativas de su padre.

El decano Whittier había recomendado a Pablo para el cargo de pastor adjunto de la Iglesia Mountain High, una de las más grandes del país. Algunos domingos en la mañana, Pablo parecía como perdido entre las multitudes, pero tan pronto como entraba en el aula, se sentía como en casa. Amaba enseñar, especialmente a los grupos pequeños, donde las personas podían sincerarse y hablar de su vida, y ser motivadas en la fe.

—Oficina del decano Whittier. Habla la señora MacPherson. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hola, Evelyn. ¿Cómo le va?

—¡Pablo! ¿Qué tal? ¿Cómo está Eunice?

—Tan preciosa como siempre. —Le guiñó un ojo a Eunice.

—¿Y Timmy?

—Recién estaba tocando la batería en la cocina. —Se rio en voz alta —. Futuro ministro de adoración.

Evelyn dejó escapar una risita.

—Bueno, no me sorprende, teniendo en cuenta los talentos de Eunice. El decano está con alguien en su oficina, pero sé que quiere hablar contigo. ¿Puedes esperar unos minutos? Le pasaré una nota y le haré saber que estás en la línea.

—Claro. No hay problema. —Echó un vistazo a la correspondencia mientras esperaba.

Eunice ya había abierto las facturas. ¡Ay! La cuenta del gas había subido. Al igual que la del teléfono y la de los servicios públicos. Dejándolas a un lado, examinó todo con cuidado, separando el correo de propaganda de las varias entidades caritativas que pedían dinero; luego hojeó el catálogo de Distribuidores de Libros Cristianos para pastores.

—Pablo —dijo el decano Whittier—, disculpa que te haya hecho esperar. —

Intercambiaron saludos y comentarios amables—. El otro día hablé con el pastor Riley.

Me dio un informe brillante sobre tus avances. Dijo que tus clases siempre están llenas y que tienen listas de espera.

Pablo se sintió incómodo con el elogio.

—Hay muchas personas hambrientas de la Palabra.

—Y hay áreas que mueren por la falta de la buena enseñanza. Lo cual me lleva al motivo de mi llamada. Un anciano de una iglesia pequeña en Centerville, California, me llamó esta mañana. Su pastor es un viejo amigo mío; tuvo un ataque cardíaco y no podrá seguir sirviendo. El anciano dice que la iglesia cerrará si no hay alguien en el púlpito. La congregación llega a poco menos de cincuenta miembros; casi todos mayores de sesenta y cinco. Cuentan con algunos bienes propios.

Tienen un templo centenario, un salón para uso social que construyeron en los años sesenta y una casita pastoral donde puede vivir el pastor sin pagar alquiler. El Señor te trajo inmediatamente a mis pensamientos.

Pablo no sabía qué decir.

—El pueblo está en alguna parte del Valle Central de California, entre Sacramento y Bakersfield. Estarías más cerca de tus padres.

El Valle Central. Pablo conocía esa región. Había crecido en el sur de California. Todos los veranos, su madre lo llevaba al norte para visitar a su tía y a su tío, que vivían en Modesto. Algunos de los mejores recuerdos de su infancia estaban relacionados con esas semanas con sus primos. Su padre nunca los acompañaba, alegando siempre que el trabajo de la iglesia demandaba su atención. Cuando Pablo tuvo el valor suficiente para preguntarle por qué evitaba a su tía y a su tío, su padre le dijo: «Son buena gente, Pablo, si lo único que quieres es entretenerte. Pero yo no tengo tiempo para las personas a quienes no les interesa edificar el reino».

Al verano siguiente, la madre de Pablo se fue al norte sin él y Pablo, en cambio, fue a un campamento cristiano en la isla Catalina.

A veces, Pablo pensaba en esos primos que habían crecido hacía mucho y que se habían mudado a otra parte. Eran los pocos parientes que tenía por parte de su madre. Su padre era hijo único. La abuela Hudson había muerto mucho antes de que Pablo naciera, y él recordaba muy poco del abuelo Esdras, quien había pasado sus últimos años en un hospital de convalecencia. El anciano falleció cuando Pablo tenía ocho años.

El recuerdo que guardaba Pablo era el alivio que sintió de nunca más tener que volver a

aquel lugar maloliente ni ver las lágrimas que derramaba su madre cada vez que salían del deprimente establecimiento.

Era curioso cómo la mención de una región del país podía provocar tal oleada de recuerdos que lo desbordaron en el lapso de pocos segundos. Casi podía oler la arena caliente, los viñedos y los huertos de árboles frutales, y oír las risas de sus primos mientras tramaban otra broma.

—Serías el único empleado —dijo el decano Whittier—. Y estarías ocupando el puesto de un pastor que guio a esa iglesia durante casi

cuarenta años.

—Cuarenta años es mucho tiempo. —Pablo sabía que una pérdida como esa podría desatar una tormenta de fuego en una iglesia; suficiente para incinerar a la congregación, incluso antes que él llegara. O que lo incinerara a él si, en efecto, se sentía llamado a dirigirse al oeste.

—Lo sé; lo sé. Perder a un pastor de tan larga data puede significar la muerte de una iglesia, más rápido que cualquier otra cosa. Pero creo que tú puedes ser el hombre que Dios está llamando a ese lugar. Tienes todas las credenciales.

—Tendré que orar al respecto, decano Whittier. Quizás estén buscando a alguien mucho mayor y con más experiencia que yo.

—La edad no se mencionó en la conversación. Y no es momento para indecisiones. El anciano no estaba buscando algo en particular. Más que nada, llamó porque quería un consejo. Pero, después de diez minutos de hablar con este caballero, me pareció que quiere algo más que mantener las puertas abiertas.

Pablo quería decirle que sí en el acto, pero se contuvo.

—Usted sabe que mi sueño ha sido pastorear una iglesia, decano Whittier, pero será mejor que primero ore seriamente. No quiero adelantarme a lo que el Señor quiere que yo haga. —Sabía que las emociones podían ser engañosas.

—Toma todo el tiempo que necesites. Pero hazle saber a Samuel Mason que lo estás pensando. Te daré su número para que puedas hablar con él. —Recitó de un tirón los números, pero Pablo estaba preparado con lápiz y papel—. Habla con el pastor Riley y con Eunice, y con cualquier otra persona en la que confíes.

—Lo haré.

—Y mantenme al tanto de lo que suceda.

—Lo llamaré para encontrarnos para almorzar cuando todo esté decidido, señor.

—Hazlo. Que Dios te bendiga, Pablo. Y salúdame a esa bonita esposa tuya. —Colgó.

Euny entró en la cocina con Timmy.

—El decano Whittier te manda saludos.

—Pareces entusiasmado por algo.

—Podríamos decir que sí. —Tomó a Timmy y lo sentó en su silla de comer mientras Eunice sacaba el guisado del horno—. Lo llamó un anciano de una iglesia pequeña en California. Necesitan un pastor.

Ella se enderezó con los ojos resplandecientes.

—¡Y estás recibiendo tu llamado!

—Tal vez sí. Tal vez no. No nos adelantemos al Señor, Euny. Necesitamos orar por esto.

—Oramos todas las mañanas y todas las noches para que el Señor nos lleve donde Él desee que vayamos, Pablo.

—Lo sé. No creo que la llamada del decano Whittier sea una casualidad. Nada sucede por casualidad. A mí me encantaría lanzarme y decir que sí, Euny. Sabes cuánto he soñado con tener mi propia iglesia. Pero estoy enseñando dos asignaturas y estamos a medio ciclo. No puedo renunciar sin más y marcharme.

—Si esta es la voluntad del Señor, será muy clara.

—El decano Whittier me dio el nombre del anciano que llamó de la Iglesia Cristiana de Centerville. Samuel Mason.

—Quizás deberías llamarlo. El semestre terminará en menos de un mes.

—Un mes podría ser demasiado tiempo. El pastor tuvo un ataque cardíaco. Necesitan a alguien lo más pronto posible.

—¿Tienen un pastor interino?

—No lo sé. Su pastor ha servido a la congregación durante casi cuarenta años, Euny. —

La misma cantidad de tiempo que su padre había pastoreado a su iglesia en el sur de California—. Sería difícil ocupar el puesto de ese pastor.

—Sí, sería difícil.

—El decano Whittier sugirió que llame al señor Mason. Supongo que no estaría mal.

Puedo hablarle de mi formación y de mi experiencia, y explicarle cuáles son mis responsabilidades aquí. Si el señor Mason dice que no pueden esperar, esa será la respuesta del Señor. No ir.

—¿Cuándo crees que lo llamarás?

—No durante los próximos días. Primero, quiero ayunar y orar por esto.

Samuel estaba dormitando en su sillón cuando sonó el teléfono. Abby dejó a un lado su crucigrama y atendió. Samuel siguió dormitando. El zumbido del televisor siempre lo ayudaba a quedarse dormido. Comenzaba con ESPN, se quedaba dormido y se despertaba con el canal de películas clásicas Turner, con el control remoto firmemente en posesión de Abby.

—Un minuto, por favor. Samuel. *Pssst. ¡Samuel!*

Samuel levantó la cabeza.

—Te llama Pablo Hudson —dijo Abby.

—¿Quién es Pablo Hudson?

—Un pastor de la Iglesia Mountain High de Illinois. Está llamando con relación a la conversación que tuviste con el decano Whittier.

Samuel se despertó por completo.

—Lo atenderé en la cocina. —Se levantó ruidosamente del sillón reclinable y se puso de pie, mirando brevemente el televisor. Frunció el entrecejo en un gesto burlón—. Así que me hiciste trampa, ¿eh? Como ya debe haber terminado el partido de los Dodgers, puedes ver *La novicia rebelde* con mi bendición.

Ella le sonrió con satisfacción mientras él levantaba el teléfono.

—Mi esposo le contestará en un momento, pastor Hudson.

Samuel tomó el teléfono de la cocina.

—Ya atendí, Abigail. —Su esposa colgó—. Habla Samuel Mason.

—Soy Pablo Hudson, señor. El decano Whittier me llamó la semana pasada y dijo que está buscando un pastor. Él pensó que yo debería llamarlo.

Samuel se frotó la barbilla. ¿Cómo abordaba uno este tema?

—¿Qué considera que deberíamos saber de usted?

—¿Qué están buscando?

—A alguien como Jesús.

—Bueno... la verdad, puedo decirle que me falta mucho para eso, señor.

Pablo Hudson parecía una persona joven. Samuel tomó una libreta y un bolígrafo.

—¿Qué dice si empezamos con sus títulos?

—Me gradué en la Universidad Cristiana Midwest. —Titubeó—. Sería mejor que hablara con el decano Whittier sobre mi servicio allí. Desde que me gradué, he sido parte del personal de la Iglesia Mountain High.

—¿Jóvenes?

—Nuevos cristianos. De todas las edades.

Qué bien.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Cinco años. Acabo de concluir mi maestría en consejería familiar.

Un hombre orquesta.

—¿Está casado?

—Sí, señor. —Samuel pudo oír la sonrisa en la voz de Hudson—. Mi esposa se llama Eunice. La conocí en la universidad y nos casamos dos semanas después de que me gradué. Ella estudiaba música. Toca el piano y canta. No es mi intención presumir, pero Eunice es muy talentosa.

Dos ministros por el precio de uno.

—¿Tienen hijos?

—Sí, señor. Tenemos un varoncito muy activo de tres años que se llama Timoteo.

—Los hijos son una bendición del Señor. —Samuel estuvo a punto de empezar a relatar anécdotas de su hija y de su hijo, pero se frenó en seco cuando otra vez lo atacó el dolor por la pérdida de Donny. Se aclaró la garganta—. Hábleme de su relación con el Señor.

Se apoyó contra la encimera de la cocina mientras Pablo se zambullía con entusiasmo en su testimonio personal. Nacido en una familia cristiana. Padre, pastor de una iglesia en el sur de California. *¿Hudson?* El nombre activó una señal en la cabeza de Samuel, pero no estaba seguro de si era una alarma de incendio o unas campanillas.

Pablo siguió hablando. Había aceptado a Cristo a los diez años, fue activo en grupos de jóvenes, consejero en los campamentos de la iglesia, trabajaba para Hábitat para la Humanidad durante el verano. Mientras cursaba sus estudios universitarios, trabajó como voluntario en un centro para personas de la tercera edad cerca de la universidad.

Trabajaba con jóvenes necesitados y enseñaba a leer a alumnos de una escuela secundaria en una zona marginada de la ciudad.

Pablo Hudson parecía ser un regalo del cielo.

Hubo una larga pausa.

—¿Señor Mason?

—Sigo aquí.

Solo atónito por la energía del joven.

—¿Quiere que le envíe mi currículo en un correo electrónico? —Pablo sonaba cohibido.

Samuel se sintió cautivado por su fervor juvenil.

—No tenemos computadora.

—¿Fax?

—Tampoco. —Samuel volvió a frotarse la barbilla—. Le diré lo que haremos: envíeme su currículo por FedEx. —Dado que no había ningún empleado en la iglesia, Samuel le dio su dirección a Pablo—.

¿Cuál es su situación? Supongo que tiene responsabilidades en la Iglesia Mountain High.

—Trabajo en varias áreas, pero mi principal responsabilidad en este momento es enseñar dos clases de fundamentos básicos.

—¿Cuánto dura el curso?

—Ambas clases terminarán en tres semanas. Una semana después tendremos una ceremonia de compromiso para quienes hayan tomado una decisión por Cristo.

—Entonces no estaría disponible sino hasta dentro de cuatro o cinco semanas.

—Así es, señor. Y, si me llamaran, necesitaría tiempo para empacar, mudarme e instalarme con mi familia.

—Eso no sería ningún problema. Pero no queremos avanzar demasiado rápido.

Informaré a los otros ancianos. Todos tenemos que orar por esto. Teniendo en cuenta todas sus calificaciones, tal vez este no sea el mejor lugar para usted. Somos una iglesia pequeña, Pablo. Menos de sesenta personas.

—Que podría crecer.

Tendría que crecer, o no podrían darse el lujo de pagarle a un nuevo pastor.

—Envíe su currículo. Volveré a hablar con el decano Whittier. —Samuel quería estar seguro de que Pablo Hudson fuera el joven a quien se había referido el decano—.

Hablaré con usted de nuevo en una semana más o menos. ¿Qué le parece?

—Sensato, señor.

—Yo lo contrataría ahora mismo, Pablo, pero será mejor que nos calmemos y veamos si este es el lugar que el Señor quiere para usted.

—Yo soy de andar a toda máquina, señor Mason. He estado orando para que el Señor me llame a pastorear una iglesia.

A Samuel le agradó el sonido de su voz.

—Nada de lo que me ha contado está en su contra.

Intercambiaron algunos comentarios amables y Samuel colgó. Volvió a la sala.

«Cuando cantas comienzas con do-re-mi», cantaba Julie Andrews desde la pantalla.

—Te sabes esa película de memoria, Abby —dijo Samuel—. ¿Cuántas veces la has visto?

—Casi tantas veces como te has quedado dormido tú con *Fútbol americano del lunes por la noche*. —Tomó el control remoto y bajó el volumen, después volvió a dejarlo en la mesita.

Él se sentó en su sillón reclinable, se recostó hacia atrás y esperó. Sabía que no demoraría mucho.

—¿Y entonces…?

—Dame el control remoto y te lo diré.

—Sabes que lo tomaré de nuevo cuando te quedes dormido. —Le entregó el control.

—Veintiocho años, felizmente casado y tiene un hijito de tres años.

—¿Eso es todo lo que te enteraste de él en treinta minutos?

—Tiene una maestría. Fervoroso.

—Eso es maravilloso. —Ella esperó mientras él reflexionaba—. ¿Verdad?

—Depende. —El fuego de lo alto podía levantar a una iglesia de sus cenizas. El ardor inapropiado podía arrasar con ella.

—Tú podrías aconsejarlo.

La miró por encima del marco de sus anteojos.

—Bueno, ¿a quién más propondrías? ¿A Otis? ¿A Hollis?

Samuel empujó hacia atrás su sillón.

—Es posible que veamos si podemos encontrar a alguien mayor, con más experiencia.

—Tú no eres tan indeciso, Samuel.

—Ya no soy precisamente una persona influyente, querida mía.

—Ya sabes el dicho: “La vejez y la traición siempre derrotarán a la juventud y la exuberancia”.

—Una porción de helado con sabor a Rocky Road sería un buen aliciente en este momento.

Ella suspiró y se puso de pie. Samuel le agarró la mano cuando se acercó a su silla.

—Dame un beso, viejita.

—No te mereces un beso.

—Pero de todas maneras me lo darás. —La miró con una sonrisa.

Ella se agachó y le plantó un beso en la boca.

—Tú eres un viejito. —Sus ojos titilaron.

—El control remoto será todo tuyo cuando vuelvas.

Se puso a orar por Pablo Hudson desde el momento en que Abby salió de la sala. Oró mientras comía el helado. Siguió orando mientras su esposa miraba *La novicia rebelde*.

Cuando se fueron a la cama, oró con ella, y se quedó despierto orando mucho después de que su esposa se durmió. Al día siguiente, oró mientras cortaba el césped y ponía aceite en las bisagras y los resortes de la puerta del garaje. Siguió orando mientras le añadía aceite al motor de su DeSoto, limpiaba algunos insectos de la rejilla del carro y cuando salió a podar el seto.

Abby salió al garaje con un sobre de FedEx en la mano. El currículo de Pablo Hudson.

El chico no tenía ni un pero. Samuel abrió el sobre, leyó el currículo, lo llevó adentro y lo puso sobre la mesa.

—Mira a ver qué te parece. —Se dirigió a la puerta.

—¿Y qué hay del almuerzo?

Tomó un plátano que había en el frutero de la mesa en la cocina y

salió de nuevo para hablar un poco más con el Señor. No volvió a entrar hasta que ella le avisó que el almuerzo estaba listo. El currículo estaba sobre la mesa.

—¿Y bien?

Abby dejó escapar un silbido bajito.

—Exactamente.

Esa tarde, llamó al decano Whittier.

—Tuvo que esforzarse para demostrar cuánto valía cuando llegó aquí.

Samuel frunció el ceño.

—¿Por qué tuvo que hacer eso?

—Su padre es David Hudson. A cualquier hombre le costaría estar a la altura de esa clase de reputación.

Antes de que Samuel tuviera la oportunidad de preguntar quién era David Hudson, el decano siguió hablando de varios de los proyectos que Pablo había empezado y concluido mientras estaba en la universidad. La voz de la secretaria del decano sonó de fondo.

—Disculpe, Samuel, pero tengo otra llamada. Solo déjeme decirle esto: Pablo Hudson tiene el potencial de convertirse en un *gran* pastor; quizás, más importante aun que su padre. Mejor atrápenlo mientras puedan.

Samuel fue a buscar a su esposa.

—¿Alguna vez oíste hablar de David Hudson?

—Es el pastor de una de esas megaiglesias del sur. Sus sermones son transmitidos por la tele. Pat Sawyer lo ama. —Sus ojos se iluminaron —. ¡Por todos los cielos! No querrás decir que Pablo Hudson está relacionado con él, ¿verdad?

—Podría decirse que sí. Es el hijo de David Hudson.

—Oh, esto supera todos nuestros sueños...

—No empieces a dar volteretas todavía, Abby. —Caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Samuel?

—Iré a caminar. —Necesitaba tiempo para pensar y orar, antes de llamar a los otros dos ancianos.

CAPÍ TULO 2

AL DÍA SIGUIENTE, Samuel fue al hospital y habló con Hank y Susana Porter sobre Pablo Hudson. Hank dijo que para él era un alivio que la iglesia siguiera adelante y buscara a alguien para reemplazarlo. Su hijo llegaría a Centerville el sábado.

—Esta vez no aceptará un no por respuesta. Nos llevará a Oregón.

Cuando la boca de Hank tembló, Susana puso una mano sobre la suya y la apretó suavemente.

—Hemos hablado de esto durante los últimos cinco años, querido. Ya es hora.

Hank asintió.

—Dejaré mi biblioteca de libros para la iglesia.

—La mayoría de los muebles también se quedará —dijo Susana mirando a Samuel—.

No podemos usar muchos. Nos mudaremos al departamento anexo de la casa de Roberto. Tiene una habitación con una cocina pequeña y un baño. Solo nuestro juego de dormitorio, la mesa de la cocina y las sillas. —Susana se secó las lágrimas de los ojos—.

¿Qué tan pronto debemos dejar la casa pastoral?

Samuel tragó con dificultad.

—Quédense todo el tiempo que necesiten, Susana.

Hank miró a Susana.

—Lamento que tengas que hacer esto sola, pero lo antes que puedas tener las cosas listas, querida mía, mejor. —Miró a Samuel a los ojos —. Si haces venir a este joven a Centerville, él y su esposa necesitarán un lugar donde vivir.

Una enfermera se acercó a la puerta.

—Es hora de que mi paciente descanse.

Samuel se puso de pie a regañadientes, puso su mano sobre el hombro de Hank y se inclinó para besar a Susana en la mejilla. No pudo hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Samuel abandonó el hospital, se sentó en su viejo DeSoto en el estacionamiento y lloró.

Luego, condujo hasta su casa y llamó por teléfono a Otis Harrison y a Hollis Sawyer.

El miércoles en la noche se encontraron en la iglesia y les presentó las copias del currículo de Pablo Hudson. Estaban impresionados. Luego de orar largamente, hablaron dos horas de los buenos viejos tiempos de la iglesia y de lo que este joven podría hacer. Samuel propuso que siguieran orando antes de decidir. Otis dijo que lo harían y, a continuación, él y Hollis se pusieron a hablar de fútbol, de sus achaques y dolores, y de las idiosincrasias de sus esposas. Samuel sugirió que terminaran la reunión y volvieran a encontrarse unos días después.

Para la semana siguiente, ya estaban convencidos de que Pablo Hudson era la respuesta a sus oraciones y votaron unánimemente para llamarlo y ofrecerle el púlpito, siempre y cuando la congregación estuviera de acuerdo.

Los miembros de la iglesia fueron notificados por teléfono acerca de una importante reunión de la congregación que tendría lugar después del culto de adoración del domingo en la mañana. Treinta y siete personas permanecieron sentadas durante las diapositivas de Tierra Santa de Otis Harrison. Veintiuna aún estaban despiertas cuando terminó.

Abby sirvió café en el salón social. Samuel leyó el currículo de Pablo Hudson. Alguien dijo que era una pena que no hubiera galletas para acompañar el café. Se sugirió que la congregación escuchara predicar a Pablo Hudson antes de tomar una decisión. Otis anunció que la iglesia no tenía fondos para mandar un boleto de ida y vuelta en avión

para hacer una prueba y que se necesitaría un milagro para juntar el dinero para mudar a los Hudson, si tenían la fortuna de conseguirlos. Lo cual llevó a una discusión sobre Hank y Susana y la casa pastoral, y de cómo se sentirían ellos de que invitaran a alguien a ocupar el lugar de Hank.

Una persona preguntó por qué Hank no estaba predicando y por qué Susana no estaba en la iglesia. La noticia del ataque cardíaco de Hank fue repetida más fuerte. Alguien dijo que Susana había estado al lado de Hank desde el amanecer hasta el anochecer, todos los días, desde el martes que Hank se desmayó en el pasillo del hospital.

Un miembro notó una mancha de humedad en el techo y dijo que necesitaría reparación, lo cual llevó a otra discusión sobre los arreglos necesarios en el santuario, en el salón social y en la casa pastoral. Todo esto, a su vez, llevó a una discusión sobre el césped, el seto y la cochinilla o la plaga que estaba matando al árbol de la esquina. Eso dio lugar a que alguien mencionara la mosca de la fruta, los gobernadores anteriores, la plaga que estaba atacando los viñedos californianos, las sequías, los cortes de luz, las inundaciones y la recesión del mercado de valores, lo que llevó a conversaciones divagantes sobre la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial.

La hora de almuerzo de Otis ya había pasado hacía dos horas y tenía menos paciencia que un paramédico en un embotellamiento. Levantando la voz, convocó a la votación.

Hollis lo secundó. Alguien preguntó sobre qué tenían que votar.

—¡Todos los que estén a favor! —gritó Otis, con el rostro colorado. Dos personas se despertaron, sobresaltadas. Veintiocho votaron que sí. Diez votaron que no. A una le dijeron que no podía votar dos veces, por lo que se cruzó de brazos y se negó a votar en absoluto.

Otis designó a Samuel Mason para que llamara a Pablo Hudson y le ofreciera el púlpito de la Iglesia Cristiana de Centerville.

—Dado que tú fuiste quien lo llamó en primer lugar.

Pablo Hudson habló con el pastor principal de Mountain High.

—En realidad, Pablo, me sorprende que hayas estado tanto tiempo

aquí —dijo el pastor Riley y lo animó a avanzar en fe y aceptar el llamado a ir a California.

Después de hablar con Eunice, Pablo llamó a Samuel Mason con la buena noticia.

Durante las semanas que le quedaban en Mountain High, Pablo concluyó las clases de fundamentos básicos, tuvo el gozo de darles la bienvenida a diez nuevos cristianos al rebaño y escribió un artículo motivador para el boletín de la iglesia acerca de aceptar el llamamiento de Dios a salir a llevar el evangelio al mundo. Llevó el carro a que le hicieran mantenimiento, lo lavaran, lo enceraran y rotaran los neumáticos.

Hubo una fiesta de despedida para la familia Hudson. La ofrenda de amor fue generosa.

—Tenemos más que suficiente para los gastos de la mudanza. —Tanto Pablo como Eunice consideraban que la ofrenda era la reafirmación del Señor de que Pablo había tomado la decisión acertada. Incluso tendrían dinero extra que podrían ahorrar para cualquier cosa que pudieran necesitar cuando llegaran a Centerville.

El día de la mudanza, Pablo se levantó antes que Eunice y empacó las últimas cosas antes de despertarla. Mientras ella preparaba el café y servía donas en una bandeja, un grupo de amigos cargó el camión de mudanzas.

A las ocho de la mañana, la casa alquilada quedó vacía, habían dado las gracias, habían orado y se habían dicho las palabras de despedida. Pablo se subió al asiento del conductor del camión y emprendió el viaje hacia California. Eunice lo siguió al volante de su Toyota rojo, con Timmy atado a su arnés de seguridad en el asiento trasero.

Pablo había preparado dos mapas con la ruta más corta entre dos puntos marcada en ambos. El kilometraje fue dividido en tres tramos, y cada punto para pernoctar estaba marcado con un círculo rojo. Las reservaciones para llegada tardía estaban hechas y los números de confirmación anotados. Pablo y Eunice no querían perder tiempo en llegar a California y comenzar su nueva vida.

Cuando se corrió la voz en la iglesia de que Hank y Susana Porter se

irían a Oregón, toda la congregación se hizo presente para bendecirlos, despedirlos con besos y abrazos y prometerles que seguirían en contacto. Hasta Mabel fue, arrastrando el tanque portátil de oxígeno, con Otis detrás de ella, sosteniendo una canasta de picnic llena de provisiones que su esposa había cocinado para el viaje al norte.

Las lágrimas corrieron copiosamente. Hank les recordó a todos que amaran al Señor y que se amaran unos a otros. Les dijo que recibieran con los brazos abiertos al joven pastor que estaba por llegar, pues Pablo Hudson era la respuesta a muchas oraciones.

Hank les dijo a sus amigos que mantuvieran la fe y, luego de eso, no pudo decir más.

Estrechó las manos de algunos, abrazó a otros. Finalmente se rindió ante la insistencia

de su hijo y recibió ayuda para subir a la camioneta, donde había una cama preparada en la parte de atrás.

Abby abrazó otra vez a Susana antes de que entrara a la camioneta.

—Te extrañaremos, Susy —dijo entre lágrimas.

—Lamento dejar tan desordenada la casa, Abby. —Puso la llave en la mano de Abby.

Acercándose un poco más a ella, susurró—: Les puse nombres a algunas cosas de la casa. Todo lo demás puede irse al Ejército de Salvación.

Abby le dio otro abrazo a su querida amiga.

—Escribe tan pronto como Hank y tú se hayan acomodado. Cuéntanos cómo les va por allá.

—Será mejor que nos vayamos, mamá —dijo Roberto Porter.

Abby retrocedió para que el hijo de Susana ayudara a su madre a entrar a la camioneta.

Luego, cerró la puerta con firmeza. Samuel se paró junto a Abby y rodeó sus hombros con un brazo mientras la camioneta y el remolque se alejaban del cordón de la acera.

Nadie se movió hasta que el remolque desapareció en la esquina al

girar hacia la calle principal. Nadie dijo una palabra mientras se alejaban caminando. Algunos vivían cerca como para volver a pie a casa. Varios habían venido juntos. Uno de los miembros fue subido en su silla de ruedas a la camioneta de cortesía del centro residencial de atención en el que vivía.

—El único que no llegó fue Fergus Oslander —dijo Abby con tristeza.

Samuel sonrió.

—Se despidieron en el hospital. Hank me contó que la enfermera pescó a Fergus tratando de ponerse los pantalones y le ordenó que volviera a la cama.

Ella se rio, lagrimeando, y se sonó la nariz.

—Bueno, será mejor que empecemos.

Pasaron el resto del día limpiando los gabinetes de la cocina, fregando los pisos y los baños, y pasando la aspiradora a las gastadas alfombras. El camión del Ejército de Salvación llegó y se llevó los muebles que quedaban. Samuel y Abby cargaron en el

viejo DeSoto las pocas cosas etiquetadas para los amigos y las dejaron de camino a su casa; solo se quedaron con las dos cajas pequeñas con el nombre de ellos, que dejaron sin abrir hasta la mañana siguiente.

Abby lloró cuando sacó la tetera Blue Willow de su envoltorio en papel de seda.

—Le encantaba este juego. —Susana también le había regalado la jarrita lechera, la azucarera, y dos tazas con sus platitos.

Hank le había obsequiado a Samuel una escultura tallada en madera de olivo de San Jorge y el dragón.

Pablo llamó a Samuel Mason desde un motel en Lovelock, Nevada, para avisarle que llegarían a Centerville a media tarde del día siguiente.

—Ha sido un buen viaje. Sin ningún problema.

—Estaremos listos para recibirlos.

Pablo se topó con un poco de congestión vehicular llegando a la zona de Sacramento, pero, luego de nueve años de vivir en Chicago, eso no lo desalentaría. Mantenía un ojo atento a Eunice por los espejos laterales para no perderla. Una vez que atravesó el embotellamiento de carros, fue fácil bajar por la autopista 99 y tomar el desvío a Centerville.

Había apenas dos calles principales en el pueblo. Pablo divisó los puntos de referencia que le había dado Samuel Mason: el viejo palacio de justicia que había sido convertido en la biblioteca del pueblo, las cuatro palmeras frente a un restaurante mexicano y una gran ferretería. Dos cuadras más adelante, giró a la derecha y condujo tres cuadras. El campanario se elevaba por encima de los arces. Pablo condujo despacio hasta un poco más allá de la pintoresca iglesia de estilo Nueva Inglaterra, giró en U en la intersección residencial, se estacionó detrás de un viejo DeSoto que estaba frente a la casita de la esquina y salió del camión. Eunice pasó junto a él, hizo el giro en U en la esquina y se estacionó detrás del camión de mudanzas.

Parado con las manos en la cintura, Pablo miró la iglesia y sintió que la alegría lo invadía. Esta era su iglesia.

Eunice se acercó y se paró junto a él mientras Timmy se dirigía al jardín.

—Es muy bonita, ¿verdad? Como la imagen que verías en una tarjeta postal de Nueva Inglaterra.

—Sí, es muy bella. —Levantó la vista—. Necesita mucho arreglo.

—¿Pastor Hudson?

Pablo se dio vuelta y vio a un hombre alto, delgado, de cabello gris y con anteojos que caminaba hacia él. El hombre estaba pulcramente vestido con un pantalón marrón, una camisa abotonada, desabrochada al cuello, y un cárdigan de alpaca marrón.

—Soy Samuel Mason. —Le estrechó la mano con firmeza pese a ser un hombre tan mayor.

Pablo le presentó a Eunice y a Timmy.

—¿Podríamos echar un vistazo, Samuel?

—Ah, más tarde habrá tiempo de sobra para eso. —Extendió su brazo hacia la casita de la esquina—. Mi esposa ya tiene lista la cena para

nosotros.

Pablo estaba demasiado entusiasmado como para tener hambre, pero Eunice se apresuró a darle las gracias a Samuel, llamó a Timmy y caminaron al lado del anciano a lo largo del seto descuidado hasta el angosto sendero de cemento que llevaba a la casa pastoral. La casa era un rectángulo simple, sin ningún ornamento; probablemente, una casa prefabricada añadida a la propiedad.

Pablo olió el aroma tentador del estofado de carne de res tan pronto entró por la puerta.

Samuel Mason los condujo por la deslucida y vacía sala de estar hasta la cocina iluminada, donde les presentó a su esposa, Abigail.

—Por favor, siéntense. —Ella hizo un gesto señalando la mesa pequeña, con cinco cubiertos—. Pónganse cómodos. —Sirvió generosamente el estofado en los tazones—.

Encontramos esa sillita alta en el almacén del salón social.

—No se ha usado en años —dijo Samuel con pesar.

Abigail puso en la mesa una jarra con leche y una canasta con pan francés condimentado con ajo y queso. Cuando todos tuvieron su tazón con estofado, Abigail se sentó y tomó la mano derecha de su esposo. Una vez que formaron el círculo, fue Samuel quien dio las gracias a Dios por los cuidados durante el viaje y por enviar a un pastor nuevo a la iglesia. Pidió la bendición del Señor sobre los alimentos, la conversación y el ministerio de Pablo.

—Amén —dijo Timmy y todos rieron.

Pablo estaba ansioso por hacer preguntas sobre la congregación, pero Abigail se adelantó y les preguntó del viaje a través del país. Eunice habló de los hermosos espacios y los lugares históricos que habían visto. Pablo se sintió agradecido de que no mencionara que apenas habían pasado por todos ellos y que los habían visto desde la carretera debido a su afán por llegar a California.

Samuel pidió disculpas por el estado de la casa pastoral.

—No le vendría mal una mano de pintura a cada habitación, pero no tuvimos tiempo.

—Ni dinero —agregó su esposa, pidiendo perdón.

—Tenemos algo de dinero reservado —dijo Pablo—. Y Eunice es una decoradora estupenda. —Tomó la mano de ella y la apretó.

Abigail les contó lo duro que habían trabajado los Porter para la iglesia.

—Su salud viene fallando desde hace varios años. —Les contó sobre su desmayo—.

Lamentamos mucho verlos marcharse. —Pestañeó, se ruborizó y, rápidamente, agregó—: No es que no estemos encantados de que ustedes tres estén con nosotros.

—Entendemos —dijo Eunice posando una mano sobre la de la mujer. Le contó que ella había crecido en un pueblito donde había una mina de carbón, donde su padre fue minero y pastor. Él había servido a su congregación hasta que murió de la enfermedad del pulmón negro—. La congregación nunca se recuperó del todo.

El comentario de Euny tomó desprevenido a Pablo, quien oró porque no sucediera lo mismo aquí.

—Era una situación diferente, Eunice. Las minas estaban cerrando, el pueblo se extinguía. Centerville es pequeño, pero va a crecer. Si Dios quiere. Está a una distancia razonable de Sacramento.

Mientras el café descafeinado hervía en la cafetera, Abigail sirvió una tarta tibia de duraznos con helado de vainilla. Timmy terminó y se puso inquieto.

—Se portó de maravilla durante el viaje —dijo Eunice—. Pero creo que ya se cansó de estar sentado. —Se disculpó y salió al carro a buscar su caja de juguetes.

Pablo ayudó a recoger la mesa.

Samuel acomodó su silla en su lugar.

—¿Le gustaría ir a mirar el santuario y el salón social?

—¡Desde luego!

La iglesia había sido construida en el año 1858 y era considerada un monumento histórico de Centerville.

—Los habitantes de Centerville levantaron la iglesia antes de edificar el palacio de justicia que vio al pasar por la calle Principal —dijo

Samuel. A lo largo de los años, la iglesia había albergado a varias denominaciones, la última de las cuales había sido bautista—. Eso fue a comienzos de los años cincuenta.

Cuando se corrió la voz de que la iglesia sería vendida, un grupo de diez familias la compró.

—Nosotros contratamos a Henry Porter y construimos el salón social y la casa pastoral de la esquina.

La iglesia gozó del crecimiento durante dos décadas y, a partir de entonces, comenzó una lenta reducción en su membresía. Los niños crecieron y se fueron. El pueblo vivió momentos difíciles cuando la autopista pasó por él. Las granjas de la zona fueron compradas por las corporaciones; los huertos de almendros fueron arrancados para ser reemplazados por los viñedos, que eran más lucrativos.

Samuel Mason abrió la puerta delantera de la iglesia y le entregó a Pablo un juego de llaves. La responsabilidad que representaba pesaba enormemente en la mano de Pablo.

¿Estaba capacitado para revivir esta iglesia? Pablo inspeccionó el atrio y vio el polvo y las telarañas. Samuel abrió la puerta que daba paso a una pequeña oficina a un costado del atrio. Había un viejo escritorio de roble, estantes llenos de libros, algunos tan desgastados que Pablo no pudo leer sus títulos, y un gran teléfono negro de disco giratorio. ¡A Euny le encantaría esa antigüedad!

—Hank dejó los libros para usted —dijo Samuel.

—Qué amable de su parte. —Pablo esperaba que no pretendiera que se los quedara. La mayoría eran sumamente anticuados y él ya tenía su propia biblioteca personal.

El santuario estaba frío y olía a humedad. Una variedad de cosas necesitaba reparaciones, pintura, reemplazo. Sabía que podía hacer parte del trabajo él mismo.

Tiempo atrás, su madre había dicho que el pastor debía ser una persona que sabía hacer de todo. Aunque su padre se rio de esa idea, Pablo se había enrolado en talleres de carpintería y plomería. Sus habilidades serían útiles aquí.

El alto púlpito con forma octagonal era lo más impresionante del santuario. Estaba a la izquierda del altar y a una altura suficiente para que su voz se transmitiera incluso sin un sistema de sonido. Se sintió

tentado a pararse en él y probarlo. Samuel abrió la puerta a la izquierda y lo condujo a un amplio corredor. Al fondo había dos baños individuales y una puerta que daba al salón que había sido agregado a la parte trasera de la iglesia. El aire estaba frío y quieto.

—Esta era la guardería infantil —le contó Mason—. No se ha usado en diez años.

Cuando regresaron al corredor que estaba detrás de la puerta lateral del santuario, Samuel abrió unas puertas dobles. El ánimo de Pablo mejoró mientras entraba al salón social. ¡Le veía un gran potencial!

—Solíamos dar cantatas en esa plataforma cada Navidad —dijo Samuel. Había tres salones de clases a un costado del salón y una gran cocina con una estufa y un refrigerador que funcionaban.

Salieron por la cocina y bajaron unos escalones de ladrillos que llevaban a un jardín dominado por una encina altísima. El césped estaba desigual, pero podía volver a sembrarse y un poco de fertilizante lo solucionaría. Había seis mesas para picnic con sus bancos, colocadas sin ningún orden particular. La rampa de acceso para discapacitados iba desde la acera a lo largo del lado oeste de la iglesia y entraba por la puerta trasera del corredor que estaba al costado del santuario.

—Pues ahí lo tiene —dijo Samuel con el resplandor crepuscular a sus espaldas—. Hay mucho que hacer.

Pablo sonrió de oreja a oreja.

—No veo la hora de arremangarme la camisa y poner manos a la obra.

Eunice secaba los platos mientras Abigail los lavaba.

—¿Cuánto tiempo hace que es miembro de la iglesia, señora Mason?

—Ah, dime Abby, querida.

A Eunice le gustaba la calidez de Abigail Mason y pensaba que era la anciana más bella que había conocido, por sus chispeantes ojos azul claro y su cabello blanco recogido en un moño al estilo antiguo. Tenía unos pantalones azul marino y una túnica roja de cuello amplio. Sus

únicas joyas eran un collar de un hilo de perlas de fantasía y unos pendientes de clip. Algunas personas podían vestirse con cortinas y de todas maneras verse elegantes.

—Samuel y yo éramos jóvenes cuando nos unimos a esta iglesia. Vamos a ver… —Hizo una pausa y dejó sus manos dentro del agua tibia y espumosa—. Nuestro hijo Donny era más o menos de la edad de Timmy. Nuestra hija Alicia tenía seis.

Aproximadamente, cuarenta años. Sí, creo que fue hace cuarenta años.

—¿Sus hijos siguen viviendo en esta zona?

Abby sacó algunos cubiertos del agua espumosa.

—Donny murió en Vietnam. Era infante de Marina; lo destinaron a las afueras de Da Nang. —Lavó los tenedores y los puso en el escurridor —. Y Alicia se mudó cuando se casó. —Recogió más cubiertos y los lavó—. Ella y su esposo, Jim, viven en Louisville, Kentucky. No los vemos tan seguido como quisiéramos. A ellos les encantaría tomar un avión y venir a visitarnos, pero, con varios hijos, es demasiado costoso. El año pasado, ofrecieron comprarnos los boletos de avión, pero no fuimos. —Puso los últimos cubiertos en el escurridor.

—¿Por qué no? —Euny sacó los cuchillos y comenzó a secarlos.

—A Samuel le gusta mantener los pies sobre la tierra. —Sacó el tapón de drenaje—. He intentado convencerlo de que tome un tranquilizante al subirse al avión, pero no quiere.

Volar le trae recuerdos que preferiría olvidar. La última vez que volamos al este, tuvo pesadillas durante varios días. —Se secó las manos—. Samuel sirvió en Europa durante

la Segunda Guerra Mundial. Fue artillero en un B-17. —Dejó el paño de cocina a un lado—. ¿Por qué no me acompañas, así te muestro la casa?

Al ver que Timmy jugaba feliz con sus carritos y sus camiones en la sala, Eunice siguió a Abby por la casa. Además de la cocina con su desayunador, había una sala de estar con una chimenea y dos habitaciones con un baño entre ambas.

—Lamento que no hayamos hecho más —dijo Abby—. Solo tuvimos tiempo para limpiar las alfombras y limpiar los gabinetes. Hay que volver a poner lechada en las baldosas y todas las habitaciones

necesitan una mano de pintura y…

—Es una casa maravillosa, Abby, y estamos agradecidos de tenerla. Deme algunas semanas y los invitaremos a usted y a Samuel a cenar, y verán lo que haremos en este lugar. —Ella y Pablo pagaban cuatrocientos dólares mensuales por una casa de dos dormitorios cerca de Mountain High. Esta casa era un regalo de Dios. Vivirían justo al costado de la iglesia, sin pagar alquiler. Aunque el sueldo de Pablo era muy bajo, podrían pagar los gastos sin que ella tuviera que trabajar a medio tiempo.

—Ay, querida —dijo Abby, consternada—. Ni siquiera pensé dónde se acostarán a dormir esta noche.

—Tenemos sacos de dormir. Podemos empezar a mudar las cosas mañana. —Podía ir a la ferretería del pueblo a comprar pintura y rodillos, y en Walmart buscaría las telas para hacer cortinas.

—Qué bueno tenerlos aquí —dijo Abby—. Quedamos tan pocos… pero lo que nos falta en fuerzas, lo compensamos con amor.

—¿Cuántas personas tenemos en nuestra congregación?

—Ah, no más de sesenta. Están los Harrison y Hollis Sawyer, que son los otros dos ancianos. Luego están los Branson, los King, los Carlson, los Knox. —Regresaron a la cocina y se sentaron a conversar. Eunice absorbió todo lo que pudo sobre las familias que se habían mantenido fieles a lo largo de los años—. Ah, y Fergus. ¿Cómo pude olvidar a Fergie? Hank estaba visitando a Fergus Oslander en el hospital cuando tuvo el ataque. Pobrecito. Fergus fue trasladado del hospital público al Hospital de Convalecientes de Vine Hill. Ahora, tenemos a varios miembros allí.

—Si me da sus nombres, llevaré a Timmy a hacerles una visita.

Los ojos de Abby se iluminaron.

—¡Desde luego! Avísame cuándo irás para que pueda acompañarte y presentarlos.

Todos están al tanto de que Hank y Susana se han jubilado, pero no estarán esperando verte. Ah, les encantará Timmy. No hay nada mejor que un niño para levantar el ánimo.

Los hombres regresaron de su recorrido por la iglesia y el salón social.

—¿Puedo ayudarlo a traer algunas cajas? —dijo Samuel.

—Oh, no, señor; yo me ocuparé de eso.

Eunice vio la expresión en los ojos de Samuel Mason y deseó que Pablo hubiera aceptado la ayuda que le ofrecía.

Samuel deslizó su mano bajo el codo de Abby.

—Bueno, creo que será mejor que nos vayamos, así estos jóvenes pueden prepararse para descansar.

Eunice abrazó a Abby.

—Muchas gracias por su maravillosa bienvenida.

Pablo también les agradeció y los acompañó al pulcro DeSoto que estaba estacionado al frente. Cuando volvió a entrar, levantó a Eunice y dio vueltas con ella en sus brazos.

—¿Qué te parece?

—Si todos son tan maravillosos como los Mason, no podría ser más perfecto.

—Es exactamente lo que pienso —dijo él, besándola.

—Creo que a Samuel Mason le habría gustado ayudarte con un par de cajas.

—Lo sé, pero lo último que quiero es que a uno de nuestros ancianos le salga una hernia por mi culpa la primera noche que estamos aquí. Debe tener más de setenta, Euny.

—Sé que no fue tu intención, Pablo, pero puede que hayas hecho que ese hombre adorable se sintiera inútil.

—Espero que no. Simplemente, no quise abusar más de su amabilidad. Su esposa nos preparó la cena y él me dio un recorrido completo por la iglesia. No quise pedirle que nos ayudara con la mudanza.

—¿Qué vamos a hacer con el piano y el refrigerador?

—Mañana pasaré por la escuela secundaria y averiguaré cuál es el punto de encuentro de los chicos. Luego, iré allí a contratar a un par

de adolescentes. Sería bueno encontrar una cuadrilla de trabajadores. Hay mucho por hacer en la iglesia y en el salón social. —

Echó un vistazo alrededor—. Y también en este lugar.

Eunice sabía que Pablo no tenía en cuenta solamente la mudanza y el trabajo en las instalaciones de la iglesia. Sabía cómo se entusiasmaba cuando estaba a cargo de un proyecto o una actividad. Sin duda, ya estaba pensando en maneras de atraer a jóvenes a esta iglesia agonizante. Que era exactamente lo que Abby le había dicho que Samuel pedía en oración desde hacía años. No obstante, Eunice quiso prevenir a su esposo.

—No avances tan rápido, Pablo. Espera y observa el rebaño que el Señor te ha dado.

Los teléfonos de todo Centerville estuvieron ocupados cuando se corrió la voz por la congregación de que el nuevo pastor, su esposa e hijo habían llegado sin problemas.

Durante los dos días siguientes, media docena de damas pasaron a entregarles ofrendas de comida casera para aliviarles a los Hudson la carga de la mudanza y de instalarse en la casa pastoral. Incluso Mabel se mejoró y mandó a un contrariado Otis con una fuente de una lasaña digna del alcalde. Apenas había lugar para ella en la encimera, ya repleta de otros platos de bienvenida con ensaladas de frutas, pasteles de manzanas y de duraznos, pastel de carne, chili con carne, puerco y frijoles, y ensalada de zanahorias con uvas pasas.

Cuando llegó la mañana del domingo, Samuel y Abigail fueron los primeros en llegar.

Samuel se ofreció para distribuir los boletines que Pablo había impreso con la computadora que instaló en la vieja oficina de Hank. Abby se encargó de Timmy, deseosa de volver a su antiguo cargo de maestra de la escuela dominical. Los padres de Pablo habían enviado un gran arreglo floral, que estaba puesto en el altar, y había velas encendidas a cada lado.

Eunice se acercó por el pasillo lateral del santuario y ocupó su asiento en el piano.

Hollis se sentó al lado de Samuel y leyó el boletín. Se inclinó para hablarle.

—Aquí dice que debemos orar por nuestro grupo de jóvenes. —Resopló—. ¿Cuál grupo de jóvenes?

—Pablo contrató a cuatro estudiantes de Centerville High para que lo ayudaran con la mudanza de la casa pastoral. Todos volverán el martes por la noche a un estudio bíblico sobre el libro de Daniel.

Las cejas de Hollis se arquearon en sorpresa.

—¡No me digas!

Otis se inclinó hacia adelante desde el banco de atrás.

—¡Tiene puesto un traje! ¿Por qué no usa una toga, como siempre hacía Hank?

—Puedes preguntárselo cuando tomemos el café con galletas después del servicio —

dijo Mabel, malhumorada y jadeante—. Mientras tanto, deja de rezongar.

Otis carraspeó exageradamente, se sentó y se cruzó de brazos.

Samuel miró alrededor. Cada miembro de la iglesia que no estaba en el hospital o en algún hogar de convalecencia había asistido. Algunos susurraban, asentían, sonreían con la mirada encendida de esperanza por primera vez en años. Otros, como Otis, permanecían alerta y buscando algo que vieran fuera de lugar, cualquier cosa que pudiera forzar los límites de la tradición.

—Bueno, algo puedo decir con seguridad —masculló Hollis, mirando a la joven Eunice Hudson al piano—: Benditos los ojos que la ven.

—Y los oídos —dijo Durbin Huxley, al otro lado de él.

—Supe que ya fue a visitar a Mitzi Pike en Vine Hill —dijo Elmira Huxley, inclinándose hacia adelante.

—Le llevó rosas —les contó Samuel en voz baja. Abby le había dicho a Eunice que Fergus había sido profesor de inglés de la escuela secundaria y que Mitzi había ganado premios en la feria por sus rosas. Cuando Eunice pasó a buscar a Abby por su casa al

día siguiente, tenía un ramo de rosas amarillas para Mitzi y varios

audiolibros de novelas clásicas para Fergus.

—Ah, deberías haber visto la cara de Mitzi, Samuel. —Abby se había secado suavemente las lágrimas—. Y Fergus… Eunice se ganó su corazón antes incluso de que los presentara.

Unos instantes después, la melodía que tocaba Eunice en el piano silenció a todos en el santuario. Se les llenaron los ojos de lágrimas al escuchar el bello popurrí de himnos conocidos.

Pablo Hudson caminó por el pasillo central, subió los escalones y tomó asiento en la silla del pastor que estaba contra la pared. Cerró los ojos e inclinó la cabeza mientras su joven esposa seguía tocando.

Samuel estudió a Pablo Hudson. Qué raro era ver a un hombre tan joven sentado en el lugar de Hank Porter. Oró por sus viejos amigos esparcidos por el santuario, sabiendo que algunos verían a Pablo Hudson como un muchacho al que debían consentir y engatusar, o controlar y darle órdenes. Un pastor nuevo tenía que traer costumbres nuevas. *Señor, hay una sola cosa importante. Tú eres el Señor, nuestro Señor. Mantennos unidos en el Espíritu y en el amor.*

La confianza no llegaría de la noche a la mañana. Tenía la esperanza de que mientras Pablo estuviera sentado ahí arriba, en la vieja silla de Hank, estaría orando, pidiendo sabiduría. Quizás Hank no había encendido fogatas en el corazón de sus feligreses, pero los había mantenido a salvo en el redil durante cuarenta largos años. Samuel esperaba que cuando Pablo Hudson mirara desde arriba a su pequeño rebaño no viera solamente vejez y enfermedades, sino corazones que necesitaban ser fortalecidos en el Espíritu del Señor.

El preludio de Eunice terminó con una cascada melodiosa de notas y un acorde delicado. Se levantó con elegancia, bajó los escalones y tomó asiento en el primer banco.

Un silencio de espera cayó sobre la congregación. Samuel dudaba que fuera el único que aguantó la respiración cuando Pablo se puso de pie y se acercó al púlpito.

Pablo esperaba que quienes lo observaban desde abajo no se dieran cuenta de lo nervioso que estaba. Le sudaban las palmas de las manos, el corazón le palpitaba fuerte y tenía la garganta seca. Respiró hondo y exhaló despacio a través de la nariz, mirando desde arriba a su pequeño rebaño de feligreses ancianos.

Samuel Mason estaba sentado en el segundo banco, flanqueado por un hombre mayor con un bastón y otra pareja de ancianos. Pablo le dirigió una sonrisa, agradecido por su presencia. Había varias parejas de ancianos esparcidas por el santuario, probablemente sentadas en los lugares que habían ocupado durante los últimos cuarenta y tantos años, y los asientos vacantes intermedios serían de quienes habían partido para estar con el Señor. Miró a Eunice en la primera fila, aliviado de ver el amor que relucía en sus ojos.

Eunice sonrió, y su corazón se ensanchó de amor por ella. Quería que se sintiera orgullosa.

Oh, Padre, dame Tus palabras para hablarles a estas personas. Estoy como un niño asustado. No quiero fallarte. Quiero edificar Tu iglesia, de manera que Tu luz brille en su corazón. Se ven tan viejos y frágiles.

—Me siento honrado de ser llamado a servirlos. —Pablo hizo contacto visual con tantos como pudo. Reconoció su juventud y su inexperiencia, y habló de los jóvenes y de la pasión, usando como ejemplos al apóstol Juan y al discípulo Timoteo. Habló de cómo el Señor medía el éxito y de qué manera Dios eligió a campesinos y pastores para que llevaran a cabo Su obra. Habló de los pocos fieles que estuvieron de pie ante la cruz y de los discípulos aterrados que se escondieron tras puertas cerradas hasta que el Jesús resucitado se les apareció. Habló del pequeño grupo de discípulos que regresaron luego de haber sido testigos de la ascensión de Jesús y esperaron en el aposento alto, unidos de corazón y en espíritu, consagrándose continuamente a la oración mientras esperaban que Dios cumpliera la promesa del Espíritu Santo.

—Y cuando el Señor mismo moró en ellos, aquellos pocos y fieles santos llevaron el evangelio de la salvación a un mundo que agonizaba y llevaron vida nueva a miles de personas. —Pablo extendió sus manos con las palmas hacia arriba—. A partir de un pequeño grupo, el Señor difundió Su Palabra a todo el mundo. —Miró los rostros de las personas que Dios le había dado para pastorear y sintió que brotaba su amor por ellos.

Algunos escuchaban con atención. Otros dormitaban—. Sí, somos unos pocos. Pero Dios solamente necesita a unos pocos para lograr mucho. El día de Pentecostés, el Espíritu Santo llenó a los discípulos. ¡Ellos corrieron a las calles de Jerusalén y proclamaron el mensaje de la redención y la salvación de Dios! Tres mil almas fueron salvas aquel día. Y de esos tres mil surgieron miles más cuando llevaron el mensaje al regresar a sus hogares en Creta, Mesopotamia, Asia, Capadocia,

Grecia, Roma. —Les

sonrió tiernamente a los ancianos y a las ancianas. *Señor, revívelos*—. Somos pocos en número, pero fuertes en la fe. Oremos.

Eunice volvió al piano y dirigió a la congregación en varios himnos. Pablo se paró ante el altar, sosteniendo un plato con galletas en una mano y una bandeja con vasitos con jugo de uva en la otra.

—“La noche en que fue traicionado, el Señor Jesús tomó pan y dio gracias a Dios por ese pan. Luego lo partió en trozos y dijo: ‘Esto es mi cuerpo, el cual es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria de mí’. De la misma manera, tomó en sus manos la copa de vino después de la cena, y dijo: ‘Esta copa es el nuevo pacto entre Dios y su pueblo, un acuerdo confirmado con mi sangre. Hagan esto en memoria de mí todas las veces que la beban’. Pues, cada vez que coman este pan y beban de esta copa, anuncian la muerte del Señor hasta que él vuelva”.

Eunice tocó y cantó otro popurrí de himnos mientras Pablo servía la comunión a cada miembro de la congregación.

—Que el Señor renueve sus fuerzas y lo bendiga —le dijo en voz baja a cada miembro de su congregación.

Habló brevemente sobre las bendiciones que Dios prometió derramar sobre el dador alegre y les entregó los platos metálicos de las ofrendas a Samuel y a Otis. Después de recaudar las dádivas, Samuel apiló los platos y los llevó al frente para colocarlos sobre el altar, antes de volver a su asiento.

Pablo se paró en la plataforma delante del altar, y oró por la congregación. Rogó por corazones abiertos y pasión por el Señor. Oró pidiendo que el poder del Espíritu Santo renovara sus fuerzas para que cada uno transmitiera al mundo el mensaje de salvación.

Y pidió la bendición del Señor sobre cada persona que había asistido al servicio de esa mañana. Luego, él y Eunice caminaron por el pasillo hacia la puerta delantera de la iglesia y estrecharon las manos de los feligreses que salían en fila, invitando a cada uno a quedarse a tomar café, té y galletas en el salón social.

—Espero que no pretenda que vayamos al campo misionero —dijo un anciano, tomando el brazo de su esposa antes de bajar cojeando los escalones.

—¿Por qué iríamos a un campo de misiles?

—Dije campo misionero. ¡Campo *misionero*!

Su esposa golpeteó su audífono.

—Creo que mi batería está muerta.

Los hombros de Pablo se hundieron. Su sermón había sido recibido por oídos sordos.

Samuel Mason fue el último en salir de la iglesia. Tenía los ojos húmedos y su apretón de manos fue firme.

—Buen sermón.

Eunice pasó su brazo alrededor de la cintura de Pablo cuando la última pareja descendió los escalones.

—Tu sermón me emocionó y despertó una canción en mi corazón.

Pablo deseó que todos los demás fueran tan fáciles de complacer.

Samuel llevó a Abby a almorzar al restaurante Denny's.

—Timmy se portó muy bien. —Elogió al niño durante quince minutos, y luego preguntó por Pablo y Eunice.

—Él es apasionado, y ella toca el piano y canta como un ángel. —Sonrió con ironía—. Le contaste a Mabel sobre la visita de Eunice a Vine Hill el otro día, ¿verdad?

Los ojos de ella chispearon traviesamente.

—Sabía que era la mejor manera de que todos los demás supieran lo maravillosa que es Eunice. ¿Qué me dices del mensaje de Pablo?

Samuel le dijo:

—Está tratando de revivir a los muertos.

—¡Qué bien! —Sorbió su descafeinado mezclado con crema y azúcar —. Estás contento,

¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hay de los demás?

—Los sacudió.

—Todos necesitamos que nos sacudan un poco de vez en cuando.

Samuel soltó una risita.

—No creo que esto suceda de vez en cuando, Abby, sino que va a ser una cuestión *de ahora en adelante.*

Pablo se retiró a la oficina de la iglesia y pasó el resto del día planificando el horario de la semana. Encendió su computadora, hizo una lista completa de los miembros de la iglesia, los ancianos primero, con direcciones y números telefónicos, e hizo líneas y columnas para llevar un registro de las futuras visitas. Se reuniría con cada miembro de la iglesia y averiguaría cómo servirlo de la mejor manera. Pero también necesitaría encontrarse con otras personas que no pertenecieran a la congregación. La iglesia iba a necesitar personas más jóvenes si quería sobrevivir.

Empezó otra lista. Llamaría a la cámara de comercio y vería si había un club para recién llegados. Pasaría por el punto de encuentro de los estudiantes de la escuela secundaria, buscaría la forma de conocer al dueño y a algunos chicos más. Haría hincapié en conocer a algunos de los comerciantes de la calle Principal. Iría a las reuniones del municipio y vería qué estaba pasando en la ciudad. Necesitaba involucrarse en la comunidad y hacer que la gente supiera que las puertas de la Iglesia Cristiana de Centerville estaban abiertas de par en par para todos.

No fue hasta que Eunice lo llamó a las cinco y le dijo que la cena estaba lista, que Pablo recordó que no había comido en todo el día. Antes del servicio, estaba demasiado nervioso y un poco indispuesto antes de ir al salón social. Cerró con llave la puerta de la iglesia y se fue a casa.

La encimera de la cocina tenía una larga línea de bandejas, cacerolas,

recipientes Tupperware y fuentes Pyrex. La montaña de comida que había llegado durante los últimos tres días había desaparecido. Euny vio su mirada y sonrió sin disimulo. Hizo

un ademán ostentoso con la mano y abrió el congelador para que viera las porciones tamaño familiar pulcramente envasadas en bolsas para congelar alimentos y guardadas en los estantes.

—No tendré que hacer compras ni cocinar por semanas.

—Puedes poner las ollas y los recipientes en el salón social y pedirles a todos que los recojan el domingo que viene.

—Preferiría entregarlos todos personalmente —dijo ella, cerrando la puerta del congelador—. Eso me dará la oportunidad de conocer a los miembros de nuestro pequeño rebaño. Y de hablar bien de mi esposo.

Él se sentó a la mesa.

—En este momento, me vendría bien una representante de relaciones públicas. —Ella había puesto un mantel bonito y un pequeño ramo de rosas junto a una sola vela roja. Él desearía tener más ganas de celebrar. En cambio, se sentía como si hubiera fracasado.

—Es tu primer domingo, Pablo. —Se paró detrás de él y masajeó sus hombros.

Agachándose, le dio un beso en la mejilla—. Las personas necesitan tiempo para llegar a *conocerte*, Pablo, no solo lo que tú quieres hacer por la iglesia.

—¿Dónde está Timmy?

—Dormido. Le di de comer más temprano, lo bañé y lo acosté. —Se rio—. Abby lo dejó agotado. Que Dios la bendiga.

Pablo giró su silla y la atrajo hasta su regazo. Le dio un beso largo y firme. Ella sabía deliciosamente. ¿Qué haría sin ella?

—Empezaré a hacer las visitas mañana.

Ella pasó sus dedos por el cabello de su nuca.

—Te amarán.

—No se sintió como amor hoy.

—Todavía están llorando la pérdida de Henry Porter, Pablo. Pero estas personas tienen ganas de conocerte. Hazles preguntas; anímalos a hablar de su vida. Te sorprenderás.

—Tú naciste con don de gentes, Euny. Yo tuve que tomar cursos.

—Eres muy bueno con las personas. —Lo besó de nuevo. Tenían cinco años de casados y ella seguía atrayéndolo tanto como cuando la conoció.

—Abby llamó hace un rato y dijo que Samuel estaba contento con tu sermón.

—Contento. —Él quería despertarlos, encenderlos, arrancarlos de sus bancos y llevarlos a la comunidad, no dejarlos *contentos*.

Euny volvió a acariciarle el cabello con los dedos.

—Samuel ha orado por un avivamiento en esta iglesia durante los últimos diez años.

—¿Él te contó eso?

—Abby me lo dijo, inmediatamente después de contarme que Samuel sintió cierta esperanza hoy, después de escucharte hablar.

Sus preocupaciones parecieron menores mientras ella deslizaba su mano desde la nuca hacia su hombro. Ella susurró una risa en su oído.

—Pablo, tu estómago está gruñendo.

—Es que no comí esta mañana.

—Ni en el salón social. —Se levantó y fue a la estufa.

Él la siguió.

—Tengo hambre. —Sonriendo, apoyó las manos en sus caderas y la besó en el cuello mientras ella servía con un cucharón un espeso estofado de res en un tazón. Absorbió su fragancia, encantado. Su estómago volvió a gruñir.

Ella se rio.

—Tienes un lobo en el estómago. —Lo apartó dándole un empujoncito y puso los dos tazones en la mesa. Sacó una caja con fósforos del bolsillo de su delantal y encendió la vela. Él volvió a sentarse en su

silla y la vio apagar la luz de la cocina. Cuando se sentó, la miró fijamente. Ella levantó las cejas de manera inquisitiva.

—Te amo, Eunice. —Tanto, que a veces le dolía y lo asustaba.

Los ojos de ella se enternecieron y resplandecieron.

—Yo también te amo.

Ella era dulce y sabia, hermosa y muy firme en la fe; a veces, lo asombraba. *Señor, nunca pensé que me casaría con un ángel.* Se le hizo un nudo en la garganta, abrumado por la gratitud.

Euny se inclinó hacia él con las manos extendidas.

—Necesitaste más de un día para conquistar mi corazón, Pablo Hudson. A ellos también podría tomarles un poco de tiempo. Ten paciencia. Vas a ganarte su corazón, así como hiciste con el mío. Dales tiempo.

Él tomó sus manos, le besó las palmas y agradeció humildemente al Señor por sus bendiciones.

CAPÍ TULO 3

A LAS SEIS Y MEDIA, Esteban Decker entró en la cafetería Charlie's y tomó asiento en la barra junto a otros dos madrugadores. Dejó a un lado su *Wall Street Journal* cuando la mesera se volteó de la encimera de la cocina con dos bandejas de desayuno en las manos. Mirándolo una segunda vez, le dedicó una sonrisa antes de dirigir su atención a dos clientes que estaban sentados a varias banquetas de distancia. Dejó un omelet frente a un hombre con un overol manchado de aceite y unos huevos benedictinos delante de un hombre vestido con el uniforme marrón de UPS. Con un movimiento ágil, se dio vuelta, levantó la cafetera de su hornilla, volvió a llenar sus tazas, tomó otra taza y caminó hasta la otra punta de la barra.

—¿Café? —dijo, sonriendo.

—Por favor.

Dejó la taza en la barra y la llenó hasta el borde.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—Solo está bien, gracias.

—No creo haberlo visto antes. Estoy segura de que lo recordaría, si así fuera.

Él levantó su taza, le devolvió la sonrisa mirándola por encima del borde y bebió un sorbo de la bebida hirviente.

—Por cierto, soy Sally Wentworth. ¿Y usted es…?

—Esteban Decker.

Ella observó el *Wall Street Journal* y luego su camisa de trabajo. Esteban se preguntaba si estaría intentando averiguar quién era él y qué hacía.

—¿Le han dicho que se parece a Tom Selleck?

—Una o dos veces. —Sonrió—. Él es más viejo.

—Bueno, ¿acaso no lo somos todos? —dijo ella, riendo—. ¿Qué clase de trabajo hace?

—Construcción.

—¿Es carpintero?

—De todo un poco.

—No es precisamente un libro abierto, ¿verdad?

El cocinero tocó dos veces la campana.

—Oye, Sally, deja de fastidiar a los clientes. Aquí tienes los panqueques y un omelet al estilo Denver.

—¡Uno de estos días voy a confiscarte esa campana, Charlie! —Volvió a mirar a Esteban y con un tirón señaló a Charlie con la cabeza—. Mi esposo.

—¡Me gusta ver cómo saltas! —le gritó Charlie desde el fondo.

—Sí, sí. —Riendo, dejó la cafetera en la hornilla y recogió los dos platos. Se los llevó a una pareja de ancianos que estaban sentados en un reservado junto al ventanal del frente. Esteban pudo oírla hablando con sus clientes. Aparentemente eran clientes habituales porque le mandó saludos a su hija y preguntó por sus nietos, diciendo sus nombres.

—¡Oiga, usted, el de la barra! —Charlie lo miró con detenimiento—. Si Sally le hace demasiadas preguntas, ¡solo dígale que se meta en sus propios asuntos!

Esteban se rio.

—Vaya lugar que tiene usted aquí.

Sally regresó al otro lado de la barra.

—Nos gusta tratar a los clientes como si fueran de la familia. —Sacó del bolsillo de su delantal una libreta y el lápiz que sujetaba el moño rubio en su cabeza—. Ahora, ¿qué puede prepararle Charlie para desayunar? ¿Algo ligero y saludable, o algo lleno de grasa y sabor?

—Tres huevos estrellados, croquetas de papas y un filete jugoso.

—Lo felicito. Solo se vive una vez. Más vale pasarla bien si se va a llenar de colesterol.

—Gritó por encima de su hombro—: ¡Un desayuno para machos, Charlie! ¡Y date prisa!

¡Parece que este muchacho tiene hambre! —Le guiñó un ojo a Esteban —. ¿Le gustaría un jugo de naranja para refrescarse la garganta mientras espera?

—Seguro. ¿Por qué no?

Luego de eso, lo dejó tranquilo y se puso a charlar con el conductor de UPS y con el mecánico de automóviles.

Esteban abrió de par en par su periódico y leyó mientras esperaba. Había estado al margen de la comunidad general durante un tiempo. Una estadía de seis meses en un centro de rehabilitación para alcohólicos y adictos a las drogas suele producir ese efecto en uno. Apenas hacía seis semanas que había salido. Todavía caminaba mirando cuidadosamente dónde pisaba, tratando de mantenerse sobrio en un mundo enviciado.

Había tomado conscientemente la decisión de alejarse de los negocios para enfocarse en su recuperación. Había sido una decisión sensata.

Lamentablemente, había tardado demasiado en tomar la decisión para que produjera alguna mejoría en su familia. El día después que se internó, su esposa Kathryn cerró las cuentas bancarias que tenían en común y se salió de su vida, llevándose consigo a Brittany, su hija de cinco años. La primera tentación importante que tuvo que enfrentar fue el día que llamó a la casa y se enteró de que la línea telefónica había sido desconectada. Necesitó cada gramo de su fuerza de voluntad para seguir firme en el programa y no empacar y volver a su casa vacía y a una botella de *whisky*.

Se tranquilizó cuando un amigo hizo algunas averiguaciones y se enteró de que Kathryn se había mudado a un departamento en Sacramento, más cerca de la empresa de corretaje en la que trabajaba desde hacía cuatro años. Pero cuando le entregaron los papeles del divorcio al mes de estar en el programa, Esteban tuvo que luchar de verdad.

Los viejos deseos regresaron. La urgencia de embriagarse y huir del dolor; hasta que lo golpeaba más fuerte la mañana después. Afortunadamente, sabía que esa no era la solución.

Diferencias irreconciliables, decía la demanda de Kathryn.

Pasó las siguientes semanas dominado por la ira, buscando culpables, justificando y racionalizando su propio comportamiento de los últimos años. Ciertamente, nada de

eso le sirvió esta vez. Rick, su terapeuta, no lo dejó salirse con la suya y el régimen de los doce pasos del programa siguió enfrentándolo consigo mismo. No le agradó lo que vio en el espejo.

Rick fue tajante.

—Si renuncias a la bebida por tu esposa y por tu hija, fracasarás. Tienes que renunciar a la bebida por ti.

Esteban sabía que era un consejo sincero. En el pasado, había tratado de renunciar a la bebida y solo había logrado volver a la botella. Si ahora recaía en el alcohol, sabía que no pararía hasta morir. Así que tomó la decisión de entregarle su vida a Jesucristo y de vivir un día a la vez. *Vive,* decía el programa. Vive y deja vivir, lo cual significaba que debía poner en orden su propia vida y dejar que Kathryn hiciera lo mismo con la suya.

Significaba abandonar la amargura y la ira que a veces amenazaban con abrumarlo.

Significaba no echarle la culpa a ella de que fuera un alcohólico, y no aceptar el rol de chivo expiatorio de todos los problemas de ella.

Firmó los papeles del divorcio y se puso en contacto con un abogado, a pesar de que ya había decidido no litigar. Aceptó la dura bofetada que le dio Kathryn cuando le mandó a decir a través de su abogado que quería la casa en lugar de la pensión conyugal. Un corte por lo sano, dijo ella, pero él sabía cuál era el verdadero motivo. El mercado inmobiliario local estaba en pleno apogeo y ella ganaría muchísimo dinero con la venta de la casa que él había diseñado y construido en un campo de golf cerca de Granite Bay.

Él accedió, sin esperar jamás que ella le daría un golpe en el estómago cuando se negó a compartir la custodia de su hija. Cuando él dijo que la enfrentaría en la corte, ella le dio un golpe bajo afirmando que había sido un esposo y un padre violento y citó como

«prueba» que él vivía en un centro de rehabilitación. Exigió unos pagos de manutención infantil exorbitantes e insistió en que debían ser hechos cada dos meses a través de depósitos directos a su cuenta bancaria.

Cuando el abogado le dio la noticia, Esteban se sintió como una cucaracha clavada en una lámina de exhibición.

—Revisa los documentos y verifica si alguna vez me rebotaron un cheque o no hice un pago a tiempo. ¡Llama al banco! ¡Pregúntales a mis empleados! ¡Habla con mis subcontratistas! Quizás me tomaba toda una botella de *whisky* por día, ¡pero jamás le puse una mano encima a mi mujer ni a mi hija, y nunca dejé una cuenta sin pagar!

El abogado verificó la información.

Esteban sintió poca satisfacción. Apenas unos amigos íntimos sabían que tenía problemas con la bebida y ni siquiera ellos imaginaban hasta qué punto llegaban. Y los documentos demostraban que había dirigido una empresa exitosa y que había ganado lo suficiente para mantener a su familia en un vecindario exclusivo. Nunca había sido arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol ni causado un disturbio público. Los únicos altercados habían sido a puertas cerradas, en su casa lujosa y bastante aislada.

—Agradece que le haya dicho a su abogado que eliminara su nombre

de todo lo que tuviera que ver con tu empresa —le dijo su abogado—. California es un estado de bienes conyugales y ella tiene el derecho a pedir la mitad de todo.

Esteban sabía que no había sido por el más mínimo indicio de honradez de parte de ella. Con él, había vivido algunos de los años más difíciles de su vida. Quizás temía que él se autodestruyera y que ella quedara atrapada en embargos por especulación inmobiliaria. El negocio de la construcción fluctuaba con cada traspié de la economía.

Kathryn solo quería cada centavo que pudiera conseguir por adelantado. Y no le importaba si apenas le quedaban a él unas monedas para vivir.

—Puedes enfrentarla —le había dicho su abogado—. No tienes que quedarte de brazos cruzados.

Esteban estuvo a punto de ceder a la tentación de contraatacar y golpear con fuerza. Sin embargo, apretó los dientes y dijo que lo meditaría. No quería reaccionar con rabia esta vez. Quería actuar con sensatez, hacer lo mejor para Brittany. Y para Kathryn. Podía pelear, por supuesto. Y, probablemente, ganar varios asaltos. Ella había tenido una aventura amorosa tres años atrás, luego de inscribir a Brittany en el preescolar. Como era su costumbre, le echó la culpa a él por ser muy insensible a sus necesidades. Él terminó comprando una botella de Glenfiddich. Podía pelear contra ella, y llenar de dinero los bolsillos de su abogado, y, al mismo tiempo, no lograr más que una satisfacción pasajera. Esta vez, no tenía intenciones de devolver el golpe. En los últimos cinco años se habían hecho suficiente daño el uno al otro. Tener a Brittany había sido un intento por salvar su matrimonio tambaleante. Y les sirvió, durante dos años. ¿Pero cuánto daño le habían hecho a su hija los últimos tres años, peleando a gritos mientras ella presenciaba todo?

No, esta vez se tragaría el orgullo y dejaría que Kathryn consiguiera todo lo que quería.

Doblegaría su impulso por defenderse. Basta de echar culpas. Basta de racionalizar o justificar su versión de las cosas. Aunque lo dejara en bancarrota.

Quizás cuando estuviera sola se daría cuenta de que él no era la causa de todos sus problemas.

Él se dedicaría a dar un paso a la vez y vivir día a día. Había enfrentado su problema de alcoholismo cuando se internó en el centro

de rehabilitación del Ejército de Salvación.

Sabía que conviviría con el deseo de beber por el resto de su vida. En las primeras semanas había adoptado el programa a su manera, determinado a derrotar al alcohol, de ponerle fin a la adicción. Haber perdido a su esposa, hija y hogar eliminó toda ilusión de que él controlaba su vida. Se estrelló y se quemó. Sin embargo, por la angustia que le sobrevino después, supo que todo estaba cambiando de adentro hacia afuera.

No fue hasta que tocó fondo que estuvo dispuesto a levantar la mirada y clamar a Jesús pidiéndole ayuda, porque finalmente enfrentó el hecho de que no tenía fuerzas para lograrlo. «No es por el poder ni por la fuerza, sino por mi Espíritu, dice el Señor de los Ejércitos Celestiales». Algo sucedió aquella noche que cambió todo. Esteban escuchó lo que decían las personas que practicaban lo que predicaban. Creyó en las promesas que ofrecía la Biblia. «Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso».

Le habían advertido que el enemigo acechaba.

—Lee la Biblia a diario —dijo Rick—. Asiste a tus reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Encuentra una comunidad de creyentes. El mayor error que puede cometer un alcohólico es aislarse, apartarse de los demás y pensar que puede arreglárselas solo. —

Esteban tomó en serio el consejo, sabiendo que venía de una voz con experiencia.

Ya hacía seis semanas que había salido de la rehabilitación. Todos los días, a las cinco de la mañana, leía su *Biblia en un año*, iba a las reuniones de Alcohólicos Anónimos tres veces por semana y hacía ejercicios en un gimnasio cuando lo atacaba la desesperación por beber. La casa se vendió dos días después de que Kathryn la puso en el mercado.

Los pocos muebles que le quedaron fueron a parar a un depósito hasta que él encontrara un departamento. Por la gracia de Dios, Esteban tenía una obra esperándolo y, con eso, ganaría lo suficiente para mantener el saldo positivo de Decker Diseño y Construcción durante los próximos meses.

Algunos integrantes de su antigua cuadrilla se habían puesto a su disposición. Carl Henderson, un carpintero apodado «Casa del árbol»

por sus amigos porque medía un metro noventa y ocho, y Héctor Mendoza, la «retroexcavadora mexicana» de Esteban,

con quien se podía contar para hacer el trabajo de dos hombres. Carl había sido uno de los compañeros de borracheras de Esteban, por eso, se lo advirtió de antemano:

—Se acabaron esos días para mí.

Héctor, ciudadano estadounidense naturalizado, era un católico devoto y un hijo dedicado que ayudaba a mantener a su madre, a su padre y a varios hermanos que todavía vivían al sur de la frontera.

En general, la vida era tolerable. Sería aún mejor cuando se mudara a un lugar propio, en lugar de pagar semanalmente un motel sobre la autopista 99. Había manejado la empresa desde su casa y, ahora que ya no tenía la casa, iba a tener que tomar algunas decisiones. La idea de volver al ajetreo de Sacramento lo deprimía, pero Centerville tampoco era exactamente su estilo. Tendría que conformarse con la camioneta y el remolque hasta que la obra estuviera terminada. Seis meses, como máximo. A menos que tuvieran inconvenientes con los inspectores.

—Aquí tiene —dijo Sally y apoyó una bandeja con tres huevos estrellados, croquetas de papas y un filete jugoso. Volvió a llenar su vaso con jugo de naranja y le sirvió café hasta el borde de la taza.

Esteban estaba terminando lo último de su filete cuando tintineó la campana de la puerta.

—Llegó el pastor Pablo, Charlie.

Entró un hombre joven, vestido con un pantalón deportivo y una camiseta empapada.

Llevaba el cabello castaño claro corto.

—Hola, Sally —dijo con una sonrisa—. ¿Cómo va el negocio?

—Flojo esta mañana. Espero la llegada de la multitud a eso de las ocho. ¿Qué puedo servirle?

—Jugo de naranja —dijo él y saludó con la mano a la pareja de ancianos sentados en el reservado, antes de ubicarse a una banqueta de distancia de Esteban—. Soy Pablo Hudson —dijo tendiéndole la mano.

Esteban se presentó mientras se daban la mano.

Sally apoyó un vaso alto con jugo de naranja sobre la barra.

—¿Cuántos kilómetros corrió esta mañana, pastor?

—Tomé la pista corta. Tres.

—¿Se acobardó? —gritó Charlie a través de la ventana de la cocina.

Hudson se rio.

—Algo así. —Giró para saludar al chofer de UPS—. ¿Cómo anda tu esposa, Al?

—Cada vez más ansiosa por la llegada del bebé.

—¿Cuánto le falta? ¿Un mes más?

—Dos semanas.

El mecánico dijo que había disfrutado el sermón dominical de Hudson.

—Mi hija tiene pensado venir a la próxima reunión de jóvenes. Dijo que un par de sus amigas están asistiendo.

—Somos unos doce —dijo Hudson—. Dile que traiga a todos los amigos que quiera. —

Volvió a centrar su atención en Esteban—. ¿Usted es cristiano?

—Me gusta pensar que sí.

—Bueno, nos encantaría que nos visite en la Iglesia Cristiana de Centerville. A dos cuadras de aquí, gire a la izquierda; busque el campanario. El servicio comienza a las nueve.

Sally se rio entre dientes.

—Tiene que cuidarse, Decker. El pastor Pablo siempre anda merodeando las tabernas en busca de potenciales conversos. —Se enfocó en Hudson con una sonrisa pícara—. El señor Decker es nuevo en el pueblo, hace un poco de esto y aquello. —Levantó su plato y lo miró—. Come como un caballo.

—¿Está buscando trabajo?

—No. Estoy construyendo una casa en Quail Hollow.

Sally puso la cuenta frente a Esteban.

—¿Quail Hollow? ¿Va a estar trabajando en ese gran lugar para los Atherton?

Él asintió.

—Un par de hombres que trabajan en los cimientos vinieron la otra tarde. Héctor Mendoza y un gigante que se presenta a sí mismo como Casa del árbol. ¿Los conoce?

—Así es, señora. Gracias a ellos estoy aquí. Me dijeron que Charlie's era el lugar donde podría comer buena comida y recibir un servicio amigable. Pero no me advirtieron qué tan amigable.

Ella se rio con los demás.

—Bueno, Héctor y Casa del árbol dijeron que la casa tendrá seiscientos sesenta metros cuadrados y que solo Atherton y su nueva esposa vivirán en ella —anunció Sally a todos los que escuchaban—. ¿Se imaginan? ¿Qué hace la gente con tanto espacio?

Mantener la distancia, pensó Esteban cínicamente mientras sacaba la billetera de su bolsillo trasero. Tomó veinte dólares y se los dio a Sally, quien tecleó el importe en la registradora y le entregó el vuelto. Él dejó una propina de 20% sobre la barra cuando se levantó.

—Gracias. —Necesitaba interactuar veinte minutos con seres humanos antes de regresar a la soledad autoinfligida.

—Guapo *y* generoso —dijo ella con una gran sonrisa. Dobló los billetes y los metió en el bolsillo de su delantal—. Regrese muy pronto, Esteban, ¿me oye?

—Mi idea es que este lugar sea una parada habitual. —Le dirigió un saludo informal.

La campana tintineó cuando salió por la puerta. Tal vez Centerville fuera el lugar preciso que él necesitaba para lamerse las heridas.

Eunice cerró la puerta delantera de la casa pastoral y salió hacia la

calle Principal, llevando a Timmy de la mano. Se echó el extremo de la bufanda blanca de lana sobre el hombro para protegerse contra el frío otoñal y contuvo sus lágrimas. Habitualmente, Pablo iba con ellos a caminar, pero hoy estaba preparándose para una reunión que tendría. El tiempo con él era cada vez más escaso y precioso.

Pronto sería Navidad; su segunda Navidad en Centerville. ¿Por qué sería que los problemas solían ocurrir durante la época de las fiestas? Eso significaba que él pasaría aún menos tiempo con la familia. Pero era inevitable. Ella recordaba cómo había sido crecer en la casa de un pastor.

Ay, cuánto extrañaba a sus padres. El dolor de la pérdida siempre era mayor durante la época navideña. Los recuerdos la inundaron, llevándola de vuelta a su infancia en un pueblito de Pensilvania y a la pequeña iglesia en la que su padre había servido como pastor laico durante veinticinco años. En cierto sentido, Centerville le recordaba a Coal Ridge. La congregación estaba formada por menos de cincuenta personas, tan unidas como parientes de sangre. Los jóvenes crecieron y se fueron. La mayoría se casó con

«gente de afuera».

Durante las vacaciones de primavera del último año de Eunice en la Universidad Cristiana Midwest, Pablo la había llevado a su casa en Pensilvania, en su carro, para conocer a papá y mamá. Por lo reservados que se habían mostrado su padre y su madre, Pablo había estado doblemente consciente de todo lo que decía y hacía, pero estaba decidido a que lo aceptaran. Aunque no debía haberse preocupado. Lo habían colmado de amor y atención.

—Si lograba pasar cinco minutos al día con mi padre, debía considerarme afortunado —

le contó Pablo después—. Él siempre estaba ocupado con los asuntos de la iglesia.

Cada mes que pasaba, Pablo estaba más atareado. Eso la preocupaba, pero no le afligía.

Caminó por la calle bordeada de árboles, pensando en sus padres. ¿Cómo se las habían arreglado para mantener el equilibrio entre el hogar y las obligaciones eclesiásticas?

Nunca existió duda alguna del compromiso que tenían uno con el otro, así como con el cuerpo de Cristo.

Su madre y su padre habían fallecido en un período de dos años. Uno de los ancianos había oficiado la ceremonia fúnebre de su madre. Eunice se había sentido como una huérfana cuando todos se fueron y la dejaron parada junto a la tumba de sus padres. En ese momento, estaba embarazada de seis meses. Pablo había ido a Coal Ridge con ella, pero estaba ansioso por volver a los cursos que estaba enseñando. Fue la única vez que

discutió con él. Sus emociones eran una maraña muy confusa, su dolor era demasiado intenso. Pablo pensó que lo mejor era volver a casa. Quería ser uno de los que distribuyera los papeles del pacto. Se había sentido tan dolida y enojada que le dijo que no recordaba que el Señor alguna vez les hubiera exigido a Sus discípulos que firmaran un papel para tener una relación de pacto con Él. Finalmente, Pablo dijo que podían quedarse unos días más, pero ella sabía que un duelo no siempre se adapta al calendario de una iglesia y le dijo que podían regresar a Illinois.

La esposa de un pastor no podía esperar tener a su esposo solo para ella.

Durante los pocos días que se quedaron en Coal Ridge, trató de imaginar qué pensaba Pablo del lugar donde ella había crecido. Casas descuidadas, más bares que cualquier otro tipo de negocio, tiendas cerradas. La mina donde trabajaban su padre y el resto de los habitantes había cerrado definitivamente y el pueblo estaba muriendo. Los pocos habitantes que quedaban subsistían a duras penas gracias al seguro social. Ningún pastor había ido a reemplazar a su padre. ¿Qué joven brillante graduado de la universidad querría ir a un pueblo sin posibilidades para el futuro?

Sin embargo, la iglesia continuó, aunque había cambiado. Las personas ya no iban los domingos a escuchar la prédica de Cyrus McClintock. Iban a sentarse en los bancos chirriantes y a orar por todo el mundo y por cada cosa que el Señor ponía en su corazón. Las puertas seguían abiertas durante la semana para que cualquiera que sintiera el empujoncito de parte del Señor pudiera entrar y orar. Eunice no tenía dudas de que aquellas preciosas personas que su padre había pastoreado durante tantos años seguirían ofreciendo alabanzas y peticiones hasta que el último miembro partiera a su hogar celestial.

La Iglesia Cristiana de Centerville también estaba cambiando, pero Eunice no se sentía del todo cómoda con lo que veía que estaba sucediendo. Las ambiciones de Pablo para la iglesia crecían a la par del crecimiento de la iglesia. Los bancos se llenaban de personas

nuevas. Los visitantes venían por curiosidad y, después, se convertían en asistentes habituales porque les encantaba el estilo de predicar de Pablo.

Señor, ¿qué hay detrás de mi preocupación? ¿Estoy siendo egoísta? ¿Por qué esta sensación de descontento en medio de tal bendición? Ayúdame a superar esto. Ayúdame a ver con claridad.

Había tratado de hablar del tema con Pablo, pero le costaba poner en palabras sus inquietudes. Él seguía dedicándoles tiempo a Timmy y a ella, solo que no era tanto como antes de que se mudaran aquí. Pero era comprensible. Las responsabilidades de un pastor eran mayores a las de un pastor asociado.

—Cuando llegamos aquí, veías a menos de sesenta personas sentadas en los bancos un domingo cualquiera, Euny. La idea es *edificar* la iglesia, no dejar que se estanque.

El primer pensamiento que se le cruzó fue sobre Samuel y Abby Mason, ambos poseedores de una fe activa, que ponían en práctica todo lo que les había enseñado Henry Porter, su pastor anterior. Eunice deseaba que hubieran llegado unos días antes para conocer a ese caballero y a su esposa, quienes habían servido durante tanto tiempo y tan fielmente, y que seguían siendo tan amados.

—El hecho de que hubiera unos pocos miembros no significa que su fe estaba estancada.

—¿Cómo lo llamarías cuando no pasa nada? Desde luego, tenían sus pequeñas reuniones de oración y el estudio bíblico que hacen en la casa de Samuel desde hace veinte años, pero ¿los ves que salgan a cosechar almas para Jesús? ¿De qué otra manera llamas a esa clase de fe que no sea "estancada"?

—Fueron las oraciones de Samuel las que Dios escuchó, Pablo. Fueron sus oraciones las que te trajeron aquí.

—Lo sé. Y Samuel ha orado por un avivamiento. También me lo dijo a mí. Eso es lo que trato de lograr, Euny. ¡Un avivamiento!

Eunice sabía que había elegido el momento equivocado para hablar con él y buscar su consejo. Pablo siempre se ponía impaciente los sábados, cuando daba los últimos retoques a su sermón y lo practicaba para el domingo en la mañana.

—Creo que saldré a caminar con Timmy.

Él le agarró la mano.

—Lo siento, Euny. No quise decirlo de una manera tan dura. Es que no lo entiendes. Tú vienes de una iglesia pequeña que no tenía posibilidad alguna de crecer. Aquí hay potencial. Dios nos puso en el lugar correcto y en el momento correcto, pero depende de nosotros hacer Su obra.

No era el momento indicado para decirle que, tal vez, se estaba esforzando demasiado por seguir los pasos de su padre.

—A propósito —dijo él mientras ella abría la puerta—, empezaremos a cambiar la música para satisfacer las necesidades de la congregación.

—La congregación ama los himnos.

—Los miembros mayores, tal vez, pero la gente nueva que está viniendo tiene otros gustos. La caja de sugerencias indica que se necesita un cambio si queremos convertir a los nuevos en miembros. No cambiaremos todo inmediatamente, Euny, pero me gustaría que, cada domingo, introduzcas una canción nueva del cancionero que usábamos en Illinois.

Eunice caminaba por la calle Principal, deseando poder hablar otra vez con papá y mamá. Puede que fueran personas sencillas y con poca educación, pero poseían más sabiduría de la que ella había visto en algunos pastores que ministraban a rebaños de millares. A veces, Eunice se preguntaba si Pablo no estaba siendo impulsado por su pasado, empujado por sentirse insuficiente. Siempre había trabajado duro para demostrar su valía. Su padre le había manifestado escasa, si es que alguna, gracia. A pesar de la aparente confianza de Pablo en sí mismo, era un hombre joven aún desesperado por conseguir la aprobación de su padre.

Su papá había visto eso en Pablo y le había dicho que lo animara y lo amara en los años que vendrían, y que escogiera sus batallas con sensatez. Y su mamá le había recomendado que tuviera paciencia y estuviera dispuesta a hacerse a un lado por quienes tenían mayores necesidades. Ella mantenía sus consejos en su corazón.

Oh, Señor, Tú me diste este esposo maravilloso. No lo merezco.

Fue un milagro que Pablo siquiera la mirara dos veces. Ella, una chica proveniente de un pueblito rústico, la primera de su familia en ir a la universidad. Desde el momento en que conoció a Pablo, el miembro

más reciente de un largo linaje familiar de pastores cultos, lo consideró demasiado bueno para ella. ¿Qué tenía para ofrecerle a un hombre como él, más que adoración? Todos los estudiantes sabían quién era Pablo Hudson, con su impecable pedigrí cristiano.

Al principio, se había resistido a salir con él porque consideraba que no era suficientemente buena para él. Se sintió halagada cuando la invitó a salir, y enamorada de él para cuando su primera cita estaba llegando a su fin. Luego de eso, lo rechazó dos veces, convencida de que iba camino a la desilusión. Pero Pablo fue insistente.

Transcurrieron meses de noviazgo antes de que se diera cuenta del dolor y de la lucha que había dentro de él, el peso que cargaba desde su infancia. Recordó cuán fuera de lugar se había sentido la primera vez que asistió a la iglesia que había levantado el padre de Pablo. Tuvo la sensación de estar fuera de lugar entre los miles de feligreses pudientes, vestidos con trajes caros y engalanados con joyería de oro auténtico. Y sintió que todos estaban hipnotizados por la prédica de David Hudson. Él se erigía por encima de ellos sobre un escenario, sosteniendo la Biblia en una mano y haciendo gestos con la otra mientras caminaba de un lado a otro y miraba desde arriba al multitudinario público. Era elocuente y elegante, refinado y perfecto en su presentación.

Se sintió incómoda cuando se dio cuenta de que la madre de Pablo la observaba atentamente. ¿Había dejado a la vista sus sentimientos o su inquietud? Fue la primera vez en su relación con Pablo que sintió que tenía que «prestarle atención a su espíritu», como decía su padre. Como si Dios estuviera tratando de mostrarle algo y ella no tuviera ojos para verlo. Miró con más detenimiento y escuchó con más atención, pero no pudo precisar qué era lo que estaba mal o por qué se sentía afligida. Las palabras eran correctas…

Ahora tenía la misma sensación de tener que prestarle atención a su espíritu.

Por su crianza como hija de un predicador, se hacía pocas ilusiones. Siempre tendría que compartir a Pablo con otras personas. Su esposo siempre estaría sometido a grandes exigencias. Las necesidades de los demás muchas veces pesarían más que las suyas. Eso podía aceptarlo. Sin embargo, seguía extrañando estudiar la Biblia con él. Era tan apasionada como él en ese punto. Pero últimamente, Pablo se enojaba cuando ella tenía otro punto de vista. Se ponía a la defensiva.

Quizás era la presión después de la reunión de los ancianos.

Siempre había orado para casarse con un pastor como su padre. Se había esforzado mucho para calificar para una beca en una universidad cristiana, sabiendo que era más probable conocer a hombres santos en un entorno santo. Antes de subirla a un autobús Greyhound, su padre le había dicho que no todos los jóvenes de una universidad cristiana eran cristianos. Un año después, ella le contó que tampoco todos los profesores de un campus cristiano eran cristianos.

Jamás había cuestionado la fe de Pablo ni lo hacía ahora. Él amaba al Señor. Había sido llamado al ministerio.

Oh, Señor, permite que Pablo viva la experiencia de Tu gracia. Permítele sentir Tu amor asombroso. Ha recibido tan poco amor de su padre terrenal...

Él estaba sirviendo de corazón a la Iglesia Cristiana de Centerville. ¿Acaso su mamá no le había advertido que la vida de un pastor nunca era fácil y que, a veces, era más difícil

para la esposa? «Lo llamarán a la mitad de la noche y tendrá que salir bajo la nieve porque alguien está enfermo, o ha muerto, o está desolado. Y tú tendrás que preparar su desayuno y su almuerzo y agradecer a Dios si tienes una comida sin interrupciones con él».

Al menos, Pablo recibía un salario apropiado de la iglesia y no tenía que trabajar todos los días para mantener a su familia. Aun así, ella no recordaba una ocasión en que su padre no hubiera estado presente cuando su madre lo necesitaba. O cuando su hija lo necesitaba. Él *buscaba* el tiempo. Su padre no le había hecho sentir ni una sola vez que ella era su última prioridad.

Tenía que dejar de pensar así. Revolcarse en la autocompasión no la ayudaría. Podía anhelar la atención de Pablo, pero no ser tan egoísta como para exigirla. Días atrás la había tomado desprevenida cuando le había dicho: «No sabía que eras tan dependiente». Se sonrojó de vergüenza al pensar en eso. *Dependiente*. ¿Lo era? La mujer que se aferraba a su esposo le dificultaba realizar la voluntad de Dios. Debía aprender a estar al lado de él, en lugar de interponerse en su camino.

Todo era un lío. Una duda llevaba a otra, hasta que su mente quedaba sumida en la confusión. Había salido a dar esta caminata para darle espacio a Pablo para que hiciera lo que necesitaba hacer. Timmy le había estado suplicando a papi que jugara al fútbol con él, pero Pablo tenía que prepararse para otra reunión.

«Desháganse de aquellas cosas que les impiden servir a Cristo con todo el corazón», habían sido las palabras de Pablo el último domingo.

¿Era su *dependencia* lo que la hacía sentirse desechada? ¿O la atención de Pablo estaba tan fija en la tarea que tenía enfrente que no podía ver que ella lo necesitaba ahora tanto como lo había necesitado el día que se casaron? *Señor, Tú eres mi compañero fiel. Tú siempre tienes tiempo para mí.*

—¡Eunice!

Sorprendida, Eunice dejó escapar una risa cariñosa, dándose cuenta de que habían caminado más de un kilómetro y medio hasta la casa de los Mason.

—¡Tu jardín está espléndido!

El rostro de Abby se iluminó con un gesto de bienvenida mientras ponía a un lado su balde con maleza, se limpiaba las manos en el delantal y abría la verja.

—Estaba a punto de tomar un descanso. ¿Te gustaría acompañarme a tomar una taza de café?

—Me encantaría, Abby.

—¡Sam! —Timmy se alejó y corrió hacia la casa—. ¡Sam! —Gritaba como si estuviera pidiendo ayuda.

Eunice sintió que se le acaloraban las mejillas.

— *Señor Mason,* Timmy. Debes llamarlo señor Mason.

Abby soltó una carcajada.

—Sam está en casa, Timmy. Y estará encantado de ver a su amiguito.

—¡Sam! —Timmy se detuvo en el porche.

—Samuel —dijo Abby, abriéndole la puerta—, tienes visita.

—Sa-muel.

—No hay problema, Eunice. —Se rio Abby en voz baja.

Timmy caminó en línea recta por la sala de estar y siguió hasta la puerta abierta del pequeño estudio de Samuel Mason.

—Sa-muuuuuuel.

Eunice pensó en cuánto habría amado su padre a Timmy. Apretó sus labios temblorosos con sus dedos. *Ay, papi, cómo habría deseado que vivieras lo suficiente para que mi hijo corriera a tus brazos de la forma en que está yendo hacia Samuel Mason.*

La risa de Abby se desvaneció. Su expresión se suavizó cuando extendió su brazo y rodeó la cintura de Eunice.

—Pasa, querida. Vayamos a la cocina. Haré un poco de café para las dos y podrás contarme qué te preocupa.

Eunice se sintió como si hubiera vuelto a casa.

Samuel estaba orando de rodillas cuando oyó que Abby lo llamaba. También oyó a Timmy y sonrió. Cuando se incorporó, sus huesos viejos protestaron. Pablo Hudson había estado en sus pensamientos toda la mañana y lo tomó como una necesidad de orar. La mayoría de las señoras de la iglesia pensaban que era «adorable», pero los hombres no estaban tan enamorados, porque sentían el pinchazo de las nuevas exigencias.

—Por su manera de hablar, pensarías que yo nunca antes había dirigido una reunión —

había rugido Otis por teléfono unos días atrás—. Me dijo que quiere una orden del día para la próxima reunión. ¡Yo siempre tengo una! Esta vez, quiere que la imprima y que haya suficientes copias para todos. Como si eso fuera a hacer una diferencia en cómo resultan siempre las cosas. Y me dio una lista de lo que quiere bajo el título de *nuevos* asuntos. Quiere un equipo de sonido nuevo.

Samuel trató de explicarle que, simplemente, Pablo estaba tratando de atraer a más gente joven, pero Otis estaba como si le hubieran dado cuerda.

—¿Atraerlos con qué? ¿Con música *rock*?

—Cálmate, Otis. —Intentó hablar con un poco de frivolidad—. Estoy seguro de que no va a poner a Euny a tocar música *rock*. ¿Te lo imaginas?

—No, pero hay muchas otras cosas que tampoco podría haber imaginado hace unos meses. ¡Como servir palomitas de maíz y refrescos y pasar películas en el salón social!

—Presentó la película *JESÚS*.

—Claro, esta vez mostró algo provechoso. ¿Con qué va a aparecer el próximo martes en la noche? No recuerdo que nos haya consultado siquiera si debía o no usar el salón para las películas. ¿Y tú?

Samuel se sorprendía añorando los viejos tiempos en los que salía a jugar un partido de golf con Henry Porter y conversaban sobre las necesidades de la iglesia. En la actualidad, él tenía que llamar para pedir una cita con Pablo para hablar sobre lo que fuera. Y el joven respondía con la declaración de su posición, la cual usualmente comenzaba de la siguiente manera: «Esto funcionaba en Mountain High».

No servía de nada recordarle a Pablo Hudson que la Iglesia Cristiana de Centerville distaba mucho de ser una megaiglesia. Y el hecho de que llegaran personas nuevas a la iglesia simplemente servía para confirmarle a Pablo que sus métodos funcionaban. Era como un pastor que usaba su báculo para enganchar a la gente hacia la congregación.

Pero Samuel tenía miedo de que usara ese don que Dios le había dado para apalear a los viejos miembros como Otis, que no podían o no querían seguir el ritmo.

—¡Sa-muuuel! —llamó Timmy, golpeando la puerta.

Samuel dio un paso al costado y abrió la puerta.

—¿Quién anda ahí?

—Yo.

—¿Yo quién?

—Yoooo...

Ambos se rieron. Era un juego tonto que jugaban, pero a Timmy le encantaba. Samuel pasó una mano sobre el cabello del niño mientras lo dejaba entrar al estudio. Timmy se encaminó directamente a la pila de libros para niños que había en el último estante, junto al escritorio de Samuel. El anciano se sentó en su sillón y esperó. Las últimas tres veces que Eunice había traído a Timmy, el niño había escogido el

mismo libro. Ahora estaba metido a la mitad de la pila. Timmy revisó la pila un libro a la vez, hasta que llegó al que deseaba. Samuel levantó a Timmy, lo sentó sobre su regazo y abrió el libro que había leído más de una docena de veces.

Cuando terminó la historia, Timmy levantó la vista.

—¿Peces?

—Ajá. Apuesto a que tienen hambre. —Samuel puso de pie a Timmy en el piso. Podía oír a Abby hablando en la cocina. Cuidadoso de no interrumpir, caminó por la sala de estar y abrió las puertas corredizas de vidrio. Timmy corrió hacia afuera, atravesó el césped hasta la cascada que estaba en la esquina del jardín y miró el estanque que había en la base de la cascada.

—¡Koi!

Samuel sacó un puñado de bolitas de alimento de una bolsa plástica y vertió algunas en la mano de Timmy. Timmy sujetó con cuidado las bolitas y las lanzó al agua una a una, riendo cada vez que los peces dorados y blancos subían a la superficie y se deslizaban y se salpicaban unos a otros para conseguir una bolita.

—El Señor hizo peces bellos para que los disfrutemos, ¿no es así, Timmy?

—Nosotros comemos peces.

—Nosotros también. Los peces son buenos para comer. Pero no nos comeríamos a estos peces.

—Porque son bonitos.

—No, porque se alimentan de lo que hay en el fondo. ¿Ves la forma que tiene su boca?

Cuando terminen de comer estas bolitas, bajarán al fondo del estanque y se alimentarán de cualquier basura que encuentren. —Se agachó junto a Timmy a observar los remolinos de koi y pensó en cómo las personas podían ingerir pedacitos de la verdad los domingos en la mañana, y después cenar basura el resto de la semana. Podían parecer hermosas, brillantes y sanas, y estar llenas de toda clase de maldad. Pero no podía decirle todo eso a un niñito. Era una enseñanza destinada a una persona más grande, alguien que estuviera dispuesto a escuchar. Había otras lecciones para enseñarle a un niño que apenas

comenzaba a ver el mundo que lo rodeaba, hambriento por saber de él, con el corazón receptivo a su Creador.

—El Señor ha hecho a todas las criaturas de la tierra, las grandes y las pequeñas, cada una con su propósito. Quizás, Dios los hizo tan bonitos por el trabajo sucio que tienen que hacer de limpiar el fondo del estanque.

Timmy perdió el interés en los koi y caminó hacia los rosales que había junto a la cerca de madera. Samuel caminó con él y se agachó otra vez cuando Timmy señaló un capullo y quiso saber qué era.

—Es el comienzo de una flor. ¿Ves cómo se estira el tallo hacia la luz del sol? Pronto se abrirá el capullo y veremos una flor como estas hermosas rojas, anaranjadas y amarillas.

Durará un tiempo y todos los pétalos caerán y será como esa pomarrosa que ves allí.

Los puedes recoger y preparar un té que es bueno para ti.

Giró a Timmy y le dio una palmadita en el pecho.

—Tu corazón es como ese capullo de rosa, Timmy. Serás más alto, te estirarás y, dentro de tu ser, querrás algo que no podrás explicar. Y así llegarás a conocer a Jesús y sentirás que la luz y el calor de Dios brillan sobre ti, y tu corazón irá abriéndose poco a poco, hasta que estés completamente abierto. —Acercó una flor para que Timmy pudiera olerla—. Las personas te mirarán y dirán: “Miren qué bella es la vida de Timmy gracias a Jesús”. Y, algún día, serás un viejo como yo, y espero que dejes algo que ayude a los demás a saber que servir a Jesús nos hace felices.

—Yo conozco a Jesús.

—¿En serio?

—Él me quiere.

—¿Tu papá te dijo eso?

—Ajá. Y mi mamá.

Samuel sintió el ardor de las lágrimas que asomaron a sus ojos mientras acariciaba tiernamente con su mano el cabello rubio de Timmy.

—Jesús te ama mucho, Timmy. —Sacó una navaja de su bolsillo y cortó una rosa nueva que estaba comenzando a abrir—. Dale esto a tu mamá.

Timmy caminó en dirección a las puertas corredizas de vidrio. Samuel le abrió la puerta y la cerró mientras Timmy corría a la cocina.

—¡Mamá!

—¡Oh, qué rosa más bonita!

Cuando Samuel entró por la puerta, vio que Eunice se inclinaba y besaba a su hijo.

—Seguro que ustedes dos han venido a buscar galletas. —Abby extendió el plato para que Timmy pudiera tomar una.

Samuel notó que los ojos de Eunice parecían hinchados. ¿Había estado llorando? ¿Por qué motivo? Después, le preguntaría a Abby.

—Me serviré mi taza de café y Timmy puede venir conmigo a tomar su leche con galletas en la sala. ¿Qué te parece si vemos juntos *Winnie Pooh*, Timmy? No la veo desde la última vez que estuviste aquí.

—¡Pooh!

Sentado cómodamente en el sofá y con los pies apoyados en el escabel, Timmy se acurrucó a su costado. Samuel oró por Eunice mientras Pooh bailaba y cantaba en la pantalla. No tenía idea de qué andaba mal, pero le pidió al Señor que fuera el centro de la conversación que se estaba desarrollando discretamente en la cocina. Eunice era una joven encantadora con un corazón sensible. Le dio gracias a Dios por la manera en que había acogido a todos los miembros de la iglesia, incluso a los que rezongaban y gruñían. Se habían encariñado con ella a las pocas semanas de su llegada. Y ella había calmado a las personas ofendidas que Pablo ni se había enterado que lo estaban.

Bendícela, Señor, como ella nos ha bendecido.

Pablo tenía energía contenida, fervor y pasión por el Señor, pero era joven. Todavía no había aprendido a avanzar con cautela. Unos pocos de sus cambios habían generado chispazos en la congregación. Felizmente, Dios había dispensado la gracia suficiente para que los peligros llamaran la atención de Abby, y ella le hiciera saber qué focos apagar prudentemente para evitar que se desatara un incendio.

¿Qué había sucedido con las visitas de Pablo? Durante los primeros meses de su ministerio en Centerville, Pablo visitó a cada miembro de la congregación. Quería que todos entendieran lo que esperaba lograr, y su entusiasmo, si bien no sus ideas, había sido aceptado. Lamentablemente, no se había tomado suficientemente en serio las reservas que tenían los miembros. Ahora, algunos se habían puesto obstinados y resistían los cambios de cualquier índole.

Otros estaban preocupados por la cantidad de gente que estaba yendo a *su* iglesia.

Noventa y dos personas habían asistido al último servicio. Eran cincuenta y cinco más de las que habían ido a la primera reunión. Si los números eran lo único que importaba, parecía que Pablo había comenzado muy bien.

Pablo seguía haciendo visitas, casi siempre para darles la bienvenida a las personas nuevas. Había comenzado un curso sobre los fundamentos del cristianismo que habría sido mejor recibido por Otis y por Hollis si hubieran sido incluidos en el proceso de tomar la decisión. Para ser sincero, Samuel también se sentía dolido por haber sido excluido. Dolido y preocupado. Lo último que necesitaba la iglesia era una lucha de

poder. Él había tratado de hablar con Pablo sobre el tema, pero el joven no parecía tener la capacidad de entender que había canales que uno debía atravesar antes de dirigirse a las aguas profundas.

—Seguramente, no se opone a un curso sobre lo que significa ser un cristiano.

—Debemos trabajar en unidad, Pablo. Una iglesia no puede funcionar bien si sus ancianos no están involucrados. Otis y Hollis son hombres buenos que quieren lo mismo que tú: que Cristo sea el centro de todo lo que hacemos. Sé paciente. —Vio el destello en los ojos de Pablo. El joven entendió la idea. Había pisado los dedos de tres pares de pies y debía reparar el daño. ¿Tendría la humildad suficiente para hacerlo?

Pablo no dijo nada. Parecía afligido y un poco asustado. El tiempo podría ayudarlo a ver las cosas con mayor claridad. Y lo único que Samuel quería hacer era ayudarlo.

—Podemos evitar problemas si los ancianos acceden a leer tu plan de estudio y dan su aprobación.

Pablo accedió inmediatamente.

Samuel hizo lo que pudo para allanar el camino, pero Otis necesitaría varias semanas para dejar de ser el cabeza dura que solía ser. Al cabo de un mes, Samuel logró que Otis y Hollis leyeran el plan de estudio del curso de seis semanas sobre los fundamentos del cristianismo que había preparado Pablo. Mientras tanto, Samuel leyó y estudió el curso, orando para que el Espíritu Santo le mostrara cualquier cosa que fuera doctrinalmente incorrecta. El contenido era una presentación clara del evangelio de Jesucristo. Era sencillo y directo, y contaba con la autoridad adecuada de la Palabra de Dios. La gracia y la misericordia de Dios se destacaban maravillosamente, y fomentaban las buenas obras con el propósito de traer gozo y agradecimiento. Samuel quedó impresionado.

Eunice fue quien le dijo que Pablo había escrito el curso mientras terminaba el último año de la universidad. Fue una de las razones fundamentales por las que le habían ofrecido un puesto en una megaiglesia de Illinois.

—Es un maestro de gran talento.

Samuel también lo creía, pero se necesitaban más que dones para la enseñanza para pastorear una iglesia, especialmente una tan pequeña y familiar como la Iglesia Cristiana de Centerville. Samuel no tenía duda de que Pablo era la respuesta a varios años de oraciones. Sin embargo, no se nacía siendo un buen pastor: se formaba por medio del consejo.

Lo que parecía impresionante en el aula o en una tesis no siempre era fácil de llevar a la práctica en la vida diaria. Pablo Hudson tenía

mucho que aprender sobre pastorear a personas que lo triplicaban en edad. Otis necesitaba ser corregido de vez en cuando, pero si tenía que provenir de Pablo, sería mejor que lo hiciera con afecto, como un hijo a un padre, y no como un joven capitán de barco que le da órdenes a un viejo marinero cansado y acabado que ha pasado la mayor parte de su vida en el aparejo.

Señor, ¿estoy capacitado para hacer esto? ¿Cómo puedo guiar a un joven que cree haber aprendido todo lo que necesitaba saber en los pocos años que pasó por la universidad y observando cómo su padre dirigía una gran iglesia? Él te ama; no tengo duda. Es entusiasta. El problema es que tiene el don de hacer saltar chispas. Un equipo de sonido, santo cielo... Señor, Tú sabes lo nerviosa que se pone la gente por la música. Solo ha estado un año en el cargo, Señor, y ya estoy empezando a sentirme como un bombero que corre de aquí para allá con un balde de agua en la mano. Yo no quiero apagar su fuego, Señor. Lo único que quiero es que me muestres cómo contenerlo.

—¿Dios hizo a los efelantes de Pooh?

Samuel quedó desconcertado por un momento, hasta que vio la pantalla.

—Bueno... —dijo Abby desde la puerta, Eunice sonriendo detrás de ella.

—Hizo a los hombres que crearon a los efelantes —dijo Eunice, sonriéndole a Samuel mientras ella abrazaba a su hijo. Una taza de café y unas galletas con Abby habían alegrado a la joven.

—Y a los wartas —dijo Abby.

Eunice le sonrió a Timmy.

—Gracias por cuidarlo, Samuel.

—De nada.

Él fue con ellos hasta la puerta.

—Despídete del señor y de la señora Mason, Timmy.

—Hasta luego. —Les hizo adiós con la mano.

Abby acompañó a Eunice hasta la verja. Eunice abrazó a Abby y la besó en la mejilla. Le dijo algo, y luego se apartó.

—Regresa pronto, amiguito. —Samuel les hizo adiós con la mano. Esperó en la puerta mientras Abby cerraba la verja y se acercaba por el sendero.

—¿Todo bien, Abby?

—Extraña a su padre y a su madre. No hace tanto que fallecieron. Todavía está de duelo, creo. Mudarse al otro lado del país y echar raíces entre desconocidos lo sacó a la superficie. Y Pablo ha estado tan ocupado...

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Lo acompañó a entrar a la casa, rodeándole la cintura con un brazo.

—Nada más que lo que has estado haciendo. —Levantó la mirada hacia él—. Sigue orando. —Lo soltó y se dirigió a la cocina—. Tengo que empezar a preparar la cena.

—¿Algo específico por lo que deba orar?

Le dirigió una mirada divertida:

—Deja de averiguar.

—Solo pregunto.

—No puedes solucionar todo, Samuel. Algunas cosas solo se reparan con tiempo y atención.

—Bueno, yo...

—El tiempo y la atención de *ellos*.

Él le dedicó una mueca de burla.

—¿Sabes? Te estás volviendo una vieja atrevida.

—Es mejor que ser un viejo entrometido. —Ella sonrió.

Esteban estacionó su GMC en la obra de Atherton y recogió sus papeles. Con un rápido vistazo confirmó que había aparecido toda la cuadrilla. Los martillos golpeaban, las sierras caladoras chirriaban

mientras la obra avanzaba.

El desarrollo bajo tierra y el emplazamiento habían salido bien. La colina detrás de la casa había sido nivelada, la entrada curva para carros desde Quail Hollow, emparejada.

Los encofrados habían sido construidos con paredes de piedra seca que atravesaban el suelo para las conexiones bajo tierra del agua, el desagüe, la electricidad, las líneas telefónicas, la televisión por cable y las computadoras.

Los materiales llegaban a diario mientras las paredes iban siendo encofradas. Las partes del techo debían llegar hacia el final de la semana. Todo estaba bajo la supervisión de los ojos vigilantes de diversos inspectores, quienes habían estado adentro, alrededor y encima de la obra y de la estructura para cerciorarse de que todo fuera hecho conforme con los códigos de construcción más actualizados.

—Bueno, Decker, diría que usted no hace nada a medias —le había dicho un inspector el día anterior.

—Me gusta construir una casa que permanecerá mucho después de que me haya ido.

Si todo iba según la planificación de Esteban, la obra estaría terminada en noventa días, incluido el paisajismo. Inicialmente, Atherton había dicho que una media hectárea de césped con árboles ornamentales y arbustos lo complacería, pero su joven esposa había logrado que aprobara la construcción de una piscina irregular rodeada por piedras naturales. Ah, y quería una cascada que se derramara dentro de ella. De ahí, la terraza.

Pocos días después, sumó a su lista los senderos de losa y una glorieta con diversos enrejados y bancos integrados. Esteban hizo el estimado y le informó a Atherton que la última «lista de deseos» de Sheila ascendería a más de cien mil dólares. ¿Quería Atherton ceñirse a los planos originales o proceder con las modificaciones?

—Haga lo que ella desee —había dicho Atherton con un tono de empresario que tenía poco tiempo que perder y que quería ver feliz a su esposa.

Los proyectos de construcción, aun los que marchaban con relativa facilidad, a menudo generaban fricciones entre los maridos y sus esposas. Pero Esteban tenía la sensación de que las tensiones entre Roberto Atherton y su esposa marcadamente más joven habían

empezado mucho antes de que comenzara la construcción de esta casa de seiscientos sesenta metros cuadrados.

Escuchó el crujir de la gravilla mientras se acercaba un vehículo. Echando un vistazo por encima del hombro vio que un Cadillac plateado se estacionaba junto a su remolque. Gruñendo por dentro, enrolló los planos. Un caballero se habría acercado y habría abierto la puerta del carro para Sheila Atherton; sin embargo, Esteban decidió mantener una distancia prudencial. Ella salió del carro como la Venus del mar y agitó su largo cabello rubio sobre su hombro mientras se acercaba a él como una modelo caminando por una pasarela parisina. Tenía puestos unos ajustados pantalones negros de cuero y un pulóver blanco de cuello redondo.

Las sierras caladoras se detuvieron abruptamente y los martillos quedaron notablemente silenciosos.

Si había alguna duda de que ella sabía exactamente qué reacción provocaría su atuendo, fue rápidamente eliminada. Le dirigió una sonrisa radiante a la cuadrilla y los saludó con la mano.

—¡Hola, chicos!

Alguien silbó.

—¡Qué bien se ve, señora Atherton! —gritó otro.

Molesto, Esteban se dio cuenta de que sus hombres no eran los únicos que estaban mirándola.

—¡Vuelvan a trabajar!

—Ah, no me molestan, Esteban. —Se rio ella—. Estoy acostumbrada a esa clase de reacciones.

—No me sorprende. —Trató de mantener un tono amigable pero neutro.

Ella se llevó una mano a la cadera y ladeó su cabeza, con un destello desafiante en sus ojos azules.

—Iba de camino a Sacramento para hacer algunas compras y pensé en pasar por aquí y ver cómo van las cosas.

—Todo según los tiempos acordados, *señora* Atherton.

Su sonrisa se diluyó.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que puede llamarme Sheila? Me hace sentir tan mayor cuando me dice señora Atherton. —Se acercó lo suficiente para que él pudiera percibir el aroma de su perfume caro—. ¿Por qué no me lleva a dar un recorrido y me muestra lo que hizo desde la última vez que vine?

—No ha cambiado demasiado desde antes de ayer. Y tengo que prepararme para una inspección. —La cita no era sino hasta las cuatro de la tarde, pero ella no tenía por qué saberlo.

Sheila Atherton se movió. Miró en dirección a la casa y luego volvió a mirarlo.

—He estado pensando.

Él sabía exactamente qué significaba eso y apretó los dientes.

—No tenemos ningún tragaluz en la casa, Esteban.

—Estamos haciendo un tragaluz en el conservatorio. ¿Lo recuerda?

—Ah, ese. Lo olvidé. Bueno, no importa. No es suficiente. Quiero uno en el dormitorio, uno *grande*, para poder ver las estrellas en la noche.

—¿Qué piensa Rob de esa idea?

—A Rob no le molesta. No está interesado en otra cosa que en sus negocios. —Su mirada adquirió una expresión dura—. Dijo que puedo hacer lo que yo quiera, y quiero un tragaluz en mi dormitorio.

—Bien, entonces supongo que haremos los planos para poner un tragaluz en su dormitorio.

—¿Cuánto dinero extra costaría?

—Depende de cuántas estrellas quiera ver. —Su ínfimo chiste fracasó, así que decidió ser directo—. Significará hacer modificaciones en los planos, la aprobación, cambios estructurales, tiempo adicional, dinero adicional e inspecciones adicionales. —Uno no hacía un agujero en el techo sin causar algunos problemas.

—Bueno, entrégueme la propuesta cuando la tenga lista. Probablemente, Rob le diga que contrate más hombres. Está impaciente por mudarse.

—Prepararé los planos y tendré el estimado listo para que su esposo lo firme antes del fin de semana.

Toda sonrisas ahora, se acercó unos pasos a él.

—Sé que será absolutamente maravilloso cuando todo esté terminado. Todo el mundo va a envidiarme. —Apoyó una mano en su brazo y sonrió—. ¿Por qué no tomamos un café algún día? Hay muchas cosas de las que podríamos conversar, además de la casa.

—No lo creo.

—A Rob no le molestaría.

—Lo dudo.

—Usted tomaría un café con Rob si se lo pidiera, ¿verdad?

—Él no lo pediría.

—¿Por qué no?

—Ninguno de los dos tiene tiempo que perder.

Toda la diversión se desvaneció cuando los ojos de la mujer destellaron.

—¡Vaya que puede ser sumamente grosero a veces!

—Usted y su esposo me contrataron para hacer un trabajo, *señora* Atherton. Ahí pongo toda mi energía en este momento.

Los ojos de ella se endurecieron.

—¿Qué le hace pensar que quiero algo más de usted que eso?

Le hacía recordar a su exesposa, rubia y elegante, con hambre de propiedades y de poder, aburrida y al acecho cuando los conseguía. Pobre Atherton. Era probable que al principio pensara que tenía una gatita bonita y tierna que lo mantendría abrigado cuando llegaran sus años invernales, y estaba entendiendo de la peor manera que había agarrado por la cola a una tigresa. Esteban miró a Sheila a los ojos y le sonrió a medias.

El silencio decía más que las palabras.

—Cuánto ego tiene usted, señor Decker. ¡Como si yo fuera a fijarme

dos veces en un obrero como usted! —Se marchó con prisa hacia su carro.

Aliviado de que se fuera, Esteban abrió los planos y empezó a sacar cálculos mentales del tiempo que le llevaría agregar el tragaluz. Hasta donde sabía, ella volvería al día siguiente queriendo elevar el techo y añadir ventanas de buhardilla. Golpeó tan fuerte la puerta de su carro que él hizo un gesto de dolor. Cuando ella dio marcha atrás, apenas esquivó el lado del conductor de su camioneta. Le dio una mirada venenosa antes de apretar el acelerador y desparramar una lluvia de gravilla de sus neumáticos traseros.

—Oiga, Jefe —gritó Casa del árbol desde los andamios—. ¿Qué le dijo a la dama para que se fastidiara tanto?

—¡No es asunto tuyo! —Mientras la cuadrilla reía a carcajadas, él se dio vuelta y murmuró—: Y esa no es una dama.

—Mister Decker siempre se mete en líos con las damas —dijo Héctor desde una escalera—. Hasta Sally, de Charlie’s ha estado preguntado por ti.

Casa del árbol se rio y colocó en su lugar un tablón de diez por quince.

—Sigue hablando, Héctor —Esteban apuntó con un dedo a su amigo —, ¡y te envío de vuelta a México!

—Oye, ningún problema, Decker. De todas maneras, me iba a ir este invierno, ¡y me llevaré una buena parte de tu dinero!

Esteban se rio.

El inspector Tom Hadley llegó tarde y revisó el lugar como si llevara una lupa en la mano. Esteban desplegó los planos, respondió a sus preguntas e hizo algunas por su parte, y dijo un par de chistes. Durante los años que había sido un aprendiz, Esteban

aprendió que los inspectores podían convertir un trabajo aparentemente fácil en una pesadilla. Uno solo podía encontrarle algún sentido a eso si los veía como hombres o mujeres que tenían un trabajo por hacer y una vida fuera de los lugares de trabajo. Un negocio fuerte se consolidaba sobre la combinación adecuada de respeto mutuo y amabilidad. Albergar una actitud conflictiva hacia los inspectores era tan constructivo como usar dinamita para cavar una

trinchera.

Hadley era un hombre de familia, ansioso por presumir de su hijo y de su hija que estaban en la universidad. Todavía estaba apoyado en la parte delantera de su camioneta, hablando, cuando los hombres de Esteban empezaron a dirigirse a sus vehículos.

Dando una ojeada a su reloj, Hadley se incorporó.

—No me di cuenta de la hora que es.

Esteban recorrió el lugar una última vez. Todo se veía bien. Nunca se cansaba del entusiasmo de diseñar y edificar algo desde cero. No obstante, y a pesar de toda la satisfacción que le daba su trabajo, no podía librarse de la inquietud que a menudo lo dominaba. Subió a su camioneta, cerró la puerta y condujo colina abajo.

Se preguntó si podría hablar con su hija esa noche. En los últimos días, Kathryn había bloqueado con habilidad cada uno de sus intentos de hacerlo. Recordar la conversación de la noche anterior le puso los nervios de punta.

—¿Qué crees que quiero? —había preguntado él en respuesta a su saludo poco amigable—. Quiero hablar con mi hija. He llamado todas las noches y no he logrado otra cosa que hablar con tu contestador automático.

—He estado ocupada.

—No estoy controlándote.

—Qué bueno, porque no tienes derecho a hacerlo.

—¿Podrías llamar a Brittany?

—Está en la cama.

—¿A las seis? ¿Está enferma?

—No, no está enferma. Aunque no te importaría si lo estuviera.

—Estoy llamando, ¿verdad? ¿Por qué está en la cama?

—La castigué. No quiso recoger sus juguetes y yo no lo haré por ella. A veces se comporta igual que tú. Terca, cabeza dura.

—Déjame hablar con ella.

—No. Ella lo verá como un premio, y eso atentará contra mi autoridad de madre.

—¿Qué hay de mis derechos como padre? No he logrado hablar con ella en ocho días, Kathryn. Lo único que estoy pidiendo son unos minutos.

—Qué descaro, Esteban. Cuando estábamos casados, nunca tenías tiempo para Brittany ni para mí. ¿Cuántas veces te rogaba para que me dieras un minuto de tu precioso tiempo? Lo único que te importaba era tu empresa, tus compañeros de la obra, o ver algún partido de fútbol americano o de béisbol en la televisión.

Apretó los dientes al recordar cuánta mordacidad solía descargar sobre él. Se había aguantado las ganas de decir que a ella siempre le había encantado el papel de mártir como para que él se metiera. Además, ¿quién querría pasar tiempo con una mujer que aprovechaba cada oportunidad para lanzar su letanía de quejas? Estuvo a punto de preguntarle si todavía tenía una aventura con su jefe.

A Kathryn McMurray Decker le habría encantado culparlo a él por su vida miserable, pero la verdad es que ella era infeliz desde mucho antes que empezaran a salir. Antes de que se casaran, ella le echaba la culpa de su infelicidad a las debilidades de su madre y a las tendencias violentas de su padre. Cuando los conoció, él no pudo sino estar de acuerdo con ella, lo cual la puso a la defensiva. Empezó a culpar a todo empleo o jefe que tuviera. Siempre comenzaba un empleo alabando lo maravillosos que eran todos y, seis meses después, estaba quejándose de que los supervisores y sus colegas no la trataban como debían, o no le daban el aumento que merecía ni el reconocimiento que le correspondía.

Le llevó dos años de matrimonio darse cuenta de que tratar de hacerla feliz era una batalla perdida. Cuando dejó de intentarlo, ella lo culpó de su infelicidad. Había convertido su autocompasión en una ciencia. Pero luego, para empeorar las cosas, él la usó como una excusa para beber. Cuando ella le decía que ya había bebido un trago, él se preparaba otro. Si ella decía que ya había bebido suficiente, él bebía más, solo para

sacarla de quicio. Y así andaba el carrusel, vuelta tras vuelta, cada vez más rápido, descomponiéndolos a los dos.

Los viejos hábitos nunca mueren.

Cada vez que llamaba y oía la voz de Kathryn, la necesidad volvía a

sublevarse en él. La batalla por no buscar ese primer vaso de whisky estaba haciéndose cada vez más difícil.

Pasó por una licorería y necesitó cada gramo de su fuerza de voluntad para no entrar al estacionamiento. Súbitamente, se empapó de sudor frío porque casi pudo saborear el whisky en su lengua. Se aferró al volante.

¿Alguna vez será más fácil, Jesús?

La necesidad se intensificó cuando abrió la puerta y entró en su departamento vacío. El silencio se cerró a su alrededor como una prisión. Encendió el televisor y encontró un canal de deportes. El problema fue que le recordó cómo solía sentarse en su poltrona con una bebida en la mano. Apagó el televisor y encendió la radio. Abrió el refrigerador, pero nada le pareció atractivo. Lo cerró de un golpe y regresó a la sala de estar.

Se estaba enloqueciendo en este departamento. Se sentía tan mal como en las primeras semanas de su internamiento en el centro de rehabilitación del Ejército de Salvación.

Desesperado, agarró el teléfono y presionó uno de los números grabados.

—¿Hola?

—Mindy, habla Esteban. —Echó un vistazo a su reloj e hizo una mueca—. Acaban de sentarse a cenar, ¿cierto? —Podía escuchar las voces de los niños al fondo—. Puedo llamar más tarde.

—No, está bien, Esteban, en serio. Espera un momento, buscaré a Rick.

Esteban se inclinó hacia adelante y se frotó el puente de la nariz mientras sostenía el teléfono.

—Hola, Esteban. Hace tiempo que no sé nada de ti. ¿Cómo te va? —La voz grave de su terapeuta era la única tabla de salvación de Esteban.

—No tan bien.

—¿Quieres hablar del tema?

—Ya has escuchado todo antes. Solo te pido que me digas algo, ¿puede ser? ¿Alguna vez será más fácil?

—Depende de cómo lo veas: como una maldición o como una bendición.

—En este momento, es una maldición.

—Bueno, ya diste el primer paso en la dirección correcta al haberme llamado en lugar de servirte ese primer trago.

—No me felicites todavía.

—¿Estás leyendo tu *Biblia en un año*?

—Todos los días.

—¿Ya encontraste una iglesia?

Dio excusas. *No tenía tiempo. Demasiado trabajo.*

—Ya sabes lo que tienes que hacer para que funcione, Decker. Entonces, ¿qué es lo que realmente te lo impide?

Esteban sabía muy bien lo que tenía que hacer, pero no por eso le resultaba fácil.

—Nunca fui a una iglesia, más que a los servicios del centro de rehabilitación, y todos estábamos en igualdad de condiciones. Todos los hombres que estaban allí eran alcohólicos o adictos a las drogas, o las dos cosas.

—Ya, entiendo. Piensas que tienes que portarte perfectamente bien antes de tener derecho a poner un pie en una iglesia normal. ¿Es así? Mira, no tienes que grabarte un *10* en la frente.

Esteban se rio en voz baja.

—Nadie espera que entres a una iglesia y digas: "Hola, me llamo Esteban Decker y soy un alcohólico en recuperación". Guarda eso para las reuniones de Alcohólicos Anónimos. A propósito, no te he visto últimamente en ninguna reunión.

—Lo sé, pero todavía me molesta no poder hacer esto por mi cuenta.

—A mí también me molestaba, Esteban. Y al principio no lo hice porque dejé que mi orgullo se metiera en medio. ¿Recuerdas lo que hablamos? El diablo acecha como un león. Los alcohólicos tendemos a vivir en un aislamiento que nos imponemos a nosotros mismos. Eso nos convierte en presa fácil. ¿Has buscado alguna reunión de

Alcohólicos Anónimos?

—No hay garantía de que estos sentimientos desaparecerán si, efectivamente, empiezo a ir a una iglesia.

—Tampoco hay garantía de que no lo hagan. Pero hay algo que sí tendrás.

—¿Qué es?

—El rendir cuentas.

Otra vez volvemos a eso.

—De acuerdo. Está bien. Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Entras por la puerta. Te sientas y escuchas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —La última vez que había entrado en una iglesia, tomado asiento y escuchado el servicio fue porque se lo exigían para quedarse en el centro de rehabilitación y recibir la ayuda que necesitaba. En el transcurso de esos seis meses, le sorprendió darse cuenta de que deseaba que llegara el domingo. Pero no había ido a un servicio religioso desde que egresó de la rehabilitación. Otra vez estaba sediento. Era mejor beber un buen trago del Agua de Vida que de una botella de whisky—. Gracias, Rick.

—De nada. Te llevaré a una reunión o a una iglesia. Lo único que tienes que hacer es pedirlo. Mindy y yo estamos orando por ti, Esteban. Todas las mañanas. Recuérdalo.

Vive día a día.

—Está bien. —Algunos días eran más difíciles que otros.

Colgó la llamada, pero seguía sin poder librarse del desasosiego. Ahora sentía hambre, pero no tenía ganas de cocinar algo para sí mismo. Agarró las llaves y salió a buscar un lugar para comer. Mientras iba por la calle Principal, vio a dos hombres de su cuadrilla que se dirigían al bar y restaurante Wagon Wheel. Sería fácil estacionar la camioneta y acompañarlos, y le costaría decir que no cuando pidieran la primera ronda de tragos.

En lugar de eso, se encaminó a Charlie’s. Quedaban dos espacios en el estacionamiento.

Gente. Demasiada gente. Luchó contra el impulso de girar y regresar

al supermercado y otra vez a casa, pero Rick tenía razón. Él tendía a aislarse y, cuanto más aislado estaba, más difícil era vencer la tentación de comprar una botella de buen whisky y tomar ese primer trago que lo enviaría de vuelta al agujero negro.

—¡Oye! ¡Esteban Decker volvió, Charlie! —le gritó Sally a su esposo —. ¡Te dije que no lo había espantado!

—Entonces, invítalo a sentarse y dale un menú, ¿quieres?

—¿Le gustaría un reservado, o prefiere sentarse en la barra?

Esteban recorrió el lugar con la mirada y descubrió un reservado vacío. Si lo ocupaba, tendría completa privacidad. Podría comer solo y volver a casa, a su departamento vacío y seguir con sus cavilaciones un rato más.

—En la barra —dijo.

—Elija su lugar. —Sonriente, Sally hizo un gesto con la mano.

Se sentó en una banqueta cerca de la mitad de la barra y abrió el menú que ella le entregó.

—Nuestro especial de esta noche es carne al horno con puré de papas con ajo y zanahorias. Viene con un panecillo recién horneado y su elección de una sopa minestrone casera o una ensalada de verduras .

—Suena rico. Tráigame la sopa y una taza de café, cuando tenga tiempo.

—Enseguida se lo traigo. —Sujetó la orden a la rueda que había sobre la encimera de la cocina. Se dio vuelta y tomó una cafetera con tapa anaranjada de una hornilla y una taza blanca de una rejilla. Puso la taza frente a él y la llenó—. ¿Qué tal el negocio de la construcción?

—Floreciente.

Ella trajo una servilleta y puso un cuchillo, un tenedor y una cuchara sobre ella.

—Así de emocionante, ¿eh?

—¿Sabe algo de las iglesias de la zona?

Charlie tocó la campana. Sally fue a buscar la sopa y la dejó frente a Esteban.

—Bueno, tiene para elegir. Hay católicas, protestantes, mormonas y todo lo intermedio.

Incluso tenemos una mezquita unos kilómetros más adelante por la carretera, y algunos budistas que se reúnen en un santuario pequeño en McFarlane. Pero si me pide una recomendación, la respuesta es la Iglesia Cristiana de Centerville. —Bajó la voz—.

Siempre tuvo una enseñanza bíblica sólida, si entiende a qué me refiero. Pero... secos como huesos. No pasaba gran cosa. Eran apenas un puñado de viejos hasta hace un año, cuando consiguieron un nuevo pastor. —Se enderezó—. La Iglesia Cristiana de Centerville. Si quiere un lugar de moda, debe ir ahí. Charlie y yo vamos, ¿verdad, cariño? Por lo menos, cuando logro sacarlo de la cocina. El pastor Pablo es quien predica. Lo conoció el día que vino a desayunar.

—¿El corredor?

—Así es. Si le interesa, puede ir a un estudio bíblico mañana en la noche. Se reúnen a las siete y media en el salón social. Charlie y yo no podemos ir porque ambos trabajamos.

Pero si pudiéramos, lo haríamos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una pareja de ancianos sentada en un reservado—. Ellos son Samuel y Abby Mason. Son miembros desde hace años. De hecho, Samuel es uno de los ancianos que invitó al pastor Pablo para que tomara el púlpito. Oye, Samuel, ¿qué están estudiando los miércoles en la noche?

—Acabamos de empezar el libro de Efesios.

—¿Tienen lugar para uno más? Tengo uno aquí al frente.

—¡Por supuesto! —Asintió hacia Esteban.

Esteban le retribuyó el gesto.

—Bueno, Decker —dijo Sally, sonriendo de oreja a oreja otra vez—. Ya quedó comprometido.

—¡Suponiendo que quiera ir! —gritó Charlie desde el fondo.

—¡Él me preguntó por las iglesias, viejo tonto!

—¿No tienes platos para lavar?

Sally le guiñó un ojo a Esteban mientras contestaba:

—Primero tendrá que recibir su cena y comerla.

Charlie deslizó sobre la encimera un plato con carne al horno, puré de papas y zanahorias y tocó la campana.

Esteban se rio con los otros que cenaban en la barra. Durante la cena, notó cómo Sally hablaba con su esposo mientras lavaba los platos y los ponía en las rejillas para esterilizarlos. Se reía de algo que había dicho. Él salió y cargó por ella la rejilla cargada de vajilla para llevarla al cuarto de atrás. Entonces, la charla volvió al punto de partida, molestándolo.

Bebiendo a sorbos su café, Esteban se sintió solo otra vez. Aun en medio de una cafetería atestada de gente, sus murallas estaban muy altas. Y sabía que si se permitía quedarse dentro de ellas, se autodestruiría. A lo mejor, el estudio bíblico sería un buen comienzo.

Si iba a forjar una nueva vida, tendría que forjar hábitos nuevos.

CAPÍ TULO 4

PABLO VIO AL CONTRATISTA que había conocido brevemente en Charlie's. Estaba entrando al salón social con una Biblia bajo el brazo. Pablo se abrió paso entre los asistentes habituales a la reunión.

—Esteban Decker, ¿verdad?

Las cejas de Decker se arquearon levemente.

—Tiene buena memoria.

—Nos da gusto que nos acompañe. —Había ejercitado un método de asociación de nombres mientras era parte del equipo de Mountain High. Las personas se sentían aceptadas cuando recordaban su nombre. Las hacía sentirse importantes y estimadas, les daba una sensación de pertenencia. Cuando conoció a Esteban Decker en Charlie's, activó los detonantes de su memoria: *terraza, contratista, constructor, Decker, Esteban, el primer mártir*. También era importante

saber qué capacidades tenía la gente y de qué manera podían servir mejor a la iglesia.

Se saludaron con un apretón de manos.

—No deje que el ruido lo moleste —se rio Pablo—. Comenzamos nuestros estudios bíblicos con un refrigerio. Le da a la gente la oportunidad de socializar. Permítame que lo presente a los demás. ¿Vio el aviso sobre el estudio en la *Gaceta de Centerville*?

—No. Sally me habló de él.

—Tendré que agradecerle. —Pablo acompañó a Esteban y se lo presentó a todos, pero se enfocó en las personas con las que tendría intereses en común. Matt Carlson era techador. Phil Sturgeon era plomero. Tom Ingersol era electricista. Todos habían participado en diversos proyectos alrededor de Centerville, hasta lugares que llegaban tan al norte como Sacramento, y se habían convertido en miembros nuevos y valiosos para la iglesia. Un arquitecto que, además, era contratista sería invaluable para la Iglesia Cristiana de Centerville cuando esta sobrepasara la capacidad del santuario y el salón social.

Esteban estrechó la mano de Tom.

—Usted hizo la instalación eléctrica de mi obra en Vine Hill.

—Claro que sí. Tremenda casa la que está construyendo allá. ¿Quién se mudará a ella?

¿Bill Gates?

—No es tan grandiosa —se rio Decker.

—Es más grande que cualquier otra que tengamos por estos lares.

Cuando Decker se incorporó al grupo, Pablo se sintió libre para encaminarse al podio, donde hizo una última revisión a sus notas.

—Muy bien, amigos, empecemos. Tenemos mucho que abarcar esta noche. —Contó las cabezas mientras las personas tomaban asiento. Treinta y ocho. Una buena mezcla de hombres y mujeres de mediana edad y mayores.

Esperaba que los quejosos que seguían viniendo se portaran bien. No quería que abrumaran a los nuevos con doctrina. Cuanto antes

creciera la iglesia, mejor. Él quería reformar el consejo de ancianos. Si esta iglesia había de crecer, los hombres como Otis Harrison y Hollis Sawyer iban a tener que retirarse del liderazgo. Vivían en el pasado, y Pablo estaba harto de tratar de razonar con ellos. Si se salieran con la suya, esa iglesia seguiría siendo hoy como lo fue cuarenta años atrás.

—Comencemos en oración. —Pablo oró con fervor pidiendo que todos los presentes tuvieran el corazón y la mente abiertos a las enseñanzas que Dios estaba a punto de entregarles, que asumieran el rol que Jesús tenía para ellos, que aceptaran la dirección de Dios en los días venideros y que el Señor los bendijera por su obediencia.

Luego de repasar el contexto histórico de Efesios, Pablo avanzó versículo por versículo del libro, enfatizando mucho que cada uno de los presentes era escogido por Dios y que nunca debía dejar de ser agradecido. A continuación, subrayó que la sabiduría y la revelación les aclararían para qué servicio a su iglesia los había creado el Señor. Samuel Mason levantó la mano. Pablo lo ignoró. ¿Cuántas veces tenía que explicar que esto era un curso y no un grupo de debate? Había estructurado la planificación de la clase para que durara exactamente cincuenta minutos y quedaran diez minutos al final para las peticiones de oración. No tenía tiempo para las interrupciones ni para desviarse por algún vericueto de discusión.

Cuando se acercaba el final de la hora, Pablo cerró la Biblia y preguntó por las peticiones de oración. Las anotó en una hoja de papel. Para ahorrar tiempo, él mismo oró por la lista, resumiendo lo que había enseñado esa noche y agradeciendo a Dios por Su Palabra. Despidió a los asistentes a las nueve en punto. Su padre le había dicho años atrás que los nuevos eran más proclives a regresar a una clase que tenía un comienzo y un final definidos.

Pablo metió las peticiones de oración en su Biblia y se preparó para hablar con los que se habían quedado. Ahora era el momento para las preguntas. Varias personas se acercaron para decirle qué maestro maravilloso era y cómo hacía que la Biblia cobrara vida.

—Dios lo trajo aquí, pastor Pablo —dijo Edna Welty—. Henry Porter era un buen hombre, pero me adormecía porque predicaba lo mismo una y otra vez.

Samuel y Abby se les sumaron.

—Henry Porter enseñaba sobre la gracia, Edna —dijo Abby en voz baja.

—Una lección que vale la pena enseñar una y otra vez —dijo Samuel mirando a los ojos a Pablo—, porque está más allá de la comprensión de los hombres.

Pablo sonrió forzadamente. ¿Cuánto tiempo más tendría que escuchar los elogios al viejo pastor? ¿Acaso Samuel Mason y los otros dos ancianos no se daban cuenta todavía de que el reverendo Porter casi había llevado al olvido total a este patético rebaño?

—Quienes reciben la gracia de Dios también son llamados a una responsabilidad mayor. —La mayoría de los feligreses venían a la iglesia por costumbre, no por fe. La fe era viva y activa, no tediosa y complaciente.

—Sí, pero la obra surge de la gratitud, no de la obligación.

¡Samuel Mason era como goma de mascar en su zapato! No podía sacárselo de encima.

—De la gratitud, sí, pero las personas que tienen un llamamiento sobre su vida son útiles y vitales.

—Cada miembro del cuerpo de Cristo es vital.

—Pero no todos son útiles. Algunos vienen solamente de paseo, no le devuelven nada al Señor, quien los salvó.

—Sin embargo, es importante no dar la idea equivocada.

La seguridad en sí mismo que tenía Pablo se evaporó.

—¿Qué idea equivocada di en mi clase de esta noche? —Había sido sumamente minucioso.

—Ay, no creo que sea eso lo que Samuel estaba diciendo, Pablo. —Abby parecía angustiada.

Samuel no enmendó lo que había dicho ni se disculpó.

—La salvación es un don gratuito de Dios, no algo que podamos ganar por medio de nuestras obras.

—La fe sin obras está muerta. —Pablo no tuvo la intención de decirlo de una manera tan severa, pero Mason se merecía una reprimenda. El anciano no tenía derecho a avergonzarlo. ¿Quién se había graduado en el seminario? No había sido Mason. ¿Quién había dedicado infinidad de horas a escudriñar la Biblia para prepararse para este

curso? ¿Quién era el pastor de esta iglesia ahora?

—La fe y las obras están entrelazadas —dijo Samuel.

El viejo era obstinado.

—El hombre es justificado por las obras porque ellas demuestran su fe —dijo Pablo.

—Abraham ofreció a su hijo Isaac porque le *creyó* a Dios, y por eso fue considerado justo. Fue por su fe que fue llamado el amigo de Dios.

Pablo sonrió con rigidez.

—Entonces, ambos estamos de acuerdo, ¿verdad? Simplemente, tenemos caminos distintos para llegar a la misma conclusión. —Vio la mirada preocupada en los ojos del anciano y se inclinó hacia adelante para hablar en voz baja—: Deberíamos terminar esta conversación antes de que otros piensen que estamos discutiendo. Lo último que deseamos es que haya un espíritu que cause divisiones en la iglesia. —Esperó que eso bastara para callar al anciano.

El rostro de Abby se puso rojo.

—¡Espera un minuto!

—Ya hemos dicho lo suficiente. —Samuel la rodeó con su brazo—. Buenas noches, Pablo.

Mason sonaba cansado. Probablemente, a las nueve y media de la noche, ya estaba muy pasado de su hora de dormir.

Pablo sintió un pinchazo de remordimiento al ver cómo los Mason abandonaban el salón social. Ellos tenían buenas intenciones. No quería que se fueran así. Cuando comenzó a caminar hacia ellos, una mujer se interpuso en su camino y le dijo que su clase había sido muy provechosa. Pablo apartó la vista de ella y miró hacia la puerta.

Los Mason ya se habían ido y sería una descortesía de su parte pasar por alto a esta mujer. Quizás al día siguiente llamaría a Samuel y le sugeriría que almorzaran juntos.

Necesitaban estar de acuerdo, si la iglesia iba a seguir creciendo. Esta iglesia necesitaba obreros cristianos. Samuel debería saberlo mejor que nadie, teniendo en cuenta los años de esfuerzos que había dedicado para que la iglesia continuara. ¿Por qué estaba resistiéndose

ahora? Seguramente quería que la Iglesia Cristiana de Centerville se convirtiera en un faro para la comunidad y que no siguiera siendo una bombilla apagada. Samuel Mason era un anciano, pero eso no le daba el derecho a desafiar su autoridad.

Cerrando las puertas al salir del edificio, Pablo discutió con su conciencia durante la breve caminata a la casa pastoral. Eunice siempre lo esperaba, pero no quería que se enterara de lo que había sucedido entre él y los Mason. Creyó tener sus emociones totalmente dominadas cuando entró por la puerta delantera y encontró a Eunice reparando el overol de Timmy. Levantó la vista hacia él con una sonrisa y arqueó las cejas interrogativamente. Deprimido, Pablo dejó caer la carpeta y la Biblia sobre su escritorio. Ella lo conocía demasiado bien.

—No preguntes. —Había cometido un error con Samuel y Abby, y no quería que Eunice saltara a defenderlos. Ella los quería como si fueran sus segundos padres.

Su padre le había dicho que tuviera cuidado de cuánto compartía con su esposa.

—Las mujeres son fáciles de engañar —había dicho. Pablo se desmoronó en su poltrona.

Euny retomó la reparación de la costura del overol de Timmy, pero Pablo no se dejaba engañar. Estaba esperando que él dijera algo. Tal vez debería hablar con ella, escuchar

su interpretación de lo sucedido. Podría aconsejarlo en cuanto a cómo corregir lo ocurrido sin dar marcha atrás en lo que había enseñado.

—Tuvimos otra persona nueva hoy. Esteban Decker. Un arquitecto. Es quien está a cargo de esa mansión que están levantando en lo alto de Vine Hill. —Dios era soberano.

No era casualidad que tantas personas involucradas en la construcción estuvieran viniendo a la Iglesia Cristiana de Centerville. Era una señal.

—Veo cómo da vueltas tu cabeza, Pablo.

—Tengo grandes esperanzas para esta iglesia.

—Y con toda razón, pero no estaría mal que bajaras un poco la velocidad.

—La ICC no tenía una sola persona menor de sesenta años cuando llegamos, Euny, y ahora tenemos un grupo juvenil de veinte y las familias jóvenes están empezando a venir. Sabes tan bien como yo que el futuro de la iglesia está en su juventud. Y las reuniones dominicales también están llenándose. El domingo pasado tuvimos 107.

—No tienes que defenderte ante mí, Pablo.

—¡No estoy defendiéndome!

Ella parpadeó. Él se avergonzó.

—Perdón. No fue mi intención hablarte mal.

—¿Qué sucedió?

—No ha pasado nada que no pueda manejar. Sabes, algunas personas creen que está mal tener ambiciones para la obra de Dios. —Se levantó, sabiendo que si volvía a sentarse se desahogaría de sus frustraciones, y ella terminaría diciendo algo que debilitaría su determinación—. Tomaré un baño y me iré a la cama. Tengo algunas visitas mañana temprano.

—¿Irás a ver a Fergus Oslander y a Mitzi Pike al Hospital de Convalecientes de Vine Hill?

—No. —Hacía varias semanas que no iba a Vine Hill. No tenía tiempo —. Pasaré por la obra de Esteban Decker. —Notó la inquietud de ella —. No puedo estar en dos lugares a la vez, Eunice. Sería una gran ayuda si tú fueras a verlos.

—Yo *he* estado yendo cada semana desde que llegamos. Pero, a veces, necesitan ver a su pastor.

—¿Pidieron que los visite?

—No exactamente.

—Trataré de darme una vuelta para saludarlos cuando regrese al pueblo. —Decir que trataría no significaba que realmente tenía que hacerlo.

—Samuel también va una vez por semana.

—Samuel está jubilado. Tiene tiempo de sobra. Puede elegir dónde y a

quién ve. Yo no puedo darme ese lujo. —Volvió a tener una incómoda sensación de remordimiento. Le dio las buenas noches y la dejó sola en la sala.

¿Por qué no podía entender que él debía tomar decisiones difíciles? Tenía más sentido pasar tiempo con un hombre que podía ser una parte fundamental de la congregación, en vez de hacerlo con dos personas viejas y enfermas que estaban pasando sus últimos años de vida en una clínica de convalecencia. Ni siquiera podían seguir asistiendo a los servicios y no disponían ni de un dólar para la causa de Cristo. Además, de lo único que hablaban siempre era de su viejo pastor, Henry Porter, y de lo buen hombre que era.

Porter podía haber sido bueno, pero también había sido ineficaz.

Eunice era mejor con las personas de la tercera edad. La animaría a que siguiera yendo a verlos. Pero él tenía que poner su energía en otro lado. El día solo tenía veinticuatro horas, y él debía usar el tiempo que tenía para desarrollar relaciones con hombres como Esteban Decker, quien podía convertir esta iglesia en algo que glorificara a Dios.

Esteban regresó a la Iglesia Cristiana de Centerville para asistir al servicio del domingo en la mañana. Aceptó el programa que le ofreció la persona que lo recibió y se ubicó en la última fila. No había estado en un servicio religioso desde su salida del centro del Ejército de Salvación y no estaba seguro de cuán cómodo se sentiría en este. Había disfrutado el estudio bíblico del miércoles en la noche, en el que Pablo Hudson se había movido con seguridad a través de las Escrituras explicando la importancia histórica, el significado literal y la aplicación. Quizás aprendería algo que lo ayudara a pasar sus días sin ponerse a temblar.

Quien fuera que estuviera al piano debía tener práctica. Se inclinó a un costado y divisó a una rubia bonita al frente. Le parecía conocida, pero no lograba ubicarla. Pablo Hudson apareció por la puerta lateral, subió los escalones y ocupó el asiento a la izquierda del púlpito. La pianista rubia terminó los últimos compases musicales, se levantó y tomó asiento en la primera fila.

Durante la hora siguiente, Esteban absorbió cada palabra dicha. Hudson hablaba sobre la carta a los Romanos y el mensaje parecía destinado a Esteban, ya que abordaba las luchas que había sufrido los últimos cinco años. Era como si Hudson tuviera la extraordinaria

capacidad de examinar su corazón y usara un láser para señalar qué áreas necesitaba cambiar Esteban mientras le recordaba lo que aprendió durante los seis meses que pasó en el centro de rehabilitación para alcohólicos. *Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que puedo y la sabiduría para reconocer la diferencia.* Rick siempre agregaba: «Que se haga tu voluntad, no la mía». Esteban recordaba lo esencial. Reconocía que no tenía poder sobre el alcohol y que su vida se había vuelto incontrolable por su adicción. Creía que únicamente Jesucristo podía devolverle la cordura. Pero ¿qué había pasado con la decisión que había tomado seis meses atrás, de entregarle su voluntad y su vida a Jesucristo?

Había empezado bien y, entonces, tropezó con aquello que le dio la excusa para no hacer una búsqueda exhaustiva y un valiente inventario moral de su vida. Seguía resultándole más fácil hacer el inventario de Kathryn que mirar el caos que su propia conducta había causado en su matrimonio y en sus vidas. Había vuelto a vivir según los viejos hábitos, racionalizando y justificando su comportamiento y sus actitudes.

«Si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad».

Esteban se estremeció. Aun sentado en la última fila, con la cabeza agachada y los ojos cerrados, veía sus faltas y las áreas de su vida que necesitaban ser depuradas. Era fácil no enfrentar las cosas cuando uno se mantenía alejado de las personas que podrían decirle la verdad. Él había postergado ir a la iglesia porque creía que era suficientemente fuerte para hacerlo solo. ¿Y por qué quería hacerlo solo? Porque no quería tener que pedir perdón si caía de nuevo en la bebida. A solas, podía fingir que no tenía que rendir cuentas a nadie. A solas, podía seguir fingiendo que su vida era suya, que sus actos no afectaban a nadie más que a sí mismo, que lo que él hiciera no importaba. Podía considerar que un trago era un pequeño lapsus, en lugar de una caída grave en el pecado.

Jesús, estoy aquí y te estoy escuchando. Sabes que estoy luchando por mi vida. En este lugar, no hay un alma que sepa dónde he estado ni contra qué estoy luchando. ¿Por qué debería importarles? Me senté aquí, al fondo, porque pensé que podría levantarme discretamente, sin ser visto, y salir por esa puerta y hacer lo que me diera la gana, sin que nadie sepa la diferencia. Pero Tú lo sabrías, Señor. Lo sabes. Es por eso que todo lo que sale de la boca de este hombre me ha dolido en lo más hondo. No puedo hacer esto solo. Me estoy tendiendo una trampa para volver a caer si trato

de hacerlo solo. Y, cada vez que caigo, es un poco más difícil volver a levantarme.

La congregación se puso de pie. Desorientado, Esteban los imitó e inclinó la cabeza mientras Hudson oraba por todos los presentes para que prestaran atención a la voz de Cristo en sus vidas, con lo que fuera que implicara ese llamamiento.

Cuando el servicio terminó, Esteban se quedó. En lugar de salir directamente a su carro, fue hacia la puerta lateral y bajó los escalones que llevaban al patio, donde estaban sirviendo café y galletas. Reconoció a unas pocas personas. Un señor mayor se acercó y le tendió la mano.

—Es un placer que nos acompañe. Me llamo Samuel Mason y ella es mi esposa, Abigail.

—Esteban Decker.

—¿Es nuevo en la comunidad, señor Decker?

—Dígame Esteban, señora.

—Solo si usted me dice Abby, señor Decker.

—Sí, señora. —Se rio él—. Abby. —Tenía unos ojos azules que traslucían su resplandor interior—. Soy nuevo en Centerville. Me mudé temporalmente. Estoy construyendo una casa en lo alto de Vine Hill.

—Ah, entonces es carpintero.

—Más bien, soy una persona que hace de todo.

Samuel se rio entre dientes.

—El señor Decker está siendo muy humilde, Abby. Es arquitecto y contratista. ¿Estoy en lo cierto? Leí sobre usted en el *Sacramento Bee*. Construyó varias casas en Granite Bay, por lo que recuerdo. Una la compró una estrella de cine.

El artículo había sido escrito casi dos años atrás.

—Qué memoria tiene usted.

—Me gustó como lucía la casa.

—¿Qué estrella de cine? —dijo Abby.

—Nadie que pudieras reconocer —dijo Samuel—. No vamos mucho al cine.

—La última que vimos fue *Regreso al río nevado.*

Esteban se rio con ellos.

Pablo Hudson se acercó acompañado de la rubia bonita, quien traía de la mano a un niñito vestido con un impecable traje dominical.

—Esteban, qué bueno verlo otra vez. —Se dieron la mano—. Me gustaría que conozca a mi esposa, Eunice. Eunice, te presento a Esteban Decker. La semana pasada asistió al estudio bíblico de los miércoles. Espero que siga viniendo.

—Eso planeo hacer.

—Todavía no ha llegado a la mesa de los refrigerios, señor Decker —dijo Eunice—.

¿Puedo traerle algo?

—No se moleste.

—Oh, no es ninguna molestia. —Cuando le sonrió, el impacto de la atracción lo tomó desprevenido. Nunca había sentido una descarga como esa, ni siquiera en las primeras épocas con Kathryn—. Timmy y yo íbamos camino al plato de galletas.

Otras personas se sumaron a su pequeño grupo. Mantuvieron una breve conversación e intercambiaron saludos amables para que el desconocido se sintiera bienvenido.

Eunice le entregó a Esteban un vaso con jugo y un platito en el cual había servido varias galletas caseras. Sus dedos se rozaron sin querer.

—Disfruté mucho su música, Eunice.

—Gracias. —Ella se ruborizó.

¿Estaba mirándola fijamente?

Un anciano con un bastón y una mirada amargada los interrumpió.

—Discúlpeme, Pablo, pero me gustaría hablar un momento con usted.

Esteban captó la irritación en los ojos de Hudson antes de que él la disimulara.

—Por supuesto, Hollis. Pero primero deje que le presente a Esteban Decker. Esteban, el señor es Hollis Sawyer, uno de nuestros ancianos.

—Seguro. Encantado de conocerlo —dijo Hollis de manera superficial antes de volver a mirar con el ceño fruncido a Hudson—. Solo le robaré un minuto de su precioso tiempo y luego podrá volver a codearse con la gente.

El rostro de Pablo Hudson se puso rojo. Estiró el brazo y se alejó con el viejo.

—Oh, cielos —dijo Abby en voz baja.

—Si me disculpa, Esteban. —Samuel se sumó a los dos hombres que se dirigían a un costado de la reunión.

Era obvio que Hollis Sawyer estaba molesto por algo, y Eunice también se veía consternada. Una anciana se llevó aparte a Abby Mason. Eunice volvió a mirar en dirección a su esposo y se mordió el labio.

—¿Dónde estudió música, Eunice?

Ella lo miró.

—Perdón, ¿cómo dijo?

—Música. ¿Dónde estudió?

Ella dijo el nombre de algo de Midwest o similar. Él nunca había oído mencionar el lugar.

Esteban hizo un gesto con la cabeza hacia los tres hombres que hablaban cerca de la esquina delantera del edificio de la iglesia.

—Yo no me preocuparía por eso. Su esposo parece ser un hombre que puede manejarse en una crisis. Además, para alguien como yo es renovador saber que no todos los que están en la iglesia son perfectos.

Hollis se dio vuelta y se marchó rengueando. A cada paso que daba, golpeaba su bastón con fuerza contra el suelo. Samuel le dijo algo a Hudson. Hudson levantó la cabeza y contestó algo.

—Estamos muy lejos de ser perfectos —dijo Eunice suavemente.

—Ah, entonces quizás haya lugar para un divorciado y alcohólico en recuperación —

dijo Esteban con una sonrisa irónica.

Ella lo miró de nuevo.

—Esa no es la clase de información que esperaría que alguien compartiera en un primer encuentro.

Él se restregó la nuca con incomodidad y rio en voz baja.

—No, no lo es, y no sé exactamente por qué lo hice. —Nunca se le escapaban sus asuntos privados. Kathryn se quejaba todo el tiempo de lo poco que él compartía de sí mismo. Había alegado que esa era una de las muchas razones por las que había decidido pedir el divorcio. El problema era que cada vez que compartía algo, ella lo usaba como un arma contra él.

Ahora, él tenía la excusa programada: el anonimato era una parte fundamental de su recuperación. Suficiente era luchar contra sus propios demonios como para sumarle el monstruo de la condenación pública. Entonces, ¿qué hacía soltando la lengua sobre su vida personal con esta mujer joven? No tenía idea de quién era ella, y acababa de poner en sus manos información que podía arruinarlo ante la comunidad, así como ante la iglesia, antes de que él intentara siquiera echar raíces.

Quizas estaba esperando que la oportunidad se esfumara.

—Está bien, señor Decker. —Su sonrisa fue dulce y le aflojó las rodillas—. Recordaré olvidarlo.

El tiempo diría si era una mujer de palabra.

Para ponerse a salvo, Esteban decidió cerrar la boca e irse antes de que se le escapara el comentario de que ella era la mujer más atractiva que había conocido en mucho tiempo.

Pablo observó que Esteban Decker abandonaba la reunión en el patio. Enojado y deprimido, dejó caer sus hombros.

—Estoy muy cansado de las quejas de Hollis Sawyer.

—No pediré disculpas por él, Pablo, pero las tradiciones tienen su lugar y sí deberían tenerse en cuenta.

Tampoco estaba de humor para seguir con los consejos sabios de Samuel Mason. Si estos viejos se salían con la suya, la iglesia seguiría muriendo, envuelta en sus tradiciones.

—Es la tradición lo que está asfixiando a esta iglesia. —Hizo un esfuerzo por mantener la voz baja y esconder sus emociones de los mirones. No quería que la gente notara que algo andaba mal entre él y otro anciano. Ya bastante malo había sido que Hollis decidiera interrumpir su conversación con Esteban Decker y después se marchara resoplando. La Iglesia Cristiana de Centerville necesitaba abrir las puertas a más hombres como Esteban Decker, profesionales prósperos de treinta y pico años que pudieran brindar muchos años de servicio en un futuro. En lugar de ello, estaba repleta de ancianos y ancianas cansados y deteriorados, convencidos de que una iglesia podía funcionar sin cambiar las viejas costumbres. Esta iglesia no había funcionado desde hacía mucho tiempo—. ¿Qué diferencia hay si la Biblia del púlpito es la Reina-Valera o la Nueva Traducción Viviente?

—Es importante para Hollis. Así como para otros.

—La idea es transmitir el evangelio, no envolverlo con un lenguaje que ya nadie usa y, menos aún, entiende.

—Nuestro amor será la prueba ante el mundo, Pablo.

El calor subió desde las entrañas de Pablo. Esas palabras dichas con mansedumbre le dolieron profundamente. ¿Estaba diciendo Samuel que le faltaba amor? ¿No había

demostrado su amor derramando cada gota de su energía en hacer que esta iglesia volviera a ponerse de pie?

—Yo puedo amar a Hollis, Samuel, y lo hago. Es mi hermano en Cristo. Pero eso no quiere decir que tenga que ceder ante él en todo.

—No se trata de ceder. La Biblia Reina-Valera en cuestión fue obsequiada a la iglesia por uno de los miembros fundadores.

—Jesús es el fundador de esta iglesia, Samuel.

—No debatiré contigo sobre ese punto.

—Espero que no.

—Sin embargo, nunca es productivo quemar tus naves.

¿Por qué no, si eran galeones vetustos de madera que debían ser reemplazados por embarcaciones fuertes y veloces? El comentario del anciano despertó el viejo temor al fracaso.

—Yo no estoy tratando de quemar nada, Samuel. Intento edificar una iglesia.

—Entonces, es necesario ceder un poco.

La palabra *ceder* hizo que se le erizara la piel a Pablo. ¿Cuándo entenderían estos viejos cabeza dura que la iglesia era un organismo vivo y palpitante y dejarían de verla como una maqueta en un museo? Si él cedía ante Hollis, a continuación tendría a Otis Harrison en su oficina, tratando de cambiar toda la música para que volvieran a los viejos y resecos himnos. ¡O algún otro miembro querría que volvieran a cambiar el orden del servicio a la manera en que lo había hecho Henry Porter durante cuarenta años! Su temor al cambio era lo que había detrás de cada queja. Siempre era por lo mismo: ¡No cambie nada! Cuanto antes Pablo llenara la iglesia con sangre nueva, más pronto tendría la ayuda para hacer que esta iglesia agradara a Dios.

Mientras tanto, tenía que resignarse a lidiar con estos viejos y viejas cascarrabias. En la última reunión de ancianos, Pablo había sugerido buscar diáconos y diaconisas entre las personas de la creciente congregación. Como era de esperar, Hollis y Otis se opusieron.

Dijeron que no conocían lo suficiente a los nuevos como para nombrar a alguno de ellos. Otis insistió en que tanto los hombres como las mujeres debían ser miembros respetables de, como mínimo, cinco años, antes de que pudieran ser considerados para

cualquier tipo de liderazgo. Lo cual, por supuesto, eliminaba en efecto a todo aquel de la congregación que tuviera menos de cincuenta años. ¿Qué mejor manera de llevar a punto muerto a una congregación en crecimiento y mantenerla bajo el dominio absoluto de un par de ancianos?

La reunión había terminado sin lograr nada. Otra vez. Samuel Mason volvió a decir que fuera paciente, que orara, que esperara en el Señor. ¿Qué estaban esperando? Pablo nunca sabía con certeza dónde estaba

parado Samuel Mason. ¿Era otro de los buenos ancianos que había estado siempre allí, desde el principio, y deseaba que todo siguiera igual? ¿O era un pensador progresista? ¿Estaba dispuesto a arriesgar sus viejas amistades para traer el avivamiento por el que aseguraba haber orado durante los últimos diez años?

Pablo no lo sabía. Entonces, seguía su propio consejo y no compartía sus ideas con Mason. Pensaba que era mejor buscar aliados de su propia generación, los cuales lo acompañarían y llevarían exitosamente a esta iglesia a la era moderna a la que pertenecía, en lugar de hacer el esfuerzo por cambiar la mentalidad de estos dos viejos decididos a mantener las cosas como estaban.

Y ahora, aquí estaban otra vez, recorriendo el mismo terreno de siempre.

—Voy a orar por esto, Samuel. —Mason no le discutiría eso—. ¿Por qué no vamos con los demás y tomamos un café?

Eunice tenía esa mirada de preocupación en los ojos.

—¿Todo bien, Pablo?

—Después hablaremos del tema. Socialicemos.

Cuando la reunión fue dispersándose, varias de las señoras llevaron la ponchera y las bandejas de galletas vacías a la cocina. Los platos de papel y las servilletas que habían sobrado fueron guardados. Eunice sacudió los manteles amarillos y los recogió; luego, se fue a casa con Timmy. Los lavaría, plancharía y los traería de regreso para la reunión comunitaria de la próxima semana.

—Solo tardaré un minuto. —Pablo regresó para cerrar con llave las puertas de la iglesia.

Ojeó las notas de la urna de sugerencias. La mayoría eran quejas de los miembros viejos.

Las enrolló y las arrojó al bote de basura de su oficina. Volvió a la cocina e invitó a las damas a que trasladaran su conversación al café del pueblo para que él pudiera cerrar el salón social e irse a casa. Se fueron rápidamente.

Eran pasadas las dos cuando entró por la puerta delantera de la casa pastoral. Eunice había puesto música clásica en la radio. Timmy estaba sentado en la mesita de la cocina, remojando su emparedado de

mantequilla de maní y jalea en su sopa de tomate.

—Disculpa que no hayamos esperado —dijo Eunice—. Él estaba muerto de hambre, y yo no sabía cuánto tardarías.

La besó.

—Gladys fue la última en salir. Ya sabes cómo es. La acompañé a su carro. Incluso la metí en él, pero bajó la ventanilla y me hizo otra de sus preguntas filosóficas que necesitaría toda una asignatura universitaria para ser respondida.

—Es una maestra jubilada.

—Debí haberlo adivinado. —Con alivio, se dejó caer en una silla. Eunice le dio un gran tazón con sopa caliente. Luego, le puso enfrente un emparedado y se sentó con él. Pablo tomó su mano—. Gracias, Padre, por todos los que vinieron hoy al servicio dominical.

Te pedimos que los nuevos se hayan sentido bien y regresen. Te pedimos que ablandes el corazón de los otros. Dales Tu visión para que vean lo que puede ser, en lugar de lo que fue. Gracias por esta comida y por las manos que la prepararon. Por favor, bendícela para el provecho de nuestros cuerpos. En el nombre de Jesús, amén.

La expresión preocupada del rostro de Eunice fastidió a Pablo. ¿Qué problema había ahora?

—¿Puedo jugar, mami?

—Pregúntale a tu padre.

—¿Puedo, papi?

Pablo lo excusó.

—Lleva tu tazón y tu plato al fregadero, Tim. Eso ayudará a tu madre. —Timmy levantó sus cosas e hizo lo que le pidió.

—Gracias, mi amor. —Eunice besó a su hijo y le dio una palmadita cariñosa en el trasero—. Puedes jugar un rato hasta que sea la hora del baño.

Pablo vio la mirada alicaída en el rostro de su hijo y lo alzó en brazos.

—Tal vez podamos jugar más tarde. —Lo besó y lo bajó al piso.

—Últimamente no pasas mucho tiempo con él —dijo Eunice.

—Lo sé. —¿Cuándo había sido la última vez que había jugado en el jardín con su hijo?

Haría todo lo posible para sacar tiempo—. Hollis Sawyer estaba molesto porque guardé la Biblia Reina-Valera. —Mordió un bocado de su emparedado—. Quiere que la ponga otra vez en el púlpito. Samuel quiere que yo ceda.

—Abby pensó que podría tener que ver con la Biblia. Dijo que uno de los fundadores...

—Samuel me lo dijo. Estaba bien que usaran la versión Reina-Valera cuando solo asistían los miembros originales, Euny, pero tenemos miembros nuevos que me miran confundidos cuando la leo. No la usaré más.

—¿Dónde la pusiste?

—En mi oficina.

—¿En una caja o en un estante?

Él estaba perdiendo el apetito rápidamente. ¿Acaso estaba recordándole el revuelo de indignación que hubo cuando metió en cajas todos los libros de consulta de Henry Porter?

—En un estante.

—Quizás podrías ponerla en un soporte en el atrio.

—¿Para dejar conforme a Hollis?

—Para darle un lugar de honor. La Biblia es la base de todo lo que enseñas. Tú y estos hombres están de acuerdo en eso. Y esta Biblia en particular tiene una relevancia histórica para la Iglesia Cristiana de Centerville. Sería reconfortante para los miembros más antiguos de nuestra congregación verla antes de entrar al santuario. Les daría una sensación de continuidad. Primero, podrías hablar de esto con Samuel. Ver qué piensa de la idea. Sabes que hará todo lo posible por incentivar que los demás colaboren contigo para el bien de la congregación.

Le molestaba que lo hiciera sentirse como un niñito que debía consultar todo con su anciano. Pero lo que decía Eunice tenía sentido.

Ya tenía suficientes problemas con

Hollis y Otis como para causarse más. Hasta que pudiera sumar más ancianos que entendieran lo que estaba haciendo, tendría que hacer lo que pudiera para prevenir que más olas sacudieran y hundieran el barco.

—Es una lástima que Hollis Sawyer y Otis Harrison no tengan algo mejor que hacer con su tiempo que buscar cosas para causar discordia.

Eunice sonrió con ternura.

—No creo que causen discordias deliberadamente, Pablo. Son los últimos de la vieja guardia que mantuvo viva a esta congregación. Piensan que no valoras sus tradiciones y el gran trabajo que significó mantener con vida a la Iglesia Cristiana de Centerville.

—Tendrían más suerte si hubieran cambiado al ritmo de los tiempos que corren.

—No todas las cosas deben cambiar, Pablo, mucho menos el amor que tenemos unos por otros como hermanos y hermanas.

Pablo sintió un nudo en el estómago.

—No tengo más que respeto por su fidelidad.

—Yo lo sé, pero ellos no. Tienes que demostrárselo.

—¿Cómo, Eunice? Ni Hollis ni Otis pueden terminar una reunión sin desviarse del tema. Y ahora Hollis está tan enojado que dudo que escuche a Samuel; mucho menos, a mí. —Estaba harto de que estos viejos trataran de dirigir su iglesia.

—Antes que nada, pide disculpas por quitar la Biblia, y no pongas excusas.

—¡Espera un minuto!

—Escúchame, Pablo. Por favor.

Él se esforzó por dominar su carácter.

—De acuerdo. ¿Qué sugieres?

—Podrías reservar diez minutos de los próximos servicios para que cada uno dé su testimonio a la congregación. ¿Cómo llegaron a Cristo?

¿Cómo los ha ayudado esta

iglesia a caminar en la fe durante tantos años? ¿Qué deseos tienen para la Iglesia Cristiana de Centerville?

—Eunice, ¿tú conoces a estos hombres?

—Sí, los conozco —dijo tranquilamente.

—Entonces sabes que ninguno puede decir nada en menos de treinta minutos. Si le diera el micrófono a Otis, estaríamos sentados en los servicios dominicales hasta la Segunda Venida.

—Pablo...

—De ninguna manera.

—¿No te interesa saber nada de ellos?

—El punto no es si a mí me interesaría, sino si le interesaría a la congregación.

—Tu tarea como pastor es enseñarle a tu gente cómo amarse unos a otros. ¿Cómo puedes enseñarles a amar a estos hombres, que son sus ancianos, si tú mismo no puedes amarlos?

—Sí que los amo.

Ella lo miró. No tuvo que decirle una palabra más para que él se diera cuenta de qué estaba pensando. Y, a regañadientes, tuvo que reconocer que ella tenía razón. Él no había sido paciente ni amable con estos dos venerables hombres mayores. Hacían que se le erizara la piel y le molestaba que interfirieran. Había ignorado sus sugerencias y había hecho lo que consideraba mejor para la iglesia.

—Alguien tiene que estar a cargo, Eunice. De lo contrario, este lugar estaría completamente desorganizado.

—Jesús está a cargo, Pablo. Tú lo sabes mejor que nadie. También sabes que Samuel oró durante años para que esta iglesia se reavivara.

—¡Eso es lo que estoy tratando de hacer! Creería que tú, más que ninguna otra persona, comprenderías cuánto estoy trabajando para ese fin.

—Fuiste llamado a este lugar para avivar la llama, Pablo, no para echar combustible a un fuego que podría arrasar con esta iglesia.

—¿Y quitar la Biblia del púlpito podría tirar todo abajo? —dijo él, arrojando su servilleta sobre la mesa—. Eres una mujer. No entiendes sobre dirigir una iglesia ni...

Los ojos de ella relampaguearon.

—Siempre me dijiste que debía dar mi opinión cuando viera algo equivocado.

—¿Por qué estás tan decidida a buscar fallas en mi ministerio? —Aun mientras lo decía, supo que estaba siendo injusto, pero no tenía intenciones de pedir disculpas.

—No estoy buscando fallas, Pablo. Estoy tratando de ayudarte a entender a estos hombres.

Sus ojos tenían el destello de las lágrimas. ¿Por quién? ¿Por su esposo, o por los hombres que siempre estaban dándole problemas? Se inclinó hacia él.

—Hollis Sawyer peleó en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial. Sobrevivió a la marcha de la muerte de Bataán. La mayoría de los hombres con los que sirvió no fueron tan afortunados. Dijo que fue durante esa época que se entregó a Cristo. Necesitaba de la fe porque cuando regresó a Estados Unidos se enteró de que su novia de la escuela secundaria, con quien se había casado, estaba viviendo con alguien que había conocido mientras trabajaba en una fábrica. Nadie de su familia se había divorciado hasta entonces. Él fue el primero y quedó devastado. Entonces, conoció a su segunda esposa, Denise, luego de un accidente que sufrió en una construcción. Ella fue la enfermera que lo cuidó. Tuvieron tres hijos. Su hija nació con síndrome de Down y murió cuando tenía alrededor de veinte años. Sus dos hijos varones se casaron y se fueron a vivir a la costa este. Denise murió de cáncer de huesos hace ocho años. Hollis la cuidó en su propia casa hasta el final.

Se limpió una lágrima de su mejilla.

—Otis Harrison sirvió en el ejército durante la guerra, pero estuvo en el frente europeo como médico. Fue alcalde de Centerville desde 1972 a 1976. Fue reelecto en 1986, pero cedió el cargo debido a la salud de Mabel, y sirvió en el consejo municipal durante tres años más. Ahora se dedica a cuidar a su esposa de ochenta y cuatro años. Mabel padece una enfermedad cardíaca congénita. Ella es famosa en Centerville, Pablo. ¿Sabías que ganó dos certámenes nacionales de cocina?

»Y Samuel Mason. Samuel fue artillero de un B-17 y combatió en más de treinta bombardeos sobre Alemania antes de que lo hirieran. Abby era profesora de la escuela secundaria del pueblo. Enseñaba Educación Cívica. Los alumnos aún pasan a visitarla.

Uno llegó la última vez que estaba de visita en su casa y me dijo que Abby fue la persona que creyó en él y lo hizo inscribirse en la universidad.

—De acuerdo. Está bien. Entiendo lo que quieres decir.

—¿En serio, Pablo? ¿Sabías que Samuel pagó los impuestos de la iglesia durante tres años, y que Otis y Hollis pusieron dinero para reemplazar el techo de la casa pastoral?

Su enojo se esfumó.

—¿Quién te contó todo esto?

—Me he enterado de muchas cosas por medio de las personas a quienes visito en el Hospital de Convalecientes de Vine Hill. Tienen una gran cantidad de información sobre la historia de la iglesia, Pablo, y han servido diligentemente durante años. —

Sonrió tiernamente—. Lo único que tienes que hacer es preguntar un par de cosas y sentarte a escuchar.

A veces, lo sorprendía. Qué lástima que él no tenía el talento ni el tiempo para desarrollarlo.

—¿Entiendes cuando te digo que no tengo tiempo para pasar horas escuchando la historia de la vida de todo el mundo como haces tú? —Vio la sombra que cubrió sus ojos y le apretó la mano—. Puedo respetarlos por todo lo que han hecho, y amarlos como hermanos y hermanas en Cristo, pero tengo que sacar a esta iglesia del pasado y traerla al siglo XX, Euny, o se morirá.

—Estas personas *son* la iglesia, Pablo.

Su padre tenía razón. ¡La mujer debía aprender a estar callada y ser sumisa! No debería haberle hablado de sus problemas.

—Son *parte* de la iglesia. —Hasta ahí le concedería—. Pero ya son minoría. —¿Por qué era necesario explicar estas cosas?—. Había menos de sesenta cuando llegamos, y la asistencia que tenemos hoy en día supera ampliamente la que había. Ahora, cada domingo tenemos

visitantes. ¡Todos los domingos! Y eso no es porque Hollis u Otis, ni siquiera Samuel, hayan estado tocando puertas y conversando con las personas de todo el pueblo para que participen en las actividades comunitarias juveniles. ¡Soy yo quien lo

hace! Son las generaciones más jóvenes a las que necesitamos llegar. Ellos son el futuro de la iglesia. Y lo estamos logrando. Tú con la música. Música que no les gustaba, si lo recuerdas. No voy a permitir que estos viejos pisoteen a toda la congregación ni que nos hagan cautivos de sus comodidades personales. Quiero edificar esta iglesia, Eunice, ¡no quedarme parado, contemplando cómo muere asfixiada con ideas y métodos anticuados!

—Tienes las mejores intenciones, Pablo. Eso lo sé.

Él percibió la advertencia.

—¿Por qué te pones de su lado?

—No se trata de lados, Pablo. Se trata de estar unidos unos con otros, de estar en paz unos con otros. Todos somos miembros del cuerpo de Cristo. Todos somos necesarios.

—Entonces, ¿se supone que yo debo hacer la paz a cualquier precio?

—¿Poner la Biblia en el atrio es "cualquier precio"? ¿Cuál es el verdadero problema, Pablo?

—¡Tú eres mi esposa, Eunice! ¡Ese es el problema! Se supone que tú debes apoyarme, no oponerte a todo lo que hago.

Al escuchar sus palabras, se puso pálida; entonces, habló en voz baja, cuidadosamente:

—¿Cuál es el verdadero problema?

—¡El verdadero problema es no permitir que esos viejos impongan qué debería y qué no debería hacer yo para cambiar esta iglesia!

Ella bajó la cabeza.

—¿Papi? ¿Estás enojado con mami?

Avergonzado, Pablo hizo un gesto de dolor.

—No estoy enojado con mami, Tim. Solo estamos hablando. Ve a jugar con tus juguetes.

—Cuando su hijo se perdió de vista, miró a Eunice de manera suplicante—. ¿Cuál es el problema contigo últimamente? Solías apoyarme, Euny. ¿Por qué me llevas la contraria ahora, cuando todo está yendo tan bien? Yo luché por ti, ¿recuerdas? No les agradaba la música que tocabas hace dos meses. Tuve que hablar hasta cansarme para que accedieran a darnos permiso para tener una combinación de canciones contemporáneas e himnos tradicionales. —Puede que hubiera sido una idea de él al principio, pero ella le había seguido la corriente.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no dijo nada más.

Pablo volvió a sentir esa sensación de remordimiento. Lo fastidió. No era su intención lastimarla. ¿Tenía en cuenta cuánto lo herían sus palabras? Ella debía pensar en eso, en lugar de mirarlo con esos ojos de corderito. Era su esposo. Si a alguien le debía lealtad, era a él. ¿Por qué tenía que convertir esto en un problema? ¿No entendía que él estaba tratando de barrer las telarañas de la Iglesia Cristiana de Centerville? Estaba a punto de decir exactamente eso, pero no lo hizo porque sabía que ella diría que estaba echando a escobazos a los viejos miembros por la puerta trasera, mientras que los nuevos entraban por la puerta delantera. Esa no era su intención. Ella debía saber eso.

Eunice no dijo nada más sobre Hollis ni la Biblia. Le preguntó si quería más sopa. Él dijo que no. Ella limpió la mesa, echó un chorro de detergente líquido en el fregadero y dejó correr el agua. Él tenía la sensación de que estaba orando mientras lavaba los platos. Pablo fue a la sala de estar y se sentó en su poltrona. Quizás debería llamar a su padre y pedirle consejo. Pero ¿por qué tomarse la molestia? Ya sabía lo que diría su padre: «Quita la Biblia y que Dios se ocupe del anciano. Dedícate a edificar la iglesia y deja de preocuparte por lo que opinan los pocos que están descontentos. Siempre hay enemigos en la iglesia, hombres y mujeres que quieren derribar lo que estás edificando».

Pero ¿y Euny, Señor? Euny nunca antes había estado en desacuerdo conmigo.

«¿Quién podrá encontrar una esposa virtuosa y capaz? Es más preciosa que los rubíes». Y Euny era virtuosa. ¿No era esa la razón por la que se había enamorado de ella? Por todo eso y por sus hermosos ojos azules y su sonrisa dulce. *«Esa mujer le hace bien y no mal, todos los días de su vida».* Euny siempre había hablado con él sobre su trabajo para el Señor.

Siempre lo había respaldado. Siempre había sido su ayuda idónea, quien lo alentaba.

«¿Cuál es el verdadero problema, Pablo?».

Ella se refería a su orgullo, y la pregunta dolía. ¿Y qué de esos dos ancianos? ¡Hablando de orgullo! Hollis era un insubordinado. En las reuniones del consejo de la iglesia, él y Otis dedicaban la mitad del tiempo a una charla inútil sobre el pasado, en lugar de terminar de atender los asuntos de la iglesia. ¿Se suponía que él debía ceder cada vez

que uno de ellos se encaprichaba por alguna tradición? El orgullo los había insensibilizado tanto que no querían escuchar.

Pablo quería que se hicieran a un lado y lo dejaran llevar adelante a esta iglesia, sin restricciones. Quería que dejaran de frenar sus planes y trabajaran con él. Quería que la Iglesia Cristiana de Centerville fuera un faro en este pueblo. Como pastor, debía tener el respeto de ellos.

Eunice entró en la sala de estar. Apoyó una mano sobre su hombro, se inclinó y lo besó.

—Te amo, Pablo. —Fue al cuarto de Timmy y le dijo a su hijo que era hora de recoger sus juguetes y tomar un baño. A Timmy le encantaba bañarse. No tardó mucho en entrar parloteando al baño mientras el agua corría. Eunice se reía y hablaba con él.

Pablo posó la mano sobre su Biblia.

Jesús, Tú sabes lo que estoy tratando de hacer aquí. Esta iglesia estaba seca como el polvo cuando llegué. Era como un valle de huesos sin vida. Por eso fue que Samuel llamó al decano. Los ancianos sabían que tenían problemas. Esa fue la razón por la que me llamaste a este lugar. Para cambiar las cosas. Entonces, ¿por qué me combaten en cada oportunidad? ¿Por qué discuten por nimiedades y patalean por cada cambio que hago?

Timmy salió con el cabello mojado y alisado hacia atrás y su libro favorito metido bajo el brazo. Pablo no estaba de humor para leer por millonésima vez *La pequeña locomotora que sí pudo*.

—Hoy no, Timmy. —Timmy se acercó y le tendió el libro—. Dije que no. —Eunice estaba parada en la puerta de la sala de estar—. ¿Podrías ayudarme un poco con esto?

Tiene una biblioteca completa en su cuarto y quiere este. *Otra vez.*

—Es su favorito. —Ella sonrió y se sentó en el borde del sofá—. Tu mamá me contó que tú amabas *El cuento de Pedrito Conejo*. Me dijo que te lo habrá leído unas mil veces.

Él lo recordó y se dio por vencido.

—De acuerdo, Timmy. —Sentó a su hijo sobre su regazo y abrió el libro. Cuanto antes leyera la historia, cuanto antes se iría a la cama. Pablo quería seguir pensando en asuntos más importantes que locomotoras de juguete y niños y niñas al otro lado de la montaña—. “Creo que puedo. Creo que puedo...”. Timmy trató de mantener abierta la página, pero Pablo quitó su mano y la volteó a la siguiente —. “Pensé que podía. Pensé

que podía. Pensé que podía...”. —Cerró el libro y lo lanzó sobre la mesa de la sala—. Se terminó. Es hora de tu siesta. —Pablo le dio un beso a su hijo y lo levantó de su regazo.

—Vamos, Timmy. —Eunice le tendió la mano.

Los hombros del niño se desplomaron. Eunice tomó la mano del niño y desaparecieron por el pasillo. La escuchó hablar dulcemente.

—Papi tiene muchas cosas en qué pensar. No, no está enojado contigo. —Entonces, ella empezó a leer en el otro cuarto, lentamente, con dramatismo y con ritmo, para que él casi pudiera escuchar el *chu-chu* del trencito de juguete.

Entonces, ¿qué hago, Señor?

«¿Cuál es el verdadero problema, Pablo?».

El orgullo, pensó. *El de ellos y el mío.* Lo avergonzaba que el enojo se apoderara de él, pero era comprensible. Durante meses, se había esforzado por tener paciencia con Hollis y Otis. ¿Era para extrañarse que la hubiera perdido cuando Hollis convirtió en un problema el hecho de que la vieja Biblia no estuviera en el púlpito? No escuchó lo que había detrás de la queja de Hollis. Quizás se había mostrado un poco cortante con Samuel. Sin duda, Hollis le contaría a Otis sus quejas y, entonces, tendría a dos ancianos enojados con él. Tres, si Samuel tenía algún resentimiento. No, Samuel no era así. Le palpitaba la cabeza.

La puerta del cuarto de Timmy se cerró suavemente y Eunice apareció en el pasillo.

—Tomaré un baño de espuma.

—Lamento haber sido impaciente con Timmy. —Le dirigió una sonrisa triste—. Podrías esconder ese libro un tiempo y así me dejaría leerle otra cosa, para variar.

Sabía que la había lastimado. Ella siempre había estado a su lado y escuchado sus problemas, dándole consejos en lo que podía. Sabía que le había dicho muchas cosas equivocadas a Hollis. Y ahora, por mucho que lo enfadara, tendría que tratar de hacer las paces con él.

—Llamaré a Samuel. Si poner bajo una vitrina esa Biblia Reina-Valera vieja y raída ayuda a calmar las susceptibilidades, lo haré.

Ella echó un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea.

—Todavía es temprano, Pablo. No deberías esperar. —Apoyó la mano en el marco de la puerta—. Tomaré mi baño. Estaré orando por ti. Todo se resolverá si confías en el Señor.

«Confía en el Señor».

Esperó hasta que escuchó correr el agua para levantar el teléfono. Dudó un momento, y entonces marcó el número de Samuel Mason.

Samuel apoyó el auricular en el teléfono.

—¿Y entonces? —Abby lo miró por encima de sus anteojos con las cejas levantadas.

Había dejado de mover la mecedora cuando sonó el teléfono y seguía sentada pensativamente, con la funda de almohada que estaba bordando apoyada sobre su falda, mientras esperaba que él le contara de qué había tratado la conversación.

—¿Cómo va el progreso de la funda de almohada? — Cada año hacía un nuevo par de fundas bordadas para su hija y su yerno, así como otras para sus nietos.

—Bien. Ahora, ¿cuál era la “buena idea”?

—Pablo quería saber qué opino de poner la Biblia Reina-Valera de la iglesia en una vitrina especial en el atrio.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, la felicito. —Levantó el bastidor de bordado.

—¿A quién felicitas?

—A Eunice, por supuesto.

—¿Crees que fue idea de ella?

—Bueno, no pensarás que a Pablo se le ocurrió una idea como esa por su cuenta,

¿verdad? Tiene toda la pinta de humildad y enmienda.

—Abby...

—Ay, no empieces con “Abby”. Ese muchacho es como un caballo de carreras con el freno entre los dientes.

Él se rio entre dientes.

—¿Qué sabes tú de caballos de carrera?

—¿Hablará Pablo con Hollis?

—No lo dijo, pero, de todos modos, dudo que una disculpa tenga éxito con Hollis en este momento.

—Ah, tú puedes convencer a Hollis para que deje a un lado su arrogancia y empiecen a lograr un acercamiento.

Haría todo lo posible. Samuel agarró su libro y fingió leer. En cambio, empezó a orar otra vez, pidiendo que si efectivamente lograba que Hollis se acercara, Pablo Hudson tuviera suficiente sentido común para poner de su parte.

Esteban estaba sentado en la barra de Charlie’s, bebiendo café y charlando con Sally, cuando Pablo Hudson entró con el cabello mojado de sudor, la sudadera atada a la cintura y la camiseta pegada a su pecho. Se sentó en una banqueta junto a Esteban, lo saludó y pidió un jugo de naranja.

—¿Cuántos kilómetros esta mañana, pastor Pablo? —gritó Sally.

—Ocho, por lo menos —dijo Pablo, resoplando.

Esteban torció la boca con una semisonrisa.

—¿Algo lo está molestando?

Pablo lo miró de reojo y sonrió.

—Las relaciones humanas.

—Ah. —Esteban levantó su taza—. La carrera de obstáculos de la vida.

—El domingo pasado choqué contra un obstáculo y me di de bruces. —Sacó un pañuelo de su bolsillo trasero y se secó el rostro y el cuello.

—El caballero que parecía dispuesto a colgarlo de los pulgares.

—No se le escapa nada, ¿verdad?

—Siempre observo con atención los nuevos entornos. —El mundo estaba lleno de campos minados.

—¿El domingo fue su primera vez en la iglesia?

—No, pero hace mucho que no voy.

—¿Una mala experiencia?

—Una experiencia que cambió mi vida. Para bien. Solo que no estaba seguro de que encontraría algo similar a lo que tuve.

—¿Y?

Si Hudson hubiera sido mayor, Esteban habría deducido que buscaba un elogio. Tal vez, solo era demasiado joven para conocer su poder.

—Volveré.

—¡Qué bien! —Pablo agradeció a Sally, tomó el vaso con jugo de naranja y bebió la mitad—. Usted es arquitecto, ¿verdad?

—Está construyendo ese lugar enorme en lo alto de la colina —dijo Sally.

—Entonces conoce a algunos artesanos.

¡Ay, no!

—A algunos. —Varios reincidentes cínicos en el centro del Ejército de Salvación le habían dicho que la iglesia siempre quería feligreses que trabajaran y entregaran dinero—. ¿Qué tipo de artesano tiene en mente?

—Alguien que pueda hacer una vitrina para nuestro atrio.

Esteban pensó en Casa del árbol: grande, corpulento, no parecía ser muy astuto, pero era uno de los artesanos en madera más talentosos de los alrededores. Casa del árbol hacía muebles como pasatiempo. Le gustaba usar herramientas y métodos antiguos.

—Tal vez. Veré qué puedo averiguar. ¿Cuánto está dispuesto a pagar y qué tan pronto necesita el trabajo hecho?

—Necesitaría saber el costo estimado, y cuanto antes podamos tenerlo terminado, mejor.

—El hombre en quien estoy pensando hace unos trabajos maravillosos, pero es su pasatiempo, no su ocupación. Si le interesa el trabajo, haré que pase por la iglesia y usted podrá decirle lo que está buscando.

—¡Genial! Gracias.

—No me agradezca todavía. No será barato. Tal vez sería mucho más fácil y rápido ir a una mueblería y ver qué encuentra.

—Tal vez, pero creo que esta pieza en particular debería ser algo especial.

El pastor Pablo debió haberse rasguñado la nariz cuando chochó contra el «obstáculo».

Esteban, que se había chocado y quemado varias veces, sabía cómo se sentía.

—Cuando uno trabaja con personas, pastor, uno choca con problemas. Son gajes del oficio.

—Y que lo diga. —Pablo terminó su jugo de naranja—. Y llámame Pablo. —Dejó su vaso vacío sobre la barra—. Me parece que tú y yo tenemos mucho en común, Esteban.

Ambos somos constructores y tenemos que lidiar con los inspectores

que vienen a buscar algo mal hecho en nuestra obra. —Sacó su billetera y extrajo el dinero suficiente para pagar el jugo y dejar una propina generosa.

—Vale la pena hacerse amigo de los inspectores que pueden dificultar los avances. —

Esteban giró en su banqueta y ladeó la cabeza—. ¿La vitrina es un soborno, o un medio para hacer las paces? —Vio el color que tiñó el rostro del joven y se preguntó si era de ira o de vergüenza. Quizás no debería haber dicho nada. No era asunto suyo lo que sucedía en la Iglesia Cristiana de Centerville. A menos que decidiera que quería ser parte de ella.

—Ambas cosas. —Pablo hizo una mueca—. Pero dicen que uno debe tragarse sus palabras.

—Es cierto, pero no tienen el sabor más tentador.

—Quizás el sabor me sirva para no volver a cometer el mismo error. —Se despidieron de manera informal—. Espero verte el domingo en la mañana. —Le agradeció a Sally y salió por la puerta.

Esteban pagó su desayuno y se dirigió al lugar de la obra. Habló con Casa del árbol sobre la vitrina para la iglesia, pero la respuesta que recibió fue un no. Casa del árbol estaba haciendo una vitrina para la vajilla de su madre.

—Si empiezo otro proyecto antes de terminar su mueble, me cortará la cabeza.

Cuanto más pensaba Esteban en ello, más quería encargarse personalmente del proyecto. Él había hecho el acabado de la biblioteca del estudio de su casa en Granite Bay y había construido la repisa de la chimenea que era la atracción principal de la sala.

En la adolescencia, había hecho varios muebles en un curso electivo de carpintería. Un escritorio de hojas rebatibles ganó un premio en la feria del condado. Su maestro le había dicho que tenía talento para la carpintería, pero Esteban supo que con eso no se haría rico. Había ganado menos de cien dólares cuando calculó el tiempo que le había llevado hacer el mueble. Ese había sido un factor determinante en su decisión para ser arquitecto y contratista autorizado. Cuanto más grande fuera la obra, más dinero ganaría.

La casa de Atherton le permitiría volver a tener solvencia; el proyecto

ya le había abierto otras posibilidades laborales en la zona. Pero todavía tenía demasiado tiempo libre. Demasiado tiempo a solas. Demasiado tiempo para pensar y lamentar los hechos del pasado, lo cual solo empeoraba la tentación de beber para olvidar.

Nunca había hecho nada para una iglesia. ¿Por qué no hacer el proyecto? Eso lo mantendría ocupado por las noches.

Rob Atherton llegó a última hora de la tarde. Antes que saliera de su carro, un Cadillac subió por el acceso para automóviles. Esteban gruñó por dentro. Sheila se estacionó al lado de su esposo. Hablaron brevemente. Aun desde lejos, Esteban sabía que Rob traía un humor de perros. Probablemente había tenido un día difícil en la oficina. Esteban esperaba que Sheila se diera por aludida y no saliera con otra idea absurda que sacara de quicio a todo el mundo.

Los saludó cordialmente y los acompañó de nuevo a recorrer la casa, explicándoles cómo el ritmo de la obra se aceleraría en las próximas semanas cuando concluyeran las instalaciones eléctricas, el cableado y la plomería, pusieran el aislante e instalaran las placas de yeso. A continuación sería el turno de sellar las uniones y dar el acabado interior, o de poner los paneles, dependiendo de cada habitación. Los armarios de la cocina y de los baños estaban siendo construidos y los traerían para instalarlos a fin de mes. Sheila ya había elegido los colores, las baldosas, las alfombras, los recubrimientos y el equipamiento. Todo de primera calidad, como Sheila deseaba. Ni bien entraron a la cocina, Sheila comunicó que quería un refrigerador Sub-Zero, y color acero en lugar de negro para el horno de convección. Esteban suspiró lentamente para liberar el estrés.

Rob lanzó varias groserías. Esteban no podría haber expresado su propia frustración de una manera más elocuente.

—¡Me cansé, Sheila! ¡Ya es suficiente! Deje todo como está ahora, Decker. No más cambios. Quiero que esta casa se termine antes de que llegue a los sesenta.

—Pero, Rob, solo estaba diciéndote lo que leí. Deberíamos actualizar los electrodomésticos.

—Dije que *no*. Es una pérdida de *su* tiempo y *mi* dinero. De todas maneras, ¿qué te interesan a ti los refrigeradores y los hornos? ¡Ni siquiera cocinas!

Sus ojos se ofuscaron.

—Bueno, lo haría si tuviera una cocina decente.

—¿Decente? Julia Child estaría feliz de cocinar aquí. —El rostro se le puso rojo y tenso—. Molly nunca tuvo nada mejor que lo que tiene la gente común y corriente y siempre se las arregló para tener en la mesa una cena agradable a las seis en punto.

—Pues entonces tal vez deberías haber seguido casado con ella.

—No creas que no lo he pensado cien veces en los últimos tres años.

Sheila se quedó boquiabierta. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—¡Siempre me echas la culpa a mí! —Le dio la espalda abruptamente y salió de la casa.

Atherton masculló otra grosería en voz baja. Comenzó a caminar tras ella y después se detuvo, maldijo de nuevo y se dirigió a la parte posterior de la casa. Esteban escuchó el portazo de un carro, el rugido de un motor y el crujido violento de la gravilla.

Esteban encontró a Rob parado en la sala vacía que, con el tiempo, miraría a un jardín francés con una glorieta y una piscina, si los planes de Sheila continuaban según los tiempos acordados.

Rob levantó la vista a las vigas y a los huecos listos para alojar repisas.

—La idea que tiene Sheila de cocinar es llamar a un restaurante que envía a domicilio.

—Suspiró y dejó caer los hombros—. No hay como el viejo tonto que cree haberse convertido en el dueño del mundo, ¿verdad? —Cuando se dio vuelta, Esteban vio el agotamiento en su expresión, la mirada desgastada de un hombre que vivía con una multitud de remordimientos—. ¿Alguna vez deseó volver atrás y hacer las cosas de nuevo, Decker?

—Todo el tiempo.

—Molly fue mi primera esposa. —Miró nuevamente alrededor—. ¿Cuál es su opinión?

Esteban no sabía con certeza qué estaba preguntándole Rob Atherton, pero no iba a entrar en confesiones con un empresario amargado que estaba pagando casi setecientos mil dólares para alojar a su esposa trofeo.

—Siempre construya con la idea de revender. Los hombres se fijan en los garajes. Las mujeres se fijan en las cocinas. —Aunque nunca las usen.

Atherton soltó una risa triste.

—Ahí lo tiene, Decker. Sheila sabe de dónde se puede sacar el dinero. —Su mirada se volvió fría y valorativa—. Me gustaría prometerle que ya no lo molestará, pero no creo que eso sea posible.

Esteban recibió el mensaje oculto bajo esas palabras. Atherton no era ningún tonto. Se había casado con una adúltera y sabía que no podía confiar en ella. Qué lástima que Rob no pudiera llevarse a Sheila de vacaciones a las Bahamas, Hawái o Tombuctú por un par de meses. Para cuando regresaran, la casa estaría terminada, el paisajismo hecho, y Esteban podría entregarle la llave a Rob o a su zorrita y marcharse con el último cheque que debían entregarle al término de la construcción.

Estaba soñando.

—Ya estoy empezando a pensar que debería haber comprado un terreno más cerca de Sacramento —dijo Rob—. ¿Qué hace usted en esta zona?

—Los miércoles en la noche voy a un estudio bíblico.

—¿Un estudio bíblico? Debe estar bromeando. —Se rio Atherton.

—No, no estoy bromeando.

—Por alguna razón, no pensé que usted fuera de esa clase.

—¿Qué clase sería esa?

Atherton dudó, evaluó.

—Realmente, ¿saca algún provecho de eso?

Ya no lo decía en un tono sarcástico, y Esteban sabía por qué. A pesar de todo su dinero y su poder, su vida estaba en ruinas.

—Usted sabe dónde estaba antes de que me contratara.

—En rehabilitación. —Rob tintineó sus llaves—. Mire, no tengo la intención de husmear. Solamente me causa curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Si la religión de verdad le mejora la vida.

—La religión hace la vida más difícil. Dios hace la vida tolerable.

—¿Y hay alguna diferencia?

—Una diferencia de vida o muerte, pero si quiere entenderlo, debería comprobarlo en la Iglesia Cristiana de Centerville.

—En este momento, intentaría cualquier cosa.

Esteban sonrió cínicamente.

—Bueno, acepte un consejito de alguien que ha recorrido algunas carreteras.

Manténgase lejos de la bebida. Pruebe la iglesia.

CAPÍ TULO 5

MIENTRAS EUNICE SALÍA de la casa pastoral y se dirigía a la iglesia para practicar en el piano, Pablo se alejaba del cordón de la acera en su Toyota. Ella le hizo adiós con la mano, pero él no se dio cuenta. Estaba despierto desde las cinco de la mañana, practicando el discurso que daría en el Rotary Club.

—¡Papi! —Timmy le hizo adiós con la mano.

Eunice se puso en cuclillas al lado de su hijo.

—Oremos por papi, Timmy. —Apoyó su frente contra la del niño—. Señor Jesús, sabemos que nos amas y que cuidas de nosotros. Sabemos que quieres que te obedezcamos en todo lo que hacemos. Por favor, acompaña a papi hoy. Dale las palabras que Tú deseas que diga ante los hombres y las mujeres en la reunión del Rotary Club. Que Tu amor irradie de papi para que todas las personas que lo escuchen quieran ser Tus hijos. En el precioso nombre de Jesús oramos.

—Amén —dijo Timmy.

Lo besó y se levantó. Él corrió delante de ella hacia los escalones de la iglesia con los brazos abiertos como las alas de un avión. Riendo, lo siguió. Buscó la llave en su bolsillo, pero vio que la puerta estaba entreabierta. Pablo no solía dejar la iglesia sin llave cuando no estaba en su oficina. Notó una camioneta de color marrón metalizado estacionada en la calle lateral, cerca de la esquina.

—¡Espera, Timmy! —Demasiado tarde: su hijo había desaparecido en el interior del edificio.

—¿Quién eres tú? —Escuchó que preguntaba Timmy.

Eunice subió corriendo los escalones y, de un empujón, abrió la puerta de par en par.

Encontró a un hombre alto vestido con unas botas marrones de trabajo, unos Levi's desteñidos y una camisa de trabajo con estampado de cuadros escoceses, quien empujaba una plataforma rodante, llevando una hermosa vitrina. Él miró hacia atrás y ella sonrió, aliviada.

—El señor es Esteban Decker, Timmy.

Timmy se acercó más.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniendo en un lugar visible una vitrina para la Biblia de la iglesia.

—Es hermosa, señor Decker. —Eunice admiró las patas curvas talladas con hojas de parra y racimos de uvas.

Él se incorporó y pasó su mano por la madera que enmarcaba la tapa de cristal.

—Dígame Esteban.

Su corazón dio un pequeño salto ante el tono de la voz de él. Lo miró brevemente a los ojos y agachó la cabeza, apoyando delicadamente una mano sobre la cabeza de Timmy.

—Tal vez deberíamos regresar después y dejar que el señor Decker termine su trabajo.

Timmy se apartó de ella.

—Mami practica en el piano todas las mañanas. —Se detuvo y señaló —. Se hizo una yaya…

—¿Una yaya?

—¿Qué le hizo usted a su dedo pulgar?

—¡Ah! —Ante esa aclaración, Esteban Decker le sonrió al niño—. Me di un golpazo.

—Una vez, me chanqué el dedo con una puerta.

—Yo me aplasté el pulgar con un martillo. —Esteban sacó el martillo de su cinturón de herramientas—. Este, de hecho.

—¿Por qué?

—Bueno, no fue a propósito, te lo aseguro. No le presté atención a lo que estaba haciendo. Tienes que prestar mucha atención cuando usas un martillo.

—¿Te dolió?

—Me dolió como la… —Se frenó y echó un vistazo a Eunice—. Sí, me dolió. Un montón.

—Necesitas una curita. Mami tiene curitas de Plaza Sésamo.

—Gracias por ofrecérmela, Timmy —dijo Decker, y luego la miró con una amplia sonrisa—. Pero no creo que me atreva a aparecer por mi trabajo con una curita de Abelardo en el dedo.

Eunice se rio.

—Me imagino que eso podría causarle algunas dificultades.

—Nunca me dejarían en paz.

Ella retrocedió un paso.

—Vamos, Timmy.

—No postergue su práctica por mí, señora Hudson. Me encantaría escucharla mientras termino el trabajo aquí.

Por primera vez en mucho tiempo, Eunice sintió vergüenza por su manera de tocar el piano.

—Cometo muchos errores.

—Prometo no contárselo a nadie —dijo, sonriéndole.

—Siempre y cuando prometa prestarle atención a lo que está haciendo.

Volvió a meter el martillo en su cinturón de herramientas como un pistolero enfundando su arma.

—Téngalo por seguro.

Tomó a Timmy de la mano y entró al santuario. Una vez que su hijo se acomodó con unos juguetes que ella guardaba en una canasta debajo del primer banco, se sentó al piano y empezó con sus escalas. Era una mañana fría, se sentía una oleada otoñal en el aire y ella tenía los dedos agarrotados. Repasó todas las escalas y siguió con los acordes; luego, a las melodías. Entonces se puso a tocar cualquier cosa que se le ocurría: fragmentos de himnos, movimientos clásicos, canciones populares, musicales de

Broadway y, también, algunas de sus propias composiciones. Le fascinaba el desafío de lograr que todo fluyera de una pieza a la otra, sin cortes. Pablo decía que sus prácticas eran un «espacio de improvisación».

Él no la había escuchado practicar desde que se había convertido en pastor. No tenía tiempo. Y, desde que llegaron a la Iglesia Cristiana de Centerville, el único interés verdadero que tenía en su música era que funcionara en el servicio. Pablo quería que tocara música del gusto de la gente que él estaba tratando de atraer a la iglesia. Varios de los miembros mayores de la iglesia se habían acercado a ella para quejarse, aunque amablemente, de la música que tocaba y para preguntarle por qué no seguía interpretando los himnos que había tocado al principio cuando acababa de llegar. No se atrevió a decirles que Pablo le había indicado qué clase de música tocar. Eso exacerbaría la tensión que había entre su esposo y algunos de los miembros más ancianos de la congregación. Peor aún, se sentiría como que estaba protegiéndose a sí misma, en lugar de apoyar a su esposo en la misión que tenía de servir a la iglesia como mejor pudiera.

—Suena triste.

Sobresaltada, vio a Esteban Decker sentado en el segundo banco. Levantó las manos de las teclas.

—Parecía bastante absorta en esa pieza.

Eunice se sonrojó.

—Creí que ya se había ido.

—Esperaba que me hubiera ido, quiere decir.

—No, no lo dije con esa intención...

—Debí mantener la boca cerrada para seguir disfrutando del concierto. ¿Qué estaba tocando?

—De todo un poco.

—Nunca lo había escuchado.

Ojalá no se sonrojara con tanta facilidad.

—Y probablemente nunca lo escuche otra vez.

—Ah. Lo inventa mientras va tocando.

—Así entro en calor. —Se encogió de hombros—. Toco cualquier tipo de música que me venga a la mente.

—Reconocí muchas de las piezas, pero no la última. ¿Usted compuso esa música?

—No lo recuerdo. —Desvió la mirada y abrió el libro de música que estaba en el atril.

—Seguro que sí. Solo que es demasiado tímida para decir que es suya.

Lo observó irse caminando por el pasillo. Él la inquietaba. Por un lado, era demasiado atractivo, y había algo en la manera en que la miraba. Volvió a concentrarse en la música que tenía frente a ella y empezó a tocar de nuevo, esta vez, siguiendo las notas de la partitura. Era una canción contemporánea compuesta para la alabanza y la adoración en servicios más carismáticos que los que acostumbraban a escuchar los ancianos de la Iglesia Cristiana de Centerville. Ella había cuestionado la elección de Pablo. «Se acostumbrarán», le había dicho Pablo. Ella estaba de acuerdo en que era una canción hermosa, pero también lo era cualquiera de los cuatrocientos himnos que había en los libros colocados en los bolsillos de los bancos de la iglesia. La canción nueva era muy fácil; la memorizó en unos minutos. La letra era clara, concisa y simple. Un niño podría cantar de memoria la

estrofa desde el primer domingo.

—¡Es aburrida! —gritó Esteban Decker en voz alta desde el fondo de la iglesia.

—¿Disculpe?

—Me oyó. Es repetitiva.

—¿Qué quiere decir con repetitiva? —Molesta, deseó que se fuera y la dejara practicar en paz.

—Repetitiva, como que repite lo mismo una y otra vez.

—La letra...

—Conozco la letra.

—Es lo más reciente en música, señor Decker —dijo ella, apoyando las manos sobre sus rodillas.

—Lo más reciente no significa necesariamente lo mejor, señora Hudson.

—Es atractiva para las generaciones más jóvenes. —Cuando él se rio, sintió que se le encendían sus mejillas.

—¿Con treinta y cuatro años ya soy parte de la generación de los mayores, señora Hudson? Pero supongo que para alguien de veintipico debo parecer un viejo que va camino a la tumba.

—Explica el mensaje del evangelio en términos básicos. Está hecha con la intención de darle algo a la gente para que se lleve a casa. Algo que puedan recordar y pensar durante la semana. Las personas tienen muchas cosas que hacer en estos días. No es como hace cincuenta años, cuando la iglesia era la vida social de las personas y disfrutaban de cantar himnos.

—No sabía que veníamos a la iglesia a disfrutar.

—No del todo. —Se sentía incómoda con el rumbo que estaba adquiriendo la conversación—. ¿No disfruta ser cristiano?

— *Disfrutar* no es un término que usaría. ¿Está tratando de darme de mi propia medicina, señora Hudson?

—Lo pregunto por curiosidad.

—Yo también. ¿Por qué no toca algo que haya compuesto usted?

—No es tan bueno —dijo, negando con la cabeza.

—Es mejor que lo que estaba tocando hace un momento.

—Bueno, gracias. —Desestimó su elogio sin demora.

—Solo que le da miedo, me parece.

Nunca había conocido a un hombre más inquietante.

—Nunca terminé ninguna, si quiere saber.

—¿Por qué no? No me da la impresión de ser alguien que se rinda fácilmente.

Trató de pensar una respuesta con rapidez.

—No me he dado por vencida. —Lo había dejado de lado. Pablo la necesitaba. Timmy la necesitaba—. Simplemente, no es el momento. Algún día, tal vez.

—¿Cuando su esposo se jubile del ministerio y su hijo haya crecido y se haya mudado a otra parte?

Ella levantó la cabeza al escuchar su tono seco. Estaba parado al final del pasillo de la iglesia, con los brazos cruzados y una cadera apoyada en un banco. ¿Por qué estaba provocándola?

—Mi música no es tan importante como mi esposo o mi hijo.

—Un buen pretexto. Supongo que no hay manera de que las personas permanezcan casadas y logren ser todo lo que Dios quiso que fueran como individuos. —Se enderezó—. Perdón por haber interrumpido su práctica. —Levantó su chaqueta y se fue.

Lo que dijo la molestó. A veces, se sentía inquieta. Sentía las oleadas de cambios que había en su vida y en su matrimonio. Parecía que Pablo tenía reuniones programadas para todas las noches. Aceptaba invitaciones de cuanta organización lo invitaba a hablar porque las veía como oportunidades del Señor para «hacer correr la voz». ¿Pero la voz de qué? ¿Del evangelio? ¿O de la Iglesia Cristiana de Centerville? ¿O seguían siendo uno y los mismos? A veces, se lo preguntaba.

Pablo estaba determinado a edificar la iglesia, pero Eunice ya no

estaba segura de qué significaba eso. ¿Su esposa y su hijo no debían ser una prioridad?

Extrañaba a Pablo. Extrañaba cuando se sentaban y hablaban del Señor y de lo que habían aprendido juntos en sus devocionales matutinos. Extrañaba las caminatas que daban durante los primeros años de su matrimonio. Extrañaba despertar los sábados en la mañana en los brazos de Pablo. Volteó una hoja de las partituras. No debía sentir pena por sí misma. Solo empeoraría las cosas.

Sus dedos se desplazaban sobre las teclas. Otra vez, escalas, con una mano, subía y bajaba, cada vez más alto; luego, con ambas manos. La música del atril se volvió borrosa. *Ay, Señor, Señor...* No tenía palabras para orar, pero sus dedos se movían, se expresaban a través de la música, desde los tonos graves a los tonos menores, las melodías suaves; y también una melodía que sabía que ni siquiera intentaría poner por escrito, porque era solamente entre ella y el Señor.

Y ahí estaba Timmy, acostado de barriga debajo del primer banco, con el mentón apoyado sobre sus brazos cruzados mientras observaba y escuchaba.

Mientras Samuel acompañaba a Hollis a entrar a su estudio, se preguntó qué queja tendría esta vez su viejo amigo. Abby estaba en la cocina preparando café y algunos bocaditos. Siempre pensaba que el café y las galletas podían curar cualquier cosa. A veces, tenía razón.

Cerrando la puerta, Samuel le ofreció a Hollis su sillón de cuero. Estaba desgastado, era cómodo y era mucho más fácil levantarse de él que de la mecedora que prefería Abby.

Hollis le agradeció, se relajó en el sillón y dejó a un lado su bastón.

—Me harté, Sam. Se terminó.

—¿Por qué no me cuentas qué sucedió?

—Nada que pueda puntualizar. —Hollis negó con la cabeza—. Pero estoy cansado de sentirme inútil y viejo. Él no nos escucha. Lo sabes tan bien como yo.

—Es joven.

—La juventud no es excusa para la falta de respeto.

—No tengo intenciones de disculpar a Pablo. Pero ten en cuenta que mostró respeto por lo que le dijiste cuando hizo poner la vitrina en el atrio. Y te pidió disculpas personalmente, ¿verdad?

—Si a explicar por qué quitó la Biblia Reina-Valera le llamas pedir disculpas... En realidad, nunca dijo que lo sentía. Y esa vitrina...

—Es hermosa.

—Ya lo creo que es hermosa, pero lo hizo por conveniencia. Cuantas más personas nuevas vengan a la iglesia, menos sentirá ese muchacho que debe tener en cuenta cualquier cosa que digamos.

Samuel temía que Hollis tuviera razón.

—Lo primero que tenemos que recordar es que él fue llamado a ser nuestro pastor.

—Se porta más bien como un dictador.

—¿Discutieron Pablo y tú otra vez?

—No. —Hollis parecía más dolido que enojado—. Tal vez es más lo que no dice, o lo que hace o no hace acerca de lo que *nosotros* decimos. Lo miro a los ojos y lo que veo es impaciencia. Casi puedo oír lo que está pensando: *¿Qué quiere ahora este viejo?* En fin, Sam, me cansé de luchar. ¿Y para qué sigo luchando? ¿Para mantener las cosas como eran? Ya no conozco a la mayoría de personas que vienen a nuestra iglesia. Todas son caras nuevas.

—Eso es bueno, Hollis. La iglesia está creciendo.

—Todos rostros *jóvenes*. —Su boca se tensó—. Y estoy seguro de que quieren ancianos *jóvenes* que estén de acuerdo con sus ideas *jóvenes*.

—Necesitan que los guíen.

—Tienen a Pablo, su ungido.

Samuel frunció el ceño, inquieto por sus palabras.

—Todos somos ungidos, Hollis. Cada creyente recibe al Espíritu Santo.

—Tú y yo sabemos eso, pero si nos guiamos por las palabras, Pablo Hudson tiene más unción que el resto de nosotros, la gente común. Tal

vez sea por eso que no quiere someterse a sus ancianos. Tal vez tenga audiencias privadas con Dios en persona. Tal vez...

Samuel se inclinó hacia adelante.

—El sarcasmo no nos ayudará a lograr la unidad.

—La unidad se terminó el día que Henry Porter dejó Centerville. Mientras él estuvo en el púlpito, fuimos una familia. Quizás sus sermones no hayan atraído a las personas que atraen los de Hudson, pero nunca tuvimos que preguntarnos si él nos amaba.

Abby llamó a la puerta con unos golpecitos antes de entrar. Llegó con una bandeja y la apoyó sobre el escritorio. Sirvió café, le agregó crema, lo revolvió y le dio la taza a Hollis.

—Aquí tienes unos ricos turrones de nuez, Hollis. Sé que te gustan.

—Gracias, Abby. —Se sirvió uno.

Abby salió silenciosamente del estudio y cerró la puerta.

—Voy a renunciar al liderazgo de los ancianos, Samuel.

—No lo hagas, Hollis, por favor. —Samuel estaba angustiado aunque ya lo esperaba.

¿Qué les pasaría a los miembros si solo quedaban dos ancianos para velar por la iglesia?—. Tenemos ciento cincuenta personas nuevas que vienen cada domingo.

—La mayoría viene de otras iglesias. Hudson puede nombrar a algunos para el servicio.

—No sabemos nada de esas personas nuevas, Hollis.

—Ya no encajo en Centerville, Sam. Y lo sabes. —Dejó su café a un lado. Parecía no tener deseos de comer sus galletas preferidas—. Por otra parte, no soporto la música nueva. ¿Cuántas veces podemos cantar los mismos cuatro versos? Siento como que estoy cantando algún mantra cristiano. Están embruteciendo a la iglesia de la misma manera que están embruteciendo a los Estados Unidos. Y antes de que comiences a defenderlo, te aviso que ya escuché toda la retórica del caso. Si esto es lo que traerá gente nueva a Cristo, que así sea. Pero eso no significa que tenga que sentarme en un banco y sentirme agredido todas las semanas.

—Ya tomaste la decisión. —La vieja guardia abandonaba su puesto.

—Escribí mi carta de renuncia y la envié antes de venir a verte. —Hollis no pudo mirarlo a los ojos—. Sabía que, si esperaba, me convencerías de que no lo hiciera. Y ya es tiempo, Samuel. —Tenía los ojos vidriosos por las lágrimas. Desvió la vista y levantó su taza de café. Sus labios temblaron mientras bebía—. Debo advertirte que Otis también ha renunciado.

Samuel sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. *Señor, ¿debo enfrentar solo esta batalla?*

—Cuánto lamento escuchar eso —dijo con voz ahogada. Se preguntó si para Pablo cambiaría la situación que dos tercios de los ancianos dejaran la iglesia por causa de sus métodos para ampliar la membresía. El joven parecía tener piel de rinoceronte, pero por las cosas que Eunice había compartido con Abby, Samuel sabía que las apariencias solían ser engañosas. Pablo Hudson había crecido a la sombra de su famoso padre. ¿Era por eso que se esforzaba tanto? ¿Por miedo a no estar a su altura?

En este momento, Samuel estaba más preocupado por los viejos amigos que habían servido con él durante tantos años.

—¿Adónde se congregarán?

—Supongo que me quedaré en la sala de mi propia casa. Ya no puedo conducir y Otis está atado al estado de salud de Mabel. —Soltó una risa nerviosa—. Probablemente miraremos a los teleevangelistas. Que Dios nos ayude. Hay más que suficientes todas las semanas. El evangelio en una caja. Envíe su donativo y recibirá una bendición.

—Algunos son buenos, si es el camino que pretendes tomar, pero sé cuidadoso.

—Claro, y lo mejor es que nunca te enteras de las jugarretas que hay detrás de cámaras.

Lo único que ves son los rostros sonrientes en sus asientos. Probablemente depuren a todos los inadaptados puertas afuera. Y además está el deslumbrante equipo profesional de adoración y el hombre principal, que habla como Charlton Heston cuando dividió el mar Rojo.

—¿Por qué no hacemos un estudio bíblico aquí? Solo para los vejestorios como nosotros que añoramos los viejos tiempos. Invitaré a

Otis y a Mabel, y a algunos otros que no han ido últimamente a la iglesia.

—¿Tratas de mantenernos dentro de la familia, Samuel?

—Nosotros *somos* familia.

—Estaría bien —dijo Hollis con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué día? ¿A qué hora?

—Cualquier día, menos los domingos.

—¿Tú seguirás?

—Hasta que Dios diga lo contrario.

—O hasta que Pablo Hudson te eche.

Un sobre liso y blanco con el nombre de Pablo escrito a mano estaba sobre el protector del escritorio cuando entró a la oficina de la iglesia a la mañana siguiente. Rasgó un extremo y cayó una llave. Leyó la nota que contenía un único renglón: *Ya no me siento bienvenido en la Iglesia Cristiana de Centerville y, por lo tanto, renuncio como anciano. Otis Harrison.*

Pablo se desplomó en su asiento. Deprimido, revisó con cuidado la correspondencia y vio un sobre con el nombre y la dirección de Hollis Sawyer. Probablemente fuera otra letanía de quejas. Molesto, abrió la carta con el filo de su cortaplumas. *Todos mis esfuerzos por trabajar con usted han fracasado,* leyó. ¿Cuáles esfuerzos? Hollis había tratado de obstaculizarlo en todo momento. Ni siquiera dio muestras de gratitud cuando él contrató a Esteban Decker para que hiciera la vitrina. ¿Acaso se enteró el anciano de cuánto había costado y que el dinero había salido de un fondo que él y Eunice habían logrado reunir para los gastos universitarios de Timmy? Tenía ganas de decírselo a Hollis Sawyer, pero su ira se evaporó cuando leyó las últimas líneas de Hollis. *He sido parte de esta iglesia y la he amado desde antes que usted naciera, y ahora me encuentro con que no hay lugar para mí. ¿Qué debe hacer un hombre cuando su pastor lo hace sentir viejo e inútil?*

Usted no me ha dejado otra opción que la de renunciar con cierta dignidad.

Con el corazón encogido, Pablo leyó la carta otra vez. Sintió la frustración y la desesperanza de Hollis Sawyer, y se llenó de remordimiento. Hollis no se refirió ni una vez a las discusiones del pasado. Por el contrario: resumió todo de una manera que hizo un hueco en la confianza que Pablo tenía en sí mismo. Eran dos de los tres hombres que lo habían llamado a pastorear esta iglesia y estaban diciendo que él les había fallado.

Cerró los ojos y le pidió perdón a Dios. Nunca había sido su intención que estos hombres se fueran de la iglesia. Solo había deseado que se hicieran a un lado. Ellos lo habían llamado para que reviviera a la Iglesia Cristiana de Centerville. Lo único que había querido de ellos era que respaldaran sus esfuerzos. En lugar de eso, Otis y Hollis lo habían criticado y combatido en cada frente. Ahora tendría que buscar la manera de lidiar con las murmuraciones de por qué dos de los ancianos habían renunciado y dejado la iglesia.

Al menos, ahora tenía la libertad de cubrir sus puestos.

Permíteme encontrar hombres con ideas afines, hombres de Dios que me ayuden a convertir a la Iglesia Cristiana de Centerville en el centro de adoración que yo sé que puede ser.

Oró durante más de una hora y terminó sintiéndose más seco que cuando había empezado. A veces, sentía que sus oraciones rebotaban contra el techo y caían de vuelta sobre su regazo. Abrió un cajón y sacó la lista de los miembros de la iglesia. Anotó los nombres de los hombres que compartían su visión. Dos sobresalieron como si el Señor mismo los hubiera resaltado para él. Ambos venían de otras iglesias, donde habían servido como diáconos y ancianos.

Marvin Lockford y su esposa, LaVonne, vivían a veinte minutos al norte de Centerville, lo cual era una distancia cómoda para que Marvin viajara a la iglesia. Era el gerente de la filial local de una empresa inmobiliaria nacional y estaba catalogado como uno de sus mejores vendedores. «Estábamos buscando una congregación que tuviera el mismo entusiasmo por el Señor que nosotros tenemos», le había dicho Marvin a Pablo seis meses antes, cuando habían analizado su membresía. Él y su esposa se habían sentado en esta misma oficina y habían hablado de su fe y del servicio antes de pasar al frente el domingo siguiente durante el servicio de adoración.

—Sinceramente, Pablo, la Iglesia Cristiana de Centerville estaba más seca que un esqueleto la única vez que la visitamos —le había dicho Marvin—. Tenían en el púlpito a un anciano que divagaba y cantaban

himnos del siglo pasado. Así que hicimos el largo viaje al norte. Nos gustaba bastante la otra iglesia, pero quedaba demasiado lejos para participar en cualquiera de las actividades. Y es algo que echamos de menos. Nos gusta servir. Cuando nos enteramos de que la Iglesia Cristiana de Centerville había nombrado a un nuevo pastor, pensamos que teníamos que darle una oportunidad más.

Así que aquí estamos, felices como lombrices.

Y eran generosos con el apoyo económico.

Pablo puso una estrella junto al nombre de Marvin Lockford.

El siguiente que le parecía un candidato excelente para el consejo de ancianos era Gerald Boham. Su esposa Jessie era enfermera en una de las escuelas secundarias al sur de Centerville. Gerald era un asesor financiero dueño de su propia empresa. Había dirigido una empresa importante en Los Ángeles, pero decidió que sería mejor para sus clientes y para su familia si se independizaba. Al parecer, le iba bien: acababa de comprar un Jaguar.

Si estos dos hombres aceptaban servir como ancianos, Pablo sabía que tendría hombres que trabajarían con él, no en su contra. Marvin y Gerald eran exactamente la clase de hombres que necesitaba para que la iglesia siguiera creciendo.

Pablo golpeteó su lápiz, preguntándose si debía llamar a los otros pastores y pedirles algún tipo de referencia. Pero ¿qué pensarían si él pedía referencias y hacía una verificación de antecedentes sobre un hermano cristiano?

Necesitaba más de tres ancianos para manejar el funcionamiento ahora. La Iglesia Cristiana de Centerville no tenía diáconos desde hacía diez años por lo pequeña que era su membresía. Los ancianos habían hecho todo: desde el trabajo menos grato, aconsejar a los miembros y planificar las funciones hasta administrar la parte financiera de la iglesia. La iglesia estaba llenándose y necesitaba hombres que realizaran trabajos de pintura y plomería, que hicieran armarios y estanterías, cambiaran las bombillas del elevado techo del salón social y se ocuparan de algunas de las tareas de jardinería, como cortar el césped y podar los setos. Él tenía cosas más importantes que hacer. Un beneficio adicional sería que los hombres organizaran y dieran las clases dominicales para adultos, y que sus esposas enseñaran a los niños.

Los diáconos servirían para ahorrarse el dinero al no tener que

contratar a un profesional, dinero que se aprovecharía mejor si invertía en un equipo de sonido, en materiales educativos, nuevos libros de alabanza para los bancos de la iglesia, estandartes para las paredes, cojines nuevos para los asientos y un televisor para los videos que veía el creciente grupo de jóvenes. Pablo había hecho personalmente la mayor parte de los trabajos no especializados. Desde luego, Samuel Mason ayudaba en todo lo que podía, para ser un hombre de setenta y tantos años. Pero, cuando lo hacía, Pablo tenía que someterse a que lo sermoneara sobre uno u otro tema. Tenía que desconectarse del viejo para poder acabar más rápido el trabajo y avanzar a las cosas más importantes. Las tareas de mantenimiento le quitaban mucho del tiempo que Pablo sabía que necesitaba para estudiar y enseñar, para abocarse más a las reuniones con personas importantes de la comunidad, para tender puentes del mundo exterior hacia la Iglesia Cristiana de Centerville.

Todos los hombres que tenía en mente eran casados y con hijos, excepto uno. Sus esposas eran mujeres capaces, que también podían ser llamadas a servir en algún puesto de la iglesia. Abby Mason ya había reclutado a varias de ellas para que ayudaran en la guardería y se hicieran cargo de algunas clases a nivel de la escuela primaria, pero necesitaban más. Abby era estupenda en la guardería infantil, pero las unidades didácticas que les daba a las otras estaban obsoletas. Los niños de primaria y secudaria debían estar escuchando relatos actuales con los principios bíblicos incorporados, en

lugar de las mismas historias trilladas de Daniel en el foso de los leones, David y Goliat, o Moisés dividiendo el mar Rojo.

Cuanto más pensaba Pablo en el tema, más lo convencía y lo entusiasmaba la idea de que las renuncias de Hollis Sawyer y Otis Harrison eran bendiciones directamente enviadas por el Señor. Su partida proclamaba una nueva era en la Iglesia Cristiana de Centerville. ¡No más discusiones sobre la música y sobre el orden del servicio! ¡No más comparaciones con Henry Porter! ¡No más reuniones que duraban dos horas y no llegaban a nada!

Eunice podría comenzar un coro de adultos y uno de niños. Con toda su formación, debería ser capaz de organizar y orquestar cantatas que atraerían al público en Navidad y Semana Santa. Si los programas eran suficientemente buenos, los visitantes podrían convertirse en asistentes regulares a los servicios.

¡Señor, dame cinco años, y haré de esta iglesia un punto de referencia en la comunidad!

Llevado por el entusiasmo, Pablo levantó el teléfono. Sabía que el protocolo de la iglesia indicaba que debía informar a Samuel Mason acerca de sus planes. Pero, probablemente, Samuel querría que se reuniera con los otros dos ex ancianos y tratara de hacerlos regresar. ¡De ninguna manera! Él no los quería de vuelta. No haría nada respecto a las renuncias. Que se fueran de la iglesia. ¡Al fin! No, no llamaría a Samuel.

Hollis, Otis y Samuel habían sido un trío durante años. Le convenía llamar primero a Marvin y a Gerald y averiguar si estaban dispuestos a servir como ancianos. Una vez que se pusiera de acuerdo con ellos, llamaría a Samuel. De lo contrario, Samuel querría que esperara. Le pediría precaución, referencias, verificar los antecedentes. Levantaría otra docena de barricadas que demandarían un tiempo valioso. Una cosa estaba clara para Pablo: esta iglesia no podía funcionar con un pastor y un anciano viejo y obstinado.

Marcó el número de teléfono del trabajo de Marvin Lockford.

—¡Por supuesto! —Marvin estaba deseoso de servir—. He sido anciano anteriormente.

Sé lo que implica el trabajo.

Pablo llamó a Gerald Boham, quien estaba igualmente dispuesto.

—Sería un honor para mí servir —dijo Gerald. Pablo volvió a explicar que el asunto se decidiría tan pronto como el cuerpo de la iglesia votara al respecto, pero él no creía que hubiera ningún problema con obtener la aprobación de los miembros. En la actualidad,

los miembros nuevos superaban en número a los que habían estado aquí durante décadas, y los más nuevos seguirían sus órdenes.

Pablo sentía una irritante molestia en la boca del estómago. Tal vez, era por algo que había comido en la mañana. ¿Había comido? Revisó el resto de la correspondencia, arrojó en una canasta las facturas y, en cambio, leyó detenidamente los folletos sobre el crecimiento eclesiástico. Anotó ideas en el cuaderno que guardaba en el cajón superior del escritorio. El teléfono sonó una, dos, tres veces y atendió el contestador automático.

Odiaba usarlo, pero tenía que filtrar sus llamadas para poder terminar de hacer parte de su trabajo. Si contestara cada llamada que entraba al teléfono de la oficina de la iglesia, se la pasaría todo el tiempo yendo de aquí para allá y visitando a los numerosos miembros de la

iglesia, en lugar de preparar los sermones y las clases.

Lo que él necesitaba era un ayudante elegido a dedo que compartiera su visión y estuviera calificado para asumir una parte de la carga. Echó un vistazo a los informes de las finanzas. Durante las últimas semanas, las ofrendas habían crecido porque él había empezado a escribir sus sermones para una audiencia buscadora. Tal vez, un pastor asociado podría ser lo primordial en la agenda de los nuevos ancianos. Pero, primero, tendría que haber un aumento en su propio sueldo para que él y Eunice pudieran mudarse a una casa propia. No precisaba ser demasiado grande. Sería agradable tener tres cuartos, para que él pudiera tener un estudio en casa. De esa manera, tendría más tiempo para estar con Eunice y con Timmy. Y la casa pastoral quedaría a disposición de otro miembro del equipo y su familia, cuando aparecieran.

Pero estaba precipitándose demasiado.

Pablo hizo una lista de los hombres que serían buenos diáconos. Contactó a la mitad de ellos antes del mediodía. Cuando fue a casa para almorzar, no le contó a Eunice sobre Hollis y Otis. Ella solo se alteraría y querría saber los detalles. Él no quería hablar del tema. Tampoco le habló sobre Marvin ni Gerald. Y no le dijo nada sobre los nuevos diáconos que había seleccionado. Se lo contaría en la noche, después que hablara con todos ellos y antes de que corriera la voz y ella se enterara por otra persona. Como Samuel o Abby Mason. Tendría que preparar un listado de los miembros de la iglesia que podían votar. Si todo salía bien, convocaría a una reunión con todos los miembros de la iglesia después del servicio del próximo domingo. No tomaría demasiado tiempo.

Todos sabían que la iglesia necesitaba obreros. Y, al año siguiente, él dejaría que la iglesia nombrara a los diáconos y a las diaconisas.

—¿Todo está bien, Pablo?

—No podría estar mejor. —Terminó su emparedado y bebió todo su vaso de jugo de tomate—. Estaré haciendo unas visitas toda la tarde. —Era más probable que una visita personal del pastor lograra el consentimiento para servir, más que una llamada telefónica—. Así que llegaré tarde.

—¿Quieres que mantenga tu cena caliente?

Se limpió la boca con la servilleta y la arrojó sobre la mesa.

—No. —Iría a Charlie's y vería si podía establecer contacto con Esteban Decker. Sally le había dicho que Esteban desayunaba a las siete y que iba a cenar entre las seis y las siete. Le dio un beso rápido a Eunice—. Adelante, cenen sin mí.

—Se está convirtiendo en un hábito.

—No puedo evitarlo. —Despeinó el cabello de Timmy—. Sé un chico bueno con mami.

—¿Pablo?

—Tengo que irme corriendo, cariño.

—¿No puedes quedarte media hora? Hasta los hombres de negocios tienen una hora para almorzar.

—Yo no soy un hombre de negocios. —De todas las personas, ella debería entenderlo, ya que había crecido siendo la hija de un pastor—. Tengo mucho trabajo que hacer y apenas el tiempo para todo. ¿Quieres hablar de algo específico? ¿Es importante?

—Supongo que no.

Él la besó nuevamente.

—Hablaremos más tarde, esta noche. —Le contaría todas sus buenas noticias cuando todo estuviera resuelto.

Esteban Decker se sorprendió al ver a Pablo Hudson entrando a Charlie's a la hora de la cena. Si él tuviera una esposa como Eunice en casa, no estaría comiendo en una cafetería, por más que lo único que supiera cocinar ella fueran hot dogs y macarrones con queso. Esteban lo saludó asintiendo con la cabeza cuando Hudson se acercó a su reservado.

—¿Le molesta si lo acompaño?

Sorprendido, Esteban juntó los papeles de la obra con los detalles finales del proyecto de Atherton.

—Siéntese. —Arqueó las cejas—. ¿Ha tenido una discusión con su esposa?

Pablo se rio.

—No. En realidad, vine aquí para hablar con usted.

—Una visita pastoral. Suena a algo serio. —Ni siquiera se había acercado a un bar, así que no podía ser la razón para esta conversación cara a cara.

—Necesito algunos buenos hombres que sirvan como diáconos.

Esteban se reclinó en su asiento.

—¿Y usted piensa que yo califico? —Se rio.

—Sí, es lo que pienso.

Eunice no debe haber compartido su breve charla con su esposo, lo cual elevó la opinión que tenía sobre ella.

—Usted no sabe nada de mí, excepto a qué me dedico para ganarme la vida y que puedo hacer un trabajo aceptable armando una vitrina. ¿O era eso lo que tenía en mente? Obreros para la iglesia que trabajen por la tarde y los domingos.

El pastor Pablo no tenía pretensiones.

—Mano de obra, sí, pero además hombres que amen al Señor y que estén dispuestos a trabajar conmigo para transformar a la Iglesia Cristiana de Centerville en lo que podría ser.

—¿Y qué clase de iglesia es esa?

Pablo se inclinó hacia adelante, ansioso por decírselo.

—Un centro cristiano de adoración tanto para Centerville como para los alrededores; un lugar donde las familias puedan venir, involucrarse y crecer en la fe; un lugar donde las personas enciendan su pasión por el Señor y sean alentados a salir y llevar a cabo la gran comisión de hacer discípulos de todas las naciones.

¡Vaya! Pablo iba sobre un caballo veloz.

—En el Valle Central, tenemos todo tipo de religiones, desde el islamismo hasta el budismo y la Nueva era. Y en este momento hay unas pocas iglesias cristianas patéticas desarrollando programas de alcance comunitario para llevar a los no creyentes a la salvación. Necesitamos hombres jóvenes, con ideas nuevas y progresistas, que

nos ayuden a construir el reino de Dios y a llevar a la iglesia al siglo veintiuno.

Intrigado, Esteban cerró su carpeta y la metió en su maletín abierto. Reconocía la ambición cuando la veía, pero, hasta donde entendía, ser ambicioso para edificar una iglesia no tenía nada de malo. ¿Dónde estaría él ahora sin el Señor? En Wheel Wagon.

¿Qué sería? Un borracho.

—Estoy completamente a favor de hacer algo por retribuir al Señor.

—Eso es lo que pensé.

—Pero antes de que sigamos, hay algo que podría excluirme como diácono.

—¿Qué sería? —dijo Pablo, frunciendo el ceño.

—Soy un alcohólico en recuperación. Estuve seis meses en un centro de rehabilitación.

Mientras estaba allí, mi esposa se divorció de mí y recibió la custodia de nuestra hija. —

Vio la mirada preocupada que asomó en los ojos del pastor Pablo; casi podía escuchar cómo giraban los engranajes en su cerebro, tratando de hallar la manera de dar marcha atrás a su propuesta.

—¿Cuándo bebió por última vez?

—Once meses, una semana y tres días. —Solo para que el pastor supiera que no era fácil mantenerse sobrio.

—La Biblia dice que el diácono no debería ser un hombre entregado a la bebida y, dado que usted no está bebiendo, no veo ninguna razón por la que no pueda servir como diácono. Si todos tuvieran que llevar una vida perfecta para servir al Señor, nadie estaría sirviendo. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué dice, entonces? ¿Quiere participar en la planificación del futuro de la Iglesia Cristiana de Centerville?

—Está bien —dijo Esteban pausadamente—. Puede contar conmigo.

—¡Genial! —Pablo extendió su mano para estrechar la de Esteban—. Bienvenido a bordo.

Esteban se sintió como si acabara de hacer una especie de contrato

con el pastor.

—Mañana prepararé la lista y tengo pensado llamar a una reunión de miembros después del servicio del domingo en la mañana. La congregación tiene que votar al respecto, pero no veo que vaya a haber ningún problema. Tan pronto como estén resueltos esos detalles, podremos tener nuestra primera reunión y ver hacia dónde vamos.

Un tipo acostumbrado a mover los hilos.

Sally apareció con la ensalada de Esteban.

—¿Se quedará a cenar, pastor Pablo?

—Si a Esteban no le molesta que lo acompañe. Yo pago lo mío, por supuesto.

—Tonterías —dijo Sally—. Lo que usted desee corre por cuenta de la casa. —Se fue y regresó con un menú.

Pablo sonrió.

—Dicen que el pastel de carne de Charlie es estupendo.

—Los filetes son mejores —dijo ella.

—Entonces, que sea un filete. Término medio.

—¿Champiñones?

—Claro. ¿Por qué no?

—Se los traigo. —Sally le gritó la orden a Charlie ni bien estuvo detrás de la barra.

Esteban sentía curiosidad por el pastor Hudson. Era joven para estar dirigiendo una iglesia.

—¿Cómo llegó a la iglesia Cristiana de Centerville?

Pablo le contó sobre el ataque que tuvo el pastor anterior y la llamada del decano de la universidad donde él y Eunice habían estudiado.

—En ese momento, yo estaba trabajando para una iglesia grande del Medio Oeste. Pero sabía que Dios estaba llamándome para este puesto. Cuando llegamos, conocí a las personas y sentí el hambre que había en ellas. No habían recibido alimento en mucho tiempo. No porque

Henry Porter no tratara de cumplir con sus responsabilidades. Lo hacía de una manera admirable. Los miembros lo amaban, lo amaban tanto que por poco lo hicieron trabajar hasta morir. Lo cierto es que necesitaban a un hombre más joven.

—Y ya lo creo que consiguieron uno. ¿Cuántos años tiene?

Pablo se lo dijo.

—Soy joven, pero no inexperto. Fui hijo de predicador.

—Hijo de predicador. —Esteban había escuchado esa expresión—. ¿Tomó el camino que eligen algunos?

—¿Se refiere a lanzarme a hacer estupideces? —Pablo soltó una risita —. Lo pensé algunas veces, pero no me atreví a concretarlo. Nunca quise avergonzar a mi padre ni a mi madre. Además de eso, quería agradar al Señor. Le entregué mi vida cuando tenía siete años.

—¿Su padre lo bautizó?

—No. En realidad, lo hizo mi madre. Bueno, mi padre lo hizo después. Oficialmente.

No recuerdo dónde estaba mi padre cuando le dije a mi madre que había decidido entregarle mi vida al Señor. Me llevó directo al baño y me bautizó en la bañera, con ropa y todo. —Se rio—. Siempre ha sido poco ortodoxa.

—Bueno, pues parece que funcionó —dijo Esteban, riéndose también.

—Mi padre me hizo rebautizar frente a la congregación el domingo de Pascua.

Esteban se preguntó por qué, de pronto, la expresión de Pablo se volvió solemne e introvertida. Pablo se contuvo y continuó: —Crecí viendo cómo se edifica una iglesia.

Mi padre empezó con un pequeño grupo y lo transformó en una congregación de miles de personas. Tal vez lo haya oído nombrar. David Hudson.

—Disculpe. No puedo asegurarle haberlo escuchado.

—Pasan sus servicios por televisión. Y mi abuelo también era pastor. No fue exitoso, pero lo intentó, supongo. Fue un evangelista viajero que hacía avivamientos en tiendas de campaña por muchos pueblitos

en todo el país.

—Así que usted adquirió el don naturalmente.

—¿El don?

—De hablar. Debe saber que usted es la razón por la que tantas personas están viniendo a ver la Iglesia Cristiana de Centerville.

Pablo se mostró visiblemente complacido por el elogio, pero trató de restarle importancia.

—No puedo imaginar ninguna otra cosa que prefiera hacer más que trabajar para el Señor.

—Así es como debería ser.

Sally trajo la ensalada de Pablo y sirvió sus filetes. Siguieron conversando durante la cena sobre la iglesia, la casa de Atherton y las obras que Esteban había construido, los programas en los que Pablo se había involucrado y que quería iniciar en la Iglesia Cristiana de Centerville.

Esteban dejó que Pablo hablara la mayor parte del tiempo. El joven pastor tenía el sueño, el gran sueño, de edificar el reino para la gloria de Dios. Una chispa se encendió en Esteban. Quizás eso era lo que necesitaba para calmar la inquietud que había en él.

Tenía que trabajar en algo que lo ocupara más tiempo que los seis meses que le llevaba construir una casa o el año que demandaba la construcción de un edificio de oficinas.

Sabía que Pablo se refería a las personas cuando hablaba de edificar el reino, pero, si tenía éxito, la congregación pronto alcanzaría la máxima capacidad que tenía la

pequeña iglesia donde se reunían actualmente. Necesitarían múltiples servicios. Por un tiempo.

Tarde o temprano, la Iglesia Cristiana de Centerville necesitaría un espacio más grande.

¿Cómo sería diseñar y construir una iglesia? ¡Qué desafío sería!

Cuanto más escuchaba a Pablo, más quería ser parte de lo que estaba sucediendo en la iglesia. Quizás él y Pablo venían de entornos divergentes, pero tenían en común una cosa muy importante: ambos

querían construir algo que perdurara.

SEGUNDA PARTE

A la vista de la

CAPÍ TULO 6

1992

Eunice luchó contra el agotamiento físico y la depresión que invariablemente la atacaban en la época navideña. No sabía cómo lograría llegar al Año Nuevo. Era su tercera cantata y los ensayos iban bien, pero había habido las riñas habituales entre los miembros del coro. Las tensiones siempre aumentaban a medida que se acercaba el día de la presentación.

Había tenido que recordarles a varias participantes sobre las horas de trabajo que dos santas ancianas habían dedicado a hacer los bellos trajes. Deberían estar agradecidas y procurar no seguir quejándose. La idea no era hacer una producción de Broadway, sino presentar el evangelio. Vendrían los miembros no creyentes de la comunidad; necesitaban conocer el verdadero sentido de la Navidad: el nacimiento del Hijo unigénito de Dios, Jesucristo. Sin embargo, semana tras semana, las mismas tres mujeres se agrupaban y murmuraban en una actitud y con unas palabras que distaban mucho de las presencias angelicales que se suponía debían representar en la obra.

Felizmente, el ensayo había terminado. Tenía un dolor palpitante de cabeza. Se sentía mal del estómago. Cuando la última persona se fue, Eunice apagó las luces, cerró con llave el salón social y fue al santuario. Se puso de rodillas y trató de orar, pero sus pensamientos no honraban al Señor. ¿Debía presentarse ante Él y quejarse de los que se quejaban?

Ay, Señor, Señor... Cuánto me gustaba la Navidad. Cuando era una niña, cantábamos villancicos por puro placer. A nadie le importaba que nos vistiéramos con ropa comprada en una tienda de segunda mano. ¡La gente escuchaba con deleite! Recuerdo que me invitaban a pasar y a beber chocolate caliente y comer galletas caseras.

—¡Oíd! —Eunice cantó suavemente al Señor—. Los ángeles mensajeros cantan: "Gloria al Rey recién nacido...".

Cantó las mismas canciones que las mujeres cantarían en esta congregación dentro de dos días, ¡a menos que tres de ellas renunciaran enfadadas porque no podían aceptar el tamaño de sus alas o cuánta purpurina había pegada a sus túnicas blancas!

—¡Se supone que debemos brillar!

¿Por qué no podían ver más allá de sí mismas y darse cuenta de que esta cantata no se trataba de cómo se vieran ellas en el escenario, sino de lo que Dios había hecho por la humanidad? Todos se habían dejado cautivar tanto por la música, los disfraces y la decoración, que Eunice no lograba hacerlos volver a la sencillez y a la belleza de la Navidad. En lugar de ser una obra sobre la pasión del amor de Dios, se había convertido en una producción de Hollywood.

Perdóname, Señor; por favor, perdóname. Tú sabes que el deseo de mi corazón es darte gloria, y lo que veo está muy lejos de hacerlo. Quiero amar a estas mujeres, Señor. Quiero amarlas como Tú me amas. Ayúdame.

Deseosa de tener unos minutos más para disfrutar de la presencia de Dios, Eunice se dirigió a la oficina y llamó a su casa. Tal vez Pablo estaría dispuesto a bañar a Timmy.

—¿Dónde estás? —Pablo sonaba frustrado.

—Todavía estoy en la iglesia. Estaba...

—Es tarde y Timmy necesita un baño.

—Esperaba que pudieras encargarte de eso. No es tan difícil llenar la bañera, Pablo. —

Trató de ponerle un poco de humor a su voz.

—No tengo tiempo para sus juegos, ni para los tuyos. Estoy estudiando en este momento.

Quería decirle que acababa de terminar un ensayo extenuante de dos horas, por no mencionar el hecho de haber lidiado con tres mujeres obstinadas y egocéntricas que pronto la mandarían al manicomio. Necesitaba tiempo para orar. Necesitaba tiempo para rogarle al Señor que le diera Su paciencia y Su amor.

—¿Podría tener unos minutos más para...? ¿Pablo?

Él ya había colgado.

Dolida y enojada, Eunice salió por la puerta delantera de la iglesia, la cerró y se dirigió a la casa pastoral. La casa estaba silenciosa; Pablo estaba instalado en su poltrona, rodeado de libros y de anotaciones.

—¿Dónde está Timmy?

—Lo mandé a la cama.

—Creí que dijiste que necesitaba un baño.

—Le dije que lo bañarías mañana en la mañana.

—Tiene que ir a la escuela en la mañana.

Los ojos de él se opacaron.

—Entonces, levántalo más temprano y que se bañe antes de que lo lleves.

Ella dejó a un lado su bolso de música y se sentó despacio.

—¿Qué sucedió?

—Lo has consentido demasiado.

Su voz era lo suficientemente alta para que atravesara la puerta cerrada del cuarto de Timmy. ¿Se daba cuenta de la crueldad de sus palabras, de cuánta condenación transmitían?

—Pablo...

Pablo cerró de golpe su libro.

—Eunice, el niño tiene ocho años, pero lloriquea como un bebé. Quiere ver un video.

Quiere que le cuente un cuento. Quiere un baño. Quiere, quiere, quiere...

—Quiere pasar tiempo con su padre.

—No me vengas con eso. Yo paso tiempo con él.

—Cinco minutos de vez en cuando no es tiempo suficiente, Pablo. Tú deberías saberlo mejor que nadie. —Vio cómo cambió su expresión y supo que debería haber dicho algo

menos volátil, algo que no lo comparara con David Hudson. Era como si hubiera agitado una bandera roja frente a un toro.

—Anoche lo ayudé con sus tareas.

Durante cinco minutos, antes de mandárselo a la cocina a ella.

—Jugué béisbol con él el sábado.

Hasta que sonó su bíper, diez minutos después que habían salido.

—Lo llevé a Charlie's.

Y lo trajo menos de una hora después, llorando porque Gerald Boham había llamado e invitado a papi a un juego de golf en el club de campo.

—Si pasara todo el día y todos los días con él, igual no sería suficiente. Parece que no puede meterse en la cabeza que *yo tengo responsabilidades*.

—No es necesario que grites. —Cada palabra era una puñalada en su corazón. Y las paredes eran muy delgadas; pobre Timmy, podía escuchar todo lo que su padre decía.

Observó a Pablo mientras juntaba sus papeles—. ¿Adónde vas?

—¡A la oficina de la iglesia, donde puedo trabajar! —Metió sus notas en el maletín.

—Son las nueve y media, Pablo.

Fue hacia el armario del vestíbulo, donde estaba colgado su abrigo.

—Algunos tenemos que trabajar para vivir. —Metió bruscamente un brazo dentro del abrigo.

Eunice apretó las manos mientras lo veía salir por la puerta delantera y cerrarla de una manera no muy silenciosa. Esperó unos minutos, dándole tiempo para que cambiara de parecer. Entonces, encendió la luz del porche.

Cuando abrió la puerta de Timmy, escuchó sus sollozos reprimidos. No encendió la luz, sino tomó asiento al borde de su cama y le frotó la espalda.

—Él te ama, Timmy.

—No, no es verdad.

—Te ama mucho. Es que está trabajando muchísimo. —Lugares donde ir y cosas por hacer. Para la iglesia. Tenía que fijar prioridades. Lamentablemente, Timmy estaba muy abajo en su lista. Como ella. Después de las llamadas de los ancianos, las reuniones con los

diáconos y las necesidades de los miembros—. Y es más difícil para él en esta época del año porque… —Timmy se dio vuelta y se lanzó a sus brazos. Lo abrazó fuerte, conteniendo sus lágrimas mientras acariciaba su espalda y lo acunaba con ternura—.

Muchas personas tienen problemas con la Navidad, Timmy. Llaman a papi y él tiene que acompañarlos para consolarlos. Está bajo mucha presión.

—¿Estará en casa para Navidad?

—Estaremos todos juntos en los servicios de Nochebuena y de Navidad. —Y

entremedio, a menos que Pablo recibiera una llamada de alguna familia en crisis. El año anterior, Pablo había recibido una llamada que lo sacó de la casa en el momento en que el pavo estaba saliendo del horno. Ella y Timmy comieron solos. La abuela Hudson llamó un poco después de las ocho para desearles una bendecida Navidad. Eunice esperó una hora más, antes de permitirle a Timmy que abriera sus regalos. Finalmente, lo llevó a la cama a las once. Pablo regresó tan tarde que estuvo demasiado cansado para levantarse y pasar la mañana con ellos. No obstante, se levantó a tiempo para prepararse para los servicios del día de Navidad.

¿Sería igual este año?

—¿Ya dijiste tus oraciones, amor?

Timmy negó con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—¿Qué te parece si lo hacemos ahora mismo mientras lo tenemos presente?

Oraron juntos en voz baja, dando gracias a Dios por su amor y su misericordia, su provisión y su guía, y agradeciéndole especialmente por su Hijo, Jesús. Timmy oró por ella y por su cantata. Por Samuel y Abigail. Por la abuela y el abuelo Hudson. Por sus amigos de la escuela y por su maestra. Oró por la paz del mundo.

—En el nombre de Jesús, amén.

—Y por papi —dijo Eunice dulcemente, a modo de motivación—. Que Dios bendiga a papi.

Timmy se limpió la nariz con la manga, se recostó contra sus

almohadas y le dio la espalda. Se abrazó a su osito de peluche. La luz de noche del pasillo arrojaba un fulgor tenue en la habitación. Vio que sus hombros temblaban y supo que estaba llorando otra vez y que trataba de sofocar los sonidos contra su gastado animal de peluche. Le rompió el corazón.

—Te amo, Timmy. Y papi también te ama. —Acarició el cabello suave de Timmy. Era castaño claro como el de Pablo. Timmy recogió sus rodillas y escondió la cabeza más profundamente en las mantas. Con el corazón dolido y la garganta anudada y ardiendo, Eunice se inclinó y lo besó—. Eres muy valioso para mí. Te amo mucho, mucho, Timmy.

—Lo besó otra vez—. Eres una bendición de Dios para papi y para mí. —Pasó la mano por su cabello una vez más. Se incorporó y reacomodó las mantas para que estuviera abrigado y cerró la puerta silenciosamente al salir.

Sentándose en la sala de estar, Eunice se cubrió el rostro y lloró. Pablo tenía más compasión por los miembros rebeldes de su iglesia que por su propio hijo. O por ella, de hecho. ¿Cuántas veces le había pedido consejo sobre las feligresas quejosas y chismosas y él le había dicho apresuradamente que tuviera paciencia, que las escuchara y que fuera lo más flexible posible para que disfrutaran su servicio para el Señor? Y

después, salía por la puerta y seguía con lo mismo. ¿Quería Pablo que tratara a esas mujeres con guantes de seda porque las tres eran esposas de los ancianos? ¿Se suponía que debía tener reglas especiales para las personas especiales? ¿Cómo era posible que Pablo le ordenara ser flexible con ellas y se negara completamente a serlo con su propio hijo? ¿Acaso Pablo escuchaba? ¿Acaso no entendía que Timmy se portaba mal por su desesperación por llamar la atención de su padre? Prefería lograr su atención negativa a que no le brindara nada de atención. Pablo siempre hallaba la manera de reacomodar sus horarios para ir a almorzar o a jugar al golf con alguno de sus ancianos. ¿Por qué no lo hacía por Timmy? ¿Por qué no lo hacía por ella?

«Eunice, haz tal cosa». «Eunice, haz tal otra».

Pablo le había dicho que formara un coro; luego le dijo que organizara una cantata para Navidad y otra para Pascua. Aunque lo había obedecido, él le había aclarado de muchas maneras que no podía esperar que la ayudara mientras trataba de concretar sus metas. No tenía tiempo. Tenía cosas más importantes que hacer. Lugares adonde

ir y personas con quienes reunirse.

Seguía diciéndose a sí misma que Pablo hacía todo este trabajo «para el reino». Sin embargo, a veces, un pensamiento traicionero le apretaba el corazón. ¿Qué reino? Hacía

planes y los realizaba tan rápidamente que ella se preguntaba cómo tenía tiempo para buscar el consejo de Dios; y mucho menos de escucharlo.

No obstante, todo parecía seguir adelante tal como él decía que sería. Pablo consideraba que cada éxito era una señal de Dios de que él estaba en la senda correcta, que estaba cumpliendo la voluntad de Dios, que sus métodos eran adecuados para la tarea que Dios le había dado. La Iglesia Cristiana de Centerville estaba creciendo tan rápido que Eunice no conocía a muchas de las personas que ahora asistían habitualmente. En la actualidad, Pablo hacía dos servicios dominicales y tenía el respaldo de los ancianos para añadir colaboradores. Reka Wilson, una administradora jubilada, se había ofrecido para ser la secretaria de la iglesia por un salario mínimo. En el último mes, Reka había contestado llamadas y le había ahorrado a Pablo infinidad de horas de papeleo. Eunice había albergado la esperanza de que Pablo tuviera más tiempo para estar con ella y con Timmy, y más tiempo para escribir los maravillosos estudios bíblicos centrados en Cristo como los que había escrito durante su último año en la universidad.

En lugar de eso, Pablo programó más compromisos para dar charlas.

—La única manera en la que puedo ser una influencia en la comunidad es si la gente sabe quién soy y qué represento.

Pablo se había hecho muy conocido y querido en la comunidad. Cuando el alcalde asistía a los servicios, Eunice notaba cómo Pablo recortaba la cantidad de citas bíblicas e introducía más anécdotas e ilustraciones, y justificaba el mensaje suavizado, diciendo que él quería que la gente volviera a la iglesia, no que viniera una vez y nunca regresara porque los «habían golpeado en la cabeza con alguna enseñanza árida sobre doctrina».

Y había cancelado los estudios bíblicos de los miércoles en la noche hacía varios meses porque muy pocas personas asistían a mitad de la semana.

El reloj repicó las once.

Avergonzada, Eunice se dio cuenta de que había estado más de una

hora regodeándose en la autocompasión, analizando las fallas de su esposo sin examinar las propias.

Señor, por favor, vuelve a moldear mi manera de pensar, modifica mi corazón, consume la ira que amenaza con echar raíces de amargura en mi matrimonio y en mi vida.

Fue a la cocina, calentó una taza de leche en el microondas y se sentó a la mesa donde ella y Timmy comían solos la mayoría de veces.

Señor, Tú eres mi pastor. Me has dado todo lo que necesito. Tu fuerza y Tu poder, Tu amor y Tu guía me mantienen en el camino que has dispuesto para mí. Protégeme, Señor. Por favor, Padre, mantén lejos al enemigo. En este momento soy vulnerable, Jesús. En mi corazón, sé que lo importante que eres Tú y no lo que yo haga. Pero es tan fácil quedar atrapada en todo el espectáculo. Que mi vida sea una luz por la que otros puedan verte. Quiero hacer lo correcto, pero a veces parece que suceden demasiadas cosas, tengo tantos asuntos que atender, que ni siquiera sé por dónde empezar.

La puerta delantera se abrió.

Eunice rodeó la taza caliente con sus manos. Oyó el sonido suave del abrir y cerrar de la puerta del armario de los abrigos. Pasos sobre el linóleo. Un suspiro cansado.

—Había un mensaje de Marvin Lockford en el contestador automático. LaVonne no se siente bien y puede que no participe de la presentación.

—Menos mal. —Estaba cansada de la lucha. Suponía que Jessie Boham y Shirl Wenke llamarían en algún momento al día siguiente con la misma excusa poco convincente.

—¿Menos mal? ¿Qué quieres decir con «menos mal»?

Señor, por favor, no dejes que hable con enojo.

—Tienen una idea equivocada sobre la cantata.

—Era tu trabajo darles la idea *correcta*, Eunice. ¿Tienes idea del problema que me has causado por no manejar esta situación con más delicadeza?

—Estás culpándome a mí por algo que no tengo poder para cambiar.

—Tú eres quien está a cargo. La responsabilidad es tuya.

No estaba dispuesta a echarle en cara sus fracasos.

—Está bien, Pablo. Entonces, como la persona «responsable», voy a decirte lo siguiente: el punto de la cantata no es el tamaño de las alas de LaVonne o la cantidad de purpurina que tenga su túnica, sino proclamar el nacimiento de nuestro Salvador y Señor, Jesucristo.

El rostro de él se puso tenso.

—Estoy seguro de que lo entiende como cualquier otra persona.

—Si lo entendiera, no habrías recibido una llamada de parte de su esposo.

—Llamé a Marvin y le dije que tú llamarías mañana a LaVonne y te disculparías por el malentendido.

Daba por sentado que ella obedecería. Más leña al fuego que le había pedido a Dios que apagara. *Papi, ¿es esta una de las batallas a las que te referías? Que así sea.*

—Llamaré y le diré a LaVonne cuánto lamento que esté demasiado enferma para participar en la cantata.

—¿Por qué actúas así?

—No estoy actuando, Pablo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. No seré rehén del chantaje emocional de LaVonne Lockford.

—Estás permitiendo que tu orgullo se interponga en la unidad con una hermana en Cristo.

¿Era LaVonne Lockford una hermana en Cristo?

—¿Cómo puedo tener unidad con una mujer que quiere que el foco esté en *ella,* en lugar de en *Jesús*?

—Estás exagerando.

—¡Tú no estás escuchando, Pablo! ¡No has escuchado nada de lo que vengo diciéndote desde hace meses!

Él corrió una silla y se sentó.

—De acuerdo. Ahora te estoy escuchando. Dime cuál es tu problema.

Su problema. No el de ellos. Lo miró desde el otro extremo de la mesa, la taza de leche estaba enfriándose entre sus manos.

—Ya me echaste la culpa a mí. ¿Por qué es eso? —¿Era ella el chivo expiatorio que le convenía?

Él no dijo nada, pero la expresión que vio en su rostro le dio ganas de gritarle.

Señor, Señor, que sean Tus palabras, no las mías. Por favor. Tu voluntad, no la mía.

—No se trata de mi problema con LaVonne, Pablo. Es su relación con Jesús. ¿Tiene una relación con Jesús?

—Su esposo es uno de nuestros ancianos, Eunice. Por supuesto que LaVonne tiene una relación con Jesús.

—Me gustaría pensar que sí, pero no he tenido ninguna prueba de eso desde que se integró al coro. — *Ni antes de eso,* quiso decir, pero no se atrevió. Los Lockford parecían una pareja bastante agradable cuando se unieron a la iglesia y, al parecer, habían servido en otras iglesias antes de mudarse a Centerville. Sin embargo, tres años atrás, se había quedado anonadada cuando Pablo le había informado que Hollis Sawyer y Otis Harrison habían renunciado y que él propondría la lista de nombramiento con Marvin Lockford como candidato para el cargo de anciano. Apenas conocían al hombre. Nadie había cuestionado los nombres que Pablo presentó a la congregación, excepto Samuel, quien le expresó en privado sus reservas a Pablo, y fue sumariamente ignorado.

—¡Le dije que no voy a llevar a cabo una investigación policial sobre un hermano y una hermana cristianos!

Todo iba bien con Marvin, quien alentaba y respaldaba a Pablo en sus iniciativas para fomentar la membresía de la iglesia. Pero desde el principio, LaVonne tuvo la tendencia de usar la posición de su esposo para conseguir su propia plataforma.

—Eunice, ¿por qué estás haciendo tanto problema de una cosa tan pequeña? ¿Qué hay de malo en poner más purpurina, o lo que sea que ella quiera, en la túnica?

¿Estaba exagerando? Era cierto que, a medida que pasaba el tiempo, LaVonne le caía cada vez peor. Quizás sus propios sentimientos estaban entorpeciendo su juicio. Por otro lado, ¿no había algo

fundamentalmente equivocado en ceder reiteradamente a las pequeñas exigencias de una persona?

—Es algo pequeño, Pablo. Sé que lo es. Y Abby modificó algunas cosas en la túnica para complacer a LaVonne, pero no fue suficiente. —Nunca era suficiente—. Ha habido muchísimas de estas pequeñas cosas en los últimos tres años. ¿No lo has notado? Y todo esto se suma a una gran pregunta: ¿Es salva?

La mirada de Pablo se oscureció.

—No le habría pedido a Marvin que fuera anciano si no hubiera estado convencido de que tanto él como su esposa eran salvos.

No tenía sentido recordarle que no había conocido tanto a los Lockford antes de seleccionar a Marvin para que lo ayudara a manejar la iglesia. Tampoco hacía tanto que conocía a los Boham. Ni a los Wenke, de hecho.

—Pablo, para mí es más importante que sepamos cuál es la postura de LaVonne con respecto a Jesús, que si canta uno de los solos en la cantata.

Pablo empujó su silla hacia atrás con las mejillas coloradas.

—¿Y crees que a mí no me importa eso? Llámala, Eunice, y pídele disculpas. ¿Me entiendes? ¡Tú eres mi esposa y se supone que debes tender lazos con la gente, no destruir los que yo mismo hice sin ningún tipo de ayuda de tu parte! —Salió de la habitación.

Maltratada y dolida por su acusación, se quedó aturdida y herida. *Señor, ¿tiene razón?*

¿Estoy destruyendo los lazos? Ayúdame a librarme de los sentimientos heridos y a concentrarme en los asuntos necesarios, Dios. Ayúdame... ayúdame.

—¿Pablo? — *Ay, Dios...*

—¿Qué? —La mirada de sufrimiento que vio en su rostro la hizo sentir que ella no le causaba más que problemas. Trató de contener sus lágrimas. *Las cosas necesarias, Señor.*

Por favor, haz que me escuche esta vez.

—Tenemos que hablar sobre Timmy.

Él cerró los ojos, exasperado.

—Esta noche, no. Estoy cansado.

—¿Cuándo?

—Mañana temprano.

Pero cuando Eunice se despertó en la mañana, Pablo ya se había ido. Le había dejado una nota sobre la mesa de la cocina. *Desayuno con ED. Almuerzo en el club de campo con el alcalde. Quizás llegue a casa para la cena.*

Ella había aprendido a no mantenerla caliente.

Para cuando Esteban llegó a la cantata de Navidad, el salón social estaba lleno. Se paró en el rincón de atrás, junto con otra media docena de personas que, como él, habían tenido que estacionarse a seis cuadras de la iglesia. En su opinión, si la membresía de la Iglesia Cristiana de Centerville seguía creciendo así, los poderes establecidos iban a tener que considerar construir un edificio más grande para alojar al rebaño. El redil estaba quedando muy pequeño.

Ahora que había encontrado un lugar donde estar parado, podía relajarse. El aire olía a pino mezclado con galletas de jengibre. El salón parecía un lugar de una antigua tarjeta navideña victoriana, con guirnaldas de pinos y acebos atadas con cintas rojas de terciopelo en los alféizares, el podio, la tapa del piano y el frente del escenario.

Todos guardaron silencio cuando el pastor Pablo entró, vestido elegantemente con un traje negro, una camisa blanca y una corbata negra, y anunció la cantata. La oración de Pablo fue un poco larga pero elocuente, como siempre. Se veía absolutamente majestuoso cuando hizo un gesto con la cabeza y tomó asiento en la primera fila.

Esteban se preguntó por qué Timmy no estaba sentado con su padre. El niño estaba sentado en una silla entre Abigail y Samuel Mason.

Cuando Eunice entró, Esteban contuvo la respiración. Su cabello rubio flotaba alrededor de sus hombros. Tenía puesto un collar de perlas de un hilo y un vestido largo negro.

Esteban tragó con dificultad y pasó la hora siguiente observando cada movimiento que ella hacía, disfrutando el puro placer de la experiencia desde el rincón a oscuras del salón social. Nunca había visto una mujer tan completa y extraordinariamente bella en su interior y exterior.

Era su tercera cantata navideña, y cada año era mejor que la anterior. Más actuaciones, más galletas, más ponche, más cantantes, más decoraciones. ¡Más trabajo! Cuando terminó la función, Esteban se quedó al fondo. Guardaría las felicitaciones para después. Los miembros del coro, ataviados con sus túnicas, se mezclaban con las personas que habían venido a ver y escuchar el espectáculo. La gente tuvo que retroceder precipitadamente cuando LaVonne pasó, agitando sus alas brillantes.

Esteban estuvo a punto de reírse. Parecía una gigantesca hada mutante más que un ángel.

Ahora que el espectáculo había terminado, con agradecimientos y felicitaciones dados, el rebaño pastaba en las mesas repletas de galletas navideñas y sidra caliente de manzana. Eunice sonreía con Timmy a su lado, pero Esteban reconocía la fatiga cuando la veía. Como conjetura, apostaba a que había pasado el pico de adrenalina y el colapso era inminente. Pablo estaba ocupado sirviendo ponche para el alcalde y su esposa.

Esteban se abrió paso entre la multitud. Su mirada se cruzó con la de ella y sintió que el impacto de estar conciente de lo ocurrido le calentó la sangre. Siempre lo sorprendía con la guardia baja. Guardaba la esperanza de que ella no tuviera idea de cuánto la admiraba. No quería ni que se pusiera en alerta ni que le retirara su amistad.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo te va? —le dijo a Timmy—. ¿Qué te parece si vamos a buscar una galleta de jengibre antes de que desaparezcan todas? A menos que tu madre rechace la idea.

—¿Puedo, mami?

Sonriendo, ella le pasó la mano por el cabello peinado hacia atrás.

—Adelante.

Esteban agarró dos galletas y llenó de ponche un vaso adicional, pero cuando regresó vio que Pablo le estaba haciendo señas a su esposa para que lo acompañara con el alcalde. Eunice se levantó de la silla en la que estaba sentada con los Mason y sorteó su camino entre el gentío

para darles la mano y saludar a los ilustres invitados de Pablo.

Cuando Eunice miró alrededor, Esteban levantó la mano para que lo viera. Él señaló hacia abajo. Timmy seguía a salvo con él. Ella sonrió e hizo un gesto para que se acercaran.

—¿Quieres conocer al alcalde, Timmy?

—No. Quiero volver y sentarme con Sam y Abby.

Decidido a hacerlo, Timmy salió disparado. Esteban se encogió de hombros y señaló otra vez. Timmy ya estaba sentado entre los Mason. Esteban lo siguió y le dio a Abby Mason el vaso con ponche que había servido para Eunice.

—Toda una multitud vino esta noche.

—Cerca de trescientos —dijo Samuel—. Algunos tuvieron que quedarse parados.

—Yo fui uno de ellos.

—Nosotros vinimos una hora antes, o no habríamos conseguido un buen lugar para sentarnos —dijo Abby.

Samuel apoyó su brazo en el respaldo de la silla de Timmy.

—El jefe de bomberos estaba aquí, comiéndose las uñas. Si no fuera miembro de la iglesia, habría tenido que citarnos por transgredir las normas.

—Sería mejor si presentaran la obra dos días seguidos.

—Creo que sí —dijo Samuel, asintiendo.

—Lástima que no tengamos un templo más grande. —Cuando Samuel levantó la cabeza, Esteban sonrió ampliamente y levantó una mano—. Aclaro que no es que esté buscando trabajo. Fue solo un pensamiento.

Abby sonrió tensamente.

—Un pensamiento que estoy segura que se le ha ocurrido a Pablo Hudson.

—Abigail. Nosotros queríamos crecimiento.

—Crecimiento, sí, pero…

Samuel carraspeó. Abby cerró sus labios entreabiertos y no dijo nada más.

Divertido, Esteban acercó una silla de una de las hileras y se sentó con ellos. Miró a uno y a la otra.

—Nunca antes vi que pasara eso.

—¿Qué? —dijo Samuel, desconcertado.

—A un hombre con la capacidad de silenciar a una mujer sin decir una palabra.

Abby le dio una palmadita en la rodilla.

—Haría bien en tomar unas clases con mi esposo, en lugar de tratar de causar líos.

—Sí, señora —dijo Esteban, sonriente.

—Mi esposa casi nunca se mantiene callada durante mucho tiempo —dijo Samuel con una risita.

Esteban se echó hacia atrás.

—¿Piensa que deberíamos mantener pequeña la iglesia?

—Depende de cómo defina *pequeña* —dijo Samuel.

Pablo se había quejado varias veces sobre la cautela del líder anciano cuando desayunaron juntos en Charlie's.

—Digamos que menos de trescientos.

—A Dios nunca le han preocupado los números, Esteban —dijo Samuel mirándolo a los ojos—. Él se fija en el corazón. Crecer en número es una bendición, siempre y cuando conlleve crecimiento espiritual y madurez.

Esteban asintió.

—Estoy de acuerdo, pero a veces el crecimiento llega rápido. Recuerde que la iglesia creció tres mil miembros en un día durante Pentecostés.

—Sí —sonrió Samuel—, y Cristo había preparado a ciento veinte personas para el liderazgo. Individuos que habían vivido con Jesús, escuchado sus enseñanzas, visto lo que significaba vivir por fe y

practicar la fe. El Espíritu Santo vino sobre ellos mientras oraban juntos en el aposento alto, y fue por medio del Espíritu del Señor que los corazones se conmovieron aquel día.

Esteban sintió que se le erizaba la piel.

—¿Está diciendo que no deberíamos tener actividades como esta? —Haciendo un gesto con la cabeza, señaló el escenario, pensando cuánto debía haber trabajado Eunice para organizar todo esto.

—Para nada —dijo Samuel y Esteban sintió que la mirada del anciano lo sondeaba sutilmente—. Está claro que la motivación de Eunice era armar un programa que agradara al Señor. Cualquiera que la conoce sabe también que ella ama al Señor y busca servirlo. Y todos los que asistieron esta noche escucharon el mensaje principal del evangelio, Jesucristo, proclamado en cada canción y en cada escena. El nacimiento del

Salvador de la humanidad es el motivo de la celebración. Eunice es un excelente ejemplo del enfoque y el mensaje a los que me refiero.

Otras personas se unieron a ellos y llevaron la conversación al clima, las visitas a los parientes, los planes para las vacaciones, las compras navideñas y las quejas por los precios. Esteban notó que su atención se dispersaba, hasta que Abby se inclinó para hablarle.

—Cuando los bebés crecen, necesitan algo más que leche, Esteban. Necesitan *carne*. —Le palmeó la rodilla como si fuera un niñito—. Y ahora que los hombres están hablando de fútbol americano, es momento de que vaya a ver qué hay que hacer en la cocina.

¿Bebés? ¿Carne? ¿Había divagado tanto su mente que había perdido completamente el hilo de la conversación? Desconcertado, Esteban descubrió a Samuel mirándolo. Tuvo la sensación de que los Mason estaban tratando de decirle algo y que él no captaba de qué se trataba.

La muchedumbre disminuyó. Esteban se quedó para ayudar a guardar las sillas plegables bajo el escenario. Pablo se quitó el saco del traje y colaboró. Eunice había vuelto a la casa pastoral para acostar a Timmy.

—Salió bien, ¿no crees? —dijo Pablo.

—Mejor que bien, diría. —Esteban apoyó su peso sobre el carrito de las sillas y lo llevó al depósito—. Estaba lleno de gente.

—Le dije a Eunice que tendrá que pensar en hacer algo de dos noches

para Pascua. Se correrá la voz de la calidad de las cantatas. No vamos a poder recibir a todos en una sola noche. Una señora se me acercó y dijo que la obra fue tan buena como cualquier otra de las que ha visto en San Francisco.

—Tal vez deberías vender entradas.

Pablo se rio.

—No creas que no lo he pensado. —Después de cerrar la puerta del depósito, se incorporó—. El edificio le está quedando pequeño a la congregación.

—Estaba diciéndole lo mismo a Samuel Mason.

La expresión de Pablo se ensombreció.

—Algunas personas ven el crecimiento como una amenaza. Cualquier tipo de cambio los asusta. —Agradeció en voz alta a otros dos diáconos que los habían ayudado a guardar las sillas—. Dejen el resto. Algunas diaconisas vendrán por la mañana a barrer y a terminar de limpiar la cocina. —Pablo alcanzó caminando a Esteban mientras se dirigía hacia la puerta—. El problema es el estacionamiento.

—Ya lo creo que sí. —Y estacionar seguiría siendo un problema. La iglesia se había construido cuando Centerville apenas estaba formándose y la mayoría de los feligreses vivían a poca distancia. Las cosas eran diferentes ahora. La mayoría de los miembros de la iglesia eran de las afueras de Centerville. Algunos venían de treinta y dos kilómetros al norte.

—Estaba pensando. —Pablo se detuvo en los escalones entre el santuario y el salón social y se puso el abrigo—. Los ancianos aumentaron mi salario el año pasado. Tendría que estirarlo, pero creo que estaría dentro de mis posibilidades comprar una casa en alguno de los nuevos barrios en las afueras. Si mi familia se mudara de la casa pastoral, podríamos demolerla y convertir esa parte de la propiedad en un estacionamiento.

—Es una idea interesante, pero costaría más de lo que piensas y apenas sería una solución a corto plazo. Por no mencionar la molestia que les causarías a tus vecinos por convertir ese lindo lugar en una losa de asfalto. —Esteban negó con la cabeza—. No. Es una mala idea, la mires por donde la mires, pastor. Sería mejor, y más efectivo para los costos, si buscaras un terreno y empezaras de cero. Construir con la idea de expandirse a medida que crezca la congregación.

—Parece precisamente tu especialidad.

Esteban no era tan ingenuo para no ver hacia dónde estaba yendo el pensamiento de Pablo.

—Nunca he diseñado una iglesia. —Aunque la idea se le había ocurrido en alguna oportunidad desde que era diácono de la ICC.

—Probablemente hubo un momento en el que nunca habías proyectado un edificio de oficinas ni una casa. —Pablo bajó los escalones y empezó a atravesar el césped del jardín.

—¡No podrías pagarme!

Pablo se rio y se despidió con la mano, sin mirar atrás, mientras caminaba hacia la casa pastoral, donde Eunice estaría esperándolo.

Encogiéndose en su chaqueta de cuero, Esteban se encaminó a su camioneta.

Cómoda y abrigada en su descolorida pijama de franela con flores amarillas y azules, su bata rosa de felpilla y sus pantuflas mullidas, Eunice dobló sus piernas en el sofá y bebió un sorbo de un té caliente de hierbas. Su dolor de cabeza había desaparecido apenas terminó la cantata y la muchedumbre empezó a dispersarse. El *Mesías* de Handel sonaba suavemente en el estéreo. Cerrando los ojos, Eunice escuchó y agradeció al Señor porque tendría un descanso de un mes antes de tener que comenzar a planificar la cantata de Pascua.

El teléfono sonó y Eunice se sobresaltó. Todavía estaba demasiado tensa. *Dios, por favor, que no sea otra llamada de emergencia que saque a Pablo de la casa aún antes de que haya entrado por esa puerta.*

—Soy Mamá, Euny. ¿Cómo salió la cantata? ¿Mejor de lo que esperabas?

Eunice se relajó al oír el sonido de la voz de su suegra. Durante los últimos meses, habían hablado a menudo y Loida Hudson la había aconsejado con sensatez y sabiduría.

—Todos disfrutaron la velada.

—¿Voló alguna pluma?

Eunice se rio.

—No. Todos los ángeles se portaron bien.

—Qué bueno. Se te escucha cansada.

—Agotada.

—¿Mi hijo está en casa?

—Aún no. Probablemente algo lo desvió de camino a casa.

—El suplicio de todos los pastores. ¿Les gustaría tener visitas? De hecho, David tomará unos días libres en enero, y le sugerí que fuéramos a ver cómo está yéndole a nuestro

hijo en el púlpito. Nos quedaríamos en un hotel, desde luego. ¿Hay alguno cerca de ustedes? No veo la hora de volver a abrazar a mi nieto.

—El mes pasado abrieron un hostal que ofrece alojamiento y desayuno. Está en esta misma cuadra. Pero no sé cuánto cobran.

—No te preocupes por la tarifa. —Le dio varias fechas posibles—. Revisen sus actividades y vean qué días se ajustan mejor a sus horarios y después haz la reserva.

Avísame cuando la tengas.

Hablaron otra media hora sobre el avance de Timmy en la escuela, el plan de estudio para la escuela dominical que Pablo quería que ella organizara y propiciara, y sobre los múltiples compromisos de Pablo. Eunice percibía más que cansancio en la voz de Loida.

Algo andaba mal. Cuando se lo preguntó, su suegra comenzó a evadirla. Loida dijo que ambos necesitaban alejarse de todas las presiones y las tensiones del trabajo.

—Avísale a ese hijo mío que le conviene apartar un poco de tiempo para su madre —

dijo Loida—. Y, cariño, te quiero. Mantén la fe.

—Yo también te quiero, mamá. —Se le hizo un nudo en la garganta cuando colgó el teléfono. Siempre había tenido el apoyo de Loida

Hudson, especialmente durante los días tristes después que la madre y el padre de Euny partieron para estar con el Señor.

Siempre que necesitaba orientación para manejar las diversas situaciones difíciles que surgían, sabía que podía contar con el consejo sensato y sensible de su suegra. Loida había enfrentado todo tipo de dificultades a lo largo de sus años como esposa de un pastor. De lo único que Eunice nunca había hablado con su suegra era de Pablo. Hasta donde Loida sabía, todo era perfecto en el hogar del joven Hudson, y Eunice nunca quiso que pensara lo contrario.

La puerta chasqueó al abrirse. Euny observó a Pablo mientras se quitaba la chaqueta del traje.

—Las diaconisas terminarán la limpieza mañana en la mañana —dijo sin mirarla—, pero el piso necesita ser bien restregado y encerado. —Colgó su chaqueta en el armario pequeño. Sabía que eso significaba que quería que lo hiciera ella, o que llamara a alguien para que se ocupara de hacerlo.

—El programa salió bien, ¿no te parece? —Había recibido muchos elogios de los demás, pero, hasta ahora, Pablo no había dicho nada del resultado.

—Sí, claro. Estuvo bien. —Se aflojó la corbata—. ¿Qué dices del piso de la cocina?

Tendrás que hacerlo mañana para que esté listo para el domingo.

Ella desvió la mirada con la garganta hecha un nudo.

—Me vendría bien un día de descanso, Pablo.

—A mí también me vendría bien un día de descanso. —Él caminó hacia la cocina—.

Sabes, estuve hablando con Esteban, y él piensa que tendría más sentido construir otro edificio que tratar de hacer que este sirva para una congregación más grande.

Ella cerró los ojos. Pudo oír que se abría la puerta del refrigerador.

—Tengo hambre —gritó Pablo, casi malhumorado—. ¿No hay nada para comer en esta casa?

Durante la última semana, con todos los últimos preparativos para la

cantata, no había habido mucho tiempo para cocinar.

—Lo que queda del pastel de carne está en un recipiente Tupperware en el estante superior. Además de eso, hay embutidos, queso y algunos duraznos.

—¿Cuándo harás las compras?

—Iba a ir mañana. —Tendría que ir temprano para tener tiempo para restregar y encerar el piso de la iglesia. Qué bueno que los supermercados abrían al amanecer—.

¿Estarás aquí mañana para cuidar a Timmy?

—No. Me reuniré con Gerald en el club.

Lo cual quería decir que tendría que pedirle a Abby que cuidara a Timmy, o llevárselo para que jugara solo en el salón social de la iglesia mientras ella trabajaba en la cocina.

—Hace mucho que no como un emparedado tostado de queso.

Una indirecta poco sutil. Estaba demasiado cansada para levantarse de su sillón; mucho menos para estar de pie junto a la estufa y cocinarle. ¿Acaso le importaban a él los meses de trabajo que había destinado a la cantata? ¿Entendía acaso la energía que había dedicado para organizar la presentación de esta noche? ¿O la tensión de ser la mediadora entre LaVonne Lockford y la mitad del coro? A veces, hacer bien una tarea

significaba añadir más y más cosas que hacer, hasta que la persona quedaba aplastada bajo el peso de tanta responsabilidad.

—¿Eunice?

—¿Sabes? No pude tomar un vaso de ponche esta noche ni comer una sola galleta navideña. —Odiaba decirlo como si sintiera lástima de sí misma.

—Yo tampoco recuerdo haber comido alguna.

—Ah, sí que lo hiciste, Pablo. Cuando les serviste al alcalde y a su esposa, también lo hiciste para ti. Mientras estábamos todos juntos. ¿Lo recuerdas? —Él ni siquiera había pensado en ofrecerle algo para beber, y ella no quiso avergonzarlo pidiendo disculpas para ir a servirse un vaso ella misma. Y ahora, a juzgar por cómo estaba

mirándola, habría sido mejor no decir nada.

—Está bien, ya que estás tan cansada, ¿qué puedo prepararte para comer, suponiendo que no has comido nada antes de que yo llegara a la casa?

Ella se levantó lentamente, pasó a su costado al entrar a la cocina, volcó su té frío en el drenaje y dejó su taza en el fregadero.

—Lavaré tus platos sucios por la mañana, si decides que puedes arreglártelas para tostar tu propio emparedado de queso. —Se encaminó al pasillo.

—Tenemos que hablar, Eunice.

Se volvió hacia él.

—Lo intenté, Pablo. Durante semanas, meses, he tratado de hacerlo. Esta noche, estoy demasiado cansada. —Se sentía como un conejito en la mira de una escopeta preparada para disparar. Pero hasta un conejo tonto sabía cómo escapar de la destrucción—.

Llamó Mamá.

—¿Mamá?

—Ella y tu padre vendrán a pasar unos días con nosotros en enero. Pidió que programes un tiempo en tu agenda para ella.

El gran David Hudson en persona. Ella había intentado querer al padre de Pablo como había amado al suyo, pero ambos hombres eran muy distintos en estilo y teología,

aunque Pablo no pudiera entenderlo. Él todavía se esforzaba por lograr la atención y los elogios de su padre. Se dio cuenta de que Pablo ya estaba haciendo planes.

—¡Eso es excelente! Haré correr la voz. Puede que eso logre que Otis Harrison vuelva a nuestra iglesia para un servicio. ¿No me dijiste una vez que su esposa... cómo se llama...?

—Mabel.

—Que a Mabel le gusta escuchar el servicio religioso de mi padre por televisión. Tal vez el resto de los miembros más antiguos vengan para un servicio especial.

Eunice sintió una punzada de alarma.

—¿Estás pensando dejar que tu padre predique?

—No. Él no lo haría de ninguna manera, a menos que lo invitáramos con anticipación, e incluso así... —Se encogió de hombros—. No lo creo.

¿Cuánto estará cobrando estos días?

La Iglesia Cristiana de Centerville difícilmente podría pagar un gran honorario, y Eunice dudaba que David Hudson hiciera algo gratis, ni siquiera por su propio hijo. Le parecía odioso lo cínica que era acerca del padre de Pablo. ¿Qué tenía David Hudson que le desagradaba tanto? Su desatención hacia Pablo cuando era niño no era motivo suficiente para que le desagradara para siempre. Había otra cosa, algo más, algo oculto y elemental en él que la ponía tensa, en alerta, incómoda.

—Pero deberíamos tener un tiempo de socialización para que la gente pueda conocerlo.

—Pablo empezó a sacar la comida del refrigerador—. Eso le agradaría a mi padre.

Tendrás que llamar mañana a todas las diaconisas y fijar una reunión para que puedan organizar los preparativos. Necesitaremos refrigerios, decoración. Tal vez, puedas planificar un elaborado almuerzo comunitario con toda la congregación, con ellos como nuestros huéspedes de honor.

Más trabajo, y él no entendía la cuestión.

—Pablo, no conviertas esta visita en un evento. Tus padres vendrán a visitarnos *a nosotros*. No vienen a Centerville para hacer una aparición pública. ¿No sería lindo si tú y tu padre pudieran relajarse y conversar de todo un poco? Sin interrupciones. Ustedes dos solos. —¿Cuántas veces le había dicho que nunca había tenido un tiempo a solas

con su padre? Siempre surgía algo que interfería. Y ellos siempre eran los que viajaban al sur para pasar unos días de la semana, para que Timmy pudiera conocer a sus abuelos.

—Mi padre no es el tipo de hombre que quiera sentarse en un porche a conversar todo el día.

Ella sabía que el pinchazo de desdén iba dirigido contra el padre de Eunice, quien pasaba horas sentado en el porche. Era una de las muchas cosas que ella amaba de él.

Siempre tenía tiempo para las personas, especialmente para su hija.

—Siempre hay esperanza, Pablo. —Se dio vuelta antes de que él viera sus lágrimas—.

Buenas noches.

Pablo estaba cambiando, y eso la llenaba de tristeza. Había sido tan entusiasta por el Señor. A pesar del poco tiempo que llegaron a tratarse, él había respetado a su suegro.

¿O solamente fingió? ¿Quién no respetaría ni querría a su padre? Siempre tenía tiempo para ella y para su rebaño. También había tenido tiempo para Pablo; de hecho, horas, en aquel porche delantero que ahora su esposo mencionaba con tanto desprecio. En toda su vida, su padre jamás la hizo sentir indigna de su amor, no merecedora de su tiempo y su atención.

Siempre había creído que Pablo era un hombre como su padre, un hombre conforme al corazón de Dios. Pero ¿lo era? A veces, tenía sus dudas.

—Eunice, no lo dije con la intención que te pareció.

—Espero que no. —Solo lo dijo sin pensar, y luego pidió disculpas. ¿Cuál de las dos partes tenía que creer ella?

¿Sabía que él descuidaba a Timmy de la misma manera que su propio padre lo había descuidado a él? Había intentado decírselo cuidadosamente, pero él no estaba dispuesto a escuchar. Ella lo amaba como lo había amado siempre. Lo amaba más que cualquier otra persona de la iglesia; más que todos ellos juntos, si ese fuera el caso. ¿Alguna vez se le pasaba por la cabeza a Pablo cuánto le importaba a ella, cuántas veces se había sacrificado para complacerlo, hasta qué punto comprometía sus propios puntos de vista para amoldarse a los suyos? En cierta forma, era como él: trabajaba constantemente para ganarse su aprobación y su atención.

—Solo estoy hambriento y cansado, Euny. Ni sé lo que digo.

Excusas. Tema olvidado. No vuelvas a mencionarlo. Él tenía cosas más importantes en qué pensar, como tostar su propio emparedado de

queso y una lista de «habría que hacer esto y aquello, tesoro», para que todo estuviera perfecto cuando su padre llegara. Si David Hudson no cancelaba todo a último momento. Como la última vez, y la anterior.

Siempre surgía algo mejor. Un programa de entrevistas en la televisión. Una conferencia que debía dar en algún crucero. Ella sabía que no debía tener expectativas de ningún ser humano, ni siquiera de su esposo. Nadie era perfecto. Todos eran pecadores.

Cerró con delicadeza la puerta de su cuarto y se arrodilló junto a su cama. *Dios, me estoy ahogando. Nunca me he sentido tan sola. ¿A quién puedo acudir si no a Ti, Señor? ¿Adónde más puede acudir por ayuda la esposa de un pastor cuando su matrimonio falla y su vida está fuera de control? ¿A quién puedo confiarle mi angustia, Señor? ¿A quién sino a ti?*

Agarrando su almohada, la presionó firmemente contra su boca para que no se oyeran sus sollozos.

La última vez que había visto a su padre, se habían sentado a conversar en el porche.

—Pon a Jesús en el centro de tu vida. —Como lo había hecho él—. No pongas tu esperanza en las personas, amorcito. Si lo haces, solo conseguirás agravar sus cargas y te llenarás de aflicciones. Ama al Señor y Él te permitirá amar a los demás, aunque te decepcionen.

Su padre la conocía mejor que nadie, excepto el Señor. ¿También había llegado a conocer tan profundamente a Pablo? ¿Llegó a ver lo que le esperaría en el futuro?

—Entrégale tu corazón a Jesús, Euny, y quédate tranquila porque Él cumplirá cada promesa que te ha hecho y te ayudará a superar cualquier cosa que suceda.

Era una lección que su padre le repetía a menudo. Tal vez, él había visto venir el problema.

No creo que Pablo siga amándome, Dios... si es que realmente alguna vez lo hizo. Y no hablo teniendo lástima de mí misma, Padre. Simplemente, quiero saber. Quiero entender. ¿Qué vio Pablo en mí que le hizo pensar que yo sería una buena esposa? ¿Porque sé cantar y tocar un poco el piano?

Tú me amas.

Sí, te amo. Oh, Señor, ya lo creo que te amo, pero ¿tiene que estar la vida tan llena de dolor y soledad? Eres soberano, por lo que debo creer que soy la esposa que Tú escogiste para Pablo.

¡Pero ayúdame a entenderlo! Cada día que pasa, tenemos menos que decirnos el uno al otro, menos en común. Cuanto más me esfuerzo, menos tiempo e interés parece tener él para mí y para nuestro hijo. Yo quiero aferrarme a mi esposo, Padre, pero él va y viene con cada viento que sopla, y cada tormenta que aparece nos sacude a Timmy y a mí, y tenemos que defendernos solos.

Aférrate a Mí, amada.

Estoy tratando de hacerlo, Jesús.

Se levantó del piso y se acurrucó en la cama, tapándose la cabeza con las mantas.

Quizás se parecía más a Pablo de lo que creía. Quizás había quedado atrapada por esa infancia pobre pero idílica, con un padre que fue constante en el camino cada día que vivió. *Ama al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* Le dio gracias a Dios por haber crecido a la sombra de la fe de su padre.

Lamentablemente, Pablo había crecido a la sombra de la ambición de su padre.

Samuel entró a la cocina y se sirvió leche en una taza. La puso en el microondas y presionó dos minutos. ¿Cómo podía estar tan extenuado físicamente y tan despierto mentalmente? Durante la última hora, había tratado de meditar en el Salmo 23, pero aún no podía desacelerar el zumbido de sus pensamientos. Eran como las corrientes que se formaban debajo de una cascada; lo arrastraban al desánimo, a la frustración y a la indignación.

—¿No puedes dormir? —dijo Abby con una voz soñolienta. Estaba parada en la puerta.

—No —dijo él, con un suspiro.

—¿Quién está en tu mente esta noche?

—Eunice.

Se ajustó más la bata de felpilla al cuerpo. Abrió el refrigerador y sacó el recipiente de la leche, tomó una taza de la repisa y sirvió.

—Así están las cosas, Samuel. Somos dos vejestorios bebiendo leche caliente en la cocina, a las tres de la mañana.

¡Ping! Samuel sacó su taza del microondas, puso la de ella y presionó los botones.

—Toma la mía.

—Eres un encanto. ¿Por qué no vivimos al máximo y le agregamos chocolate?

—¿Por qué no? Nos estamos poniendo demasiado viejos como para no correr ningún riesgo.

Abrió la alacena.

—Ya que estamos en esas, probemos de todo y agreguémosle algunos de esos malvaviscos que tenemos a la mano para Timmy.

Samuel se sentó con ella en la mesa de la cocina con una taza de chocolate caliente entre sus manos. El calor alivió el dolor de sus dedos artríticos, pero no alcanzó el dolor que sentía en su corazón.

—Está teniendo problemas.

—Sí, está luchando.

—¿Ha hablado contigo sobre eso?

—No tiene que hacerlo, y se resistirá a hablar del tema hasta que se vuelva demasiado para ella. Cada vez que habla, se siente culpable como si de alguna manera le estuviera siendo desleal a Pablo por tener confidencias con otra persona. Estuve observándola después de la cantata. Es probable que venga en un par de días, y que volvamos a tomar el té. Podrás salir con Timmy a tu jardín y darles de comer a los koi.

—No estoy seguro de que esperar sea aconsejable. Estoy preocupado por ella.

—No somos los únicos.

Al escuchar su tono mordaz, levantó la cabeza y la miró. Ella le devolvió la mirada con el ceño fruncido, como si él fuera duro de

entendimiento.

—Samuel, puede que yo sea la que usa trifocales, pero tengo ojos para ver. Esteban Decker se interesa más que cualquier otro miembro en la esposa de nuestro pastor.

Frunció los labios y se preguntó si alguien más lo había notado. Él siempre parecía darse cuenta de las cosas y Abby era perceptiva por demás.

—Eso no significa que vaya a hacer algo al respecto.

—No, no significa eso. Tampoco que, si él pensara hacer algo, cualquier cosa que se le ocurriera, nuestra Euny se enamoraría perdidamente y se metería en problemas. Es la mujer más santa que he conocido en mi vida, Samuel. No creo que tenga la más mínima idea de que Esteban Decker está enamorado de ella.

—Yo no dije que está enamorado de ella.

—Dudo que lo sepa. Y quizás eso sea algo bueno.

—Entonces, ¿qué hacemos para protegerla?

—Orar.

—Es lo único que hago. —Entornó los ojos, exasperado—. Orar. Y orar un poco más.

—Y después de orar, ocuparnos de nuestros propios asuntos. Difícilmente puedes confrontar a alguien por algo que todavía no ha hecho, o que ni siquiera se le ha ocurrido hacer. Peor aún: podrías meterle la idea en la cabeza.

Él luchó contra su enojo.

—Pablo es más ciego que un murciélago.

—Al contrario, Pablo ve muy bien. Lamentablemente, no tiene la vista puesta en su bella golondrina. —Se inclinó hacia adelante y clavó los codos sobre la mesa. Formó un triángulo con los dedos y le dirigió una sonrisa pícara—. ¿Por qué no invitamos a Esteban Decker a nuestro estudio bíblico de los miércoles en la noche?

—Ah, seguro que un hombre de treinta y pico se lanzará de cabeza ante la oportunidad de pasar la noche con ocho vejestorios.

La sonrisa de Abby era cada vez más amplia.

—Si se resiste, acúsalo de discriminarnos por nuestra edad. Esos empresarios jóvenes sudan frío cada vez que se menciona esa palabra. Los espanta el olor a demanda legal.

—Quieres decir que lo extorsione.

—Qué palabra tan desagradable. Lo único que estoy diciendo es que Esteban necesita que lo estimulen con firmeza. Yo le llenaré la barriga con galletas caseras y sidra, y tú le llenarás la cabeza y el corazón con sana doctrina. Y… ¿quién sabe? —Abrió las manos—.

Esteban Decker podría terminar siendo un aliado, en lugar de un adversario.

—Esteban no es un adversario.

Ella lo miró de manera penetrante.

—Claro, tienes razón. —Cruzándose de brazos, ladeó la cabeza—. Si quieres saber mi opinión, se parece más a un carnívoro que ha vivido a base de leche y le ha echado el ojo a un corderito.

—Abigail.

—No empieces con Abigail. Tú eres el que me despertó a las tres de la madrugada porque no podías dormir porque estás preocupado.

—Yo no estoy preocupado.

—Discúlpame. Debería haber dicho que no puedes dormir porque estás *inquieto*.

—¿Alguna vez te dije que puedes ser francamente gruñona cuando quieres?

—¿Y tú eres el señor Paz y Luz? —Puso sus manos sobre la mesa y se impulsó para levantarse. Dejó su taza en el fregadero e hizo correr el agua. Le dio una palmadita en la espalda y lo besó en la calva—. Te amo, a pesar de tu actitud.

Él carraspeó riéndose en voz baja y le dio una palmadita cuando pasó.

—Yo también te amo, viejita.

Las pantuflas sin talón de ella chancletearon rumbo a la puerta.

—Bien, hoy discute a fondo todo con el Señor y mañana avísame qué decide.

—Suponiendo que me lo diga.

Se detuvo en la puerta y la sonrisa insolente volvió a su rostro.

—Ah, supongo que te dirá lo mismo que yo. Ora. Ocúpate de tus propios asuntos, y confía en que Él manejará las cosas.

—No puedes resistirte a tener la última palabra.

Ella se llevó la punta de los dedos a los labios y le sopló un beso.

Al regreso de un viaje de dos días por trabajo, Esteban pulsó la tecla para escuchar sus mensajes y se quitó la chaqueta. Los primeros tres eran ofertas laborales. Anotó los nombres y los números. El cuarto mensaje era de Kathryn para pedirle más dinero.

Quería que Brittany tomara clases de piano, lo cual significaba que necesitaba un piano, uno bueno. Había averiguado precios, los cuales iban de tres mil a diez mil dólares, pero él podía pagarlo. Y sería bueno para su hija. Ella siempre decía «nuestra hija»

cuando quería algo.

Apretando los dientes, Esteban hizo una nota para hablar con Brittany sobre las clases de piano y ver si era una idea de ella o de Kathryn. Si su hija quería aprender música, él le pagaría las lecciones directamente a su profesor. Y también encargaría y pagaría el piano, en lugar de confiarle el dinero a Kathryn. El quinto, sexto y séptimo mensajes eran de vendedores. El octavo era Kathryn, otra vez, para presionarlo. Lo borró antes de terminar de oír su arenga.

«Esteban, habla Samuel Mason. Abby y yo quisiéramos invitarlo a un estudio bíblico el miércoles por la noche. Tenemos un grupo de personas interesadas en estudiar la Biblia.

Puede hacer todas las preguntas que quiera. Si no tenemos las respuestas, las buscaremos. Comenzamos a las siete y media con café, té, galletas y charlamos un poco; luego nos dedicamos a un estudio profundo y terminamos en oración. Esperamos que venga».

El primer impulso de Esteban fue borrar el mensaje y hacer como que no lo había escuchado. Se preguntaba si podría inventar alguna excusa para rechazar la invitación.

Si es que daba alguna respuesta. Había una reunión de Alcohólicos Anónimos los miércoles en la noche, pero había optado por la de los viernes en la mañana en

Sacramento porque generalmente estaba allí por trabajo y luego pasaba la tarde con Brittany, siempre que Kathryn lo permitiera, lo cual no era frecuente. Él no conocía bien a Samuel y a Abby Mason, más allá de que Samuel era una espina que Pablo Hudson tenía clavada en el costado. De hecho, no recordaba que Pablo hubiera dicho alguna vez algo bueno sobre este anciano.

—Siempre puedo contar con que Sam Mason votará en contra de cualquier plan que yo tenga —había dicho Pablo no hacía mucho. Eso le parecía raro, teniendo en cuenta que Eunice y Abby eran amigas y que Timmy pasaba tiempo con Samuel como si el viejo fuera su abuelo.

De todas maneras, un estudio bíblico con algunos viejos no era una manera fascinante de pasar la noche del miércoles. Descartó la idea y entró a la cocina para ver qué improvisaba para cenar. Nada se veía particularmente apetitoso, pero tampoco estaba con ánimo para ir a Charlie's. A veces, el sentido del humor de Sally lo sacaba de quicio.

Arrancó del congelador una bandeja de filete a la suiza, perforó la tapa con su bolígrafo y la metió en el microondas. Se desabrochó la camisa y se la quitó mientras caminaba hacia la habitación. Una buena ducha caliente lo reanimaría.

Estaba intranquilo, irritado por nada en particular. El sonido de la voz de Kathryn siempre tenía ese efecto en él. Sus chillidos gatunos siempre le daban ganas de destrozar algo. Era una espina clavada en su costado, un calambre, una hemorroide palpitante.

La necesidad de comprar una botella de whisky se apoderó de él nuevamente.

Tomó una ducha fría en lugar de una caliente y se puso unos vaqueros gastados y una vieja sudadera de la universidad. Descalzo, regresó a la cocina para revisar su cena.

Estaba tan perfectamente cocida como cualquier carne desconocida. Probablemente fuera de perros vagabundos de los callejones de Los

Ángeles. La comió parado junto a la encimera mientras revisaba su correspondencia. La mayoría eran folletos publicitarios: anuncios de supermercados, mujeres y niños desaparecidos. Ojalá Kathryn desapareciera. Quizás entonces él podría pasar algún tiempo con su hija antes de que cumpliera los dieciocho años o se marchara a la universidad, o se casara y se fuera a vivir a otro estado. Abrió dos sobres y dejó las facturas a un lado; luego abrió un estado de cuenta de su corredor de bolsa. Sus finanzas estaban mejor ahora que en los últimos diez años. Incluso con los pagos mensuales que le mandaba a Kathryn para Brittany, tenía lo suficiente para comprarse otra casa en Granite Bay. O para construir una en Centerville.

Siempre compra pensando en la ubicación. El mejor lugar para invertir es Vine Hill. ¡Vaya!

Podía comprar el terreno de dos hectáreas junto a los Atherton y tener a Sheila llamando a su puerta para pedirle una taza de azúcar. El domingo anterior había entrado desenfadadamente a la iglesia y se había dejado caer en el banco, junto a él.

—Rob se fue a Orlando por negocios. —Su intención era demasiado obvia, especialmente cuando apoyó una mano sobre su muslo. Sujetándola de la muñeca, la apartó de un empujón. Y ella se limitó a sonreír.

Varios amigos de Sacramento le habían preguntado por qué no compraba uno de los lujosos condominios que había diseñado cerca de Roseville. Definitivamente, allí estaría más cerca de «la acción». Cualquier tipo de acción que pudiera desear. Tenía varios amigos divorciados que salían con mujeres. Esteban no había tenido más de una docena de citas desde su divorcio, y solo con mujeres que había conocido a través del trabajo: tres agentes inmobiliarias, una corredora de bolsa, una funcionaria bancaria, dos agentes de préstamos y una abogada. Había estado a punto de acostarse con varias de ellas, pero se echó para atrás. Por su propia experiencia sabía que, por el sexo, las mujeres solían engancharse con un hombre como los percebes a la parte inferior de un barco, y él no necesitaba ni quería esa clase de complicaciones en este momento de su vida.

Había una sola mujer que ponía a prueba su determinación de mantenerse detrás de una barrera, y era tan inaccesible como ajena a sus sentimientos. Lo cual estaba bien.

Esteban descartó la bandeja vacía de la cena en el bote de basura debajo del fregadero, fue a la sala de estar y, encendiendo el televisor,

puso CNN, pero ya había escuchado todas las noticias en el camino hacia el norte de Los Ángeles. Fue cambiando de un canal a otro hasta que se detuvo en otro noticiero, pero enseguida lo irritaron las constantes interrupciones del comentarista y su actitud combativa y de sabelotodo.

Apagó la TV, arrojó el control remoto a la mesa de la sala y tomó una novela que había comprado en Costco. Diez minutos después también lanzó el libro a la misma mesa, indignado. Poner esa basura en papel de buena calidad era un desperdicio de árboles.

Quería un trago. Desesperadamente.

Maldiciendo entre dientes, trató de borrar de su cabeza lo bien que le vendría un buen vaso de whisky ahora mismo. Pero cuanto más lo intentaba, más persistía el deseo. Su padrino le había dicho que huyera de la tentación. Necesitaba salir del departamento, o se volvería loco. Pero ¿adónde podía ir? Estaba demasiado oscuro y frío para salir a

correr. Demasiado lejos de Sacramento para que valiera la pena conducir hasta allá en busca de «un poco de acción».

Hojeó el periódico hasta que encontró el anuncio del cine. Solo daban una película y era sobre un asesino en serie al que le gustaba el hígado de los seres humanos.

Otra vez le temblaban las manos. Hacía dos años que no le pasaba. ¿Por qué estaba teniendo semejante crisis esta noche?

Echó un vistazo a su reloj y vio que apenas eran las 7:10. Nunca se iba a dormir antes de las diez y media. No había nada que ver en la televisión. Nada que valiera la pena en el cine. No le interesaba leer una novela. No tenía suficiente espacio en la sala de estar para hacer ejercicio, aunque tampoco le atraía la idea de hacerlo. Tampoco había nada entre su colección de películas que tuviera ganas de ver. Entonces, ¿qué haría para aguantar esta noche sin salir a comprar una botella de whisky y terminar de vuelta en el pozo?

Ayúdame, Dios mío. Apenas es miércoles.

Miércoles.

Algo le hizo clic.

Esteban se levantó de repente y fue a su estudio. Frustrado, presionó

con el dedo el botón del teléfono y volvió a escuchar el mensaje sobre el estudio bíblico en casa de los Mason. ¿Por qué no? Probaría una vez. Entró a su habitación, se puso calcetines y zapatillas deportivas, se quitó la sudadera y se puso una camiseta y un suéter. Mientras se dirigía hacia la puerta, agarró su chaqueta de cuero. Maldiciendo en voz baja, volvió a abrir la puerta y entró a buscar la dirección de los Mason.

Cuando se estacionó frente a su casa, vio otros tres carros; uno de ellos era un Buick con un soporte para una silla de ruedas en la parte trasera. ¿Qué hacía él aquí? Esto era absurdo. ¿Qué tenía en común él con un grupo de viejos? El reloj del tablero indicaba las 7:28. En tres minutos más, estaría llegando tarde y podría marcharse con la conciencia tranquila.

¿E ir adónde?

Pasó el cambio a punto muerto y puso el freno de mano. Salió, cerró su camioneta, se levantó el cuello de cuero y se encaminó a la cerca de madera blanca de los Mason. La luz del porche estaba encendida y arrojaba un resplandor cálido sobre el bonito césped

y los rosales pulcramente podados que flanqueaban la senda adoquinada que conducía a los escalones de la entrada. Escuchó el sonido de voces y pulsó el timbre.

Vio la reunión al otro lado de la puerta mosquitera. Ninguno de menos de setenta.

Abigail Mason lo vio enseguida.

—¡Esteban!

—Quizás debí llamar primero. —Retrocedió un paso.

—¡Tonterías! —Abrió de un empujón la puerta mosquitera—. ¡Me alegra mucho que esté aquí! —Rodeó su brazo con el suyo, lo acercó a su cuerpo y cerró firmemente la puerta detrás de él. No podría escapar sin ser grosero.

La diminuta anciana de cabellera blanca lo escoltó a través de la entrada hasta la sala, donde otras ocho personas estaban reunidas, una en una silla de ruedas cerca del carrito de los refrigerios. La esposa de Otis Harrison. Todos en la sala duplicaban en edad a Esteban, a excepción del niñito ubicado junto a Samuel Mason.

Aparentemente, Abigail Mason se dio cuenta que él lo había notado.

—Estamos haciendo de niñeros. Eunice tuvo que hacer unas compras de último momento antes de que sus suegros lleguen a la ciudad. Más tarde pasará por aquí.

—¿Ella asiste al estudio bíblico? —dijo Esteban, sintiendo la sacudida de su corazón.

—No. —Lo miró de costado de una manera que él no pudo descifrar —. No acostumbra hacerlo.

¿Lo cual significaba que Eunice podía venir ocasionalmente? Se quitó la chaqueta de cuero y entró a la sala. La conversación se interrumpió.

—Amigos, tenemos un debutante —dijo Abigail con alegría—. Hagamos sentir cómodo a Esteban Decker, por favor. —Varios lo saludaron amigablemente, incluidos Samuel y Timmy. Abigail soltó su brazo y levantó la vista hacia él—. Ahora, ¿qué puedo servirle, Esteban? Esta noche, tenemos macarrones. ¿Quisiera un café? ¿O prefiere una buena taza de té caliente?

¡Té! Esteban se rio.

—Café, por favor, Abby.

—¿Normal o liviano? ¿Azúcar o crema?

—Normal y negro, señora. Y gracias.

—Le traeré un café. —Ella le sonrió pícaramente—. Nos alegra que esté aquí. Estuvimos orando para que viniera.

Ese fue el inicio de una noche llena de sorpresas, de las cuales no fue la menor lo rápido que pasó el tiempo, o que ni siquiera se dio cuenta cuando Eunice Hudson se llevó a Timmy de la reunión. Él tenía toda la atención puesta en Samuel Mason. El anciano los había metido a todos en la Biblia, describiendo aspectos históricos y culturales, así como el sentido de los conceptos y las aplicaciones actuales. Y planteó preguntas que hicieron pensar a Esteban. Mason solo había abarcado cuatro versículos cortos, pero Esteban sabía que seguiría pensando en ellos por el resto de la noche y, probablemente, también durante los próximos días. Nunca pensó que los Profetas Menores tuvieran algo importante que decir para la época actual; por lo tanto, en el mejor de los casos, los había leído por encima o los había saltado por completo en ocasiones. No podría haber estado más equivocado, ni más

contento con el descubrimiento.

—Entonces, ¿qué te pareció el sabor de la carne, Esteban? —Abby le entregó su chaqueta.

—¿La carne? —A lo mejor, ella tenía un poquito de Alzheimer.

Ella soltó una risita y palmeó su brazo.

—Está bien.

Los otros salieron delante de él, Otis empujando la silla de ruedas de su esposa mientras Samuel se despedía de ellos en la puerta. Cuando le tocó el turno de salir a Esteban, Samuel extendió su mano.

—Qué bueno que nos acompañó. —El anciano le dio un apretón firme. Eso le gustó a Esteban.

Salió al porche delantero de la casa y miró alrededor. Levantó el cuello de la chaqueta de cuero y miró hacia atrás.

—Lo veré la semana que viene. —Bajó los escalones sintiéndose mejor de lo que se había sentido en semanas.

CAPÍ TULO 7

PABLO ESTABA DE PIE en la puerta delantera de la iglesia, estrechando la mano de las personas a medida que salían del santuario. Varios dijeron que había dado un mensaje maravilloso, ungido. La mayoría dijo que había disfrutado inmensamente el servicio.

Sin embargo, su desesperación se profundizó. La cuestión no era cuánto lo felicitaran los demás: la opinión de su padre era lo que más le importaba, y lo único que había dicho David Hudson fue: «No estuvo mal. Luego te daré algunas indicaciones».

Su padre todavía podía rebajarlo a la nada con solo unas pocas palabras.

Desde la noche en la que Eunice le contó que sus padres vendrían, él había trabajado constantemente. Ahora, ellos estaban en el salón social, su padre indudablemente rodeado por admiradores, agasajado por los diáconos y las diaconisas que habían preparado un elaborado almuerzo comunitario y un programa para honrar a David Hudson, el famoso teleevangelista.

¿Qué tenía de malo el sermón que había dado? Aliteración impecable, ilustraciones conmovedoras, toques ligeros. La congregación había reído cuando él quiso que se riera, se había quedado en silencio y pensativa cuando él quiso que guardara silencio y meditara. Incluso les había arrancado unas lágrimas.

«No estuvo mal».

La maldición de la alabanza fingida.

Días de arduo trabajo y, a pesar de todo, no estaba a la altura de las expectativas de su padre. Nunca lo había estado, y probablemente nunca lo estaría. Varias personas dieron la vuelta en la esquina, conversando entre sí. Pablo mantuvo la sonrisa clavada en su cara. Tenía que ser optimista, o podrían salir por la puerta y no regresar jamás. Y él habría fallado de nuevo.

—Gran sermón, Pastor.

—Me alegra que nos hayan acompañado esta mañana. Espero que vuelvan.

—No nos lo perderíamos. ¿De verdad David Hudson es su padre?

¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Que su sermón era una sombra del talento de su padre como orador?

—Sí, lo es.

—¿Hablará en el servicio vespertino?

—No.

—Qué lástima. Esperábamos escucharlo en persona.

El estómago de Pablo se tensó.

—Mi padre está aquí de vacaciones, pero tienen la oportunidad de conocerlo en el salón social de la iglesia. Estamos brindando un almuerzo comunitario para honrarlo.

Marido y mujer se miraron totalmente sorprendidos.

—Es que no trajimos nada.

—Tuvimos en cuenta a las visitas. Hay comida de sobra. El salón social está aquí a la vuelta. Son más que bienvenidos a quedarse y conocer a mis padres, así como a los miembros de nuestra congregación. Todos los harán sentirse bienvenidos. —Los observó mientras bajaban los escalones rumbo a la reunión, y entonces se dio vuelta para ocuparse de varios otros que salían en fila de la iglesia.

Quizás, también había decepcionado a su madre. Ella le dirigió una sonrisa, pero no dijo nada antes de bajar los escalones con su padre. De hecho, apenas lo había mirado.

Deseaba poder ir a su oficina, cerrar la puerta y tener cinco minutos para dominar sus emociones antes de reunirse con los demás en el salón social. Tenía ganas de destrozar algo.

¿Dónde estaba Eunice cuando la necesitaba? ¿Estaría otra vez afuera, chismorreando con algunas de las viejas parlanchinas? Debería estar hablando con personas como LaVonne Lockford y Jessie Boham, mujeres que realmente podían *hacer* algo por la iglesia.

Nunca se había sentido tan completamente consciente de la pequeña escala de esta vieja iglesia como hoy mientras su padre estaba sentado en el banco de la primera fila. La

ICC debía parecer pequeña y en mal estado, en comparación con la iglesia de su padre.

Y la mayoría de las personas eran trabajadores comunes, a diferencia de los miembros prósperos de la congregación de su padre. Pero eso estaba cambiando. Ahora, el alcalde venía habitualmente, al igual que los Atherton y otros empresarios y dueños de sus propios negocios. Sin embargo, Pablo vio la manera en que su padre inspeccionó el lugar con la vista.

Pablo apuró a los últimos rezagados para que fueran al almuerzo comunitario y caminó a trancos por el pasillo. Eunice estaba metiendo su partitura en el banco del piano.

—¿Qué está demorándote tanto? Deberíamos estar en el salón social.

Ella bajó los escalones.

—Me pediste que tocara un postludio. Podemos usar las puertas laterales. —Se detuvo—. ¿Estás bien?

—Por supuesto que estoy bien. Vámonos antes de que todos se pregunten dónde estamos.

—Adelántate. Tengo que buscar a Timmy.

—Abby lo llevará al salón social.

—Tengo que firmar la salida de la escuela dominical. Son las nuevas normas.

¿Recuerdas?

—Lo olvidé.

—¿Cuál es el problema, Pablo?

Lo mismo que siempre había sido un problema. Él no era suficientemente bueno.

—Nada.

—A todos les encantó tu sermón. —Apoyó una mano en su hombro.

Eunice era fácil de complacer. Cualquier cosa que él hacía para el Señor, por más insignificante que fuera, la hacía feliz.

—No a todos. —Tenía ganas de sentarse en el último banco y esconder la cabeza entre las manos—. Al parecer, no estuve al nivel de los estándares de mi padre.

Los ojos de ella relampaguearon.

—¿Él dijo eso?

—No exactamente. No te preocupes. Será mejor que nos reunamos con los demás.

Espero que las diaconisas tengan todo en orden.

—Toda la decoración está puesta, incluida la pancarta de bienvenida para tu padre y tu madre. Y hay comida suficiente para alimentar a un ejército. No tienes que preocuparte por nada.

Al entrar por la puerta, Pablo se quedó pasmado ante la sensación de

traición y el arranque de celos que le produjo ver a su padre rodeado por *sus* feligreses. Tragó saliva con dificultad. Generalmente, esas mismas personas lo rodeaban a *él* desde el instante en que entraba al salón. Esos mismos que le decían lo maravilloso que había sido *su* mensaje. Ahora ni siquiera se percataban de que estaba ahí, porque estaban muy decididos a acercarse al gran David Hudson. Su padre estaba de pie, con una sonrisa beatífica de humildad en su hermoso rostro, e inclinaba la cabeza a uno y después a otro, como un rey ante sus humildes súbditos. ¡Hasta Hollis Sawyer había aparecido para adularlo!

—Me encanta su programa televisivo, Dr. Hudson.

—Gracias.

—¡Mi esposa lo ha estado viendo desde hace años! Cree ciegamente en cada palabra que usted dice.

—Solamente hablo las palabras que el Señor me da.

—Dios lo ha ungido, pastor Hudson. De eso no hay duda.

—Cuánto nos honra que esté aquí, pastor Hudson.

—Es un placer estar aquí.

—Ay, por favor, ¿podría autografiar mi Biblia?

—Por supuesto.

Su madre tocó su brazo.

—Disculpa, Pablo.

—¿Que te disculpe por qué? —¿Ella también iba a decirle que su mensaje había sido pésimo?

—Por esto. —Inclinó la cabeza hacia su padre.

—Está bien, mamá —dijo Pablo con una risa forzada—. Es famoso. Es lógico que la gente quiera darle la mano y decirle cuánto ha significado para ellos a lo largo de tantos años.

—Ellos no lo conocen como nosotros.

—Ha trabajado mucho toda su vida para ser lo que es hoy —dijo Pablo, resentido.

—Sí, trabajó mucho. E hizo sacrificios en su recorrido. —Observó a la multitud que lo rodeaba—. Ambos lo sabemos.

—Estoy orgulloso de él, mamá. Siempre lo he estado. —Nadie tenía la culpa de que estas personas simples vieran a David Hudson como alguien de la realeza eclesiástica, como el centro de atención en este salón humilde—. Las personas se sienten atraídas por él.

Su madre tomó su mano.

—El carisma es una cosa poderosa, Pablo. Tu padre...

—Lo sé, mamá. Créeme, lo sé. Desde que tengo memoria, he visto cómo lo admiran.

Están asombrados. Atentos a cada palabra que dice.

«No estuvo mal».

—¿Te acuerdas cómo hablábamos cuando eras pequeño, Pablo? ¿Recuerdas cuál era tu sueño?

—Claro. Servir al Señor.

—Entonces, mantente enfocado en eso, hijo. Déjate guiar por el Señor, no por tu padre.

—Parece que estoy fallando estrepitosamente en dejarme guiar. Punto. —Este no era el lugar para catalogar sus defectos. Y no quería hablar de su padre ni de lo exitoso que siempre había sido David Hudson en el púlpito. Solo lograría sentirse más inepto.

David Hudson había levantado una de las iglesias más grandes del país, una potencia evangélica carismática que movilizaba a las almas. Pablo deseaba saber si él estaba en el camino correcto en su propio ministerio, si había alguna esperanza de que lograra cumplir con su tarea en Centerville. Estaba haciendo sus mayores esfuerzos, sacrificando tanto—. ¿Qué te pareció mi sermón?

—Tienes la elocuencia de tu padre, Pablo. Y su carisma —dijo ella, desviando la vista.

—Después de lo que él dijo, pensé que había fracasado completamente —dijo, sorprendido y complacido.

Ella suspiró.

—Te pareces mucho a él, más de lo que me había dado cuenta hasta ahora.

Eso le levantó el ánimo.

—Nunca pensé que alguien me diría eso.

—No tengo ninguna duda. Si sigues como hasta ahora —lo miró fijamente—, terminarás con una iglesia tan grande como la que él edificó. Pero ¿es eso lo que quieres?

Esta vez él sonrió con soltura, liberado por el elogio de su madre.

—Por supuesto que eso es lo que quiero. ¿Acaso no es lo que siempre he deseado, edificar algo para el Señor? Algo *magnífico*. Algo que el mundo vea. —Levantó la mano de su madre y la besó—. Siempre has sido mi pilar de aliento.

La boca de su madre se torció un poco.

—No me atribuyas ese mérito, Pablo. La decisión de lo que hagas con tu ministerio descansa sobre tus hombros.

—Ahí está Eunice, mamá. —Llamó con la mano a su esposa, molesto de ver que Samuel y Abigail Mason venían con ella.

Eunice le cedió el paso a la pareja de ancianos. Sonrió, resplandeciente, al besar la mejilla de su madre. Loida alzó en brazos a Timmy y lo besó.

—Perdón por tardar tanto, mamá. Hemos puesto unas normas nuevas porque la congregación ha crecido. Se supone que todos debemos firmar la entrada y salida de la escuela dominical de nuestros hijos, y yo no puedo incumplir la regla. Mamá, te presento a Samuel y a Abigail Mason, nuestros queridos amigos. Samuel, Abby, ella es mi suegra, Loida Hudson.

Una vez intercambiados saludos, Pablo se excusó.

—Será mejor que llame al orden para que podamos comenzar el programa.

Una vez instalado en la cabecera de la mesa, David Hudson sería separado del rebaño de Centerville, y Pablo podría volver a hacerse

cargo.

Después del almuerzo comunitario, Pablo escoltó a su padre a su oficina en la iglesia y le ofreció el sillón.

—Ponte cómodo, papá.

Su padre se sentó y miró a su alrededor.

—Qué apretado estás en este lugar.

Pablo forzó una risa.

—Hace que sea más fácil tener todo al alcance de la mano.

Su padre se inclinó a propósito y pasó su mano por un estante con libros.

—No te da mucho espacio para ampliar tu biblioteca.

—Usamos todas las salas que tenemos como aulas de clase.

—He notado que tu servicio estaba repleto.

— *Ambos* servicios están repletos, y el de los sábados en la noche está llenándose con rapidez.

Su padre hizo una mueca y se sacudió una hebra de pelusa de su pantalón gris oscuro.

—Necesitarás un edificio nuevo. Este lugar parece haber sido construido hace ciento cincuenta años.

—Sí, es bastante cercano a esa época. Es uno de los lugares históricos más importantes de Centerville.

—¿Lugar histórico? Olvídate de remodelar este granero. Deberías buscar un terreno donde puedas crecer y poner en venta este edificio.

Pablo se recostó en su silla de la oficina.

—Ya lo pensé, papá. Estuve buscando en los alrededores a ver si hay terrenos disponibles de dos hectáreas.

—¿Dos hectáreas? ¿Nada más? Yo empecé con seis.

—Y fue hace treinta años. Los precios eran mucho más baratos que ahora.

—Todo es relativo, Pablo. Si piensas en pequeña escala, te quedarás en una pequeña escala.

Pablo sabía que era mejor no decir que las cosas llevaban tiempo y que apenas hacía cinco años que era pastor de la Iglesia Cristiana de Centerville. En los primeros cinco años de su ministerio, David Hudson ya había puesto los cimientos de una construcción de mil ochocientos sesenta metros cuadrados que incluía un santuario y dos pisos de aulas. A los diez años, había sumado una escuela cristiana que iba desde el jardín de infantes hasta el noveno grado. Cinco años después, ya tenía una escuela secundaria en el lugar. Eran dueños de una flota de autobuses y de un centro multimedia que su padre aprovechaba debidamente usándolo para ganar seguidores en todo el país. Las donaciones fluían de todas partes del país, llenando los cofres destinados al programa de construcción.

Pablo echó un vistazo alrededor y pudo imaginar lo que pensaba su padre de esta iglesita rezagada.

—Nosotros no estamos exactamente en la misma zona de alta densidad donde estabas tú.

—Cuando se corra la voz, estarás captando gente de Sacramento, Pablo. Todavía no has agarrado el ritmo. Ya llegará, si quieres que llegue. Tienes talento, pero necesitas pulir tus habilidades.

Pablo trató de no demostrar cuánto le dolían las palabras de su padre.

—¿Podrías ser un poco más específico?

—¿Estás seguro de que quieres escuchar esto? —dijo, levantando las cejas—. No recuerdo que alguna vez me hayas pedido un consejo.

Acostumbrado a dejar pasar las indirectas sutiles, Pablo sonrió.

—Ya soy grande.

—Me alegra escuchar eso. Tenía miedo de que fueras un niñito de mamá por el resto de tu vida.

La púa lo espoleó, pero Pablo no lo manifestó. No era momento para acusaciones que solo aniquilarían cualquier posibilidad de sonsacarle un consejo a su padre.

—¿Cómo hiciste para que tu iglesia aceptara el proyecto de construcción?

Su padre soltó una carcajada.

—¿Que aceptaran? Veo que tenemos un gran trabajo por delante. —Se cruzó de piernas—. Escúchame, hijo. Tú eres el pastor aquí. ¿Verdad?

—Sí, señor.

—¿Y acaso el pastor pide indicaciones a sus ovejas? Debes recordar que tú eres el líder.

Lo primero que necesitas es una visión de lo que puede ser la Iglesia Cristiana de Centerville y, luego, hacerla realidad. No les preguntas si están de acuerdo. Que ellos te acompañen. Tú los guías y los haces crecer hasta la altura que deberían alcanzar. Si te quedas esperando a que ellos digan qué quieren hacer con esta iglesia, nunca harás nada.

Había algo mal en lo que su padre estaba diciendo, pero Pablo no lograba identificar qué era. Los ojos de su padre se estrecharon.

—Puedo ver que ya estás titubeando. Esa es tu debilidad. Se supone que eres el que tiene la visión. Tienes que obrar conforme a eso. Dios te ungió para que pastorees la Iglesia Cristiana de Centerville y Dios te puso aquí para que edifiques Su iglesia. Y el único que te impide hacerlo eres tú.

—Dicho así parece fácil.

—Es fácil. El secreto es que conozcas a tu gente. Tienes que descubrir qué los mueve de forma individual. Averiguar qué quieren en conjunto. El dinero y los talentos de tu gente deberían ser usados para glorificar a Dios, pero ellos entienden de esas cosas tanto como las ovejas entienden que su lana es valiosa. Tienes que enseñarles. Hacer que se sientan bien cuando abren sus bolsillos. Felicitarlos por usar sus talentos.

Edificarlos y hacerlos sentir bien consigo mismos mientras levantan el reino. Ese es el secreto para el éxito. La verdadera pregunta es: ¿quieres tener éxito?

—Por supuesto que sí.

—¿Puedes tomar decisiones difíciles sobre la marcha?

—¿A qué tipo de decisiones difíciles te estás refiriendo? —Él ya había tomado algunas decisiones difíciles, pero no iba a compartirlas con su padre.

Su padre se reclinó.

—Siempre hay personas que quieren que las cosas sigan como están. Están estancados y les agrada. —Levantó la mano—. Se aferran a las ideas y a los edificios antiguos.

Como Otis Harrison y Hollis Sawyer.

—Tuve algunos así. Dos de los tres ancianos que me llamaron a esta iglesia. Ya se fueron, a Dios gracias.

—Espera un momento, Pablo. Retrocede un poco. Tienes que cambiar tu manera de pensar. Los ancianos de esta iglesia no te llamaron aquí. Dios lo hizo. Tienes que recordar eso cada vez que alguien se interponga en el camino del progreso. Ya que esta iglesia probablemente fue construida poco después de la fiebre del oro en California, usaré una diligencia como ejemplo. La mayoría de tus feligreses son como los pasajeros que van sentados adentro. Compraron un pasaje. Saben a donde quieren ir y te hacen el

honor de dejar que tú los lleves. Luego, tienes los caballos, los que hacen el trabajo para que llegues a destino. Tú eres el que lleva las riendas, Pablo. Tu trabajo es estimular y marcar el paso para que los obreros permanezcan y hagas que todos lleguen a la meta.

Entonces, ¿qué pasó con los agitadores?

—Me hicieron la vida miserable durante un tiempo.

—¿Ganaste la batalla?

—Bueno, no sé si lo llamaría ganar o no. Renunciaron a su cargo como ancianos y dejaron de venir a la iglesia. —Salvo hoy, cuando Hollis apareció para conseguir el autógrafo de David Hudson.

—¿Alguien objetó su partida?

—No que me haya enterado. Había tantas personas nuevas que empezaron a venir en ese entonces, que no creo que los hayan echado de menos.

—Te felicito.

Pablo sintió un arrebato de placer por la aprobación de su padre.

—La única que se afligió por todo ese asunto fue Eunice.

—¡Mujeres! —Su padre se rio entre dientes—. Sabes que amo a tu madre, pero no siempre me ha hecho las cosas fáciles. De hecho, creo que las batallas más difíciles que tuve con ella fueron por diversas personas que me causaron problemas. Ya conoces a tu madre. Escucha las quejas de todo el mundo como si tuvieran algún fundamento.

Como lo había escuchado a él durante infinidad de horas mientras crecía. Si no hubiera sido por el amor de su madre, Pablo se preguntaba dónde estaría ahora.

Su padre se rio.

—Si tú y yo escucháramos todo lo que tiene que decir todo el mundo, nos pasaríamos el resto de la vida sin hacer otra cosa.

—¡Es verdad! —Pablo se rio con él—. Finalmente, me harté de escuchar a esos dos viejos quejarse de todo.

Su padre volvió a ponerse serio.

—Tienes suerte de que no contaminaron tu ministerio. —Su mirada se endureció—. La próxima vez que te encuentres con esa clase de problemas, no esperes a que renuncien.

Había una espina más en el costado de Pablo, pero el aguijón era insignificante porque ahora tenía a otros hombres que estaban con él contra cualquier argumento que Samuel Mason quisiera plantear.

Su padre se levantó. Nunca podía quedarse sentado mucho tiempo.

—Siempre que alguien te ponga obstáculos en el camino, Pablo, lo mejor será que lo saques pronto de tu iglesia. Si dejas que se salga con la suya, tropezarás contigo mismo a cada paso del camino. Vigila eso muy de cerca. Evalúa toda situación que surja por su potencial destructivo, toma una decisión y no cambies de parecer. No te dejes influenciar, especialmente, por tu esposa. Por más inteligentes que sean, las mujeres se dejan llevar por sus emociones.

A Pablo no lo ayudaba que Eunice estuviera tan apegada a Abigail Mason.

—¿Hay alguna buena churrasquería en esta ciudad?

Era probable que su padre no hubiera podido comer mucho en el almuerzo comunitario, con toda la gente que se disputaba su atención.

—En el campo de golf hay un buen restaurante. —Se sintió respaldado por cómo su padre levantó las cejas. Pablo sonrió ampliamente—. El gerente es miembro de nuestra iglesia. Lo único que tengo que hacer es llamarlo, y tendremos una mesa lista esperándonos.

—Entonces, haz esa llamada.

Pablo levantó el teléfono y pulsó el discado rápido mientras su padre echaba un vistazo a los libros de los estantes. Sacó uno y lo hojeó, volvió a meterlo en su lugar; tomó otro y frunció el ceño.

—Ya está todo arreglado —dijo Pablo, dejando caer el auricular nuevamente en su lugar—. Una mesa para cuatro. —Podrían pasar a dejar a Timmy con los Mason.

—Dejemos a las mujeres en casa, ¿de acuerdo? De todas maneras, dudo que les interese hablar de trabajo.

Pablo se sintió halagado de que su padre quisiera estar más tiempo a solas con él.

Pasaría por la casa pastoral y le avisaría a Eunice que no tenía que prepararles la cena.

Su padre cerró el libro repentinamente y lo dejó caer con desdén sobre el escritorio de Pablo.

—Conozco al tipo que escribió eso.

—Veo que no te gusta mucho. —Eunice había quedado impresionada con ese libro y le había pedido que lo leyera.

Su padre se acomodó la chaqueta deportiva.

—Ehh... escribe bastante bien, pero dice un montón de tonterías sobre la paciencia y la humildad. Ambas son cualidades admirables, pero si aceptaras sus consejos, te quedarías sentado y haciendo girar tus pulgares a la espera de que el Espíritu Santo te mueva.

—¿Tan malo está? —dijo Pablo, frunciendo un poco el ceño.

—Adelante, léelo tú mismo si no me crees. Solo me pareció que podía

ahorrarte un poco de tiempo.

—Lo pasaré a la biblioteca. —Pablo tomó sus llaves y siguió a su padre para salir de la iglesia.

Cuando Pablo llevó a su padre a la oficina de la iglesia para conversar después del almuerzo, Eunice se fue con Timmy y con su suegra a casa.

—Mamá, ¿quisieras acostarte en nuestra cama y descansar un rato? —Nunca había visto a su suegra tan abatida ni tan callada.

—¿Sabes qué me gustaría, Eunice? Una caminata larga y agradable contigo y con mi nieto. Debe haber un parque en alguna parte de este vecindario y una cafetería donde podamos beber un *latte*, y mi nieto, un chocolate caliente.

—¿Podemos, mami? ¿Podemos, por favor? —Luego de la timidez inicial que le generaban esos abuelos que solamente había visto cuatro veces en su vida, Timmy se había entusiasmado rápidamente con Loida Hudson.

—Hay un parquecito muy cerca de donde están alojados y Charlie's está en la calle Principal. —Apenas había ido unas pocas veces con Pablo, pero le había gustado el ambiente acogedor y la relación que tenían Charlie y Sally Wentworth—. Los dueños son miembros de la iglesia. Te caerán bien.

—No quiero conocer a nadie, Euny. Ya parloteé suficiente por hoy. Solo quiero estar un rato contigo y con Timmy. ¿Hay algún lugar en la ciudad donde Pablo *no* sea conocido?

Eunice dejó su bolso en la mesa lateral.

—El paradero de camiones en la autopista 99. —La clientela pasaba por ahí de camino a otros lugares. Pablo nunca le había encontrado sentido a sentarse en la barra con alguien que no terminaría en uno de los bancos de la Iglesia Cristiana de Centerville.

—Suena perfecto.

Eunice la miró.

—¿Quieres ir ahí?

—A mí me parece un lugar encantador. Además, se supone que los paraderos de camiones tienen la mejor comida del pueblo.

Eunice creyó ver un destello de lágrimas en los ojos marrones de su suegra, pero antes de que pudiera preguntarle si todo estaba bien, Loida aplaudió con las manos.

—Vamos, vamos. Tú y Timmy pónganse otra ropa que no les preocupe ensuciar mientras yo les dejo una nota al abuelo y a papi. Pasaremos por el hostal para que la abuelita pueda quitarse la ropa de domingo y estos zapatos altos que aprietan los dedos y se ponga unos pantalones cómodos. —Timmy se rio—. ¿Qué? ¿No sabías que las abuelas usan pantalones deportivos? Bueno, tienes mucho que aprender, mi pequeño.

—Se agachó para hablarle a su misma altura—. Será mejor que te pongas unas zapatillas deportivas, Timmy, porque haremos una carrera hasta el tobogán. —Se incorporó y miró a Eunice—. Suponiendo que haya un tobogán.

—¡Sí que hay! —Timmy corrió a su habitación.

—¡Y columpios, espero! —gritó Loida tras él.

—Suficientes para los tres. —Se rio Eunice—. Estaremos listos en un par de minutos.

Timmy nunca había entrado al hostal de los Bedford, pero no se dejó impresionar en absoluto por el salón victoriano, el tapete oriental de seda desplegado sobre el piso de madera lustrada, los cojines bordados ni las estatuillas Royal Doulton que había sobre la enorme repisa tallada de la chimenea.

—Bajará en unos minutos, cielo —dijo Eunice—. Solo siéntate y no toques nada. —Él se dejó caer de golpe en un sillón tapizado con brocado y se puso a balancear sus piernas hacia adelante y hacia atrás. Tan pronto apareció Loida, se levantó de un brinco del sillón y corrió hacia la puerta delantera.

—Espera en la verja, amigo —le gritó Loida—. Esta tiene que ser una carrera justa. —

Miró divertida a Eunice—. ¿Qué tan lejos está el parque?

—A una cuadra, giras a la derecha en la esquina y caminas media cuadra más.

—Gracias, buen Dios. Creo que puedo llegar hasta ahí. —Bajó los escalones y se agachó junto a Timmy—. ¿Preparados? ¿Listos? ¡Fuera! —Timmy echó a correr por la acera, pero Loida no iba tan lejos de él. Riéndose, Eunice cerró la verja al salir y los siguió, caminando un poco más despacio.

Era una tarde hermosa: fresca, despejada, tranquila. No quería desperdiciar ni un minuto preocupada por la clase de consejos que Pablo estaba recibiendo de su padre.

Lamentablemente, cualquier cosa que dijera David Hudson sería como el evangelio para su hijo. En la misma medida, estaba segura de que Pablo no compartiría ni una pequeña parte con ella.

—Nunca te ha agradado —le había dicho Pablo una vez.

—No tiene nada que ver con que me agrade o me desagrade, Pablo. Solo porque sea tu padre no significa que lo sabe todo.

—Sabe más que yo sobre edificar una iglesia. ¡Sería un tonto si no lo escuchara!

Eunice sabía que toda sugerencia que hiciera David Hudson sería presentada ante los ancianos elegidos a dedo, Gerald Boham y Marvin Lockford, quienes estaban listos y dispuestos a acompañar y apoyar cualquier plan que Pablo tuviera para edificar la iglesia.

Y aquí estaba ella, haciendo exactamente lo que se había propuesto no hacer: preocuparse.

Dobló en la esquina y vio a Timmy corriendo a la delantera hacia el tobogán y a Loida siguiéndolo de cerca. Adoraba a su suegra. Era tan cálida como David era frío. Su suegro había perdido el interés en Timmy al cabo de cinco minutos.

—Dale el libro a tu abuela. Ella te lo leerá. Papi y yo tenemos cosas importantes de que hablar. —Los políticos sobre los que no tenían control. Los puntajes del béisbol. La economía del país y cuánto repercutía en las ofrendas eclesiásticas. Disfrutando de su nieto, Loida sentó a Timmy sobre su regazo y le leyó hasta que llegó su hora de irse a dormir. Entonces preguntó si podía orar con él y arroparlo en la cama. Después de media hora, Eunice fue a ver si todo estaba bien y escuchó a Timmy parloteando como una urraca mientras su abuela escuchaba con total atención cada palabra que él decía.

¿Cómo podía no adorar a una suegra como esa?

Qué lástima que David Hudson viniera en el paquete.

Con las manos en alto, Loida dejó escapar un chillido de placer mientras bajaba zumbando por el tobogán. Se incorporó y salió del arenero. Timmy se trepó al tobogán y volvió a bajar volando mientras su abuelita caminaba hacia los columpios. Euny sonrió ampliamente cuando su suegra ocupó el que estaba a su costado. Ambas se impulsaron hacia atrás y levantaron los pies.

—Esto es vida —dijo Loida sin ningún indicio de la tensión que Eunice había visto en su rostro anteriormente.

—¡Abuelita, mírame! —gritó Timmy desde la cima del tobogán.

—¡Estoy mirándote! ¡Veamos qué tan rápido lo haces esta vez! —Timmy se dejó caer por el tobogán, deslizándose rápidamente por la curva de metal reluciente y salió volando al final. A duras penas pudo pararse. Loida lo aplaudió y lo elogió por sus esfuerzos. Rebosante de alegría, Timmy volvió a subir corriendo la escalera mientras ella reía —. Imagina lo que podría hacer yo con la décima parte de esa energía. —Loida dejó que sus piernas colgaran. Euny siguió meciéndose hacia adelante y hacia atrás en su columpio mientras estudiaba a su suegra. Sabía que tenía algo en mente, pero no la presionaría.

Se quedaron una hora en el parque, antes de caminar las quince cuadras hasta el paradero de camiones de la autopista 99. Timmy no se quejó por la distancia. Iba

absorbiendo la atención que le dedicaba Loida, disfrutando de sus carcajadas, hablando de todo lo que veía y de cualquier cosa que se le ocurriera. A Euny le encantaba el sonido de la risa de Loida, franca y vibrante. Loida se agachó una vez y tomó entre sus manos el rostro de Timmy.

—Te amo, Timoteo Miguel Hudson. Tú enterneces mi alma vieja y cansada.

—¿Cuántos años tienes, abuelita?

—Bueno, depende. Esta mañana sentía que tenía cien años, pero ahora me siento más joven que tu madre. —Se levantó y le pasó la mano por el cabello.

Perplejo, Timmy miró a Euny, pero no pidió una explicación.

—¿Puedo comer una hamburguesa?

—Claro que sí. —Se rio Loida.

—¡Yupiiii! —Se les adelantó, corriendo.

—No corras más que hasta la esquina, Timmy —gritó Eunice. El paradero de camiones estaba a la vista; el estacionamiento estaba lleno de camiones con acoplado, camionetas y varios vehículos recreativos.

—Debe ser un buen lugar para comer —dijo Loida.

Timmy las esperó junto al letrero de «Alto». Antes de cruzar la última intersección, Loida lo tomó de una mano y Eunice de la otra. Caminaron para atravesar el estacionamiento. Había cuatro motocicletas Harley-Davidson estacionadas cerca de las puertas dobles de la entrada. Eunice miró de reojo a Loida, pero su suegra abrió la puerta delantera sin pestañear. Había cuatro hombres con chaquetas negras de cuero sentados junto a la barra. Uno tenía tatuado un dragón alrededor del cuello; su horrorosa boca abierta parecía estar clavando sus colmillos en su yugular. Eunice miró a Timmy y apoyó una mano sobre su hombro.

—No te quedes mirando, amor.

Él parecía no poder evitarlo.

—El letrero dice que uno busque su propia mesa. —Loida miró alrededor—. ¿Qué te parece ese reservado, junto a la ventana que da al estacionamiento, Timmy? Puedes ver cómo llegan y se van los camiones.

—Está bien. —Tenía los ojos clavados en el hombre de la barra, quien notó que era observado y se volteó a mirarlo. Timmy quitó la mano de Eunice que estaba sobre su hombro y se acercó a la barra—. ¿Qué es esa cosa que tienes en el cuello?

El hombre levantó las cejas, sorprendido.

—Eres un pequeño entrometido, ¿verdad?

Con el corazón palpitante, Eunice caminó los cuatro pasos para rescatar a su hijo.

—Es un tatuaje, cariño. —Miró al hombre a los ojos—. Disculpe, señor.

—¡Señor! ¿Escuchaste eso, Riley?

Ella apoyó una mano en el hombro de Timmy y, esta vez, lo sujetó.

—Vamos, amor.

Los cuatro hombres estaban mirándola ahora y ella sintió el calor que subió a sus mejillas.

—¡Pero tiene un dragón en el cuello, mami! ¡Mira! ¡Y está clavándole los dientes!

—Timmy.

—¡Abuelita, ven a ver! —Miró de nuevo al hombre, resistiéndose a ser alejado por Eunice—. ¿Te duele?

Ahora, todos los hombres se reían, excepto el del tatuaje del dragón. Parecía incómodo, perplejo, cansado y molesto.

—Discúlpennos, caballeros. —Loida agarró la mano de Timmy y le señaló el reservado—. Viene de vivir una vida muy protegida.

—¿Dónde lo han estado escondiendo?

—Está creciendo en la iglesia. —Loida hizo un gesto para señalar a Eunice—. Ella es su madre, la esposa del pastor.

—¡La esposa del pastor! —Se rio uno y soltó un silbido. El hombre que estaba al lado de él pronunció el nombre del Señor en vano. Un tercero sonrió, se volteó a mirar y apoyó los codos en la barra, echándole un vistazo a Eunice—. Si yo hubiera sabido que los pastores tenían esposas como ella, habría vuelto a la iglesia hace años.

—Ya está bueno, caballeros. —La audacia de Loida dejó estupefacta a Euny.

Para ese momento, todos los que estaban en el pequeño restaurante estaban prestando atención al diálogo. Dos de los hombres giraron lentamente sus banquetas mientras Loida y Eunice pasaban junto a ellos, Loida llevando a Timmy de la mano. Eunice mantenía la mirada baja, pero podía sentir cómo los hombres la observaban atentamente. El último adelantó su torso cuando ella pasó a su costado.

—¿Qué hace una niña bonita como tú en un lugar como este?

—¡Cállate, Jackson! —El hombre tatuado lo fulminó con la mirada.

—Solo me estoy divirtiendo un poco.

—Si vuelves a abrir la boca, me aseguraré de que no vuelvas a abrirla durante un mes.

¿Entendiste?

Con el rostro ardiendo, Eunice se sentó en el reservado mientras su suegra y su hijo se ubicaban frente a ella. Loida le dio un menú a Timmy para que tuviera algo más para ver, además del hombre de la barra. Afortunadamente, los cuatro hombres de las chaquetas negras se habían dado vuelta y estaban prestando atención a los platos con comida que la mesera había puesto frente a ellos.

Loida le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Eso me recordó a los tiempos en los que un grupo de mis amigos iba a los barrios latinos de Los Ángeles. Le hablábamos de Jesús a la gente en las calles.

—¿Tú y David? —Eunice no podía imaginar a ninguno de los dos parados en una esquina, hablando con prostitutas, adictos a las drogas ni indigentes.

—Oh, no. No, no. Eso fue durante mis años de la secundaria, antes de conocer a David.

—Abrió su menú y luego lo bajó para mirar detenidamente a Euny por encima del borde—. Por cierto, yo invito la cena. Pidan lo que quieran.

Eunice no sabía si podría comer algo. Todavía estaba agitada por la atención que le habían dirigido los hombres de la barra. ¡Los Ángeles del Infierno! ¿En qué estaba pensando cuando aceptó traer a Timmy a un lugar como este?

Loida volvió a bajar su menú.

—Euny, ya se olvidaron completamente de nosotros. Y, si no lo han hecho, estoy segura de que el señor del tatuaje se ocupará de que los demás se porten bien.

Eunice se concentró en el menú. No era extenso, pero los aromas que emanaban de la cocina eran tentadores. Timmy estaba construyendo una torre con terrones de azúcar que estaban envueltos en papel.

Loida dejó a un lado el menú.

—Pediré un filete. ¿Sigues queriendo una hamburguesa, Timmy?

—Sí. —Los terrones de azúcar se cayeron y él empezó de nuevo.

Loida peinó hacia atrás un mechón de cabello que caía sobre la frente de Timmy.

—¿Papi viene a casa todas las noches a cenar contigo y con mamá?

Timmy levantó un hombro y no dijo nada mientras seguía jugando con los terrones de azúcar.

Pablo rara vez estaba en casa para cenar, pero Eunice no estaba segura de que debiera contárselo a Loida.

—Viene tan seguido como puede.

—Bueno, yo sé lo que eso significa. —Loida negó con la cabeza mientras miraba por la ventana los camiones, las camionetas y las motocicletas que había afuera—. He orado y orado… —Sus ojos se inundaron de lágrimas, y ella volvió a sacudir la cabeza.

—La mayoría de las veces es inevitable. Siempre hay alguien que llama por teléfono y…

—Eunice se encogió de hombros—. Bueno, tú más que nadie debes saber qué quiere decir eso. La vida de un pastor no le pertenece.

—Lo lamento, Euny. Lo lamento muchísimo, de verdad.

Antes de que Euny tuviera la oportunidad de preguntarle qué quería decir, escuchó el crujir del cuero. Cuando levantó la vista, sintió que su pulso se aceleraba y se alarmó al ver los ojos negros del hombre tatuado que estaba parado junto a ella. Él hizo una mueca y su boca dibujó una media sonrisa irónica mientras levantaba las manos en un gesto tranquilizante.

—Disculpe si la asusté, señora. Solo quería pedirles disculpas por cómo se comportaron mis amigos. —Hizo un gesto brusco señalando a los tres hombres que salían en fila por la puerta. Él se apartó.

Eunice se quedó boquiabierta. Antes de que pudiera decir una palabra, Loida empezó a hablar y, en menos de diez minutos, explicó todo el evangelio de Jesucristo al hombre que estaba de pie en su reservado. *Todos han pecado y necesitan gracia y misericordia para ser salvos. Y el*

Señor Dios, poderoso y misericordioso, ha establecido que el camino sea a través de Su Hijo Jesucristo, quien murió en la cruz llevando a cabo el sacrificio de sangre para expiar los pecados de la humanidad, desde el comienzo hasta el fin de los tiempos. Cuando Jesús resucitó, mostró que Él tenía poder sobre el pecado y sobre la muerte. Todos los que creen en Él no perecerán, sino tendrán vida eterna.

Eunice nunca había escuchado el evangelio transmitido de manera tan rápida y clara.

Sin preguntas capciosas ni extensas enseñanzas de preparación que llevaran poco a poco al significado de la Cruz y la Resurrección. Solo la verdad simple y sin adornos, dicha con una audacia que la dejó sin palabras. Y al hombre también, a juzgar por la expresión que veía en su rostro.

Él torció la boca con una sonrisa triste.

—Usted sí que va al grano, ¿verdad, señora? —Retrocedió.

—Considerando el hecho de que estaba yendo hacia la salida, pensé que no había tiempo que perder.

Él se paró firmemente, con el rostro ensombrecido.

—Dudo que usted pueda imaginar siquiera algunas de las cosas que hice en mi vida.

—La esposa de un pastor escucha más que la mayoría de los sacerdotes en el confesionario, muchacho, y tú necesitas conocer la verdad. Nada, insisto, *nada*, que hayas hecho alguna vez es demasiado como para que no pueda ser limpiado por la sangre de Cristo. Él te ama. Él murió por ti.

—Estuve en la cárcel.

—Igual que todos nosotros.

Se rio de ella.

—No en la misma clase de prisión.

—Las paredes que levantamos alrededor de nosotros mismos pueden encerrarnos más y por más tiempo que el concreto y el acero. Ahora, escucha, querido. Si Dios pudo crear la tierra, el universo y todo lo que hay en ellos, ¿crees realmente que tus pecados pueden vencerlo?

—Siguió mirándolo a los ojos—. Nunca. Repito: nunca. Cristo Jesús ya te demostró su amor. —Le sonrió con ternura—. Por no mencionar que fue quien te acercó a nosotras para que pudieras escuchar lo que Él personalmente tenía para decirte. Te susurró al oído y respondiste. Eso me indica que Él te ha escogido para que escuches Su Palabra. Ahora, Él te está dando la posibilidad de que tú lo elijas a Él.

Tres Harleys rugían afuera. Una expresión cansada se apoderó de los ojos del hombre.

Con un gesto que endureció su rostro, se fue y salió por la puerta. Eunice lo observó levantar la pierna sobre su Harley y ponerse el casco. Al retroceder con la moto, levantó la cabeza. Bajó con fuerza el arranque con su bota de cuero negro y cruzó con ella una mirada penetrante. La Harley respondió con un estruendo.

—¿Él va a venir a la iglesia? —Timmy se quedó mirando afuera por la ventana.

—Esperemos que sí, Timmy. —Loida hizo adiós con la mano. El motociclista inclinó ligeramente la cabeza; luego, giró la moto y aceleró hacia la autopista en la rampa de acceso hacia el norte. Ella despeinó el cabello de Timmy—. Si lo hace, tienes que recibirlo muy bien. Salúdalo y siéntate con él. ¿Está bien? Es probable que ese hombre tenga mucho en común con uno de los discípulos de Jesús, Simón el zelote. ¿Lo recuerdas?

—No.

—¿No? —Miró desde de la mesa. Eunice se ruborizó. No les dedicaba demasiado tiempo a los discípulos. Se concentraba más en Jesús.

—Bueno, Simón era un zelote.

—¿Qué es un zelote?

—En nuestra época, un zelote sería un terrorista, alguien que planea y ejecuta actos violentos y asesinatos por motivos políticos. A veces, los zelotes eran llamados sicarios por las cuchillas curvas que portaban.

La mesera les tomó la orden.

Timmy derribó los terrones de azúcar y empezó a construir otra vez. Loida lo observaba, entretenida. Eunice se sentía intranquila por el ambiente.

—Pablo se pondrá furioso conmigo por traerte aquí.

—Tú no me trajiste. Yo los traje a ustedes. Además, no tenemos que preocuparnos.

David le habrá llenado la cabeza con tantos planes para edificar la iglesia, que ninguno de los dos se preguntará siquiera dónde fuimos o qué hicimos. Eso, suponiendo que estén en la casa pastoral cuando regresemos.

Eunice nunca había escuchado a Loida hablar con tanto cinismo. Observó a su suegra mientras ella miraba a los clientes que cenaban junto a la larga barra y en las estrechas mesas de los reservados. Tenía una sonrisa nostálgica.

—Hace mucho que no entro a un lugar como este. Me he acostumbrado demasiado a las actividades de la iglesia, los centros de convenciones, los restaurantes de los clubes y las residencias privadas.

—Igual que yo.

—Qué lástima, ¿no? Jesús habría venido a comer aquí.

Eunice vio aflicción en los ojos de Loida.

—¿Qué pasa, mamá?

—Ah, nada. Y todo. —Sonrió débilmente—. ¿Qué te aflige a ti, querida?

—Nada. Todo. —Negó con la cabeza—. Aunque estaba preocupada cuando entramos aquí, observé este lugar, Loida, y vi cuánto tienen en común estas personas con los miembros de nuestra iglesia. Vienen en busca de un servicio: se sientan durante una

hora, esperando ser atendidos. Picotean lo que Pablo les enseña, y luego se van y siguen con su vida de siempre, nada cambia.

—¿Y tú eres la mesera?

—No. —Se rio sombríamente—. Soy la rocola. Deposite un poco de su dinero en la bandeja, dígale a Pablo lo que desea escuchar y él se asegurará de que yo atienda los pedidos.

—¿Y el resto del tiempo?

—Entretenimiento y música ambiental. La ICC se ha convertido en un

paradero espiritual para camioneros.

—¿Por qué ya no estás escribiendo canciones?

—No tengo tiempo.

El rostro de Loida se suavizó.

—Ay, Euny.

—Eso no importa, mamá, sino que Pablo pasa horas perfeccionando sus sermones.

Nunca habla por más de quince minutos, porque alguien le dijo que a la gente le gustan los mensajes cortos. Si hablas más que eso, los hombres empiezan a pensar en el partido de fútbol americano que se perderán si no llegan pronto a casa y las mujeres se distraen con la lista de las compras. Otros miles de temas absorben sus pensamientos. Entonces, él trabaja quince horas para quince minutos de prédica que nunca penetra más allá de la cera de los oídos.

—Y probablemente entra por un oído y sale por el otro todas las semanas. Espera a que las escuelas cristianas empiecen a enseñar materias de publicidad. Entonces probablemente tendremos comerciales de tres minutos para promocionar a Dios.

Eunice estalló en una carcajada.

—Nunca te había escuchado hablar así.

—Esto viene con la edad y la experiencia. Dios deja que suframos las hondas y las flechas de nuestra propia estupidez. —Apoyó sus brazos sobre la mesa—. ¿Sigue Pablo

escuchando tus puntos de vista, Eunice? ¿Logras tener *tus* quince minutos? Y no encojas los hombros. Lo que me digas no saldrá de esta mesa. Quiero la pura verdad.

—No. No me escucha.

—¿Y escucha a alguien?

—¿Quieres decir: además de papá?

—A su padre es un hecho, pero ¿escucha a otras personas? ¿A sus amigos íntimos de la iglesia?

—Pablo pasa mucho tiempo con Gerald Boham y Marvin Lockford. —Los ancianos varones incondicionales que él había elegido a dedo—. Y almuerza con Esteban Decker una vez a la semana o cada quince días.

—¿Quién es Esteban Decker?

—Un diseñador y constructor de casas y edificios de oficinas de lujo.

—Ah. —Loida cerró los ojos.

La mesera les trajo la comida. Loida tomó de la mano a Timmy y a Eunice y oraron en voz baja. Timmy agarró su hamburguesa y trató de abrir las mandíbulas lo suficiente para acomodarlas a su tamaño. Euny se rio y la cortó a la mitad, luego le quitó la lechuga y una parte de las cebollas y la apretó antes de entregársela.

—David está analizando la posibilidad de jubilarse.

—¡Estás bromeando! Nunca pensé que papá se jubilaría.

—Las cosas cambian. A veces, para bien. —Su expresión era enigmática—. Debería renunciar. —Cortó un tomate a la mitad—. Ya es hora.

Eunice no podía imaginar que David Hudson se retirara del púlpito por ninguna razón.

Loida esbozó una sonrisa alegre, aunque también un poco frágil.

—Por supuesto, las cosas siempre podrían volver a cambiar. Por el momento, tendremos que esperar y ver cuál es la decisión del Señor. —Le preguntó a Timmy si le

gustaba su hamburguesa, y después si le agradaba la escuela, quiénes eran sus amigos y qué le divertía hacer.

El sol estaba poniéndose cuando caminaron el kilómetro y medio para regresar a la ciudad. Timmy saltaba por la acera hasta la esquina y de vuelta. Loida se rio en voz baja.

—Está haciendo el doble de la distancia que nosotras.

—Esta noche dormirá muy bien.

—En cuanto a la jubiliación de David… —Loida la tomó de la mano—. A él le molestaría enterarse de que te lo mencioné.

—No diré nada. —Dudaba que si lo hiciera tuviera algún efecto, pero si hablar del tema era algo perturbador para Loida, Euny jamás volvería a mencionarlo.

Loida le apretó la mano antes de soltarla.

—Me hace muy feliz que Pablo se haya casado contigo, Eunice. Eres la hija de mi corazón.

Cuando llegaron a la casa pastoral, encontraron una nota garabateada debajo de la de Loida. Se la entregó a Euny.

—¿Puedes descifrar esto?

—Pablo llevó a cenar a papá al club del Campo de Golf de Centerville. Dejó el número, por si alguien necesita ponerse en contacto con él.

—Y supongo que escribió este jeroglífico porque estaba demasiado apurado.

—Aquí dice *ta*, mamá. —Eunice se rio—. No es un jeroglífico. Quiere decir «Te amo».

Loida se quitó la chaqueta cazadora.

—Qué lindo de su parte que haga todo lo posible por hacértelo saber.

Esteban dejó su lápiz y se enderezó. Levantó los brazos y se estiró, tratando de aliviar el dolor de sus hombros acalambrados. Echando un vistazo a los bocetos y diseños, sonrió satisfecho. ¡Hacía años que no se divertía tanto!

Echó un vistazo al reloj en su muñeca. ¡Las tres de la madrugada! Dándole un golpecito, se levantó y miró el reloj del microondas en la cocina. Decía lo mismo. Tendría que arrastrarse para salir de la cama a las seis para llegar a una reunión en Sacramento a las ocho de la mañana. Abrió el refrigerador y sacó una porción de pizza de salchicha fría.

Quizás le convendría pasar la noche en vela, ir a un Starbucks y beber un par de café exprés. Sacó un refresco de la puerta del refrigerador.

Probablemente, Pablo Hudson no tenía idea de la semilla que había

sembrado en él.

Tampoco, que esta había echado raíces y que estaba devorando la imaginación de Esteban. ¿Qué clase de iglesia podía construir para glorificar a Dios? Cada pregunta se transformaba en una nueva, hasta que Esteban se encontró investigando, llamando a otros arquitectos que conocía, encargando libros sobre las iglesias de todo el país y del mundo. Estudió todo, desde capillas hasta catedrales de cristal.

Samuel Mason hablaba de vivir una vida que glorifique a Dios. ¿Qué mejor manera de lograrlo que construyendo una iglesia que perdurara y proclamara Su nombre a todos los que la vieran? Desde luego, construir la clase de edificio que él estaba diseñando demandaría dinero, muchísimo dinero. Pero la congregación estaba creciendo sostenidamente. Así como el presupuesto de la iglesia.

Esteban terminó el refresco, aplastó la lata y la arrojó al contenedor de reciclaje que había en un rincón. Terminó el último bocado de la pizza, lanzó la corteza al bote de basura, se lavó las manos y volvió a su estudio.

No estaba tan entusiasmado por algo desde… no recordaba desde cuándo.

Programó la alarma de su reloj pulsera para tener tiempo suficiente para ducharse y afeitarse antes de ir a Sacramento. Luego se instaló en su banqueta, tomó su lápiz y se puso a dibujar de nuevo. Dudaba que la Iglesia Cristiana de Centerville alguna vez se decidiera por algo tan grande. Pero eso no le impedía soñar.

Soñar no cuesta nada.

CAPÍ TULO 8

—SEÑORES, ¿POR QUÉ NO VAN AL PATIO y disfrutan los últimos rayos de sol mientras limpio la cocina? —Abby sacó su delantal de un cajón y lo ató con un lazo en su espalda—. Ya está suficientemente caliente aquí como para que ustedes añadan su calor corporal.

Samuel se rio entre dientes.

—¿Qué te parece, Esteban? ¿Crees que estará más fresco afuera?

—Siempre está la posibilidad de encender los aspersores —dijo Abby, girando hacia el fregadero.

Samuel abrió la puerta mosquitera y, con un gesto, le indicó a su invitado que saliera.

—Nunca discutas con una dama, Esteban. Si ganas, terminarás sintiéndote culpable. —

El hombre más joven se rio y acercó su silla a la mesa de la cocina.

En el jardín de atrás estaba formidablemente más fresco. Samuel abrió un grifo y arrancó el relajante siseo de los regadores.

—Una de las desventajas de tener una casa vieja es la triste falta de aire acondicionado central. —Se acomodó en una tumbona junto a la mesa de vidrio sombreada por un parasol de lona verde.

Esteban se sentó y estiró sus largas piernas.

—¿Alguna vez pensaste en instalarlo?

—Todos los veranos, cuando la temperatura se dispara hasta los treinta y cinco grados.

—Y, cada vez, él y Abby decidían que había mejores destinos para ese dinero: un hospital cristiano en Zimbabue, un misionero en Tailandia. Además, tenían cuatro ventiladores. Y aspersores. Cuando el sol bajaba, abrían todas las ventanas y dejaban entrar el aire refrescante.

Esteban lo miró y sonrió.

—¿Vamos a terminar el libro de Romanos esta noche?

—Bueno, no lo sé con certeza, hijo —respondió Samuel fingiendo solemnidad—.

Depende de cuántas preguntas tengas y cuánto tiempo nos lleve terminar de hablar de lo que surja. —Miró a Esteban por encima del borde de sus anteojos—. Apenas han pasado seis meses desde que empezamos Romanos.

Esteban se rio y cruzó los brazos detrás de su cabeza.

—Cuanto más tiempo vivo en Centerville, parece que más tiempo tengo.

—¿Estás quedándote sin trabajo en esta zona?

—No. Pero no estoy tan obsesionado por conseguir los proyectos de grandes ganancias como antes. En los últimos tres años gané lo suficiente como para tomarme un respiro.

Tiempo para pensar. Tiempo para soñar.

—¿Tiempo para pasar con tu hija?

—No tengo muchas esperanzas de que suceda —dijo Esteban, frunciendo el ceño—.

Llamé a mi ex para preguntarle si podía llevar a Brittany a Disneylandia. Pensé que ella y su nuevo esposo podrían agradecer un tiempito a solas. Me dijo que ya tenía planes para que Brittany se quedara con una amiga.

—¿Cuánto hace que no ves a Brittany?

—Tres semanas y, cuando la vi, fue apenas por un par de horas.

La puerta mosquitera se abrió de golpe cuando Abby salió con dos vasos largos de té helado.

—Algo para que se refresquen.

Esteban se puso de pie.

—¿Por qué no nos acompaña, señora M?

—Siéntate, Esteban. Prefiero tener calor a que me coman los mosquitos. —Agitó una mano frente a su rostro transpirado—. Llamó Otis.

—¿No vendrá? —dijo Samuel, tomándole la mano.

—Ah, sí que vendrá. Dijo que no se lo perdería, pero otra vez está fuera de sí por Mabel, que no quiere comer nada en el hospital de convalecientes. Dice que todo sabe a engrudo. Haré unas galletas de mantequilla de maní. Sabes cuánto le gustan las galletas de mantequilla de maní. —Su voz se puso ronca.

—Podemos ir a visitarla mañana. Podríamos pasar por ese restaurante

chino al que solíamos ir a almorzar y llevarle un poco de *chow mein*.

Abby asintió y regresó a la casa.

Esteban la observó mientras se iba.

—A Abby está afectándola mucho, ¿verdad?

—Abby y Mabel son amigas desde hace décadas. Solían preparar todo para los almuerzos comunitarios de la iglesia. Organizaban los picnics familiares y las vacaciones de la escuela dominical. No nos quedan muchos amigos íntimos. —Le dirigió una sonrisa triste a Esteban y bebió su té—. Tan es así, que Abby me deja abrir la correspondencia a mí. No quiere ser la primera en enterarse que otra de nuestras amistades terminó en una residencia de ancianos o falleció.

—Qué pena lo de Mabel.

—Mabel está cansada y lista para irse a casa con el Señor. Es Otis quien la está pasando mal. No quiere dejarla partir. Hace cincuenta y ocho años que están casados. —Samuel se quedó mirando el jardín que Abby y él habían cultivado juntos cuando eran jóvenes y sus hijos eran pequeños. Los rosales estaban totalmente abiertos junto a la valla blanca de madera—. Entiendo cómo se siente. —Alguien tenía que ser el primero en atravesar las puertas del cielo. Por egoísmo, tenía la esperanza de ser el primero en partir. No podía imaginarse siguiendo en esta tierra el tiempo que le quedara de vida sin Abby a su lado. De solo pensar en perderla se le hacía un nudo en la garganta. Bebió otro sorbo de té.

Esteban se inclinó hacia adelante.

—Están hablando mucho de construir otra iglesia.

Samuel bajó con cuidado su vaso. Esteban debía haber almorzado con Pablo en los últimos días.

—Es un tema que surge de vez en cuando.

—¿Qué piensas de esa idea?

¿Habría incitado Pablo Hudson a Esteban para que hiciera la gran pregunta?

—Hace falta mucho dinero para construir una iglesia nueva.

—Seguro que sí, pero tenemos una congregación de miembros

dadivosos y dos cultos llenos todos los domingos, y otro los sábados en la noche.

—Sí.

—Pero de todas maneras tienes dudas.

—Sí, pero he estado orando al respecto. —Estaba perfectamente al tanto de la convicción que Pablo tenía de que el edificio de la vieja iglesia no era suficientemente grande, ni apropiado, para su congregación en crecimiento. Samuel había tratado de hablar discretamente del tema con él, pero Pablo no estaba dispuesto a discutir nada. Él quería acción. Quería que las cosas siguieran «avanzando». Cada vez que Samuel hablaba con el joven pastor, salía con la sensación de que había estado en una batalla espiritual. Pablo Hudson lo trataba con respeto, probablemente por el cariño que Eunice le tenía a Abby, pero Samuel seguía sintiendo que Pablo lo veía como un viejo desconectado del mundo y un obstáculo en el camino del progreso.

—¿Te molestaría compartir tus inquietudes conmigo, Samuel?

Samuel se quitó los anteojos y sacó su pañuelo.

—¿Qué necesitas hacer antes de empezar a levantar una edificación, Esteban?

—La mayoría de los proyectos comienzan con una fase de exploración y un comité de viabilidad. Luego, contratas a un arquitecto que elabore un boceto conceptual que se adecúe a las necesidades y al terreno. Los ancianos votan, comienza la fase de diseño, se llega a un acuerdo con el arquitecto, se reúne al equipo de diseñadores y se organiza el camino crítico para organizar la obra, y ¡adelante!

Samuel limpió lentamente sus anteojos.

—Retrocede un poco.

—¿Hasta dónde?

—El permiso sería un buen comienzo.

Esteban se puso en guardia.

—¡Bueno, claro! Eso ni hay que decirlo. Presentas la idea y los planos ante la congregación y obtienes su aprobación.

Samuel volvió a ponerse los anteojos. Podía ver que Esteban estaba entusiasmado con la idea. ¿Quería ser él quien la diseñara y la construyera? Y, si así era, ¿cuál era su motivación? Todavía era joven en el Señor, estaba aprendiendo a dar pasos de bebé en su caminar con Cristo. El proyecto de la construcción podría aplastarlo. Peor aún: podría dañarlo y sacarlo de la carrera.

—No estaba pensando en la congregación.

—¿En la comisión de planeamiento? ¿En los supervisores municipales?

—Alguien mucho más arriba en la escalera, hijo. Tienes que ir a la Cabeza de la iglesia.

Tienes que llegar al Señor. Expones todas las cosas ante Él en oración y luego esperas, escuchas y observas. Primero tienes que hacer esas cosas y, cuando recibes una respuesta, suponiendo que la respuesta sea que avances, recién entonces procedes. No antes. No deberías empezar algo y luego orar para que el Señor venga y te ayude a terminarlo.

Esteban torció la boca.

—¿Qué hay del paso de fe del que todos hablan?

Todos quería decir Pablo.

—La fe se basa en el conocimiento. — *No en la ambición personal desenfrenada.*

—¿Y qué me dices de la gran comisión? ¿Qué dices de expandir nuestro territorio?

Samuel también había estado presente en los servicios y había escuchado a Pablo predicar semana tras semana sobre la audacia en la fe, el avanzar y expandir el territorio de Dios. Retuvo cada nuevo latiguillo. ¿Pero era realmente el territorio de Dios lo que Pablo quería expandir? ¿Era una coincidencia que su determinación se fortalecía cada vez que David Hudson venía de visita? El simple hecho de que el padre

había construido una iglesia que albergaba a cinco mil miembros no significaba que el hijo tuviera que hacer lo mismo. Samuel deseaba desesperadamente darle al joven pastor el beneficio de la duda, pero a veces se preguntaba a qué padre le hacía caso Pablo Hudson.

—David Hudson nunca tuvo tiempo para dedicarle a su hijo —había dicho Eunice una vez—. Estaba demasiado ocupado formando su imperio. —La joven se ruborizó y pidió disculpas por decir algo tan horrible de su suegro. Pero su breve lapsus en la lealtad familiar les dio a Samuel y a Abby una pista de lo que impulsaba secretamente a Pablo a buscar el éxito. Y todos los desaires e insultos velados que Samuel había sufrido de parte de Pablo durante los últimos cinco años, dejaron de ser tan dolorosos. Se dio cuenta de que el muchacho aún estaba luchando por lograr la aprobación de su padre.

Cuando se dio cuenta de eso, Samuel se llenó de compasión por Pablo, así como de inquietud por la batalla espiritual que había dentro del joven Hudson. Pablo parecía ajeno a ello, pues no veía nada malo en los métodos y la mentalidad mundanos que se infiltraban en sus actividades y en su enseñanza. Eunice dijo que se había enamorado de Pablo porque tenía un corazón conforme al de Dios. Samuel también había tenido esa sensación sobre él, pero, en este momento, Pablo necesitaba con urgencia una cirugía a corazón abierto.

Samuel había hecho grandes esfuerzos por forjar una relación con Pablo Hudson.

Todavía lo intentaba. Si no fuera por Eunice y por Timmy, no tendría idea alguna de lo que movía a Pablo ni de qué conflictos estaba enfrentando que necesitaban ser llevados al Señor en oración. Samuel había pasado más horas de rodillas orando por Pablo que por cualquier otro miembro de la congregación. A excepción, posiblemente, de Esteban Decker.

—¿Samuel?

—Perdón. —Le dirigió a Esteban una sonrisa de disculpa—. Estaba perdido en mis pensamientos. Mencionaste la gran comisión y dar un salto de fe.

—El proyecto de construcción lograría ambas cosas.

Si era dirigido por Dios.

—Parece que ya tomaste una decisión. —O Pablo Hudson ya había decidido por él, con empujoncitos e incentivos sutiles.

—No exactamente, aunque algunos podrían acusarme de tener un interés personal. —

Apoyó sus antebrazos en la mesa del patio; sus ojos resplandecieron—.

Llevo meses haciendo bocetos conceptuales. Solo estoy jugando con algunas ideas. No es que esté tratando de convencer a nadie de construir.

—¿Sabes lo que implicaría eso?

—Desde la compra del terreno hasta mudarse allí, por supuesto que lo sé. Un proyecto de construcción pondría a prueba el compromiso de la congregación.

—Y ahí está el problema, Esteban. Comprometerse a construir el edificio de una iglesia no significa necesariamente comprometerse con el Señor. —Se dio cuenta de que Esteban no entendía de qué hablaba, pero no podía explicarlo sin sonar como si se opusiera a Pablo Hudson, lo cual no era cierto.

—La Iglesia Cristiana de Centerville está llena a reventar, Samuel. ¿Cuál es tu respuesta?

—No tengo una respuesta. Solo preguntas que esperan respuestas. —Más de la mitad de los miembros nuevos que asistían a la Iglesia Cristiana de Centerville lo hacían porque les parecía que su iglesia anterior era "demasiado básica e intolerante". Pablo había suavizado su mensaje. Ya no enseñaba las clases acerca de los fundamentos. Sus sermones tocaban superficialmente el evangelio y se enfocaban en la vida buena en Cristo. Había olvidado que Dios quería seguidores que vivieran la vida en santidad. Eso exigía obediencia y, a veces, implicaba sufrimiento y sacrificio. El corazón tenía que cambiar antes de que la vida fuera transformada, antes de que uno experimentara el gozo abundante que era consecuencia de una relación personal con Jesucristo, de que el Espíritu Santo morara en uno, de la total renovación del alma.

—Entonces, ¿no estás en contra de explorar la posibilidad de un proyecto de construcción?

—Estoy a favor de tomarnos el tiempo para averiguar qué quiere el Señor que hagamos.

¿Cuál es el motivo para construir un edificio nuevo?

—Estamos creciendo. Necesitamos más espacio.

—El hecho de que algo crezca no significa que sea sano, Esteban. El cáncer crece. ¿A cuántos de los que vinieron a escuchar el mensaje del domingo de Pablo les interesa un estudio bíblico a media semana?

Tenemos que hacer discípulos de las personas que asisten ahora. Necesitan aprender la Biblia. Necesitan madurar como cristianos. ¿Qué

desea Dios de los miembros de su iglesia? ¿Cómo viven una vida que agrade al Señor?

¿Cómo nos ofrendamos nosotros mismos como sacrificios vivos?

Esteban lo escuchaba, pero estaba convencido.

—Cuantas más personas tengas, más talento puedes usar para el liderazgo.

—¿Y crees que necesitas tener un edificio grande y nuevo para hacerlo? El apóstol Pedro, con el poder del Espíritu Santo, predicó el evangelio en Pentecostés y trajo a tres mil miembros nuevos a la iglesia. No creo que su primera orden del día fuera un proyecto de construcción.

—¿Se reunían en el templo, verdad?

Samuel se rio entre dientes.

—Has estado leyendo tu Biblia.

—Pensé que sería una buena idea, teniéndote a ti como maestro —dijo Esteban con una amplia sonrisa.

Samuel estaba feliz.

—Sí. Hablaban ante el templo. Se reunían en los pasillos, en los escalones y en las casas particulares. Continuamente se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas, entre ellas la Cena del Señor, y a la oración. No pedían que la gente prometiera donaciones para construir otro templo.

Dios está edificando el templo, una piedra viva a la vez. Tú y yo estamos hablando de dos proyectos distintos de edificación, Esteban.

Esteban se relajó en su tumbona.

—Creo que entiendo a qué te refieres. —Se puso pensativo.

—Así que hiciste algunos bocetos conceptuales. —¿Se los había pedido Pablo?

—Unos cuantos. Por placer. Es mejor pasar la noche haciendo eso que sirviéndome un whisky.

—¿Todavía luchas con eso?

—Siempre lo haré. Es la espina en mi costado.

—Todos tenemos pecados que nos asedian, Esteban. Son el problema que nos pone de rodillas y nos hace seguir dependiendo de la fortaleza del Señor.

—Todavía no he llegado al punto de mi fe en el que pueda decir que el alcoholismo es una bendición —dijo Esteban con una expresión irónica.

—Ya lo harás.

—Lo que me gustaría saber es qué pecado te asedia a ti.

Samuel se rio con él.

—Digamos que no siempre fui el hombre relajado, tranquilo y sereno que estás viendo ahora frente a ti.

La puerta mosquitera chirrió al abrirse y Abby asomó la cabeza hacia afuera.

—Llegó Hollis.

—Ya vamos a entrar. —Samuel se levantó y tomó su vaso vacío—. ¿Por qué no traes tus bocetos conceptuales, Esteban? Me gustaría ver cuál es tu visión de cómo tendría que verse una iglesia.

—Creo que me precipité.

—Depende de quién ha estado empujándote —dijo Samuel con una sonrisa.

Lo que más temía Samuel era que la Iglesia Cristiana de Centerville terminara siendo una víctima en el campo de batalla por el alma de Pablo Hudson.

—Es el cumpleaños de tu madre, Pablo. —Eunice no podía creer que

él dejaría pasar el día sin siquiera llamar a Loida.

—Le enviaste un regalo, ¿verdad? —Él sacó su abrigo del armario del vestíbulo.

—Sí, pero ella querrá escucharte a ti.

—¡Está bien! La llamaré y le desearé un feliz cumpleaños.

Eunice tuvo que morderse la lengua para no decir algo que luego lamentaría. Pablo amaba a su madre. Eunice lo sabía, así como sabía que la amaba a ella. Solo que permitía que otras responsabilidades se interpusieran. Les dedicaba tiempo a veinte personas por semana que lo llamaban para pedirle consejos. Les dedicaba tiempo a sus diáconos y a sus ancianos, excepto a Samuel Mason. Entonces Pablo estaba «ocupado» o

«había salido a hacer visitas» o cualquier otra excusa que insistía que le transmitiera al hombre que ella había llegado a querer y admirar como a su propio padre. «Estás pasando demasiado tiempo con los Mason», le había dicho Pablo la otra noche. Ahora, despreciaba a Samuel. No lo decía. Posiblemente ni siquiera se daba cuenta, pero ella lo notaba en su tono de voz cada vez que surgía el nombre de Samuel. Y sabía cuál era la causa de la animosidad de Pablo. Samuel nunca cedía a la «opinión generalizada».

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —dijo Pablo al teléfono.

Eunice temblaba. Fue a la cocina y abrió el grifo. Tal vez una taza de té la calmaría.

Señor, Señor, acaba con la raíz de amargura que está creciendo en mí. No quiero sentir estas cosas por mi esposo. El sol no sale ni se pone para mí debido a él. Tú eres mi Dios, mi socorro en tiempos de dificultad. Y, Dios, ¡ay, Dios mío, ahora tengo dificultades! Podía oír el zumbido invariable de la voz de Pablo mientras hablaba con su madre. Él hablaba, no escuchaba.

Su voz se acercó.

—Saluda a papá. Dile que todo está bien aquí. Es posible que pronto tenga noticias realmente estupendas. Aquí está Eunice. —Le dio el teléfono y se fue hacia la sala.

—Hola, mamá.

—Hola, querida. ¿Tuviste que marcar el número por él?

—No. Claro que no. —Una mentirita para no herir los sentimientos de su suegra.

Escuchó que la puerta delantera se abrió y se cerró cuando Pablo salió a reunirse con el alcalde en el club de campo.

—¿Cómo te va con la decoración?

Recientemente se habían mudado a una casa nueva y había dejado vacante la casa pastoral justo a tiempo para que el pastor asociado se mudara a ella.

—Más lento de lo que Pablo quisiera, pero va avanzando. —Habló de la pintura, los empapelados y de hacer cortinas para la sala de estar y la habitación principal—. Y el paisajismo está casi terminado.

—No tuve oportunidad de decírselo a Pablo, pero su padre se está jubilando.

—¿En serio?

—La junta directiva hará una gran celebración dentro de seis semanas. Ponlo en tu calendario. —Le dio la fecha a Eunice.

—¿De verdad va a hacerlo?

—No se atrevería a cambiar de parecer.

—¿Te sientes aliviada?

Un largo silencio siguió a su pregunta. A veces, el silencio decía más que las palabras.

—Voy a extrañar a todos los amigos que hicimos en esta iglesia.

—Que papá se jubile no significa que tengan que irse de la iglesia.

—Desde luego que sí, tesoro. El nuevo pastor la pasaría muy mal dirigiendo al rebaño si David Hudson siguiera sentado en uno de los bancos, ¿no lo crees?

—No había pensado en eso.

—Creo que lo mejor será que nos mudemos lejos de esta zona. Pero te prometo que no nos mudaremos a menos de doscientos kilómetros de

Centerville.

—Me encantaría tenerte de vecina.

—¿Y exponer la iglesia de tu esposo a su padre? Si viviéramos a una distancia cercana para viajar a ICC, David metería las manos en el ministerio de Pablo a las pocas semanas, ¿y cómo se sentiría Pablo con eso?

Como un niñito que no puede hacer nada bien. Otra vez.

—Tal vez les agrade Oregón. O Washington. ¿Qué me dices de Maine?

Loida se rio con ella.

—En realidad, estaba pensando que una isla desierta sería agradable. —Su voz le llamó la atención—. No más reuniones del consejo. No más retiros de ancianos, disciplinas intensivas ni sesiones privadas de enseñanza sobre los significados más profundos de la Biblia. Si David quiere viajar, tendrá que llevarse a su carcelera con él. No más sesiones privadas de consejería...

Eunice sabía que algo no estaba bien, pero no quería husmear.

—¿Mamá?

—Juré que no iba a hacer esto. —Loida se sonó la nariz silenciosamente—. Estoy bien, Euny. De verdad, lo estoy. Solo que estoy tan enojada que voy a explotar en cualquier momento. Y ni siquiera puedo decir con quién estoy más enojada. ¿Con Dios, que en Su soberanía ve todo y espera con tanta paciencia? ¿Con David, por ser lo que es? ¿Con los miembros del liderazgo de la iglesia, que optaron por pasar por alto las debilidades de David porque era quien traía a las personas que llenaban los platos de las ofrendas? ¿O

con los amigos, que sabían lo que estaba pasando y no tuvieron el valor de decírmelo?

¿Qué sabían? Eunice tenía miedo de preguntar. Tenía miedo de ya saberlo.

—Siempre he tratado de pensar lo mejor de las personas; especialmente de mi esposo.

Euny, tengo que hablar con alguien, y preferiría que fueras tú, antes que cualquier otro.

Pero tienes que prometerme que lo sabrás tú solamente.

Loida confesó todas sus cargas y Eunice quedó agobiada por ellas, llena de ira justa y dolor.

—Ay, mamá. Cuánto lo lamento. ¿Qué dice papá?

—Que todo es un malentendido. Que la cizaña que hay en el trigo está tratando de asfixiar su ministerio. Que todo esto es una cuestión de celos y ambiciones. Que está siendo perseguido de la misma manera que Jesucristo. Al principio, se resistió. Como un lobo atrapado. Quizás fue por eso que los miembros del consejo empezaron a unirse.

Sea como sea, la última reunión resolvió el asunto. Nunca había visto tan enojado a David, pero escribió la carta de renuncia. Y ahora, la congregación brindará una gran fiesta para darnos las gracias y desearnos lo mejor. No tienen idea de lo que sucedió. Y

es lo último que diré al respecto, porque estoy demasiado involucrada para ser objetiva.

¿Cómo está Timmy? Cuéntame qué anda haciendo mi nieto estos días.

Eunice entendió la señal y pasó los quince minutos siguientes hablando de las actividades de Timmy. Le encantaba el fútbol y andar en su bicicleta, pero le estaba costando «mantenerse concentrado» en la escuela.

—Pablo era igual. Ahora, ¿qué me cuentas de ti? ¿Está todo bien?

—Estoy más ocupada de lo que quisiera y Pablo trabaja más de lo que debería, pero, aparte de eso, todo está bien.

—Ah, claro. Ya escucho lo bien que está todo.

—Desde que llegamos a Centerville he aprendido lecciones difíciles. El pastor no tiene vida propia. ¿Cómo pudiste manejarlo durante tantos años?

—El Señor es mi primer esposo, Eunice. Mi compañero fiel. —Se rio discretamente—.

La parte difícil es que no puedes orar el lunes esperando que Dios responda el martes en la mañana.

Eunice sacó un pañuelo desechable de la caja que había sobre la encimera.

—¿No sería magnífico que lo hiciera?

—Programar el cronómetro para cinco minutos. *¡Ping!* Problema resuelto. Desde luego, sería como bajar por un tobogán de cabeza a una fogata, en lugar de gracia y misericordia, ¿no crees? —Le recordó a Eunice la fecha de la fiesta de jubilación—. Si Pablo te plantea alguna complicación, dile que su padre lo necesita. No le cuentes nada de lo que compartí hoy contigo. Quiero que David sea el que explique todo esto, si tiene la valentía de hacerlo.

Pablo revisó la correspondencia que Reka Wilson había puesto sobre su escritorio. Una carta de un abogado le llamó la atención. La abrió y leyó que la Iglesia Cristiana de Centerville era la única beneficiaria de un tal Bjorn Svenson. Su pulso se disparó. Giró hacia la computadora e ingresó el nombre. No apareció nada. Presionó el número cinco del marcado rápido.

—Eunice, ¿recuerdas a alguien llamado Bjorn Svenson?

—No, creo que no. ¿Por qué?

—Acabo de recibir una carta de su abogado, que me informa que la iglesia es la principal heredera de Svenson. —Se preguntó cuánto dinero habría en cuestión. *¡Que sea mucho, Dios! Que sea lo suficiente para que pueda seguir adelante con mis planes.*

Necesitamos un edificio más grande. Si no es suficiente, que alcance para comprar un terreno.

—Es posible que Samuel lo sepa.

Él no iba a llamar a Samuel.

—¿Ya llegaron los muebles de la oficina?

—Llegaron todos los muebles y sin rasguños.

—Quiero el escritorio y la credencia junto a las ventanas del frente.

—Todo está exactamente donde dijiste que lo querías, Pablo. No olvides que esta tarde tenemos que reunirnos con la maestra de Timmy.

Él lo había olvidado, pero ¿qué tan importante podía ser?

—Hoy no tengo tiempo, Eunice.

—Es importante que estés ahí esta vez, Pablo.

—Tú puedes ocuparte de eso.

—Deberíamos estar juntos en esto, y su maestra pidió hablar con ambos. Tuvo dos peleas en el último mes.

—Entonces, castígalo de nuevo. Esta vez, más tiempo que apenas unos días.

—Pablo...

—Mira, Eunice, tú sabes que lo amo, pero tengo el día lleno de citas. No puedo repartirme entre todos.

—Son solo veinte minutos, Pablo. Y él es tu hijo.

El calor subió a su rostro y sus músculos se pusieron tensos.

—No recuerdo que mi padre alguna vez haya ido a una reunión de padres y maestros.

Mi madre era la que iba.

—Y una vez me dijiste que nunca sentiste que le importabas a tu padre.

¿Por qué tenía que sacar algo que él había dicho en un momento de debilidad y echárselo en cara?

—La cita es a las tres y media.

—Está bien. Haré lo mejor que pueda por estar ahí. —Colgó. Miró su calendario, echó un vistazo al reloj y volvió a tomar el teléfono. Quería averiguar algo más sobre la herencia de Svenson. Esta podía llegar a ser la respuesta a sus oraciones.

Pablo no pensó en la reunión con la maestra hasta que estaba camino a casa desde Rockville. Eunice estaría decepcionada, pero entendería

tan pronto como le contara la noticia.

Giró en la calle sin salida donde había unas pocas casas nuevas, subió a la entrada para coches de la más grande en la curva trasera y apretó el control remoto en su visera. Al mirar su nueva casa, se sintió orgulloso. Cuatro habitaciones, dos baños, una amplia sala de estar y un comedor formal adyacente, que tenía una chimenea. La puerta se enrolló con suavidad y él entró con su nuevo Saturn en la cochera para dos carros, junto al viejo Toyota.

Abrió la puerta lateral, entró a la cocina y sintió el olor a carne a la cacerola y a manzanas asadas. La mesa de la cocina estaba puesta para dos. Eunice estaba junto al fregadero, pelando papas. Él apoyó las manos sobre sus caderas y la besó en la curva de su cuello. Ella no se movió.

—Perdón por haber faltado a la reunión con la maestra. —Ella siguió pelando las papas—. Lo entenderás ni bien te diga porqué.

—Estoy segura de que tienes una buena razón. Siempre la tienes. —Cortó la papa sobre una olla que estaba en la encimera, hizo correr el agua hasta que los trozos de papas quedaron cubiertos y cerró el grifo. Se apartó de él y puso la olla sobre una hornilla.

—No me olvidé a propósito de la reunión. Te hablé de la carta que recibí del abogado.

—¿Qué abogado? —dijo ella, dándose vuelta.

—El que me envió la carta sobre Bjorn Svenson, el hombre que le dejó toda su herencia a la iglesia. —En los ojos de ella asomó una mirada que él no pudo descifrar. Abrió el refrigerador y sacó una lata de refresco—. Svenson era un comerciante de Rockville.

Tuvo una tienda de ropa durante cuarenta años. —Abrió la tapa y tomó un largo trago—. Cuando su esposa murió, trató de venderla. Era una época de recesión; por lo tanto, el lugar permaneció en venta durante un par de años, sin oferta alguna. El agente inmobiliario le aconsejó que lo sacara del mercado, cosa que hizo. Cuando empeoró la salud de Svenson, se mudó a una residencia para ancianos al norte de Sacramento y dejó que el abogado se encargara de los detalles de su patrimonio. Los impuestos de la propiedad fueron pagados cada año, pero la tienda sigue vacía. Esta tarde fui a verla con una agente inmobiliaria.

Sonrió de oreja a oreja. Tal vez ella se entusiasmaría más cuando le

diera la gran noticia.

—Adivina cuánto vale la propiedad en el mercado actual, Eunice.

—No sabría decirte.

—¡Quinientos cincuenta mil dólares! ¿Lo puedes creer? —Se rio. Lo último del refresco burbujeó sobre su lengua. Puso la lata vacía sobre la encimera—. Esto es lo que estaba pidiendo en oración: una señal clara de que debo avanzar con el proyecto de la construcción.

—Podría significar otras cosas, Pablo.

—No, es una señal de Dios, Euny, una señal clara de que debemos seguir adelante con el nuevo edificio. Este dinero caído del cielo es lo que necesitamos para empezar. He convocado a una reunión del consejo el viernes en la noche. La agente inmobiliaria dijo que podrá tener un informe de valores comparables para entonces.

—Estás dando por sentado que todos lo verán de la misma manera que tú.

—Todos lo verán así. Hasta Samuel estará de acuerdo en que esto es providencial. —

Tomó el rostro de ella entre sus manos—. Entonces, ¿me perdonarás por haberme perdido la reunión con la maestra y pondrás un lugar más en la mesa para que yo cene?

—Tu lugar está puesto. Timmy se quedará con los Mason esta noche. Tenemos que hablar.

Sintió una señal de alarma, pero él no quería que nada arruinara la emoción que tenía desde que había hablado con el abogado y con la agente inmobiliaria. No quería que nada empañara su alegría.

—¿Sabes? Es la primera vez en siglos que estamos solos.

—Pablo...

La besó de nuevo como lo hacía cuando estaban recién casados.

—Te amo. Sé que no lo digo muy a menudo, ni te lo he demostrado...

La resistencia de ella solo tardó un momento en deshacerse.

Podrían hablar de los problemas de Timmy en la mañana.

CAPÍ TULO 9

ALGO ESTABA MAL. Pablo se dio cuenta por la manera en que su padre se metió la mano al bolsillo e hizo tintinear sus llaves mientras esperaban que comenzara el banquete de su jubilación. La madre de Pablo estaba sentada en el sofá de cuero, entre Eunice y Timmy, con un aspecto encantador pero más avejentada que la última vez que la había visto, siete meses atrás. ¿Era la salud de ella el motivo por el que su padre había decidido jubilarse?

—Siéntate, David. —Alisó la falda de su traje de seda color durazno.

—No tengo ganas de sentarme.

—No estás frente al pelotón de fusilamiento.

Él le dirigió una mirada venenosa y caminó hacia su sillón de cuero con respaldo alto, cerca de las estanterías de caoba empotradas. La oficina había sido redecorada otra vez.

Todo era de primera clase.

—Si tu intención es atraer a empresarios a tu iglesia, tienes que aparentar estar a la altura de ellos —le había dicho más temprano esa noche a Pablo—. No puedes llevar a un ejecutivo a un escondite de mal gusto y convencerlo de que Jesús es el camino a una vida buena. —Los revestimientos de madera de cerezo, las cortinas a la medida, las lámparas de bronce y la alfombra lujosa con dibujos de un bosque verde probablemente habían costado más que el salario anual de Pablo, y eso sin contar el escritorio y la credencia nueva.

Su padre tamborileó los dedos sobre la silla de cuero rojo.

Sería bueno que alguien dijera algo para aliviar la tensión que se respiraba en la sala.

—Dudo que viva lo suficiente para tener una oficina como esta —dijo Pablo, esperando que la envidia no se notara en su voz.

Su padre se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro de nuevo.

—Lo harás, si trabajas mucho.

—Pablo trabaja mucho —dijo Eunice.

—¿Acaso dije que no lo hacía?

Pablo le lanzó a Eunice una mirada de advertencia. Ella sabía que era mejor no discutir.

Lo último que necesitaba era que su padre hiciera comentarios burlones de un esposo que necesitaba ser defendido por su esposa.

—Una iglesia de quinientas personas no puede compararse con una de seis mil, Eunice.

—Jesús empezó con doce. —Su mamá palmeó la mano de Eunice—. Algunas personas olvidan que el trabajo solo es trabajo si no es guiado por el Espíritu Santo.

Su padre les dio la espalda y se quedó mirando fijamente por la ventana.

—¿Quién se hará cargo de tu púlpito, papá?

—José Wheeler.

—Es el pastor asociado desde hace cinco años —dijo su madre—. Es un hombre conforme al corazón de Dios.

—Nunca lo he escuchado predicar —dijo Pablo, quien no podía recordarlo—. ¿Les parece bueno?

Su padre resopló.

—Los ancianos piensan que lo es.

—Es un excelente maestro, tiene sólidos fundamentos bíblicos. —Su madre sonrió—. La gente puede confiar en él.

Su padre se alejó de los ventanales y echó un vistazo a su Rolex.

—¿Por qué demoran tanto?

—Trata de relajarte, papá. Nos pones nerviosos a todos.

—Esta velada no fue idea mía. —Extrajo un pañuelo bordado del bolsillo interno del saco de su traje Armani y se secó la transpiración que había en su frente—. No me gusta que planifiquen las cosas por mí. —Dobló el pañuelo y volvió a metérselo en su bolsillo.

—Por lo menos, no es una fiesta sorpresa —dijo Pablo, arriesgando un poco de frivolidad.

—Me gustaría sorprenderlos a ellos. —Los ojos de su padre se oscurecieron.

La madre de Pablo miró a su esposo con una tenue sonrisa.

—No te lo aconsejaría.

—Me pidieron que diga unas palabras de cómo es ser tu hijo.

—¿De quién fue esa idea? —Miró a su esposa—. ¿Tuya, Loida?

—Confía en que Pablo será amable. —Se cruzó de piernas y alisó la falda sobre sus rodillas—. Pensé que sería bueno que tu hijo hable por ti.

Pablo no estaba dispuesto a confesar que había tardado tres días en escribir un discurso de cinco minutos (y que estuvo horas contando cuántas veces su padre lo había herido).

¿De qué manera lo honraría si decía toda la verdad?

—Voy a decirles que crecí viendo de primera mano con cuánta devoción te consagraste a construir la iglesia. Toda persona que te conoce puede dar testimonio de lo apasionado que eres por el ministerio y de tu dedicación a tu llamado. Yo espero seguir tus pasos. —David Hudson había consagrado su vida a la iglesia y eso era lo que Pablo se proponía decirle al público que esperaba para desearle lo mejor en una afectuosa despedida.

—Bueno, esperemos que te vaya mejor que a mí.

—Me parece que te has desempeñado bien en todo, papá —dijo Pablo, asombrado.

Su madre se rio.

—Por cierto que sí. Y él sería el primero en decirte cómo lo ha bendecido Dios.

La puerta se abrió.

—Estamos listos para comenzar, David.

—Gracias. —Su padre se dirigió a la puerta y, entonces, se detuvo y miró a su esposa.

—Loida —dijo el hombre respetuosamente y asintió con la cabeza antes de salir al pasillo.

—Es hora, Loida.

—Sí, es hora. Ya lo creo que es hora. —Se quedó sentada mirándolo con una expresión enigmática.

Eunice se sonrojó y miró a Pablo con inquietud.

—¿Papá? —Pablo nunca había visto a su padre vulnerable ni indeciso, y eso lo estremeció—. ¿Qué está pasando aquí?

—Nada que deba preocuparte. —Extendió la mano a su esposa—. Loida...

—En los últimos años estuve a un lado mirando el partido, David. Y ahora quieres que esté a tu lado —apretó fuertemente los labios—. Esta es tu noche. Eres al que todos vinieron a ver. Ve ahí afuera y recibe tu justa recompensa. —Sus ojos oscuros relucieron con el brillo de las lágrimas. Sacudió la cabeza.

Él se puso pálido.

—Por favor, Loida.

Los ojos de Loida se llenaron de angustia. Por un instante, los cerró fuertemente, y entonces se levantó con elegancia.

—A seguir con el espectáculo. —Metió su mano en el recodo del brazo de David y salió por la puerta con él.

Pablo apoyó una mano sobre el hombro de Timmy.

—Tú vas con nosotros, hijo. Quédate cerca. —Se inclinó hacia Eunice —. ¿Podrías sonreír, por favor? Parece que estuvieras yendo a un funeral.

—¿Tu padre te habló de la razón por la cual se está jubilando?

—Dijo que estaba cansado y necesitaba descansar. Y que quería pasar más tiempo con mamá.

—Ah, qué bien —dijo ella con un tono raro antes de seguir al ujier.

Había otros dos ujieres vestidos con trajes negros esperándolos junto a la puerta de dos hojas que conducía al gimnasio de la iglesia. Pablo escuchó el ruido sordo de una gran multitud y la música suave de un cuarteto de cuerdas.

—Doctor Hudson, el pastor Wheeler estará aquí en un instante para acompañarlos a usted y a Loida a la mesa principal. Yo escoltaré a su hijo y a su familia hasta su mesa.

Estarán justo frente al podio. Hemos planeado una noche hermosa para ustedes.

Esperamos que la disfruten. —Su sonrisa fue débil y fría—. José hablará en primer lugar, y luego servirán la cena. Ni bien sirvan el postre, comenzará el programa. Varios de nuestros pastores asociados dirán unas breves palabras y luego hablará su hijo.

Cinco minutos —dijo, mirando a Pablo—. Cualquier comentario suyo servirá como introducción para el video que el equipo preparó para resumir la carrera de su padre.

Hemos previsto música especial para el final, y entonces todo habrá terminado.

«Todo habrá terminado». Lo dijo como si fuera un calvario que debía sobrellevar, en lugar de una celebración por la vida de un hombre.

—Damas y caballeros —dijo alguien desde un micrófono, y las voces de la multitud se volvieron un murmullo mínimo—. Por favor, demos la bienvenida al doctor David Hudson y a su esposa. —Cuando las puertas se abrieron y la madre y el padre de Pablo avanzaron, había un hombre esperándolos. La gente empezó a levantarse de sus asientos y a aplaudir mientras sus padres eran escoltados al frente del gimnasio, donde habían puesto una tarima y una larga mesa. Pronto, toda la congregación estuvo de pie.

Los aplausos eran ensordecedores.

Pablo y Eunice, con Timmy entre ambos, fueron acompañados a su mesa. Los aplausos continuaron aún después de que su padre y su madre llegaron a sus asientos. Y

continuaron mientras su padre ayudaba a su madre a sentarse. Su padre tomó asiento por algunos segundos; luego se levantó como si lo avergonzaran la adoración y los elogios, y levantó las manos, asintió e hizo gestos para que todos se sentaran. La madre de Pablo lo jaló de la chaqueta y él volvió a sentarse, y el resto de las personas que estaban en su mesa también tomaron asiento.

Los celos enfurecieron a Pablo. ¿Llegaría el día en que su congregación lo tuviera en tan alta estima? Manteles de damasco, porcelana fina, platería y copas de cristal auténtico,

además de un arreglo floral que no había salido del jardín de nadie. El costo de la despedida por la jubilación de su padre consumiría el presupuesto de dos años de la Iglesia Cristiana de Centerville. Pablo se sentía inferior e insignificante.

José se acercó al micrófono. Las sillas rasparon el piso cuando la gente volvió a sentarse.

Comenzó con una oración, convocando a todos los presentes a dar gracias al Señor por bendecirlos tanto. Luego habló brevemente sobre el programa de la noche.

Mientras la velada transcurría, Pablo fue dándose cuenta de lo tenso que estaba su padre. Casi no habló con el hombre que tenía a su derecha y estuvo frotando el mantel con sus dedos hasta que la madre de Pablo posó su mano sobre la de él. Cuando él levantó su mano y la besó, Pablo estaba impresionado. Nunca había visto que su padre hiciera algo por el estilo. Su madre arrebató la mano y entrecruzó ambas manos sobre su falda, antes de volver a prestarle atención a la ensalada que habían servido frente a ella. Ninguno de los dos parecía tener mucho apetito.

Tampoco él. Le sudaban las palmas de las manos. Todo lo que había planificado decir se le había ido de la cabeza. El corazón le palpitaba fuertemente. Tenía el estómago revuelto. Las únicas ocasiones en que su padre demostraba interés en él eran cuando Pablo lo decepcionaba. Y eso había sido frecuente durante la infancia de Pablo. Sus notas no eran lo suficientemente altas. No era muy atlético. Se vestía inapropiadamente.

Usaba el cabello demasiado largo. Era un niñito de mamá. Era cierto que su padre había dedicado sus energías a edificar esta iglesia, pero lo había hecho a expensas de un hijo que no deseaba otra cosa que agradarle y hacerlo sentir orgulloso.

—¿Pablo? —Eunice apoyó una mano sobre su pierna.

Ella siempre percibía cuando había algo que le molestaba. Esta vez, se sintió aliviado.

—Las cosas no están bien entre mi madre y mi padre. No puedo precisar qué es. Y no estoy seguro de que lo que pensaba decir se ajuste a la ocasión. Pídele al Señor que me dé las palabras, cariño. Ora bastante.

Ella tomó su mano y la apretó.

—El liderazgo está cambiando la atención, apartándola de tu padre y poniéndola en el Señor y Su obra. Eso es bueno, Pablo. Así debería ser.

—Mira la cara de mi padre.

—Concéntrate en el Señor, Pablo. Si observas el programa, verás que su firme intención es quitar el foco sobre tu padre y ponerlo en Jesucristo.

Ella tenía razón. ¿Había sido idea de su padre girar el reflector? Parecía fuera de lo normal, pero apropiado. Su jubilación podía cambiar el rumbo de todo el ministerio en este lugar. El programa tenía que haber sido diseñado para garantizarle a su padre que su trabajo para el Señor continuaría. Su ministerio permanecería mucho tiempo después de que él se fuera.

Retiraron los platos de la ensalada y sirvieron el solomillo Wellington, seguido por una espuma de chocolate para el postre.

Pablo apenas pudo tragar unos bocados. *Señor, dame las palabras que Tú quieres que diga.*

José Wheeler se puso de pie y presentó a Pablo. Pablo se levantó, tomó el micrófono y miró a la multitud. Dudó apenas unos segundos, y habló con amor del respeto que tuvo por su padre mientras lo observaba dedicar su vida a la iglesia. Animó a todos los presentes a fomentar la fe en sus hijos e hijas, impulsándolos a seguir al Señor de todo corazón, pues eso le agradaría a Él. Cuando tomó asiento, levantó la vista hacia la mesa principal. Su madre sonreía y las lágrimas corrían por sus mejillas, pero su padre tenía la mirada puesta en la pantalla mientras atenuaban las luces y comenzaba el video que sintetizaba su ministerio.

Eunice tomó la mano de Pablo por debajo de la mesa y se inclinó hacia él.

—Estuvo perfecto, Pablo. No podrías haberlo dicho mejor.

Qué lástima que su padre no estuviera satisfecho.

Eunice sabía que su suegro le había dicho algo a Pablo antes de salir de la iglesia, porque Pablo se despidió bruscamente de toda la familia antes de bajar las escaleras para ir a la espaciosa *suite* para invitados en la lujosa residencia de sus padres en North Hollywood Hills. Timmy se fue al baño.

Loida soltó la respiración.

—¿Qué le dijiste a tu hijo esta vez, David?

—Nada para que reaccione de una manera tan infantil. —Se aflojó la corbata y se dirigió a la habitación principal.

—Quizás deberías hablar con Pablo y ver si todo está bien —le dijo Loida a Eunice—.

Puedes decirle que estoy orgullosa de él.

Loida se encontró con Timmy a mitad del pasillo.

—¿Te gustaría mirar una película con abuelita en el estudio? ¿Has visto *Ben-Hur*? Te fascinará la carrera de cuadrigas. Podemos comer palomitas de maíz y tomar chocolate caliente.

Eunice abrió la puerta de la *suite* de invitados y vio la maleta sobre la cama. Pablo salió del armario con el brazo cargado de ropa. Ella cerró la puerta al entrar y atravesó la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? Estoy empacando.

—Pablo, no podemos irnos.

—¡Eso es lo que tú piensas!

—¿Cómo se sentirá tu madre?

—Ella lo entenderá.

—Pero Pablo, dijiste que nos quedaríamos hasta el viernes.

—Quédense *ustedes*. Yo regresaré a Centerville. Puedes decirles lo que se te ocurra. Yo tengo trabajo que hacer. Esa es la verdad.

—Supongo que tu padre y tú intercambiaron algunas palabras después del banquete.

Él se rio sin ganas.

—Apenas las suficientes para que me dieran ganas de largarme lo más rápido posible.

No debería haber dicho nada. No debería haber venido.

—¿Qué te dijo, Pablo?

—Dijo que esperaba más de su hijo que un tributo insignificante a la paternidad, que cualquier alumno de primer año del seminario podría haber escrito en cinco minutos.

—¿Y qué lo habría complacido? ¿Que dijeras que el ministerio se derrumbará sin él?

Dios mediante, no será así. —Caminó hacia él—. No podemos irnos, Pablo. Estas son las primeras vacaciones en familia que tomamos desde que aceptaste el púlpito en Centerville. En seis años, Pablo. Prometimos llevar a Timmy a Disneylandia y a los Estudios Universal. ¿Qué hay de toda esa charla sobre Zuma Beach y los pozos de alquitrán La Brea, y todos esos lugares a los que te llevó tu madre cuando eras pequeño? No es justo para él.

—Lo superará. —Le dio la espalda y abrió otro cajón.

—¿Cuándo vas a dejar de vivir tu vida para satisfacer a tu padre?

Él dejó de empacar para mirarla con furia.

—¡No tienes idea de lo que estás hablando! —Tiró unas camisas en la maleta.

Eunice estaba tan enfurecida que temblaba. Sabía exactamente qué pasaría si él seguía adelante con esto.

—Si te vas mañana, tu padre dirá que escondiste el rabo y huiste.

Él giró tan abruptamente, que no supo qué iba a hacer. Ella retrocedió más por la conmoción que por la bofetada que le cruzó la cara. Se puso una mano sobre la adolorida mejilla y se quedó mirándolo, horrorizada. Cuando Pablo se le acercó un paso, ella retrocedió.

—Euny —dijo él con el rostro pálido.

El corazón de Eunice estaba retumbando.

—A veces me pregunto si realmente te conozco.

—Perdóname —dijo con voz ronca. Se sentó en la cama con los hombros encorvados y lloró.

Ella le pasó una mano temblorosa por el cabello, como lo hacía con Timmy cuando estaba sumamente triste. En general, por algo que había o no había hecho su padre.

—Pablo, tu padre estaba disgustado esta noche y se descargó contigo.

Él le agarró la mano.

—¿Me perdonarás?

—Ya lo hice.

—¿Cómo es posible amar tanto a alguien y odiarlo al mismo tiempo? ¡Mi padre me vuelve loco!

¿Esa era la excusa por lo que Pablo le había hecho?

—Tu padre tendrá mucho por que responder, Pablo. —No podía decir más que eso sin traicionar la confidencia que le había hecho Loida. Sin importar lo que supiera de su suegro, ella no tenía derecho a condenarlo ni a tratar de asesinarlo ante los ojos de su hijo. La verdad tendría que salir de su padre o de Loida. Y si no surgía de ninguno de los dos, Eunice oraba que Dios mismo le revelara la verdad a Pablo, y que su padre dejara de ser su ídolo.

Se sentó en la cama junto a su esposo.

—Me pediste que orara por ti, Pablo. Y lo hice. Oré con todo mi corazón y con toda mi alma para que hablaras las palabras de Dios. *Tú* mismo oraste, también. Y dijiste lo que el Señor te dijo que hablaras. —Ella tomó la mano de él entre las suyas—. El Señor está satisfecho, Pablo, aunque tu padre no lo esté.

—Estaba seguro de que Dios estaba diciendo esas palabras a través de mí, Euny. Muy seguro. No me había sentido tan bien en mucho tiempo.

Oh, Señor, déjalo ver claramente cuán perdido ha estado. Que este sea el momento. Por favor.

—A veces, creo que mi padre me humilla a propósito. Siempre ha habido algo entre nosotros que lo perturba. —Sus ojos tenían una expresión angustiada—. Hay algo en mí que lo saca de quicio.

Señor, por favor, que sean Tus palabras, no las mías. Que Pablo escuche la verdad con amor.

—A veces las cosas no son lo que parecen, Pablo.

—¿Qué quieres decir?

Su corazón se agitaba a medida que sus nervios se tensaban. *Que mis motivaciones sean puras, Señor.*

—Que un hombre diga que es cristiano no significa que lo sea. Aunque se pare detrás de un púlpito.

La miró fijamente, escudriñando sus ojos por unos segundos, y entonces soltó su mano.

—¿Estás diciendo lo que me parece que dijiste?

La ira regresó a su voz. Que así sea.

—Nosotros no conocemos el corazón de tu padre, Pablo. Pero podemos ver el fruto que ha estado produciendo.

Él se levantó.

—Te equivocas, Eunice. Es increíble lo equivocada que estás.

Pablo estaba apenas a medio metro de ella, pero Eunice sentía en su corazón que la distancia era cada vez mayor entre ellos.

—Espero que así sea, Pablo.

—¿Cómo se te ocurre pensar siquiera que mi padre no es cristiano? Mira lo que ha construido para el Señor. ¿Viste a los cientos de personas que había en ese salón? Todos estaban allí para agradecerle los años de servicio. ¿Escuchaste lo que le decían cuando se acercaban

por la fila de recepción? ¡No tenían palabras para darle las gracias por todo lo que ha hecho por ellos! ¡Si no fuera por él, nunca habrían recibido el evangelio!

¡Algunos lloraban!

Eunice se preguntó cómo podía dejarse influir tan fácilmente. Él había estudiado la Biblia incluso más que ella. Fue Dios, no David Hudson, quien ablandó los corazones.

Fue la Palabra de Dios, Cristo Jesús, quien los salvó. Fue por su muerte que esas personas habían sido redimidas. A lo largo de los siglos, ha habido hombres que proclamaron el evangelio para beneficio propio. Y Dios los había usado incluso a ellos para realizar Su santo propósito. David Hudson no había salvado una sola alma en toda su vida, ni lo haría. Ella quería clamar contra el hombre que había pisoteado a Pablo toda su vida, el hombre que podía destruirlo con unas palabras o una mirada, y cuya aprobación Pablo deseaba con tanta desesperación. Pero ¿qué sentido tenía? Solo tenía que mirar a su esposo a los ojos para ver que él no estaba listo para escuchar.

Agotada, frustrada y herida, se puso de pie.

—Haz y piensa lo que quieras, Pablo. —Caminó hacia la puerta.

—Supongo que ahora irás a quejarte con mi madre de lo pésimo que soy como esposo y como padre.

Con la mano sobre la perilla de la puerta, se dio vuelta y lo miró. ¿Realmente tenía tan mala opinión de ella? ¿O solo decía cosas para lastimarla de la misma manera en que su padre le decía cosas a él?

—Iré a sentarme con Timmy y con mamá a ver *Ben-Hur*.

Dejaría a Pablo para que refunfuñara a solas.

Más tarde esa noche, cuando Eunice se fue a la cama, Pablo la rodeó con sus brazos y volvió a pedirle perdón. Parecía que todo estaba bien entre ellos, mejor de lo que había estado en meses, hasta que ella se despertó en la mañana y descubrió que estaba sola en la cama. Se incorporó rápidamente y se sintió aliviada cuando vio el traje, los pantalones y las camisas de Pablo en los colgadores del clóset, y su

maleta en el rincón, al lado de la suya. El reloj de la mesa de noche indicaba las siete.

Retiró el edredón y se calzó las pantuflas. Se puso su bata rosa de felpilla y fue a ver a Timmy en la habitación de huéspedes de la planta superior. Al pasar por el estudio, vio a Loida vestida con unos pantalones negros sueltos, una blusa blanca y un pulóver púrpura largo hasta las caderas, cerrando el sofá cama.

—Pensé que debía levantarme antes de que Pablo o Timmy se enteraran de que estaba durmiendo aquí.

La puerta de la habitación principal estaba cerrada.

—Pablo y papá deben estar en la cocina, tomando café.

—No lo creo.

—Entonces, es probable que Pablo haya salido a correr.

—Así que todavía corre...

—No tan seguido como le gustaría.

Loida sonrió.

—Salió premiado en atletismo durante la escuela secundaria. Ganó tantas carreras que un cazatalentos vino a hablar con él para entrenarlo para las Olimpiadas.

—¿Por qué no lo hizo?

—Dios lo llamó al ministerio.

La cocina estaba llena de la luz del sol del sur de California. Loida la había decorado en azul, blanco y amarillo. Eunice se sentó en la barra del desayuno. Mientras, Loida molió granos de café, vertió lo molido en un filtro y deslizó el soporte en su lugar de la cafetera.

—¿Por qué estaba molesto Pablo anoche? —Vertió el agua—. Habló tan bien durante el banquete.

Eunice se encogió de hombros. No quería decir nada sobre Pablo.

—Papá debe estar disfrutando su primer día de jubilado. Él no suele dormir hasta tarde.

—Se levantó y salió, como Pablo. Cerré la puerta de la habitación principal porque todavía no he tenido tiempo de tender la cama. —Loida sonrió secamente—. Fue a jugar al golf a Lakeside.

—Ah. Bueno, tal vez Pablo esté con él.

—No —dijo Loida, mirando hacia afuera por la ventana de la cocina—. Él está entrando en este momento.

La puerta delantera se abrió y se cerró. Pablo entró a la cocina, vestido con un pantalón deportivo y una camiseta sin mangas, y el cabello empapado de sudor.

—¡Buenos días, señoras! —Besó a Eunice y luego le dio un beso en la mejilla a su madre.

Abrió la puerta del refrigerador y sacó el jugo de naranja, tomó un vaso y lo llenó.

Todavía jadeando, lo levantó haciendo un brindis—. ¡Salud! —Lo bebió completo y puso el vaso en el fregadero.

Loida le arrojó un paño de cocina.

—Antes de que riegues tu sudor por el piso limpio de mi cocina.

Él se secó la cara y se puso el paño alrededor del cuello.

—¿Dónde está papá?

—Se… tuvo que salir esta mañana. —Loida le dirigió a Eunice una mirada de advertencia.

—Esperaba poder llevarlo a almorzar. ¿Cuándo volverá a casa?

—No creo que vuelva a la casa hasta tarde, Pablo. —Loida acomodó las tazas y los platos—. Lo cual quiere decir que puedes ir con Eunice y con Timmy al Parque Griffith y al zoológico.

—Ah, qué alegría. —Sostuvo el paño de cocina por ambas puntas.

Eunice vio que Loida no tenía ninguna intención de decirle a Pablo que su padre se había ido a jugar al golf.

—Será mejor que vaya a darme una ducha —dijo Eunice. Tal vez si salía de la cocina, Loida podría hablar con Pablo.

—Déjame ir primero a mí. —Pablo caminó hacia la puerta—. Yo necesito una ducha más que tú.

Volvió a sentarse en el taburete, deprimida. Tarde o temprano, Pablo se enteraría de dónde estaba su padre e iba a ofenderse porque no lo había invitado.

Loida le sirvió café a Eunice.

—Si Pablo viene con nosotros, la pasará bien y no estará en casa para ver cuando su padre entre con sus palos de golf. Creo que David está evitando el momento en que Pablo le pregunte por qué se jubiló.

Más excusas.

Loida sacó un recipiente mitad leche, mitad crema del refrigerador, llenó la jarrita para la crema y la puso con cuidado en la encimera, junto a la azucarera.

—Me alegro de haber dejado atrás la noche de ayer.

—Fue un programa muy bonito.

El rostro de Loida se relajó.

—Sí, lo fue. El liderazgo pudo borrar los rumores antes de que empezaran. Pocas personas dejaron la iglesia, pero lo hicieron con total discreción. —Se sirvió una taza de café y se sentó. Le agregó crema y azúcar y la revolvió lentamente—. Lo de anoche fue una gran ayuda para hacer la transición más fácil para la congregación.

—¿Vas a estar bien, mamá?

—En realidad, me siento mejor de lo que esperaba.

—¿En el estudio?

Ella sonrió con sarcasmo.

—Mi ciática me está dando problemas.

Esa sería la historia que escucharía Pablo si preguntaba por qué su madre no estaba durmiendo con su padre.

Pablo los acompañó al Parque Griffith. Timmy se quedó junto a su padre, absorbiendo cada palabra que Pablo le decía sobre los diversos animales mientras Loida y Eunice se quedaban atrás y conversaban.

—Han manejado todo discretamente —dijo Loida—, que es lo mejor para la iglesia. Lo último que quiero es causar desunión en el cuerpo, y mucho menos el desencanto de los miembros más nuevos. David se arrepintió de todo, desde luego.

¿Estaba arrepentido, o solamente lamentaba que se hubiera terminado su ministerio?

Eunice quería preguntar eso, pero no deseaba causarle más dolor a Loida.

Su suegra había preparado un picnic para el almuerzo. Encontraron un sitio tranquilo a la sombra, cerca de una extensión de césped. Loida también previó llevar dos guantes y un bate de béisbol. El más pequeño parecía muy usado; el más grande, nuevo. Eunice

no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a Pablo jugar a la pelota con su hijo. Disfrutó cada momento del juego.

—Sostén el guante en alto, Timmy —le gritó Pablo a su hijo—. ¡Así! ¡Buena atrapada, hijo! —Tim sonrió satisfecho.

El día fue casi perfecto, hasta que se estacionaron frente a la casa. La puerta del garaje estaba abierta y el padre de Pablo estaba sacando los palos de golf del baúl de su carro.

—Dijiste que *tuvo* que salir. —Pablo apretó el freno de mano—. Buen intento, mamá.

Loida se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero y puso una mano en su hombro.

—Pasamos un buen día, Pablo.

Pablo sacó la llave del arranque.

—Mañana en la mañana regresaré a Centerville.

—Pensé que iríamos a Disneylandia —dijo Timmy desde el asiento trasero.

—En otra oportunidad, hijo.

—Pero, papá...

—¡Tengo cosas más importantes que hacer que ir a un parque de diversiones!

Eunice se dio vuelta en el asiento del acompañante y se obligó a sonreír.

—Sabes que tu padre no rompería una promesa que te hizo, Tim. Él tiene que volver, pero nosotros no. Tú, la abuela y yo iremos a Anaheim mañana y pasaremos todo el día en Disneylandia. Descansaremos un día y luego iremos a los Estudios Universal.

—¡Genial! —Timmy saltó afuera del carro y corrió hacia la casa. Loida salió y lo siguió.

Pablo miró furioso a Eunice.

—¿Y qué pasará con la escuela?

—La maestra de Timmy sabe que no volverá hasta el lunes.

—Entonces se supone que tendré que conducir de vuelta hasta aquí y recogerlos a ustedes dos el viernes.

—No te compliques, Pablo. Siempre tenemos la opción de regresar en un autobús Greyhound.

—Haz lo que quieras. —Pablo abrió la puerta de un empujón, salió, la cerró de golpe y se marchó a trancazos.

Antes de salir del carro y seguir a su esposo al interior de la casa, Eunice se quedó sentada un momento en el carro, viendo cómo su suegro lustraba los palos de golf.

Samuel apoyó el peso de su cuerpo en la bordeadora mientras podaba los últimos metros de césped que había a lo largo del sendero que conducía a los escalones delanteros. Limpió la hierba de las cuchillas y la echó dentro del recogedor, la depositó en el cesto verde para reciclar que había en el garaje y colgó la escoba y la bordeadora.

Estaba cansado, pero se sentía bien. Le encantaba el olor del césped recién cortado.

Por deferencia a Abby, se quitó los zapatos y los dejó al lado del escalón, antes de entrar a la casa a través del garaje. Sintió el aroma al pan de plátano que estaba horneándose.

Abby no estaba en la cocina. Samuel salió por la puerta trasera al patio de atrás, pero sonó el reloj automático. Apagó el horno. Tomó las agarraderas, abrió el horno y sacó dos hogazas de pan de plátano y las depositó sobre la rejilla para enfriar.

Abby no estaba en el jardín. Él volvió a entrar.

—¿Abby? —La encontró sentada en el piso del dormitorio, tratando de respirar, con la espalda apoyada contra el borde de la cama—. ¡Abby! Cariño, ¿qué te pasa? —La tomó en sus brazos, tratando de pasar un brazo por debajo de sus rodillas.

—¡No! —jadeó ella con sus labios azules—. No me levantes.

—Llamaré al doctor. ¡No te muevas! —Gateó para llegar al teléfono y lo tiró al suelo cuando golpeó la mesa. Lo levantó y pulsó el 911. Tan pronto como le dio a la operadora la información que necesitaba, colgó y se arrodilló junto a Abby. Acercándola

con ambos brazos, la abrazó tiernamente—. Aguanta, mi amor. Ya están en camino.

Aguanta, por favor. Aguanta.

Podía escuchar las sirenas a lo lejos. Volvió a recostar a Abby contra el piso, se aferró a la columna de la cama y se impulsó para levantarse. Con un gesto de dolor por sus rodillas, caminó aprisa por el pasillo, abrió la puerta delantera y salió justo cuando los paramédicos se detenían.

—Aquí. —Los llamó con la mano, volvió a entrar rápidamente y recorrió el pasillo—.

Abby, ya están aquí, cariño. Están entrando. Aguanta, cariño. —Luchaba por contener las lágrimas.

—El pan.

—Está en la encimera, cielo. Ya apagué el horno. No tienes que preocuparte por nada.

Estarás bien. Vas a estar bien. —Le sujetó la mano y sintió que ella apretaba la suya débilmente.

—Cálmate, Samuel, o tendremos que pedir otra ambulancia. —Había gotitas de sudor en su frente. Él la besó y la mantuvo cerca, incapaz de

decir nada por el nudo que tenía en la garganta.

No me la quites, Señor. Por favor, no te la lleves. Todavía no.

Cuando los paramédicos entraron con su equipo, no había espacio para él. Se quedó atrás, observando, mientras ellos revisaban sus signos vitales, hablaban con un médico, le ponían un goteo intravenoso y la subían con cuidado a la camilla.

—Iré con ella. —Samuel los siguió por el pasillo y cuando salieron por la puerta del frente. Millie Bruester esperaba junto a la verja delantera y le preguntó qué podía hacer para ayudar—. ¿Cerrarías con llave la casa, por favor? —Los paramédicos estaban subiendo la camilla a la ambulancia, y Abby estaba levantando la mano—. Tengo que irme.

—No te preocupes por nada, Samuel. Solo ve tranquilo. ¡Apúrate!

El viaje hasta el hospital pareció tardar una eternidad. Cuando llegaron, los paramédicos llevaron en silla de ruedas a Abby a la sala de emergencias, donde se reunieron con un doctor y le informaron sus signos vitales mientras la llevaban a través de las puertas dobles. Samuel trató de seguirlos, pero una enfermera lo interceptó.

—Necesito cierta información, señor. Tiene que llenar estos formularios.

—Pero mi esposa...

—El doctor Hayes está con ella, señor. Es un médico excelente. No podría estar en mejores manos. —Le entregó un portapapeles con los formularios—. Estaré en el mostrador de registro cuando usted termine.

Unos minutos después, Samuel le entregó el portapapeles.

—¿Hay algún teléfono que pueda usar?

Tomó los papeles con una sonrisa e hizo un gesto con la cabeza hacia su derecha.

—Los teléfonos están al final de la sala de espera, entre los baños.

¡Teléfonos públicos! Metió la mano en su bolsillo. Estaba vacío. Buscó en su bolsillo trasero y recordó que había dejado su billetera en la parte superior del gavetero, sobre el organizador que le había regalado su hija. ¿Para qué iba a necesitar la billetera mientras

cortaba el pasto?

Señor, Señor...

—Samuel. —Vio a Eunice caminando apurada hacia él, y a Timmy pisándole los talones.

—Creí que estaban en el sur de California.

—Llegamos hace una hora. Estaba desempacando cuando Millie llamó. ¿Cómo está?

—No me han dicho nada. Está con el doctor. —Su voz se quebró. Eunice rodeó su cintura con sus brazos y lo abrazó estrechamente. Él apoyó su brazo sobre los hombros de Timmy y lo acercó. Lloraron todos juntos.

—No te rindas, Samuel. —Eunice le frotó la espalda y empezó a orar en voz alta con la misma naturalidad con la que respiraba. Timmy se acercó más y Samuel se estrechó con más fuerza mientras Eunice le pedía a Jesús que estuviera con ellos, que sanara el cuerpo de Abby, que les diera fortaleza y paciencia. Cuando terminó, los tres permanecieron abrazados.

—Iba a llamar a mi hija, pero no tengo un centavo en el bolsillo y olvidé mi billetera.

Eunice hurgó en su cartera y sacó el monedero.

—Además, te olvidaste otra cosa, Samuel. —Le sonrió con los ojos llorosos.

—¿Qué?

—Tus zapatos.

Ni bien Esteban se enteró de la noticia de Abigail Mason, llamó a su trabajo, dijo que no iría ese día y se fue al hospital. Compró un arreglo floral en la tienda de regalos y le preguntó a la recepcionista dónde podía encontrar a Abby. Cuando llegó a la habitación privada en el segundo piso, tocó suavemente la puerta antes de abrirla.

Abby le sonrió debajo de la máscara de oxígeno y Samuel se paró y le

estrechó la mano.

Esteban quedó impactado por lo pequeña, delgada y pálida que parecía Abigail Mason en la cama del hospital. Y Samuel había envejecido en los últimos días.

—Más flores. —Esteban sonrió ampliamente y puso el adorno de capullos de rosas color rosado junto a una canastita de margaritas que había en la mesa de noche de Abby. Otra mesa rodante tenía tres arreglos con sus respectivas tarjetas y había dos más en un estante—. Podría poner su propia florería, señora M.

Ella dejó escapar una risita.

—Cuando desperté, creí que estaba asistiendo a mi propio funeral.

Samuel le tomó la mano entre las suyas.

Esteban estaba de acuerdo en que no era gracioso en absoluto.

—Estaba en Sacramento y no me enteré de que estabas en el hospital hasta esta mañana.

—¿Estabas visitando a tu hija?

Había ido a buscar a Brittany a la nueva morada de Kathryn en Gold River. Durante los primeros ocho meses que llevaba casada de nuevo, Kathryn había sido realmente

amable con él y le había permitido más privilegios de visita. Pero en esta oportunidad, cuando Kathryn abrió la puerta, él supo que las cosas ya andaban mal. Tenía aquella expresión conocida en los ojos. Decepcionada, enojada, buscando en quién descargarse.

Su esposo estaba fuera de la ciudad, en otro viaje de trabajo, y ella tenía planes para ese día. Brittany le había contado durante el almuerzo: «Mamá quería ir con él a París y a Londres, pero Jeff no quiso». Tuvieron una pelea; Brittany esperaba que no volviera, aunque ellas vivían en la casa de él. Odiaba a su padrastro porque hacía llorar a su madre. Esteban se preguntó si Brittany lo odiaría a él por los mismos motivos.

—Esta vez, pasamos todo el día juntos.

—Qué bueno —dijo Samuel.

—No resultó tan bien como esperaba. —Cuando el día llegó a su fin,

había desarrollado un fuerte rechazo por su propia hija. Era una Kathryn en miniatura: se quejaba de todo y criticaba todo. La única palabra que parecía existir en su vocabulario era *aburrido*. La película que vieron juntos le pareció aburrida. El almuerzo fue aburrido; todo era *aburrido*. Suponía que ella pensaba que él también era aburrido. Estaba empezando a agradecer que su palabra favorita no fuera una grosería.

Pero al final perdió la paciencia en la tarde, cuando le propuso que alquilaran bicicletas y pasearan por la orilla del río.

—¡Ay, qué aburrido! —Cuando preguntó qué le gustaría hacer, ella dijo que ir de compras.

Eso fue el colmo.

—¿Sabes qué, corazón? Eso me aburre a mí.

Ella entornó los ojos hacia arriba y dejó escapar un suspiro exageradamente sufrido.

—Entonces me harás dar un *aburrido* paseo en bicicleta.

Le sonó tanto a Kathryn, que su temperamento se encendió.

—A las personas aburridas, la vida les parece aburrida. Si lo único que te interesa es gastar el dinero de otro en cosas que no necesitas y ni siquiera deseas, tienes un problema, cariño, un gran problema. —Igual que su madre. Kathryn apenas tenía ocho meses en su nuevo matrimonio y ya se estaba quejando. Esteban sintió tristeza por el

pobre tonto que le había puesto el anillo en el dedo y que ahora tenía que lidiar con su interminable lista de exigencias.

Sin embargo, él debía haber mantenido la calma, en lugar de dejar que una niña de once años lo fastidiara hasta ese punto. Todavía se arrepentía de sus palabras. Las había dicho con ira, sin pensar en el daño que causarían. Ahora era demasiado tarde. El puente que había intentado tender durante los últimos cinco años se incendió. El abismo entre ellos era más grande que nunca. Que Kathryn tuviera la piel gruesa como un rinoceronte no significaba que Brittany fuera igual.

—¡Ya que soy tan aburrida, papá, no pierdas tu precioso tiempo conmigo el mes que viene!

—No es mi culpa que solo pueda verte una vez al mes. Habla con tu

madre al respecto.

—No me interesa. *¡Los odio a los dos!* —No dijo una palabra más durante el resto del día.

Otra lamentable habilidad que estaba aprendiendo de Kathryn: cómo usar el silencio y las lágrimas para hacer que un hombre se sintiera como un gusano después de un temporal: arrasado e indefenso. Le pidió perdón, pero no sirvió de nada.

—¿No te fue bien? —Samuel estaba esperando.

—Un desastre total. Como caminar por un campo minado. —No había llegado ileso al otro lado. Y Brittany tampoco.

Abby le hizo un gesto a Samuel, quien se levantó y apretó el botón para levantar la cama un poco más. Cuando estuvo más cómoda, dio unas palmaditas sobre la cama y le indicó a Esteban que se sentara.

—Las niñas veneran a su padre cuando son pequeñas, Esteban.

Él resopló.

—Ella me odia. —Kathryn le había enseñado bien.

—No, no es así.

—Me dijo rotundamente que me odia.

—Probablemente le diste algún motivo para que se enojara.

—Siempre es culpa del hombre.

—Deja de regodearte en la autocompasión y escúchame. Es muy probable que tu hija termine buscando un hombre igual a ti para casarse y que, luego, trate de resolver cualquier cosa que ande mal entre ustedes dos ahora.

Fue como si Abby le hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago. Trató de restarle importancia.

—¿Alguien apuesto e inteligente, quieres decir? —Era más probable que su hijita preciosa se casara con alguien rico que pudiera hacerse cargo de atenderla con todas las comodidades a las que ella deseaba acostumbrarse.

Abby estaba completamente en desacuerdo.

—Estoy vieja y enferma, Esteban, pero sigo en pleno uso de todas mis facultades mentales. Bueno, de la mayoría de ellas. —Le hizo un gesto a Samuel y, entonces, volvió a mirar de frente a Esteban con una expresión solemne—. Tengo muchos más años de experiencia de vida que tú y he visto muchachas que cometen los mismos errores una y otra vez. —Su mano era como la garra de un pajarito en la de él—. Tienes que conectarte con Brittany y poner en orden las cosas entre ustedes. Pronto. ¿Me oyes?

Brittany no es tu esposa, Esteban. Es tu hija. Son dos personas muy distintas, no importa cuán parecidas las veas ahora. Y otra cosa: tienes que perdonar a Kathryn.

—Ya lo hice.

—En tu cabeza, tal vez sí, pero no en tu corazón. Cada vez que hablas de ella, tu voz y tu mirada se vuelven agresivas. Tu hija no es ciega. Tendrás que orar por todo eso, Esteban. Largo y tendido, pero tendrás que hacerlo si quieres seguir adelante y crecer en Cristo. Ya pasaron cinco años, jovencito, y todavía tienes cuentas que saldar. Y, te des cuenta o no, estás cobrándoselas a Brittany.

La verdad de sus palabras fue un duro golpe para él. ¿Qué posibilidades tenía su hija cuando la miraba y veía todo lo que había odiado de su exesposa? Le era muy cómodo echarle la culpa a Kathryn por el comportamiento de Brittany. Como padre de ella, él compartía una parte importante de la responsabilidad.

«¡Ya que soy tan aburrida, papá, no pierdas tu precioso tiempo conmigo el mes que viene!».

Él notó el dolor y el tono acusatorio en su voz, aunque ella no le dejara ver su rostro.

¿Cómo podía afirmar que la amaba y que le importaba si no estaba dispuesto a luchar

por pasar más tiempo con ella? Una vez al mes no era tiempo suficiente para construir una relación con nadie, menos aún con su propia hija. Kathryn usaba a Brittany como arma.

Abby sonrió con ternura.

—Cristo te perdonó, Esteban. ¿Cómo puedes no perdonar a Kathryn?

Tenía que perdonarla si es que quería llamarse cristiano.

Independientemente de lo que hiciera su exesposa, él tenía que enfocarse en cómo ser un mejor padre para Brittany.

—Voy a esforzarme por lograrlo.

—Será mejor que des más que eso. Sé que lo harás. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Y te sorprenderá cuánto cambiarán las cosas entre los tres cuando lo hagas.

Otros golpecitos en la puerta.

—¿Alguien en casa? —El corazón de Esteban saltó y sintió un fuego en la boca del estómago cuando Eunice Hudson se asomó a la habitación. Lo vio y sonrió—. Hola, Esteban. —Él le dedicó un débil saludo mientras Samuel la recibía con un abrazo y un beso en la mejilla—. ¿Cómo está hoy nuestra paciente? —Eunice tomó la mano de Abby.

Estaba tan cerca que Esteban podía oler el aroma de su perfume. ¿O era simplemente el olor de su piel? Se puso de pie y se apartó de la cama para dejarle espacio a Eunice.

Samuel lo estaba observando. ¿Acaso sus sentimientos eran evidentes? Era un tremendo idiota. Lamentablemente, no lo ayudaba mucho recordarse a sí mismo que el objeto de su pasión estaba casada, y para colmo, con su pastor.

—Será mejor que me vaya —dijo.

—Pero si acabas de llegar —protestó Abby—. No estarás huyendo por lo que dije,

¿verdad?

Eunice levantó la cabeza.

—No, señora. Yo solo... —¿Solo qué? No podía pensar ni siquiera en una buena excusa mientras Eunice lo miraba.

—No quise interrumpir tu visita, Esteban. Solo me quedaré unos minutos.

El corazón de él latía fuertemente.

—De todas maneras, creo que Abby ya había terminado de sermonearme por mi mala conducta. —Se quedó mirando a Eunice, quien ocupó su lugar al borde de la cama.

—Traje una copia del servicio para ti. —Sacó un casete de su bolso y la dejó en la mesa de noche—. Y los niños hicieron tarjetas. —Le dio a Abby una pila de sobres atados con una cinta amarilla. Hablaron durante unos minutos, relajada y abiertamente, como madre e hija; luego, Eunice se inclinó y besó a Abby en la mejilla—. Deberías descansar, Abby.

—Es lo único que he estado haciendo.

Eunice volvió a agarrarle la mano y la apretó.

—Esta tarde volveré con Timmy para verte. —Cuando se levantó, miró a Esteban—. Y a ti te veré en la iglesia, Esteban.

—Sí. —La observó mientras salía por la puerta.

—Euny y Timmy se quedaron seis horas sentados conmigo la mañana en que Abby ingresó al hospital. —Samuel volvió a tomar la mano de Abby.

Abby se rio en voz baja.

—Hasta le trajo los zapatos.

—¿Zapatos? —Esteban miró a uno y a otro.

—Abby siempre dice que me quite los zapatos para andar en el jardín cuando llego al garaje.

—No quiero que deje marcas de tierra ni césped en nuestra bonita alfombra limpia.

—Cuando encontré a Abby, olvidé completamente ponerme otro par.

—Así que vino al hospital en calcetines.

Samuel levantó la mano de Abby y le besó la palma.

—La pérdida de mis facultades mentales es prueba de mi devoción. —Extendió los dedos de ella sobre su mejilla y sostuvo su mano allí. A Esteban lo impresionó la

ternura del gesto y lo pálido que estaba el rostro de Samuel. Estaba exhausto y preocupado. Abby Mason aún no estaba fuera de peligro.

Hablaron durante unos minutos más y Esteban supo que era hora de irse. Abby parecía agotada; Samuel, preocupado.

—Será mejor que me vaya.

—Samuel tendrá el estudio bíblico mañana en la noche, Esteban.

Él miró a Samuel.

—¿Estás seguro?

No lo estaba, pero lo haría de todas maneras.

—A insistencia de Abby.

Cuando Esteban salió de la habitación, vio a Eunice en la enfermería. Se había quedado diez minutos más para evitar hablar con ella o, peor aún, preguntarle si quería tomar una taza de café, aunque fuera el pésimo café de la cafetería del hospital.

—Esteban, me gustaría presentarte a alguien. Ella es Karen Kessler. Karen, él es Esteban Decker.

Una atractiva mujer de cabello castaño se puso de pie en su cubículo y le tendió la mano.

—Qué bueno conocerte finalmente Esteban.

—Igualmente. —Él había visto esa mirada en los ojos de una mujer anteriormente.

—Karen se integró a nuestra membresía hace poco. Está empezando a asistir a un grupo de solteros.

Oh-oh.

—Ah, claro, bien. Buena suerte. —Él retrocedió y levantó una mano en un gesto que indicaba: «Nos veremos en algún momento».

—¿Qué te parece si te llamo y te pongo al día sobre lo que haremos en la próxima reunión? —dijo Karen.

—Disculpa. No tengo tiempo. — *Y no estoy interesado.* Se dirigió hacia la salida, echando humo.

—¡Esteban!

Eunice salió por las puertas corredizas. Parecía preocupada.

—¿Hice algo malo allá adentro?

Él metió la mano en su bolsillo y sacó las llaves de su camioneta.

—No. —¿Por qué estaba tan enojado?

—Tienes cara de que algo anda mal.

Sí, algo andaba mal. Lo que sentía por ella era inaceptable. Lo único que había intentado hacer ella era engancharlo con Florence Nightingale. Tal vez, era mejor que Eunice no tuviera la más mínima idea de cómo se sentía él por ella. ¡Qué lío! Tranquilizó sus nervios y forzó una media sonrisa.

—No pasa nada malo, Eunice. Al menos, nada que puedas solucionar. —Pablo era su amigo, pero eso no significaba que Esteban no codiciara a su esposa. Lo cual estaba mal, completamente mal. Tampoco ayudaba a la situación que él notara que había tensiones entre los Hudson. Podía identificar un matrimonio con problemas a primera vista.

Sintió la tentación de aplacar el dolor que veía en la mirada de ella. Abandono. Soledad.

Presiones. Tenía la sensación de que si le preguntaba a Eunice en ese momento si quería ir a tomar un café con él, ella aceptaría. Y eso solo significaba problemas con *P*

mayúscula. Grandes problemas—. Nos vemos.

—¿Esteban?

Su corazón latía fuertemente. No podría haberse movido del lugar aunque su vida dependiera de ello. *¡Ayúdame, Jesús!*

—¿Puedo preguntarte algo en confianza?

—Dispara. — *Dispárame a mí, en la frente.*

—Pablo dijo que dibujaste unos bocetos para un edificio nuevo.

—Es correcto.

—¿Él te pidió que los hicieras? —Lo miró a los ojos.

—No. En diciembre pasado me dijo que estamos superando la capacidad de la ICC. Eso me hizo pensar en que nunca he diseñado una iglesia. Me puse a jugar con esa idea.

No… —negó con la cabeza—, tu esposo no me pidió que hiciera ningún boceto. —Vio los ojos de ella llenarse de alivio antes de desviar la mirada. No confiaba en su esposo.

Se preguntó por qué, y entonces se reprendió a sí mismo mentalmente. *No es asunto tuyo, Decker. Métetelo en la cabeza. Y entra en tu camioneta y lárgate de aquí ahora mismo.*

Ella lo miró con esos ojos azules puros e inocentes.

—Dijo que son buenos.

El calor creció en su pecho y bajó a sus piernas. *Ay, Señor, dame fuerzas.* Si hubiera sido otra mujer, pensaría que estaba coqueteándole. Pero ¿Eunice Hudson? ¡De ninguna manera! Ya podía imaginar la cara que pondría ella si la invitaba a su casa para mostrarle sus trabajos.

—Incorporé un montón de ideas de diversos edificios. Cuando sueño, sueño en grande.

—Igual que Pablo.

Fue bueno que ella mencionara el nombre de su esposo en la conversación. Tuvo el efecto de una ducha fría. La miró a los ojos y le sostuvo la mirada.

—Sí, bueno, como tantas otras personas. Me refiero a los sueños. No significa que algo bueno surja de eso. Ni que deba surgir algo. —Mostró lo suficiente sus sentimientos para que ella entendiera.

Esperaba que ella apartara la mirada, pero no lo hizo. Siguió mirándolo a los ojos, con las mejillas ruborizadas, y sus ojos empezaron a empañarse.

—Esteban…

Oh, Señor, ayuda. No esperaba ver lo que vio en sus ojos.

—Será mejor que me vaya.

—Sí.

Ninguno se movió.

—Lo lamento, Esteban.

No estaba seguro de por qué le había dicho eso, pero no quería que se preocupara por él, encima de todas las otras cosas por las cuales tenía que preocuparse. Era un hombre grande. Podía cuidarse solo.

—Gracias por presentarme a Florence Nightingale. Tal vez la llame.

Ella parecía estar respirando nuevamente.

—Se llama Karen.

—Karen —dijo él, obedientemente. Le daba igual.

—Es muy agradable.

—Estoy seguro de que lo es. —Como si eso cambiara en algo las cosas.

Samuel estaba sentado en una sala silenciosa, a un costado de una larga mesa. Al otro lado estaba el doctor Schaeffer, una trabajadora social, un terapeuta y alguien del departamento de derivación de pacientes del hospital. Él estaba angustiado.

El médico era joven y muy instruido. Samuel había visto los diplomas enmarcados en la pared de su oficina. Por otro lado, no tenía tiempo que perder y fue directo al grano. La situación de Abby era irreversible, su diagnóstico no era bueno. En menos de dos minutos, concluyó lo que tenía que decir. Información entrecortada. Le preguntó a Samuel si tenía preguntas, pero su tono implicaba que ya había dicho todo lo necesario y que no tenía tiempo para extenderse con las explicaciones. Samuel dijo que no. A continuación, siguió la trabajadora social, el terapeuta y la consejera de derivación de pacientes. Todos sentían que él y Abby estarían mejor si la trasladaban a ella a una clínica de convalecientes.

El médico se excusó. Quedaron tres contra uno.

—Mañana por la mañana llevaré a mi esposa a nuestra casa. —Se dio cuenta de que anteriormente habían encontrado resistencia y que estaban preparados para enfrentarlo.

—Eso es noble de su parte, señor Mason, pero es imprudente.

—No puede cuidar usted solo a su esposa, señor Mason.

—Ella ha tenido enfermeras día y noche. Nadie puede hacer eso solo.

—Agradezco su interés, pero ya tomé la decisión.

La trabajadora social resolló y entrelazó las manos sobre la mesa.

—Sabemos que es difícil, señor Mason. Pero tenemos que concientizarlo acerca de los hechos. Usted es mayor que su esposa. Tuvo un ataque cardíaco leve hace cuatro años.

Si usted se ocupa de cuidar a su esposa a tiempo completo, su propia salud se resentirá.

—Correré el riesgo.

—¿Y qué pasará si usted termina en el hospital, señor Mason? Su esposa seguirá necesitando cuidados constantes.

Sabían cómo apretar las tuercas.

—Recibiría cuidados de primera calidad en el Hospital de Convalecientes de Vine Hill.

Si no quieren optar por esa alternativa, lo animamos a que consiga ayuda.

—Tiene que guardar sus energías a largo plazo, señor Mason.

—El doctor ya dejó en claro que su esposa no mejorará.

Samuel se sentía en inferioridad numérica.

—A medida que pase el tiempo, ella necesitará más cuidados. Y los cuidados serán una carga mayor para usted.

Fue esa palabra la que definió su decisión.

—Abby nunca ha sido una *carga*.

—Señor Mason...

—Si les dieran a elegir —dijo Samuel, poniéndose de pie—, estoy seguro de que cada uno de ustedes preferiría morir en su propia cama. —Su boca tembló mientras contenía las lágrimas.

No se animó a regresar a la habitación de Abby en ese estado. Por lo tanto, fue a la cafetería del hospital y bebió una taza de su repugnante café. Luego de eso, esperó otra media hora, pero apenas lo vio, Abby lo supo.

—Ay, Samuel, no te pongas así.

—Ya hablaron contigo, ¿verdad?

—Claro que sí. Tengo un problema cardíaco. No estoy loca.

Él maldijo por primera vez en años.

Abby resopló.

—Si eso no es una muestra de total agotamiento y frustración, no sé qué es.

—¡No te dejaré en un hospital de convalecientes, y se acabó!

—Bueno, me alegra escuchar eso, pero vas a conseguir ayuda. Si tengo que usar pañales, no quiero que seas tú quien me los cambie.

Él se rio y luego lloró. Ella también lloró con la mano apoyada sobre su cabeza.

—Por todos los cielos, Samuel, sabíamos que uno de los dos sería el primero. No lo convirtamos en una carrera para ver cuál de los dos llega antes a las puertas celestiales.

Él le agarró la mano y la apretó fuertemente contra su mejilla. No pudo decir una sola palabra por el nudo que tenía en la garganta.

—Necesitas afeitarte, Samuel. —Él se dio cuenta de que estaba empezando a quedarse dormida otra vez—. Prométeme que no te convertirás en un viejo barbón.

—Lo prometo. —Se levantó y se inclinó para besarla firmemente en la boca.

Ella sonrió.

—Y un baño, también.

Samuel contempló a Abby mientras se quedaba dormida, antes de irse.

La boca de Pablo se tensó cuando el intercomunicador zumbó. ¿Acaso la gente no podía dejarlo en paz por una mísera hora? Hasta Jesús

podía escabullirse un rato. Apretó el botón de mala gana.

—Te dije que no me pasaras llamadas, Reka. —Necesitaba leer los papeles de la inmobiliaria.

—Samuel Mason está en la línea uno.

—Oh. —Su enojo desapareció. Hacía una semana que Abigail Mason estaba en el hospital, y él aún no había ido a visitarla. Debería haberla llamado—. ¿Enviaste las flores?

—Sí.

Gracias al cielo, Eunice había ido todos los días al hospital. La noche anterior le había dicho algo de la salud de Abby, pero no recordaba qué era.

—¿Dijo algo de cómo está Abby?

—Me pareció que había estado llorando, Pablo. No me animé a preguntar.

Pablo se restregó la frente, avergonzado de no haber ido al hospital y hablado con los dos. Pero, al parecer, todos los días había surgido algo.

—Está bien —le dijo a Reka. Pulsó la línea uno—. Samuel, ¿cómo está Abby?

—Tan bien como podría esperarse. Mañana la llevaré a casa.

Gracias a Dios. Al menos, Abby todavía estaba viva.

—Haré que Reka llame a las diaconisas. Ellas prepararán comidas para ti y para Abby...

—No es por eso que te llamo, Pablo. Es que renuncio al cargo de anciano.

—¿Me lo puedes repetir?

—Dije que renuncio como anciano.

Anonadado, Pablo se reclinó hacia atrás en su silla. Durante los últimos dos años había tratado de encontrar la manera de remover a Samuel con elegancia, y ahora el ataque cardíaco de Abby había logrado lo que él no había podido. Los tiempos del Señor no podían

ser más perfectos.

—Lo lamento, Samuel. —Y de verdad lo lamentaba. Había deseado que Samuel remara con él, en lugar de hacerlo contra la corriente—. Sé que no siempre hemos estado de acuerdo, pero reconozco que siempre buscaste lo mejor para la Iglesia Cristiana de Centerville. Quiero que sepas que agradezco todo lo que has hecho por la iglesia. Tu servicio no será olvidado.

—Gracias.

—¿Te gustaría que te incluyera en la lista para recibir copias de los servicios?

—Por favor.

—Te echaremos de menos.

—Gracias por decirlo, Pablo.

Pablo se movió incómodo en su silla.

—Cuando Abby esté instalada, Eunice y yo iremos a visitarlos.

—Serás bienvenido cuando quieras, Pablo. Si alguna vez necesitas conversar, sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Samuel.

Pablo colgó y alzó las manos al aire, dando gracias a Dios. Ahora tenía luz verde para avanzar con los planes que tenía para la iglesia.

TERCERA PARTE

Deambulando por el

DESIERTO

CAPÍ TULO 10

1996

—¡Muy bien! ¡Vamos! —Pablo ocupó su lugar en el asiento trasero del convertible blanco rentado. Palmeó en la espalda al nuevo pastor asociado—. Vamos, Raúl. ¡Que la ciudad sepa que estamos aquí!

Raúl Henson tocó la bocina, dando comienzo a la procesión de carros hacia el centro de la ciudad. Se rio.

—Qué bueno que el jefe de policía sea miembro de nuestra congregación.

Cada conductor de la caravana que lo seguía empezó a tocar su propia bocina, hasta que el ruido fue ensordecedor. La gente en las aceras miraba boquiabierta. Otros salieron corriendo de las tiendas para ver qué sucedía. Pablo se paró y usó un megáfono para comunicarles que la vieja Iglesia Cristiana de Centerville se mudaba, marcando el camino a una nueva vida. Laura Henson saludaba con la mano como la reina del Desfile de las Rosas.

—¡Saluda, Tim! ¡Vamos! ¡Arriba ese ánimo! —Tim se metió los dedos en los labios y lanzó un chiflido ensordecedor.

Pablo se agachó hasta la altura donde Eunice estaba hundida en su asiento.

—¿Qué te pasa? —Parecía que quisiera esconderse en el fondo del carro—. ¡Haz algo!

¡No te quedes sentada ahí! —Ella saludó con la mano, pero no emitió silbidos ni gritos.

Tan pronto como atravesaron la ciudad, Pablo se puso el cinturón de seguridad. Raúl hizo rugir el motor por la autopista 99 y los banderines flamearon. Laura chilló y levantó las manos. Mirando atrás, Pablo vio los demás carros que lo seguían y sonrió de oreja a oreja. Se relajó y disfrutó del viento en su rostro.

Fue asombroso lo rápido que las cosas tomaron forma una vez que fueron eliminados los escollos. La salida de Samuel Mason del consejo de ancianos, tres años atrás, había

despejado el camino. Pablo había tardado menos de dos años en armar el equipo de sus sueños. Una vez que los nuevos ancianos lograron la

aprobación de la congregación para construir, se encendió la luz verde. La pequeña oposición que surgió al principio, se resolvió rápidamente. Su equipo orquestó una campaña de relaciones públicas con el cuerpo de la iglesia. Lo único que hizo falta fue un puñado de personas en los puestos del liderazgo para que toda la iglesia se alineara. Marvin Lockford exhibió los bocetos de Esteban Decker en el salón social. Esteban contrató a un profesional para que hiciera una maqueta a escala del complejo proyectado. Los líderes comenzaron a hablar de un

«proyecto a veinte años». Pablo suponía que los planes se completarían mucho antes que eso, especialmente desde que los números de la ICC aumentaban porque él había cambiado el formato de su prédica por el de los servicios para los visitantes.

—Si construimos, ellos vendrán —era el eslogan de la iglesia. En la actualidad, ¡mil doscientas personas estaban asistiendo a la ceremonia del inicio de obras! *¡Gracias, Jesús!*

Los ancianos que tantos dolores de cabeza le habían causado habían sido acallados. Otis Harrison falleció pocos meses después que su esposa, Mabel. El funeral de Hollis Sawyer había sido la semana pasada, y la patética concurrencia que tuvo demostró lo poco que lo echaban de menos. El único que todavía estaba por ahí era Samuel Mason, pero se mantenía ocupado cuidando a su esposa convaleciente. Había dejado de ir a la iglesia por completo, aunque seguía pidiendo las copias de los sermones.

—¡Ahí está! —gritó Raúl. Laura chilló y levantó las manos otra vez mientras Pablo divisaba el cartel que identificaba la futura ubicación del Centro Nueva Vida del Valle.

Gracias a Dios, Esteban lo había colocado a tiempo. La congregación había votado por el nuevo nombre hacía apenas un mes. Iba a tono con el crecimiento. *Valle* había sido elegido con facilidad; la iglesia ya no estaría en Centerville. La discusión había sido en torno a la palabra *Cristiana*. Muchos miembros decían que nunca habrían puesto un pie en la iglesia si no hubiera sido por los buenos amigos que los habían llevado. *Cristiana* estaba ligada al fundamentalismo y a la intolerancia. Por eso, el nuevo nombre fue elegido de acuerdo con el nuevo rumbo de la iglesia.

Eunice se había opuesto al cambio de nombre, pero por respeto al cargo de Pablo, no había hecho pública su opinión. Sin embargo, nada le impedía expresar su opinión en casa.

—Se supone que debemos ser un modelo para el mundo, Pablo. ¿Cómo nos diferenciaremos del mundo si…?

Él se había hartado de escucharla.

—La única manera de hacer entender el mensaje es lograr que la gente entre por la puerta primero. Una vez que estén adentro podemos empezar a formarlos.

—Es engañoso, Pablo. ¿En qué se diferencia eso de lo que hacen las sectas?

Raúl llevó el carro hasta el centro de la parcela de dieciséis hectáreas y se estacionó.

Laura brincó fuera del carro y bailó alrededor como una porrista de Texas. ¿Por qué Eunice no podía ser así de entusiasta? ¿Acaso no veía cómo estaba obrando Dios, llevando gente al rebaño? ¿Era una coincidencia que la venta de la propiedad de Svenson en Rockville fuera justo lo que la iglesia necesitaba como pago inicial para comprar las primeras ocho hectáreas? Tres meses después, el dueño del terreno donó la segunda parcela de ocho hectáreas a manera de una deducción tributaria. Seguramente había sido una señal de la aprobación de Dios. Tal vez la campaña de recaudación de fondos había empezado lentamente, pero, tan pronto como Gerald Boham empezó a mostrar las donaciones en el salón social, el dinero comenzó a fluir a raudales. A la gente le gustaba ver su nombre en la tabla. Necesitaba sentirse importante.

Cuando las ofrendas disminuyeron otra vez, a Pablo se le ocurrió la idea de llamar a los miembros más viejos de la congregación; especialmente a los que vivían en el Hospital de Convalecientes de Vine Hill, el lugar donde muchos de los miembros más adinerados estaban viviendo sus últimos años. Mitzi Pike y Fergus Oslander lo recibieron con los brazos y el corazón abiertos. A ninguno le quedaba parientes vivos.

Todos los jueves, él compraba donas para Mitzi y jugaba a las damas con Fergus.

Siempre iba el mismo día para que esperaran su visita. Nunca se quedaba más de una hora, y jamás mencionaba el proyecto del edificio. Más bien, les decía que la muerte era la puerta al cielo y a vivir la eternidad con Jesús. Les preguntaba cómo desearían ser recordados. Recién cuando empezaron a mencionar que les gustaría dejar algo para la iglesia, él llevó la maqueta en miniatura del edificio

proyectado. Se entusiasmaron tanto como él.

Mitzi Pike murió y le dejó todo su patrimonio a la ICC. ¡Ciento ochenta y siete mil quinientos cuarenta y dos dólares, y cincuenta y tres centavos! Pablo quedó impresionado por la dádiva. Se rumoreaba que el patrimonio de Fergus era mucho mayor que el de ella.

Oh, el Señor era bueno. Había que ver cómo bendecía Jesús a la iglesia. Las compuertas del cielo se estaban abriendo y el dinero llovía a cántaros.

La gente avanzó en manada por el espacio abierto, con las canastas de picnic en la mano. Se sentaron alrededor del poste indicador donde algún día pondrían el púlpito.

LaVonne Lockford y tres de sus amigas cantaron canciones de inauguración. Pablo procuró hacer un servicio corto. El sol azotaría antes del mediodía y él no quería que la gente se sintiera incómoda.

Esteban Decker le entregó una pala nueva, con cintas de tres colores atadas alrededor del mango: una blanca, por la pureza de Cristo; una verde, por la Palabra viviente; y una púrpura, por el sacerdocio real de todo el pueblo de la fe. Pablo había escogido a Rob Atherton para que lanzara la primera palada de tierra, pero Sheila dijo que su esposo había insistido en que ella lo hiciera. Dado que Roberto Atherton había donado treinta y cinco mil dólares al fondo para la construcción, Pablo consideró que era justo honrar su petición.

Esteban había protestado.

—Si vas a dejar que lo haga una mujer, debería ser Eunice.

Si se lo hubiera pedido a Eunice, ella se habría negado.

La tierra era dura, y Sheila, que tenía puestas unas sandalias blancas de correas delgadas, caminó cuidadosamente hacia el frente. Parecía una estrella de cine, con sus pantalones blancos ajustados de cuero y una blusa celeste perlada de cuello redondo.

—Gracias, pastor Pablo. —Le sonrió mientras agarraba la pala. Habían aflojado la tierra para ella, así que le resultó fácil levantar una pala llena y vaciarla a un costado.

—¡Aleluya! —dijo Pablo, invadido por una oleada de adrenalina—.

¡Gracias, Jesús!

Cientos de personas se unieron a él, dando gritos y elevando las manos.

—¡Alabado sea el Señor! —Alguien empezó a cantar Cimiento firme.

Sheila lo miró con ojos radiantes.

—Todo esto es por usted, pastor Pablo.

Pablo estaba lleno de orgullo por su congregación. *¡Míralos! Están encendidos por el Señor.*

Con razón Dios nos bendice.

Samuel quería llamar a una ambulancia, pero Abby dijo que no.

—Estás sufriendo, Abby. No me digas que no. —Lo veía en su rostro y no podía soportarlo.

Ella torció la boca con tristeza.

—Quiero morir en mi propia casa, Samuel. Te amo; lo sabes. Pero esta no es manera de vivir. —Sus labios estaban azules, su piel, cenicienta —. Déjame ir.

Él buscó a tientas una píldora de nitroglicerina, pero ella negó con la cabeza y dio una palmadita sobre las sábanas limpias que la enfermera a domicilio había puesto esa mañana. Él subió el oxígeno que ingresaba a través de la mascarilla plástica que le cubría la boca y la nariz.

—Hoy era la ceremonia del inicio de obras —dijo ella, luchando por articular cada palabra.

—No hables, Abby. —Brotaron sus lágrimas. Él tomó sus manos entre las suyas, tratando de calentarlas—. Te amo.

—Un caballero siempre debe abrir la puerta para la dama.

Él no estaba de ánimo para su sentido del humor. Le dolía el pecho de escucharla respirar. Alguien estaba abriendo la puerta, pero no por él. Durante todo un año había hecho todo lo posible por mantenerla cerrada, y observó con impotencia mientras ella se alejaba de él.

Quería suplicarle que no estuviera tan ansiosa, que se aferrara un poquito más a esta vida. Por amor a él. Sabía que presionarla era la peor clase de egoísmo. Y en vano. Dios quería que Abigail se fuera a casa.

—Hoy era la ceremonia del inicio de obras. —Esta vez, fue un susurro.

¿Había escuchado los bocinazos una hora antes? ¿O se refería a otra cosa? Sus labios se movieron. Samuel se inclinó para escuchar.

—Pobre Pablo. —Sintió que los dedos de ella se movían, una suave agitación, un último titubeo—. Sigue orando por él. Sigue orando...

Su respiración se detuvo. Él pudo ver el dolor apagándose, la paz que se extendió por su rostro. Los ojos de Abby parpadearon fugazmente, como si Alguien hubiera prendido un fósforo y encendido una vela en su interior. Contuvo la respiración, y

después soltó un suspiro largo y lento. Cuando su cuerpo descansó, la cabeza giró hacia él, con los labios tenuemente curvados. Como una niña dormida. El corazón de Samuel se detuvo un momento. Deseó que su corazón se detuviera para siempre y él pudiera irse con ella.

Samuel tomó el rostro de su esposa con sus manos temblorosas, se agachó y cerró sus ojos, besándolos. Luego, le dio un beso en los labios. Se paró y acomodó las mantas que la rodeaban, acarició el cabello blanco con sus dedos, y al salir de la habitación cerró la puerta silenciosamente detrás de sí, como si ella simplemente estuviera durmiendo.

Entró a su estudio. Se apoyó pesadamente en el escritorio y se puso de rodillas.

—Señor, en todo te doy gracias... Señor... Señor...

Samuel lloró.

Encogiéndose por dentro, Eunice extendió la manta de picnic mientras Pablo hablaba con Timoteo. Intentaba sonreír y fingir que estaba feliz por este día propicio, pero tenía ganas de llorar.

—No me interesa si quieres jugar o no —gruñó Pablo de espaldas a los

demás que estaban reunidos mientras regañaba a su hijo—. Irás y simularás que te gusta, a menos que quieras pasar la próxima semana en tu habitación. —Varias personas lo saludaron a gritos. Pablo se dio vuelta, sonrió y los saludó con la mano.

Tim miró con desdén.

—Todos ustedes son unos hipócritas.

El cuerpo de Pablo se puso tenso.

—¿Qué me dijiste?

Tim levantó la mandíbula.

—Son unos hipócritas, ¡y tú eres el peor de todos! —Se fue ofendido.

Pablo se volteó hacia Eunice. El estómago de ella se hizo un nudo. *Aquí vamos de nuevo.*

—¡Oiga, pastor Pablo! ¡Lo necesitamos por aquí!

Sonriente, Pablo levantó la mano.

—Iré en un minuto, Marvin. —Miró hacia abajo con ojos gélidos—. Será mejor que te encargues de tu hijo, Eunice.

Ella sacó tres atados de cubiertos de la canasta de picnic.

—Es *nuestro* hijo, Pablo, no una maleta.

—Tu actitud es peor que la de él. Procura tener presente que eres mi esposa. Este es el día más importante de mi vida, y tú y Tim están haciendo todo lo posible por arruinarlo para todos. Tal vez deberías orar al respecto. —Se puso de pie y se marchó.

Reprimiendo sus lágrimas, Eunice terminó de sacar los refrescos y las servilletas. *Ora,* le había dicho él. Era lo único que hacía: orar. Tim estaba muy cerca de la verdad. Ese era el problema. Pablo era flexible con cualquier viento que soplara, pero, cuando se trataba de ellos dos, era un muro de piedra. Pablo se pasaba el día sonriendo, riendo, socializando. Buscó a Tim y lo vio junto a Raúl y Laura Henson. Por más enfadado que estuviera, Tim siempre terminaba haciendo lo que Pablo le pedía. ¿Pablo siquiera se daba cuenta?

—Bonito lugar el que tienes aquí, Eunice —dijo LaVonne Lockford, sonriendo—. ¿Te molesta si te acompañamos?

Jessie Boham hizo un ademán hacia el punto más alejado del terreno.

—Nuestros muchachos están por allá, jugando *softball*.

Ahora, Pablo estaba yendo hacia ese sitio.

—Probablemente, les dará una insolación con este calor —dijo Shirl Wenke.

Extendieron sus mantas alrededor de Eunice.

—Sabes, Eunice, debiste haber sido tú quien inaugurara la obra, en lugar de Sheila Atherton. —Jessie dejó caer su canasta sobre otra colcha—. Esa mujer es de otro nivel.

Shirl resopló.

—Tenía que ser *ella* la que se pusiera pantalones blancos para venir a un picnic.

—¡Y un pulóver, cuando el pronóstico del tiempo dijo que estaría a treinta grados! —

LaVonne revoleó los ojos hacia arriba—. Seguro quería que todos se fijaran en ella.

Eunice carraspeó, pero no captaron la indirecta.

—Es que estaba presumiendo las nuevas mejoras que le hizo a su cuerpo —dijo Jessie.

Todas rieron. Eunice se sonrojó y trató de cambiar de tema, pero el linchamiento oral continuó.

—Creí que los ojos de Marvin saltarían fuera de su cara.

Una de las mujeres nuevas en la iglesia se sumó a ellas y participó en la conversación.

—Mi esposo trabajaba para Rob Atherton cuando estaba casado con su primera esposa.

—¡Su *primera* esposa! —Los ojos de LaVonne se iluminaron—. ¿Cuántas ha tenido?

—Bueno, dos solamente.

Eunice se inclinó hacia adelante.

—Señoras… —Notó la mirada de LaVonne y frunció el ceño.

—Sheila era la secretaria de Rob —dijo la visitante.

LaVonne se volteó para mirarla.

—¿Qué pasó con su primera esposa?

—Agarró a sus hijos y se mudó a Florida.

—¡Hijos! Es una rompehogares.

—¡Señoras, por favor!

Jessie Boham miró sorprendida a Eunice.

—¿Querías decir algo, Eunice?

—Sí. —Sus mejillas estaban encendidas de vergüenza por la conversación que estaban teniendo—. Sheila Atherton es nuestra hermana en Cristo.

Jessie soltó una carcajada grosera.

—¡Tienes que estar bromeando!

Los ojos de LaVonne se entrecerraron.

—No, no está bromeando. Y tiene razón. No deberíamos estar hablando de Sheila Atherton. No merece que le dediquemos nuestro tiempo. Hay montones de cosas mucho más interesantes. —Hablaron del clima, de las notas bajas en los exámenes de la secundaria Centerville, de la afluencia de los trabajadores inmigrantes. Todo lo que decían era forzado.

Eunice no pudo soportarlo.

—Iré a ver si puedo ayudar a las señoras que están en las mesas del almuerzo comunitario. ¿Alguna quiere acompañarme?

—Tal vez después, Eunice.

Ni había llegado a alejarse lo suficiente, cuando ya habían elegido otro blanco.

—Bueno, ¿quién se cree que es? ¡No tenía que avergonzarme de esa manera!

—No es que estuviéramos diciendo algo falso sobre Sheila Atherton.

—Solo porque es la esposa del pastor…

—Gracias a Dios que Pablo no es como ella. Siempre hace que la gente se sienta bien consigo misma, en lugar de rebajarla.

Eunice fingió que no las había escuchado, pero su malicia le dolió.

Las mujeres de las mesas de la comida no necesitaban ayuda. Todo estaba funcionando como una máquina bien aceitada. Se ofreció para ayudar con los niños, pero Pablo había contratado dos conejitos Energizer para que ayudaran. Sentía que estorbaba. Peor aún, se sentía como una extranjera entre estas personas.

—Pareces perdida, pequeña.

Su corazón dio un brinco cuando se volteó y vio a Esteban Decker.

—Estaba buscando a Tim.

—Probablemente ande por ahí, divirtiéndose con sus amigos. —Le dio una lata de refresco—. Tienes cara de que acabas de perder a tu mejor amiga.

Eunice no necesitaba darse vuelta y mirar atrás para saber que LaVonne, Jessie y Shirl muy probablemente estaban observándolos. ¿En qué transformarían ellas el hecho de que Esteban le diera un refresco? ¡En lo que se les ocurriera! Miró alrededor nerviosamente.

Esteban levantó su lata de refresco y bebió un trago.

—Si buscas a Pablo, está por allá, hablando con los Atherton.

—Ah. —Probablemente, Pablo estuviera codeándose con ellos, como le llamaba Loida, esperando otra donación más adelante. *Señor, no me gusta hacia dónde están yendo mis pensamientos. Estoy convirtiéndome en una persona cínica*—. Han sido muy generosos con la iglesia.

—Claro, no lo dudo. Y fueron igualmente generosos con el Comité para la Diversidad Cultural del Valle Central.

Sintió como si se hubiera quedado sin aire por un golpe en el estómago.

—Perdón, creo que no entiendo.

—Rob fue su huésped de honor el mes pasado. ¿No te enteraste?

—No, no lo sabía.

—Tienes que donar un dineral para que hagan un almuerzo en tu honor. —Levantó las cejas y bebió otro largo trago de su refresco—. Salió en el periódico.

Ella no leía el periódico todos los días, pero Pablo sí.

—Rob debe necesitar deducciones tributarias. —Esteban aplastó la lata y la arrojó a los cestos que el grupo de jóvenes había colocado para recolectar las latas de aluminio.

—Cada centavo cuenta —era la frase que Pablo decía siempre.

—¿Qué piensas de todo esto? —El gesto de Esteban abarcó todo.

—Que es un hermoso día para un picnic.

Él se rio.

—Bueno, dime lo que piensas realmente.

¿Que me asquea? ¿Que tengo la horrible sensación de que Pablo sabía lo de los Atherton y no le importó? Ay, Dios mío, ayúdanos.

—Espero que el Señor permita que todo suceda como esperamos.

—Hasta ahora parece que lo ha hecho.

Eunice desvió la mirada. ¿Qué podía decir a eso? Dios había despreciado las ofrendas de los israelitas cuando las repartían entre ellos y practicaban las costumbres de los pueblos que los rodeaban. Ellos adoraban debajo de cada árbol frondoso y en cada sitio alto, igual que los paganos, y luego tenían la audacia de llevarle ofrendas al Señor en Su templo y esperaban recibir bendiciones por eso. Dios deseaba el amor incondicional de Su pueblo. Les había enviado advertencias a través de los profetas y, cuando no querían escuchar, los disciplinaba. Los destruyó en las guerras, los mandó al exilio, los dispersó por todo el mundo. «Sean santos, porque yo soy santo», decía Dios. ¡Basta de ceder!

Ella miró a la gente a su alrededor. ¿Qué tipo de mensaje recibirían estas pobres personas si supieran que la pareja que encabezaba las

listas de Pablo también colaboraba con fondos para una organización que promovía estilos de vida pecaminosos y religiones paganas? Seguramente Pablo no lo sabía. «Si tan solo lo hubiera sabido». Ella podría haber dicho algo. Habría podido advertirle. Él habría hablado con Rob y con Sheila para explicarles más claramente cuáles eran los caminos de Dios. *¡Salgan de entre los incrédulos y apártense de ellos! ¡Honren a Dios y no den lugar a los malos deseos!* Era posible que Rob y Sheila tuvieran una idea equivocada sobre lo que significaba ser un seguidor de Cristo. ¿Cuántos otros habría en el mismo estado de confusión?

—Perdóname por habértelo dicho, Eunice. Parece que estás tomándolo peor que Pablo.

Ella miró hacia arriba.

—¿Pablo sabía?

—Lo supo después. Rob lo invitó al almuerzo.

Eunice sintió asco. ¿Había ido?

—No fue, Eunice. Tenía otros planes y no fue. El almuerzo fue un miércoles, y Pablo y yo tenemos una cita para almorzar los miércoles. Estuvo la mayor parte del almuerzo hablando de esa donación. Pablo dijo que el Señor obra de maneras misteriosas y que no hay condenación en Cristo. —Se encogió de hombros—. Es el pastor. Sabe mucho más que yo.

—El hecho de que Pablo sea el pastor no significa que no tengas derecho de manifestar tu opinión.

—Sí le di mi opinión, pero él dijo que rechazar la donación de los Atherton era como cerrar las puertas de los cielos en su propia cara.

Eunice quería irse a casa, esconderse en su armario y llorar.

—Te echamos de menos en el estudio bíblico, Eunice.

—Yo echo de menos ir. —No se animó a decirle que Pablo le había pedido que no fuera... o que ella había estado de acuerdo en no hacerlo por motivos que no podía compartir con ninguno de los dos hombres.

La celebración del inicio de las obras duró toda la tarde. Eunice no había hablado con Pablo desde que él se había alejado más temprano. Apenas lo había visto unos segundos mientras él socializaba.

La reunión comenzó a dispersarse antes del atardecer. Tim preguntó si podía ir a dormir a la casa de Frank Heber. Los Heber eran cristianos sólidos que se habían mudado de Misuri a Centerville y que también iban al estudio bíblico en la casa de los Mason. Eunice no vio ningún impedimento para que Tim fuera a pasar la noche con ellos. Asistían a la iglesia todos los domingos. Caminó con Tim hasta el carro de los Heber, habló brevemente con ellos y dijo que pasaría más tarde a dejarle la ropa para ir a la iglesia.

Tim se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Gracias, mamá. No quiero estar en la casa esta noche y tener que oír cómo se regodea papá. —Antes de que ella pudiera decir algo, él se metió en el carro y se fueron.

Regresó a recoger sus cosas. Mientras levantaba la manta y la sacudía, Pablo se acercó.

—¿Dónde está Tim?

—Fue a pasar la noche con los Heber.

—Me gustaría que me hubieras preguntado primero. Son demasiado legalistas para mi gusto.

—¿Quieres que vaya a buscarlo y lo lleve a la casa?

—No. Olvídalo. Ha sido un día fantástico, ¿no crees? Raúl y Laura tienen todo el equipo cargado. Así que, cuando estés lista, podemos irnos. Te veré en el carro. Quiero agradecerles otra vez a los Atherton.

—Pablo, ¿tú sabías que...?

—Hablaremos después. —Le dio la espalda.

Lo observó alejarse. Mientras colocaba la manta sobre los platos, cubiertos, y las servilletas de tela que ya estaban en la canasta de picnic, vio que Pablo se acercaba a los Atherton. Habló con Rob sobre el capó de su Jaguar nuevo, al mismo tiempo que abría la puerta para Sheila.

Deprimida, Eunice levantó la canasta de picnic y caminó hacia Raúl y Laura. *Ay, Padre,*

¡todo este espectáculo! ¿Y para qué? ¡No está bien! ¿Cómo puedo hacerle entender a Pablo de que estamos haciendo concesiones? No quiere escuchar. ¿Estoy equivocada? ¿He malinterpretado Tu Palabra? ¿Tiene razón Pablo y todo lo que está sucediendo es la confirmación de Tu bendición?

Pero Tú destruiste a Israel en medio de su prosperidad.

—Qué día, ¿eh? —Bronceado y sonriente, Raúl le abrió la puerta del carro.

—¡Estoy agotada! —Laura se sentó atrás y apoyó su cabeza contra el respaldo del asiento—. ¿Sabías que hoy tuvimos cerca de quinientos niños aquí? ¡Las vacaciones de la escuela bíblica van a ser un zoológico! No sé cómo haré para manejarlo. Necesitamos más personal. Cuanto antes, mejor.

Pablo llegó a tiempo para escuchar el comentario de Laura.

—Tú y Raúl hicieron un trabajo impresionante hoy. Pero tienes razón. Efectivamente, necesitamos más personal. Y tendremos lo que necesitamos.

El plural mayestático.

Raúl y Laura hablaron todo el viaje de regreso a Centerville. Raúl los dejó en la iglesia.

Pablo y Eunice se fueron en carros separados. Pablo siempre tenía que estar en la iglesia antes que los demás. Ella no podía recordar la última vez que habían estado los tres juntos en el mismo carro.

Eunice llegó primero a casa y vio un *7* intermitente en el contestador automático. Pablo esperaba que ella seleccionara los mensajes que eran para él. Vació la canasta en la encimera de la cocina, metió los platos, los cubiertos y los vasos plásticos en el lavavajillas, echó la manta en el cesto de la ropa sucia en el cuarto de lavado y metió la canasta de picnic en el armario del pasillo. Luego, buscó una libreta y un lápiz y presionó la tecla para reproducir los mensajes.

Las primeras tres llamadas eran de miembros que necesitaban una cita para consejería pastoral. Anotó sus nombres y números telefónicos y borró los mensajes. La cuarta llamada era de Jack Hardcare, el

director de Tim. Lamentablemente, no necesitó escribir su nombre ni su número; los sabía de memoria. ¿Qué había hecho Tim esta vez? Anotó un recordatorio en su calendario personal para llamar al director el lunes a primera hora de la mañana. La quinta llamada fue solo un clic. Igual que la sexta.

La última llamada era de Millie Bruester. «Abby falleció esta mañana —dijo llorando—.

Pensé que querrías saberlo». El teléfono emitió dos bip… y después nada.

Eunice se sentó, atónita. Cuando estaba levantando su cartera, Pablo entró desde el garaje.

—¿Qué te pasa?

—Murió Abby. —Metió la mano en su cartera buscando las llaves. Incapaz de encontrarlas, vació todo el contenido en la encimera. Llorando, revolvió las cosas desparramadas sobre la encimera: el organizador de bolsillo, el lápiz labial, una libreta, los anteojos de sol, la chequera, el monedero, la billetera, las llaves de la iglesia.

—Lo lamento, Euny —dijo él en voz baja—. Sé cuánto significaba ella para ti.

—Cuánto significaba para *todos nosotros*, Pablo. Ella cuidaba a *todo el mundo*, y Samuel…

—Su voz se quebró. Pobre Samuel. Sabía por qué no había llamado él. Samuel sabía que

todos se habían ido a la ceremonia de inicio de obras. Él no había querido interrumpir los festejos. Agarrando las llaves, volvió a meter todo lo demás en su bolso—. Necesito llamar a los Heber. No quiero que Tim se entere mañana en la iglesia.

Pablo le quitó las llaves de la mano.

—Pasaremos a buscarlo e iremos juntos.

Sorprendida, levantó la vista y vio lágrimas en sus ojos.

El hombre todavía tenía el poder de sorprenderla.

Esteban se fue temprano de la ceremonia de inicio de obras y viajó a Sacramento. Llamó a Kathryn a su celular, con la esperanza de acordar un tiempo para visitar a Brittany durante la semana.

—No está en casa.

Él sabía que estaba en su derecho presionar con el tema. Se suponía que tenía que pasar tiempo con su hija todos los meses, pero habían transcurrido casi seis semanas desde la última vez que la había visto. Las cosas todavía no andaban bien entre ellos. Él sentía que el abismo era cada vez más grande. ¿Era solo por la edad de ella? ¿O había algo más profundo?

—Necesito hablar con ella, Kathryn.

—¿Por qué?

—Estoy tratando de tender un puente.

Ella se rio ásperamente.

—Bueno... te deseo suerte. Ella no escucha a nadie últimamente.

—Creí que ustedes se llevaban bien.

—¿Estás siendo sarcástico?

Kathryn se ofendía incluso cuando él hablaba en un tono neutral.

—No. ¿Hace cuánto tiempo que tienes problemas con ella?

—No recuerdo una época en la que *no haya tenido* problemas con ella. Lo único que hace es quejarse. He dedicado mi vida entera a ocuparme de que tenga todo lo que desea, y me trata como si yo no fuera nadie. Estoy realmente harta de pelear con ella.

Él hizo una mueca al escuchar la mordacidad en las palabras de Kathryn. Brittany siempre había sido un arma en sus manos, un instrumento para lastimarlo, una y otra vez. Pero la animosidad en la voz de su exesposa ahora era más profunda. Había un fuerte desagrado que lo preocupaba.

—¿Quieres que hablemos de una custodia compartida? —Tal vez apareciera la luz al final de este túnel.

—No estoy tan harta como para entregártela.

Cada vez que le daba una oportunidad de enterrar el hacha, ella la hundía más profundamente en su corazón. Ya se había cansado de pelear y de responder con la misma moneda. No quería que ella descargara su ira sobre su hija.

—Está bien —dijo él con cautela—. ¿Cuándo sería un buen momento para llamar a Brittany?

Kathryn no respondió inmediatamente y, cuando lo hizo, habló en un tono hastiado.

—No tengo la menor idea, Esteban. Casi nunca está en casa y, cuando viene, se pone tan sarcástica que termino ordenándole que se vaya a su habitación. Estoy muy cansada de tratar de mantener la paz en esta casa. Jeff y yo no nos llevamos bien, y es por culpa de ella.

Así que ahora le estaba echando la culpa a Brittany por sus problemas matrimoniales.

Tuvo que hacer una pausa y recordarse a sí mismo que él había hecho un hábito de culpar a Kathryn por la mayoría de los errores entre ellos.

—Lamento escuchar eso, Kat. — *Vive y deja vivir.* Su exesposa tendría que hallar su propio camino. Tal vez lo encontraría más fácil si él lo alumbraba, en lugar de apagar la vela cada vez que tenía la oportunidad.

Otra vacilación. Esteban esperó el próximo comentario cruel.

—Hacía años que no me decías Kat.

—Lo siento.

Ella suspiró.

—Brittany dejó una nota diciendo que está con unos amigos. Es lo único que sé en este momento, Esteban. Tengo su número de celular, si lo quieres.

—Claro. —Levantó el compartimiento central, donde tenía un bloc de papeles—. Dime.

Ella se lo dio.

—Te aviso que no hay ninguna garantía de que conteste. Traté de llamarla antes, pero tiene identificador de llamadas.

Si Brittany y su madre habían reñido, la joven no contestaría.

—Lo intentaré.

—Buena suerte —dijo ella secamente y cortó.

Brittany no contestó. Le dejó un mensaje diciendo que quería pasar más tiempo con ella.

—Me quedaré unos días en Sacramento. Quisiera verte. —Le dijo que estaría alojado en el mismo Residence Inn de su visita anterior—. Traigo mi celular conmigo. —Ella tenía el número, si es que se había molestado en guardarlo—. Te amo, Brittany. A veces puede que te parezca que no es así, pero te amo. Más de lo que puedes imaginar.

El lunes en la noche llamó a Kathryn y dejó otro mensaje para Brittany; luego, pasó todo el martes en reuniones laborales con posibles clientes. Su hija no llamó. El miércoles, dejó la habitación y se marchó al sur.

La tensión desapareció ni bien tomó el acceso a la autopista 99. Quizás ya no era un chico de ciudad. Extrañaba a sus amigos de Centerville. Especialmente, a Samuel. El estudio bíblico de los miércoles en la noche era más importante para él que el servicio de adoración de los domingos. Se había convertido en su salvavidas. Por alguna razón, salía insatisfecho de la iglesia. Como si le sirvieran entremeses, pero le faltara el plato principal.

El correo estaba amontonado debajo del buzón. Lo revisó rápidamente y echó al bote de basura lo que no servía. Tenía apenas el tiempo suficiente para calentar una cena precocida en el microondas antes de ir a la casa de los Mason.

La luz del porche estaba encendida. A través de las cortinas transparentes, vio gente en la sala del bungaló americano. Revisó su reloj, preguntándose si había llegado tarde.

Para nada. Había llegado media hora antes. Agarró su Biblia. Ni bien salió de su camioneta, vio el Saturn blanco de Eunice. Su pulso se aceleró. Hacía mucho tiempo que no asistía al grupo que se reunía en la casa.

Los Mason siempre dejaban la puerta sin llave. Desde el instante que

Esteban entró, supo que Abby se había ido. En lugar de risas y charlas alegres, las personas estaban sentadas alrededor de la sala y hablaban con voces apagadas y rostros solemnes.

Samuel estaba en el sillón que todos apodaban «la silla del rabí», y Eunice estaba al borde del sofá, sosteniéndole la mano y hablando con él. Su amigo y mentor de tantos años parecía viejo y débil.

Samuel apretó la mano de Eunice, se levantó y se acercó a saludarlo.

—Esteban. —Le tendió la mano—. Pensé que estabas en Sacramento.

—Volví hace una hora. ¿Cuándo sucedió?

—Abby partió a casa el sábado en la mañana.

Esteban sintió como si alguien lo hubiera agarrado por la garganta con ambas manos y lo estuviera asfixiando. Sus ojos le ardieron.

—Lo siento.

El rostro de Samuel se suavizó. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Bajó la cabeza e hizo un gesto.

—Siéntate, por favor.

Eunice le dio su lugar en el sofá. Cuando apoyó una mano sobre el hombro de Esteban, él sintió que el calor recorría todo su cuerpo.

—¿Gustas un café o un té, Esteban?

No la miró a los ojos.

—Café. Solo. Gracias.

—Entonces... —Samuel volvió a ocupar su asiento—. ¿Cómo te fue en Sacramento?

Era muy típico de Samuel pensar en los demás en un momento como este.

—No tan bien, pero no me rendiré. —Apretó las manos entre sus rodillas—. ¿Qué planes tienes?

—El funeral de Abby será el sábado.

Esteban sospechaba que Samuel no podía pensar en nada más allá de

eso. Él ni siquiera imaginaba cómo sería perder a la mujer que había sido su esposa durante sesenta y dos años. Desde el primer año de estar con Kathryn, supo que su matrimonio no duraría. Y, a decir verdad, él no se había esforzado mucho por mantenerse juntos. Se necesitaba el poder de la resurrección para hacer que el amor perdurara a largo plazo. Y era necesario que el hombre y la mujer tuvieran la voluntad de someterse uno al otro y a Aquel que había inventado el matrimonio desde un principio. Él había arruinado su oportunidad, pero eso no quería decir que su corazón no anhelara la clase de relación que Samuel había vivido con Abigail.

—Se le echará de menos. — *Extremadamente.* Ya notaba la diferencia en la casa. Abigail Mason se había ido. Ya podía ver la diferencia en su amigo. Samuel no podía esconder el dolor en carne viva que revelaban sus ojos, ni el hecho de que, probablemente, no había dormido desde el sábado.

Eunice volvió con una taza de café negro. Sus dedos rozaron los de ella cuando tomó la taza. Ella se veía tan agotada como Samuel. Él se afligió por ella. Eunice tomó asiento en el otro extremo de la sala, junto a Marilyn Heber.

Poco a poco, la gente empezó a hablar y a compartir recuerdos de Abby y de cómo había impactado sus vidas. Esteban habló de la vez que la había visitado en el hospital.

—No me dejaba salirme con la mía en nada.

—A mí tampoco —dijo Samuel.

Los demás se rieron. Todos compartieron anécdotas graciosas y los ánimos se alegraron.

Al finalizar la noche, el enfoque había cambiado de haberla perdido a saber que estaba con Jesús, que su dolor había terminado, que ya no estaba atrapada en un cuerpo que la

ataba a una cama. Sin embargo, nada de todo lo dicho le hizo más fácil a Samuel el hecho de perder a Abby.

Pasadas las once de la noche, la gente empezó a irse. Las mujeres guardaron toda la comida. Samuel tenía suficiente para sobrevivir durante un mes. Esteban fue uno de los últimos dos en marcharse. Samuel lo acompañó a la puerta. Esteban le estrechó la mano.

—¿Te molesta si paso mañana? ¿Para ver cómo estás?

—Cuando quieras, Esteban.

El aire nocturno estaba frío, sin murmullos del viento. Esteban levantó el cuello de su chaqueta y bajó los escalones. Al abrir la verja, miró hacia atrás y vio a Eunice y a Samuel abrazándose en la puerta. Samuel le palmeó la mejilla. Antes de cerrar la puerta, Samuel alzó la cabeza y vio a Esteban parado junto a la verja. Qué raro que una mirada como esa pudiera transmitir una advertencia tan poderosa.

Esteban mantuvo la verja abierta para Eunice.

—¿Cómo lo está tomando Tim?

—Mal.

No preguntó por Pablo. Sabía lo suficiente sobre la tensa relación entre Samuel y el pastor como para no mencionarlo. No obstante, jamás había escuchado a Abby o a Samuel decir una sola palabra contra Pablo Hudson. Pablo era quien hablaba siempre.

Hablaba demasiado, ahora que Esteban pensaba en eso. ¿Por qué no estaba Pablo sentado en esa sala, compartiendo anécdotas sobre Abby?

Eunice se ajustó el abrigo al cuerpo. Esteban vio el brillo de sus lágrimas. Debía hacerse a un lado y dejar que ella se fuera a su casa.

—Abby era una buena amiga para muchas personas.

—Era la mejor amiga que tenía en esta ciudad. No sé qué voy a hacer sin ella.

Su comentario lo perturbó.

—Tienes muchos amigos, Eunice.

—Muy pocos en los que puedo confiar. —Él vio su aflicción bajo el tenue resplandor de la farola—. La esposa del pastor tiene que ser muy cautelosa con lo que dice y a quién se lo dice. Con Abby, nunca tuve que preocuparme de eso. Podía hablar de lo que fuera con ella, sabiendo que no saldría de su propio corazón. Y quizás, del de Samuel. —

Escuchó que su voz se entrecortaba y se cargaba de un dolor sin remedio—. No sé qué voy a hacer sin ella, y eso me enfurece tanto.

—¿Por qué?

—Porque es algo muy egoísta.

—Yo no lo veo de esa manera.

—Ella estaba sufriendo, Esteban, y aquí estoy, compadeciéndome de mí misma.

Él quería consolarla, pero guardó la distancia. Sin embargo, no podía evitar hacerse preguntas. ¿Había problemas entre ella y Pablo? Él sabía que la relación de ella con otros miembros de la iglesia era conflictiva. Seguramente, su esposo debía ser su mejor amigo. Sabía que varias personas se sentían incómodas con Eunice Hudson. Cuando entraba a un lugar, las personas cambiaban el tema de conversación. Era como si Jesús hubiera entrado con ella y la gente se diera cuenta de lo que estaban diciendo y haciendo. Jesús era todo para Eunice Hudson, y todos lo sabían.

—Yo soy tu amigo, Eunice.

Ella levantó la vista.

—No debí haber dicho nada.

—Cualquier cosa que me digas ahora, no irá más allá de esta verja. —Notó su quietud y supo que lo había escuchado. Sintió que había escuchado aún más de lo que había dicho.

—No puedo.

—¿Porque soy amigo de Pablo?

—En parte.

—¿Porque soy hombre?

—También por eso. —Ella buscó sus ojos—. Eres peligroso.

—¿Peligroso yo? —Empezó a desestimarlo, hasta que se dio cuenta de lo que ella quería decir.

—Buenas noches, Esteban.

El tono sumiso y quebrantado de su voz lo hizo respetar la distancia que ella necesitaba.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero mientras ella pasaba a su lado.

Quería seguirla a su carro y decirle que nunca haría nada para lastimarla. Ella podía confiar en él.

¡Sí, claro! Él tenía buenas intenciones. Había hecho promesas. Pero un hombre de carácter cumplía sus promesas, y Esteban sabía que no tendría la fortaleza para huir de la tentación si alguna vez llamaba a su puerta en la forma de Eunice Hudson.

A Esteban le agradaba Pablo; incluso lo admiraba como un pastor que podía movilizar y hacer vibrar a su congregación. Pero eso no significaba que fuera ciego a los errores de su amigo. Pablo subestimaba a su esposa; estaba tan enredado en la construcción de la iglesia, que le prestaba poca atención a las cargas y las presiones de su propia familia.

Esteban reconocía cuando asomaba el desastre en el horizonte porque él había estado igualmente ensimismado mientras colaboraba en la destrucción de su propio matrimonio.

¿Era posible que la iglesia hiciera pedazos un matrimonio? Y ¿tendría Pablo la suficiente sabiduría para asegurarse de que eso no sucediera?

El día de la ceremonia de inicio de obras, Esteban vio que Tim se había alejado de sus padres, enojado. Vio a Eunice, encorvada, acomodando las cosas del picnic mientras Pablo le hablaba, y después vio que se marchó a pasar el resto del día con otras personas. Esteban se fue temprano porque sabía que si no lo hacía, diría o haría algo que lamentaría.

Esta noche, Eunice estaba vulnerable. Afligida y con la guardia baja, había hablado con franqueza. No era necesario ser un erudito para ver que ya se estaba arrepintiendo.

Cuando entró a su camioneta, Esteban sintió el martilleo de su corazón. Metió la llave en el arranque. Ella sabía cómo se sentía. Ya había puesto límites una vez. Esta noche había vuelto a hacerlo. Pero fue menos cortante y no tan directa. Él observó las luces traseras del Saturn mientras giraba a la izquierda en la esquina. Puso en marcha la camioneta y sintió el impulso de seguirla. Estaba sola y dolida; tal vez, un poco

confundida. Podría frenar al lado de ella en la próxima esquina, preguntarle si quería ir a tomar una taza de café en el paradero de camiones. No era un lugar que los miembros de la ICC frecuentaran.

Podrían conversar; quizás, desenmarañar algunas de las cosas que había entre ellos.

Sabía hacia dónde estaba yendo. *La mente tiende a justificar cualquier cosa que haya elegido el corazón.*

—Señor —dijo en voz baja—. Señor, será mejor que me des una mano con esto.

Esteban llegó a la esquina y frenó. Vio las luces del Saturn otra vez. Ella estaba muy cerca. Dejó detenida la camioneta un momento más, antes de tomar una decisión.

Giró a la derecha y se fue a su casa.

Menos de cien personas asistieron al funeral de Abby. Afligida, Eunice se sentó al piano y sofocó las lágrimas mientras tocaba los himnos favoritos de su amiga. Samuel estaba sentado en el primer banco, con Tim a su lado. Pablo daría comienzo a la ceremonia, y después se iría discretamente, dejando que el pastor Hank Porter lo cubriera. Eunice se había enterado esa misma mañana.

—¡Esto está mal, Pablo! ¡Está mal!

—No podría estar mejor. Escúchame.

—Si estuviera tan bien, ¿por qué esperaste hasta el último minuto para decírmelo?

—Porque últimamente has estado muy sensible. A veces no eres sensata, Eunice.

¡Escúchame un minuto! Hank Porter es un regalo de Dios. No podría haber llegado en un mejor momento. Howard MacNamara es la clave para la comisión de planificación.

No voy a cancelar una reunión con él y arriesgarme a que haya demoras con el proyecto de la construcción.

—¿Y qué hay de los sentimientos de Samuel? ¿Y de los años que Abby sirvió a esta iglesia? ¿No te importan?

—Hank Porter llegó ayer de Oregón. Ya hablé con él y está más que deseoso de hacerse cargo del servicio. La mano de Dios está en esto. ¿No lo ves? De cualquier manera,

Porter debería ser quien condujera el servicio, Eunice. ¡Fue el pastor de Samuel y de Abby durante cuarenta años! Yo iniciaré el funeral, diré unas palabras sobre Abby, y luego cederé mi lugar. Nadie se dará cuenta siquiera cuando me vaya.

—Yo me daré cuenta.

—¡Hago esto por la iglesia!

—Abby fue importante para esta iglesia.

—Fue importante durante un tiempo, Eunice. La mayoría de las personas no saben quién es ni les importa que haya muerto.

—Y eso es un síntoma de que algo anda mal en tu ministerio, Pablo. Debería importarles. —Estuvo mal en decirlo.

—¡No hay nada malo en mi ministerio! Si lo hubiera, la iglesia no estaría ofreciendo cuatro servicios completos. ¡Tú eres la única de la congregación que no cree que soy el adecuado para el trabajo! Todas las semanas entra gente nueva a escuchar mis sermones. Abren sus billeteras y se desviven por entregarnos dinero para construir una instalación más grande. Dime que eso no es la bendición de Dios sobre mi ministerio.

—El hecho de que algo crezca no significa que sea bueno, Pablo. El cáncer crece.

Nunca había visto una mirada como esa en sus ojos.

—¿Qué sabes tú de nada, Eunice? No creciste en las mismas condiciones que yo. Lo único que conocías era esa casucha en las colinas. ¿Cuántos miembros tenía tu padre al final? ¿Quince? ¿Veinte? ¿A eso lo llamas una iglesia? ¡Eso no es nada!

Estuvo a punto de desquitarse, casi lo atacó verbalmente con que el padre de ella había sido más pastor que el suyo. Pero agachó la cabeza, cerró los ojos y oró frenéticamente pidiendo que Dios la mantuviera callada, que Dios no le permitiera apedrearlo con unas piedras más pesadas que el desprecio que él sentía por ella y por sus valores espirituales. Ya había dicho demasiado, y ni una de las palabras que había dicho en los últimos cinco minutos había sido escuchada.

Y ahora, aquí estaba, luchando por simular serenidad ante quienes parecían mirarla. Al fin y al cabo, era la esposa del pastor Pablo. ¡Su

papel nunca la había incomodado tanto como ese día!

Hank Porter era bajito, calvo, un poco excedido de peso y, aunque no predicaba con elocuencia, habló de Abigail Mason con voz entrecortada. Nadie dudaba del amor y el respeto que sentía por ella.

—Era una sierva de corazón —dijo y sacó un pañuelo de su bolsillo.

Otros compartieron anécdotas graciosas sobre su franqueza.

—Una vez, estaba quejándome de mis padres, y ella me dijo que era un chiquillo egocéntrico—dijo un hombre joven. Todos se rieron—. Dijo otras cosas, también, pero no sé si quiero hablar de lo tonto que era en esa época. En fin… lo que realmente quiero decir es que, si hubiera sido cualquier otra persona y no la señora Mason, no la habría escuchado. Yo sabía que ella me quería.

La esposa de Hank Porter se puso de pie, vestida con un conjunto bastante llamativo que hizo parlotear a la gente.

—Algunos probablemente se estarán preguntando cómo la esposa de un pastor puede animarse a usar un atuendo como este, pero lo hice para honrar a Abby. Ella me regaló este sombrero rojo y esta blusa púrpura cuando cumplí sesenta y cinco años. —Todos se rieron, incluida Susana Porter, que se secó las lágrimas de sus ojos.

Tim se paró, trató de hablar y se sentó otra vez. Samuel lo abrazó y juntaron sus cabezas. Eunice se puso de pie, tomó el micrófono que le ofrecieron y les habló a todos sobre el incansable servicio de Abby a la iglesia, de su compasión por los demás, especialmente por la tímida y joven esposa del pastor. Miró a Samuel a través de sus lágrimas.

—Fue como una madre para mí, y mi amiga más querida. Siempre que estaba con Abby o con Samuel, me sentía en la presencia de Dios. —Incapaz de seguir hablando, volvió a sentarse en el banco del piano.

Cuando todos hicieron silencio, Hank Porter puso fin al servicio.

—Lo último que podemos hacer por Cristo en este mundo es morir bien. Las últimas palabras que Abby le dijo a su esposo, Samuel, no fueron sobre sí misma, sino sobre su preocupación por otra persona. No tengo dudas de que, cuando nuestra Abby abrió los ojos nuevamente, estaba mirando cara a cara a Jesús, y que Él sonrió y le dijo las palabras que todos anhelamos escuchar…

Hubo un suave murmullo de voces cuando los miembros más antiguos

de la congregación dijeron al unísono con él: «Bien hecho, mi buena sierva fiel».

Hank Porter inclinó la cabeza y oró con sencillez:

—Señor, recibe a nuestra amada hermana, Abigail Mason. Ella fue un ejemplo de tu amor para todos los que la conocieron. Ayúdanos a honrarla viviendo la vida como lo hizo ella, con los ojos puestos en tu precioso Hijo, Jesús, en cuyo nombre oramos.

Nuevamente, sonó el suave murmullo de voces cuando dijeron: «Amén».

Eunice agradeció saber de memoria todos los himnos favoritos de Abby. No podría haber leído las partituras a través de sus lágrimas. Tocó uno tras otro, hasta que el santuario quedó casi vacío y todos se dirigieron al salón social, donde las diaconisas habían preparado un almuerzo estilo bufet.

—¿Por qué no se quedó papá? —preguntó Tim mientras volvían a casa.

—Hank Porter fue el pastor de Samuel y de Abby durante cuarenta años.

—No respondiste a la pregunta.

—Tenía una reunión importante.

—Seguro. Y tú le creíste, mamá. —Miró fijamente hacia adelante—. Los Mason son los mejores amigos que hemos tenido en la vida, y papá es demasiado tonto como para saberlo.

—No hables así de tu padre.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Se detuvo en la entrada para carros y presionó el control para que abriera el garaje. El Buick nuevo de Pablo estaba estacionado adentro. Se estacionó junto a él. Tim aún era un niño, pero la dureza de su rostro hirió a Eunice.

—Tu padre no necesita que lo condenes, Tim. Necesita que ores por él.

—¿Por qué necesita mis oraciones? Dios ya lo escucha a él. Pregúntale. —Salió del carro y cerró la puerta de un golpe.

—¡Tim! —Salió del carro lo más rápido que pudo, pero él ya estaba sobre su bicicleta—.

¿Adónde vas?

—¡A cualquier parte, que no sea aquí!

Pablo estaba lleno de novedades. La reunión del almuerzo con MacNamara había resultado mejor de lo que esperaba.

—Nos caímos bien. Llegó a decir que él se encargará de acelerar los trámites y verá que todo avance según lo planeado.

—¿No vas a preguntar cómo estuvo el funeral de Abby?

—Seguro que salió bien. ¿Sabes? Antes me enfermaba escuchar todo el tiempo el nombre de Henry Porter, y anoche me llegó como del cielo. Dios obra de maneras misteriosas.

—¿No querrás decir “convenientes”?

Ignoró su comentario y se dedicó de lleno a los detalles de su reunión con la comisión de planificación y a cómo todo estaba compaginándose de acuerdo con sus oraciones.

No preguntó ni una sola vez por Tim, a quien la muerte de Abby Mason estaba afectando incluso más que a ella.

CAPÍ TULO 11

1999

Pablo hojeó las páginas de la revista *Cosmovisión cristiana*, examinando los artículos de ideas progresistas. A la mitad encontró la lista de los libros más vendidos, que incluía el de su padre, *Cómo edificar la iglesia para el siglo veintiuno* encabezando la lista. Pablo dejó caer la revista sobre el escritorio y se reclinó hacia atrás, deprimido. Volteó su silla giratoria y a través de la ventana de su nueva oficina observó a una cuadrilla trabajando en la estructura de la tercera ala del Centro Nueva Vida del Valle. Había logrado mucho en doce años, pero no lo suficiente. La sensación de angustia en la boca del estómago le era demasiado familiar. ¿Viviría siempre a la sombra de su padre? Debería regocijarse por él, no sentir este azote de envidia.

Resuelto, levantó el teléfono y pulsó una tecla de discado rápido. Mirando hacia el CNVV, trató de levantarse la moral. Él también estaba ganando almas, ¿no era así?

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo estás *tú*? Hace tiempo que no llamas.

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas. Nunca alcanzan las horas del día. El proyecto del edificio va muy adelantado.

—Cuánto me alegro por ti.

—Acabo de ver el libro de papá en la lista de los más vendidos. No me sorprende para nada.

—No debería sorprenderte.

A veces, dudaba ante el tono de voz de su madre.

—Estoy llamando para felicitarlo. ¿Está por ahí o está jugando al golf con alguna súper personalidad?

—Oh, está aquí, trabajando y maquinando como siempre. Espera, Pablo. Tenemos un sistema telefónico nuevo. Si presiono el botón incorrecto y te corto, te llamaré enseguida.

Sus padres se habían mudado a una casa nueva en North Hollywood poco después de que su padre se jubiló. Estaba en las colinas que daban al valle de San Fernando. La última vez que él y Eunice fueron

a visitarlos, su padre le mostró la nueva oficina que habían añadido sobre el garaje para dos carros. Era tan grande como la que había desocupado en la iglesia que había construido.

Pablo tamborileó los dedos. Pasaron dos minutos antes de que su madre volviera a la línea.

—Tu padre te contestará enseguida, Pablo. Tiene otra llamada.

Probablemente estaba hablando con el editor sobre un segundo libro.

—Y bien, ¿cómo está Eunice? ¿Qué me dices de Tim?

¿Tácticas dilatorias?

—Euny todavía sigue tocando el piano y cantando, aunque ahora no tanto, ya que tenemos un ministro de música a tiempo completo. Y Tim está haciendo sus cosas. —

Volvió a mirar su reloj—. Mira, puedo llamar después.

—¿No puedes hablar cinco minutos con tu madre?

—Por supuesto. No quise...

—¿Qué son las “cosas” de Tim a las que se está dedicando ahora?

—Lo que hacen la mayoría de los adolescentes. Sale con sus amigos. Viene a la iglesia todos los domingos.

—De eso no tengo duda.

Ese tono otra vez.

El teléfono hizo un clic.

—Hola, Pablo. ¿Cómo va todo en tu pequeño vecindario?

Su padre nunca dejaba pasar la oportunidad de hacer un comentario burlón.

—Los dejaré para que conversen. —Su madre cortó abruptamente.

—¿Otra vez llamando para que te aconseje? Sabes, uno de estos días me iré a tocar el arpa con los ángeles y tendrás que resolver las cosas tú mismo.

Pablo se resintió, pero logró emitir una risa.

—No llamé para pedir consejo. No necesito nada. Solo llamé para felicitarte por haber entrado a la lista de los libros más vendidos. ¿Cuándo recibiré un ejemplar?

—Tan pronto como lo encargues. —Su padre se rio—. Estoy bromeando, muchacho. Te puse en mi lista de *influyentes*. Deberías recibir un ejemplar de la editorial cualquier día de estos. De hecho, me sorprende que no lo hayas recibido ya.

Un notable toque personal.

—¿Sin autógrafo?

—Suenas un poco resentido.

Pablo tuvo la precaución de relajar un poco su tono de voz.

—Nada que ver. Estoy orgulloso de ti, papá. Debería traerte aquí para que hables.

Harías que viniera gente de Sacramento. Podemos dedicarle un día a eso.

—Mi tarifa ha aumentado. —Su padre se rio en voz alta.

—¿Cuánto cobras hoy en día? Ahora tenemos dos mil miembros, papá. Podemos permitirnos a los mejores.

—Bien, te felicito. ¿Cuánto tardaste en poner de pie esa iglesia? ¿Quince años?

—Doce. —Pablo contuvo su irritación—. Empecé con treinta y ocho miembros.

—Yo tenía menos que eso cuando empecé. Por cierto, ¿cómo va la construcción del edificio?

Pablo agradeció que su padre mencionara el tema.

—Adelantado a los tiempos programados. —Era su turno de presumir —. Están levantando la tercera ala. Ayer me avisaron por teléfono que la revista *Architectural Digest* va a hacer un artículo sobre nuestro diseñador, Esteban Decker.

—Nunca oí hablar de esa revista.

—Porque no es cristiana, papá. Es como lo que la *Atlantic Monthly* es para la literatura, solo que en el mundo de la arquitectura. Hoy en día, no puedes conseguir una sola revista cristiana en los estantes. La *Digest* está en todos los supermercados del país. Y

nuestro santuario aparecerá en la portada de agosto. —Pablo lanzó la *Cosmovisión cristiana* al cesto de los papeles y echó la silla hacia atrás —. Te enviaré un ejemplar cuando salga.

—Tengo algunos otros asuntos entre manos.

Pablo disfrutó el tono resentido de su padre.

—Te felicito, papá. —Inclinó la silla hacia adelante—. Mira, quisiera seguir hablando, pero tengo prisa. Dale un abrazo a mamá. —Cortó antes de que su padre pudiera decir algo más.

Esta vez había ganado él, y se preguntó por qué, curiosamente, se sentía vacío a pesar de su victoria.

Había días en los que Esteban desearía no haber presentado nunca la propuesta para edificar el Centro Nueva Vida del Valle. Desde el momento que Pablo entró por la puerta de Charlie's, maletín en mano, supo que esto iba a ser cualquier cosa menos un almuerzo con un amigo.

Lidiar con un empresario exigente decidido a construir la casa de sus sueños, o con un propietario en el diseño de un parque industrial era pan comido comparado con construir una iglesia. Pablo, y el resto de los integrantes del comité de construcción, parecía haber olvidado que el honorario habitual para el contratista era el diez por ciento del costo de la construcción. Esteban había redactado un contrato por el cinco por

ciento, teniendo en cuenta que la diferencia sería su ofrenda para Dios. Sin embargo, algunos seguían convencidos de que estaba forrándose de oro los bolsillos.

«¿Cuán rápido podrás terminar esta fase?» estaba convirtiéndose en una letanía irritante, junto con: «Tienes que bajar los costos».

Esteban había explicado una docena de veces el concepto de la ruta

crítica. El plan se había establecido para aprovechar al máximo el tiempo, coordinando a los subcontratistas, los materiales y el calendario de los pedidos. Había incluido el tiempo de holgura para que la obra fuera eficaz en relación con el costo, aun ante eventuales demoras. No obstante, Pablo lo presionaba cada vez más.

—La semana pasada me dijiste que la próxima entrega de madera llegaría el lunes.

—El semirremolque de Coast Lumber se rompió en la I-5, por eso tienen dos días de retraso. No es tan grave.

—¿No es tan grave? —Pablo arqueó las cejas—. El tiempo es dinero.

—Te advertí que siempre hay demoras, Pablo. No soy Dios. Todos estamos trabajando muy duro. Las niveladoras están allanando el estacionamiento trasero y los tractores están preparando el terreno para sembrar el huerto de olivos.

—Sí, pero...

Esteban odiaba los *sí, pero*. Lo volvían loco. Tampoco le gustaba que creyeran que aceptaría todo sin objeciones. Tampoco le parecía bien que los miembros del comité de construcción aparecieran de repente a traerle ideas, pensando que un cambio aquí o allá no era gran cosa. ¿Cuántas veces les había recordado en los últimos tres años que él había escrito un plan a *veinte* años?

—Estás yendo demasiado rápido, Pablo. Vas a endeudar tanto a nuestra iglesia que nunca podremos quitarnos las deudas de encima.

—El dinero está llegando.

—No tan rápido. No para la obra que quieres ver terminada.

—Tienes que tener más fe, Esteban. —A veces, Pablo parecía un verdadero *bulldog* que no quería soltar la pierna del cartero.

—Yo tengo fe. También tengo experiencia. Las empresas que tratan de crecer demasiado rápido se hunden.

—Nosotros no somos una empresa. Dios proveerá.

Sí, pero...

Gerald Boham probablemente propondría otra de sus descabelladas estrategias para recaudar fondos. Y a Marvin Lockford no le molestaría

retener las facturas durante sesenta días o más.

La iglesia no era la única que estaba contrayendo deudas. Para Esteban siempre había sido una cuestión de honor asegurarse de que sus subcontratistas y sus empleados cobraran a tiempo. Pero él tenía una cantidad limitada de recursos. Y estaba cansado de esperar los reembolsos.

—La documentación —decía siempre Lockford—. Necesitamos más documentación. —

¿Cuál era el versículo bíblico que hablaba sobre devolverle la manta a un hombre antes del anochecer para que tuviera con qué abrigarse?

Esteban no contrataba a desconocidos. Trabajaba con hombres con los que había establecido una relación. Se tuteaba con el ingeniero estructural, el contratista de los marcos, el ingeniero civil y el arquitecto paisajista. Esteban vivía muy atento a todas las cosas porque no confiaba en que Marvin mantuviera las cuentas claras. No le gustaba sentir que tenía que usar una palanca para sacar el dinero que le adeudaban del puño cerrado de Lockford.

Esteban dudaba que Pablo tuviera que esperar alguna vez que le entregaran su cheque.

Las facturas se vencían siempre. De los ingenieros acústicos que instalaban los sistemas de sonido; el ingeniero mecánico a cargo de los sistemas de calefacción, ventilación y aire acondicionado; el ingeniero eléctrico, el de instalaciones sanitarias y el de extinción de incendios. Entrelazadas en todas sus tareas estaban las presiones constantes y el flujo de los inspectores que podían llegar a paralizar el proyecto si las cosas no se hacían bien.

Algunos días, Esteban se sentía como un agente de tránsito en una esquina de Manhattan. Le sería más fácil tenderse en medio de la calle y dejar que todos le pasaran por encima. Lamentablemente, eso no era parte de su naturaleza.

Señor, ¿quién está a cargo de este proyecto? ¿Tú o Pablo Hudson? Quiero hacer Tu voluntad, Jesús. Estoy tratando de hacerla correctamente.

Esteban quería que esta iglesia siguiera en pie mucho tiempo después que él y Pablo Hudson murieran y fueran olvidados. Quería que las personas vieran a Cristo en cada tablón y en cada ladrillo. Pero cada vez que divisaba a uno de los hombres del comité de construcción deambulando por el lugar, o se enteraba de otro de los «eventos» de

Gerald Boham, o veía entrar a Pablo a Charlie's con su maletín de cuero en la mano, se le subía la presión.

Sally Wentworth sirvió café. Pablo sonrió y conversó brevemente con ella. Luego, volvió directamente a hablar de negocios.

—No veo por qué no podemos bajar algunos costos aquí y allá.

¿Cuántas veces necesitaban tener esta conversación? Esteban se esforzó por tener paciencia.

—Si bajas los costos, la calidad bajará. Obtienes lo que pagas, Pablo. Estás construyendo esta iglesia para honrar a Dios, así que será construida con los mejores materiales disponibles. —Por lo menos mientras él pudiera opinar en el asunto.

Pablo se ruborizó.

—¿Acaso dije que trabajes con materiales baratos? —Escuchándolo hablar de lo presionado que estaba por el comité de construcción, Esteban estuvo a punto de burlarse en su cara. Pablo los había elegido personalmente; esos hombres aprobaban todo lo que Pablo quería.

¿Qué está pasando aquí, Señor?

Esteban sabía que había algún problema, pero no veía claramente de qué se trataba. Las cosas estaban cambiando; el pastor Pablo, sobre todo. Antes, Esteban tenía respeto por el carisma de Pablo en el púlpito, por su habilidad para organizar actividades y elegir equipos que trabajaran con él en unidad. Pero en los últimos años había visto que algunas de esas mismas personas pisoteaban a cualquiera que no estuviera de acuerdo con «la visión». Pablo Hudson aún podía motivar a las personas y aprovechar el talento y los recursos, pero Esteban se sentía cada vez más incómodo con él.

Tal vez es porque siento que me presionan al límite, Señor. ¿Se trata solo de dinero, o aquí está pasando otra cosa?

Se preguntaba si alguien más tendría dudas. Veía una actitud tajante en la férrea determinación que tenía Pablo de construir el CNVV antes de los veinte años que habían planificado. ¿Qué le había pasado a ese amigo relajado que solía sentarse en una banqueta ante la barra de Charlie's luego de correr seis kilómetros?

Esteban hizo a un lado su almuerzo a medio comer y apretó las manos sobre la mesa.

—Retrocedamos, Pablo. Vayamos más despacio. Hay una razón por la que tracé un proyecto a veinte años. Los mejores materiales cuestan más, pero también duran más.

Nosotros soñamos con construir algo que perdure.

—Lo sé, Esteban, pero al ritmo que vamos, seremos afortunados si vivimos lo suficiente para ver el complejo terminado.

—¿Acaso importa si vivimos para verlo? Queríamos hacerlo bien. Las catedrales tardaban cientos de años en ser construidas. —Esteban estaba desconcertado por la frustración y la impaciencia de Pablo.

Pablo se rio sin ganas.

— *Ojalá* fuera una catedral.

—Estamos adelantados, Pablo. Cálmate. Dale un respiro a la congregación de tantas actividades para recaudar fondos. Deja que se sientan cómodos.

Pablo asintió con la cabeza.

—Está bien. Posterguemos el gimnasio. Pero nos gustaría tener la fuente en funcionamiento para este fin de año.

Esteban exhaló lentamente. *¿Me está escuchando, Señor?*

—La fuente está en los planos de la última fase. Es una de las opciones a considerar más adelante, *después* de que completemos el plan a veinte años.

—Se ve espectacular en los planos, Esteban. El agua viviente brotando del suelo a borbotones y derramándose sobre esas estatuas como un arroyo purificador. Sería impresionante. Atraería más gente.

—Era un boceto conceptual.

—Entonces no sabes cuánto costaría.

—Alrededor de trescientos mil dólares. Probablemente más para cuando nos decidamos a instalarla. *Si* lo hacemos.

—Supongo que podrías diseñar algo más simple, pero incorporando las mismas ideas.

Siempre has sido genial en tus conceptos de diseño, Esteban.

Vio hacia dónde apuntaba Pablo. Quería otro juego de planos por un honorario simbólico o, directamente, sin cobrar honorarios. Era hora de ponerle fin a esto. No podía seguir regalando su tiempo ni sus ahorros. Tenía que afrontar los pagos de la casa y comprar sus víveres.

—No tengo tiempo. Tengo tres obras más en espera.

—Ese puede ser uno de tus problemas ahora, Esteban.

Esteban se quedó mirándolo, con el pulso disparado.

—¿Qué estás diciendo?

—El comité piensa que no puedes con todo.

El comité, es decir, él.

—Tengo que trabajar para ganarme la vida, Pablo. El CNVV no está pagando la tarifa normal de ningún contratista general, y mucho menos, lo que yo cobro normalmente.

Ni siquiera estoy cubriendo mis gastos.

—Sabemos que estás haciéndolo para el Señor, Esteban, y sé que Él te bendecirá por esto. Todos estamos agradecidos de tener un hombre con tu prestigio dirigiendo este proyecto. Pero esto será también un golpe maestro para ti, ¿verdad? Tu primera obra para el Señor. Estuvo en la portada de una de las revistas de arquitectura más prestigiosas del país. La gente está observando para ver cómo te va en este proyecto.

¿Lo creía Pablo tan ingenuo? Él reconocía la manipulación en cuanto la veía.

—La gratitud y la publicidad gratis no alcanzan para pagar el alquiler. He tenido que cubrir las facturas que Marvin Lockford no paga a tiempo. —Se sintió aliviado cuando Pablo se mostró sorprendido. No quería pensar que Pablo era quien le estaba diciendo a su tesorero que retuviera los fondos.

—¿No está pagando?

—Actualmente, tiene entre sesenta y noventa días de atraso. —Esteban apoyó los antebrazos en la mesa—. Mis hombres tienen

familias, Pablo. No pueden esperar a que les paguen el sueldo. A los jornaleros les pagué de mi bolsillo, pero no puedo seguir haciéndolo. —Observó que la expresión de Pablo cambió, pero no logró descifrar en qué estaba pensando. Fue como si hubiera caído un velo, y eso incomodó a Esteban. Ya no sabía cómo era Pablo. Peor aún, no estaba seguro de querer saberlo. Lo único que sabía era que no quería sentirse culpable cuando pedía que le pagaran. Y no le gustaba sentir que lo estaban usando.

—Lo siento. —Pablo buscó su billetera—. Voy a hablar con Marvin. ¿Qué te parece si hoy invito yo? —Sacó un billete de veinte.

Esteban prefirió no discutir por la cuenta. Ciertamente, Pablo estaba ganando más que él este mes,.

Eunice estaba sentada en la sala de espera, afuera de la oficina de Pablo. Había esperado poder hablar con Pablo por teléfono, pero Reka dijo que Pablo le había ordenado que no lo molestara a menos que fuera una emergencia. Estaba aconsejando a alguien. Eunice sabía que él no consideraría la situación tan importante como para interrumpirlo.

—Iremos y esperaremos para verlo.

Pablo le había dejado muy en claro que nunca debía dar lugar a que otros hicieran algún tipo de especulación. Más de una vez le había dicho: «Manéjalo tú y cuéntamelo después». Suponía que era democrático que los tratara a ella o a Tim como a cualquier otro miembro de la iglesia que pedía ayuda, pero le molestaba. ¿Cuántas veces había sonado el teléfono durante una cena familiar y él se había pasado una hora, o más, hablando con alguien que tenía una crisis? ¿Cuántas veces se había levantado a la mitad de la noche para ir a acompañar a alguien? Siempre encontraba tiempo para los demás, pero cuando se trataba de su propia esposa y de su hijo, no le quedaba energía ni tiempo. Trató de reprimir el resentimiento mientras estaba junto a Tim en la sala de espera.

Reka le dirigió una sonrisa apenada.

—Le pasé una notita. Ya sabe que estás aquí. Estoy segura de que terminará pronto. —

Volvió a escribir en el teclado.

Pasaron quince minutos. Timoteo estaba al lado de ella, serio y callado.

Reka le ofreció prepararles café. Eunice dijo que no era necesario. Pasaron otros quince minutos antes de que se abriera la puerta y Rob Atherton saliera con Pablo pisándole los talones.

—Gracias por venir, Rob. —Pablo le palmeó la espalda.

Rob parecía agotado. Saludó a Eunice asintiendo con la cabeza. ¿Estaba tratando Pablo de sacarle otra donación a este hombre?

—Eunice, pueden pasar a la oficina —dijo Pablo—. Estaré contigo y con Tim en un minuto. —Salió al vestíbulo con Rob.

—Me sorprende que tenga tiempo —dijo Tim, levantándose.

Eunice tomó asiento en el lujoso sofá de cuero. Otros diez minutos pasaron antes de que Pablo volviera a la oficina.

—Ya son casi las cuatro, Reka. Podrás terminar el boletín de la iglesia mañana. —Entró a zancadas en su oficina y cerró la puerta detrás de él. Su sonrisa había desaparecido.

También la mirada de tierna paciencia que ponía tan a menudo cuando hablaba con personas como Marvin y LaVonne Lockford o con Jessie Boham.

—Ambos tienen cara de problemas. ¿No pudieron guardar cualquier lío que sea para después, en lugar de venir aquí y sentarse a esperar afuera, donde cualquiera puede verlos?

Eunice sintió que se ponía a la defensiva.

—Esta mañana me dijiste que no llegarías a casa hasta tarde porque tenías otra reunión importante con el comité de construcción. Y llamé por teléfono. Reka dijo que le habías indicado que no te pasara llamadas. Y no podíamos esperar. —Algunas cosas no podían ser postergadas ni dejadas de lado. Ya no. Y ella no quiso que Pablo se enterara de la mala noticia a través de alguien de la iglesia. Seguramente Jessie se lo contaría a Gerald, y Gerald se lo diría a Pablo...

—Está bien. De acuerdo. Ve al grano. ¿Qué pasó esta vez?

—¿Por qué no me preguntas a mí, papá? —Con el rostro pálido, Tim

miró furioso a su padre—. ¿Por qué te desquitas con ella?

—No me estoy desquitando con ella, pero tú deberías pensar cómo tu conducta afecta a los demás. Especialmente a *mí*. Lo que tú haces repercute en *mi* reputación. —Se volteó hacia ella—. Entonces, ¿vas a decírmelo o no?

—Si me das la oportunidad.

Tim agachó la cabeza.

Pablo se sentó, luciendo exasperado.

—Habla de una vez. —Miró de reojo su reloj—. Tengo que irme en cuarenta y cinco minutos a una reunión importante.

—Suspendieron a Tim de la escuela.

—¡Fantástico! ¡Justo lo que necesito! —Pablo se levantó y empezó a caminar de un lado al otro. Con las manos en la cintura, alzó la vista como si buscara entre sus libros de consejería el que le diera una manera rápida y fácil de salir de esta última crisis—. ¿Qué pasa contigo, Tim? ¿Tratas de humillarme frente a mi congregación? —Miró a su hijo como si lo despreciara—. ¿Te propones convertirme en el hazmerreír de toda la ciudad?

—No.

—¿Qué hay de tu madre? ¿Cómo crees que se siente cuando haces alguna tontería por la que terminan llamándola a la dirección de tu escuela? Ella no podrá defenderte el resto de tu vida. ¿Cuándo dejarás de esconderte detrás de ella y crecerás? ¿No te das cuenta de que todo el mundo observa a nuestra familia? Somos importantes para esta comunidad. Somos un ejemplo para la gente. ¿Qué clase de ejemplo eres tú con el ojo morado y el labio partido? ¿Qué dirá la gente cuando te vea el domingo en la mañana?

—No me importa lo que digan.

—Porque no te importa nadie más que tú mismo.

—Pablo... —dijo Eunice, temerosa de que apenas estaba empezando a enojarse.

—¿Cuándo vas a madurar?

Eunice trató de interrumpir.

—No te metas en esto, Eunice. Siempre estás protegiéndolo. Parece que no entiendes el punto. Si la gente piensa que no puedo dominar a mi propio hijo, empezarán a dudar si puedo dirigir a mi iglesia.

Pablo ni siquiera había preguntado qué había generado la suspensión. ¿Todo tenía que reducirse a *su* iglesia, a *su* reputación? ¿Desde cuándo la verdad debía ser medida de acuerdo con lo que dijeran los demás? Las personas inventaban chismes, y las esposas de algunos de los ancianos de Pablo eran las más pecadoras de todos.

—No estás dándole la oportunidad...

—Ha tenido una oportunidad tras otra.

Pablo parecía ciego al muchacho herido que estaba convirtiéndose en un joven iracundo. Su atención estaba puesta en su pastorado, en su ministerio, en su reputación.

Eunice se dio cuenta de que ella también estaba harta de algunas cosas. Harta de la condescendencia pública de Pablo, y de sus intimidaciones en privado.

Los ojos llenos de lágrimas de Tim miraron con furia a su padre.

—Lo único que te importa es tu iglesia.

—Me importan todas las personas de esta iglesia, lo cual te incluye a ti.

—No se nota.

—¡No te atrevas a hablarme de esa manera!

—¡Pablo, escúchalo!

Él se volvió en contra de ella.

—Si no estuvieras tratando de solucionarle siempre las cosas, no estaría metido en otro lío.

Ella solamente estaba siguiendo sus instrucciones: haciéndose cargo de los problemas y contándoselos después. ¡Solo que él nunca la escuchaba!

—¿Por qué siempre le echas la culpa a mamá? ¿Por qué no haces la prueba de mirarte a ti mismo para variar? El señor perfecto, el pastor Pablo.

—¿Crees que no sé cómo es ser el hijo del predicador? Sé que no es fácil. Pero tú ni siquiera lo intentas. ¡Saqué las notas más altas en todos mis años de escuela! ¡Gané premios en atletismo! ¡Jamás falté a las reuniones de mi grupo de jóvenes! ¡Fui a viajes misioneros! ¡Asistía a conferencias con mi madre! Hice *todo* lo posible por hacerle la vida más fácil a mi padre. Y aquí estás tú. —Hizo un gesto despectivo con la mano.

Apoyando las palmas de sus manos en su escritorio, se inclinó hacia Tim—. Cada vez que te portas mal, estás sirviendo a Satanás. Estás abriéndole la puerta de esta iglesia e invitándolo a entrar.

— *¡Ya basta!* —Eunice se puso de pie con las mejillas encendidas, presa de la ira. Pablo y Tim se quedaron mirándola, y no era para menos. Jamás le había gritado a nadie en toda su vida. Temblaba de furia—. Tim, vete a la casa. —Sintió una punzada en el corazón al ver su rostro. Le puso una mano en el hombro—. Necesito hablar con tu padre a solas.

Tim se paró con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, mamá.

—Yo también.

Pablo la fulminó con la mirada.

—Tú eres la mayor parte de su problema, ¿lo sabías? A mí ni siquiera me escucha.

—¿Por qué debería escucharte? No le diste ni la oportunidad de que te dijera lo que sucedió.

—No fue necesario preguntar. Tiene un ojo morado y un labio partido. Estuvo en otra pelea.

—Shirl Wenke me llamó la semana pasada.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Se deshizo en alabanzas diciendo lo paciente y comprensivo que fuiste con su hijo, Bobby, cuando lo atraparon escribiendo un grafiti con un marcador permanente en el baño de la iglesia.

La mirada de Pablo se endureció.

—Él pintó la pared de nuevo.

—Shirl dijo que lo llevaste a comer una hamburguesa y hablaste con él más de una hora. —Recogió su bolso—. Sí, Pablo, Tim estuvo en una pelea. Algunos jugadores de fútbol americano estaban dándole una paliza a uno de los chicos de nuestro grupo de jóvenes en los vestidores. Tim intercedió. Eran cuatro contra uno. Tim pudo haber terminado en el hospital.

Los ojos de él parpadearon.

—Y entonces, ¿él fue el único suspendido?

—No. Todos fueron suspendidos. Incluso Frank Heber, que fue el más lesionado.

Pablo se hundió en su silla.

—Pelear no es la respuesta.

—Tal vez no; pero a veces, no puedes quedarte parado. Y dudo que Tim haya hecho tanto daño con los puños como el que tú acabas de hacer con tu lengua.

Él levantó la cabeza y sus ojos se ensombrecieron de nuevo.

—¿Con qué derecho me acusas, luego de gritarme delante de nuestro hijo?

—¡Tú no esperaste treinta segundos para condenarlo y decirle cómo debía actuar!

—¡No estás siendo imparcial! ¿Por qué no te calmas y consideras en qué posición me ha puesto?

—No hables de imparcialidad, Pablo. Yo veo cómo consientes a los miembros de tu congregación, incluso a los que pecan descaradamente. Los hombres y las mujeres que conviven, las diaconisas que chismean, los ancianos que les retienen el sueldo a los obreros.

—¿Qué sabes tú de eso? —Entrecerró los ojos—. ¿Has estado hablando con Esteban Decker?

—No. El otro día escuché por casualidad a uno de los jornaleros en el banco. —Se tragó su dolor—. Me aferro a la esperanza de que todo va a ir bien, pero a veces lo dudo, Pablo. —Escudriñó sus ojos—. Has cambiado.

—Tú también, Eunice. Estás muy lejos de la chica sumisa con la que me casé. Te opones a mí cada vez que tienes oportunidad.

¿De qué estaba hablando?

—No me estás escuchando en absoluto, ¿verdad? Estás tan enredado en construir esta iglesia que no te queda tiempo para nosotros.

Pablo soltó un suspiro sufrido.

—Estoy cansado. Tal vez exageré. Pero ¿qué esperas, cuando me atacas al final del día con algo como esto?

—Supongo que habría sido mejor si Tim hubiera sido suspendido antes. —Apoyó su mano sobre la perilla de la puerta—. ¿Sabes, Pablo? No recuerdo cuándo fue la última vez que nos ofreciste gracia a Tim o a mí.

—Él no necesita gracia. Necesita disciplina.

¿De qué servía hablar con él? ¿Acaso tenía oídos para oír u ojos para ver? Ella no podía seguir dándole vueltas al asunto.

—Tratas a Tim de la misma manera que tu padre te trataba a ti.

El rostro de él se puso rojo.

—No hables de mi padre. ¿Qué sabes tú de las presiones de construir una iglesia? Yo soy mejor como pastor porque mi padre me presionó. Ahora que estoy en sus zapatos, puedo mirar hacia atrás y entender el estrés bajo el que estaba papá, la batalla que libraba continuamente por construir algo para Dios. Dejé de ser el niño que corre a buscar a su mamá porque hirieron sus sentimeintos.

Cada palabra penetraba y lastimaba.

—No hay excusas para la crueldad, Pablo. —Escudriñó su rostro, preguntándose qué había sucedido con el joven a quien ella había amado tanto. Ella había visto cómo Pablo se había hecho más duro y más obstinado. A veces se preguntaba si el único motivo por el que la acompañaba a las actividades escolares era para ser visto por los otros padres del CNVV. Pasaba más tiempo conversando con los otros padres, con los hijos e hijas de los demás.

Tim veía. Tim se daba cuenta. Tim lo guardaba en su corazón. Casi podía oír a su hijo preguntándose íntimamente si era considerado

siquiera en el esquema general, al margen de ser algo simbólico para Pablo Hudson, pastor de la iglesia que más rápido había crecido en el Valle Central.

A veces se preguntaba lo mismo acerca de su rol. Ella cantaba y tocaba el piano. Sin eso,

¿quién era? Solamente la pequeña Eunice McClintock, la niña de las colinas de Pensilvania que le había entregado su vida a Cristo cuando tenía nueve años. No era nadie especial. Siempre se había preguntado qué había visto Pablo en ella.

Quizás él estaba preguntándose lo mismo.

—A ninguno de ustedes dos parece importarle el problema que puede causarme esta situación. —Pablo agitó su mano encima de su escritorio—. Como si no tuviera suficientes problemas de qué ocuparme.

Esa era siempre su excusa.

Sabía que su matrimonio se estaba hundiendo, pero ¿a quién podía recurrir la esposa de un pastor para pedir consejo?

—¿Por qué no les cuentas a todos que tu hijo estuvo a punto de convertirse en un mártir cristiano?

Pablo parecía estar considerando la idea.

—Me voy a la casa, Pablo. ¿Hay algo que quieres que le diga a Tim?

—Que está castigado.

El futuro se extendió delante de ella: desalentador, solitario. *Ayúdame, Dios.*

—Si sigues así, Pablo, vas a terminar alejando a Tim de la iglesia.

Quizás hasta podría alejar a su hijo de Dios.

Cuando Samuel oyó el timbre de la puerta, pensó que tal vez era uno de esos chicos mormones, vestidos con sus camisas blancas almidonadas y sus pantalones negros. La última vez habían aceptado

su invitación a comer unas galletas con leche y habían dejado las bicicletas atadas a la verja delantera. Después de media hora, uno de los jóvenes parecía ansioso por irse, pero el otro no podía ser arrancado de la silla. Samuel los invitó a ambos al estudio bíblico de los miércoles en la noche.

—¡Tim! Cuánto tiempo sin vernos. —Abrió la puerta de par en par—. Adelante, pasa.

—Gracias.

Samuel hizo una mueca.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—¿Y el otro chico?

—Chicos. —Tim entró por la puerta delantera y se quedó parado en la sala. Samuel se preguntó si el muchacho estaría recordando cómo solía preguntarle Abby si quería unas galletas cuando él cruzaba esa puerta. Los hombros de Tim se sacudieron y de él salió un sonido como el de un animal herido. Se desplomó en el viejo sofá, se agarró la cabeza y empezó a sollozar.

Samuel puso su mano en el hombro de Tim y se sentó junto a él.

Tim se limpió la cara en su manga y se quedó encorvado, con los antebrazos apoyados en las rodillas.

—Lo siento. No tenía la intención de venir aquí y lloriquear como un bebé.

—Yo he tenido mis momentos, Tim. Si no lo hiciéramos, reventaríamos.

Tim se rio sombríamente.

—O reventaríamos a otro. —Dejó escapar un largo suspiro a través de sus labios fruncidos—. Espero no haber interrumpido nada.

—Nada que no pueda esperar. —Samuel dio unas palmaditas sobre el hombro de Tim, puso las manos en sus rodillas y se incorporó—. ¿Por qué no me acompañas a la cocina y me ayudas a ver qué puedo improvisar para comer? —Tim lo siguió y se quedó en la puerta trasera, mirando hacia afuera. Samuel miró dentro del refrigerador—.

Tengo comidas congeladas: filete a la suiza, pastel de carne, lasaña. O podemos meter una de esas pizzas en el horno.

—Lo que tú quieras.

Samuel sabía que a Tim le gustaba la pizza. Encendió el horno, abrió la caja de la pizza, quitó la envoltura de celofán y puso la pizza en una bandeja.

—Debería estar lista en media hora. —Sacó dos refrescos del refrigerador—. O cuando suene la alarma de humo. —Destapó uno de los refrescos y lo deslizó al otro lado de la mesa.

Tim bebió un largo trago, dejó la lata y apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Te llevabas bien con tu papá, Samuel?

—A veces teníamos desacuerdos.

—Me suspendieron. Otra vez, me mandaron a la oficina del director. —Se quedó mirando fijamente la lata—. Estoy harto de ellos, Samuel. Son un montón de hipócritas apestosos. Me enferma que el director haga lo imposible por eximir a los deportistas.

Estoy harto de que mis profesores me digan que estoy desaprovechando mi talento natural. Como si realmente les importara un comino. Estoy harto de que papá le eche la culpa a mamá cada vez que pasa algo. Pero sobre todo, estoy harto de *él*. —Bebió otro largo trago de refresco—. No me importa lo que los demás piensen de mí.

Samuel veía lo poco que le importaba. Se le ocurrían una docena de clichés. *No es fácil crecer. Saldrás adelante de esto. Tu papá te quiere. No es fácil ser padre en esta época. La vida es difícil.* Todos eran ciertos. Pero Tim era el que necesitaba hablar, no él.

Así que Samuel lo dejó hablar. Él ya sabía la mayoría de esas cosas. Había estado involucrado en la vida de Timoteo Hudson desde que el chico andaba en un cochecito para bebé. Recién hacía un par de años que las visitas de Tim habían mermado a más o menos una vez al mes, y duraban menos de treinta minutos, y Samuel dependía de

Eunice. Ella seguía saliendo a dar sus largas caminatas, pasaba a tomar un té y lo mantenía al día sobre Tim. Había puesto en libertad a un sapo en la escuela dominical, tenía dificultades con sus tareas, las competencias de fútbol interferían con el grupo de jóvenes, las

escapadas del campamento de la iglesia. Tim había escrito una parodia, una sátira completa sobre la iglesia que se parecía demasiado a la realidad y no resultaba cómoda. Jessie Boham creía haberlo visto fumando marihuana detrás de la pista de bolos. Resultó que era otro, pero la gente era propensa a creer en los chismes.

Tim se levantó y caminó alrededor de la mesa, abrió la puerta del gabinete y puso su lata dentro de la bolsa de reciclaje.

—Ya no voy a ir a la iglesia.

Samuel no tenía dudas de a quién estaba dirigida esa afirmación.

—¿Te molestaría decirme por qué?

—Me enferma ir a sentarme con un puñado de hipócritas, Samuel. La señora Lockford y su grupo de espías que investiga a todo el mundo. El señor Boham diciéndole al grupo de jóvenes que tienen que hacer sacrificios por el reino mientras él sale y se compra un carro nuevo todos los años. La señora Boham parloteando sobre la decadencia moral de los jóvenes de Estados Unidos. ¿Sabías que graba tres telenovelas por día?

—¿Cómo sabes eso?

—Por Trudy. Es tan adicta como su madre. ¡Devora todas esas cosas! Y su madre me mira con desprecio porque escucho *heavy metal*. —Se sentó a horcajadas en la silla—.

Tienes suerte de estar fuera de todo eso.

Él no estaba fuera del todo. Solo había encontrado otra manera de participar.

—Tienes que cambiar tu enfoque. Mira hacia arriba.

—Sí, claro. ¿Arriba, al púlpito? ¿A mi papá? ¿Cómo se supone que debemos seguir las palabras de Jesús "*ámense unos a otros*"? Él es el más hipócrita de todo el lugar.

Por lo menos no había incluido a su madre en la condenación generalizada.

—Mira más alto, Tim.

—¿Qué hay que ver? ¿Un par de pedazos de madera clavados en la pared de enfrente?

No significan nada. No para ellos. Por lo menos, no se nota. —Bajó la cabeza—. Ya ni siquiera sé si creo en Jesús. O incluso, si quiero creer.

De todas las cosas que Tim había dicho en la última hora, eso fue lo que más afligió a Samuel. Él sabía cómo se sentía ser apartado, repudiado, vencido. Aun después de años de amar y servir al Señor, Samuel tenía momentos de desánimo. Había momentos en los que levantaba su puño al cielo y preguntaba por qué. Cada día demandaba tomar la decisión y, algunos días, Samuel le rogaba a Jesús que lo llevara a casa. *Señor, extraño a mi esposa. ¿Por qué debo quedarme aquí sin ella?* Sabía lo que diría Abby al respecto: «Será mejor que ores, Samuel. Estás en una guerra. Deja que el Señor te dé las armas. No puedes enfrentar al enemigo vestido con ropa interior espiritual».

Entonces, ¿qué dices, Señor? El muchacho no está de humor para un sermón.

Tim estaba callado. Samuel solo podía desear que el muchacho estuviera esperando que lo refutara.

—Las personas fallan todo el tiempo, Tim. Es parte de nuestra naturaleza echar a perder las cosas. El único hombre que llegó al final de la vida sin estropearla fue Jesús, y Él es Dios. Levanta tus ojos a Él. No esperes que tu padre tenga todas las respuestas que necesitas.

—No me digas. —Torció la boca—. A veces me pregunto si papá siquiera cree. De todas maneras, ¿para qué necesita a Dios? Cree que puede hacer todo por sí mismo.

Timoteo Hudson era más sensato de lo que se daba cuenta.

—Una vez tuviste pasión por Jesús.

—Tal vez.

—Yo estuve ahí el día que te bautizaron.

—No funcionó.

—¿Qué parte de ti no se mojó?

—Bueno, entonces digamos que no veo que el bautismo haya cambiado algo.

—Te diré esto: sigue tu fe, por más débil que sea, en lugar de tus dudas, por más fuertes que te parezcan en este momento. Haz eso y deja que del resto se ocupe Dios. Él se asegurará de que todas las cosas salgan según su plan.

Tim ladeó la cabeza y lo miró. ¿Cómo alguien tan joven podía tener una sonrisa tan cínica?

—Sería mucho más fácil si no estuviera yendo a la iglesia.

Pablo se esforzaba por concentrarse en la reunión, pero sus pensamientos volvían furtivamente a Eunice y a Tim. No debía haber perdido la paciencia. Debería haber escuchado la versión de su hijo de los hechos. Pero acababa de pasar una hora extenuante con Rob Atherton, tratando de que el hombre se sincerara. Había sido casi como buscar almejas durante la marea alta. Sheila había sido la que había pedido consejería matrimonial, pero él no podría avanzar mucho si Rob no estaba dispuesto a cooperar.

Luego de una hora con el reticente Rob, sentía nudos en el estómago por la frustración de tratar de ayudar a la pareja sin alejar al esposo de la iglesia. Rob estaba indeciso, y Pablo no quería que el hombre lanzara sus recursos en la dirección equivocada. Ver a Tim con otro ojo morado había aniquilado la poca paciencia que le quedaba.

Y ahora, esta reunión. ¿No podían estos hombres hacer nada sin él?

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos, Pablo?

—Lo único que podemos hacer en este momento: recortar dinero de las misiones y pagarles a los subcontratistas. La semana que viene, no quiero volver a tener la misma conversación con Esteban Decker que tuve la última vez. Si queremos terminar de hacer las cosas, tendremos que hacer algunos sacrificios.

Marvin asintió.

—Eso es lo que he estado diciendo todo el tiempo. Debemos mantener el dinero aquí, no mandarlo a algún país lejano, a gente que ni siquiera conocemos.

—Debemos hacer lo mejor para nuestra congregación —concordó Gerald.

Conversaron un rato más. Todos querían hacer lo mejor para la iglesia. Y lo mejor era que siguiera creciendo.

De camino a casa, Pablo llamó al celular de Esteban y le dejó un mensaje de que Marvin Lockford tendría listo un cheque para él a la mañana siguiente.

—Disculpa la demora, Esteban. No estaba al tanto de esto. —¿Cuántas otras cosas le habían pasado inadvertidas? Tendría que ser más diligente. Lástima que no pudiera ser clonado.

Tal vez debería detenerse en el supermercado para comprar un ramo de flores. Hacía mucho tiempo que no llevaba flores a casa para Eunice. Se inclinó hacia adelante y sacó un paquete de pastillas antiácido de la guantera. El reloj del tablero indicaba las 9:48. Si paraba, se demoraría otros quince minutos para llegar a casa. Quizás más, si Maggie O'Brien estaba en la caja. Cada vez que la veía, le hablaba hasta por los codos, y a esa hora habría pocos clientes y él no contaría con esa excusa para escapar. No, sería mejor dejar las flores para otro día. Siempre podía enviar a Reka al día siguiente a que comprara el ramo. Masticó la segunda pastilla antiácido.

Las luces de la sala estaban apagadas cuando llegó al camino de entrada. Apretó el botón del control remoto de la puerta. La bicicleta de Tim estaba contra la pared y el casco colgaba del manubrio. Tim. *¿Qué voy a hacer con ese chico, Dios? Me está volviendo loco. ¿Podrías ayudarme un poco con él? Cámbialo, Señor.*

Pablo se quitó la chaqueta y aflojó su corbata mientras subía la escalera. La televisión estaba encendida en el estudio y Tim estaba despatarrado en el sofá.

—Sabes que no quiero que veas ese programa. —Pablo agarró el control remoto y apagó el televisor—. Y ya son más de las diez.

Tim se estiró y se puso de pie.

—Llegaste temprano a casa.

¿Estaba intentando provocarlo?

—Mira, lamento lo de hoy en mi oficina. Tuve un día difícil.

—Yo también.

Pablo se recostó contra el marco de la puerta.

—Tu mamá dijo que eran cuatro contra uno.

—No llevé la cuenta.

—¿Quieres que hablemos de lo que pasó?

Tim recogió sus zapatillas deportivas y caminó hacia la puerta.

—Es un poco tarde, papá.

—No es demasiado tarde.

El teléfono sonó. Tim lo miró con ironía y lo esquivó al pasar.

—Tim... —El teléfono sonó por tercera vez; el sonido crispaba los nervios de Pablo. Era tarde. ¿No podía la gente dejarlo en paz?

—Será mejor que atiendas, papá. Podría ser alguien importante. —Tim entró a su habitación y cerró la puerta.

El teléfono dejó de sonar. Era hora de que Eunice atendiera. Pablo lanzó el control al sofá. Se detuvo en la puerta de Tim, pero decidió dejarlo tranquilo. Mejor esperaría hasta la mañana, así ambos habrían tenido una buena noche de descanso. Abrió la puerta de la habitación principal y se quitó la chaqueta.

—Pablo...

—Toma el mensaje. Estoy molido.

—Es tu madre.

Vio que pasaba algo terriblemente malo. Tomó el teléfono.

—¿Mamá? ¿Qué pasó?

—Tu padre, Pablo. —Ella lloraba—. ¡Murió!

CAPÍ TULO 12

PABLO ESTABA EN LA PRIMERA FILA de la iglesia de su padre, con su madre sentada a un lado y su esposa e hijo al otro. Mirando fijamente al frente, luchaba contra la ira que lo carcomía. Las viejas heridas se asomaron burlándose de él mientras escuchaba a los oradores elogiando a su padre. Habían concurrido representantes de la comunidad, del estado y del país. Cinco mil personas se habían citado para presentar sus respetos, entre ellas, políticos, estrellas de cine, predicadores evangélicos famosos y otros líderes religiosos que alababan a David Hudson por su amor a toda la humanidad. Entre la multitud había incluso un gurú, rodeado por unos doce de sus seguidores vestidos con túnicas sentados en los bancos. Las flores y los mensajes de condolencias seguían llegando a raudales. La revista *People* había llamado a su madre para entrevistarla.

Debía haber sabido que su padre encontraría la manera de partir de este mundo antes de que el Centro Nueva Vida del Valle estuviera terminado. Apenas cinco años más, y Pablo podría haberse ganado el respeto y la aprobación de su padre.

Ahora, era demasiado tarde. David Hudson, el renombrado predicador evangélico, descansaba en paz y su elocuencia sería silenciada para siempre. Aparte de lo que había dicho en el libro, que seguía encabezando las listas de los más vendidos.

Su madre se negó a hablar con nadie de la prensa.

—Si me amas, Pablo, no dirás nada. Te sentarás junto a mí, me sostendrás la mano, ¡y me ayudarás a sobrevivir a este verdadero circo! —Estaba pálida, tenía sombras oscuras bajo los ojos y estaba tan consternada que él no quiso discutirle nada—. No quiero que este funeral sea una oportunidad de oro.

¿Oportunidad? La palabra fue hiriente.

Así que aquí estaba, sentado entre miles de personas, en silencio, sosteniendo su mano y conteniéndose mientras otras personas, ajenas a la iglesia, elogiaban a su padre. Él podría haber hablado más y mejor que los periodistas de los noticieros y los que estaban frente a las cámaras de televisión. ¿Quién conocía mejor a un padre que su propio hijo?

¿Estaría preguntándose la gente por qué no hablaba? ¿Lo considerarían una afrenta al

recuerdo del gran David Hudson? Pero él respetaría los deseos de su madre. A menos que cambiara de parecer. Se inclinó, pero la mano de

ella lo apretó más fuerte. Su rostro estaba rígido, pálido y surcado por las lágrimas.

Todo estaba realizándose de acuerdo con los deseos de su madre. Hasta el servicio sencillo presidido por José Wheeler. Pablo se preguntó cuántos de los presentes se sentían ofendidos por el mensaje del evangelio. Podía oírlos revolviéndose en sus asientos, murmurando en voz baja. Wheeler no titubeó. Describió los pasos a la salvación de manera simple e íntegra. Jesús salva. Nadie más. Dio la bendición y la orquesta de alabanza comenzó el postludio. A Eunice probablemente le encantaban los himnos. Los ujieres se acercaron a ellos para acompañarlos a él y a su madre al pasillo.

Eunice y Tim los siguieron detrás.

Los fotógrafos, camarógrafos y reporteros los esperaban al frente. La mano de su madre se aferró a su brazo.

—Quédate a mi lado.

—Ellos esperan que alguien hable por la familia.

—No me interesa qué esperan "ellos". Esta es la última vez que tu padre será visto en público, ¡y nosotros haremos lo correcto! ¡No digas nada! ¿Entiendes, Pablo? Ni una palabra. —Cubrió su rostro con el velo y salió caminando con él por las puertas delanteras de la iglesia.

Las cámaras destellaron. Los periodistas avanzaron. Las preguntas surgían de todas partes mientras levantaban los micrófonos en alto. La emoción corría por las venas de Pablo. Varios de los ujieres intervinieron para bloquear el paso a los reporteros mientras Pablo acompañaba a su madre a bajar los escalones hasta la limusina negra que los esperaba.

«Señora Hudson, ¿puede decirnos unas palabras?».

«¡Señora Hudson!».

«¡Señora Hudson!».

«¡Señora Hudson!».

«¡Señora Hudson!».

«¡Señora Hudson!».

El conductor abrió la puerta del carro y su madre casi voló hacia

adentro. Pablo se quedó atrás, esperando a Eunice y a Tim. Había demasiadas cosas que quería decir sobre su padre. Reconoció a algunos de los periodistas. Los había visto en televisión.

—Aquí está Pablo Hudson, el único hijo de David Hudson. Reverendo Hudson, su padre fue uno de los mayores evangelistas del último siglo. Y ahora tenemos información de que usted está construyendo una iglesia en el Valle Central para rivalizar con sus esfuerzos. ¿Espera seguir los pasos de su padre? —Una rubia hermosa empujó un micrófono hacia adelante.

Los ujieres avanzaron frente a él y bloquearon con sus brazos el avance de la prensa mientras el asistente de la limusina hacía señas detrás de Pablo.

—¡Pablo! —Su madre estiró el brazo para alcanzarlo. Él no podía ignorarla sin escandalizar a la prensa.

Se metió en la limusina junto a ella y miró hacia afuera mientras cerraban firmemente la puerta, cortando su última oportunidad de decir alguna cosa. Mientras la limusina se alejaba raudamente de la acera, Pablo echó un vistazo al mar de rostros.

—Unas palabras no habrían perjudicado a nadie, madre. —Ella podría haberle dado al menos un minuto—. Pensarán que no me importa.

Ella desvió la vista.

—Deja que piensen que estás demasiado afligido para decir algo —dijo Eunice, mirándolo furiosa con los ojos empañados por las lágrimas.

¿Qué le pasaba a ella?

Tim curioseó a través de las ventanillas polarizadas hacia afuera.

—¿Aquel es el gobernador?

—Sí —dijo Pablo mirando hacia afuera e intentando sofocar su resentimiento. Ni siquiera había tenido la oportunidad de estrecharle la mano.

—¡Vaya! —dijo Tim—. ¡Y ahí está Tom Davenport! El mes que viene estrenará su nueva película. No sabía que el abuelo lo conocía.

—No es más importante que cualquier otro, Tim.

El resentimiento de Pablo se encendió aún más ante el comentario de Eunice.

—No olvides por qué estamos aquí.

—Lo siento, abuela.

Su madre miró fijamente al frente.

—Mucha gente vino para que su cara salga en los periódicos o en los noticieros de la noche.

Pablo se sentía sorprendido y decepcionado porque el servicio en memoria de su padre solamente había recibido cinco minutos de cobertura en las noticias. La presentadora resumió la ilustre carrera de David Hudson mediante videoclips del padre de Pablo predicando en la iglesia que había levantado; luego, otro videoclip de cuando predicó ante cincuenta mil personas en un estadio de fútbol. Había videoclips de él estrechando la mano del presidente Ronald Reagan y, a continuación, la del presidente Bill Clinton.

El gobernador, Tom Davenport y varias otras celebridades entrevistadas habían recibido una cobertura de un par de segundos cada una. La última imagen era de Pablo y su madre bajando los escalones de la iglesia, seguidos por Eunice y Tim. La comentarista de las noticias dio unos golpecitos en sus papeles, los dejó a un lado y continuó con otras novedades de interés periodístico.

—El mundo seguirá girando sin él, Pablo.

Levantó la vista bruscamente y vio a su madre parada en la puerta. ¿Por qué debería avergonzarse de mirar el noticiero? ¿Por qué debería sentirse culpable? ¿Qué tenía de malo si quería ver qué decían los medios de comunicación sobre la muerte de su padre?

Todavía estaba disgustado por la noticia de que el cuerpo de su padre sería enviado a Midvale, en Misuri. Su padre habría aborrecido esa idea. Pablo recordó el análisis que David había hecho de su propio padre:

—¡Tu abuelo nos mudó de un pueblo a otro durante veinte años y jamás predicó ante más de unos pocos cientos de personas! No

escuches a tu madre. Tiene una idea un poco cándida de quién fue mi padre y de lo que logró. El hecho de que fuera un anciano

agradable no significa que alguna vez haya hecho algo valioso para el Señor. La Biblia dice que el hombre que no cuida a su propia familia es peor que un incrédulo. ¡Viví toda mi niñez vestido con la ropa y los zapatos que mi madre conseguía en las ventas de segunda mano de la iglesia! Mi padre apenas podía pagar el alquiler de cualquier choza ruinosa en la que viviéramos. ¡Recuerdo que me iba a dormir con hambre! Si quieres ser un gran hombre de Dios, no tomes el ejemplo de Esdras Hudson. Tu abuelo fue un fracaso total como predicador, y como hombre.

—Sigues enojado conmigo, ¿verdad, Pablo?

—Enojado, no. Decepcionado. Quiero entender, madre. ¿Por qué no me dejaste decir algo en favor de papá?

—Solías decirme mamá. —Suspiró—. Hay muchas cosas que no sabes, Pablo.

—Entonces, cuéntame.

Ella escudriñó sus ojos por un instante, y después negó con la cabeza.

—Una parte ya la conoces. Otra parte no estás dispuesto a recordarla. —Tomó asiento en un sillón cerca de la ventana y apartó la cortina transparente para poder mirar afuera—. En otro momento. —Estaba pálida y tensa—. Yo también lo amé, Pablo.

Mucho más y por mucho tiempo más.

—Sé que no era perfecto, mamá. Pero se supone que debemos perdonar. Nosotros hicimos las paces. Creí que lo entendías.

—Oh, lo sé. Vi el cambio en ti.

—Debimos haber hecho una declaración.

Bajó la mano y la cortina transparente volvió a su lugar.

—¿No te parece que fue suficiente lo que dijo esa señora del noticiero: “La afligida familia se marchó sin hacer una declaración a la prensa”?

—No.

La boca de ella dibujó una sonrisa melancólica.

—¿Por qué no?

—Porque él habría querido algo más.

—¿Una fiesta nacional en su honor, quizás?

—No bromees, mamá.

Se produjo un silencio entre ellos. Él trató de contener el llanto que lo sofocaba. Estaba tan enojado que quería destrozar algo. Sentía la mirada de su madre fija en él, prestándole atención, esperando. Se sintió pequeño y mezquino de ser observado con tanta ternura. Ella suspiró despacio y se recostó hacia atrás.

—Iba de camino a Chicago a discutir los detalles de su nueva iniciativa.

—¿Otro libro? —No quería sonar envidioso ni amargado, pero sabía que ambas emociones lo consumían.

—Su universidad le había ofrecido un puesto de profesor. Iba a llevar a cabo seminarios para líderes cristianos sobre cómo edificar una iglesia.

—Lo único que me dijo fue que tenía otras cosas entre manos. —Pablo se llenó de desesperación. Basta de pensar que él y su padre habían tenido algún tipo de relación—

. Creí que papá y yo estábamos acercándonos más en los últimos años. —Nunca había estado a la altura de su padre. Nunca cumplió con sus expectativas. A pesar de todo lo que había logrado en el CNVV, seguía sintiéndose inferior.

—Era un pecador, Pablo, igual que tú y yo. No quise que dijeras nada porque él ya ha sido suficientemente enaltecido. —Ella negó con la cabeza—. No quise que dijeras algo que le hubiera agradado. Ya se ha dicho suficiente. Demasiado. Y cualquier cosa que hubieras agregado habría sido una mentira.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si no entiendes, es porque olvidaste todo lo que alguna vez te enseñé sobre el Señor y lo que Él quiere de nosotros. —Bajó la voz—. Eso me entristece aún más que la muerte de tu padre, Pablo.

Nunca había logrado la aprobación de su padre, y ahora parecía que también le había fallado a su madre. Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Habría hablado de lo que él hizo bien, mamá, no de lo que hizo mal.

—Yo quise que se presentara el evangelio en el servicio en memoria de tu padre. Quise que la verdad fuera proclamada con claridad y sencillez. A Cristo glorificado. —Su voz sonaba ronca por la tensión y el dolor—. Quise que las últimas palabras pronunciadas en ese servicio fueran sobre Aquel que nos redimió y que abrió un camino para que volvamos al abrazo de Dios.

—¿Cómo puedo discutirte eso?

—No quisiera pensar que querrías hacerlo. Quizás ahora tengas la libertad de convertirte en el pastor que Dios quiso que fueras.

Pablo apretó las manos entre sus rodillas.

—Yo esperaba... —Lloró. ¿Qué esperaba? ¿Escuchar las palabras: *Estoy orgulloso de ti, hijo*?

Su madre se acercó a él y tomó su rostro entre sus manos, como lo hacía cuando era pequeño. Le dio un beso. Lo miró intensamente, con los ojos bañados por las lágrimas.

—Solo se necesita una cosa, Pablo. En medio de tu aflicción, recuerda a quién sirves.

En la soledad del estudio, Pablo se preguntó por qué su madre había sentido que él necesitaba que se lo recordara. Sus palabras fueron como si hubiera echado sal en sus heridas.

Era pastor. Si alguien sabía que se esperaba más de él, era él.

Eunice no hizo ningún esfuerzo por convencer a Pablo de que se quedara en el sur de California. ¿Para qué rogarle, si él no quería escuchar? Se limitó a comunicarle sus propios planes.

—Me quedaré con tu madre unos días más. Ya hice algunas llamadas y me puse de acuerdo con algunas mujeres para que me reemplacen en

la iglesia mientras no estoy.

—Qué amable de tu parte que me avises.

—Será más fácil para mamá si no nos vamos todos a la vez, Pablo. Pensé que te complacería esa idea, y también creo que sería bueno que vuelvas a casa con Tim. Es un viaje largo. Ambos podrán pasar un tiempo a solas.

Él arrojó uno de los libros de su padre a una caja. Había otras tres ya cerradas y selladas.

—No hagas planes por mí, Eunice. Tim no me ha dicho ni cinco palabras en los últimos cuatro días. La idea de ir encerrado con él en un carro durante cinco horas no me atrae en absoluto.

—Tampoco lo has buscado tú a él. Te has pasado la mayor parte del tiempo aquí arriba, en la oficina de tu padre.

Arrojó otro libro dentro de la caja.

—¿Qué esperas que haga? ¿Que vaya a sentarme junto a él en la piscina? No soy un adolescente al que le sobra el tiempo. Mamá dijo que podía llevarme lo que quisiera de la biblioteca de papá. —Hizo un gesto con el brazo—. Como verás, tengo mucho trabajo por hacer aquí.

¿Cómo puedo llegar a él, Señor? ¿Cómo puedo traspasar la muralla que está levantando alrededor de sí mismo? Eunice echó un vistazo a la habitación. En una mesa de exhibición estaba la maqueta de la iglesia de David Hudson. Caminó hasta ese sitio y alzó la vista a la pared de las fotografías enmarcadas. David Hudson estrechando la mano del presidente Clinton. David Hudson con una estrella cinematográfica conocida por sus artes marciales, otra conocida por su cuerpo. David Hudson estrechando la mano de un embajador de China. David en la puerta principal de su iglesia con las manos unidas e inclinándose en señal de bienvenida a la visita del gurú. El mismo gurú que había estado en el servicio el otro día y que había dicho que David Hudson era uno de los pastores más tolerantes del último siglo, un verdadero hombre de paz y de amor. Todas las fotos estaban impresas en papel mate y marcos costosos.

Perturbada, observó lentamente toda la habitación, buscando con atención. En ninguna parte del estudio había una foto de la esposa de David Hudson, del único hijo de David Hudson ni del único nieto de David Hudson. O de Jesús.

—Puedes quedarte todo el día parada ahí, Eunice, pero no cambiaré de opinión. Y

tampoco puedes hacer que me sienta culpable por eso. No tengo tiempo para controlar

a Tim. No puedo llevarlo a la escuela y recogerlo, y después hacer un seguimiento de dónde está cuando yo no esté.

—Esa es tarea de la madre, ¿verdad? —Una que le gustaba recordarle que no había hecho bien desde el principio.

—Ya tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Eligió otro libro para sumar a su biblioteca personal y lo dejó caer sobre los demás.

¿Cuándo tendría tiempo para leer todos esos libros? Se preguntó Eunice.

—Me fui por cuatro días —dijo él, dándole la espalda—. Sabes tan bien como yo que tendré un montón de mensajes para atender. —Revisó la biblioteca buscando otras joyas—. Y tengo que volver a reunirme con el comité de construcción y asegurarme de que hayan hecho seguimiento a algunas cosas. Esteban Decker quiere su dinero. Uno imaginaría que podría esperar algunas semanas. —Sacó otro libro del estante y lo metió en la caja—. Porque lo único que tengo que hacer no es tocar un par de canciones los domingos en la mañana y hablar por teléfono el resto de la semana.

Otro pinchazo directo a su corazón.

—Si prefieres que no aconseje a las mujeres de tu congregación, solo dímelo, Pablo, y las derivaré a quien te parezca.

—¿Acaso metí el dedo en la llaga?

Se dio cuenta de que no llegaría a ninguna parte con él.

—Ya que tengo cosas tan poco importantes que hacer, tú y la iglesia no me echarán de menos si decido quedarme una semana, en lugar de algunos días.

—¡Quédate un mes, si quieres!

¿Quién fue el tonto que inventó el dicho «A palabras necias, oídos sordos»?

—Mira, lo siento. —Sonaba más frustrado que arrepentido—. No quise decir eso. Sabes que no fue mi intención.

—No, no sé eso, Pablo. Ya no sé nada. ¡Ya no sé cómo eres *tú*!

—Dije que lo siento. ¿Qué más quieres de mí?

—Un poco de sinceridad sería bueno. *Lo siento* no es más que una expresión, Pablo. No mejora nada.

La agarró antes de que ella pudiera salir por la puerta. La acercó a su cuerpo, rodeó su cintura con sus brazos y la retuvo pegada a él.

—Perdí a mi padre hace unos días. No soy yo mismo.

Más excusas.

—Perdóname.

Reprimió el impulso de clavarle las uñas en el brazo para liberarse. Setenta veces siete, dijo el Señor. *Setenta veces siete.*

—Te perdono.

Él aflojó los brazos.

—No puedes entender cuánto han significado los últimos años para mí. Por primera vez en mi vida, sentía que tenía una relación con mi padre. Y ahora se ha ido. —La soltó—. ¿Sabes qué es lo que más me deprime? Él nunca verá terminado el Centro Nueva Vida del Valle.

¿Por qué todo volvía siempre a ese tema?

Pablo ya estaba de vuelta en el estante de libros, otra vez metido en su trabajo.

Recorriendo los libros, sacó uno y lo hojeó, sopesando su utilidad. Volvió a meterlo en su lugar del estante. Quizás, ella no debería haberlo perdonado tan rápido. ¿Se había arrepentido en serio? *Si no fuera por ti, Señor…*

—¿Por qué no te vas abajo y pasas tiempo con mamá?

Otra vez se la estaba sacando de encima. Se había vuelto un hábito.

—¿Qué ves cuando miras alrededor de la oficina de tu padre, Pablo?

Esta vez, él no trató de disimular su impaciencia.

—¿Me dejarías volver a mi trabajo? Bajaré más tarde, Eunice.

—Dime qué ves y me iré, Pablo.

—Una vida de logros, fama, respeto. El mundo le prestaba atención a David Hudson.

Eso es lo que veo reflejado en esta habitación. ¿Por qué, qué es lo que ves tú?

—Veo lo que falta, Pablo. Veo lo que dejó de lado. —Peor aún, nunca había visto una muestra de que David Hudson se arrepintiera de haber dejado de lado a quienes más lo amaban: su esposa y su hijo.

Ella bajó y salió por las puertas corredizas al jardín. Loida estaba sentada bajo una sombrilla con la Biblia abierta sobre su regazo. Aullando como un alma en pena, Tim dio dos grandes pasos, saltó y se lanzó como una bala de cañón a la piscina.

—Es muy bueno tener a un muchacho de nuevo por aquí. Cuánto lamento que Pablo y Tim tengan que irse tan pronto.

—He decidido que Tim se quede conmigo.

Loida marcó la página de la Biblia con la cinta, la cerró y la dejó sobre la mesa del patio.

Ambas se quedaron mirando cómo Tim volvía a lanzarse desde el trampolín.

—Cada día se parece más a su padre.

—¿Pablo o Tim?

Loida sonrió con tristeza.

—Ambos.

Eunice se levantó con Pablo a la mañana siguiente. Él ya había cargado las cajas de libros en el baúl de su Buick. Empezó a preparar su desayuno mientras él empacaba su ropa y el equipo de afeitar. Loida entró en la cocina vestida con su bata. Las sombras oscuras bajo sus ojos estaban más pronunciadas. Abriendo el gabinete, Eunice sacó otra taza y otro platito y le sirvió café.

—Gracias, cariño. Solo bajé para desearle un buen viaje a mi hijo.

Eunice rompió dos huevos más en la sartén.

—¿Tomó Pablo todos los libros que quería?

—Seis cajas llenas.

—¿Algún archivo?

Pablo entró a la cocina.

—No tuve tiempo para revisar los archivos esta vez, mamá. —Él mismo sirvió su café y se sentó en la mesa de la cocina—. Además, pensé que alguien de la iglesia podría querer revisarlos, usarlos para escribir su biografía.

—Dennis Nott propuso lo mismo —dijo Loida, posando su taza en el plato.

—Iba a preguntarte por él. ¿Quién es Nott, al fin y al cabo? Dejó un par de notas enigmáticas en la oficina de papá. ¿Era el secretario de papá o algo así?

—Era el escritor fantasma de tu padre.

—¿Escritor fantasma? —Pablo dejó suspendida en el aire su taza de café.

—Escribió el libro de tu padre.

Eunice repartió los huevos en tres platos y dejó la sartén en el fregadero para lavarla después. Le sirvió primero a Loida y luego a Pablo, que parecía pensativo. Eunice esperaba que estuviera meditando en la falta de ética de su padre. ¿Estaría preguntándose en qué otras cosas era capaz de engañar David Hudson, si dejó que el público creyera que había escrito un libro que otra persona había escrito por él?

—Ojalá pudieras quedarte unos días más, Pablo —dijo Loida—. Hay muchas cosas que quisiera hablar contigo.

—Quisiera poder hacerlo, mamá. Pero tengo que apagar un par de incendios en el CNVV.

—¿Problemas?

—Nada que no pueda resolverse cuando llegue. El contratista general está transformándose en un verdadero dolor de cabeza. —Se levantó —. Será mejor que me

ponga en marcha. Me espera un largo viaje. —Se agachó y le dio un beso a su madre—.

Sabes que si necesitas algo, solo tienes que pedirlo. —Se incorporó—. ¿Me acompañas al carro, Eunice?

Ella salió con él, orando por palabras de reconciliación.

—Despídeme de Tim. —Le dio un beso indiferente y se metió en su Buick—. Mantenlo bajo control. No quiero que se meta en más problemas aquí. Mamá no necesita eso. Y no se queden más de una semana. No puedes dejarle tus responsabilidades a los demás, aunque quisieras.

Con profunda desazón lo observó retroceder por el camino de entrada. No veía la hora de volver a su amante, la iglesia.

Loida aún estaba en la cocina.

—Todavía está enojado porque su rostro no apareció en las noticias, ¿verdad?

—Tiene demasiadas cosas en la cabeza. —Eunice volvió a sentarse. Trató de revivir el apetito para comer sus huevos revueltos. Loida se paró y se sirvió más café, se sentó de nuevo y permaneció en silencio por un largo rato. Desistiendo de cualquier pretensión, Eunice se levantó y desechó los huevos en el triturador de basura y metió los platos en el lavavajillas.

—Parece que ninguna de las dos tiene apetito. —Loida estiró el brazo y puso la mano sobre la de Eunice—. No te alejes demasiado tiempo de casa, cariño.

—Solo estaba bromeando con lo de un mes, mamá.

—Lo sé, pero hay momentos en la vida de un hombre cuando está particularmente vulnerable. Este es el de Pablo. Está muy confundido. Había muchos asuntos sin resolver entre él y David. —Apretó la mano de Euny y volvió a apoyarse en su respaldo. Le dio vueltas a su taza sobre el plato—. Yo sigo esperando que Dios le abra los ojos a Pablo. Pensé que revisar las cosas de su padre refrescaría sus recuerdos del pasado.

—Vio lo que quería ver, mamá. —Aun decirlo la hacía sentir culpable. Ella no tenía derecho a hablar contra David Hudson. Loida la había puesto al tanto de información que el público nunca sabría. Y correspondería a Loida contárselo a Pablo, si alguna vez decidía hacerlo. Conocer más acerca de los pecados de su suegro solo habría incrementado la tentación de desenmascararlo. Y lo único que conseguiría con eso sería aniquilar su matrimonio que ya iba camino al derrumbe.

¿Quién podría adivinar que la esposa de un pastor podía sentirse tan desesperada?

—No estoy segura de qué haré con las finanzas —dijo Loida.

—¿La iglesia no le dio una pensión a papá?

—Sí, por supuesto. Recibió una jubilación generosa. Lamentablemente, no me la extenderán a mí.

—Ay, mamá.

—Me las arreglaré. Tengo el pago del seguro social. No cuento con las regalías del libro de David. Solo retendré lo suficiente para pagar los impuestos sobre los ingresos. Hice un arreglo para que Dennis Nott reciba el 25%, y el resto será para las misiones.

Eunice deseó que Loida le hubiera dicho todo esto a Pablo.

—A veces, creo que debería contarle todo a Pablo. —Loida bebió un sorbo de café—. Lo pensé muchas veces. Pero cada vez que pienso que es hora de poner las cosas sobre la mesa, algo me frena. Termino analizando mis propias intenciones y dándome cuenta de que no son tan santas. Todos esos años de dolor, los años que pasé viendo cómo David se desempeñaba en el trabajo. No quiero usar la verdad como un arma de venganza, Euny. —Su voz se quebró. Miró un largo rato por la ventana antes de volver a hablar—: Seguía teniendo la esperanza de que Dios le abriera los ojos a David y de que él se arrepintiera. La Biblia dice: “Dios los abandonó a sus pasiones vergonzosas”. Yo vi de cerca que eso sucedió. Demasiado cerca. Dios seguía recordándome que el hombre puede ser convencido por la sumisión de su esposa. —Miró a Eunice—. Una vez, abandoné a David y me llevé a Pablo. ¿Nunca te lo contó?

—No.

—Tal vez no lo recuerda. Era chiquito y no nos fuimos por mucho tiempo.

—¿Adónde fueron?

—A Morro Bay. Yo no tenía dinero para un cuarto de motel, así que dormimos en el carro. Mi idea era seguir por la autopista 1 hasta Canadá, pero volví a casa al día

siguiente. Era sábado. Todos empezarían a hacer preguntas si no me veían sentada en primera fila el domingo en la mañana.

Por lo menos, Eunice estaría a salvo de esas especulaciones. Tenía preparada la excusa de la muerte de un familiar.

Loida apartó la taza y el plato.

—Basta de lloriquear por el pasado. Haré algunos cambios en mi vida. Mañana a primera hora llamaré a un agente inmobiliario para poner en venta esta casa. —Recorrió la cocina con la mirada—. Una persona sola no necesita un lugar tan grande.

Eunice estiró su brazo sobre la mesa y tocó el de Loida.

—Puedes venir a quedarte un tiempo con nosotros.

—No lo creo, Euny. No creo que pudiera quedarme viendo cómo... —Loida sacudió la cabeza—. La vida del pastor es difícil. Me traería demasiados recuerdos.

—Quizás deberías esperar para tomar cualquier tipo de decisión.

—No. Necesito deshacerme de esta casa. Necesito deshacerme de un montón de cosas.

Basta de participar de la gloria ajena. —Parecía frágil y quebrantada—. ¿Sabes qué es lo más doloroso, Euny? Parece que ya no puedo escuchar la voz del Señor. Antes, era tan clara que parecía un toque de trompeta, como el shofar del antiguo Israel. Pero ya no puedo escucharlo. Ni siquiera el suave susurro. Y es lo que más quiero. —Agarró la mano de Eunice y la miró, llena de angustia—. No permitas que eso te suceda a ti, cielo.

Por favor, no dejes que te pase.

CAPÍ TULO 13

ESTEBAN DECKER SUPO cómo soplaba el viento desde el momento en que abrió el boletín de la iglesia y leyó el titular: «Piedras para edificar Nueva Vida». Había dicho todo lo posible para disuadir a Pablo de que accediera a la última estrategia de Gerald Boham para recaudar fondos: un programa diseñado para dar un reconocimiento especial a todos aquellos miembros que ofrendaran mil dólares o más para el fondo de la construcción. Las ofrendas con nombre también recibirían un reconocimiento. Si alguien donaba el dinero para comprar un banco, le pondrían una pequeña placa de bronce con su nombre. Si ofrendaba para un vitral, su nombre aparecería grabado en él.

Los nombres de quienes donaran cifras menores aparecerían publicados cada domingo.

Se comercializarían adoquines para empedrar el patio entre el santuario y el complejo educativo.

Padre, perdónanos. Esteban arrugó el boletín y lo lanzó a su papelera. Necesitarían a Jesús y su látigo para limpiar el nuevo templo. Esteban agarró el teléfono y pulsó la tecla de discado rápido del CNVV. La máquina atendió. Todos estaban ocupados, pero alguien contestaría pronto su llamada. Luego, la grabación emitió un clic y anunció los próximos eventos de la iglesia. Estaban colgó el teléfono golpeándolo contra su base. Lo que tenía para decir era mejor decirlo personalmente.

Los ojos de Reka se agrandaron cuando él entró por la puerta.

—¿Quiere que llame al pastor Pablo?

—No se moleste.

—Esteban, él está en consejería con...

Estaba demasiado furioso para que le importara. Llamó a la puerta dos veces y la abrió.

Sheila Atherton estaba sentada en el sofá, y abrió los ojos grandes.

—Casi me matas del susto, Esteban.

Esteban conocía esa mirada.

—¿Por qué? ¿Pensaste que era Rob? —Estaba vestida para matar.

El pastor Pablo estaba de pie.

—¿Quién crees que eres para irrumpir en mi oficina de esta manera? Estoy en medio de una sesión de consejería.

El pastor Pablo había salido rápidamente a defenderla. Sheila también lo notó y tenía una actitud engreída. ¿Era ingenuo Pablo, o simplemente estúpido?

—Cinco minutos, es lo único que necesito. Y luego podrás volver a tus asuntos.

Sheila sonrió con suficiencia mientras tomaba su cartera.

—¿Celoso? —formó la palabra en sus labios de espaldas a Pablo.

—No hace falta que te vayas, Sheila. Esteban es quien se va. —Era tan atento y cuidadoso con los sentimientos de ella. Un pez dorado cortejando a una piraña.

—Está bien, pastor Pablo. No creo que Esteban se comportaría de una manera tan impropia si no fuera importante. —Cerró la puerta tras ella al salir.

El rostro de Pablo estaba rojo.

—Será mejor que sea algo bueno, Esteban.

Esteban pensó en Eunice, amorosa y fiel, y giró la cabeza para mirar fijamente a Pablo.

—Será mejor que *tú* seas bueno. —Si veía tan solo un asomo de culpa, le rompería la mandíbula.

—¿De qué estás hablando?

El pastor Pablo no tenía idea. Esteban lo dejó pasar y prosiguió al motivo de su visita.

—¿"Piedras para edificar Nueva Vida"?

—Dijiste que necesitabas más dinero. —Pablo se sentó—. Te estamos consiguiendo más dinero.

—¡No me hagas responsable a mí de eso! ¡Yo dije que necesitaba más *tiempo*!

—No necesitaremos más tiempo si tenemos más dinero, y el dinero ha fluido a raudales desde que salió el boletín. Solo esta mañana llegaron diez mil dólares.

—¿Para qué? ¿Para la cruz? ¿El nombre de quién vas a tallar en ella, Pablo?

— *¡Te estás pasando de la raya!*

—Y estoy empezando a ver la luz. —Negó con la cabeza—. Estás muy fuera del camino, amigo mío.

Pablo hizo un esfuerzo visible por dominar su temperamento.

—Tú no tienes idea de la presión que estoy soportando. Si no hubiéramos vendido el edificio de la antigua iglesia, estaríamos ahogados por las deudas.

Esteban se lo había advertido.

—¿Presión de quién? ¿Qué es lo que te presiona? Tú eres el que aprieta todos los domingos, intimidas a la congregación para que ofrende cada vez más. Pablo, estás extorsionando a la gente. ¿Qué será lo próximo? ¿Tú y el general Gerald van a empezar a vender acciones en la iglesia? ¿Estás de acuerdo con esa idea también?

Los ojos de Pablo pestañearon.

—Acciones, no. Bonos. ¡No tiene nada de malo! Nos dará lo que necesitamos para finalizar la obra. —Pablo trató de sonreír, pero no correspondía—. Ya no tendrás que preocuparte del pago a tus subcontratistas.

No había manera de hablar con él, de impedir que marchara hacia el desastre. Para cuando la iglesia estuviera terminada, solo sería otra gran obra hecha realidad. Esteban deseó no haberse involucrado jamás. Ojalá nunca hubiera hecho los bocetos conceptuales ni los planos. *Dios, perdóname. Por favor. No sabía en qué me estaba metiendo.*

No sabía en qué estaba metiendo a estas personas. Sintió asco.

—Estoy contratado para terminar el ala oeste. Casi está lista. Después de eso, me iré. No puedo seguir adelante con la conciencia tranquila. No con la dirección en la que estás yendo.

Pablo se veía sombrío pero no sorprendido. Cruzó las manos sobre su escritorio.

—Gerald creyó que no aguantarías.

—¿En serio? ¿Basado en qué información? —Nunca había dejado un proyecto inconcluso hasta este momento. Por otro lado, nunca había trabajado con un pastor y un comité que pensaban que contaban con recursos ilimitados. Hacían funcionar este lugar como el gobierno, imponiendo un aumento del diezmo en cada período.

—Hemos tenido nuestros desacuerdos, Esteban, pero yo esperaba que llevaras a cabo este proyecto. El resultado final será tan fantástico como lo imaginamos desde el principio.

El resultado final era exactamente lo que Esteban había estado diciendo durante meses, pero Pablo no parecía entenderlo.

—Yo tenía la impresión de que una iglesia no era solo un edificio, Pablo. Una iglesia se edifica a base de fe.

Los ojos de Pablo se oscurecieron.

—No necesito que me digas eso. Esta iglesia se está construyendo a base de fe. ¡ *Mi* fe en la capacidad de las personas de esta iglesia de hacer lo que haga falta!

—¿Hacer lo que haga falta para qué? ¿Para quién? ¿Para ti?

—Eres tú el que no tiene fe, Esteban. Tuviste la fe suficiente para poner manos a la obra, pero no la suficiente para aguantar hasta el final. Y esa es la fe que salva. La tuya ni siquiera tiene el tamaño de una semilla de mostaza. —Adoptó una expresión de profunda decepción—. ¿Quién habría pensado que tú serías un obstáculo para un proyecto como este? ¿Algo que te dará méritos, lo termines o no?

—No quiero que se mencione mi nombre. Nunca lo quise.

Pablo negó con la cabeza.

—Lo mínimo que puedes hacer a estas alturas es darnos algunas

recomendaciones.

Esteban no podía creer su desparpajo.

—¿Quieres decir alguien que tenga más fe que yo? ¿Alguien que trabaje por el 3%?

¿Otros subcontratistas que se irán cuando yo lo haga porque sabrán que Marvin Lockford tiene la llave del dinero y que tendrán que dinamitarla para meterse en la caja fuerte?

—Siempre se trata de dinero contigo, ¿no? ¡Ya basta de toda tu retórica de edificar algo para Dios!

Esteban apretó el puño. *Señor, ayúdame a pensar con claridad. No permitas que la ira me derrote.*

—¿Qué te parece si me das el nombre de alguien que valore su reputación?

Esteban se quedó helado del asombro.

—¿Eso es una amenaza?

—Es lo que dirá la gente cuando vuele la noticia de que renunciaste a la mitad de la construcción de nuestra iglesia. ¿Y cómo tratarán los periódicos el tema? Me lo pregunto. ¿Pensaste en eso antes de irrumpir aquí con tus demandas? Esteban Decker no concluye lo que empieza. No es responsable. Eso es lo que va a decir la gente. No creo que seas bien recibido en el CNVV luego de que se divulgue la noticia. Además, dudo de que consigas mucho trabajo por esta zona.

—Y tú dices que eres un hombre de Dios.

—¡Tú eres el que le está dando la espalda a la iglesia, Esteban! ¡Eres tú quien está abandonando a Jesucristo!

Esteban no podía creer que el hombre que estaba sentado detrás del escritorio color caoba fuera el mismo que se había hecho amigo de un desconocido en Charlie’s. ¿O

todo aquello había sido simplemente una buena pantalla para lo que realmente había debajo de la superficie?

—Es por causa de Cristo que me voy de este proyecto, Pablo. Y es por Cristo que en este momento no paso por encima de tu escritorio y te muelo a golpes.

Él abrió los ojos con miedo.

—Inténtalo, y te haré arrestar por atacarme.

—¿Sabes cuál es tu verdadero problema, Pablo? Has olvidado para quién trabajas. —

Abrió la puerta bruscamente.

—¿Tan pronto terminaste? —canturreó Sheila, levantándose como una Venus del mar.

Esteban supuso que el pastor Pablo podría defenderse solo en aguas plagadas de tiburones.

Samuel estaba en su DeSoto, estacionado frente a la vieja Iglesia Cristiana de Centerville con el periódico doblado en el asiento del acompañante, cuyo titular lo había hecho venir para verificarlo: «Monumento histórico vendido». Las puertas delanteras de la iglesia estaban abiertas. En la acera había una grúa con canasta y dos hombres trabajando en el campanario. Samuel vio que se detenía una camioneta. Un hombre salió de ella y levantó con una palanca el letrero de «Se vende» que tenía cruzado encima otro que decía «Vendido», lo lanzó a la parte trasera de la camioneta y se marchó. Una empresa local de letreros estaba trabajando para montar una nueva marquesina en el frente del edificio.

Oyó un grito procedente de la canasta de la grúa. La cruz de madera que se había elevado sobre las copas de los árboles de Centerville durante cien años se derrumbó, rebotó en el techo y cayó, partiéndose en pedazos sobre los escalones del frente de la vieja iglesia. Samuel lanzó un grito angustiado, pero nadie lo escuchó. ¿A quién le importaba un anciano en un carro viejo, viendo cómo el progreso llegaba a la ciudad?

Dos jóvenes salieron de la iglesia. Uno tenía una caja en sus manos. Hablaban animadamente mientras ponían las letras en la marquesina. Cuando terminaron, se abrazaron. La cuadrilla de la grúa recogió los pedazos de la cruz y los arrojaron a la parte trasera del camión; después recibieron el cheque de uno de los jóvenes. Cuando partió la

grúa, Samuel pudo leer en la marquesina: Nuevo hogar de la Iglesia de la Ciencia de la Mente Servicios dominicales a las 10 a.m.

Samuel bajó la cabeza y lloró. Sus sollozos sacudieron su cuerpo. Apenas podía respirar.

Con el alma abatida, arrancó el viejo DeSoto y partió hacia su casa, orando por todo el camino que el Señor no lo dejara mucho tiempo más en este mundo.

Pablo contestó el teléfono al segundo timbrazo y su corazón se sobresaltó al escuchar la voz conocida al otro lado.

—Pablo, tengo que hablar contigo.

Echó un vistazo hacia la cocina, donde Eunice estaba pelando papas.

—Te dije que nunca me llames a casa.

—No pude evitarlo. Ayer, antes de irse, Rob se portó como un verdadero monstruo. Me dijo las cosas más infames. Necesito hablar contigo. Estoy desesperada.

Pablo la escuchó llorar en voz baja.

—Sheila, ya te lo expliqué antes. Tienes que llamar a la oficina de la iglesia y pedir una cita a través de Reka. Lo último que quiere cualquiera de los dos es un malentendido sobre nuestra relación.

—No le agrado a Reka.

Eunice miró hacia él. Pablo se encogió de hombros y miró hacia arriba, fingiendo que era alguien sin importancia.

—¿Por qué dices eso?

—No estoy segura. Cada vez que llamo para pedir una cita, me deja cinco minutos en espera.

—Recibimos muchas llamadas.

—Tú sabes que jamás te molestaría sin motivo, Pablo. Sé lo importante que eres.

—Tal vez deberías llamar a Carol Matthews. Tiene una maestría en

terapia familiar.

—No me llevo bien con las mujeres, Pablo.

—Es una persona muy capacitada.

—No importa cuán capacitada esté. Nunca funciona.

Eunice estaba mirándolo otra vez. Llevó el teléfono a la sala, pero vio a Tim, recostado en el sofá, leyendo su libro de historia estadounidense. Pablo abrió la puerta corrediza de vidrio y salió al patio.

—No les agrado, Pablo. Creo que me envidian. Yo tengo dinero. Ellas no. Hago todo lo que puedo por verme mejor para mi esposo. Y ellas se la pasan chismeando de todo: desde la diferencia de edad entre Rob y yo, hasta la talla de mi busto. Apuesto a que no lo sabías, ¿verdad?

—No, no lo sabía. —Una mentirita piadosa.

Pablo reconocía que Sheila era la mujer más hermosa de la congregación. Y sí, había oído los rumores. No mucho tiempo atrás, LaVonne Lockford había hecho un comentario burlón de que Sheila Atherton tenía el cuerpo de una supermodelo. Pablo no sabía si había sido fabricado por cirujanos plásticos. Pero él era un hombre saludable. Cuando ella iba a las sesiones de consejería, era inevitable que se fijara en su figura ceñida por sus pantalones ajustados y sus pulóveres. A veces se movía de una manera que hacía que se le secara la boca.

—He estado conteniéndome, Pablo —le había dicho Sheila la semana anterior—. No quería parecer desleal a mi esposo. Pero supongo que lo mejor es ser sincera y dejar que las cosas se hagan públicas. Creo que Rob tiene algún problema. Quería que fuera al médico para que se hiciera un chequeo, pero dice que está bien. —Pablo la había presionado—. Bueno, no sé cómo decir esto… —Explicó con detalles vergonzosos cuál era el problema.

Con razón la pobre chica estaba descontenta.

Dijo que ella quería tener hijos, pero al parecer, no había muchas posibilidades de que eso sucediera. Además, Rob ya tenía tres hijos de su primera esposa y un nieto en camino.

—He intentado ser su amiga, pero ellos me odian. Creen que soy la culpable de que su padre se separara de su madre. Pero eso había

acabado mucho antes de que yo apareciera.

Cuanto más la escuchaba hablar, más se desviaba la mente de él hacia terrenos que sabía que debía evitar. La última vez, lo había abrazado, y él se había sorprendido por su reacción física. Desde luego, ella no había intentado nada con el abrazo. Solo estaba

dándole las gracias por todo el tiempo que había pasado aconsejándola y tratando de arreglar su matrimonio. Estaba muy agradecida.

—¿Podrías venir a la casa? Rob se fue esta mañana y estoy muy afectada. No creo que pueda conducir sin tener un accidente. Por favor, Pablo.

—No puedo, Sheila. —Rob no estaba en la ciudad—. Es inapropiado.

—¿Inapropiado? —Su voz se quebró—. ¿Por qué? Eres mi pastor, ¿no es cierto?

—La gente lo malinterpretaría.

—¿Qué cosa malinterpretaría? —Era tan inocente.

—Tengo que ser especialmente cuidadoso con mi reputación.

—¿Y crees que yo haría algo para hacerte daño? Ay, no lo haría. Juro que no lo haría.

—Yo sé que no lo harías. Pero las personas pueden malinterpretarlo fácilmente. La gente habla. —La reputación que le había llevado años forjar podía arruinarse en cuestión de minutos. Sintió una punzada en su consciencia. Esteban Decker tenía pocas obras en Centerville y sus alrededores porque Marvin Lockford y Gerald Boham habían dicho que Decker no era tan honrado como la gente podría pensar. ¿Sabían que había pasado un tiempo en un centro de rehabilitación para personas alcohólicas? Pablo se mantuvo al margen de todo eso, pero su silencio ayudó a echar leña al fuego en su contra. Y Esteban no había dicho nada para defenderse. Los primeros domingos después de que comenzaran los rumores, había ido a la iglesia y se había sentado cerca del frente mirando fijamente a Pablo. Al cabo de un mes, Esteban se fue del CNVV.

A veces, Pablo se arrepentía de ello, pero al menos no había nada que lamentar de su partida. El plan de la construcción iba según los tiempos acordados. El nuevo contratista no era cristiano. No objetaba

en absoluto los recortes presupuestarios.

—Lo siento, Pablo. Supongo que otra vez estoy pidiendo demasiado. Rob siempre dice que pido demasiado. —Ahora lloraba más fuerte—. Es solo que… me siento tan mal. A veces quisiera morirme. ¡A veces creo que Rob sería feliz si estrellara el carro contra un árbol! O si tomara un frasco de píldoras.

Pablo sintió una punzada de temor. En las capacitaciones, había aprendido que nunca se debía tomar a la ligera a alguien que amenazaba con suicidarse.

—No hables así. Tú le importas. Me importas a *mí*. —Quizás debía ir a su casa. Ella lo necesitaba. Y no confiaba en nadie más. Por lo general, él llevaba a Eunice para algo delicado como esto, pero Sheila pensaba que no le agradaba a las mujeres. Nunca se sentiría en confianza si Eunice estaba presente.

—Perdón por llamarte —dijo Sheila con voz quebrantada—. No debería haberte molestado.

—No eres ninguna molestia.

—Estaré bien. Ya no tienes que preocuparte por mí. —Colgó el teléfono con torpeza.

¿Cuán desesperada estaba? ¿Qué le había dicho Rob a Sheila para dejarla en semejante estado? ¿Podía confiar en que iba a estar bien? Y si no lo estaba, ¿cómo podría vivir sabiendo que ella lo había llamado para suplicarle ayuda desesperadamente? No podía abandonarla y quedarse con la conciencia tranquila.

—Tengo que salir por un par de horas. —Dejó el teléfono nuevamente en la fuente de energía y salió por la puerta trasera al garaje.

—¿Quién llamó?

Agarrando las llaves del carro, fingió que no la había escuchado.

—Trataré de llamarte más tarde.

Ella se secó las manos con un paño y lo siguió mientras él salía de la casa.

—¿Pablo? —Se quedó parada en la puerta.

En lo único que podía pensar él era en llegar a Sheila antes de que hiciera una locura.

Esteban se sentó en la barra de Charlie’s.

—Hace rato que no te vemos, guapo. —Sally le sirvió café.

—¿El pastor Pablo sigue viniendo aquí a calentar sillas?

—No, hace siglos que no. No desde que se mudó a esa zona residencial. Creo que ya no viene a correr por acá. Por lo menos, no que yo lo haya visto. —Volvió a poner la cafetera sobre la hornilla—. ¿Sigues yendo a la iglesia?

—Últimamente no. ¿Y tú?

Ella levantó un hombro.

—No tan seguido como antes. La ICC se volvió demasiado grande para nosotros.

Perdón, lo olvidé. El Centro Nueva Vida del Valle. Pero hermoso edificio. La fuente es muy impresionante, Esteban.

—Qué manera de atraer la atención.

—¿Estás bien?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te dijeron que había vuelto a caer en la bebida? No creas todo lo que oyes, Sally.

Ella cerró el puño y lo frenó muy cerca de la mandíbula de él.

—Deberías conocerme mejor. Es solo que te ves un poco decaído hoy.

—Decaído pero no acabado.

—Y dime, ¿qué estás construyendo en estos días? ¿Un hotel? ¿Un hospital? ¿Un aeropuerto nuevo?

—Nada. —Seguía recibiendo propuestas de obras, pero ninguna lo entusiasmaba tanto como construir esa iglesia. Por lo menos, al principio. Menos mal que había hecho varias buenas inversiones.

Necesitaba tomarse un tiempo de descanso.

—Seguramente extrañas ir a la iglesia. Podías sentir al Espíritu moviéndose...

—Si quieres sentir al Espíritu moviéndose, deberías pasar por la casa de Samuel Mason.

Todavía tiene el estudio bíblico de los miércoles en la noche. —Era el único puerto al que podía acudir en medio de las tormentas que golpeaban su vida.

Brittany había huido. El detective privado le había perdido el rastro en San Francisco.

—Probablemente está viviendo en la calle...

Esa noche, Esteban compró una botella de whisky y estuvo a punto de beber su primer trago en años. Entonces recordó lo que le había dicho su padrino de Alcohólicos Anónimos. «El primero es el que te mata». No quiso que su pequeña llegara a casa y se encontrara con que su padre se había vuelto un alcohólico otra vez.

—Es posible que vaya a ese estudio bíblico —dijo Sally—. Las noches de los miércoles son flojas. Charlie y yo podríamos cerrar temprano. ¿Estás seguro de que a Samuel no le molestaría?

—Siempre deja la puerta abierta. Puede que tengan que sentarse en el suelo, pero habrá lugar para ustedes.

Otras personas llegaron. Esteban desayunó a solas, orando por la vida de su hija, rogando que volviera a casa pronto. Incluso, oró por Kathryn. Era un desastre y su matrimonio se derrumbaba frente a sus ojos.

Lo único que le impedía vender su casa y mudarse otra vez a Sacramento era el estudio bíblico de los miércoles en la noche. Se había convertido en su sustento. Iba a visitar a Samuel un par de veces a la semana. Cada vez que lo hacía, se sentaban en la cocina o en el patio a hablar de la Biblia. Esteban se había vuelto adicto a ella. Era lo que llenaba los agujeros que la vida le había hecho. Esteban siempre sentía la presencia de Dios durante las cortas horas que visitaba a Samuel. Salía sintiéndose mejor, creyendo que Dios estaba obrando en alguna parte y de alguna manera. Solo que no estaba en su campo visual.

—No desaparezcas tanto tiempo —le dijo Sally cuando hizo sonar la campana de la puerta al salir de la cafetería.

Esteban salió a dar una vuelta. Tuvo la inexplicable necesidad de ir a Rockville. El pueblito tenía el nombre adecuado; el único negocio obvio era la empresa de arena y piedras que estaba en las afueras. Mientras conducía por la calle Principal, vio un edificio en venta. Se estacionó y lo miró. En alguna época quizás fue una tienda de baratijas, con un departamento en la planta alta para el dueño. Un edificio de ladrillo y mortero con toques de fin de siglo. En el frente había un banco de hierro en el que un vagabundo dormía con la cabeza tapada por un periódico.

Esteban salió de su camioneta y recorrió la calle de una punta a la otra. Estaba bordeada de arces viejos y edificios en ruinas, un tercio vacíos debido a la quiebra de los negocios.

Sin embargo, este pueblo sin suerte tenía algo.

El lugar le sentaba bien.

Riéndose de sí mismo, sacó el celular de su bolsillo y marcó el número de la inmobiliaria que vendía la propiedad. Teresa Espinoza le dijo que podía estar en Rockville en una hora. En ese tiempo, se dedicó a recorrer las calles restantes en el carro.

La mitad de las casas habían sido edificadas sobre terrenos despejados antes de que las leyes de urbanismo evitaran su construcción sin los cimientos adecuados.

Teresa era una mujer menuda, de cabello negro con canas e inteligentes ojos oscuros.

—El banco lo embargó hace tres años. No creo que haya habido alguna oferta desde entonces. —Abrió la puerta y entró—. Como puede ver, necesita mucho arreglo.

Era un eufemismo. Esteban recorrió el gran salón mirando los pisos, las paredes, el techo. La escalera rechinó cuando subió al departamento que había sobre la tienda vacía. Tenía una vista espléndida de la calle Principal, suponiendo que alguien quisiera mirar la vista deprimente.

—¿Cuánto cuesta?

—Debe estar bromeando.

—¿Por qué bromearía?

—Vi el nombre que está en su camioneta. Decker Diseño y Construcción. ¿No es usted quien edificó un par de lugares en Granite Bay?

—Tres o cuatro. —Gracias a Dios ella no mencionó el CNVV.

Cuando salieron, ella hizo un gesto de disgusto por el vagabundo despatarrado sobre el banco que tenía una botella semivacía a su lado.

—Sinceramente, no puedo imaginarlo en este lugar, señor Decker. —Volvió a cerrar la puerta con llave.

Él miró a los ojos al borracho.

—Yo puedo. —Su propia batalla no estaba ganada en absoluto.

Ella le dijo el precio.

Quizás hacerse cargo de un desafío como una renovación era justo lo que necesitaba para alejar su mente de lo que no podía cambiar ni controlar. Dios había comenzado la renovación completa de su alma y remodelado su vida. ¿Por qué no debería él hacerse cargo de este proyecto?

Brittany, pequeña, ¿dónde estás? Dios, mantenla a salvo.

Déjala ir. Deja que Dios obre. Vive. Deja vivir. Sin prisa pero sin pausa. Es más fácil decirlo que hacerlo, Señor. Era más fácil si mantenía ocupadas su mente y sus manos.

Le dijo a Teresa Espinoza que firmaría tan pronto como ella tuviera listos los documentos.

El director Kalish lanzó el documento engrapado sobre su escritorio. Por su expresión, Eunice sabía que estaba harto. Timoteo no sería tratado con misericordia esta vez.

—Esto es un *fanzine*, señora Hudson, una especie de revista clandestina.

Mientras ella hojeaba las páginas fotocopiadas, el calor comenzó a

subir por su cuello y llenó su rostro. Un artículo tenía el título: «¿Quién está realmente a cargo?» y trataba de las bandas que recorrían los pasillos mientras los maestros miraban para otro lado. La segunda página tenía un artículo satírico sobre los deportistas de la escuela. Cada página contenía una caricatura. Una era inconfundiblemente del director Kalish, con la cabeza calva y la cintura creciente exagerada por la camisa con los botones a punto de reventar que estaba usando. El dibujo lo mostraba sentado en la silla de su gran oficina, con los pies apoyados sobre el escritorio, un cigarrillo en una mano y una botella de whisky Johnnie Walker en la otra. En la pared de atrás, un letrero decía: «Solo di que no». Otra caricatura, que mostraba a dos profesores de educación física en una pelea a golpes en la cancha de fútbol, tenía la leyenda: «Todo depende de cómo juegues el partido». «Seguridad en las escuelas» tenía a estudiantes pasando por el costado de un detector de metales con una bazuka mientras un profesor examinaba meticulosamente la lima de uñas de una niña. La última era de la enfermera de la escuela diciendo: «Si no funciona, siempre puedo llevarte a la clínica abortista» mientras entregaba preservativos a los alumnos que descendían del autobús escolar.

Eunice se quedó paralizada en su asiento, convencida de que había fracasado como madre. Tim estaba sentado a su costado. Esperaba que él se diera cuenta de que cualquier cosa que dijera en ese momento sería usada en su contra. ¿Cómo haría para hablarle a Pablo acerca de esto? ¿Qué le haría él a Tim cuando se enterara?

—Confiscamos todos los ejemplares. Tim está suspendido por tres días y yo recomendaré su expulsión. ¡Tiene suerte de que no presente cargos contra él por esa basura difamatoria!

—Es libertad de prensa —dijo Tim—. Y nadie más que todo el estudiantado ya sabe lo que usted guarda en su cajón inferior.

El rostro del director Kalish se puso morado.

—¿Quién más participó en esta iniciativa?

Tim se cruzó de brazos y se encorvó.

—Me niego a revelar mis fuentes.

—¡Quiero los *nombres*!

La reunión fue de mal en peor.

Durante el viaje a casa, Eunice se deshizo en lágrimas.

—Ayúdame a entender, Tim. — *Ayúdame a entender, Dios.* Se sentía impotente—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque estoy cansado de los juegos. —Miró furioso por el parabrisas delantero—.

Estoy cansado de que todos me digan que viva de una manera mientras ellos viven de otra. Estoy harto de todo el sistema de... —dijo una grosería.

—No tienes que hablar de esa manera para darte a entender —dijo Eunice, sonrojándose.

—Si crees que yo soy malo, deberías pararte cinco minutos en el pasillo de nuestra escuela. ¡Escucharás cosas mucho peores!

—Se supone que tú no debes hablar como los demás, Tim. Eres cristiano.

—¿En serio? Bueno, lo que he visto últimamente de los cristianos no me hace desear parecerme en nada a uno.

Se estacionó en el garaje.

—¿Eso me incluye?

—A ti sobre todo.

Pasmada y herida, guardó silencio y solo pudo mirarlo. Él salió del carro y dio un portazo. Ella salió también, temerosa de que él intentara irse. ¿Qué haría ella si lo hacía?

—Tenemos que hablar de esto, Tim.

—No quiero hablar de esto, ¿de acuerdo? Adelante, llama a papá. Dile lo que quieras.

¿Crees que me importa? De todas maneras, él no escuchará. Y lo único que haces siempre es tratar de arreglar todo. ¡No puedes! ¿No lo entiendes? —Entró furioso a la casa.

Reprimió el impulso de ir tras él y gritarle por haberla metido en este lío. ¿Qué iba a decirle a su padre? ¿Qué pensaría la congregación cuando se enteraran de esto? Una historia como esta se extendería como un fuego descontrolado, y LaVonne, Jessie y Shirl serían las que

avivarían las llamas. Uno de los alumnos le diría algo a uno de los padres, quien se lo contaría a algún amigo, que llamaría a otro amigo, hasta que toda la congregación estuviera al tanto.

Llorando por la frustración, Eunice trató de resolver qué haría. No podía pensar con claridad. Quizás una taza de té la ayudaría.

El teléfono sonó como solía hacerlo infinidad de veces al día. Alguien siempre quería hablar con ella sobre algo, pedir consejo, quejarse o usarla de paño de lágrimas, hasta que tenía ganas de apretarse los oídos con las manos y gritar. El contestador automático atendió y escuchó su propia voz. «Esta es la casa de los Hudson. Lamentamos no poder atenderlo en este momento. Por favor, deje su nombre, su número y un mensaje breve después del tono. Le devolveremos la llamada lo antes posible». Tan dulce. Tan tranquila. Tan falsa.

—Euny, habla mamá.

Eunice cerró y abrió los puños, respiró hondo y levantó el teléfono.

—Hola, mamá.

—¿Filtras tus llamadas?

—Acabo de llegar con Tim.

—¿Hay algún problema?

—Ningún problema. —Se apretó la boca con una mano y cerró fuertemente los ojos.

Sentándose, se meció adelante y atrás en el sillón. *No hay ningún problema. Todo está bien.*

¿Cuántas veces había dicho esa mentira en los últimos años?

—Está bien —dijo Loida lentamente—. Entonces, si todo está bien, no habrá nada que les impida a ti y a Tim venir unos días a verme, ¿verdad?

¿Qué sentido tenía mentir?

—Luego de lo que sucedió hoy, creo que Pablo va a castigar a Tim hasta que tenga dieciocho años y pueda irse de casa.

—¿Tan malo fue?

—Peor que malo. Tim piensa que todos los cristianos son hipócritas. Incluso yo. ¿Y

sabes qué? —Se echó a llorar—. Estoy empezando a pensar que tiene razón.

—¿Qué hizo? ¿Le prendió fuego a la iglesia?

Eunice dejó escapar una risa débil.

—Nada tan drástico. Escribió un fanzine.

—¿Un qué?

—Un periódico clandestino. Parece que tiene talento para la sátira y para expresar la angustia adolescente.

—¿Qué hará Pablo al respecto?

Ella tenía miedo de pensar.

—Castigarlo. —Herirla.

—¿Sabes? Tim y yo siempre nos hemos llevado bien.

—Lo sé. —Había solamente dos personas a las que Tim parecía escuchar en la actualidad: a Samuel Mason y a su abuela. Desearía que no fuera tan doloroso que él ya no confiara en ella.

—Yo podría necesitar su ayuda, Eunice. La casa se vendió esta mañana. Llamé para contarte eso. Hice una oferta para un departamento de tres habitaciones. Tengo mucho para empacar y descartar. Él no estaría viniendo de vacaciones. Lo haría trabajar. A él le daría tiempo para pensar, y a nosotras, para hablar. A veces, una abuela puede llegar adonde una madre no puede.

—Parece que yo no puedo hacer nada bien en estos días.

—No te eches la culpa por todo, cariño. Piensa en mi propuesta. Habla de ello con Pablo. Si tiene reparos, dile que me llame.

Eunice temblaba cuando llamó a Pablo.

—Lo sé, Eunice. Acabo de cortar con Don Kalish. —Se sintió aliviada al escuchar el tono amable de su voz. Quizás él sería razonable esta vez. Quizás podrían conversar las cosas y tratar de descubrir qué podían hacer para ayudar a Tim durante este período conflictivo—.

Aguarda un segundo —dijo. Pudo escuchar que Pablo hablaba con Reka—. Gracias. Lo llamaré tan pronto como termine con esta llamada. ¿Cerrarías la puerta al salir, por favor? Gracias otra vez. Eres un verdadero encanto. —Regresó a la línea—. Como te iba diciendo… —Su voz había cambiado. Se estaban formando olas sobre las aguas oscuras.

Nada cambiaría. Se quedó parada en la cocina, con el cuerpo rígido y los ojos cerrados mientras él le cantaba unas cuantas verdades. Le dijo lo que el director había dicho sobre su hijo. Logró mantener la voz tranquila para que Reka no lo oyera, pero ella lo escuchó como un grito de ira. Todo era culpa de ella. Era una pésima madre. Él sacó a la luz cada transgresión que Tim había cometido desde que tenía «la edad suficiente para ser sensato» y le echó la culpa de todo a ella. No le dio la más mínima oportunidad de decir nada en defensa propia ni para defender a *su* hijo.

—Esta noche, cuando llegue a casa, no quiero verle la cara. Le dirás que se quede en su habitación, o no me haré responsable de lo que le diga ni de lo que le haga.

Ella escuchó que sonaba la otra línea telefónica.

—Espera, Eunice. Nosotros no hemos terminado de hablar.

¿Nosotros?

La puso en espera.

Se quedó parada, conmocionada y herida. Esperó dos minutos. El sentimiento volvió: profundo, turbulento, creciente. Esperó un minuto más, antes de que Pablo regresara a la línea.

—Ahora, ¿dónde estaba?

¿De verdad esperaba que se lo recordara? ¿Se suponía que ella debía ocupar el lugar del blanco y entregarle la artillería pesada recargada? Él era un francotirador preparado.

Nunca fallaba.

—Llevaré a Tim a la casa de tu madre.

—No, no lo harás. No puedes dejarle a Tim y esperar que mamá resuelva tus problemas. Ya tiene ella suficientes problemas propios.

—Tim no es un problema, Pablo. Es una persona. Es nuestro hijo.

—Ahora, escúchame...

—No. *Tú* escúchame. Tu madre vendió su casa. Llamó hace unos minutos. Está al tanto de la situación. Nos invitó a Tim y a mí a ir allá. Dijo que le vendría bien la ayuda de Tim. Y yo voy a llevarlo.

—Escúchame, Eunice.

—Ya escuché, Pablo. He escuchado infinidad de veces. Uno de estos días, *tú* vas a tener que intentarlo. —Cortó. ¿Cómo era posible amar tanto a alguien y tenerle tanta aversión? El teléfono volvió a sonar. Lo ignoró y subió la escalera. Dio unos golpecitos en la puerta de Tim y entró. Él estaba despatarrado en la cama, con el brazo levantado sobre su cabeza mientras miraba malhumorado el techo.

—No tengo ganas de hablar.

—Empaca una maleta. Iremos a la casa de tu abuela. Nos vamos en media hora.

—¿Cuánto tiempo me quedaré?

—Lo resolveremos cuando lleguemos allá.

Eunice condujo hacia el sur por la autopista 99, orando a cada kilómetro de estar haciendo lo correcto. Cuando su celular sonó, lo apagó y lo arrojó al asiento trasero. Ya tendría tiempo de afrontar las consecuencias cuando llegara a North Hollywood.

Tim iba sentado en el asiento del acompañante, con los auriculares puestos y los ojos cerrados, fingiendo dormir. Ella no se atrevió a averiguar en qué estaba pensando. Trató de no dejar que su imaginación inventara situaciones hipotéticas. Tenía el corazón roto porque reconocía que necesitaba dejar a su hijo en manos de Loida, aun sabiendo que no siempre había sido plenamente exitosa como madre. Si lo hubiera hecho, ¿estaría Pablo tan lejos del Señor, tan ciego a su propia insensibilidad a los demás, especialmente a los de su propia familia?

Ay, Padre, perdóname por fallarle a este hijo Tuyo. Perdóname por todos

los errores que cometí al criarlo. Lo único que siempre deseé fue que mi hijo Te amara más que a nadie. Y ahora dice que no cree que quiera ser cristiano.

Apretó más fuerte el volante.

Señor, Tim cree que mi sumisión a su padre es debilidad y cobardía. ¿Tiene razón? ¿He usado la sumisión como una manera de esquivar mi responsabilidad? ¿Tiene razón Pablo? ¿Soy demasiado permisiva y ciega para ver lo que Tim necesita? Ya no lo sé. No sé nada, excepto que el tiempo se está agotando. Pronto, mi hijo tendrá dieciséis años. En dos años tendrá edad suficiente para irse. ¿Y luego qué, Padre?

Nunca había sabido cómo luchar contra la ambición de Pablo. Al principio, ella había visto su fervor como una evidencia de su enérgica relación con Jesús. No fue sino hasta después que empezó a preguntarse si a él le interesaba más demostrar su valor ante su padre, que al Padre. Cada vez que ella había intentado sacarlo de la corriente que lo arrastraba, él se había resistido y había arremetido contra ella. Finalmente, lo había visto volcar su pasión, su energía y su tiempo en edificar algo que decía que glorificaría a Dios. Y cada vez que le prestaba atención, ella se sentía menos en paz con respecto a su trabajo, cada vez menos en paz sobre él. A veces, resentía a la iglesia porque parecía ser el objeto mismo de la destrucción de su familia. No podía escapar de ella. Era algo que invadía su vida.

Su infancia había sido muy distinta. Nunca se había sentido abandonada por su padre.

Jamás había dudado de su amor. Lo había visto trabajando con su congregación. Él había enseñado con convicción y dando el ejemplo. Ella había visto su paz, la había experimentado en su presencia. No podía recordar una ocasión en la que él hubiera perdido los estribos ni usado su conocimiento de la Palabra de Dios para doblegarla, para pisotearla. En esos tiempos, ella había podido descansar en el amor de Dios. Pero había sido una niña poco curtida en las cosas de la vida.

Ay, papi, te extraño tanto.

Estoy aquí.

Sintió que se le erizaba la piel.

La colina Grapevine se acercaba cada vez más, el tramo extenso y angosto de la carretera ascendía por las montañas. Tomó la salida y entró a una estación de servicio.

Tim se sacó los auriculares y la miró.

—¿Me das un poco de dinero para que me compre algo de comer?

Le dio dinero suficiente para que comprara emparedados, papas fritas y refrescos mientras ella cargaba combustible, revisaba el agua y el aceite y lavaba el limpiaparabrisas. Entró a refrescarse. Se lavó la cara y retiró una toallita de papel del dispensador.

Cuando regresó al carro, Tim estaba tragando el último bocado de su emparedado. Ella desenvolvió el suyo y abrió la lata de refresco antes de poner en marcha el carro.

—¿Estás bien, mamá?

—Voy a estarlo. —Ella le sonrió—. Todo va a estar bien, Tim.

—Seguro, mamá.

—Así es. Estoy segura de que así será. Dios tiene un plan.

¿Lo tienes, verdad, Dios?

Cuando llegaron, Loida salió a recibirlos.

—No los esperaba hasta tarde en la noche.

—Mamá está apurada por deshacerse de mí. —Tim cargó el bolso de viaje sobre su espalda y caminó hacia la puerta delantera.

—Hay caldo de carne casero en la estufa, Tim. Sírvete. Pondré el pan de ajo en el horno en un minuto. —Rodeó la cintura de Eunice con su brazo—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Tranquilo.

—No trajiste muchas cosas.

—Me voy a casa mañana.

—Pablo llamó. Le dije que la casa se vendió y que Tim me vendría bien un tiempo. Lo noté bien dispuesto a la idea.

—Estoy segura de que lo estaba. —Sonrió Eunice irónicamente.

—Creo que todo está en el tiempo de Dios, Euny. Y de Su misericordia, también. Tim y yo tenemos mucho de qué hablar.

Loida fue la que más habló durante la cena.

—Quiero que me ayudes a revisar todos los archivos de tu abuelo, Tim. Descolgaré las fotografías y las pondré en un álbum...

El semblante hosco y aburrido de Tim había desaparecido. A los diez minutos de haber entrado en esta casa, había empezado a relajarse. Eunice observó y escuchó. Cuando terminaron de cenar, ella le hizo un gesto a Loida para que se quedara sentada y recogió los platos. Las lágrimas ardieron en sus mejillas cuando escuchó cómo había cambiado la voz de Tim. Loida siempre lograba hacerlo reír. Eunice encendió el lavavajillas.

—Me voy a la cama —dijo Eunice.

—La habitación azul está preparada para ti, cariño. Puse toallas limpias en el tocador.

—Gracias. —Besó la mejilla de Loida. Cuando trató de darle un beso a Tim, él volteó la cara. Sintió un dolor en el corazón como si fuera a explotar. *Ay, Señor, llega a mi hijo y saca su dolor. Hazlo volver a Ti. Y a mí. Por favor*.

—Espero verte en la mañana, Tim.

Eunice no durmió bien esa noche. Se levantó al amanecer y entró de puntillas al cuarto de huéspedes donde dormía su hijo. Parecía un niño pequeño, despojado de toda angustia y tensión mientras dormía. Retiró de su frente unos mechones de cabello rubio.

Seguía siendo suave y sedoso. Seguía siendo su bebé. Siempre lo sería, por más grande que fuera.

—Te amo, Timmy. Te amo mucho.

Tanto como para dejarte ir. Ella se agachó y lo besó suavemente. Él no se movió. Cerró la puerta silenciosamente al salir.

Se bañó, se vistió y cepilló sus dientes y su cabello, empacó los pocos artículos de tocador en su maletín de viaje y bajó las escaleras. Loida estaba en la cocina con el café listo. Se habían sentado juntas a esta mesa muchas veces antes. Loida extendió las manos hacia ella. Eunice las tomó.

—Dios no nos defraudará, Euny. Aférrate a eso.

Eunice apretó las manos de Loida y las soltó.

—Será mejor que me vaya.

—Primero deberías desayunar.

—No tengo hambre.

—Un café, por lo menos.

—Pararé en algún punto del camino.

Los ojos de Loida se llenaron de lágrimas.

—Lo cuidaré bien, Euny. Lo prometo.

Eunice asintió. No se sentía capaz de hablar sin quebrarse.

Cuando iba conduciendo colina abajo, hacia la carretera, se echó a llorar.

Mi hijo, Señor, mi hijo, mi hijo...

Solo Él podía comprenderla.

CAPÍ TULO 14

ESTEBAN NO PERDIÓ TIEMPO en empezar a trabajar en su propiedad. Con el dinero que había cobrado por el boceto conceptual de un edificio de oficinas en Vacaville, trajo una cuadrilla y levantó el edificio de Rockville. Condujo hasta un mercado de la esquina y contrató a unos jornaleros mexicanos para que quitaran los escombros de los viejos cimientos, picaran el mortero viejo y, luego, lavaran y apilaran las piedras detrás del edificio. Esteban los hizo excavar un metro y veinte centímetros de tierra. Hizo la parrilla de varillas para el piso del sótano y armó la estructura para una pared de bloques de cemento.

Una vez que volcaron el hormigón, dos albañiles colocaron los bloques

de cemento hasta el nivel del suelo. Esteban puso las piedras de los cimientos personalmente y dispuso hileras de piedras negras y blancas para crear un diseño en la base a menos de un metro sobre el nivel del suelo. Pasaron dos meses antes de que la vieja tienda fuera colocada en su lugar y quedara asegurada.

A continuación, elevó sesenta centímetros el techo hundido, quitó las vigas rotas y las reemplazó, clavó las tejas del techo y reconstruyó la falsa fachada. Contrató a un ingeniero electricista para que retirara la vieja instalación eléctrica y la actualizara a la codificación superior, y a un ingeniero sanitario para que quitara las cañerías arcaicas.

Sacó el viejo inodoro para restaurarlo y ordenó réplicas de bañeras, lavabos y accesorios de baño antiguos. La puerta trasera y el baño del piso principal tendrían acceso para discapacitados.

Una vez que estuvieron terminados los cimientos, y la instalación eléctrica y las cañerías rehechas, se mudó a la planta baja y empezó a trabajar en el departamento de la planta alta. Hacía mucho tiempo que no hacía él mismo el trabajo de un proyecto, pero lo estaba disfrutando, a pesar de los dedos martillados, los cortes en varias partes, los moretones, las astillas y de los músculos que le dolían cada noche cuando se iba a dormir.

El borracho del pueblo espiaba por las ventanas de vez en cuando. Caminaba de una manera rara, lo que hacía suponer a Esteban que tenía más que ver con su discapacidad que con la cantidad de alcohol que bebía. Otros habitantes de Rockville se detenían al

pasar para ver cómo progresaba la obra. La mayoría pensaba que Esteban era un excéntrico por gastar tanto dinero en un edificio en medio de un pueblo decadente como Rockville. Incluso, el alcalde.

—Si pudiera, me mudaría de aquí. Hace tres años que mi casa está en venta, sin ninguna oferta —le había dicho a Esteban.

—Los tiempos cambian. La gente viaja cada vez más para ir al trabajo.

—Eso dicen. Es lo que le estaba diciendo. ¿Por qué no se postula para alcalde?

—No soy político. —Esteban negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

Esteban vio al borracho del pueblo al otro lado de la calle y levantó la

mano para saludarlo. El hombre le dio la espalda y fingió estar mirando una vidriera.

—Ese es Jack Bodene. —El alcalde sacudió la cabeza—. Es una desgracia, como muchas otras desgracias que hay en este pueblo. Vive en el campamento de casas rodantes que está a la salida del pueblo. La primera monstruosidad que ve la gente cuando llega conduciendo a Rockville. Vive del seguro por incapacidad.

La próxima vez que Jack espió por la ventana delantera, Esteban le abrió la puerta.

—Entre y eche un vistazo.

—Disculpe —dijo Jack, retrocediendo—. No es mi intención causarle ninguna molestia.

—Todos en el pueblo han venido a ver. Usted también puede. —Le dio la mano y se presentó. Ahora que lo veía más de cerca, se daba cuenta de que Jack no podía tener más de treinta años.

Tenso, Jack entró.

—Vaya lío que está haciendo aquí.

Esteban se rio.

—Ya lo creo.

—Yo solía hacer este tipo de trabajo. —Jack se rascó la barba desgreñada mientras miraba alrededor.

—¿Carpintería?

—Restauraba casas.

—Yo solía hacer lo que usted hace. Me gustaba mucho el whisky.

—Yo no puedo pagar whisky.

—El veneno es veneno, no importa cuánto cueste.

—No parece de esa clase de persona.

—¿Qué clase sería esa?

—Fracasado. —Se notaba que había escuchado la palabra a menudo.

—Perdí a mi mujer. Perdí a mi hija. Casi pierdo mi empresa. Toqué fondo y me quedé ahí un largo tiempo. Pasé seis meses en rehabilitación en un centro del Ejército de Salvación. Desde entonces, vivo un día a la vez. —Apoyó un tablón sobre dos caballetes.

—¿Cuándo sucedió todo eso?

—Hace doce años. —Empujó el cepillo de carpintero a lo largo del borde del tablón, apoyándose deliberadamente en él—. Me ayudó mucho tener amigos que me hicieran cumplir mi compromiso. —Samuel Mason había sido un regalo del cielo.

Jack hizo una mueca.

—Está desgarrando la madera.

—Inténtelo usted —dijo Esteban, incorporándose.

—Hace mucho que no lo hago.

—No puede hacerlo peor que yo. —Observó de cerca a Jack. Nada mal—. ¿Cuánto hace que no tiene trabajo?

—Año y medio. No terminé mi última obra.

—¿Por qué no?

—Me caí. Me quebré las dos piernas. Pasé seis meses en el hospital. Me hice adicto a los analgésicos. Me fui a la quiebra. —Pasó suavemente el cepillo y levantó un rulo perfecto de madera—. Entonces las cosas se pusieron realmente mal.

Un borracho con sentido del humor. A Esteban le cayó bien. Parecía que Jack estaba en la miseria hacía rato. Estaba flaco y tenía el cabello largo y greñudo. Necesitaba bañarse, afeitarse y ponerse ropa limpia; también, un par de botas.

—La bebida no lo ayudará a recuperarse. Acepte el consejo de alguien que sabe algo sobre el tema.

—No, pero me ayuda a olvidar.

—¿A olvidar qué?

Jack le dirigió una sonrisa cansada y cínica.

—¿Qué es usted? ¿Un psiquiatra en sus ratos libres?

—Soy arquitecto y contratista. —Esteban sonrió—. Es que hace rato que no hago un trabajo de verdad.

—Mejor quédese con su tablero de dibujo, o desperdiciará un montón de buena madera.

—Me vendría bien un buen hombre.

—Será mejor que siga buscando. —Jack volvió a mirar el salón lentamente, con tristeza—. Soy alcohólico. Pregúntele a cualquiera en el pueblo. No sé si podría hacerlo.

Esteban tenía la sensación de que Jack hablaba de algo más que la carpintería.

—Acaba de dar su primer paso a la sobriedad, mi amigo. La cuestión es que usted solo no puede. Mi padrino de rehabilitación me enseñó algo que me quedó grabado y que me guía en esos días que tengo la boca seca y pienso que me voy a morir si no bebo algo: "Yo no puedo; Dios puede; le entrego mi voluntad a Dios".

—Ayuda si cree en Dios.

—Dele una oportunidad. Él lo sorprenderá siempre.

—No sé. ¿Será esa una condición para que me dé el empleo?

—No. Pero soy cristiano, y ahora, Jesús es el centro de quien soy y de quien quiero ser de aquí en adelante. Él me da las fuerzas para terminar el día sin beber. Así que si usted acepta esta obra, me escuchará hablar mucho de Él mientras trabaja.

Jack volvió a echar un vistazo.

—Es mejor que hablar de política.

Esteban se rio entre dientes.

—¿Qué le parece si primero almorzamos? Tengo un par de emparedados en el refrigerador. Suelo aprovisionarme los viernes antes de volver de un trabajo que tengo en Sacramento. —Abrió el refrigerador, sacó el emparedado envuelto en papel blanco y se lo dio a Jack, antes de volver a mirar en el refrigerador—. Tengo refrescos, jugos de frutas, leche o agua. O café negro.

—Café. —Jack rasgó el papel del emparedado y mordió un bocado.

—¿Dónde está viviendo, Jack?

Él tragó.

—En el campamento de casas rodantes. —Mordió otro bocado.

Esteban sirvió café en un vaso térmico con tapa. Las manos de Jack temblaban cuando lo tomó.

—¿Tiene planos de este delirio?

—Mire. —Esteban desplegó los planos y los sujetó.

Sorbiendo su café, Jack les echó un vistazo.

—Se habría ahorrado un montón de dinero si demolía este lugar y empezaba de cero.

—Lo sé, pero necesitaba este desafío.

—Vaya desafío. ¿Qué espera hacer de este edificio? Usted tiene un trastorno de personalidad múltiple: renovación, restauración, modernización.

—Estoy tratando de conservar los toques antiguos.

—Como los cimientos que puso. Buen trabajo, por cierto.

—Y parte de los elementos antiguos, del estilo. Esta planta será mi oficina y mi lugar de trabajo; arriba estará mi vivienda. El sótano, sala de juegos, cuarto para huéspedes, lo que sea. Todavía no lo sé. Actualmente, estoy reemplazando las tablas de arriba. Venga a ver.

Jack lo siguió, levantándose la pierna derecha en cada escalón. Miró los soportes metálicos que sujetaban el techo en su lugar.

—Bien, ese es un toque moderno, definitivamente. ¿Planea dejarlo así?

—He estado deliberando sobre los techos altos redondeados, pero nunca hice esa clase de trabajo y no estoy seguro de que quiera ponerme a lidiar con el enlucido. ¿Qué le parecen las vigas de secuoya?

—Ah, seguro. No hay problema. —Resopló—. Si es pariente de Rockefeller. ¿Por qué no baña de oro esas cañerías? Sería más barato y se vería completamente como nuevo.

—Está bien. ¿Qué propone?

Jack bebió un poco más de café, todavía contemplando el techo.

—Ha levantado el techo lo suficiente para tener un ático. Ciérrelo, póngale aislante, agréguele un contrapiso y podría tener su sector de almacenaje ahí. Puedo armarle una estructura de tablillas si usted puede instalarla. Ya no puedo trabajar subido en una escalera.

—¿Y el enlucido?

—Conozco a un tipo que hace enlucidos de primera calidad. Ahí quedarían bien unas molduras para techo. ¿Va a tener calefacción y aire acondicionado?

—No estoy seguro.

—Le costará una fortuna instalarlo en este lugar. Un ático aislado servirá para eso, y puede hacerle una instalación eléctrica para ventiladores de techo. De lo contrario, se cocinará como un pavo de Acción de Gracias cuando venga el verano. —Miró alrededor—. ¿Qué hay del resto?

—Un lugar abierto. Estrictamente funcional. Ahí estará una pequeña cocina con estufa empotrada, microondas, fregadero doble, lavavajillas, un refrigerador-congelador de pared sobre el espacio de la encimera, una barra para desayunar. Estantes para libros y un centro de entretenimiento en esa pared.

—Podría pensar en una cama abatible. Estará acorde con su diseño esquizofrénico y mantendrá abierto su espacio abierto.

—Buena idea. ¿Cuándo quiere empezar a trabajar?

—Está bromeando.

—No. De hecho, me vendría bien que me dé una mano ahora mismo.

Pablo colgó el teléfono y se recostó en el respaldo de la silla de su oficina. Era la novena queja en cuatro días sobre la música que había elegido Eunice para los servicios de adoración del domingo en la mañana. Su último solo había incomodado y disgustado a muchos de

la congregación. Si hubiera decidido las piezas con él, Pablo le habría dicho que eligiera otra cosa. Ahora, era él quien estaba recibiendo las quejas y tratando de calmar las susceptibilidades heridas y los ánimos caldeados de varios de los principales contribuyentes de la iglesia.

Hasta Sheila había hecho comentarios sobre la elección de Eunice cuando había ido a la sesión de consejería.

—Toda la idea de la sangre me resulta bastante repulsiva.

El problema era cómo decírselo a Eunice. Él no se sentía a gusto con la idea de decirle a su esposa que estaba generándole problemas. La música siempre había sido uno de los aspectos más importantes para ella y era su participación en el ministerio.

—Eunice tiene una voz preciosa, pastor Pablo —había dicho Raúl Henson pocos días atrás—. Lo que inquieta a tantas personas es lo que ella está cantando. Si deseamos atraer a la generación más joven, necesitamos que los servicios sean optimistas. —El nuevo pastor asociado, Juan Deerman, no estaba de acuerdo, pero no había estado el tiempo suficiente para entender el programa. Pablo tendría que aclararle algunas cosas.

Eunice estaba en la cocina cuando él llegó a casa, con una fuente de ensalada verde sobre la encimera y un recipiente de aderezo casero para ensaladas. Estaba sacando pechugas de pollo de una marinada y colocándolas en una asadera.

—¿Qué tal estuvo tu día?

—Atareado. —Se aflojó la corbata—. Eso se ve bien. —Cuando lo miró, él sintió una fuerte punzada de remordimiento—. Me pondré un pantalón deportivo—. Necesitaba un poco más de tiempo antes de hablarle sobre las quejas.

Ella metió el pollo en la rejilla superior del horno.

—¿Cuál es el problema, Pablo? —Habló equilibradamente. Se apoyó en la encimera y lo miró a los ojos. La mirada de ella era pura e inocente.

Ella era el problema.

—Hablaremos luego de que me cambie.

Arrojó su saco sobre el sillón que había cerca de las ventanas y entró a

su clóset. No tenía que hacerse tanto problema por el asunto. Lo único que debía hacer era explicarlo.

Ella entraría en razón. Siempre lo hacía. ¿Por qué tenía esa molesta sensación en la boca del estómago de que las cosas nunca volverían a ser iguales entre ellos después de esta noche? Lo único que haría sería pedirle que eligiera música compatible con los servicios para visitantes que él oficiaba. Ella entendería.

Cuando vio las velas encendidas en la mesa del comedor, sintió náuseas. Tomó asiento en la cabecera de la mesa y oró, enfatizando en el llamado que tenían de llevar a otras personas a Cristo.

—¿Qué te está molestando, Pablo?

—Comamos primero. —Cortó un trozo de pechuga de pollo y la metió en su boca.

Bebió un trago de agua helada y tragó.

—¿Está muy seco el pollo?

—No. Está buenísimo. Como siempre.

Ella tomó una servilleta blanca de la mesa y la colocó sobre su regazo.

—Esta noche tienes una reunión, ¿verdad?

—No hasta a las ocho.

—Tengo que irme a las siete y cuarto.

—¿Adónde vas?

—Es miércoles.

—¿Y?

—He estado yendo al estudio bíblico en la casa de Samuel.

Irritado, Pablo la miró desde el otro extremo de la mesa.

—Pensé que teníamos un acuerdo. La gente podría hacerse una idea equivocada de por qué vas.

—Las personas que asisten al estudio ya no van a nuestra iglesia.

Su irritación se convirtió en enojo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Así son las cosas, Pablo. —Mordió un bocado de pollo.

—¿Qué está pasando, Eunice? —dijo él, apoyando su tenedor—. ¿Qué pasa contigo?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué vas a la casa de Samuel, realmente?

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Para estudiar la Biblia y pasar un rato con creyentes que, además, son amigos. Y es el único lugar donde puedo ser yo misma.

—No tendrá nada que ver con Esteban Decker, ¿verdad? Él va a ese estudio bíblico, ¿o no?

Ella abrió la boca, sorprendida.

—Ya no. ¿Por qué? —Se quedó mirándolo fijamente—. ¿Qué estás insinuando?

—Te quiero lejos de él.

Ella bajó su tenedor.

—Esteban dejó de asistir poco tiempo después de que se mudó a Rockville. Yo te amo a *ti*, Pablo. Seguramente no tendrás dudas de eso.

Su mirada inquisitiva lo puso nervioso.

—No lo dudo. —Masticó otro bocado de pollo.

—Entonces, ¿qué quisiste decir con lo que acabas de decir?

Él pensó en Sheila y tragó su bocado de pollo.

—Qué mas da. No es importante. Olvídalo.

—¿Qué es lo que está pasando realmente, Pablo?

No era que él estuviera teniendo un amorío con la esposa de Rob

Atherton. Un beso, eso era lo único que había pasado.

—Nada. —Bebió medio vaso de agua y todavía sentía cómo el calor subía por su cuello.

Se concentró en su cena—. Dejémoslo ahí. ¿De acuerdo?

—¿Por qué tienes todo el rostro rojo?

Él bajó bruscamente el cuchillo y el tenedor.

—¡Porque estoy furioso! ¿Está bien?

Ella se encogió de miedo, con los ojos muy abiertos. ¿Por qué tenía que mirarlo de esa manera? Sabía cómo sacarlo de quicio.

—Tal vez sí dude de tu lealtad. ¿Sabes cuántos problemas me causaste esta semana? —

¿Lo estaba haciendo a propósito?

Ella dejó sin tocar su comida. Ladeó la cabeza y lo miró a los ojos, escudriñándolos.

—Podrías decírmelo. Si no lo sueltas pronto, te vas a ahogar.

—Muy bien. Ofendiste a varias personas importantes con las canciones que seleccionaste los últimos domingos.

—Por personas muy importantes, ¿a quiénes te estás refiriendo? ¿A las que tienen dinero?

El rostro de él se acaloró otra vez. Su corazón latía fuertemente. Apretando los puños, la miró furioso.

—A lo mejor tú puedas darte el lujo de ser imparcial, Eunice, pero yo no. La gente se ofende. Las deudas de la iglesia no han sido pagadas. Todo se frenó de golpe. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Todo lo que hacemos ahora en el ministerio se basa en cuánto dinero entra?

—¿Estás tratando de provocar una pelea? Desde que Tim se mudó con mi madre, has estado malhumorada.

—Malhumorada no. Afligida.

Otra vez lo estaba presionando.

—Yo también lo extraño, ¿sabes? Soy su padre. —Siguió mirándola con los ojos fijos y severos—. No vuelvas a hacerlo, Eunice. No quiero otro día como el de hoy.

—Debo obedecer a mi conciencia, Pablo.

No podía creer que estuviera desafiándolo.

—¿Y yo no? Eso es lo que estás diciendo, ¿cierto? —Ella bajó la cabeza. Su silencio fue suficiente respuesta—. Creo que necesitas tomarte un descanso del ministerio de la

música. Hasta que recuperes el equilibrio. —Su apetito desapareció. Ni siquiera podía fingirlo—. Mira, no quiero herir tus sentimientos, Eunice, pero has traicionado la confianza que tenía en ti. Te pusiste en contra de mi ministerio.

Ella dobló su servilleta y volvió a ponerla sobre la mesa.

—No puedes satisfacer a todos todo el tiempo. Tienes que elegir. *Yo* he tenido que elegir.

Él se movió incómodo en su silla.

—Varias personas piensan que los himnos que elegiste son *deprimentes*.

—¿Cómo pueden ser deprimentes? Hablan de la salvación.

—Sabes a qué me refiero. ¿Por qué tienes que hacérmelo difícil?

—¿Voy a tener el derecho a defenderme? ¿O ya se ha tomado algún tipo de decisión?

Dime a quién y cómo ofendí.

—La semana pasada escogiste dos himnos que hablan de la sangre de Cristo.

¿Recuerdas?

—Dos de seis.

—Y luego cantaste un solo sobre la Crucifixión. Hay varias personas, incluido uno de nuestros ancianos, por no mencionar a otros, que consideran que el tema es… menos que interesante, a falta de una

palabra mejor. ¿Entiendes ahora?

Se arrepintió de su crueldad, pero ella lo había presionado. En los últimos meses, había cambiado. Antes, ella hacía todo para complacerlo. Ahora, él se sentía como si estuvieran atrapados en un combate mortal. Añoraba la tranquilidad de los viejos tiempos. Lo único que tenía que hacer era una insinuación, y ella cedía. Nunca lo cuestionaba. Nunca interfería.

—Hubo una época en la que me escuchabas, Pablo.

—Sigo escuchándote.

Su expresión se suavizó.

—Entonces, espero que tomes esto de la manera en que te lo diré, con amor. —Respiró hondo—. Si nuestra gente no quiere escuchar sobre la sangre que Jesús derramó por ellos en los sermones, tienen que escucharlo mediante la música.

A pesar de la dulzura tranquila de su voz, las palabras le llegaron a él como una fuerte bofetada en la cara.

—Lamento que pienses de una manera tan negativa de mi ministerio.

—Pienso mucho en *ti* —dijo ella suavemente—. Te *amo*.

—Entonces, podrías tratar de demostrarlo. Amar significa ser leal.

—Amar también significa decirte cuando estás equivocado.

—Tal vez necesitas recordar tu lugar. *Yo* soy el pastor, no tú.

—¿Cuál es mi lugar, Pablo, si no es el de ser sincera con mi esposo?

Él se quedó mirándola fijamente un momento.

—No vas a ceder, ¿verdad?

—No. Tengo miedo de ya haber cedido demasiado.

—Está bien, Eunice. Que sea como tú quieres. A partir de ahora, LaVonne Lockford elegirá la música.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—¿Crees que a LaVonne le importa tanto tu ministerio como a mí?

—Creo que estás un poco confundida de cuál es tu papel en mi vida. Se supone que tú eres mi ayuda ideal. En lugar de eso, te has convertido en un obstáculo.

—No estoy peleando *contra ti*, Pablo.

—¡Ah, claro que sí!

—Aquí se está librando una batalla, Pablo, pero es espiritual, no física.

Él temblaba.

—¿Y te crees más espiritual que yo? ¿Piensas que eres mejor cristiana? ¿Sabes de qué creo que se trata todo esto? Creo que te pusiste en mi contra desde que Tim se mudó a vivir con mi madre. ¡Creo que todo esto tiene que ver con tu resentimiento, que sientes lástima de ti misma y que tratas de desquitarte conmigo de lo que sea que crees que hice mal como padre! ¡A ver si lo niegas! ¡Inténtalo!

Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Qué poco me conoces en realidad.

—Te des cuenta o no, Satanás está usándote contra mí. —Vio que el rostro de ella se ponía pálido. Satisfecho, volvió a apuñalarla—. Mañana hablaré con Raúl y veré si hay alguna otra área donde podamos usarte.

—Por favor, no. —Sus ojos parpadeaban.

—¿Que no haga qué? ¿Esperar que actúes como mi esposa?

—Que no trates de *usarme.* Creo que será mejor que tome distancia por un tiempo.

Él sintió como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué se supone que voy a decirle a la gente?

—Diles que estoy enferma.

—¿Lo estás?

—Sí, Pablo. Me duele el corazón por lo que he presenciado en nuestra iglesia.

Pabló arrojó la servilleta sobre su cena a medio comer y empujó la silla hacia atrás.

—Voy a salir a correr.

Pero aun después de un kilómetro y medio, no podía escapar de la culpa que lo perseguía.

Samuel terminó de pulir su DeSoto y decidió que era un buen día para dar un paseo.

Habían pasado varias semanas desde la última vez que Esteban Decker había llamado a su puerta. Samuel supuso que no estaría mal ir a Rockville y ver cómo iba progresando su nuevo proyecto. Hacía mucho que no iba por allá. No desde que Bjorn Svenson había ingresado a la residencia para ancianos.

Para evitar la autopista, tomó un camino rural tranquilo. Con las ventanillas bajas, iba disfrutando la brisa cálida sobre su brazo descubierto. Podía oler la arena caliente y los almendros listos para la cosecha. Cuando entró a Rockville, no pudo evitar preguntarse por qué Esteban había decidido irse de Centerville y mudarse a un pueblo cuyos mejores tiempos habían pasado hacía mucho. No tuvo inconvenientes en encontrar el edificio de Esteban. De hecho, lo hizo reír. ¿Esteban sabía? ¿O Dios tenía el sentido de la ironía? Se estacionó en la calle. Cuando salió de su carro, escuchó el chillido de una sierra enterrando sus dientes en la madera. La puerta delantera estaba abierta; el olor a aserrín era intenso. Alguien martillaba abajo.

—¿Busca a alguien? —dijo un carpintero gigante, levantando las gafas protectoras sobre su frente. Samuel calculó que mediría un metro noventa.

—A Esteban Decker.

—¡Oye, jefe! ¡Tienes una visita!

—¡Pregúntale qué vende! —gritó Esteban.

El gigante lo observó.

—¿Es un vendedor?

—No. Soy Samuel Mason. Soy amigo...

—¡Ah, hola! Sé quién es usted. —Se quitó el guante y le tendió la mano—. Es el maestro de la Biblia del que tanto habla. Me llamo Carl, pero todos me dicen Casa del árbol—.

¡Oye, jefe! ¡Es Samuel!

—Bueno, ¡recíbelo como se merece, zoquete! ¡Ofrécele un refresco! Envíalo al sótano.

Pídele que baje con un par más de refrescos.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Como si me pagaras! —Sonriéndole a Samuel, asintió—. La hielera está ahí. Sírvase lo que guste. La escalera está al fondo.

Samuel sacó tres latas de refresco. El calor sofocante de la planta principal dio paso a la frescura de los bloques de cemento. Con un pie apoyado sobre una caja, Esteban estaba inclinado sobre una mesa de dibujo estudiando unos planos con un hombre joven que tenía el pelo recogido en una cola de caballo. Esteban se incorporó y le sonrió.

—¡Samuel! Qué gusto verte. —Le entregó un refresco a su compañero y destapó el otro—. Quiero que conozcas a Jack Bodene. Jack, él es Samuel Mason, mi maestro en los estudios bíblicos.

Se dieron la mano.

—Un gusto conocerlo, Samuel.

—Igualmente. —El joven tenía ojos de viejo.

—¿Y bien? ¿Qué pensaste del lugar cuando llegaste? —Esteban levantó su refresco—.

¿Crees que estoy loco, como piensa el resto de los habitantes?

—No.

—¿Que estoy derrochando el dinero y el tiempo?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que quiera el Señor.

Esteban se rio.

—No tengo ni una pista respecto a eso. Ven. Te mostraré el lugar. —Samuel conoció a Héctor Mendoza y a Cal Davis en la planta alta.

El edificio iba a ser una joya en medio de un montón de piedras, precisamente en el centro del pueblo, por increíble que pareciera. Nada sucedía por casualidad. Samuel no pudo evitar sonreír. Estaba necesitando un buen recordatorio de que Dios era soberano y aquí lo tenía. Sólido como la Roca de la fe sobre la que Esteban todavía estaba parado.

Gracias a Dios. El hombre hace planes, pero es el propósito de Dios el que prevalece.

Esteban sugirió que todos tomaran un descanso. Casa del árbol, Jack, Héctor y Cal se sumaron a ellos en el sótano. Se sentaron en sillas plegables a disfrutar de la frescura de las paredes de bloques de cemento.

—¿Saben? Estuve pensando. —Esteban sonrió con maldad.

—Cuidado, *pals. El man* tiene otra idea descabellada.

—¡Agáchense que ahí va!

Esteban sonrió de oreja a oreja.

—¿Hay alguna posibilidad de que vengas a Rockville una vez por semana a enseñar un estudio bíblico?

—Estoy demasiado viejo para conducir por la ruta de noche.

—Eso no es un problema. Puedes quedarte a dormir. Te daré la mejor habitación de la casa.

—Si le da a elegir, escoja el sótano —dijo Casa del árbol.

Samuel se dio cuenta de que Esteban hablaba en serio.

—¿Por qué no enseñas tú?

—Lo intenté, pero estos tipos tienen más preguntas que yo respuestas.

Samuel miró al pequeño grupo de hombres reunidos. Sería agradable intervenir y comenzar otro estudio, pero sentía que el Señor estaba empujándolo en otra dirección.

—Ya hablaremos del tema.

Esteban asintió y lo dejó pasar.

Samuel se quedó media hora más.

—Mejor me voy para que estos hombres puedan volver a trabajar. —Esteban salió con él y volvió a preguntarle sobre el estudio bíblico.

—Sabes, mi joven amigo, el Señor te preparará para cualquier tarea que Él te dé a realizar.

—Tú tienes años de experiencia y toda una vida de estudios a tus espaldas.

—En algún momento tienes que empezar, Esteban. Este momento es tan favorable como cualquier otro.

—Extraño las noches de los miércoles. Ese grupo era mi familia de la iglesia.

—Nosotros también te extrañamos.

—¿Todos siguen yendo?

—Sally y Charlie siguen viniendo. Y Eunice... — *Ay*.

Esteban se rio en voz baja.

—No me mires así, Samuel. Mejor me mantengo a la distancia. Abby lo sabía.

—Sí. Abby lo sabía. Ambos lo sabíamos. Es que lo había olvidado.

—Bien. Hazme un favor: olvídalo de nuevo, ¿quieres?

Se dio cuenta de que Eunice no era la única razón por la que Esteban se mantenía a la distancia.

—¿Qué otra cosa te molesta?

—Pablo es lo que me molesta. Le han dado suficiente soga para ahorcarse solo.

—¿Qué significa eso?

—Nada. No importa. —Esteban sonrió irónicamente—. Como te darás cuenta, todavía me queda un largo camino por recorrer antes de que pueda aprender a amar a mi enemigo.

Samuel no se había percatado de que los sentimientos de Esteban eran tan intensos.

—Yo he tenido mis luchas en cuanto a Pablo.

—Sí, claro. Supongo que atacaste con ganas.

—Pablo no es el enemigo, Esteban. Nuestra lucha no es contra carne y sangre.

—Ya lo sé.

Se estrecharon las manos al llegar al DeSoto. Samuel entró y bajó la ventanilla.

—Ora por él.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Hace años que lo hago. Hazlo como un acto de obediencia. Lo será por un tiempo.

Pero te diré algo, Esteban: no podrás seguir odiando a Pablo si oras por él. Dios te regalará otra visión de lo que Pablo puede ser si se entrega de nuevo. —Encendió el carro—. Recuerda que Cristo murió por nosotros *cuando todavía* éramos pecadores.

—Pablo tendrá mucho que responder uno de estos días. —Esteban no parecía disfrutar de la idea.

Samuel sintió el suave empujoncito otra vez. Dios quería que dijera algo más.

—Tienes que saber, Esteban. Debes estar preparado.

—¿Preparado para qué?

—Aún no lo sé. Lo que sí sé es que, uno de estos días, Pablo nos necesitará. Cuando llegue ese día, y no creo que falte mucho, tenemos que estar preparados para lo que Jesús nos pida que hagamos.

Alzando una mano, Samuel se alejó del borde de la acera.

Nada era por casualidad. Los impulsos a menudo no lo eran en absoluto. El aire caluroso se arremolinó dentro del carro, dejando

entrar los aromas del Valle Central. La paz se posó sobre Samuel mientras conducía hacia su casa. Una paz inexplicable y preciosa.

El mensaje que Dios le había mandado a dar había sido recibido.

Pablo escuchaba a los miembros del comité de construcción, sintiéndose cada vez más desesperado e indignado. Todo parecía estar saliendo mal. En lugar de trabajar juntos, todos despotricaban contra el resto, defendiendo sus proyectos personales. Gerald Boham había pasado un fin de semana en Nob Hill, San Francisco, y había ido a las reuniones de la Catedral de la Gracia. Ahora estaba obsesionado con la idea de tener un laberinto.

—Podríamos hacerlo en el nuevo salón de usos múltiples.

—¿Para qué serviría? —Marvin se sirvió otro vaso con agua.

—Bueno, la idea es que la gente recorra un camino espiritual. En el laberinto hay estaciones.

Otro resopló con desprecio.

—¿Dices algo como las Estaciones de la Cruz?

—No lo he visto en una iglesia católica.

—Pero ¿cuál sería el objetivo? —Quiso saber otro—. ¿Un laberinto no es algo que genera confusión?

—No. Esa no es la idea que se me ocurrió. Para cuando uno llega al final del lugar, habrá alcanzado la iluminación.

—¿Solo por caminar sobre unas baldosas en un piso?

—Uno se detiene cada tantos metros, lee las indicaciones y medita en lo que sea que digan. Luego, avanza y así sucesivamente.

—Suena a una religión de la Nueva Era —dijo Pablo.

—Bueno, tal vez, pero ¿no estamos tratando de atraer a los de la Nueva Era? Seríamos nosotros quienes escribiríamos los mensajes.

—¿Cuánto costaría una cosa así? —Era lo que siempre le preocupaba a Marvin: el dinero. Era su trabajo como tesorero de la iglesia.

—Unos dos mil dólares, diría. No tanto.

—¿No tanto? —Resopló Marvin—. Como están las cosas, apenas nos alcanza.

Necesitamos cada centavo que entra para pagar las deudas que tenemos ahora.

El sudor empezó a correr por la nuca de Pablo.

—Creí que las ofrendas habían aumentado este mes.

Marvin se ruborizó.

—Están aumentando. No digo que no tengamos suficiente. Es que no tenemos superávit para gastar en proyectos nuevos.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —El rostro de Gerald se oscureció—. ¿Que mi idea es tonta?

—¿Acaso dije tonta? Costosa. Será costosa.

—Muy bien —dijo Pablo rápidamente—. ¡Está bien! Es una idea para analizar, Gerald.

Y tienes razón, Marvin. Tenemos que atenernos al presupuesto. Quizás podamos ponerlo en la lista de cosas a considerar el año próximo. —Tardó varios minutos en tranquilizarlos otra vez, y para entonces, tenía el estómago revuelto. Los ánimos estaban caldeados esta noche. Ya nadie parecía ponerse de acuerdo en nada; aparte de eso, había mucho por hacer.

—Quizás puedas elaborar otra de tus brillantes ideas para recaudar fondos, Gerry —

dijo Marvin en un tono que podía ser tanto serio como seriamente combativo.

—Marvin —Pablo le dirigió una mirada reprobadora—, en este momento no necesitamos otro evento de recaudación de fondos.

—Se acerca la Pascua —dijo Gerald—. Las ofrendas siempre aumentan en Pascua.

—¿Y si no es así? —Marvin siempre era el pesimista—. No podemos quedarnos esperando hasta la cantata de Navidad para ganar dinero, Pablo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dijo Gerald, al ataque—. Me parece que en la reunión anterior dijiste que teníamos dinero suficiente para el trimestre.

—Bueno, pensé que lo teníamos. Pero tuvimos algunos gastos inesperados.

—¿Qué gastos inesperados? —preguntó alguien.

—Ese tipo que se cayó de la escalera. Tibbitson. ¿Lo recuerdan? Las facturas del hospital son cuantiosas.

—¿Y qué hay del seguro?

—Estoy trabajando en eso. Pero ahora Tibbitson dice que necesita fisioterapia.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

Pablo estaba empezando a sentirse como un bombero tratando de apagar a pisotones chispas de fuego que estaban volando a un campo de trigo. Cuando fue evidente que nadie escuchaba a nadie, descargó un puñetazo sobre la mesa. Se produjo un silencio de sorpresa. Trató de reír levemente.

—Tomémonos un respiro, ¿les parece? ¿Por qué no me da cada uno su informe para que yo revise todo? Ahora, calmémonos y disfrutemos el resto de la cena.

—Me parece una buena idea. —Marvin tomó otro bocado del postre.

Los demás estuvieron de acuerdo.

—Así que... —dijo Pablo, deseoso de cambiar de tema a una conversación más agradable—, me enteré de que tu hija recibió una carta de aceptación de la universidad, Hal. Debo felicitarte.

—Si de mí depende la decisión, no irá.

—¿A qué te refieres?

—Ella tiene la quijotesca idea de ser misionera. Le dije que la mandaré a la USC, pero que no tengo intenciones de despilfarrar veinticinco mil dólares al año para que pueda ir a alguna universidad cristiana anónima a prepararse para un trabajo por el que le pagarán menos que a un empleado postal. ¡Que ni lo sueñe!

Cuando terminó la reunión, Pablo sentía que se le partía la cabeza del dolor. Mientras caminaban hacia el estacionamiento, los hombres estaban hablando de que sus esposas estaban en una reunión de velas esa noche.

—La aromaterapia es lo último. Desde que se convirtió en representante, Kristin ha estado ganando buen dinero.

—Sí, es a quien le debemos que mi mujer tenga esas velas encendidas todo el tiempo.

Cuando entro a la casa, ya sé de qué humor está. Si hay aroma a lavanda, sé que está tratando de tranquilizarse por algo.

—Si es canela, ¿huele a romance el aire, Don?

Todos se rieron.

—¿Eunice está mejor, Pablo?

—Un poco. Está tomando las cosas con calma.

—Jessie dijo que parece que ha bajado de peso. —Gerald habló del trabajo de Jessie como enfermera de la escuela secundaria y de la gran cantidad de muchachas que llegaban con aspecto de niñas famélicas porque querían parecerse a alguna estrella de cine.

Larry palmeó la espalda de Pablo.

—Le diré a Kristin que le lleve un par de velas. Eunice se sentirá mejor en un santiamén.

Kristin consiguió algunas mezclas de hierbas que garantizan mejorar la salud.

Pablo no quería pensar qué podía llegar a decir Eunice si Kristin iba a verla con velas de aromaterapia.

—Se dedica mucho a meditar en las Escrituras desde que renunció al coro.

—Ah, eso es bueno. Kristin también está haciendo meditación. Tiene un cuarto completamente preparado para eso. La semana pasada, compró una fuente. Dice que el sonido del correr del agua es relajante para el alma. Enciende una mesa llena de velas, apaga las luces y escucha a Yanni. Dice que la ayuda a sentirse centrada. A lo mejor, eso es lo que necesita Eunice. Centrarse.

¿Centrarse en qué? Quería preguntar Pablo, pero no lo hizo. Gerald podía ofenderse.

Pablo les deseó buenas noches a todos y se encaminó hacia su Lexus nuevo estacionado en el punto más lejano del predio. Los oyó hablar mientras caminaban hacia sus carros.

—Mi esposa tiene una docena de discos compactos de música celta. La escucha todo el tiempo.

—Es mejor que la música rock que ponen mis hijos...

Pablo apretó la apertura automática, abrió la puerta del carro y entró. Luego de soltar el aire, abrió la guantera y sacó la medicina que le había recetado su médico. Su estómago estaba matándolo otra vez. El celular vibró en el bolsillo de su chaqueta. Lo sacó y lo lanzó en el asiento de cuero del acompañante, donde zumbó como una serpiente de cascabel. Con el estómago revuelto, se aferró al volante hasta que el dolor paró. Luego, levantó el celular y presionó un botón. Reconoció el número. *Sheila.* El reloj del tablero marcaba las 10:18.

La tentación se apoderó de él. Podía sentir cómo le clavaba los colmillos y despertaba correntadas de calor por todo su cuerpo. Los colmillos se convirtieron en unos dientes que lo mordían.

Podía llamar a Eunice y decirle que había surgido una emergencia.

O podía ignorar la llamada.

Rob Atherton había vuelto a viajar por negocios. Lo sabía porque Sheila lo había mencionado el domingo mientras abrazaba a Eunice.

—Deberías venir a visitarme, Eunice, y nadar un rato. Me siento tan sola... Rob estará fuera de casa toda la semana. Se fue de viaje otra vez a Florida. —Sheila besó la mejilla de Eunice—. Estás muy pálida, querida. Un poco de sol te haría mucho bien. —Le había sonreído a él como si recién se le hubiera ocurrido—. Ah, y usted también está invitado, pastor Pablo, por supuesto. —Él se rio e hizo el típico comentario de que era el pobre esposo olvidado. No pudo mirar a Eunice por miedo a que ella viera la culpa en sus ojos.

Solo había tenido un desliz. Nada más. Lo que Eunice no sabía, no la lastimaría. Y él no permitiría que le volviera a pasar. Apretando fuerte el volante con una mano, puso en marcha el carro.

La casa estaba silenciosa cuando entró. Vio la luz encendida en la sala

de estar. Eunice estaba sentada con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, y su Biblia abierta sobre su regazo. Por un instante, él tuvo una sensación de *déjà vu,* solo que con su madre. Tal vez era porque Eunice tenía tanto en común con ella. Siempre estaba leyendo la Biblia, más ahora que cuando recién se habían casado. Abrió los ojos y lo encontró mirándola.

—Pareces cansado. ¿Fue una reunión difícil?

¡Una catástrofe! Se sentía como si hubiera estado en el barro con luchadores profesionales. Pero no iba a contarle nada de eso a Eunice.

—Estuvo bien. Logramos hacer algunas cosas. —Había conseguido ponerles un freno de nuevo y mantener las cosas bajo control.

Ella cerró su Biblia y la puso en una mesa.

—¿Quieres hablar?

—La verdad, no. —Lo último que quería era una conversación íntima con su esposa.

Gran parte de lo que le sucedía últimamente no soportaría una discusión con su mujer.

Estaba enamorándose de Sheila Atherton y temía que no hubiera nada que hacer al respecto—. Creo que me iré a la cama. Estoy molido.

—He estado orando por ti, Pablo.

Él levantó la cabeza.

Ella sonrió tímidamente.

—No es que no haya orado siempre por ti. —Su sonrisa menguó mientras buscaba sus ojos—. Simplemente, tuve la sensación de que necesitabas que orara más por ti esta noche.

—¿Por alguna razón en particular? —dijo él, agradeciendo que la luz tenue ocultara lo sonrojado que estaba.

—No lo sé. ¿Tú puedes pensar en alguna?

Pensó en Sheila otra vez y la culpa se adueñó de él.

—No. Todo está bien. —Le sonrió débilmente. Su consciencia se retorció—. Pero no dejes de hacerlo.

Se levantó y apagó la lámpara de la mesa. La luz de la calle iluminó lo suficiente la sala de estar para que pudiera verla caminando hacia él. Acarició su rostro tiernamente.

—Te amo.

—Lo sé. —Su garganta se cerró—. Yo también te amo. —Era verdad. Solo que no tanto como la había amado alguna vez. La acercó a él y la oyó tomar aire suavemente—. Sé que a veces no lo parece, pero te amo. — *Dios, quiero amarla.* Levantando su mentón, la besó. Con delicadeza. Al principio. Hasta que pensó en Sheila.

Creyó que todo estaba bien hasta que se despertó un rato después y descubrió que estaba solo en la cama; las sábanas del lado de Eunice, frías. Una línea de luz destellaba bajo la puerta del baño de la habitación principal. Se levantó. Estaba a punto de tocar la puerta, cuando escuchó el llanto apagado de Eunice. No eran sollozos débiles sino de angustia, ahogados contra algo blando. ¿Una toalla? Le vino a la mente una imagen de Cristo lavando los pies de sus discípulos. Pablo cerró los ojos por un largo rato y regresó a la cama con cuidado de no hacer ningún ruido.

Ella volvió a la cama una hora después y se acurrucó debajo de las mantas, lejos de él.

Pablo podía sentir la tibieza de su cuerpo.

Pablo se quedó despierto en la oscuridad. Trataba de orar, pero su mente seguía divagando. ¿Cuándo se había descontrolado tanto su vida? ¿Por qué parecía que ya no podía lidiar con nada?

Probablemente, era algo que había comido en el club. Tal vez le iba a dar gripe.

Necesitaba dejar de preocuparse todo el tiempo. Dios decía que no debía preocuparse.

Eso era pecado. Todo estaba bajo control.

Pablo estaba a la deriva; su mente iba y venía, como las olas a la orilla. Estaba nadando en el mar y el agua estaba fría. Por más que nadara con fuerza, la corriente seguía empujándolo y acercándolo a las rocas. Podía ver el impacto violento del agua, la espuma blanca. Indefenso contra el poder del mar, se golpeó contra las rocas. No podía aferrarse a nada. Cada vez que se agarraba a algo, la corriente lo arrancaba. Fue arrastrado a un bosque de algas marinas. Sus piernas

se enredaban, y las olas seguían golpeándolo, empujándolo, azotándolo, cubriéndolo con un peso aplastante. No podía subir a la superficie para tomar aire. Luchaba, clavando las uñas para liberarse; la luz brillaba a través de las frondas espesas y resbaladizas de algas marinas que había encima de él. ¡Aire! ¡Necesitaba aire! ¡Sus pulmones estaban a punto de explotar, su corazón se desgarraba! Una mano extendida quería agarrarlo, pero tenía más miedo de tomarla que de ahogarse.

Se despertó abruptamente. Todavía estaba oscuro, y el corazón le latía fuertemente.

Estiró el brazo y descubrió que Eunice no estaba. El reloj marcaba las 5:30. Estaba levantada, probablemente preparando el café matutino.

Temblando y tragando saliva, trató de relajarse. Intentó decirse que solo había sido una pesadilla. No significaba nada.

Pero no pudo escapar de la sensación de que Dios había estado tratando de decirle algo durante mucho tiempo, y de que él no podía escuchar lo que le estaba diciendo.

CAPÍ TULO 15

ESTEBAN ESTABA TRABAJANDO a altas horas de la noche en el boceto conceptual de un complejo de oficinas en Roseville, cuando escuchó un golpe suave en la puerta delantera. Eran las once. Tal vez fuera Jack. Los primeros meses de sobriedad eran difíciles. Esteban se levantó de su taburete y se dirigió a la puerta.

Las ventanas del frente ahora estaban cubiertas por persianas venecianas de madera, por lo tanto, la gente ya no podía curiosear. Y el vidrio biselado de la puerta principal daba un aspecto de elegancia y privacidad. Pudo ver a través del vidrio que era alguien más pequeño que Jack.

Descorrió el pestillo, abrió la puerta y vio a una desconocida que traía puesta una gorra tejida de muchos colores, una chaqueta del ejército,

pantalones vaqueros harapientos y sucios, y botas militares negras. En la acera había tirado un bolso de lona mugriento. La desconocida no dijo una palabra, sino que se quedó con la cabeza agachada y los hombros hundidos.

Aunque no podía ver su rostro, Esteban tuvo un presentimiento.

—¿Brittany?

—No sabía a qué otro lugar ir.

—¡Ay, Dios! Gracias, Jesús. —La abrazó y sintió su rigidez—. Estaba muy preocupado por ti. —Ella temblaba, probablemente por el frío aire nocturno. La soltó—. Ven, pasa.

—Levantó su bolso. No pesaba más de un kilo.

—Rockville —dijo ella secamente mientras entraba a su estudio y echaba un vistazo alrededor—. Creí que te habías mudado de vuelta a Sacramento.

Él dejó su bolso de lona sobre el sofá de cuero.

—¿Fuiste a Centerville?

—Ajá. Luego, llamé a mamá. —No quería mirarlo—. Atendió su esposo, dijo que creía que te habías mudado a Rocklin, o Rock Hill, o Rockville. No recordaba con seguridad.

Dijo que intentara buscar Constructora Decker en las páginas amarillas.

Él pudo imaginar una parte de la escena.

—¿No hablaste con tu madre?

—Jeff dijo que no estaba en casa. —Se encogió de hombros—. Nada del otro mundo.

Si Kathryn había llegado a recibir el mensaje, no se lo había informado a él. Escuchó que el estómago de Brittany rugía.

—Acompáñame arriba. Podrás conocer el lugar mientras te preparo algo para cenar. —

Caminó delante de ella, pero, cuando se volteó a mirar, vio que seguía con la cabeza agachada. Dejó la lámpara encendida y oprimió el

regulador de intensidad de luz de la escalera. La franja de la alfombra que corría por el centro amortiguó el sonido de sus botas militares. ¿Tenían punteras de acero?

—¿Puedo ofrecerte algo para beber?

—Claro. —Se rio sombríamente—. ¿Qué tal un martini?

Fue más una ocurrencia que una pregunta. No estaba seguro de cuál era su intención y decidió ser sincero con ella.

—Yo ya no bebo, Brittany, y no tengo alcohol en la casa.

—¿Tienes miedo de volver a caer en la bebida?

Otra vez el desafío.

—Tomo las cosas un día a la vez, y no lo hago como si no fuera una lucha constante.

Ella levantó la cabeza lo suficiente y él pudo ver el ojo morado, el labio cortado e inflamado y la mejilla raspada. Él sintió un arrebato de furia imparable. Quiso sentar a su niñita en su regazo, acunarla y preguntarle quién la había lastimado, pero no se movió. Tampoco dijo nada. La postura de ella, su silencio y sus puños apretados le decían que guardara su distancia, que refrenara las preguntas que palpitaban en su mente.

Abrió el refrigerador y agachó la cabeza para que ella no pudiera ver su rostro.

—Tengo leche, jugo de naranja y agua mineral. —Se alegró de haber cocinado dos filetes de costilla de ternera un rato antes; había quedado uno. Tenía una bolsa de ensalada y suficiente aderezo. Tardaría apenas un par de minutos en cocinar una papa en el microondas y untarle mantequilla y crema agria.

—Leche —dijo ella—. Por favor.

Le sirvió un vaso alto. Los dedos de ella temblaban cuando los rozó. Le dio las gracias sin mirarlo a los ojos. Él volvió a la cocina, lavó una papa, perforó unos agujeros en ella y la metió en el microondas. Mientras el aparato canturreaba, volcó una porción de ensalada en un recipiente y lo dejó en la mesa que tenía vista a la calle Principal.

Acomodó unos cubiertos, una servilleta, aderezo de queso azul, sal y

pimienta. El microondas sonó. Pinchó el filete, lo puso en el plato y volvió a programar el temporizador. Brittany había terminado la leche y sujetaba el vaso con ambas manos.

—La cena estará lista en treinta segundos, cariño. Siéntate.

Se movía como si estuviera tan cansada que apenas podía estar parada. Dejándose caer en una silla, puso el vaso vacío en la mesa. Él dejó el cartón de leche sobre la mesa.

—Pusiste la mesa para una sola persona —dijo ella.

—Comí más temprano. —Se paró cerca del microondas—. ¿Cómo llegaste aquí? ¿En autobús?

—Pedí un aventón.

Él se arrepintió de haber preguntado.

—¿El que te trajo te dejó ese ojo morado y el labio roto?

—No. —Ella no dio más detalles.

El microondas sonó de nuevo. Tragándose otras cien preguntas, sacó el plato y lo puso frente a ella. Brittany levantó la cabeza. La mirada que vio en sus ojos castaños detonó un recuerdo en su mente: Brittany, de tres años, parada en la sala mientras él y Kathryn peleaban a gritos. Su hijita mirando asustada y confundida, con lágrimas cayendo por su rostro pálido mientras daba alaridos como un animalito herido. Cerró los ojos firmemente.

—¿Puedo lavarme las manos primero, papi?

La miró de nuevo, y el dolor se alzó, generando una pesada carga de culpa.

—Claro. Disculpa, no pensé en eso. —Su voz sonó ronca—. El baño está ahí atrás, al otro lado de esa puerta. Tómate tu tiempo.

Su pecho soltó un suspiro tan pronto como la puerta se cerró. Se dio vuelta y se agarró de la encimera de la cocina. *¿Qué parte de todo lo que le sucedió fue a causa de mis pecados, Dios?* Estremeciéndose, abrió el grifo y se enjuagó la cara con agua fría. Brittany estaba aquí, viva, a salvo. Al menos, por el momento. Él debía mantener la calma, o ella podía volver a escapar.

Cuando salió del baño, su cabello estaba mojado. Lo llevaba muy

corto, teñido en un tono rubio platino con raíces oscuras y olía a su jabón en barra. Cuando se quitó la gorra tejida y la dejó en la mesa, al costado de donde se sentó, él notó el tatuaje que tenía en el dorso de la mano. Las orejas y la nariz estaban perforadas y tenían aritos de plata. Tomó el cuchillo y el tenedor, dudó y apoyó las muñecas en el borde de la mesa.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el tiempo?

—Es que me alegra tanto verte. —Se puso de pie—. Guardaré algunas cosas abajo.

Regresaré en unos minutos.

Se acomodó en el taburete de su mesa de dibujo y encendió la lámpara. Trató de revisar su trabajo, pero no podía concentrarse. Guardó sus notas en un archivador de metal y cerró el cajón. Apagó la lámpara de cuello de cisne y volvió a subir la escalera.

Brittany seguía sentada a la mesa. Estaba dormida, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados y el plato vacío apartado a un lado. Había comido todo, incluso la cáscara de la papa. Esteban se paró junto a ella y lloró en silencio mientras tocaba suavemente su cabello. Seguía siendo como de bebé. ¿Qué le había sucedido en los últimos seis meses en que vivió en la calle, o donde hubiera estado todo ese tiempo?

¿Cómo se las había arreglado para sobrevivir? ¿De verdad quería saberlo?

Cuando se agachó para alzarla en brazos, ella forcejeó e hizo un sonido que le rompió el corazón.

—Tranquila, cariño. Soy papi. —Brittany se relajó mientras la llevaba. La acostó con cuidado en su cama, le sacó la chaqueta de camuflaje y las botas militares. Sus calcetines estaban agujereados y manchados de sangre. Se los quitó y trajo un recipiente con agua

tibia. Lavó sus pies con ternura. Luego, la tapó con su manta, se agachó y la besó en la frente—. Que duermas bien, cielo. Estás a salvo.

Era pasada la medianoche, pero llamó a Kathryn. Si él estuviera en su lugar, querría saber que Brittany estaba bien, sin que importara la hora. Ella atendió al cuarto telefonazo con una voz soñolienta.

—Disculpa por despertarte, Kathryn.

—No estaba dormida. Si son más malas noticias, no quiero enterarme.

Él se dio cuenta que su voz no sonaba confusa por el sueño, sino por la bebida.

—Son buenas noticias, Kat. Brittany está aquí. Está a salvo.

Ella se echó a llorar.

—Gracias a Dios —sollozó—. Quiero ir a verla. Quiero ver a mi bebé.

Era lo último que debía hacer Kathryn.

—Está dormida. Agotada. Duerme bien esta noche, Kat, y ven mañana.

—Mañana tengo que ir a ver a mi abogado.

—¿A tu abogado?

—El abogado que lleva mi divorcio. Dile a Brittany que estoy divorciándome de Jeff.

Eso la hará feliz.

¿Otra vez estaba culpando a los demás? Él no estaba en posición de juzgar.

—Jeff está en Soho con su nueva novia. Probablemente estén viendo una obra de Broadway.

—Ay, qué mal —susurró él.

—Sí. —Ella rompió en llanto otra vez—. Ya lo creo.

—¿Vas a estar bien esta noche?

—¿Qué te importa? ¿A quién le importa?

Él se dio cuenta de que sí le importaba, pero sabía que si se lo decía no le haría ningún bien. No quería sondear su dolor ni conjeturar. En lugar de hacerlo, siguió en la línea y oró por ella en silencio.

—¿Sigues ahí, Esteban?

—Sí. Estoy aquí. —Escuchó el tintineo de una botella contra un vaso.

—Tú eres quien me inició en la bebida. ¿Lo sabías?

No era cierto, pero no iba a discutirlo con ella.

—Solo empeora las cosas —agregó ella.

—Sí, lo sé.

—Ojalá supiera qué salió mal. Y cuándo pasó. Sigo pensando en eso. Sigo revisando el pasado. Muy hacia atrás. Mi vida es tan desastrosa que ni siquiera recuerdo si alguna vez algo anduvo bien. ¿Sabes a qué me refiero?

—Lo sé. —Ella necesitaba a Jesús, pero no era este el momento para decírselo.

—¿Brittany está ahí?

—Está dormida. Está a salvo. —Golpeada y magullada, con heridas más profundas de las que sus padres podrían arreglar. Ya habían «arreglado» lo suficiente a lo largo de los años.

—Es posible que no tenga ganas de verme.

Quería preguntar por qué no, pero no lo hizo.

—Pregúntale, ¿de acuerdo? No quiero ir hasta allá y hacer que vuelva a escaparse.

¿Entiendes?

—Está bien, Kat. Lo entiendo.

—Tengo que colgar —dijo ella con la voz de una niñita lastimada. Colgó el teléfono con torpeza.

Era la primera vez que Esteban se entristecía por su exesposa, en lugar de hacerlo a causa de ella.

Eunice estaba tomando té sentada en la sala de su suegra, cuando Timoteo entró por la puerta delantera con sus amigos. Él tenía un aspecto diferente, maravillosamente diferente.

—¡Hola, mamá! —Se acercó a ella y la abrazó con fuerza—. ¡Te ves genial!

Con un nudo en la garganta, ella dejó la taza en la mesa.

—Igualmente.

Estaba bronceado, y tenía la mirada alegre y transparente. Parecía haber crecido tres centímetros desde el último mes y estaba poniéndose musculoso. Sus amigos estaban hablando todos al mismo tiempo, saludando a Loida. Todos se sentían como en su casa en el departamento.

Uno de los muchachos lo golpeó en el hombro.

—¡Oye, hermano! ¡Nunca nos dijiste que tu madre era tan hermosa!

El rostro de Eunice se ruborizó.

Otro se acercó a Tim y le susurró algo en un tono que todos pudieron escuchar: —¿Por qué no le pides que venga con nosotros y sea nuestra chaperona?

—Basta, chicos. Están haciéndola pasar vergüenza. — Tim soltó una risotada—. Que no te molesten. Solo están bromeando.

—Muy bien, chicos y chicas. —Loida se puso de pie—. A la cocina. Hice galletas en la mañana. —Todos la siguieron como pollos enormes detrás de una diminuta mamá gallina.

Eunice tocó el cabello de Tim, que llevaba largo hasta los hombros. Él se encogió y la miró a los ojos.

—Lo sé —dijo, arrastrando las palabras—. Papá me mandaría a decapitar si pudiera verlo.

—Jesús tenía el cabello largo.

—Claro —dijo él con una gran sonrisa—. Bueno, hasta donde sabemos. —Se sentó al lado de ella—. ¿Viniste hasta acá para ver cómo estaba?

—Te extraño. —No debía decir nada más. Se sentía orgullosa del joven en el que estaba convirtiéndose, agradecida y triste de que fueran la sabiduría y el amor de su suegra los que estaban guiándolo a Cristo.

—Me voy a México pasado mañana.

—Eso me contó tu abuela. Para construir casas, dijo.

—Armamos una cuadrilla de albañiles y tenemos un carpintero que nos dirá qué hacer y cómo hacerlo. Un tipo joven que puede hacerse cargo. —Le detalló el proyecto, los preparativos, las reuniones temprano en la mañana, la meta de servir a los pobres y llevar la luz del mensaje del evangelio.

Ella podía oír a los demás conversando y riéndose en la cocina.

—¿Ellos van?

—Sí, todos.

Tenía buenas amistades que lo ayudaban a ser mejor, en lugar de hacerlo caer.

—¿Crees que vendrás a casa luego de tu viaje a México?

Su mirada se apagó.

—No lo creo, mamá.

—¿Ni siquiera de visita?

—Creo que será mejor que me quede aquí.

Se le cayó el alma al piso. Bajó la mirada para que su hijo no se diera cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Sabía que tenía razón, pero de todas maneras era

doloroso. Quiso decirle que Pablo había pedido que fuera a casa, pero no lo había hecho. Él les decía a los demás que extrañaba a Tim. A ella también se lo decía. Pero nunca mencionó que quisiera cambiar el acuerdo que tenía con Loida. Hablaba por teléfono con Tim, pero no a menudo ni durante mucho tiempo. Tenía a demasiadas personas en la cabeza. Pero al fin y al cabo, ella era la madre de Tim. Lo había amamantado. Lo había ayudado a dar sus primeros pasos, le había enseñado su primera plegaria, le había enseñado a andar en bicicleta. En aquellos primeros años, nunca se le ocurrió la idea de que llegaría el día en que, voluntariamente, le entregaría su hijo a otra persona para que lo criara, ni siquiera a Loida, a quien amaba como a su propia madre.

—Oro todo el tiempo por papá, mamá. —Ella veía el dolor que había en sus ojos, todavía vivo, renovado cada vez que ella iba a visitarlo y su padre se quedaba en casa.

¿Por qué querría él regresar a Centerville?—. ¿Y tú?

—Yo también oro por él, cariño. — *Constantemente*—. Él te ama, Tim.

—Siempre que las cosas se hagan a su manera.

No lo dijo con amargura. Era un hecho simple y doloroso, aprendido duramente. Era ella a quien le costaba aprender.

Los demás rieron a carcajadas en la cocina. Tim giró la cabeza hacia el sonido, la inclinó en ese sentido. Ella volvió a entregarlo.

—¿Por qué no vas con ellos? —Aunque anhelaba pasar tiempo a solas con él, la vida se entrometía.

Se quedó sentada en la banqueta de la barra del desayuno y escuchó la ráfaga de conversación. Cuatro muchachos y dos chicas entusiasmados por servir al Señor. Se sintió en el cielo al escucharlos. La absorbió, como la tierra seca luego de una larga sequía.

Loida sonrió y le sirvió más té.

—Pareces un poco más tranquila que cuando llegaste.

—Es bueno estar aquí.

—A veces, el departamento se siente un poco pequeño.

—Yo solía soñar que mi casa sería así. Llena de niños.

La mirada de su suegra adquirió una expresión rara.

—Puedes quedarte todo el tiempo que desees, Euny. Siempre eres bienvenida. En todo momento.

Loida no le hizo preguntas ni la presionó en cuanto a sus sentimientos. Eunice lo agradecía. En realidad, no sabía qué sentía. No había ningún fundamento para la depresión que la rondaba como una nube oscura ni para la sensación de que su vida se estaba desmoronando a su alrededor sin que supiera el porqué. Tampoco sabía de qué se trataba ni cómo estaba sucediendo.

El domingo en la mañana, asistió a la iglesia del vecindario. Tim se sentó de un lado y Loida al otro lado de ella. Estuvo al borde de las lágrimas durante todo el servicio. El pastor anciano le recordaba a su padre: cabello canoso, delgado, ojos vivaces encendidos por la pasión por Cristo, cada palabra que salía de su boca era sobre el evangelio,

derramando amor por su rebaño. Pablo habría detestado la música. Los feligreses cantaban con gratitud por la sangre de Cristo. Cantaban con dolor sobre el padecimiento y la muerte de Jesús en la cruz, y sobre su resurrección con gozoso desenfreno. No les importaba si los himnos eran políticamente incorrectos o si podían ofender a algún visitante. *¡Que se escuche! ¡Regocijémonos en Cristo nuestro Salvador!*

¡Canten al Señor un canto nuevo de celebración!

Cuando el servicio terminó, formaron una fila a lo largo del pasillo. El pastor estaba de pie en la puerta para saludar a las personas antes de que se fueran. Su apretón de manos fue firme; sus ojos, cálidos. No hubo necesidad de presentaciones.

—Qué bueno verte otra vez, Eunice. —No mencionó a Pablo Hudson. Dio gracias a Dios por eso. Aquí, ella tenía su propia identidad. Era una hermana en Cristo. Ni más ni menos.

Salieron a almorzar a un lugar de hamburguesas cuyos dueños eran cristianos. Todos conocían a Loida y a Tim, y se mostraron encantados de conocerla. Eunice no tenía hambre. Pese a la mala fama de Los Ángeles, hoy se sentía más en casa aquí de lo que se había sentido durante años en cualquier otra parte. Aun en su propia casa, con su esposo.

¿Qué me pasa, Dios? ¿Qué está sucediendo?

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, mi amor. Estoy bien. —¿Cuándo había aprendido a mentir tan bien?

Hablaron durante más de una hora después del almuerzo. Loida dijo que irían a visitarlos a fines del verano. Tim tenía reservado un empleo para la temporada veraniega, pero luego de eso podría tomarse un pequeño descanso.

Unos amigos pasaron por la mesa. Tim se inclinó y le dio un beso.

—Te amo, mamá. No te pierdas demasiado tiempo. —Y así, se fue; el gorrión abandonó el nido y se unió a la bandada que iba al sur, a la playa.

Loida y Eunice fueron caminando hacia el carro.

—¿Estás enojada conmigo, Euny?

—No, mamá. Ni lo pienses. —Se sentía fuera de lugar, abandonada, sola y triste. Pero

¿cómo podría confesar esos sentimientos sin sonar como si estuviera regodeándose en autocompasión?—. Estoy agradecida, mamá, pero me duele. —Tim estaba donde pertenecía. Aquí podía crecer en Cristo. En Centerville, había vivido bajo un microscopio. Todos los ojos fijos en él, con poca amabilidad. Particularmente, la mirada de su propio padre.

Ni bien llegaron al departamento, Eunice empacó sus cosas y dejó la pequeña maleta en la puerta delantera. Loida parecía preocupada.

—Algo anda mal. ¿Qué pasa?

—Desearía saberlo. —A la misma vez, quizás no quería saberlo.

—¿Por qué no te quedas otro día, Euny? No hemos tenido oportunidad de conversar realmente.

—No puedo.

—¿No puedes... o no quieres?

—No puedo.

Si se quedaba un día más, probablemente nunca regresaría a casa.

Samuel se levantó despacio al oír el timbre de la puerta. No estaba ansioso por hablar con la agente inmobiliaria, pero sabía que necesitaba analizar todas las opciones que tenía. Vender la casa era una de ellas. Abrió la puerta y se encontró con una mujer joven y atractiva, con un vestido amarillo primaveral que le recordó a uno que Abby había usado muchos años atrás. Tragó con dificultad el nudo en su garganta, miró más allá de ella y vio el carro estacionado frente a la casa. Un Cadillac. Aparentemente, la señora Lydikson era una agente exitosa.

—¿Puedo pasar, señor Mason?

—Oh. Disculpe. —Destrabó la puerta mosquitera y la abrió. Al fin y al cabo, él la había llamado. Lo mínimo que podía hacer era dejarla

echar un vistazo y que le diera una cifra aproximada de cuánto valía este bungaló.

—¿Le gustaría tomar un café, señora Lydikson?

—No es necesario que se tome molestias.

—Ya está hecho.

—Entonces, sí. —Sonrió—. Me gustaría.

La acompañó a la cocina.

—Tome asiento.

—Tiene un jardín encantador, señor Mason —dijo ella, mirando por la ventana—. Y un lote grande.

—Abby y yo compramos este lugar justo después de la guerra. —Dejó una taza y un plato en la mesa y sirvió el café—. ¿Crema o azúcar?

—Solo, gracias.

Una mujer de negocios. Abby siempre se servía una medida de crema y dos cucharaditas de azúcar. Tomó asiento y apoyó sus manos sobre la mesa de fórmica.

La señorita Lydikson levantó su taza. Arqueó ligeramente las cejas.

—Es un café estupendo.

—Mi esposa me enseñó a prepararlo.

—¿Ella nos va a acompañar?

—Falleció hace varios años.

—Oh. —Ella puso su taza sobre el platito—. Cuánto lo siento.

—No tenía manera de saberlo. —Ya estaba reconsiderando la idea de vender. Cada rincón y cada rendija de esta casa le recordaban a Abby.

La señora Lydikson pareció leerle la mente.

—¿Está seguro de que quiere vender, señor Mason? Quiero decir: cuando hablamos, usted parecía tener la decisión tomada.

—Estoy analizando cuáles son las alternativas. Vender mi hogar es una

de ellas.

—El mercado está muy activo.

—Eso escuché. —Varios de sus vecinos habían vendido y se habían mudado. Uno se había ido a Nebraska para vivir cerca de su hija. Otra pareja se había mudado a una costosa comunidad de retiro que no admitía personas menores de cincuenta y cinco y tenía sus propias normas en cuanto a los jardines, los carros y las visitas. Por no mencionar las cuotas que debían pagar a la asociación de propietarios. Pero a la pareja le gustaba jugar al golf y tendrían acceso ilimitado al campo, siempre que pudieran subirse a un carrito y balancear el palo.

A Samuel no le interesaba el golf.

—¿Por qué no le echa un vistazo a la casa y me dice qué le parece?

—De acuerdo. —Dejó su taza y se levantó.

Samuel se quedó sentado en la mesa, contemplando su jardín por la ventana. Abby lo había ayudado a plantar la enredadera de rosas rojas que se extendía sobre la cerca trasera. También había elegido el mirto crespón y el espino rey de invierno. La última vez que podó el césped, terminó tan agotado que al día siguiente no pudo salir de la cama. Y al parecer, ya no había adolescentes en los alrededores dispuestos a ganar un

par de dólares cortando el césped y quitando maleza. Ni siquiera le contestaban cuando les decía cuánto podía pagar. Él tenía una buena pensión y el pago por su jubilación, pero no cobraba tanto como para sumar gastos fijos semanales tales como jardinería y tareas domésticas.

No obstante, siempre esperaba con ansias el estudio bíblico de los miércoles en la noche.

Amaba a las personas que asistían. Amaba sus ansias por aprender la Palabra. Le fascinaba cómo se habían amalgamado como una familia. Y disfrutaba que Charlie y Sally Wentworth lo consintieran porque se habían acostumbrado a traerle una rica comida caliente. Cualquiera fuera la cena especial, pastel de carne, carne asada o pollo frito, era la mejor comida que tenía en la semana, excepto la cena del domingo en la casa de Millie Bruester. El resto del tiempo vivía de comidas precocidas. A veces, lo único que tenía ganas de comer era un tazón con cereal.

El estudio bíblico era lo que más le preocupaba. Si vendía esta casa, ¿el grupo se disolvería? ¿Disminuiría su fervor? La mitad de los que asistían eran cristianos relativamente nuevos. La otra mitad había ocupado bancos de iglesia durante años, pero no sabía nada de la Biblia. Todos eran como sus hijos. Él sentía un cariño paternal por cada uno de ellos.

Tenía que recordarse reiteradamente que Dios amaba a cada uno aún más que él, y que Dios se aseguraría de que la obra que había comenzado en ellos fuera completada.

Samuel no era el Espíritu Santo. No era irremplazable.

Pero a veces le agradaba pensar que lo extrañarían.

Había orado por esta situación durante meses, y la respuesta parecía ser que vendiera y se mudara. Pero le costaba arrancar las raíces tan profundamente arraigadas. Tenía multitud de recuerdos para su asombro.

La señora Lydikson regresó del recorrido por la casa.

—¿Le molestaría si voy afuera?

—Por favor; adelante.

La observó caminar hasta el fondo del patio y mirar alrededor. Se volvió para mirar la casa; probablemente para verificar en qué condiciones estaba el techo. La vio sonreír y asentir ligeramente antes de caminar enérgicamente hacia la puerta de atrás.

—Tiene una casa encantadora, señor Mason. Es divina.

—Gracias.

Había venido preparada con composiciones y le presentó otras casas que había en venta, en depósito, o habían sido vendidas. Cuando le dijo cuánto valía la casa, él no lo podía creer.

— *¿Tanto?*

Ella se rio.

—Sí, señor.

—Apenas es un bungaló de tres habitaciones.

—Un encantador bungaló americano, mantenido a la perfección, en un vecindario respetado, en una pequeña ciudad que tiene buenas escuelas.

—Abby y yo compramos este lugar por cuatro mil ochocientos dólares. —En aquel momento, les había parecido una fortuna, una hipoteca que los haría trabajar duro en los años venideros.

—Las cosas han aumentado un poco desde entonces —dijo ella con un destello en los ojos.

—Así parece. —¿Cómo hacían para sobrevivir las parejas jóvenes si tenían que pagar tanto por una casa? Si vendía, tendría dinero suficiente para vivir en los Departamentos Residenciales Vine Hill hasta que tuviera más de cien años. Desde luego, el dinero no duraría tanto si terminaba sus días en un hospital para convalecientes. Lo cual siempre era una posibilidad cuando uno llegaba a esa edad.

El pobre y viejo rey Salomón sabía de qué estaba hablando en Eclesiastés. A Samuel le temblaban las extremidades luego de una hora de trabajo en el jardín. A diferencia de Salomón, él contaba con la bendición de las comodidades modernas. Podía masticar con la dentadura postiza. Podía ver con anteojos bifocales. Podía escuchar con sus audífonos, siempre y cuando recordara ir a la farmacia para que alguien reemplazara la batería. Tenía su bastón, pero uno de estos días, en un futuro no tan lejano, necesitaría un andador.

En cuanto al sueño, hacía años que no dormía una noche entera. Si no lo despertaba el canto de los grillos, lo hacían su vejiga y las brigadas de pájaros que entraban en guerra al amanecer. La falta de sueño nocturno no era un problema. Todas las tardes, dormía

como un bebé en su reclinable, arrullado por el zumbido del televisor. Tenía el cabello blanco y el cuerpo marchito, le faltaban los dientes y cada día se arrastraba más lento.

Había llegado al punto de quedarse sentado en el porche a la espera del cartero para ahorrarse el viaje de bajar los escalones. Tal vez fuera solo bajar un metro, pero a su edad, era como caer por la ventana desde tres pisos de altura.

Nadie más que el Señor sabía lo que le deparaba el futuro. Lo único que Samuel quería era ser un buen mayordomo de los recursos que Dios le había dado, y pedía fervientemente en oración que su cuerpo no viviera más que su mente.

La señora Lydikson estaba hablando del mercado, de cómo haría correr la voz, de la publicidad que haría.

—He aprendido, por experiencia, que son pocos los compradores que vienen a través de los avisos en los periódicos. —Pondría un letrero afuera con volantes—. Si la gente viene y llama a su puerta, no los deje entrar si no vienen acompañados por un agente inmobiliario. —Ella consideraba que era más productivo hacer correr la voz entre los agentes inmobiliarios de la zona. Se reunían todas las semanas, así que se ocuparía de mencionar su casa en cada oportunidad—. Podemos filmar el interior y el exterior de la casa para nuestro sitio web. La gente puede iniciar una sesión y hacer un recorrido virtual.

El mundo estaba cambiando demasiado rápido para su gusto. La señora Lydikson rebosaba entusiasmo y energía. Él estaba cansado de solo escucharla. Ella no tenía duda de que su casa se vendería. De hecho, se sorprendería si la casa permanecía más de una semana en venta.

¿Una semana? Se llenó de pánico. ¿Qué haría él si su casa se vendía en una semana?

¿Había algún departamento disponible en Vine Hill? ¿Qué iba a hacer con todos sus muebles, chucherías y cuadros? ¿Qué haría con las tumbonas y la mesa de vidrio y la sombrilla?

La señora Lydikson siguió hablando. Convendría que viniera un inspector de control de plagas e hiciera un informe.

—Eso ahorraría tiempo y problemas, y al comprador le dará una sensación de confianza. —Le preguntó si pensaba que la casa tenía termitas. Él dijo que no. La casa había sido construida con secuoyas del norte de California. Y él siempre revisaba que no hubiera pudrición por hongos. Después, ella le habló de las cláusulas de divulgación. La gente ya no confiaba en nadie.

A él no se le ocurría que la casa tuviera algún inconveniente, salvo el hecho de que todos los electrodomésticos eran viejos.

—No tan viejos como yo, pero hace mucho tiempo que los tenemos. Excepto el microondas.

Habiendo dado y recibido toda la información que necesitaba, ella le agradeció el café y se levantó para irse.

—Tendré todos los papeles listos para que los firme mañana. —Eso le

daría veinticuatro horas para pensarlo un poco más. Tenía su tarjeta de presentación. Si cambiaba de parecer, podría llamarla. Él sabía que no lo haría. Si lo hacía, solo sería para retrasar un tiempo lo inevitable.

Ni bien se fue, Samuel se dejó caer en su sillón, exhausto y deprimido.

Se despertó al escuchar el timbre de la puerta. Se sorprendió cuando se dio cuenta de que estaba anocheciendo y que había dormido tres horas de corrido. Charlie y Sally Wentworth estaban en la puerta con una comida empaquetada.

—¿Estás bien, Sam?

Sintió que estaba desaliñado y vetusto.

—Lo estaré, tan pronto como me refresque. Pasen y pónganse cómodos.

—Te esperaremos en la cocina.

Cuando regresó, Sally ya había lavado las tazas y los platitos y estaba guardándolos.

También había sacado los cubiertos y una servilleta y había servido la comida que habían traído en uno de los platos favoritos de Abby, los Blue Willow. Jamón, puré de papas y guisantes, con tarta de duraznos de postre.

—Ustedes me consienten mucho.

Sally sonrió.

—Es un placer para nosotros. Para quitarte un peso de encima. —Le sirvió café en una taza—. Es descafeinado. Una marca nueva. A los clientes les gusta.

Ella y Charlie lo mantenían informado de lo que comentaban los habitantes de Centerville. Nunca hablaban mal de nadie, y Samuel se empapaba de las noticias.

Cuando terminó la suntuosa cena, les dio las gracias y se levantó para lavar los platos.

—Siéntate, siéntate. —Sally tomó su plato—. Tardaré treinta segundos en lavarlo, secarlo y guardarlo.

Les contó sobre la señora Lydikson.

Charlie entrelazó sus manos sobre la mesa.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Aquí tienes un jardín enorme que mantener, Samuel. Yo no podría hacerlo, y tengo treinta años menos que tú.

—Lo que más me preocupa es el estudio bíblico. —Miró a Sally y a Charlie—. No quiero ver que esto se termine.

Charlie se encogió de hombros.

—No hay motivo para que eso suceda.

—¿Quién va a enseñar, Charlie? ¿Tú?

—¡Yo no! No nos estás diciendo que te irás de la zona, Samuel. ¿Verdad?

—He solicitado ingresar en Vine Hill. —Una señora se mudaría a un hospital de convalecientes en el término de un mes. Y ellos nunca sabían si de una semana para la otra alguien podía morir y dejar un departamento disponible.

—Bueno, nosotros cerramos los lunes en la noche. ¿Qué te parece si cambiamos la clase a esa noche y trasladamos el estudio a la cafetería?

Sally se rio.

—¡Eres un genio, cariño! ¿Por qué no se me ocurrió a mí? Si ofrecemos postre, atraeríamos a una verdadera multitud. En lugar de doce, vendrían treinta. ¿Vas a renunciar a tu licencia para conducir, Samuel?

—No había pensado en eso.

—Bueno, si lo haces, Charlie puede ir a recogerte y llevarte a casa después.

—¿Estás de acuerdo con esto, Samuel? —dijo Charlie, quien observaba la situación detenidamente—. Es solo una idea. No dejes que Sally te pase por encima como un camión articulado.

Samuel se sentía bien, realmente bien.

—A mí me suena bien. Por el momento. Pero no voy a vivir para siempre, ¿saben? —

Uno de estos días, él iba a dejar este cuerpo cansado y desgastado para irse con el Señor y con Abby.

—Claro —dijo Charlie—, pero crucemos ese puente cuando lleguemos a él, ¿de acuerdo?

Todos los asistentes al estudio bíblico opinaron que era una buena idea trasladar al grupo a la cafetería y a los lunes en la noche.

—Conozco a cuatro personas que han estado deseando venir al estudio, pero sabían que no había suficiente espacio.

—Entonces, está decidido. Podemos hacer la prueba la semana que viene, si quieren.

Todos se mostraron optimistas.

—Cuando se venda la casa, te ayudaremos a empacar y a mudarte, Samuel. —Todos estuvieron de acuerdo con eso también.

Cuando colocaron el letrero de «Se vende» en la cerca blanca del frente, Samuel se sentó en su reclinable y lloró. Se quedó dormido un rato y soñó con Abby, como le pasaba a menudo.

—Y bien, ¿qué dices de todo esto, Abby?

— *Digo que ya era hora, viejo bobo.* —Lo estaba provocando como siempre, con esos ojos azules tan vivaces como habían sido siempre.

—Bueno, no estaba seguro. Es una decisión importante, ¿sabes?

— *Estás preparado para esto. ¿Quién sabe lo que hará el Señor, Samuel? Todavía te queda tiempo para servir, ya sabes.*

En sus sueños, aún conversaba con Abby en el jardín. Podía beber la limonada que ella hacía y agarrarla de la mano, o verla moverse afanosamente en la cocina y oírla reír. En sus sueños, salía a dar largas caminatas con ella. Una vez, habían volado alto con alas como de águilas. En sus sueños, su cuerpo no lo retenía. No existían las cosas como la gravedad. Todo era posible. A veces hasta podía entrever, aunque no fuera más que por un instante, el cielo.

—¿Adónde vas?

— *Ya sabes adónde.*

—Quiero ir contigo.

— *Todavía no, Samuel. Hágase Tu voluntad, no la mía. ¿Recuerdas?*

—Pero, Abby...

— *Todo será en el tiempo de Dios, mi amor.*

—¡Abby!

Era el despertar lo que siempre le devolvía su fragilidad. Y, con ella, llegaba el dolor.

Eunice vio el letrero de la salida a Rockville y pensó en Esteban Decker. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? Incluso más desde la última vez que habían hablado. Dudó si pasar a ver cómo le estaba yendo. Samuel había contado en el grupo de estudio que Esteban ahora dirigía su propio grupo. Eso la había complacido mucho. A lo largo de los años, lo había visto crecer como cristiano. Era una lástima que él y Pablo ya no fueran amigos. Considerando las difamaciones que Pablo había permitido, ella dudaba que alguna vez pudieran volver a serlo.

La salida apareció y ella salió de la autopista. Pablo no la extrañaría. Siempre jugaba al golf con uno de los miembros del consejo después del servicio dominical. A menos que tuviera otra llamada de emergencia solicitando su consejo. Últimamente, eso sucedía más a menudo. A pesar de que el CNVV ahora tenía dos psicólogos en el equipo, a Pablo se le hacía difícil delegar las cosas.

Rockville era un pueblito pintoresco con una calle principal ancha, construcciones con falsas fachadas altas al estilo del antiguo Oeste y calles bordeadas por árboles. No tuvo dificultades para encontrar la casa de Esteban Decker. Una vez buscó su dirección, pero cambió de parecer sobre pasar a saludarlo en ese momento.

La puerta delantera estaba abierta de par en par. Su corazón se aceleró cuando vio a Esteban. Fue algo inesperado y dudó si debía dar media vuelta, meterse otra vez en el carro y alejarse antes de que la viera. En lugar de eso, se quedó parada inmóvil, con el corazón en la garganta.

Estaba sentado junto a una mesa, rodeado por varios libros esparcidos y su Biblia abierta. Estaba escribiendo notas. Cuando levantó la cabeza, el estómago de Eunice dio un vuelco al ver la mirada en su rostro.

—¿Eunice?

—Disculpa si interrumpo. Se me ocurrió pasar a saludar, de camino a casa, y ver cómo andabas. —Sabía que era un error, pero ahora no sabía cómo dar la vuelta y marcharse sin empeorar las cosas.

—Centerville está al norte.

—Estuve en Los Ángeles, visitando a Tim.

Él se levantó despacio de su taburete.

—Estás más delgada.

Ella sintió un ligero aleteo en el estómago.

—Más vieja, también. —Ella rio sin ganas. ¿Por qué había venido? ¿Qué impulso la había llevado?—. Una vez estuve aquí. Hace mucho tiempo. —Echó un vistazo alrededor—. Desde luego, no entré al edificio. Solo miré por la ventana. —Lo miró y la calidez que vio en sus ojos la conmovió—. Apenas había sido entregado a la iglesia.

Él frunció el ceño, perplejo.

—¿Entregado a la iglesia?

—¿No lo sabías? —Se sintió aliviada—. Esta es la propiedad que la Iglesia Cristiana de Centerville recibió como herencia. Perteneció a uno de los miembros fundadores. Yo nunca conocí a ese señor. Vivía en un hospital de convalecientes que está al norte de

Sacramento. Ni siquiera sabíamos de él, hasta que Pablo se enteró de que Bjorn Svenson le había dejado su propiedad a la iglesia.

Él comprendió.

—Y Pablo la vendió y usó el dinero para la propiedad donde actualmente está el CNVV.

—Sí. Así fue.

Parecía conmocionado.

—No lo sabía.

—Esperaba que no lo supieras.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que por alguna idea de vengarte de Pablo.

Él bajó la barbilla y la miró desafiante.

—Eso no me haría quedar como un verdadero cristiano, ¿cierto?

Ella estaba enredando las cosas.

—Discúlpame. No quise sacar a colación las diferencias del pasado. —Eso pareció molestarlo aun más.

—¿Por qué te disculpas, Eunice? No fue tu culpa que las cosas se desmoronaran.

—El CNVV todavía está en pie, Esteban. Es magnífico. Un testimonio de tu amor por Cristo.

—Sí, bueno, esa es una manera de verlo.

—¿Tú no lo ves de esa manera?

—El tiempo dirá si el CNVV resistirá o no.

Él tenía motivos para ser cínico. Pablo lo había maltratado. Peor aún, había dejado que las calumnias mancharan la reputación de Esteban. Aunque eso no había durado mucho. Las personas no necesitaban pasar mucho tiempo en contacto con Esteban para darse cuenta de que era un profesional consumado. Ella no había venido con la intención de revivir viejas animosidades, sino para abrir la puerta a la sanidad. Era ingenua; tonta e ingenua.

—No debí haber venido.

—Me alegra que lo hayas hecho.

Su tono se había suavizado. Igual que su expresión. El corazón de Eunice latió con fuerza.

—¿Papá?

Esteban se dio vuelta.

—Brit. Ven aquí. Me gustaría que conocieras a una vieja amiga mía.

Eunice observó a la chica que vino caminando relajadamente. Brittany metió sus pulgares en los bolsillos de su Levi's desteñido y la estudió con desdén. A pesar del corte de cabello y de la vestimenta punk, de los aretes y de los tatuajes, Eunice pensó que era hermosa. Tenía los ojos de Esteban.

—Tu padre hablaba mucho de ti. —Eunice le tendió la mano a la adolescente por la que había orado desde que se enteró que había desaparecido.

—Apuesto que no habrá dicho nada bueno. —Brittany le dio la mano sin fuerza y la soltó.

Eunice miró a Esteban. No logró interpretar nada en su expresión, nada que le diera un indicio de qué clase de respuesta se necesitaba. Miró otra vez a Brittany, la observó profundamente.

—Siempre tuve la impresión de que tu padre te adoraba y que no lograba pasar tiempo suficiente contigo. Iba todas las semanas a Sacramento para verte. A veces, mencionaba los planes que había hecho. —¿Por qué pestañeaba la jovencita? Eunice intentó otro camino—. Oramos por ti, Brittany. Tu padre, yo, Samuel. ¿Ya conociste a Samuel Mason?

—No.

—Bueno, espero que lo hagas. Te caerá bien. En fin, todos orábamos por que estuvieras a salvo y para que llamaras o regresaras a casa, o para que el investigador privado nos diera una buena noticia...

—¿El investigador privado?

—Tu padre lo contrató inmediatamente después que te fuiste de tu casa. ¿No te lo dijo?

—Miró a Esteban, quien permanecía callado—. Fuiste a San Francisco, ¿verdad, Esteban? Me enteré que te quedaste ahí una semana, buscando a Brittany.

Brittany lo miró.

—¿Lo hiciste?

—Sí, lo hice. —Fue una declaración monocorde, sin indicios de lo que estaba sintiendo.

—No creí que te importara.

—Me *importas* muchísimo.

El rostro de la muchacha cambió. Parecía joven e insegura, hasta un poco asustada.

—No estuve más que unos pocos días en San Francisco, antes de ir a Santa Cruz y, luego, a Los Ángeles, finalmente. Yo... —Hizo un gesto de dolor, inclinó la cabeza y luego miró a Eunice—. No quise interrumpir nada. Disculpe.

Eunice se ruborizó.

—No interrumpiste nada, Brittany. Yo solo pasé a saludar de camino a casa. Tengo un hijo más o menos de tu edad. Está viviendo con su abuela en Los Ángeles.

—¿Por qué su hijo no vive con usted?

Fue una pregunta un tanto irrespetuosa y un poco desafiante, pero Eunice se sintió obligada a responder.

—Timoteo sentía que estaba viviendo bajo un microscopio. No es fácil ser el hijo de un pastor. — *Ni la esposa.* Trató de cambiar de tema—. Me enteré del último proyecto de tu

padre y pensé en venir a darle un vistazo. Él construyó el Centro Nueva Vida del Valle, donde mi esposo sirve como pastor. ¿Lo sabías?

—Él siempre está construyendo algo.

La boca de Esteban se tensó.

—¿Cómo está Tim, Eunice?

—Fantástico. Tiene un buen grupo de amigos y se lleva muy bien con Loida. —Habló con alegría, dejando atrás su dolor—. Esta semana se irá a México con un grupo de jóvenes. Están construyendo casas al sur de Tijuana. Y está hablando de ir a la universidad en el Medio Oeste.

—¿Alguna posibilidad de que vuelva a casa?

Temerosa de que su propia voz flaqueara, negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Eunice miró de frente a Brittany. La joven no tenía manera de saber que estaba tanteando su dolor. ¿O sí?

—Porque está mejor donde está. Puede ser él mismo. Tiene la libertad para desplegar sus alas y volar adonde sea que Dios lo lleve.

—En otras palabras, tiene la edad suficiente para decidir dónde quiere estar, y prefiere estar con su abuela que con sus propios padres.

—Suficiente, Brittany.

Eunice trató de no mostrar cuánto le habían dolido las palabras de la joven.

—Todos desean elegir cómo vivir y con quién, Brittany. Por más que quiera que mi hijo esté en casa conmigo, veo cómo progresa estando con su abuela. Así que no le pediré ni lo presionaré para que vuelva a casa. —Brittany le estaba prestando toda su atención—.

Esa es la pregunta que tú tienes que contestar ahora. ¿Dónde podrás convertirte en la mujer que Dios quiere que seas? ¿Dónde crecerás bien?

Brittany frunció el ceño, pero no dio ninguna respuesta ingeniosa.

Los tres quedaron en un incómodo silencio.

Eunice habló primero:

—Bien, fue un gusto verte, Esteban.

—No te vayas. Ni siquiera has visto el lugar todavía. —Extendió el brazo.

Brittany miró a su padre y volvió a mirar a Eunice. Había algo inquietante en esa mirada, demasiado entendimiento.

—¿Quieres que haga un poco de café?

—Buena idea, Brit. El café está en el gabinete derecho y...

—Puedo encontrar lo que necesito.

Esteban le dio a Eunice la visita guiada general, desde el sótano hasta el departamento del segundo piso. Cuando llegaron a la planta alta,

Brittany tomó su abrigo del ejército.

—Creo que saldré a caminar.

Eunice sintió la tensión de Esteban mientras observaba a su hija caminando hacia las escaleras.

Esteban sirvió café en dos tazas. Eunice escuchó que la puerta principal de la planta baja se cerraba firmemente.

—¿Cuándo la encontraste?

—No fui yo. Ella me encontró a mí. Brittany apareció en mi puerta inesperadamente. —

Tomó asiento y se reclinó hacia atrás—. Cada vez que sale por la puerta, me pregunto si desaparecerá de nuevo. Pero sé que si intento contenerla, la haré huir más rápido que nunca. —Levantó la mirada, sus ojos apagados por el dolor—. Los últimos años han sido terribles.

Ella tuvo la sensación de que él no hablaba solamente de su hija fugitiva.

—Esa es parte de la razón por la que vine. Quería decirte cuánto me apena que las cosas no funcionaran mejor entre Pablo y tú.

—¿Por qué eres *tú* la que está pidiendo disculpas?

—Bueno, yo... —No podía expresar adecuadamente que Pablo no tenía ninguna intención de hacerlo, por muy necesario que fuera—. No me gusta ver a los hermanos en conflicto.

—Es un lindo gesto, Eunice, pero no puedes pedir perdón por otro y lograr que signifique algo.

—Supongo que no. Sigo esperando que Pablo quiera... — *¿Entrar en razón?* No podía decir semejante cosa en voz alta sobre su propio esposo. Era desleal.

—No te preocupes. —Alzó su taza y la miró por encima del borde mientras bebía—. No estoy herido de muerte.

—A veces, Pablo pisotea a las personas cuando está haciendo la obra del Señor.

—¿La obra del Señor? ¿Así lo llamas?

Ella pestañeó. Estaba enfadado, más enojado de lo que lo había visto en su vida.

—Pablo y tú no están bien actualmente, ¿verdad?

—No… —tartamudeó, confundida— nosotros estamos tan bien como siempre.

—Ah. Así de bien, ¿eh?

—¿Perdón?

Él apoyó la taza en la mesa.

—No tienes idea de la tentación que estoy enfrentando en este instante. —La miró—. En varios frentes.

Su corazón empezó a palpitar fuertemente. No fue por lo que dijo. Fue por la manera en que la miró. Parecía más cerca de ella, aun con la mesa de por medio.

—Solía desalentarlo, como si fuera un enamoramiento estúpido, infantil, algo que desaparecería con el tiempo. Pero no fue así. Creció y se hizo más profundo. ¿Recuerdas aquel día en el hospital, cuando me seguiste al estacionamiento?

Ella quería negarlo, pero no pudo.

—Sí.

—Que lo recuerdes me dice más de lo que te gustaría que yo supiera.

Sintió que sus mejillas se encendían. ¿Cuánto hacía que Pablo no la miraba como si deseara algo más de ella que su talento para tocar el piano o su trabajo voluntario en la iglesia? ¿Era esta la razón por la que había venido?

—Me evitaste durante meses, Eunice.

—Creí que era lo mejor.

—Apenas podías mirarme a los ojos.

—Yo…

—No tienes que explicarme nada. Ambos estábamos recorriendo un camino estrecho y díficil. Era doloroso. En otras ocasiones, me volvía

loco porque… —Negó con la cabeza—. Pero tenías razón. —Ella sujetó la taza con ambas manos. Él se inclinó hacia adelante y Eunice contuvo el aliento—. Hace un rato, cuando te vi en la puerta, me di cuenta de algo. — Sus dedos rozaron sus manos y ella tuvo una sensación desenfrenada—. Nada ha cambiado. Para mí, al menos.

—Para mí tampoco, Esteban.

—Ten cuidado con cómo lo dices.

Ella retiró las manos de las suyas.

—Digo que… —Tragó con dificultad, su respiración estaba agitada—. Estoy casada.

Él se echó hacia atrás.

—Lo sé. —Le dirigió una mirada levemente burlona—. Casada e infeliz. Y ese es el problema. Me gustaría ser yo quien te hiciera feliz. No un par de horas, aquí, en mi departamento, sino por el resto de nuestras vidas.

En el pasado había sentido los chispazos entre ellos, pero la intensidad del fuego que sentía ahora la asustó.

—No vine para empezar nada.

—También sé eso, Eunice. Sé como eres *tú*. Qué pena que Pablo no.

Con una mueca de dolor, se levantó y fue a la ventana que daba a la calle. No sabía qué decir. No sabía cómo irse con dignidad. ¿Por qué había venido? Ella y Esteban nunca habían conversado relajadamente. Demasiadas corrientes se movían debajo de la superficie. Aguas revueltas. Resaca. Sería tan fácil dejarse arrastrar hacia el mar. ¿Qué diría Pablo si se enteraba que había venido a Rockville para ver a Esteban? Ella sabía que no debía estar a solas con este hombre. ¿En qué había estado pensado? Como esposa de un pastor, no debía estar a solas en la casa de ningún hombre. Eso despertaba murmuraciones. Se alejó de la ventana, se dio vuelta y lo encontró parado detrás de ella.

Estaba tan absorta en su propia lucha que no lo había escuchado moverse. Y ahora tendría que pasar por su costado para irse.

—¿Sabes qué pienso, Eunice? Pienso que Dios me trajo a Rockville para protegernos a los dos. Y creo que Dios trajo a Brittany a casa para asegurarse de que no pasara nada entre nosotros ahora.

Miró hacia arriba y vio el pulso martillando en el cuello de él. Tenía miedo de mirarlo a los ojos, miedo de ver sus propias necesidades reflejadas en ellos. *¡Ay, Señor! ¡Ayúdame, Señor!* Estaba temblando.

Esteban retrocedió.

—Te acompaño afuera.

Ella soltó el aliento poco a poco.

Él la miró con ternura, comprendiendo todo. Le abrió la puerta, pero la sostuvo para que no pudiera pasar por ella. La intensidad regresó a sus ojos, el fuego se contuvo un poco pero aun seguía ardiendo.

—Si alguna vez me entero de que Pablo ya no está en tu vida, me verás parado en tu puerta.

—No es probable que eso suceda, ¿cierto? —No había querido sonar decepcionada.

La expresión de él cambió. Evitó mirarla a los ojos y soltó la puerta.

¿En qué estaba pensando? Ella esperó unos segundos antes de atravesar el umbral.

—Fue bueno verte otra vez, Esteban. Has hecho maravillas en este edificio. Samuel me dijo que estás enseñando un estudio bíblico. Está muy orgulloso de ti.

—Samuel es un tipo recto.

—No hay otro mejor. Todos te extrañan en el estudio bíblico.

Su mirada retuvo la de ella.

—Puedes mandarles saludos de mi parte.

Entonces ella supo por qué él había dejado de asistir.

—Lo siento, Esteban.

—Eunice, eres lo mejor que Pablo tiene a su favor.

Se sintió más segura a la luz del sol, menos fuera de su alcance.

—Él tiene al Señor.

—Esperemos que sí.

Esteban contempló a Eunice mientras se alejaba en su carro. Con solo una mirada suya, la atracción había revivido. Con ganas. Había percibido la puerta abierta, una pequeña oportunidad para entrar. ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Qué ramificaciones tendría? ¿Qué consecuencias? ¿Qué repercusiones? No quería imaginar qué le habría hecho a Eunice si hubiera cedido a su impulso de tomarla en sus brazos y besarla. ¿Y si ella hubiera correspondido?

—¿Y, por cierto, qué le pasaba?

Sobresaltado, se dio vuelta y vio a Brittany apoltronada en el banco donde Jack Bodene solía pasar sus días. ¿Se había quedado ahí todo el tiempo?

—Es una vieja amiga.

Ella se levantó y se acercó a él, con la cabeza ladeada y los ojos curiosos.

—¿Hubo algo entre ustedes dos o qué?

—No. —La miró fijamente—. Nunca. Métete eso en la cabeza.

Ella se puso pálida, pero inclinó el mentón.

—¿Por qué tan a la defensiva?

—Porque Eunice es la esposa de un pastor, y el mínimo indicio de un escándalo le haría mucho daño.

—Entonces, ¿por qué vino aquí a verte?

—Por los motivos que dijo. — *Y por otros que no mencionó.* Él se dio cuenta de que Eunice estaba profundamente afligida. ¿Por qué *había* venido? ¿Lo habría explicado si Brittany no hubiera estado presente? Detuvo los pensamientos que lo llevarían por el camino equivocado.

—Soy una chica grande, papá. Tengo ojos y puedo ver. La amas, ¿verdad? Más de lo que alguna vez amaste a mamá.

—Si me preguntas si alguna vez tuve o quise tener una aventura con

ella, la respuesta es no. Yo admiro a Eunice Hudson. Me interesa profundamente. ¿Cómo no amar a alguien que siempre está poniendo las necesidades de los demás por encima de lo que ella desea? Su hijo es el principal ejemplo de los sacrificios que está dispuesta a hacer.

—¿Por qué se fue, realmente?

—Porque no podía cumplir con las expectativas de su padre.

—¿Te refieres a que su padre es como mamá? Bueno, no me asombra.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de qué hablo. Tú viviste con ella. Ya sabes cómo es. Hagas lo que hagas, nunca es suficiente para complacerla. Y cualquier cosa que salga mal es tu culpa. Es por eso que nos dejaste, ¿verdad? Porque se la pasaba gritándote porque eras un alcohólico.

Como cuando me gritaba porque no me sacaba las mejores calificaciones, o porque no tenía las mejores amistades, o por otros cien motivos que se le ocurrieran. “Podrías

esforzarte por bajar unos kilos, Brittany”. “¿Cuándo dejarás de comerte las uñas, Brittany?”. “Eres igual a tu padre...”. Tienes que estar ebrio o drogado para vivir con ella. Tienes que estar muy perdido para no seguir escuchándola.

Trató de tranquilizarla.

—Calma, cariño. —Puso una mano suavemente en su hombro—. Tu madre no es la única que tiene problemas, Brit.

Ella le quitó la mano de encima.

—Entonces, ahora tú también serás cruel conmigo. ¿Cierto? Vas a decirme lo que está mal en mi vida. Vas a poner límites..

Se le estaba pasando el efecto de algo. Píldoras, marihuana, anfetaminas... él no sabía qué, pero veía las señales.

—Hablaba de mí mismo, Brittany. Soy alcohólico. Me habitué a echarle la culpa a tu madre y justificar mi comportamiento. Pero la verdad es que no tengo que ir más allá de mi propio espejo para ver quién era el responsable.

—Pero ya no sigues bebiendo, papi. No tienes ni una botella de vino en tu casa. La busqué. Y ella todavía sigue echándote la culpa de todo.

—Sigo siendo un alcohólico. Que no beba, no significa que esté curado. Gracias a Dios, Jesús me quitó la sed de beber alcohol. Pero sigo viviendo un día a la vez. No doy nada por sentado. —Ver a Eunice yéndose en su carro le había dado ganas de beber una botella de whisky. El primer trago era mortal—. ¿Por qué no volvemos arriba? Puede que no tenga vino, pero tengo muchos refrescos.

Brittany lo siguió y se dejó caer en una silla cerca de la ventana.

—¿Cuánto te costó el detective privado?

—Habría pagado más si te hubiera traído a casa más rápido. —Preparó unos emparedados de mortadela mientras ella miraba afuera por la ventana, silenciosa, perturbada. No estaba dispuesto a comenzar un interrogatorio.

—Más tarde tendré que ir a comprar comestibles. —Dejó el emparedado en la mesa—.

Me falta todo.

—No quiero incomodarte más ni ser un gasto para ti. No tengo que quedarme aquí,

¿sabes?

—Me gustaría que vivieras conmigo.

—¿En serio? ¿De verdad?

¿Por qué estaba sorprendida?

—Te extrañé mucho, Brittany. Desde que tu madre te alejó de mí. En ese momento, no tenías manera de saberlo ni de entender cuánto te amaba. Eres carne de mi carne. —Vio que ella luchaba más fuerte con cada palabra que le decía—. Eres mi hija. Siempre te amé. Siempre te amaré. Nada podrá cambiar eso.

—Ahora dices eso, pero no sabes nada de mí ni de lo que hice. —Su boca temblaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas calientes y brillantes —. ¡No tienes ni idea!

—Puedo imaginarlo. —Lo que él imaginaba que le estaba sucediendo a ella era lo que lo volvía loco y a veces le daba ganas de beber whisky y olvidarse de todo.

Ella subió las piernas a la silla. Se tapó la cabeza con las manos y

sollozó.

Esteban reprimió el impulso de decir que todo estaba bien. No era así. Y no iba a estarlo.

No de inmediato. Algunas heridas tardaban más tiempo en sanar. Se acercó a ella. Se agachó y le quitó las manos de la cabeza.

—Mírame, cariño.

—No puedo.

—No tengas miedo de lo que vas a ver en mis ojos, Brittany. No te lanzaré piedras ni te despreciaré. Dios sabe cuántas veces he pecado. Cuántas veces no soy como debería ser.

Todas las mañanas me despierto y agradezco a Dios por otro día, y le pido fuerzas para lograr que sea un día limpio y sobrio. Y luego, por la noche, vuelvo a darle gracias a Jesús por ayudarme a salir adelante.

Entonces, ella lo miró.

—¿Todos los días son muy difíciles?

—Algunos días son más difíciles que otros. Pero ahora tengo herramientas y buenos amigos. Sobre todo, tengo una relación con Jesucristo. —Reconoció la mirada que apareció en sus ojos, pero no dejó que le impidiera decir lo que debía decir—. Sé que puedo ir a Él cada vez que tengo dificultades, y que Él me mostrará la manera de salir del problema. —Como lo había hecho con Eunice—. Dios me muestra lo que puedo cambiar y lo que no puedo cambiar, y me da la sabiduría para reconocer la diferencia.

—Esa es una oración, ¿verdad? Vi algo parecido escrito en una pared del Tenderloin.

No quería pensar en qué estaba haciendo ella en una zona como esa de San Francisco.

—Sí. Cada vez que hablas con Dios, estás orando. Lo difícil es aprender a escuchar. —Él venía practicándolo desde hacía mucho tiempo, pero todavía le faltaba mucho por recorrer. Limpió una lágrima de la mejilla de su hija con uno de sus pulgares.

—Estás tan distinto, papi. Casi no te conozco.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

CUARTA PARTE

Y el

SHOFAR SONÓ

CAPÍ TULO 16

2003

Samuel abrió la puerta de su departamento y se encontró con un joven alto, con una camisa azul, una chaqueta negra de cuero y unos vaqueros Levi's.

—¡Timoteo Hudson! Qué alegría verte. —Lo abrazó. Mudo por la emoción, Samuel retrocedió y le hizo un gesto para que entrara. Contuvo sus lágrimas. El doctor decía que las lágrimas le salían fácilmente por un leve derrame cerebral.

—Hombre, qué gusto de verte, Samuel. Te extrañé.

—Te ves bien, Tim. —El rebelde despeinado y de mirada dura que había abandonado Centerville había regresado mucho más alto, con los hombros llenos y exudando confianza en sí mismo. El único toque de inconformidad que le quedaba era el cabello rubio largo hasta los hombros.

—Te extrañé en la iglesia, Samuel.

—Dejé de conducir después de mi derrame cerebral. Hace tiempo que no voy a los servicios. —No le dijo a Timoteo que jamás había puesto un pie en el Centro Nueva Vida del Valle. De nada le serviría a Tim saber que el único miembro de la ICC que lo había llamado era su madre. Cuando Samuel dejó la iglesia, nadie se molestó en preguntarle por qué, de todas maneras, él no se habría sentido libre para explicar sus motivos. Los que lo conocían no demostraron interés. Le dolió y lo afligió que lo echaran tan poco de menos después de tantos años de servicio—. Me reúno con un grupo aquí, en el salón de juegos. Tenemos nuestro propio servicio. Estudiamos juntos la Biblia, cantamos himnos y oramos.

Cuando Samuel se mudó al lugar, se sorprendió de que no hubiera servicios en Vine Hill, y que apenas unos pocos pastores se tomaran la molestia de ir. El único visitante habitual era el Padre James O'Malley, un sacerdote católico casi tan viejo como sus feligreses de la residencia para ancianos.

—No me molesta que usted le enseñe a los miembros de mi congregación —le había dicho James con su acento irlandés la primera vez que Samuel lo vio—. Usted les enseña de la Palabra de Dios, y no tengo nada en contra de eso. Nada más, no les llene la

cabeza con ninguna idea rebelde.

Todos los jueves, James O'Malley venía a hacerle una larga visita. Aunque no siempre estaban de acuerdo en cuestiones teológicas, el sacerdote amaba a Jesús y a las personas que Dios le había confiado. Y era bueno tener amigos.

—¿Te gusta este lugar, Samuel? —preguntó Timoteo, dudoso.

¿El muchacho sentía pena por él? Samuel no quería nada de eso.

—No podía seguir atendiendo la casa. Y el trabajo del jardín era demasiado para mí.

Aquí, puedo relajarme y disfrutar la vida. Hay alguien que me cocina, que lava mis sábanas, que se ocupa de mi ropa sucia. —Tenía tiempo de sobra para orar y para enseñarles a las personas que tenían el corazón abierto para Jesús—. Toma asiento y ponte cómodo.

Timoteo se sentó en el viejo sillón frente al ventanal, el que solía usar James. Vine Hill había sido construido de tal manera que todos los departamentos tenían vista a los jardines. Eso les permitía a los ancianos disfrutar de la agradable vista de una estatua de mármol de una joven campesina derramando agua de un cántaro inclinado a un estanque de peces cubierto de lirios. Samuel abrió la ventana para que Timoteo escuchara a los pájaros que se congregaban en los comederos del jardín.

—Puedo disfrutar de los jardines sin preocuparme en absoluto. Tomás Gómez mantiene todo con esmero y planta flores nuevas en cada estación.

—Tienes un lindo lugar aquí, Samuel.

Un hogar temporal hasta que fuera a reunirse con Abby.

—Vi a tu madre la semana pasada. No me dijo que vendrías a casa.

—No lo sabía. Fue una sorpresa. La abuela y yo pensamos que era hora de hacer un viaje a Centerville.

—¿Por algún motivo en particular?

—Se podría decir que tenía ganas de ver cómo están progresando las cosas en la iglesia de papá.

Una respuesta cautelosa.

—¿Y?

—Es un edificio hermoso.

—Sí. Lo es. —Samuel se acomodó en su sillón y dejó el bastón a un lado—. No te ofrecí nada. ¿Te gustaría beber un refresco? ¿Unas galletas? Sírvete lo que quieras. Estás en tu casa. —La cocinita tenía un minirefrigerador, un microondas y algunos gabinetes.

Timoteo sirvió dos vasos con té helado. Sonriente, Samuel tomó el vaso, revolvió el té y bebió. Tim incluso había recordado agregarle limón.

—Perfecto. Tal como me gusta a mí. Ahora, ¿qué estabas diciendo?

—¿Escuchas los sermones de papá?

—Ajá…

—¿Y?

—Tu padre es un orador potente.

—Sí, lo sé, *pero…* —La expresión de Tim era atenta, expectante, dura.

Samuel no tenía ninguna intención de chismear sobre el padre de Timoteo ni de compartir sus opiniones sobre la temática de la prédica de Pablo Hudson. Todo eso ya lo había hablado con el Señor. Muchas veces.

—Ahora que terminaste la secundaria, ¿qué piensas hacer?

Timoteo apoyó su cabeza contra el respaldo del sillón.

—Todavía no estoy seguro. Fue bueno tomarme un año para trabajar y analizar mis opciones. Recibí cartas de aceptación de cuatro universidades.

—Qué bien. ¿Cuáles?

—UCLA, UC Berkeley, California State en Sacramento y del alma máter de mamá y papá, la Universidad Cristiana Midwest.

—Creo que has cambiado de idea sobre ser un vaquero —dijo Samuel, sonriendo.

Timoteo le dedicó una sonrisa torcida.

—Tal vez sería más fácil si retomara esa idea. Mudarme a Montana. Vivir en alguna parte lejos de todos los que quieren opinar sobre mi vida. Todavía no estoy seguro de qué quiere Dios, Samuel. Llevo dos años preguntándoselo. Diría que estoy considerando todas las posibilidades.

Timoteo hablaba del Señor como un joven que lo conocía íntimamente.

—¿Tienes alguna idea de en qué quieres especializarte?

—Ni siquiera estoy seguro de si iré, Samuel.

—¿Es por un problema económico?

—No uno que pudiera mantenerme lejos. Mamá y papá ahorraron para mis estudios desde el día que nací. No lo suficiente, pero no me opongo a trabajar para pagar mis estudios. Papá presiona con Midwest. El legado de la tercera generación, dice, como si fuera un tema resuelto. —La sonrisa sarcástica del joven le recordó a Pablo Hudson—.

Es la primera vez que recuerdo haber hecho algo que le da orgullo a mi padre. —Negó con la cabeza y desvió la vista—. El problema es que estoy bastante seguro de que Midwest *no* es donde Dios me quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo ninguna paz al respecto. Mandé una solicitud para darle gusto a papá.

Ahora desearía no haberlo hecho. —Se levantó y se apoyó contra el marco del ventanal, mirando hacia el jardín—. Es complicado.

—Sabrás dónde te quiere Dios cuando llegue el momento.

—Espero que sí. Si ahora voy a cualquier otro lugar que no sea Midwest, papá se decepcionará. No estoy seguro de qué debo hacer.

—Depende de a quién quieras agradar.

Tim lo miró, entendiendo exactamente de qué hablaba.

—¿Y qué me dices del mandato de honrar a tu padre y a tu madre?

—El mayor mandamiento es que ames al Señor tu Dios con todo tu

corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, Timoteo. El segundo es que ames a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas del Antiguo Testamento, y ambos fueron hechos realidad en la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Nosotros debemos seguir a Jesús, no a los demás, pese a lo mucho que los amemos.

—Eso es claro y simple en teoría, Samuel. Pero en la vida, no es tan fácil de hacer.

—Nadie dijo jamás que sería fácil. Es ahí donde se ha dado la batalla desde el comienzo.

Aun Jesús la enfrentó en el huerto. ¿Recuerdas? "Que se haga tu voluntad, no la mía".

Así es la vida. La mente y el corazón son el campo de batalla del diablo. Jesús y la Palabra de Dios son tu fortaleza y tu escudo.

Timoteo se sentó otra vez. Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en sus rodillas.

—Estoy preocupado por mamá. —Ladeó la cabeza—. ¿Alguna vez te dijo algo?

—Ella habla conmigo de toda clase de cosas.

—¿Algo que yo debería saber?

—No, a menos que ella quiera decírtelo. —Abby siempre había sido la confidente de Eunice. Algunas veces recurría a él, profundamente angustiada, pero nunca dijo qué la preocupaba. La reticencia misma que mostraba le decía a Samuel que sus preocupaciones se centraban en Pablo, pero Samuel nunca sintió que tuviera el derecho a preguntar ni a presionarla para que le diera más información.

Tim se encogió de hombros.

—Mamá y papá se están tratando de forma diferente. No sé qué está ocurriendo. Él está tenso, reservado. Hablan como si fueran desconocidos. De cosas superficiales.

—El matrimonio es un trabajo muy duro, Timoteo.

—Eso dicen, pero ¿no deberían ir mejorando? No veo que ninguno trabaje en nada más que en las cosas de la iglesia. Mamá parece tensa.

Ella nunca fue así. —Timoteo se encogió de hombros y miró afuera por la ventana—. Parece decidida a mantenerse ocupada. A guardar las apariencias. Insiste en que todo está bien, pero tengo la sensación de que nada está bien. No sé si lo cree, o si solamente espera que sea cierto.

Tal vez todo el fingimiento sea más para sí misma que para los demás. No lo sé, Samuel. No tengo idea de qué es lo que está mal. Ella hace las cosas por inercia, pero...

falta algo.

—Por tener una idea te refieres a que te gustaría solucionar las cosas, ¿verdad?

—Claro. Si pudiera.

Samuel pensó en los sacrificios que había hecho Eunice Hudson y se preguntó si su hijo estaría a la altura de ellos.

—¿Por qué te llevó tu madre a Los Ángeles, Timoteo?

Su expresión se transformó y se puso en guardia.

—Las cosas no andaban bien entre mi padre y yo.

—¿Por qué te dejó allá?

—Mamá dijo que sabía que yo necesitaba espacio para descubrir quién soy, además de ser el hijo de Pablo Hudson.

—¿Crees que eso fue fácil para ella?

—Sé que no lo fue. —Hizo una mueca—. Todavía no lo es. Cada vez, llora antes de irse.

—¿Quieres mi consejo?

—Sí. Es parte del motivo por el que estoy aquí.

—Muy bien. Escúchame: sigue el ejemplo de tu madre. Suéltalo. Toma distancia. Ora. Y

observa lo que hace el Señor.

—Pensé que quizás si hablo con papá...

Samuel vio a Pablo Hudson en el muchacho.

—Ah. —Sonrió suavemente—. Tú sabes cómo hacer que mejoren las cosas. ¿Es eso?

Supones que puedes decirle a tu padre cómo vivir su vida y cómo hacer feliz a tu madre. —Samuel negó con la cabeza—. Ay. La impetuosa y orgullosa juventud.

Timoteo se puso rojo carmesí.

—Tengo el presentimiento de que su matrimonio se está desintegrando, y no quiero quedarme parado y contemplar cómo sucede sin decir algo.

—¿Alguno de los dos te pidió consejo?

—No.

—Entonces, no lo des. Deja que Dios moldee y dé forma... y rompa, si es necesario.

Mantén tu objetivo, Timoteo. Lo que nosotros creemos de Dios determina cómo lo servimos. Muchas veces, eso significa que no debemos intervenir en los asuntos de Dios. —No podía decirlo más claro que eso.

—Hablas de que espere en el Señor.

—De eso se trata.

—Me cuesta mucho esperar.

Samuel dejó escapar una risita.

—No te sientas como el Llanero Solitario. —Las personas inventaban sus pequeños dioses cuando el Señor no obraba acorde con sus planes. Su actividad. Sus horarios. Su programa. Todo con la ilusión de tener el control. Hasta que chocaban con el desastre.

Tal como esperaba Samuel, Timoteo cambió de tema. Le preguntó a Samuel por su salud. Samuel le habló sobre el derrame cerebral. Pese a haber sido leve, había provocado cambios definitivos en su vida.

—Echo de menos conducir, pero no quiero arriesgarme a aniquilar a alguien en la carretera. Una cosa es matarse uno mismo, y otra es llevarse a alguien consigo. —

Todavía tenía la licencia y el DeSoto, pero no estaba usando ninguno en estos días.

Samuel invitó a Timoteo a almorzar con él en el comedor de la planta baja. Llamó a la recepción y le informó a la gerente, Gladys Townsend, que tendría un invitado.

—Casi todos bajan a comer —le dijo a Timoteo. Para algunos, las comidas eran la única actividad social que tenían, a menos que se sumaran a las innumerables actividades recreativas que tenían programadas cada semana. Había de todo: desde armar rompecabezas hasta clases de taichí. Samuel asistía a las clases de pintura al óleo una vez por semana, pero no estaba interesado en mostrarle nada de lo que había pintado a nadie que tuviera buena vista.

Samuel les presentó a Timoteo a sus compañeros de mesa: Bessie Enright, Tom Orion, Foley Huddleston, Loraine Cramer y Charlotte Witcomb. Ni bien concluyeron las presentaciones, todos menos uno trataron de que Timoteo se sintiera bienvenido.

—Otro hippie de pelo largo. —Tom Orion se inclinó hacia adelante, con la barbilla levantada—. Al menos no se lo tiñó de azul como mi nieto. ¿Tienes algún tatuaje?

—No, señor.

—Bueno, yo sí.

—Nadie quiere verlo, Tom —dijo Charlotte, que parecía horrorizada.

Bessie dio una palmadita en la mano de Timoteo.

—Es demasiado joven para ser un hippie.

—Tiene el pelo largo, ¿verdad?

—El pelo largo es el estilo de moda, Tom —dijo Loraine—. Mi actor favorito tiene el pelo largo.

—¡Las bobadas de las telenovelas! Con razón tienes el cerebro hecho papilla.

Loraine bajó sus anteojos y fulminó con la mirada a Tom por encima del marco.

—Es mejor mirar telenovelas que estar sin hacer nada en el vestíbulo principal, despotricando contra el personal.

—Yo no despotrico.

—Te quejas como un chivo viejo —dijo Charlotte, sumándose a Loraine en el ataque.

—Orion —dijo Timoteo—. Había un entrenador de apellido Orion en la secundaria Centerville.

—Mi hijo.

—El equipo de fútbol americano empezó a ganar cuando él asumió el rol de entrenador.

Al parecer, Timoteo había heredado los modales encantadores de su madre. Tom Orion se entretuvo con otro tema. Charlotte, Loraine y Bessie estaban más que impresionadas por los modales y el buen aspecto de Timoteo. Luego de diez minutos de escuchar resúmenes de partidos de fútbol americano, Charlotte interrumpió a Tom y le preguntó a Timoteo si ya había conseguido novia.

—No, señora. Nada serio, al menos.

—Tengo una nieta divina. Es muy bonita.

—Él no se quedará en Centerville, Charlotte —dijo Loraine—. Solo está aquí de visita.

—Qué lástima. Harían una linda pareja.

—Tu nieta tiene cuarenta y cuatro años —dijo Loraine, palmeando la mano de Charlotte.

Charlotte no estaba dispuesta a darse por vencida.

—¿Cuántos años tienes, Timoteo?

—Acabo de cumplir diecinueve.

Samuel disfrutó la comida y la escena que se desarrollaba a su alrededor. Timoteo parecía perfectamente a gusto con todos. Incluso Tom se suavizó y habló de los buenos viejos tiempos de Centerville, de cuando había más huertos de almendros y viñedos que urbanizaciones. Estaban pasándola tan bien, que uno de los empleados tuvo que pedirles que salieran del comedor para que el personal de limpieza pudiera terminar su trabajo. Timoteo ayudó a las damas a levantarse de sus sillas y les dio un apretón de manos a Foley Huddleston y a Tom Orion.

Tom se dirigió a Samuel antes de irse.

—Es excelente. —Un muy buen elogio del viejo carnicero cascarrabias.

Bessie Enright siguió con ellos hasta que llegaron al elevador.

—Tienes un nieto muy agradable, Samuel.

Samuel no hizo ningún intento por corregirla sobre su relación con Timoteo. En diez minutos, ella ni recordaría que Timoteo había estado aquí.

Samuel entró al elevador con Timoteo.

—¿Te gustó la comida?

—Buena comida. Lindas personas.

—Son personas solitarias. Algunas, olvidadas. Bessie Enright no ha recibido una visita de su familia desde que se mudó a este lugar. Sus hijos y sus nietos viven en la Costa Este. —Una vez se lo había mencionado a Eunice cuando vino de visita. A la vez siguiente, Eunice pasó también por el departamento de Bessie para visitarla, y le llevó una violeta africana para añadir a la colección que tenía en el alféizar de la ventana.

—¿Te quedarás con tus padres mientras decides a qué universidad irás?

—No. —Timoteo negó con la cabeza—. Tomaré el autobús a casa tarde está noche.

Tengo un empleo reservado para principios de la próxima semana. En construcción.

—¿En construcción?

—Seré cargador de ladrillos. —Sonrió ampliamente—. Dicen que es una buena manera de desarrollar músculos. —Flexionó el brazo.

—¿Tu madre viene a recogerte?

—No.

—¿Tu abuela?

—Ella se fue a su casa ayer.

No podía imaginar que Pablo Hudson robara tiempo de su agenda ocupada para ir a recoger a su hijo.

—¿Cómo volverás a tu casa, Timoteo?

—De la misma manera que llegué. Caminando.

¡Cinco kilómetros con treinta y dos grados! Samuel estaba conmovido de que Timoteo hubiera hecho tal esfuerzo por verlo.

Conversaron sobre deportes, la universidad, los viajes misioneros de Timoteo a México, las múltiples actividades de su madre, política. Ninguno mencionó nada sobre el Centro Nueva Vida del Valle ni sobre su pastor.

—Será mejor que me vaya. —Cuando Timoteo se puso de pie, Samuel tuvo una sensación de pesar. Posiblemente no volvería a ver al muchacho de este lado del cielo.

Se levantó de su sillón y acompañó a Timoteo hasta la puerta.

—¿Puedo pedirte que hagas algo por mí, Samuel?

—Lo que sea. Cuando quieras.

—¿Podrías orar por mi padre?

—Dios no permita que alguna vez deje de hacerlo. —Había empezado a orar por Pablo Hudson incluso antes de conocer su nombre. Todavía recordaba la primera conversación que había tenido con Pablo años atrás, la certidumbre de que él era la persona llamada para Centerville.

La mirada afligida volvió a los ojos de Timoteo. Estaba llevando una carga y dudaba si dejarla.

—¿Qué es lo que te está molestando, hijo?

—Tengo la sensación de que, uno de estos días, las cosas se van a poner complicadas para mi padre.

Samuel no tuvo que preguntar por qué motivos.

—Ha sido un placer verte, Samuel. —Con los ojos húmedos, Timoteo extendió su mano.

Se la estrechó con firmeza, como un hombre. Samuel vio un asomo del niñito antes de que Timoteo lo abrazara—. Te he extrañado —su voz enronqueció—. De todas las personas de Centerville, tú y mamá son a quienes extraño más. Y a Abby... —

Retrocedió, avergonzado—. En fin... —Volvió a estrechar la mano de Samuel y su apretón fue más fuerte por unos segundos, antes de soltarlo—. Gracias por todo.

—Todavía no estoy muerto, ¿sabes?

Sonrió con timidez.

—Sí, lo sé, pero cuando estaba aprendiendo a conducir, me dijiste que no diera la vida por sentada. Hay cosas que deben ser dichas cuando tienes la oportunidad. Te quiero, Samuel. Fuiste más abuelo para mí que mi propio abuelo.

Samuel estaba demasiado embargado por la emoción para hablar. Timoteo había sanado el dolor que había en su corazón por el hijo que había sido asesinado en Vietnam. Parado en la puerta abierta, Samuel sintió el suave empujoncito del Espíritu Santo. Luego de casi setenta años de caminar con el Señor, había aprendido a no resistirlo.

—Espera un minuto, hijo. Tengo algo para ti. —Caminó rengueando hasta el secreter, abrió un cajón y hojeó los papeles hasta que encontró lo que buscaba. Bajó la tapa del escritorio, escribió una breve nota y la firmó. La metió en un sobre. Tomó las llaves del escritorio y volvió hasta Timoteo, quien todavía estaba parado en la puerta abierta —.

Esto es un regalito para ayudarte en tu camino. —Le entregó las llaves del DeSoto.

—¡Estás bromeando!

—Jamás bromearía acerca de esa preciosura. Créeme. —Le entregó el sobre—. Ese es el título, transferido a tu nombre. Lo único que tienes que hacer es pasar por el Departamento de Vehículos Motorizados y será todo tuyo.

—No puedo aceptar tu carro, Samuel. Sé cuánto lo amas.

—No lo amo, Timoteo. Lo he disfrutado. Te amo a *ti*. Además, te pregunto: ¿qué voy a hacer con un carro que ya no puedo conducir? —Señaló hacia el pasillo—. Sal por esa puerta, baja la escalera y ve al

garaje. Es todo tuyo, solo con una condición: que recuerdes que es sin compromisos. Si no te conviene, véndelo y usa el dinero para tus estudios.

Timoteo se quedó parado, indeciso.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Solo ve y da tu primera vuelta en él. Llámame dentro de unas semanas y cuéntame cómo anda.

Timoteo lo abrazó y caminó hacia el pasillo. Samuel lo observó girar las llaves del DeSoto alrededor de su dedo. Tim hizo una pausa en la puerta. Sonriente, le hizo adiós con la mano.

—¡Gracias, Samuel!

Samuel levantó la mano y contuvo su impulso de gritarle algunas recomendaciones para conducir. La puerta golpeó detrás de Timoteo.

Samuel cerró la puerta de su departamento. Había donado la mayoría de las cosas que había en su casa antes de mudarse a Vine Hill, pero no había podido regalar su carro.

En los últimos meses, bajaba al garaje y dedicaba un par de horas por semana a lustrarlo y a revisar todo. Incluso se sentaba en el asiento del conductor y arrancaba el motor para asegurarse de que funcionara bien, preguntándose al mismo tiempo para qué se tomaba esas molestias.

—Ahora lo sé, Señor. —Riendo en voz baja, se relajó en su sillón y lo echó hacia atrás.

Hay una temporada para todo, un tiempo para cada actividad bajo el cielo.

Sonriendo, Samuel saboreó el placer de haberse desprendido de otra cosa que lo retenía en la vida. Casi podía ver a Timoteo conduciendo por la autopista 99 rumbo a la intersección con la interestatal 5, con la ventanilla baja y el brazo apoyado en la puerta.

Ah, qué agradable sensación, Señor, es realmente bueno darle ruedas a un joven.

Especialmente sabiendo que sería Dios quien conduciría.

Pablo tenía sentimientos encontrados respecto a su hijo. Estaba orgulloso de él, y se sentía curiosamente abandonado. No tenía expectativas de que Timoteo terminara la escuela secundaria; mucho menos de que sobresaliera ni que tuviera buenas calificaciones para ser tenido en cuenta por la UCLA. Timoteo ya estaba planificando el futuro y analizando sus alternativas. ¿Acaso Tim lo había escuchado? Por otro lado,

¿por qué debía hacerlo? Pablo ya casi no conocía a su hijo. Todas las semanas, o cada dos semanas, hablaba por teléfono con él, pero las conversaciones eran breves y forzadas. No era culpa de él ni de Timoteo que parecieran no poder conversar. Sus

personalidades no encajaban. Eunice había sido el puente, pero, últimamente, tenía una barrera de contención en alto.

¿Había escuchado los rumores? Pablo tenía la precaución de programar las citas de Sheila cuando no había gente en la iglesia. Ninguno quería ponerle fin a su matrimonio, aunque no fueran los matrimonios que debían ser. Y ambos tenían mucho que perder si comenzaban los rumores. Ella era miembro de la iglesia y necesitaba consuelo.

Necesitaba saber que al menos un hombre en este mundo la veía como una mujer deseable, y ella lo hacía sentirse más hombre de lo que se había sentido con Eunice en toda su vida.

Pero últimamente había empezado a preocuparse. Sheila estaba corriendo riesgos que a él no le gustaban. Un beso en la mejilla cuando salía de la iglesia, una llamada telefónica a su casa, una nota sobre su escritorio. Esa mañana, mientras Sheila le hablaba, Timoteo lo había mirado con ojos de águila. Su hijo no les prestó atención a las jovencitas que cuchicheaban, observándolo. Si Timoteo llegaba a decirle algo a Eunice sobre Sheila, Pablo diría la verdad. Que estaba aconsejándola. Eunice le creería. Siempre le creía. Y si Eunice lo cuestionaba, le preguntaría qué clase de pastor sería él si se negaba a ayudar a la esposa de uno de los mayores contribuyentes de la iglesia.

Tenía que llamar al farmacéutico y conseguir más pastillas. El estómago estaba matándolo otra vez. No le gustaba la costumbre que había adquirido Sheila de jugar jueguitos con él. Sabía que era simplemente otra muestra de su baja autoestima. Rob no le prestaba

ninguna atención; por lo tanto, ella buscaba la suya. La llamaría y volvería a hablar del tema con ella. Rob estaba de viaje nuevamente. Tal vez iría a su casa. Allí no tendrían que preocuparse de que alguien los viera o escuchara sin querer su conversación.

El carro de Eunice estaba estacionado en el garaje. Ella y Timoteo habían salido a comer hamburguesas a Charlie's, pero él había dado una excusa. No quería sentarse frente a Timoteo y tener una contienda de miradas. O, peor aún, tener que responder a cualquier pregunta que Eunice le planteara. Aunque sospechara algo, Timoteo no diría nada sobre Sheila. ¿Por qué se arriesgaría a lastimar a su madre?

Pablo recordaba haber estado en la posición de Tim una vez, y se alegró de no haber dicho nada. Salió de su carro y atravesó la cocina. Quizás debería haber llamado a Sheila antes de salir de la iglesia.

La culpa se apoderó de él, seguida por la ira. ¿Por qué debería sentirse culpable?

Aconsejar a las personas era parte de los deberes de un pastor. No era como si estuviera

concertando encuentros con Sheila ni haciendo planes clandestinos para una escapada a solas. Si fuera así, estaría reservando una habitación en algún hostal remoto. Quizás en ese lugar bonito en Mariposa. En algún lugar donde nadie los conociera. Podrían cenar juntos, dar una linda caminata, una larga conversación y...

Frenó sus pensamientos. Lo único que había hecho era reconfortar a una mujer solitaria cuyo esposo era demasiado tonto para saber lo que se estaba perdiendo. Se aflojó la corbata y desabrochó el cuello de la camisa. Inquieto e irritado, estuvo a punto de tropezar con Eunice mientras ella salía de su habitación.

—Ay, disculpa. —Ella se rio y se colgó la cartera al hombro.

—¿Adónde vas?

—De compras. —Lo esquivó.

—Es domingo en la noche —dijo siguiéndola al pasillo.

—Lo sé, pero dijiste que nos quedamos sin café y que necesitas más crema de afeitar.

Tengo la lista de las cosas.

—¿Dónde está Timoteo?

—Salió a caminar. Dijo que volverá con tiempo más que suficiente para tomar su autobús.

—¿Cuánto tiempo crees que saldrás?

—Una hora como máximo.

Una hora sería perfecto. Él podría hablar con Sheila sin preocuparse por nada.

Ella frunció el ceño.

—Puedo esperar hasta mañana, si prefieres. —Se quitó la cartera del hombro—. Tal vez debería esperar. Es un poco tarde ya.

—No. Ve. Yo tengo mucho que hacer.

Pablo esperó hasta que escuchó abrirse y cerrarse la puerta del garaje. Apartó las cortinas de la habitación lo suficiente para ver que Eunice bajaba la colina dirigiéndose

a Centerville. Miró el teléfono que estaba sobre la mesa de noche. Por alguna razón, no le pareció correcto hacer la llamada en la habitación principal. Lanzó su chaqueta sobre el sillón y caminó por el pasillo hacia su estudio. Cerró la puerta, le echó llave y se sentó en su oficina. Hablaría con Sheila sobre su comportamiento de esa mañana. Se preguntó cuánto tiempo estaría ausente Rob. Sheila siempre lo necesitaba más cuando Rob estaba de viaje.

Pablo no tuvo que buscar su número.

Esteban vio un Lexus plateado estacionarse enfrente. Apenas eran las nueve de la mañana y su cliente no debía llegar hasta las once.

Kathryn salió del carro.

—¡Ay, Señor, ayúdame! —Dejó su lápiz sobre el tablero de dibujo. No esperó a que ella tocara la puerta—. Hola.

—Hola. —Su tono fue seco. Apenas lo miró al entrar en su oficina. Se había dejado crecer nuevamente el cabello rubio, y lo llevaba suelto

sobre los hombros. Cuando estaban de novios, él le había dicho que le gustaba su cabello largo. Quizás había sido por eso que se lo cortó luego de unos pocos años. La primera vez, solo se lo había cortado unos cinco centímetros. Hacia el final de su matrimonio, lo usaba completamente corto y lo peinaba con gel. Eso lo había irritado. Como ella bien sabía.

Todavía se mantenía en buena forma. Probablemente entrenaba en un gimnasio todos los días. También era probable que tuviera un entrenador personal. Percatándose de sus pensamientos a la deriva, Esteban les puso freno. Ella no había abierto la boca más que para saludarlo, y ahí estaba él, destrozándola mentalmente, buscando sus errores y fracasos, y sus debilidades. Dios sabía que él tenía mucho de los tres.

—¿Por qué razón compraste este edificio, Esteban? ¿Por qué no renovaste o remodelaste algo en Sacramento? ¿O en Roseville? ¿Por qué en *Rockville*?

Ella no iba a facilitarle las cosas.

—Me pareció atractivo. —No tenía ganas de entrar en detalles de cómo el Señor lo había conducido hasta aquí ni que estaba dirigiendo un estudio bíblico en el sótano. No estaba lista para escuchar, y estaba imparable.

—¿Cuánto dinero tiraste en esta propiedad? Nunca supe que fueras un tonto a la hora de invertir. Es un pueblito sin futuro, con gente sin futuro. La mayoría de las casas que vi ni siquiera tienen cimientos. ¡Y ese campamento de casas rodantes! Qué monstruosidad, con todos esos mexicanos holgazaneando a la vista de todos.

—Jornaleros. A la mayoría de ellos los pasan a recoger antes de las nueve. —Dos iban al estudio bíblico de los miércoles en la noche. Buenos tipos, solos, con la familia viviendo al otro lado de la frontera.

—Nadie en su sano juicio querría vivir en Rockville, si tuviera el dinero para vivir en cualquier otro lugar. Hasta Centerville es mejor que esto. No creo que Brittany deba vivir aquí.

Esteban parpadeó. ¿Después de cuatro años Kathryn quería opinar acerca de dónde debía vivir su hija? Abrió la boca para decir que Brittany había vivido en lugares peores que Rockville, o cualquier otra cosa que ella pudiera imaginar, pero se contuvo a tiempo. *Mantén la calma, Decker. No vuelvas a subirte al carrusel.*

Kathryn miró la escalera que había al fondo.

—Brittany debe haberme visto llegar con el carro. ¿Le dirías que baje?

—Se fue temprano.

Levantó la cabeza, pero él no pudo ver sus ojos detrás de los anteojos de sol.

—¿Le dijiste que vendría?

—Yo no sabía que vendrías, Kathryn. Hace siglos que no sé nada de ti. —Trató de mantener un tono de voz neutral, pero se dio cuenta de que ella trataba de inferir algo más de él.

—No sabía cuándo iba a poder pasar por aquí. ¿Está bien?

Él pasó por alto el sarcasmo.

—Brit suele irse en la mañana y regresa a media tarde. No fue algo personal.

—¿Adónde va?

—No lo sé.

—¿Y no le preguntas?

—Cuando invité a Brit a que se quedara aquí, le hice algunas promesas, Kathryn. Una de ellas fue que no husmearía en sus asuntos personales, si ella no quería hablar de ellos. No es que estuviera involucrado activamente en su vida antes de que se presentara aquí. —Brittany se iba temprano todas las mañanas, nunca brindaba voluntariamente ninguna información de adónde iba o qué planes tenía para el día. Él agradecía que regresara, y más aún cuando no estaba borracha ni drogada. Claro que se preguntaba dónde había estado todo el día. Claro que quería saberlo. Pero se mantenía callado y esperaba. No quería hacerle a Brittany lo que Kathryn solía hacerle a él: someterla a un interrogatorio cada vez que entraba por la puerta delantera. Tenía la sensación de que Brittany ya había recorrido demasiadas veces ese camino que no conducía a ninguna parte.

Kathryn caminó hasta su tablero de dibujo y miró sus bocetos. Esteban reprimió el impulso de pasar por encima de ella y enrollarlos. Kathryn suspiró pesadamente.

—Es probable que no se necesite mucho para hacer huir a Brittany

otra vez. —Soltó una risa breve y desoladora—. Podría hacerlo solo por ver mi carro en el frente.

Él refrenó el ansia de preguntarle el porqué a Kathryn, pero tenía ganas de echar abajo las paredes, no de levantarlas. En ese instante, su exesposa estaba recorriendo sus puestos de batalla y estaba cerciorándose de que sus cañones estuvieran cargados.

Estudió sus dibujos conceptuales para un edificio de oficinas. ¿Estaba ganando tiempo?

—¿Qué te parece si preparo una jarra de café?

Levantó la vista, sorprendida.

—¿Café?

—Me vendría bien un descanso. He estado trabajando en estos bocetos desde las siete de la mañana.

—Son buenos.

Él no había esperado un elogio y se quedó sin habla.

—¿Dónde está ubicado?

—Al noreste del estadio de Sacramento. —Caminó hacia la escalera—. Ven arriba. Echa un vistazo. —Ella lo siguió.

Mientras sacaba el café y los filtros del gabinete, Kathryn observó el ambiente. Él le echó una ojeada. Estaba más delgada, más pálida y menos cuidada que nunca. Incluso cuando iban a divorciarse, ella había sido meticulosa con su apariencia. Ahora, su vaquero de marca estaba suelto y su bronceado de cama solar lucía descolorido. Seguía usando las uñas largas y pintadas de rojo. Se quitó los anteojos de sol, los dobló y los metió en el bolsillo de su chaqueta. La piel debajo de sus ojos castaños enrojecidos estaba hinchada. El maquillaje que se había aplicado, no disimulaba su edad ni las ojeras de trasnochadas, tragos y desengaños.

Esteban conocía los signos de la resaca. Los había padecido con suficiente frecuencia en el pasado.

—¿Comiste algo, Kat?

—No. —Ella le dio la espalda y se quedó mirando por la ventana, con los brazos cruzados.

—Yo tampoco. ¿Qué te parece si cocino unos huevos?

Ella echó un vistazo por encima del hombro y levantó una ceja.

—¿Ahora cocinas?

Él dejó pasar su burla.

—Nada sofisticado. —Brittany le había contado una vez que Kathryn estaba tomando un curso de cocina gourmet para poder ofrecer cenas sofisticadas para impresionar a Jeff y a sus amigos ricos—. Me las arreglo para hacer un omelet. ¿Qué dices?

—Tendré que verlo con mis propios ojos. —Se sentó en la silla de Brittany y lo observó mientras preparaba los huevos y rallaba el queso. Él sabía que estaba tratando de fastidiarlo. Volcó los huevos batidos en una sartén caliente, esparció el queso rallado, le puso la tapa y bajó el calor. Mientras se cocinaba el omelet, puso la mesa para los dos.

Ella sonrió con superioridad—. Los milagros existen.

—Mejor aguántate los elogios hasta que hayas probado la comida. —Vio que comenzaba a sonreír, pero se reprimió. Esteban le sirvió una taza de café humeante—.

Disculpa, no tengo crema. ¿Te gustaría agregarle un chorrito de leche?

Ella lo miró perpleja, cautelosa.

—Solo está bien.

Él dividió el omelet y sirvió la porción de ella primero. Se sentó frente a ella y dijo una oración rápida y silenciosa dando gracias por la comida, y la completó con una súplica para tener presencia de ánimo y paciencia. Kathryn no necesitaba hacer ni decir nada para ponerlo furioso.

—¿Por qué estás actuando tan amable conmigo, Esteban? ¿Vas a volver a pedirme la custodia?

¿Estaba hablando en serio?

—Brittany acaba de cumplir veintiún años, Kat. Está un poquito mayorcita para pedir custodia.

Kathryn parpadeó y una sombra oscureció fugazmente su rostro.

—Ah. Supongo que sí. —Parecía a punto de echarse a llorar. Giró la cabeza y tragó.

Intentaba contener sus lágrimas. ¿Cuánto había bebido en los últimos años? —Ha pasado tanto tiempo… —Sacudió la cabeza y lo miró de frente otra vez. Su mirada se endureció, desafiante—. ¿Qué estás mirando?

—Disculpa.

—Todavía no me dijiste el porqué de tu actitud tan amable.

¿Hasta qué punto había llegado ella a convertirse en esto por su culpa?

—Pensé que ya era hora de que dejemos de intentar encontrar maneras de lastimarnos el uno al otro.

Ella miró intencionadamente el omelet, y luego a él con una expresión irónica.

—¿Es esta una nueva interpretación del caballo de Troya?

Riéndose nerviosamente, él estiró su brazo por encima de la mesa, tomó con su tenedor un pedazo del omelet de ella y comió el bocado.

—No tiene suficiente sal. Y absolutamente nada de arsénico.

Esta vez sí apareció una sonrisa. Mínima, poco entusiasta, sarcástica… pero una sonrisa de todas maneras. Mordió un bocado para probar.

—Tampoco está mal.

Comieron en silencio. Él levantó los platos vacíos y los dejó en el fregadero para lavarlos después.

—¿Más café?

—Por favor. —Lo sirvió y dejó la cafetera en una hornilla entre ambos. Ella sostuvo la taza con las dos manos.

—Pensé que te regodearías.

—¿De qué?

—De que Jeff me dejó —dijo mirándolo divertida—. De que fracasé en otro matrimonio.

—No disfruto con tu infelicidad, Kat. —Sabía que tenía que aclarar algunas cosas—. En una época lo hice. Ya no.

—¿Y qué produjo ese cambio en tu corazón?

—Acepté a Cristo como mi Salvador mientras estaba en rehabilitación. Y he estado aprendiendo a entregarle el señorío sobre mi vida desde entonces. Sin Él, no podría pasar ni un día sin beber.

—Decías que yo te había empujado a la bebida.

—Buscaba alguien a quien culpar.

—Entonces entraste caminando a una iglesia y todo es mucho mejor. ¿Es así?

—No hablo de un edificio. Hablo de una relación.

—Debe ser lindo entenderse bien con Dios en persona.

Estaba presionando fuerte. Como lo había hecho él, hasta que se entregó.

—Necesitaba que Jesús entrara en mi vida. Fue así de simple. No tenía la fuerza para decirle que no al alcohol.

—Recuerdo demasiado bien todo eso.

Resistió el impulso de hacer una lista de todos los pecados de *ella*.

—En rehabilitación tienen un dicho que dice: "Yo no puedo. Dios puede. Le entrego mi voluntad a Dios". Desde entonces, hago eso todos los días. Y, por la gracia de Dios, me he mantenido sobrio.

Ella lo miró; esta vez lo miró de verdad. Sus ojos se enturbiaron.

—¿Es difícil?

—Algunos días son más difíciles que otros.

Ella se puso de pie y regresó a la ventana. Cruzando los brazos, miró hacia afuera.

—Yo te culpaba por todo. Te culpaba cuando no era feliz. Te culpé cuando nuestro matrimonio empezó a desmoronarse. Te culpé cuando quedé embarazada y no pude seguir trabajando. Te culpé cuando no podía estirar los cheques de la manutención infantil lo suficiente para

vivir como deseaba vivir. —Levantó la cabeza—. Después conocí a Jeff y creí que todo iba a ser maravilloso. —Sus hombros se sacudieron—. Y no lo fue. Entonces empecé a echarle la culpa a Brittany.

Eso no había sido difícil de adivinar, pero se sorprendió de que ella pudiera admitirlo.

Su confesión le dio esperanza, y una pequeña oportunidad.

—Nos agrada la ilusión de tener el control de nuestra vida, que los pecados que cometemos no tengan nada que ver con los demás. Cerramos nuestros ojos a las consecuencias y señalamos con el dedo a otra persona. No creas que eres la única, Kat.

Yo también culpé a otros por mis pecados.

Se recordó diciéndole a Kathryn que ella era el motivo por el que él bebía, que un hombre tenía que estar borracho para seguir viviendo con ella bajo el mismo techo.

Racionalizaba y justificaba su comportamiento repugnante. ¿Era para sorprenderse que

ella contraatacara? ¿Qué importaba cómo había empezado la guerra o quién iba ganando? Él deseaba que hubiera paz entre ellos. Por el bien de Brittany, tanto como por el de ellos. Lo único que se interponía en el camino era el orgullo.

—No es tu culpa que yo sea un alcohólico, Kat. Nunca lo fue. —Se levantó, caminó hasta ella y se paró a su lado—. Lo siento. —Cuando puso una mano sobre su hombro, sintió que se ponía tensa. Dejó caer su mano a su costado.

Se quedaron callados, mirando hacia la calle.

—Yo también te pido perdón. —Lo miró con ironía—. Especialmente ahora, que volviste a ser un ser humano decente.

Alguna vez le había parecido atractivo su ingenio mordaz.

—Se te corrió el rímel. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo dio—. No te preocupes.

Está limpio.

Volvieron a sentarse a la mesa. Kathryn sacó una polvera de su cartera, la abrió y miró su rostro, secándolo suavemente. Con un

suspiro pesado, cerró de golpe la polvera y la devolvió a su cartera.

—Estoy harta de guardar las apariencias y de tratar de vivir según las expectativas ajenas. Ya ni siquiera sé quién soy. Solo sé que no quiero seguir siendo así. —El rímel comenzó a correrse otra vez.

Giró la taza de café sobre el platito.

—A Brittany no le gustó Jeff desde el principio. Creí que se entusiasmaría con él, pero no lo hizo. Entonces la quitaba de enmedio mandándola a clases de ballet y de piano, así como a jugar fútbol y a los campamentos de verano. Le decía que lo hacía por su propio bien, pero ella sabía por qué lo hacía. Quería vivir contigo. ¿Te lo dijo?

—Sí. —Pudo adivinar el resto. La idea de que Brittany prefiriera a su padre alcohólico antes que a su madre debió haber corroído la confianza que Kathryn tenía en sí misma y despertado su ira celosa.

Ella cerró los ojos.

—¿Cuándo te lo dijo?

—La primera vez que vino aquí. Le dijiste que yo no la quería.

Alzó la cabeza.

—Tal vez, eso no estuvo bien.

—¿Tal vez?

—De acuerdo. —Miró hacia otra parte—. Cuanto más la querías tú, menos dispuesta estaba yo a entregártela. Quería lastimarte como tú me habías lastimado a mí.

—Lo lograste.

—Creí que estaría feliz con eso.

Él la estudió.

—Habla bien de ti que no estés feliz por eso.

Sus hombros se aflojaron.

—Nunca pensé que podría hablar contigo de todo esto, Esteban. Ni en un millón de años.

Él nunca le había facilitado las cosas para que ella pudiera hablar de algo. Él había sido como un jugador de fútbol sentado en el banco, observando al equipo rival y esperando la oportunidad de dominar la pelota.

Pobre Brittany. Con razón su hija era tal desastre.

—Sé por qué huyó, Esteban —dijo, bebiendo su café—. Brittany y yo habíamos tenido una pelea terrible. Me dijo que había visto a Jeff con otra mujer. Yo le di una bofetada y le dije que lo único que hacía era tratar de arruinar mi matrimonio. Dijo que no era la primera vez que los veía juntos. Dijo que él era un sinvergüenza, y yo una ilusa por escuchar sus pobres excusas de por qué siempre llegaba tarde y por qué tenía que irse tan seguido de viaje de negocios. —Su boca se crispó—. Volví a abofetearla y dijo que era una borracha, igual que...

—¿Igual que su padre?

Kathryn se veía enferma.

—Y le dije muchas, muchísimas cosas más. Cosas crueles que ahora no recuerdo, pero que ella nunca olvidará. —Con una mano temblorosa, limpió las lágrimas de sus mejillas—. Yo estaba muy enojada. Le dije que estaba harta de ella y que deseaba que creciera y se largara. Y ella se quedó parada ahí, asimilando todo y mirándome como si me odiara. Dije que estaba harta de verla, con su cabello teñido de azul y el aro que tenía en la nariz. Le dije... Ni siquiera recuerdo todo lo que dije. Y lo único que hizo ella fue darse media vuelta y regresar a su habitación. Dio un portazo y se encerró con llave.

A la mañana siguiente, se había ido. Pensé que había salido como solía hacer. Siempre se iba a alguna parte. A veces desaparecía un par de días, pero siempre regresaba.

Después de tres días y tres noches, supe que realmente se había ido. Y me alegré. Por una semana, estuve contenta.

Ocultó su rostro en el pañuelo y sollozó.

—Así de buena madre fui. Entonces, después de dos semanas, tuve mucho miedo.

Tenía miedo de llamarte. No sabía qué hacer. Y algunas semanas después descubrí por mí misma que todo lo que ella me había dicho sobre Jeff era verdad.

—Fue en ese momento cuando me llamaste y quisiste que le dijera que ibas a divorciarte de Jeff.

Se sonó la nariz y dijo un sí lloroso.

Él oró para que su confesión no diera por terminada esta conversación.

—No se lo dije, Kathryn. Lo lamento. Ojalá lo hubiera hecho. Pero temía que la culparas a ella por la ruptura de tu matrimonio.

Al menos, no se puso a gritarle. Al menos, se había quedado sentada en la silla y no había montado en cólera.

Ella suspiró lentamente. Cerró los ojos, volvió a sonarse la nariz y arrugó el pañuelo dentro de su puño.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. Quiero ser yo la que le diga que tenía razón. —

Torció la boca—. Quizás pueda perdonarme cuando lo sepa.

Con el tiempo, quizás Brittany tuviera la capacidad de perdonarlos a los dos por sus fallas como personas y por sus fracasos como padres.

—Gracias. —Kathryn apenas lo susurró.

—¿Por qué?

—Por escucharme.

Debía haber empezado a practicarlo mucho tiempo atrás.

—Cuando gustes. —Era un hábito que valía la pena cultivar.

—Vaya, vaya, esto sí que es una novedad. —Brittany estaba parada en lo alto de la escalera, observándolos. Enganchó sus pulgares en las tiras de su mochila, mirándolo a él, y luego a su madre—. Nunca los he visto a ustedes en la misma habitación más de cinco segundos sin tener una pelea.

Esteban se apoyó en el respaldo de su silla y le sonrió a su hija.

—Tu madre y yo acabamos de desayunar juntos.

—No me digas.

—Tu padre cocinó.

—¿Hizo algo digno de ti, madre?

Cuando Kathryn no respondió, Brittany lo miró a él.

—Ella se queja de todo. No dejes que te afecte, papá.

—Dijo que estuvo bueno.

—Milagro del cielo. Otra primicia. —Brittany miró duramente a su madre. Esteban tenía la sensación de que una sola palabra incorrecta la haría retroceder por esa escalera y la sacaría de sus vidas.

—Tenías razón sobre Jeff, Brittany —dijo Kathryn, rompiendo el silencio.

—Dime algo que no sepa.

—Me divorcié de él.

—¿Crees que me interesa? —Brittany ladeó la cabeza de la misma forma que solía hacerlo Kathryn—. Desde que llegué aquí, aprendí algunas cosas. Papá *sí* me quería. Tú me decías que no.

—Mentí.

Por un momento, Brittany pareció sorprendida por la confesión de Kathryn, hasta que su rostro juvenil se endureció.

—¿Hay algún motivo por el que no debería odiarte por el resto de mi vida?

—No. Pero espero que no lo hagas.

—No cuentes con eso.

Esteban sintió pena por Kathryn. Él sabía lo difícil que era confesar.

Kathryn agarró la correa de su cartera y la colgó sobre su hombro.

—Será mejor que me vaya.

Esteban se paró.

—Te acompaño.

Brittany descolgó la mochila que traía y la apretó fuertemente con una

mano. Esteban tuvo la sensación de que la usaría como un arma, si Kathryn trataba de acercarse demasiado. Kathryn no lo hizo. Madre e hija se miraron una a la otra. Brittany le dio la espalda antes de que Kathryn pudiera decir nada.

Esteban bajó la escalera detrás de Kathryn. Le abrió la puerta del frente.

—¿Vas a estar bien?

—Supongo que tendrá que ser así.

—Quiero estar seguro.

Ella lo miró, pálida y triste.

—Has cambiado. —Arqueó los labios en una sonrisa sarcástica—. Tranquilo, Esteban.

Todos sabemos que soy demasiado egoísta para lastimarme a mí misma. —Su sonrisa se desvaneció. Volvió a ponerse los anteojos de sol e hizo un ademán frívolo—. Por lo menos, sé que Brittany está a salvo y que le va bien. Y eso me basta para seguir adelante por ahora.

Esteban observó a Kathryn mientras caminaba hasta su carro, abría la puerta y se deslizaba en el asiento. Puso en marcha el motor, se quedó quieta un instante con la cabeza agachada, y se alejó por la calle.

Eunice estaba comprando una caja de pastillas que supuestamente aliviaban las migrañas, cuando vio a Rob Atherton hablando con el farmacéutico.

—Lo sé; lo sé. —La impaciencia de Rob se notaba claramente—. Tengo una cita dentro de dos semanas. —otra vez el farmacéutico habló en voz baja, con una expresión sombría. Eunice se quedó atrás, sin querer escuchar a escondidas—. ¿De cuánto tiempo sería la espera? —El farmacéutico dijo que llamaría al médico de Rob por una nueva receta y la tendría lista en unos minutos—. Adelante. Hágalo.

Rob se dio vuelta y la vio. ¿Por qué la expresión tan incómoda?

La cajera llamó su atención y le preguntó si necesitaba ayuda. Eunice

le entregó la caja con las pastillas. La señora habló amablemente tecleando los números, tomó el dinero de Eunice, sacó el cambio, metió la cajita en una bolsa blanca y le engrapó la factura. Le dio a Eunice su compra.

—Que tenga un buen día, señora Hudson.

Ella vio que Rob deambulaba por uno de los pasillos.

—¿Todo bien, Rob?

Él levantó la vista.

—La verdad, no. Necesito reponer mis pastillas de nitroglicerina, y él insiste en que me haga un chequeo con mi doctor. Tiene razón, desde luego, pero he estado demasiado ocupado para eso.

—¿La nitroglicerina no es para problemas cardíacos?

—Para la angina de pecho.

—No sabía...

—No tendrías por qué saberlo, a menos que Sheila se lo haya mencionado a tu esposo durante una de sus... citas de consejería.

Lo dijo de una manera tan peculiar, que ella se preguntó a qué se refería. ¿Le preocupaba que Pablo hablara de cosas que no debía?

—Te aseguro —le dijo ella con amabilidad— que Pablo nunca me dice nada de lo que se habla en sus sesiones de consejería.

Los ojos de él se estrecharon apenas.

—Supongo que no debería sorprenderme.

Otra vez, un trasfondo de algo desagradable. ¿Qué estaba pasando aquí? Pablo jamás quebrantaría una confidencia. Era una cuestión de ética. No estaba segura de qué decir, además de lo que ya había dicho.

—Me siento negligente por no saber que has tenido problemas de salud, Rob. Lo siento.

—Bueno, para ser franco, me vendría bien un consejo de hermana. —El farmacéutico lo llamó—. ¿Te molestaría darme unos minutos, Eunice? Me gustaría preguntarte tu opinión sobre algo.

Ella tuvo una sensación incómoda en la boca del estómago, pero accedió a esperar. Él pagó su receta y escuchó la advertencia del farmacéutico sobre los efectos secundarios del medicamento y la explicación para usarlo adecuadamente. Rob se unió a ella en el pasillo de los medicamentos para dolores de cabeza y de estómago.

—¿Hay algún lugar donde podamos conversar?

Ella sugirió la cafetería en la esquina de la cuadra.

—Hace unos días pusieron unas mesas afuera, en la acera. Está agradable y soleado y no debería haber muchos clientes a esta hora de la mañana.

Rob eligió la mesa más alejada de la puerta principal. Todavía no habían colocado la sombrilla.

—No estoy seguro de cómo empezar. No sé cuánto sabes.

—¿Saber sobre qué?

—Sobre la consejería de Sheila.

—Bueno, desde luego que nada. Pablo nunca habla con nadie de sus citas de consejería.

Él arqueó un poco los labios hacia abajo, estudiándola. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró al ver que se acercaba la mesera. Le preguntó a Eunice qué quería.

—Un latte, por favor. —Él pidió un café descafeinado.

Se reclinó hacia atrás en su silla y la estudió.

—¿Cuánto sabes de mí y de Sheila?

—Sé que ambos han sido muy generosos con la iglesia. —No sabía con certeza cuánto decir ni cómo decirlo—. Sheila parece mucho más interesada en involucrarse en la iglesia que tú.

Él soltó una carcajada corta.

—Supongo que es una manera de decirlo.

—He escuchado que viajas mucho.

—Tan seguido como puedo.

Su tono cáustico la inquietó.

—Por negocios, según tengo entendido.

—Por negocios —dijo él, asintiendo—. Y, a veces, por cuestiones personales. —Apoyó las manos sobre la mesa y unió las puntas de sus dedos—. Voy a Florida todos los

meses. Mi exesposa vive ahí. Todo es un lío, Eunice. Voy a explicarte cómo es todo este asunto, y después te pediré consejo. ¿Está bien? —Se apoyó otra vez en el respaldo mientras la mesera servía su orden.

Eunice le agradeció el latte antes de beber el primer sorbo. Casi esperaba que él contuviera el impulso de contarle algo más sobre su vida privada, pero lo vio acercar la silla a la mesa, aparentemente con la intención de continuar.

—Molly, mi primera esposa, pagó mis estudios universitarios. Me ayudó a entrar en el mundo de los negocios. Es la madre de mis dos hijos. Cuando ellos entraron a la secundaria y empezaron a causarnos algunos problemas, contraté a una nueva secretaria. Inteligente, joven, hermosa. Como podrás adivinar, era Sheila, y no pasó mucho tiempo hasta que empecé a tener una aventura con ella. Mi mujer me parecía aburrida, comparada con ella. Molly nunca había ido a la universidad. Nunca tuvo la oportunidad. —Volvió a echarse hacia atrás con una mirada distante.

—Creo que, en algún sentido, Molly me daba vergüenza. Yo tenía una maestría, ganaba más dinero del que podría haber soñado en toda mi vida y estaba involucrado en un montón de actividades sociales, y Molly parecía no encajar en eso. Peor aún, parecía que no le interesaba encajar. Empecé a llevar a Sheila a las cenas de negocios y, a partir de ahí, las cosas siguieron su curso. Le pedí el divorcio a Molly. Por supuesto, ella y los niños quedaron devastados. Pero, para entonces, estaba tan enamorado de Sheila, que no me importaba lo que le hacía a mi familia. Tenía amigos que habían pasado por cosas similares y me daban consejos. Malos consejos. Me dijeron que sacara todo el dinero posible de las cuentas mancomunadas y lo pusiera todo a mi nombre. Y eso hice.

Me justificaba diciéndome a mí mismo que era quien había hecho el dinero durante todo el matrimonio, excepto por los primeros cuatro años en los que Molly trabajó y me pagó los estudios.

Negó con la cabeza y desvió la mirada.

—Conseguí un abogado poderoso para asegurarme de que me quedaría con la mayor parte del patrimonio en el divorcio. Molly no me enfrentó. Dijo que esperaba que entrara en razón y que volviera a la casa. Así que me fue fácil aprovecharme de ella.

Aceptó todo lo que mi abogado propuso. La manutención infantil. La pensión conyugal por diez años. La mitad de la casa. Nunca se detuvo a pensar cómo me pagaría por mi mitad con lo poco que iba a darle.

Se inclinó hacia adelante y sostuvo un momento la taza. Bebió un sorbo, hizo una mueca y continuó.

—Molly no puso en venta la casa sino hasta una semana después de que me casé con Sheila. Estaba en una zona exclusiva y se vendió en la primera semana. No tenía dinero para comprar otra casa como esa, así que alquiló una casa más barata en el mismo distrito escolar. Quería asegurarse de que los niños terminaran la escuela con sus amigos. Lo cual hicieron. Vi a Molly un par de veces. Había bajado mucho de peso.

Estaba tomando clases de computación en un colegio universitario para poder conseguir un empleo. La pensión conyugal no le alcanzaba, ¿sabes? Pero nunca me pidió más. Mi hijo me lo contó la última vez que habló conmigo.

Eunice podía ver su dolor. Cuando él la miró detenidamente tuvo la sensación de que estaba tratando de ver si ella lo estaba juzgando duramente. Ella estaba tratando de no juzgarlo en absoluto.

Los hombros de él se relajaron.

—El caso es que sigo amando a Molly. Sigo amando a mis hijos. —Soltó una risa desoladora—. Ninguno de ellos está interesado en tener una relación conmigo. Y no porque Molly los haya envenenado contra mí. Ellos vieron todo claramente. Yo me busqué una esposa trofeo. Alguien más joven y más bonita que su madre, a quien no le importó qué métodos tuvo que usar para conseguirse un esposo con dinero. Sheila todavía desprecia a Molly, sigue resentida por cada centavo que les mando a mis hijos.

La verdad es que Sheila ni se interesa por mí.

—Estoy segura de que eso no es cierto, Rob.

La miró con una rara mezcla de lástima e impaciencia.

—No tienes un gramo de maldad, ¿verdad? No tienes idea de cómo opera una mujer como Sheila. Lo retorcida y mentirosa que puede ser. Es sumamente ambiciosa.

Probablemente, ahora esté... —Se detuvo. Apretando los labios, volvió a negar con la cabeza. Bebió otro sorbo de café—. Tómalo como de alguien que la conoce. Sheila se aburre fácilmente, y de mí se aburrió después de los primeros años. Al principio, me molestaba, y hacía todo lo posible por retener su interés en mí. Después de un tiempo, miré para otro lado y me metí de lleno en mis negocios.

—Sheila todavía está contigo, Rob. Seguramente eso significa algo.

—Sí. Yo creo que significa *algo*. —Lo que él pensaba que significaba no le servía de consuelo.

Eunice se sintió fuera de lugar.

—Tal vez deberías hablar con Pablo...

Él la miró de manera extraña.

—No creo que me escucharía con imparcialidad.

—Pablo ha aconsejado a otras parejas. Él...

—Es demasiado tarde, Eunice.

—Nunca es demasiado tarde.

Él negó con la cabeza.

—Sheila me tiene sin cuidado. Mi problema es lo que siento por Molly. Solía sentirme carcomido por la culpa. Ahora me doy cuenta de que es algo más que eso. Todavía la amo. Me aseguro de regresar a Florida cada dos meses. Para ver a mis hijos. Bueno, eso es lo que le digo a Sheila. Pero la verdad es que regreso para ver a Molly.

Sonrió incómodo.

—Es alguien especial. Le llevó diez años, pero se graduó de la universidad. El mes pasado cumplió cincuenta y seis años y está mejor que nunca. Hizo cosas que nunca supe que quería hacer. Hace unos años, empezó a salir a caminar. Mi hija me contó que Molly entrenó con pesas y mochilas durante meses porque quería venir a California y escalar el monte Whitney. Pensé que estaba loca y que se daría por vencida. Pero el año pasado lo hizo. Yo no podía creerlo. Ahora, tiene

planes de ir a Europa con unas amigas y recorrer España caminando. Incluso ha estado tomando clases de español. —Sacudió la cabeza—. Y yo pensaba que era aburrida.

La mesera les preguntó si querían algo más. Él pidió otro café descafeinado. Eunice apenas había probado el latte. Tenía el estómago revuelto. ¿Por qué estaba tan tensa? A lo largo de los años, infinidad de personas habían acudido a ella para pedirle consejo.

¿Por qué estaba tan incómoda ahora?

Rob se recostó hacia atrás.

—El mes pasado fui allá para la boda de mi hijo. Ni se lo dije a Sheila porque sabía que mi hijo no querría verla allí. A Molly y a mí nos sentaron juntos en la recepción.

Charlamos toda la tarde. Cuando mi hijo se fue con su esposa a la luna de miel, Molly y yo fuimos a un restaurante y hablamos un poco más. La conclusión es que todavía la

amo. Nunca dejé de hacerlo, realmente. Lo que sentía por Sheila era lujuria, y eso murió hace mucho tiempo. Cada vez que regreso y veo a Molly, la amo un poquito más.

—¿Se lo dijiste?

—Sí, se lo dije. Se puso a llorar. Se ha hecho una vida sin mí. Y me recordó que ahora estoy casado con Sheila. Si es que eso se puede llamar un matrimonio. —Maldijo en voz baja—. No soporto estar en la misma casa con Sheila. No para de hablar de lo que sea.

Nada la conforma. Si le diera la luna, ella querría Marte. Me agota la energía. Nuestro matrimonio es un desastre. ¡Siento como si estuviera viviendo en una pesadilla! —No pudo disimular su desesperación.

—Rob, alguna vez amaste a Sheila.

—No fue amor, Eunice. Eso es lo que estoy diciendo. —Tenía los ojos llenos de angustia—. Quiero recuperar a mi esposa. Quiero volver a casa en la noche para estar con Molly. Quiero una relación con mis hijos. Quiero restauración. ¿Dios no habla de restauración?

Los ojos de Eunice ardieron con lágrimas. ¿Qué podía decir que consolara un poco a este hombre atormentado? Él no entendía la restauración de la que hablaba.

—Rob, si te acercas al Señor, él te dará paz en esta cuestión. Te ayudará a construir…

—¡No necesito escuchar nada sobre el Señor! Lo que quiero que me digas es si una mujer puede perdonar a un hombre por traicionarla de la manera en que traicioné a Molly. ¿Tú lo harías?

—No es una pregunta justa.

—Sí es justa. ¡Necesito saberlo! Molly dice que ya me perdonó, pero ni siquiera quiere hablar de que volvamos a estar juntos. Ella me amó alguna vez. Recuerdo cuánto me amaba. Sacrificó sus propios sueños para pagar mis estudios. ¿No crees que todavía podría haber un poco del amor que hubo? ¿Que podría revivir?

Eunice se sentía desgarrada. Independientemente de en qué se había transformado el matrimonio entre Rob y Sheila, era un matrimonio, y no debía ser descartado a la ligera.

—Rob, si estás pidiendo que te dé mi aprobación para dejar a Sheila para que puedas intentar recuperar a Molly, no puedo dártela.

—¿Por qué no? —dijo él, estudiándola.

El corazón de Eunice latió con fuerza. Pensó qué diría Pablo si supiera lo que estaba a punto de decirle a un hombre que le había dado tanto dinero a la iglesia.

—Porque es egoísta. —Lo dijo con toda la delicadeza que pudo—. No estás teniendo en cuenta la vida que Molly construyó, sino lo que tú desperdiciaste.

—Me pregunto si sentirías lo mismo si realmente conocieras a Sheila.

Ella estiró el brazo y puso una mano sobre la suya.

—Rob, *tú* tomaste la decisión de dejar a Molly. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Sí.

—Entonces, ¿es justo que le eches toda la culpa a Sheila por las dificultades que estás teniendo? ¿O poner la responsabilidad de tu futura felicidad en manos de Molly? Son cosas que tienes que entregarle a Dios. Busca Su voluntad para tu vida. Él puede sanarte, si estás dispuesto a dejar que lo haga.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y si te dijera que Sheila no me es fiel?

Ella retiró su mano y retrocedió, el corazón le latía de una manera extraña.

—¿Tienes algún motivo para creer que no lo es?

La expresión de él se volvió cínica y habló con un tono amargado:

—¿Quieres decir, además del amorío adúltero que tuve con ella?

—Sí.

—Ah, sí. Suficiente. —Le sostuvo la mirada.

El Espíritu se movió dentro de ella, pero no quiso escucharlo. No quiso ampliar lo que Rob estaba implicando. Y no quiso preguntarse a sí misma porqué.

Rob suspiró pesadamente.

—Supongo que es como dice el viejo y acertado dicho: "Si te gustan las rosas, aguántate las espinas". —Terminó su café—. Será mejor que me vaya a trabajar. —Se puso de pie.

—Lo lamento, Rob —dijo ella, sintiendo que le había fallado.

Cuando le tendió la mano, ella la tomó.

—Ni la mitad de lo que lo lamento yo. —Puso la otra mano sobre la de ella y la apretó suavemente, con una expresión curiosamente tierna y triste—. Me recuerdas a Molly.

Eunice se quedó otra media hora en la mesa al frente de la cafetería, con su latte frío e intacto.

CAPÍ TULO 17

PABLO ENTRÓ A LA OFICINA de la iglesia.

—Hola, Reka, ¿cómo estás? Qué bueno verte. —Estiró la mano y tomó la correspondencia que ella le entregó mientras pasaba por su escritorio—. Despéjame la agenda esta mañana, por favor. —Clasificó los sobres—. Tengo algo de trabajo que necesito hacer. Y no me pases llamadas.

Cerró la puerta de su oficina privada y arrojó media docena de cartas al bote de basura.

Siempre había alguien en el campo misionero con la mano estirada, pidiendo una donación. Desde que el comité había decidido reducir a la mitad el presupuesto para las misiones, él ni se había molestado en transmitir los boletines de Corea, Sudáfrica y México. El Centro Nueva Vida del Valle necesitaba el dinero. Ellos tenían su propio campo misionero por cosechar.

Sacó una carta de Dennis Morgan. Gracias a Dios. En este momento, el presupuesto necesitaba una inyección y Morgan siempre enviaba un cheque importante. Abrió el sobre con el cortapapeles y miró el cheque en primer lugar. ¿Dos mil dólares? ¿Eso era todo? La nota decía: *«Destino de la ofrenda: Becas para el seminario Cumplidores de Promesas.*

D. M.».

Enojado, Pablo arrugó la nota y la arrojó al cesto. ¡Así que ahora tenía un plomero contratado diciéndole lo que tenía que hacer! Morgan no tenía idea de dónde se necesitaba más el dinero. La comisión decidiría qué hacer con los míseros dos mil dólares.

El intercomunicador zumbó. Irritado, apretó el botón.

—Reka, te dije que no me pases llamadas.

—Es lo que acabo de decirle a la señora Atherton, pastor, pero ella insiste en que tiene que hablar con usted.

Su pulso se disparó.

—Está bien. —Esperaba haber sonado más tranquilo de lo que se sentía.

—La señora Talbot llamó hace unos minutos. Su esposo falleció anoche.

—Lamento la noticia. La llamaré luego. —Soltó el botón, rodeó su escritorio y abrió la puerta—. Sheila. —Se sintió satisfecho con el sonido fresco de su voz—. ¿Cómo puedo ayudarte? —Ella tenía puesto el bonito vestido amarillo de verano que a él tanto le gustaba.

—Disculpe que sea una molestia, pastor Pablo. —Ignorando a Reka, Sheila entró en su oficina—. Sé que está ocupado, pero necesito hablar de algo importante con usted.

Pablo hizo contacto visual con su secretaria.

—¿El boletín de la iglesia ya está terminado, Reka?

—Lo tengo justo aquí, todo listo.

—¿Por qué no adelantas tu horario de almuerzo ahora y pasas a dejarlo por la imprenta?

—Suelo dejarlo de regreso a casa.

—Y la última vez llegó tarde. Lo quiero en la imprenta a las diez. Eso te da media hora para llegar allí.

—Sí, señor —dijo ella, ruborizándose.

Nunca antes lo había llamado señor. Él la miró, pero ella ya estaba inclinada sobre el cajón inferior de su escritorio, sacando su cartera.

—No quise ser brusco, Reka. Sé que das lo mejor de ti. Tómate tu tiempo. En un momento saldré a una reunión y no regresaré hasta las dos de la tarde. —Cerró la puerta.

Sheila sonrió y pasó una mano por su brazo.

—Sé que no quieres que siga viniendo a tu oficina, Pablo, pero tenía que verte. No pude evitarlo. ¿En serio tienes una reunión?

—Reka todavía está al otro lado de la puerta —dijo, sujetándole la mano.

Sheila lanzó su cartera sobre el sofá.

—Reka fue grosera conmigo. Me mira con desprecio.

¿Sospechaba su secretaria sobre su relación con Sheila? Él esperaba que no.

—Deberías haber visto su cara cuando entré. Echó un vistazo a mi vestido y se le transformó la cara como si hubiera tragado una cucharada de vinagre.

—No te vestiste para complacer a Reka.

—No, no lo hice. —Sonriendo, se acercó a él—. Te gusta, ¿verdad?

Demasiado. Se lo había puesto para un picnic de la iglesia y él apenas había podido quitarle los ojos de encima. Ahora, le estaba costando concentrarse.

—Reka solo está haciendo su trabajo. —La piel de Sheila era de un color dorado tostado.

Él quería acariciar los hombros con sus manos. Quería hacer mucho más que eso, pero este no era el lugar. Ella lo sabía tan bien como él.

—Mira, no es trabajo de una secretaria manejar la vida de su jefe.

—Reka no maneja mi vida. Me ayuda a cumplir mis horarios.

—Se está pasando de la raya, y lo sabes. —Jugueteó con un botón de su camisa—.

Deberías despedirla… y contratarme a mí.

—Entonces sí que tendría un problema.

—¿Qué significa eso? —Le quitó las manos de encima—. ¿Que yo no podría hacer el trabajo? Era lo que solía hacer para ganarme la vida antes de casarme con Rob.

Hoy no era ella misma.

—Estoy seguro de que tienes capacidad para hacerlo, Sheila, pero me costaría mucho mantenerme enfocado en mi trabajo.

Su conducta cambió.

—Podrías disfrutar mucho más de venir a la oficina.

—Iba a llamarte, Sheila.

—¿En serio?

Estaba tan cerca que él podía oler su perfume. Algo exótico que se le

subió a la cabeza.

Nervioso y transpirando, la esquivó.

—Reka ya debería haberse ido. —Miró hacia el estacionamiento a través de las cortinas transparentes. Ella estaba saliendo hacia su carro. Tenía el teléfono celular en la oreja. Se quedó parada junto a su Toyota mientras hablaba.

—¿Ya se fue?

—Está entrando a su carro.

—Entonces ahora estamos solos. Puedes relajarte. —Sheila se sentó y cruzó sus piernas elegantes.

El corazón de él latía fuertemente.

—Primero tenemos que hablar.

Su expresión se volvió cautelosa.

—¿Sobre qué?

—En primer lugar, tienes que dejar de llamarme a casa.

—Nunca dejo mensajes.

—Y volviste a besarme cuando salías de la iglesia. Tienes que dejar de hacerlo.

—¿Por qué? —Sonrió—. Solo fue un beso entre amigos. —Balanceó hacia adelante y hacia atrás un pie calzado con una sandalia—. Nadie pensó nada de eso, Pablo. —

Levantó las cejas—. Eunice ni siquiera lo notó.

—Eunice no es la que está empezando a murmurar. —A veces se preguntaba por qué estaba arriesgándose tanto. ¿Estaba enamorado de Sheila? Ella lo hacía sentirse más hombre que Eunice.

—¿Qué te molesta realmente, Pablo?

Las cosas estaban descontrolándose.

—Creo que la situación se nos está saliendo de las manos, Sheila. —Nunca debió haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Ni

siquiera podía pensar con claridad en cuanto a ella. Se sorprendía a sí mismo soñando despierto con ella mientras estaba sentado a la mesa cenando con Eunice.

Ella se echó a llorar.

—Creí que te importaba.

—Claro que me importas. —Se sentó a su costado.

—Lamento haber sido descuidada el domingo, pero hacía cuatro días que no hablábamos. No podía esperar más. Tú has sido mi salvador, Pablo. Eres el hombre más bueno y más considerado que haya conocido. Sin ti, me secaría y moriría por dentro.

Sintió que flaqueaba. Ella lo necesitaba. Él no podía darle la espalda.

—Tienes que prometer que no vendrás a mi oficina, excepto para nuestras reuniones.

Tenemos que ser cuidadosos. —Le tomó la mano y la besó—. Los rumores podrían destruirnos a los dos.

—A Rob no le importa lo que yo haga. Y Eunice no te hace feliz; no como yo.

Sintió que su estómago se tensaba.

—A la iglesia le importa lo que yo hago. No queremos lastimar a nadie, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. —Retrocedió de mala gana—. Pero es tan difícil mantenerme lejos de ti. Nadie me ha hecho sentir jamás como tú. Solo tienes que mirarme, y me derrito por dentro. Desearía importarte como tú me importas a mí.

Él la besó suavemente en la boca.

—¿Eso te lo dice?

Ella se inclinó sobre él, con los labios separados.

—Oh, Pablo...

La puerta estaba cerrada. Reka se había ido. ¿Por qué estaba tan preocupado? La besó otra vez. Cuando levantó la cabeza, vio que los ojos de ella eran como el agua oscura.

—¿Eso está mejor?

—Mucho. —Ella jugueteó con su cuello—. Rob se fue esta mañana. Anoche revisé sus boletos mientras estaba duchándose. No regresará hasta el miércoles de la semana que viene. Esta noche, cuando termine la reunión de la comisión, podrías venir a mi casa.

Sería tan maravilloso, Pablo. Tú y yo solos. Nada de teléfonos sonando, ninguna secretaria instalada al otro lado de la puerta. Podrías meter el carro en el garaje. Nadie lo vería. Nadie lo sabría. Nadie saldría lastimado.

—¿Y qué le digo a Eunice?

—Dile que hubo una crisis y que te necesitaban. La última vez la llamaste y no te hizo preguntas cuando llegaste a tu casa pasadas las dos de la mañana.

Eunice creía todo lo que él le decía.

—No creo que sea una buena idea.

—Eunice ni siquiera te extrañará. Dijiste que lo único que hace es leer la Biblia.

No podía pensar claramente cuando ella lo tocaba.

—Podemos hacer lo que queramos, Pablo. Nadie lo sabrá. Además, Eunice no te ama como yo. Y no es justo que Rob me deje sola todo el tiempo. Eunice siempre está ocupada ayudando a los demás, y en lo único que piensa Rob es en el dinero. Podrías venir a casa y entrar al spa conmigo.

Eunice ya no lo satisfacía. No lo había hecho en mucho tiempo. Era demasiado inocente para entender a un hombre como él. Sheila sí lo entendía. Le vendría bien relajarse y ser él mismo.

—Tendremos cuidado, Pablo, tanto cuidado que ni un pajarito nos delatará. —Le bajó la cabeza—. Nadie nos descubrirá.

Y Pablo estaba demasiado presionado por su deseo para tener en cuenta que alguien ya lo sabía.

Eunice escuchó el timbre del teléfono mientras se dirigía a la puerta trasera. Se quejó y miró su reloj. Había estado esperando con ansias encontrarse a tomar un té con Samuel en Vine Hill. Todavía tenía tiempo.

—Residencia Hudson. Habla Eunice.

—Eunice, soy Reka. Tienes que venir a la oficina de la iglesia ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Todo. No voy a estar en la oficina cuando llegues. Iré a la imprenta, y después me iré a casa. Y no regresaré. Porque no puedo. Lo lamento. Lamento mucho hacerte esto. —

Cortó llorando.

Ay, Señor, ¿qué pasó? Eunice colgó el teléfono y salió por la puerta trasera. Al sentarse en el asiento del conductor, sacó su celular de la cartera y lo conectó. Se puso el auricular y marcó el número de Samuel mientras arrancaba el carro.

—¡Samuel! Habla Euny. Hoy no podré ir a verte. —Salió del garaje en reversa y apretó el control remoto para cerrar el portón.

—Te escucho preocupada.

Metió el cambio y se dirigió a la calle.

—Reka acaba de llamarme. Creo que renunció. Dijo que Pablo me necesita en la iglesia de inmediato. No sé qué sucedió, pero tengo que averiguarlo.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Ora, Samuel. Ora con todas tus fuerzas.

—He estado haciéndolo durante años.

—Lo sé. Gracias. —No quería sonar alarmista—. Estoy segura que todo estará bien. Te llamaré más tarde. Saluda a Bessie de mi parte, por favor. Dile que pronto iré a verla.

—Lo haré. Conduce con cuidado.

Apretó el botón de apagado, arrojó el auricular al asiento del acompañante y dobló hacia la carretera principal. Cuando giró en el estacionamiento de la iglesia, vio una docena de carros esparcidos bajo cualquier sombra disponible. Recordó que había un ensayo para una boda a las once. Uno de los pastores asociados oficiaría la ceremonia.

Estacionó su viejo Buick al lado del Mercedes nuevo de Pablo. Agarró su cartera y caminó hacia la puerta principal del Centro Nueva Vida del Valle.

El teléfono sonaba en el escritorio de Reka, pero, antes de que Eunice pudiera contestar, el contestador automático se activó con un clic, identificó a la iglesia y continuó con los horarios de los servicios, diciéndole finalmente a la persona que llamaba que dejara un mensaje y prometiendo que alguien le devolvería la llamada tan pronto como fuera posible. «¡Dios lo bendiga!».

Cuando el mensaje terminó, Eunice escuchó otros sonidos. Su corazón se paralizó.

—¿Pablo? —Abrió la puerta de un empujón, contuvo la respiración y se quedó mirando, demasiado herida y horrorizada para hablar.

— *¡Eunice!*

Creyó que le explotaría el corazón y que se moriría ahí mismo, junto a la puerta abierta.

—Ay, Dios, ay, Dios...

—Eunice. —Parecía la única palabra que Pablo podía decir mientras intentaba arreglarse la ropa. No había duda de lo que habían estado haciendo—. Eunice.

Nunca antes había visto semejante expresión en el rostro de su esposo. Horror.

Vergüenza. Miedo. Ira.

Eunice retrocedió y salió por la puerta y la cerró. Jadeó para tomar aire y soltó la perilla de la puerta como si le hubiera quemado la mano. Después dio media vuelta y huyó.

—¡Eunice, espera! —Pablo estaba paralizado por la conmoción.

Sheila gateó y se levantó.

—¿Qué hacía ella aquí?

En el ardor del momento había olvidado cerrar la puerta con llave. El remordimiento se apoderó de él.

—¡Eunice, cariño, espera! —Salió corriendo detrás de ella, pero, para cuando llegó a la salida, ella retrocedía saliendo de su lugar del estacionamiento con las ruedas chirriando. Enfermo de temor, se quedó observándola mientras se alejaba hacia la calle.

Afortunadamente no había nadie en el estacionamiento. Regresó a zancadas a la oficina, con el corazón dando brincos en su pecho como un conejo asustado.

Sheila estaba pálida y caminaba de un lado al otro.

—¿Qué voy a hacer? ¿Por qué no cerraste con llave?

—Me distrajiste.

—¿Yo te distraje? ¡No podías esperar para poseerme! ¡No me culpes a mí por este lío, Pablo!

Él debía haber cerrado la puerta, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso. Por lo menos, Reka no estaba en la oficina. Al menos había tenido la precaución de enviar a su secretaria a hacer trámites antes de que todo empezara. Se secó la transpiración de la nuca. Podía razonar con Eunice. Ella nunca diría nada que pudiera causarle daño a la iglesia.

Los ojos de Sheila estaban desorbitados. Pablo nunca la había escuchado decir una grosería; mucho menos la sarta de palabrotas que salían de su boca en este momento.

—¿Qué voy a hacer?

Pablo se hacía la misma pregunta. ¿Por qué Eunice había elegido este día para visitarlo en su oficina? Nunca antes había interferido.

—Lo solucionaremos. —¿Cómo iba a solucionarlo? ¿Por qué había entrado Eunice a buscarlo sin esperar a que él le diera permiso para entrar? Así, al menos, él y Sheila hubieran podido incorporarse y arreglarse para que pareciera una sesión de consejería con mucha

carga emocional y nada más. Por lo menos, podría haberles advertido, antes de entrar de golpe—. Cálmate, Sheila. Todo va a estar bien. Hablaré con ella.

—¿Estás bromeando? Tú no lo entiendes, ¿verdad? Rob estaría encantado de divorciarse de mí. Si se llega a enterar de esto, me pedirá el divorcio.

—Creí que eso era lo que querías.

—No, *no* es lo que quiero.

Fue tan firme, que él se sintió herido.

—Entonces hablaré con él. —Esperaba que Rob no tuviera un arma.

—Ay, genial. Qué buena idea. ¿Y qué vas a decirle? ¿Que no pudiste evitarlo? Él sabrá lo que ha estado pasando. Lo *sabrá*.

¿Qué había estado pasando? Nunca había visto así a Sheila.

—Ya encontraré la manera. Sheila, yo...

—Cállate, ¿quieres? ¡Solo déjame pensar! Lo único que puedes hacer es empeorar las cosas. —El rostro que Pablo consideraba tan hermoso, ahora se veía retorcido y feo. Lo miró furiosa—. ¿Qué miras?

—A ti. Nunca te había visto así antes.

—¿Así cómo?

Furiosa, grosera, con los ojos negros de malicia. Despectiva. Tuvo la sensación de que estaba viendo a la verdadera Sheila por primera vez.

—Todo esto ha sido un juego para ti, ¿verdad?

Los ojos de ella parpadearon.

—No. Por supuesto que no.

La ira surgió de lo profundo de su interior.

—Estás mintiendo.

—¡Nunca te mentí sobre nada!

Vio la verdad más grande que ella trataba de esconder.

—Está bien, pero lo único que quería era divertirme un poco. Rob es muy aburrido. —

Juntó sus cosas—. No me mires así. Tú quisiste seguirme el juego. No finjas lo contrario.

La estabas pasando muy bien.

—¡Eres una ramera! —Estaba tan furioso que podría haberla golpeado con sus puños—.

Un pastor, ¿fue eso? Fui un desafío para ti. Nada más.

Los ojos de ella relampaguearon.

—¿Un desafío? No te hagas ilusiones. —Recogió su cartera del piso—. De todas maneras, tu conciencia culpable estaba empezando a aburrirme.

—Lárgate de aquí. —Lo que había sentido por ella desapareció, arrasado por la tormenta de lo que acababa de descubrir—. Si hablas de esto con quien sea, yo les contaré mi versión de la historia.

Se volvió hacia él; la apariencia inocente y herida que había usado durante meses se esfumó.

—Ah, ¿te refieres a la parte en la que me sedujiste? —Su sarcasmo desgarró su seguridad.

—¡No lo hice!

—Me acerqué a usted para pedirle *ayuda*, pastor Pablo. ¿Se acuerda? Y usted me *usó*.

—¡Eso es mentira!

—¿Y qué? —Se rio de él—. ¿No te parece que la gente me creerá a mí? Las personas siempre quieren creer lo peor. ¿Acaso no sabes nada?

—Me conocen.

—No tan bien como yo, y yo solamente tengo que convencer a unos cuantos.

¿Cómo pudo ocurrírsele alguna vez que amaba a esta mujer? ¿Qué había visto en ella?

Era taimada, despiadada. Sintió compasión por Rob Atherton por primera vez desde que comenzó a aconsejar a Sheila.

—¿Crees que podrás convencer a tu esposo?

Se puso pálida y sus ojos le dispararon una mirada penetrante.

—No quiero divorciarme, al igual que tú. —Miró hacia la puerta, y luego a él—. Mira, lo lamento, Pablo. Nunca tuve la intención de lastimarte. —Sus ojos se entrecerraron—. Lo único que tienes que hacer es convencer a la señora santurrona de que estás arrepentido y jurarle que nunca volverás a mirar a otra mujer. Ella te perdonará. Las mujeres como ella siempre lo hacen. —Salió raudamente.

Pablo sintió que su vida se desmoronaba. No podía salir corriendo del lugar, detrás de su esposa, sin que la gente murmurara. ¿Qué iba a hacer? Necesitaba darle tiempo a Sheila para alejarse antes de poder salir. Tenía que aparentar que todo estaba normal antes de recorrer el vestíbulo y salir por la puerta. Si lo veían, sabrían que había pasado algo malo.

Sintió unas gotitas de sudor. Abrió las cortinas de un tirón. ¡Qué iluso había sido! ¡Qué crédulo, qué tonto ingenuo! Agarró su billetera, las llaves del carro y el celular del cajón superior del escritorio. Hablaría con Eunice. Le haría entender que todo fue un error.

Que había perdido la cabeza. Le diría que estaba arrepentido. Ella no haría nada que perjudicara su ministerio. Cualquier cosa que hiciera por lastimarlo la perjudicaría a ella también. Después de todo, era su esposa. La gente podría querer saber por qué él había tenido que buscar amor en otra mujer.

Gracias a Dios, Reka estaba camino a la imprenta cuando Eunice entró.

Se congraciaría con Eunice. Le diría que la amaba. Que todo había sido un error, que nunca volvería a suceder. Siempre había podido hacerla escuchar. Y con tanto en juego, seguramente lo escucharía esta vez también.

Eunice lanzó su maleta vacía sobre la cama y la abrió violentamente. No se llevaría todo; apenas lo suficiente para arreglárselas durante una

semana. O dos. Tenía que irse.

Tenía que pensar. Sollozando, hurgó en su ropa. A cualquier parte que fuera, necesitaría llevar un vestido para ir a la iglesia. *¿Cuál? ¿Cuál debería llevar?* Eligió uno verde pálido y lo sacó de un tirón. El colgador cayó al piso. Eunice se agachó y lo levantó. Abby había tejido a croché el forro para este colgador. Pasó un dedo por los bellos capullos de rosa que rodeaban la base del gancho metálico y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Cuántas horas había pasado su amada amiga haciendo este regalo? Cada Navidad, Abby le regalaba dos más.

Metiéndolo bruscamente bajo su brazo, descolgó un vestido tras otro, dejándolos caer al piso mientras sujetaba los colgadores bajo el brazo. No paró hasta que sacó todos los que Abby había hecho para ella. Con manos temblorosas, los acomodó cuidadosamente dentro de su maleta y puso encima un vestido doblado. Envolvió la foto de Timoteo en un pulóver. Abrió un cajón de la cómoda y buscó el pequeño alhajero que había sido de su madre. Lo abrió y sacó el pequeño relicario en forma de corazón que Pablo le había regalado en su quinto aniversario. Dentro de él había una foto de su apuesto esposo, sonriente, tan joven y confiado. Con un gemido, lo lanzó al otro lado de la habitación y empacó el alhajero de su madre.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Pablo desde la puerta.

Se sobresaltó al oír su voz.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —Su corazón comenzó a palpitar fuertemente—.

Me voy.

—No me dejes, Eunice. Por favor. Yo te amo.

¿La amaba? ¿Creía él que ella era tonta?

—Por favor, Eunice. Escúchame.

—Necesito alejarme. Necesito pensar.

—Puedes pensar aquí. Sentémonos y hablemos de esto.

—¡No me hables con tu voz de consejero! ¡Guárdatela para Sheila! —Empezó a llorar otra vez con fuertes sollozos, llenos de angustia y

furia.

—Cariño... —Trató de acercarse a ella, pero Eunice retrocedió. Lo odiaba. Podía sentir el perfume de Sheila en su habitación—. Sheila ya no está en mi vida. Déjame explicarte lo que sucedió.

—No quiero escuchar...

—Está bien. De acuerdo. Ahora no. Pero arreglaremos las cosas.

—Arregla tú las cosas. —Abrió de un tirón otro cajón y buscó su camisón. Había dormido con Pablo con ese camisón. Él la había tocado mientras lo usaba. Dejó el camisón donde estaba y cerró el cajón. Vio un bordado del Salmo 23 enmarcado como un cuadro. Su madre se lo había regalado para su décimosexto cumpleaños. Lo descolgó de la pared.

—No fue tan malo como parecía, Eunice.

Lo fulminó con la mirada a través de sus lágrimas. Luego, giró hacia la maleta que había arrojado sobre la cama. ¿Cuál era su definición de *malo*? ¿Qué podía ser peor que encontrarlo en los brazos de otra mujer? Esta vez no había sido un beso de amigos en la mejilla. Recordó una época en la que él la besaba como lo vio besando a Sheila Atherton. Aunque nunca lo dejaría besarla de esa manera otra vez. *Ay, Padre. ¡Ya no quiero ver esta imagen!*

Pablo la agarró del brazo.

—¿Podrías dejar de empacar lo suficiente como para escucharme, por favor?

—Suéltame, Pablo.

Sus dedos se aflojaron para que ella pudiera liberarse.

—¿Nuestro matrimonio no te importa lo suficiente como para escucharme, Euny?

—Si nuestro matrimonio significara algo para ti, ¡no te habría encontrado en el piso con la esposa de otro hombre!

El rostro de él se puso rojo. Debería estar avergonzado. Debería verse abochornado. Ella pasó junto a él y sacó unas prendas más de la cómoda.

—Al menos podrías escucharme antes de hacer de juez y jurado. No

fue completamente mi culpa. Sheila vino a mí buscando consejería matrimonial. Se sentía muy mal. Dijo que su matrimonio se estaba desmoronando. Que Rob estaba demasiado ocupado con otras cosas. Estaba distante, consumido por su trabajo, viajando mucho.

—Entonces, es culpa de Rob que estés teniendo un amorío con su esposa.

—No. No tengo un amorío. No exactamente.

—¿Cómo lo llamarías?

—Nada de esto habría pasado si Rob se hubiera tomado la molestia de ser un verdadero esposo para ella. ¡Rob ni siquiera se molestó en aparecer después de la primera cita!

Ella podía decirle lo que Rob le había contado. Podía decirle un montón de cosas que había escuchado y que no había conectado hasta hoy. Se apartó, reprimiendo el impulso de revelar secretos ajenos.

Pablo se acercó a ella desde el otro lado de la cama. La miró fijamente. Su mirada suplicante. Ya la había visto anteriormente.

—Me di cuenta de que Sheila se estaba involucrando emocionalmente, por eso la alenté a que viera a uno de los otros pastores. No quiso. Dijo que no confiaba en nadie más que en mí. Supongo que me sentí halagado. Era agradable que una mujer me necesitara, para variar.

—Yo te necesitaba.

—Nunca lo demostraste. Siempre tenías que ir a algún lugar y otras personas que ver.

—Y tú siempre tenías una cita de consejería.

Él volvió a ruborizarse.

—Estabas distante, Eunice. No puedes negarlo. Yo venía a casa por la noche y casi no me hablabas. Desde que Timoteo se mudó con mi madre, has estado castigándome. ¡Si hubieras sido una verdadera esposa para mí, nada de esto habría sucedido!

Su ataque le dolió profundamente. ¿Era eso verdad?

Pablo rodeó la cama.

—Sabes que las cosas no andaban bien entre nosotros. Y he estado

bajo una presión que no puedes ni imaginar.

¡Piensa! ¡Tengo que pensar!

—Tienes tres pastores asociados, una secretaria maravillosa y una legión de voluntarios.

—Pero soy yo quien está a cargo.

—Pensé que Dios estaba a cargo.

—¡Sabes lo que quiero decir! —Estaba enfadado, a la defensiva—. Desde que te saqué del ministerio de la música, has tenido algo negativo que decir de cada uno de los programas que he organizado. ¿Cómo crees que me ha hecho sentir eso? ¿Como hombre? ¿Como tu esposo?

Las lágrimas ardían en sus ojos. Le dolía la garganta. Podía ver adónde quería llegar él con esto. Donde siempre terminaba.

—¿Estás diciéndome que es mi culpa que tuvieras una aventura amorosa?

—Nunca dormí con ella.

Vio cómo se movieron sus ojos cuando lo dijo y supo que todo era una cuestión semántica. *Dormir* era la palabra clave.

—No, es cierto. No estabas *durmiendo* con ella en tu oficina hoy, ¿verdad? —Recordó la noche que había llegado a casa después de las dos de la madrugada. Recordó otras noches. ¿Cuánto había luchado contra la tentación antes de rendirse? ¿Al menos había tratado de vencerla? Recordó las llamadas telefónicas que tenía que tomar en su estudio.

—“Pero yo digo que el que mira con pasión sexual a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en el corazón”.

—¡No me cites las Escrituras para atacarme! —Su cara estaba roja de ira esta vez—.

¡Conozco la Biblia mejor que tú!

—La conoces. El problema es que no la vives.

Su rostro se endureció.

—Estoy tratando de decirte que lo lamento.

—Lamentas que te haya atrapado. —Ella sabía lo que le preocupaba realmente, aunque él no lo supiera.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me humille?

Su sarcasmo la hizo encogerse por dentro. Cerró y le puso seguro a la maleta con manos temblorosas.

—Quiero que hables con el corazón, no con la cabeza. Quiero que entiendas que las excusas patéticas y una disculpa a medias no son suficiente. —Mientras arrastraba la maleta fuera de la cama con ambas manos, lo miró a través de sus lágrimas—. Quiero que entiendas que necesito alejarme de ti. Necesito tiempo para pensar qué debería hacer.

Él le impidió el paso. Ah, ahora tenía miedo. Pero no de perderla.

—No permitiré que me dejes, Eunice. Por favor. ¡Piensa en lo que estás haciendo!

Quédate aquí y piensa. Te dejaré sola, lo juro. Dormiré en el cuarto de huéspedes. El domingo les diré a todos que no te sientes bien.

Por fin veía el punto, lo que realmente le preocupaba, y no era que su matrimonio se desmoronara.

—No quiero estar en la misma casa contigo.

Pablo soltó una grosería y no la dejó pasar.

—¡No eres la esposa de cualquier hombre! Eres mi esposa. ¡Y yo soy el pastor de una gran iglesia! Soy el responsable de la vida de tres mil personas. Si te vas, todos querrán saber por qué. Ya sabes qué poco hace falta para que comiencen los chismes. ¡Destruirás mi ministerio! ¡Si me dejas, destrozarás todo lo que me llevó años construir! ¿Eso es lo que quieres?

—En este momento, sí.

Se puso pálido.

—¿Y qué hay de todas las personas que amas? ¿Qué pasará con ellos? ¿Qué crees que sucederá si empiezas a hablar de mí y de Sheila? ¿Quieres ser la que le diga a Rob Atherton que su esposa lo ha estado engañando?

—¡Basta! —Dejó caer la maleta y se cubrió el rostro. *¡Basta!*

—¡Todo lo que pase en Nueva Vida del Valle está en tus manos!

¿Este hombre no la conocía en lo más mínimo?

—Jamás he sido el tipo de persona que hace correr chismes, y lo sabes. —Tampoco lo había sido Reka. *Ay, Señor. Pobre Reka.*

—Sheila no dirá nada. No quiere divorciarse. Hará todo lo que pueda para seguir casada con Rob.

—No creo que todo sea suficiente.

Pablo le apretó fuertemente los hombros.

—No puedes decir nada, Eunice. No puedes hacer nada. Tenemos que estar juntos. Sé que te lastimé. Sé que estás enojada conmigo. Lo entiendo. ¿No crees que me decepcioné a mí mismo? Nunca pensé que podría ser atrapado por una cualquiera.

Todo se trataba de él, siempre. Se liberó de un tirón y se estiró para tomar su maleta.

—Te amo.

—No, no me amas. —Se ahogó con un sollozo—. Me pregunto si alguna vez lo hiciste.

—Trató de esquivarlo.

Él le arrancó la maleta.

—Lo siento, pero no me apartaré ni dejaré que destruyas la iglesia. No estás en condiciones de pensar racionalmente. Si huyes de mí ahora, mañana lo lamentarás. Te conozco. Te carcomerá la culpa por el problema que habrás causado. Y será demasiado tarde. El daño ya estará hecho. Y no habrá nada que alguno de nosotros pueda hacer para solucionarlo.

—No estás protegiendo a la iglesia, Pablo. ¡Te estás protegiendo a ti mismo!

—Yo soy la iglesia, Euny, y lo sabes. Las personas vienen a escucharme predicar.

Vienen para ser parte de lo que estoy construyendo. —Su tono se

suavizó—. Sé que ahora quieres hacerme daño. Te gustaría aniquilarme.

No la conocía en absoluto.

—Pero quiero que dejes de sentir lástima por ti misma y pienses en las personas a las que lastimarías. Piensa en las personas que nos apoyaron a lo largo de los años y cómo se sentirán si dices algo. Piensa en todos los que creyeron en nosotros. —Puso la maleta en el piso, tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo—. ¿Sabes qué será lo primero que les cruzará por la cabeza? Por qué tuve que recurrir a otra mujer para buscar amor.

Si él hubiera empuñado un cuchillo, no podría habérselo clavado más hondo.

El teléfono sonó. Ella lo vio debatirse. La batalla terminó en segundos, y ella perdió.

—Lo siento, Marvin. Me olvidé. Estaré ahí en unos veinte minutos. Dile a Reka que te prepare un café. Ah. ¿No está? —Colgó y echó un vistazo a su reloj—. Reka no ha vuelto todavía. Y yo olvidé que tenía una reunión con Marvin.

Eunice no sabía si creerle o no. Hasta donde podía imaginar, Sheila estaba llamándolo y diciéndole que regresara rápido a la iglesia para que pudieran volver al punto en que se habían quedado.

—Hay un problema con el presupuesto. Y Reka todavía no ha regresado. Debe haber tenido una cita con el dentista, o algo así. Tengo que irme.

Pablo se agachó para besarla. Ella volteó la cara. Él le acarició la mejilla.

—Te amo más de lo que imaginas.

Pero no lo suficiente para que sirva de algo.

Pablo atravesó la habitación, agarró su cartera y volcó el contenido sobre la cómoda.

—¿Qué estás haciendo?

—Tomar las llaves de tu carro. No estás en condiciones de conducir.

Ese no era el motivo y ambos lo sabían.

Regresó y levantó su maleta.

—Te la devolveré esta noche. No me iré por mucho tiempo. Hablaremos un poco más cuando regrese. —Cerró la puerta al salir. Por suerte para ella, la cerradura estaba del lado interior.

Eunice supo que, si se quedaba, nada cambiaría jamás.

CAPÍ TULO 18

SAMUEL ESPERÓ hasta las siete de la noche para llamar a la residencia de los Hudson.

Desde el momento en que Pablo contestó, Samuel supo que pasaba algo malo.

—No está en casa esta noche, Samuel. Creo que tenía una reunión. ¿Quieres que revise su agenda?

Si todo estaba bien, Eunice lo habría llamado. No lo habría dejado en la incertidumbre después de decirle que había una emergencia que involucraba a Pablo. No era su estilo.

—¿Todo estaba bien en la iglesia esta mañana?

—¿Esta mañana? ¿A qué te refieres?

Nunca había escuchado tan nervioso a Pablo.

—Reka llamó a Eunice y le dijo que la necesitabas en la iglesia.

—¿Reka la llamó?

Samuel deseó no haber mencionado ningún nombre.

—Eunice tenía planes para venir a tomar un té esta mañana.

—Sí, lo sé.

Y estaba claro que no se sentía feliz al respecto. Samuel dejó pasar el dolor.

—Euny llamó y dijo que la necesitabas. Iba a avisarme que todo estaba bien. —Esperó.

Silencio—. ¿Todo está bien, Pablo?

—Claro. ¿Por qué no habría de estarlo? —El enfado había reemplazado a la impaciencia.

—No lo sé. Podrías decírmelo tú.

—Todo está bien, Samuel. Créeme. Nuestros números siguen creciendo mucho. ¿Te enteraste?

Samuel sabía que algo malo pasaba, algo muy malo. La bravuconería de Pablo era forzada, su confianza en sí mismo se estaba tambaleando.

—Los números no lo son todo, Pablo. ¿Cómo estás *tú*?

—Nunca he estado mejor.

—Si tú lo dices... —Samuel estaba demasiado viejo para una trifulca, y arrinconar a Pablo no sería de ayuda para Eunice.

—No sé a qué se refirió Reka esta mañana, pero no sucedió nada que pueda recordar.

Estaba mintiendo, pero Samuel tenía otras preocupaciones ahora. ¿Aplicaría Pablo a Reka la disciplina de la iglesia? Samuel esperaba no haber metido en problemas a esa dulce mujer.

—Tal vez no haya sido Reka. Pude haberme confundido. Mi oído no funciona tan bien como antes.

—Ahora que lo dices, Eunice vino a la iglesia, pero no mencionó ninguna llamada.

Probablemente, se dio cuenta de que fue una equivocación, o la idea de alguien que quiso hacerle una broma pesada. Ya sabes cómo es la gente.

—Sí, lo sé. —Ojalá no lo supiera.

—Me alegro de haber hablado contigo, Samuel. Le diré a Eunice que llamaste.

Samuel no se hizo ilusiones. Su imaginación creó una docena de escenarios de lo que podría haber pasado o de lo que estaba sucediendo dentro de la iglesia y de la casa de los Hudson. *Basta de esto.* Sabía cómo eran las cosas. Ay, con qué facilidad el enemigo pisó el acelerador e hizo un caos en los pensamientos de Samuel. Únicamente la fe podía ponerle un freno.

Oh, Señor, no sé qué sucedió allá, pero Tú lo sabes. Tú ves el interior del corazón de los seres humanos y sus planes están expuestos ante Ti. Nada está oculto. Jesús, por favor, fortaléceme.

Soy un hombre viejo y cansado de la batalla. Renuévame. Dame fuerzas para seguir corriendo la carrera.

Tengo esta horrible sensación en la boca del estómago, la misma clase de sensación que tuve cuando me senté enfrente de la Iglesia Cristiana de Centerville y vi la cruz aplastada en la acera.

Oh, Padre, no permitas que eso vuelva a suceder. Y si tiene que pasar, llévame a casa para que no lo vea. Señor, haznos volver. Por favor, Padre, sea lo que sea que haya hecho Pablo, no dejes que destruya a Tu iglesia. No permitas que haga tambalear la fe de Eunice. Que no aplaste su espíritu. Tú sabes que el diablo hace sus mejores trabajos en la iglesia. Si Satanás puede alcanzar al pastor, puede atacar al rebaño. Sea lo que sea que haya pasado allí, Señor, ocúpate de los responsables y disciplínalos, para que se arrepientan. Señor, por favor, Señor...

¿Cuándo aprenderían los hombres que no podían ir contra el Señor sin enfrentar las consecuencias? Creían que podían hacer lo que quisieran con su vida y llevar a cabo todo lo que consideraban correcto según su propio criterio, y luego tenían la total audacia de llamar a eso «servir al Señor».

«Nuestros números siguen creciendo mucho, ¿te enteraste?».

El corazón de Pablo no había cambiado desde la última vez que Samuel conversó con él.

Seguía viviendo a la sombra de su padre terrenal, seguía corriendo delante del Señor, seguía permitiendo que reinaran el miedo y el orgullo.

Ay, Jesús, ¿cuándo aprenderá el muchacho? ¿Qué hará falta para que doble sus rodillas?

Samuel lloró porque sabía que el día del Señor estaba cerca y que era Eunice quien estaba siendo aplastada en la prensa de olivos.

La grasa siseó en las brasas al rojo vivo cuando Esteban dio vuelta a las hamburguesas.

Se echó atrás por el humo y miró alrededor. Casi cuarenta personas habían ido al picnic vespertino de mitad de la semana. Esperaba que el Señor multiplicara las hamburguesas, porque solo había hecho planes para los veinticinco miembros de su estudio bíblico. Y al parecer, su reunión estaba atrayendo a otras personas al parquecito ubicado al sur del centro de Rockville. Los únicos servicios eran los dos baños portátiles que Esteban había alquilado para ese día.

Las mantas estaban tendidas, las sombrillas instaladas y una hilera de mesas plegables arregladas con los recipientes que contenían ensaladas de papas y de macarrones, frijoles en salsa de tomate, guisados y panecillos. Brittany estaba ayudando a Jack Bodene a encargarse de la parrilla más grande. Él hablaba mientras ella escuchaba,

turnándose ambos para envolver en papel aluminio las mazorcas de maíz dulce. Algo estaba pasando entre esos dos. Había suficiente calor entre ellos para cocinar el maíz sin necesidad de brasas. Esteban solo esperaba que no se prendieran fuego mutuamente y terminaran de nuevo entre las cenizas. A pesar de que Jack se había mantenido sobrio durante cuatro años, Esteban sabía cuánto tiempo llevaba poner la vida de uno realmente en orden. Brittany tampoco tenía un historial muy espectacular.

Vio que Kathryn estaba estacionando el carro. Cuando salió, lo saludó agitando la mano.

Brittany también la vio.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Yo la invité —dijo Esteban, mirando a los ojos a su hija.

—¿Para qué? Es un dolor de...

—Le vendría bien tener algunos buenos amigos.

Brittany se rio burlonamente.

—Estuviste casado con ella. ¿Crees que va a aprobar a alguien de este lugar? Ya sabes cómo es.

—Las personas pueden cambiar.

—Ella no.

—Ella necesita a Jesús, Brit —dijo Jack desde su puesto.

—¿Tú también estás de su lado? —Hervía de resentimiento.

—No es una cuestión de qué lado estar. Santo cielo, Brit. Como si tu madre fuera el mayor desastre de esta reunión. Tú y yo tampoco teníamos todo bajo control.

—Es su culpa que yo no haya tenido todo bajo control.

Jack dijo una palabrota que resumió su opinión sobre esa excusa.

—Y lo sabes. ¿Por qué no le das una oportunidad?

Los ojos de ella brillaron.

—No entiendes. Ninguno de ustedes entiende.

—¿Entender qué? —Jack no daba marcha atrás—. ¿Que quieras cobrarle todas con intereses?

—¡Tú esperas que la perdone!

—Claro. Eso es lo que espero.

—Bueno, ¿y qué si te dijera que no estoy lista? ¿Y si te digo que no quiero quedarme si ella se queda? ¿Qué dirías entonces, Jack?

Esteban vio que Brittany había aprendido toda la ansiedad, el sarcasmo y los instintos controladores de Kathryn.

Jack se encogió de hombros. Cuando le dijo exactamente qué le diría él, sin medir palabras, ella se quedó con la boca abierta. No había terminado con ella.

—Supongo que seguirás teniéndote lástima. Vas a justificar y racionalizar tu pésimo comportamiento y le echarás la culpa a ella por todo lo que hiciste mal en tu vida. ¿Qué cómodo, verdad, tener un chivo expiatorio?

—¿Ya terminaste?

—Qué lástima que tengas que ir a dar otra de tus largas caminatas y te pierdas un buen picnic.

—Bueno, me alegro de saber lo que realmente sientes por mí, Jack.

Jack levantó la cabeza y la miró.

—Tú sabes lo que siento. Nada de juegos. ¿Recuerdas? Entrégale a Dios todo lo bueno o lo malo que haya hecho tu madre, y líbrate de eso. Si no puedes andar por el mismo camino que yo, tú y yo no daremos otro paso juntos.

Brittany le espetó una maldición y se fue, furiosa.

Jack hizo un gesto de dolor.

—Perdón, amigo.

—Nada que no haya escuchado antes. —Esteban se rio con sarcasmo. Notó que Jack no dejaba de mirar a Brittany mientras agarraba una mazorca con las pinzas y le daba vuelta con rabia.

Kathryn se acercó con una bandeja de magdalenas. Tenía puestos unos Levi's, una camiseta blanca sin mangas y un sombrero de paja con un pañuelo de seda atado alrededor de la coronilla. Esteban no pudo ver sus ojos detrás de los anteojos de sol, pero sabía que estaba mirando a su hija, que se había ido ofendida al último rincón de césped en el confín más alejado del parque. Sus hombros se encorvaron un poco.

—Quizás deba dejar estas magdalenas e irme.

—De ninguna manera. Quédate y diviértete. Los fuegos artificiales acaban de comenzar.

—Por si no lo notaste, el Cuatro de Julio fue hace dos meses.

—Puede que Brit regrese esta vez.

—Es una fantasía, pero me quedaré. Por lo menos, un ratito.

Esteban le presentó a Kathryn a Jack Bodene. Intercambiaron saludos amables y ella se fue con sus magdalenas. Esteban siguió atento a ella mientras cocinaba las hamburguesas. ¿Se sentiría tan incómoda como parecía? Se quedó parada junto a la mesa, jugueteando con las bandejas y fingiendo estar ocupada mientras observaba los grupitos

que se reían y conversaban entre sí. Unos gritos llegaron desde el juego de béisbol, en el extremo del campo. Héctor Mendoza estaba corriendo hacia la base de *home* mientras su esposa y sus hijos saltaban y gritaban.

Kathryn estaba caminando hacia su carro.

—Oye, Sal, hazte cargo de esto un rato, ¿quieres? —Esteban le entregó la espátula e interceptó a Kathryn—. ¿Sabes qué, Kat? Tú y Brit tendrán que dejar de huir la una de la otra.

—¿Qué te hace pensar que ella volverá si estoy aquí?

Él sonrió.

—Jack Bodene. Tiene más influencia sobre nuestra hija que tú y yo juntos, y acaba de cantarle unas cuantas verdades a Brit. Si lo que siente por él es lo que yo pienso, volverá. —Puso su mano debajo del codo de ella—. Dale un par de horas. Si para entonces no ha vuelto y tú estás harta del aburrimiento, podrás irte. No haré nada por impedirlo. —La condujo de regreso a la reunión—. Mientras tanto, ¿qué te parece si te presento a las personas que conozco?

Dejó a Kathryn con Lucinda Mendoza y otras seis mujeres que miraban y se reían del partido de béisbol, y regresó a la parrilla. Un recién llegado había caído de sorpresa con una bolsa de compras llena de hot dogs.

Cuando anunciaron que las hamburguesas y los hot dogs estaban listos, todos hicieron una fila. Esteban vio a Brittany parada debajo de un sicómoro, con la cabeza apoyada contra el pecho de Jack. Él la tomó de los hombros mientras se agachaba para decirle algo. Ella se abrazó a su cintura, con el rostro mirando al lado contrario de la reunión.

Kathryn estaba en la otra punta de la mesa de la comida, sirviéndose frijoles en salsa de tomate. Él sabía que había visto a Brittany con Jack.

—¿Por qué no nos sentamos juntos?

Alzó la vista hacia él, sorprendida.

—Claro. Gracias.

Con su plato lleno, él se encaminó hacia un rincón sombreado y verde

junto al campo de softball, donde otras seis familias habían extendido sus mantas para asegurar su territorio. Brittany y Jack se habían trasladado al final de la cola para la comida.

Kathryn se sentó y levantó la cabeza para observarlos brevemente, antes de llevarse a la boca una pequeña porción de frijoles.

—Lucinda dice que eres un muy buen maestro. No tenía idea de que sabías algo de la Biblia. Menos, cómo enseñarla.

No lo había dicho para provocarlo.

—Nunca había tocado ni las tapas de una Biblia, hasta que estuve en rehabilitación.

Luego, conocí a Samuel Mason y él me entusiasmó para que aprendiera más. Ahora, soy adicto a ella. —Ella se veía preocupada—. Trata de no preocuparte por Brittany, Kat. Si no sucede hoy, será la próxima vez. Sigue intentando. —Mordió un bocado de su hamburguesa.

—No estaba pensando en Brittany. —Lo miró y negó con la cabeza—. Simplemente, no entiendo, Esteban.

—¿Entender qué?

—La manera en la que hablas de Jesús, como si fuera alguien a quien conoces personalmente. —Hizo una mueca—. No estoy tratando de iniciar una pelea.

Simplemente, quiero saber qué sucedió para que actúes de esta manera.

Se lo contó y, por una vez, ella escuchó sin interrumpir y sin hacer comentarios burlones. Lo escuchó mientras comía. Su silencio lo deprimió. Supuso que había hecho el peor trabajo posible al compartir su fe, pero le había dicho la verdad, sin adornos.

Ella podía hacer lo que quisiera con eso. Dentro de lo razonable.

—¿Te molestaría si alguna vez me siento en tu clase?

Él tosió.

—¿Quieres venir al estudio bíblico?

—No tienes que atragantarte por eso. No iré si te…

—No, no. —Hizo un gesto con la mano y volvió a toser—. Seguro. Claro. Ven, por favor.

—¡Deberías ver tu cara! —dijo ella, riendo.

Hacía mucho tiempo que no la veía reírse de verdad. Cuando lo hacía, cambiaba completamente.

Mientras caía el sol, la gente empezó a asar los malvaviscos. Algunos cantaban. Héctor sorprendió a todos con su voz melodiosa de tenor. Las risas fueron apagándose y la conversación se volvió seria.

—Tenemos suficientes personas para comenzar una iglesia, Esteban.

La sugerencia le erizó los pelos de la nuca.

—De ninguna manera, Casa del árbol. ¿Por qué echar todo a perder?

—Estás quedándote sin lugar —dijo Casa del árbol—. Si el departamento de bomberos llega a enterarse de cuántas personas recibes en tu sótano cada miércoles en la noche, te clausurarán.

—¿Por qué tanto problema? —dijo Brittany—. He estado en casas donde venden *crack* en las que había más personas que las que mi papá tiene en su sótano.

Linda salida, Brittany. Qué buena manera de decirle a tu madre qué clase de vida vivías antes de venir a casa. Esteban se frotó las sienes. Estaba teniendo la punzada de un próximo dolor de cabeza por la tensión.

—Hay una iglesia en la calle Tercera que se está extinguiendo —dijo uno de los hombres—. ¿Por qué no hablamos con el pastor del lugar y vemos si podemos alquilar su edificio una noche a la semana? Podríamos poner algo en marcha aquí, en Rockville.

—Tal vez hasta podrían estar interesados en vender. Yo he ido a los servicios de ese lugar. No tienen más que un puñado de personas.

—A lo mejor podríamos juntar un poco de dinero y comprar el lugar.

—Necesita renovación.

—Esa es la especialidad de Esteban.

—Aquí mismo tenemos seis tipos que han sido parte de tus cuadrillas de albañiles.

Podríamos arreglar esa iglesia en un santiamén.

—¡Un momento! —Esteban levantó las manos—. Si van a empezar a hablar de comprar, renovar o construir un templo, no cuenten conmigo. Ya estuve en esa situación, ya lo hice, no quiero ser parte de eso otra vez.

—Estás quedándote sin espacio, jefe.

Esteban controló sus emociones.

—No necesitamos más templos, Héctor. Necesitamos más maestros.

—Buenos maestros —dijo otro.

—He pasado toda mi vida en la iglesia, *man*, y contigo he aprendido más de lo que dice la Biblia en las últimas seis semanas, que en todas mis lecciones de catecismo.

Esa era una noticia deprimente, considerando lo poco que Esteban consideraba saber.

—No quiero entrar en el negocio de atacar a las iglesias. Ni en el negocio de la iglesia.

Punto. Empiezas a planificar actividades para construir y el enfoque cambia. Enseguida, todo se concentra en el presupuesto y en cuánto hará falta para levantar la estructura.

Tienes que pedir autorizaciones y tener reuniones con el comité de la obra hasta el hastío. Luego, a alguno se le ocurre que quiere un gimnasio junto al santuario y una fuente en la entrada. Empiezas a organizar comités y eventos para recaudar fondos, y toda la energía va a la construcción, más que a las personas sentadas en los bancos. De ninguna manera. Además, ni siquiera tenemos un pastor.

—Tú podrías ser nuestro pastor —dijo Jack.

Esteban se rio. No pudo evitarlo.

—No soy ningún pastor. No podría ser pastor ni en un millón de años.

—¿Por qué no?

¡Jack estaba hablando en serio!

—Estoy divorciado. Soy un alcohólico en recuperación. He sido un

pésimo padre. No tengo un título en teología. ¿Necesitas alguna otra razón?

—Dudo que el apóstol Pedro tuviera un título en teología.

—Fue entrenado y ordenado por Jesús.

—¿Acaso no lo somos todos? O, por lo menos, eso es lo que nos has dicho. Todo aquel que acepta a Jesús como Salvador y Señor recibe el Espíritu Santo, quien se convierte en nuestro instructor personal. ¿No es eso lo que dice la Biblia?

—¡Así es! —Otra media docena de personas alzaron la voz, algunos divertidos por el dilema de Esteban.

—Miren, amigos...

—No es que vayas a cargar solo toda la responsabilidad, papá.

—¿Dónde está tu fe, hermano Esteban?

Miró alrededor del grupo, pero no logró ver al que lo había dicho. Probablemente había sido uno de los colados, incitando a un conflicto para diversión de los observadores.

Tenía que aclarar las cosas.

—No estoy calificado.

—Dios te capacitará.

Esteban se sintió atrapado en el pánico.

—Ustedes están buscando un contratista y la iglesia no es un edificio, señores. Es el cuerpo de Cristo. No se trata de un ritual. Se trata de una relación.

—Dando por sentado que todos estamos de acuerdo en eso —dijo Jack —, ¿y ahora qué hacemos?

—¿A qué te refieres?

—Seguimos teniendo el mismo problema. Tu sótano no puede recibir a todos los que quieren escuchar el evangelio.

Esteban vio adónde se dirigían y no sabía cómo desviarlos. Todos estaban mirándolo.

Casa del árbol estaba sonriendo de oreja a oreja como un idiota.

—Parece que has sido elegido, ya sea que quisieras postularte como candidato o no.

—No te molestes en venir a trabajar el lunes en la mañana. Estás despedido. —Casa del árbol se rio de él. Ese viejo tonto lo conocía demasiado bien—. Escúchenme —dijo Esteban—. Los pastores no se eligen. Dios los nombra.

—Tú fuiste llamado, *man*. Solo que eres demasiado cobarde para subir al púlpito.

Esteban abrió las manos.

—Lo único que quiero edificar en cada uno de ustedes es un entendimiento de quién y qué es cada uno en Cristo. No necesitan estar metidos entre cuatro paredes para eso.

—Cuatro paredes y un techo que impedirán que la lluvia nos moje la cabeza mientras aprendemos.

—Y evitarán que se nos llenen los ojos de arena.

Samuel, ¿dónde estás cuando te necesito? Él sabría qué contestarle a este grupo. Sabría cómo seguir a partir de ahora. El solo hecho de empezar una iglesia le daba a Esteban ganas de escapar a las montañas. Pero cuando miró las caras de estos amigos, vio la esperanza en sus ojos, la expectativa. Eso lo doblegó. Y la responsabilidad hizo que quisiera salir corriendo.

Casa del árbol se apoyó hacia atrás sobre los codos y se rio en voz baja.

Esteban lo fulminó con la mirada.

—¿Quieres ser diácono? Te pondremos en el comité de mudanzas.

Los demás se rieron.

Esteban soltó el aliento poco a poco. Con los brazos apoyados sobre sus rodillas levantadas, inclinó la cabeza. *Señor, ¿dónde quieres que vayamos a partir de ahora?* Cuando levantó la vista, vio que todos habían bajado la cabeza. Excepto Kathryn, que estaba mirándolo y esperando. A la espera de qué, no estaba seguro. Volvió a cerrar los ojos y bajó la cabeza. Su corazón sonaba como un tambor. No dijo una

palabra, pero por dentro estaba gritando. *Ay, Señor, ayúdame. No estoy calificado para esta tarea. Mira el desastre que hice con mi vida.*

Mírame.

Uno por uno, los demás comenzaron a orar. Cuando Esteban escuchó sus palabras de fe, su confianza, sus ruegos pidiendo ser guiados, su alabanza y gratitud por todo lo que Jesús había hecho y estaba haciendo en sus vidas, se sintió pequeño y cobarde.

Jesús, tengo tan poca fe; menos fe que quienes están sentados a mi alrededor ahora. No podía meter a más gente en su sótano, y había más personas que deseaban sumarse. Estas personas querían un lugar para reunirse a orar y adorar al Señor. *Fortaléceme, Dios.*

Muéstrame qué hacer.

Suéltalo y deja que Dios obre. Un día a la vez. Sin prisa pero sin pausa. Piensa. Todas las consignas que había aprendido en Alcohólicos Anónimos aparecieron a la vez. Si era la voluntad de Dios, se cumpliría.

Sus hombros se relajaron. Dejó de sentir la agitación en el estómago. Dejó de medir todo conforme a los fracasos y las heridas del pasado. ¿En qué se diferenciaba de su exesposa y de su hija si miraba al pasado, en vez de al futuro? El corazón dejó de latir fuerte y pesado. El miedo y el orgullo se diluyeron. Todo a su alrededor estaba tranquilo y callado. ¿Era solo su imaginación, o había sentido al Espíritu moverse y lo había oído susurrándole? *Yo soy el Camino, sí, y la Verdad y la Vida. Yo soy el Pan de Vida, el Agua viva.*

YO SOY.

Sintió cómo se erizaba la piel de sus brazos y de su nuca. *Oh, Señor, Señor, Tú cambiaste el corazón de Moisés. Por favor, cámbiame. Transfórmame en lo que encaje con Tus propósitos aquí.*

Esteban sabía lo que Dios quería. Obediencia. En cuanto a construir una iglesia, lo que vino a él no fue una nueva visión, sino una antigua. No tuvo que mirar adelante, sino volver al pasado, a un pequeño grupo de hombres y mujeres que se reunían en un aposento alto para orar.

Era alrededor de la medianoche cuando Eunice llegó a Reseda, y al complejo de departamentos donde vivían Loida y Timoteo. Se estacionó en el espacio indicado para los huéspedes con el nivel de combustible en rojo. Ni siquiera había notado lo cerca que estuvo de quedarse sin gasolina. Lo único que podía pensar era en Pablo en los brazos de la esposa de Rob Atherton. Había llorado durante más de trescientos kilómetros. Su cabeza palpitaba. Temblando por el agotamiento, apagó el motor y metió las llaves en su cartera.

Mientras caminaba por el sendero iluminado, Eunice deliberó si volver al carro y buscar un motel para pasar la noche. Era tarde. Loida y Timoteo ya estarían durmiendo. Al llegar a su sector del complejo, se limpió las lágrimas de las mejillas. Había una luz encendida en la ventana de la sala.

¿Y si es Timoteo? ¿Qué le digo, Señor? ¿Cómo le explico por qué llego en la mitad de la noche?

Se quedó parada afuera en el fresco de la noche, llorando, indecisa. Debería haber pensado en todas esas cosas antes de conducir los trescientos kilómetros. Estaba demasiado cansada para conducir una cuadra más hasta la gasolinera; mucho menos, para buscar por las calles principales del valle de San Fernando un hotel decente que pudiera pagar.

Parada en el escalón, llamó a la puerta con unos golpecitos suaves. La luz del porche se encendió y supo que, quien estuviera despierto la estaba observando por la mirilla.

Forzó una sonrisa. La cadena tintineó, la puerta se abrió y Loida apareció vestida con su bata rosa de felpilla y el cabello con ruleros.

—¡Eunice! ¡Por el amor del cielo! ¿Qué estás haciendo aquí a esta hora de la noche?

Cuando Loida abrió del todo la puerta y se adelantó para recibirla, Eunice se echó a sus brazos. Creyó que ya había llorado todo lo que podía por esa noche, pero más lágrimas salieron como un torrente mientras el dolor de la traición se agolpaba, se derramaba, y la angustia y la confusión la ahogaban.

—Pablo —dijo Loida con una voz atragantada—. Algo le pasó a Pablo.

Eunice retrocedió. Después de todo, Loida era la madre de Pablo.

¿Cómo no pensó en eso antes de salir corriendo a buscar el consuelo de Loida?

—Él está bien. No hubo ningún accidente, no hay malas noticias de ningún médico ni nada por el estilo. —¿Debería irse?

—Siéntate, cariño. Pareces estar a punto de desplomarte.

Eunice se hundió en el sofá y se cubrió la cara.

—Lo siento. No debería haber venido. No sé en qué estaba pensando mientras venía hacia aquí.

Loida se sentó lentamente en su sillón. Parecía estar preparándose para recibir la peor clase de noticias. Eunice mantuvo las manos sobre su boca mientras miraba a su suegra.

—Prepararé un poco de té para las dos. —Loida se levantó, tomó la manta que tenía en el respaldo de su sillón y envolvió los hombros de Eunice con ella, antes de dirigirse a la cocina.

—Timoteo.

—No te preocupes, cariño. Estará fuera de casa por algunas semanas. Tad tiene un departamento cerca de la obra, en Anaheim. Estamos solas.

Gracias, Señor.

Trató de contener sus emociones, detener el ardor de sus lágrimas y controlarse un poco antes de que Loida regresara. Se presionó firmemente las sienes. Tenía el estómago

revuelto. ¿Cuántas horas hacía que no comía? El solo pensar en comida le provocaba náuseas. Dormir. Tal vez podría dormir esta noche y hablar con Loida en la mañana.

¿Tomaba Loida pastillas para dormir? ¿Cuántas necesitaría para frenar la adrenalina que corría por su sangre en este momento? ¿Cuántas para acallar el coro de voces que gritaban desde todas partes diciéndole lo que debía o no debía hacer?

Rob Atherton lo sabía. Había intentado decírselo aquella mañana en la cafetería. ¿Tenía Sheila el hábito de perseguir a los esposos de otras mujeres? ¿Solamente para divertirse?

No era culpa de Sheila solamente. Eunice había visto con sus propios

ojos qué participante tan dispuesto había sido Pablo en este fiasco moral.

Perdona, dijiste. Perdona.

—Euny. —Loida le dio una taza de té.

—Gracias, mamá. —Eunice la recibió. La taza traqueteó sobre el platito. La dejó con sumo cuidado sobre la mesa porque no quería derramar ni una gota sobre la bella alfombra color crema de Loida. ¿No había estado hablando de redecorar? Eunice no había mirado a su alrededor—. Todo se ve muy bien. ¿Es estilo campiña francesa?

—Más bien estilo *shabby chic*.

Eunice bebió el té.

—Se ve lindo. Tienes el don, mamá.

—Me alegra que te guste.

Eunice se quedó mirando las revistas diseminadas sobre la mesa. Hojeó una. Lo que fuera para distraerse. Revistas cristianas mezcladas con las de decoración y las de viajes.

Era como estar en un consultorio médico, eligiendo cualquier cosa que la ayudara a no pensar en lo que vendría. Una consulta sobre cirugía mayor. Una amputación. No. Una cirugía a corazón abierto, sin anestesia. O algún tipo de cáncer incurable.

—Lo siento, Loida. No debería haber venido. — *¿Por qué estoy aquí, Dios?* —. Debería haber ido a otro lugar. — *Señor, ¿adónde voy?*

—Eres como mi propia hija, Euny. Te amo. ¿Qué mejor lugar para estar que aquí?

—No lo sé. —Las emociones se apiñaron en su pecho. Demasiadas para que tuviera lógica lo que estaba sintiendo. Aferró su pulóver y se balanceó hacia adelante y hacia atrás para no sentir el dolor. ¿Cómo podía abrir la boca y contarle a Loida lo que había visto? Pablo, el único hijo de Loida. Pablo, la luz de sus ojos.

—Ay, cariño, solo dilo… —La voz de Loida se quebró—. Escúpelo ya, antes de que te ahogue hasta matarte.

—Está teniendo un amorío.

—¿Es alguien que conoces?

—Sí.

—¿Alguien de la iglesia?

—Sí.

—¿Está empezando, o está casi terminado?

¿Cuál era la diferencia?

—Creo que viene sucediendo desde hace mucho tiempo. —Había contestado cientos de veces cuando Sheila Atherton llamaba por alguna crisis—. Él le daba consejería matrimonial. —Se rio tristemente—. Su esposo lo sabe. *“Me recuerdas a Molly”.* No me di cuenta. *“Sheila se aburre fácilmente, y de mí se aburrió después de los primeros años”.* No quise entender. Y Reka llamó esta mañana. *“Lo lamento. Eunice”.* Reka dijo que Pablo me necesitaba en la iglesia. *“Lamento mucho hacerte esto”.* Dijo que debía darme prisa. ¡Reka quiso que entrara y los encontrara!

»Pablo llegó a la casa mientras yo estaba empacando. Me dio todo tipo de excusas. —Su mente recordó todo inmediatamente. No podía acallarla. *“Rob ni siquiera se molestó en aparecer después de la primera cita”. “Sabes que las cosas no andaban bien entre nosotros”.*

Ahora, tantas cosas parecían tener sentido. El sentido del corazón roto y el alma destrozada.

Ay, Señor. Perdóname por no haberme percatado de todas las señales. Sentí el mover de Tu Espíritu en advertencia y Te ignoré, porque no quería confrontar a Pablo. No quería escuchar las mentiras. Ni sentir el dolor. Seguía diciéndome a mí misma que el amor siempre cree lo mejor.

Pero el amor no ignora lo que está mal. El amor no barre el pecado bajo la alfombra ni finge que

no existe. Tenía vergüenza de mis sospechas. No quería creer que Pablo podía ser infiel. Pero lo vi, Señor. Ay, Señor, vi que te era infiel a Ti. Ay, Dios, perdona mi arrogancia. Qué tonta fui al pensar que mi esposo podía serte infiel a Ti y mantenerse fiel a mí.

—Disculpa. —Corrió al baño. Sintiendo náuseas, cayó de rodillas. ¿Cuán pronto habría comenzado el amorío después que Sheila fue a pedir consejería? ¿Unas semanas después? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Había

regresado Pablo a la iglesia para consolar a Sheila?

¿Estaría ahora en la casa de Sheila, tratando de encontrar la manera de divorciarse sin arruinar su ministerio? Vomitó lo poco que le quedaba del desayuno en el estómago.

Ahogándose por los sollozos, siguió vomitando.

Descargó el agua del inodoro y abrió el grifo. Con la respiración entrecortada, recogió agua fría con las manos y se lavó la cara. Mojó una toallita, cerró la tapa del inodoro y se sentó encima, cubriéndose los ojos con la toallita. Como si las cosas no estuvieran lo suficientemente mal, ahora tenía hipo. Dejó escapar una risa entrecortada.

—¿Estás bien? —dijo Loida, llamando a la puerta.

—Saldré... —se le escapó un hipo— en un minuto.

—¿Puedo ayudarte, Euny?

—No. Estaré bien. — *¡Bien!* ¿Volvería a estar bien alguna vez? Presionó la tela sobre sus ojos, tratando de expulsar el recuerdo de Pablo y Sheila.

—Estaré en la cocina.

—De acuerdo. —Eunice contuvo la respiración, pero no le sirvió de nada. Hipo. Salpicó un poco más de agua fría y presionó su rostro contra una toalla suave. Tenía que controlarse. Debía pensar. No podía simplemente decir todo bruscamente. ¿Qué efecto tendría eso en la opinión que Loida tenía de su hijo?

¿Por qué debería importarme lo que alguien piense de él? ¿Por qué debería protegerlo?

Se agachó sobre el lavatorio, con el pecho agitado. *Porque sí. ¡Porque sí! Hay más vidas en juego, además de la suya. O la mía. ¿Qué les pasaría a todas las almas preciosas que se sentaban en los bancos del Centro Nueva Vida del Valle si se enteraban?* Con las manos temblorosas, trató de arreglar su cabello. Se veía horrible. Tal vez si se ponía un poco de lápiz labial se vería menos parecida a un cadáver. Su cartera estaba en el piso de la sala. *Ayúdame, Jesús. Ay, Jesús, por favor, ayúdame.*

Cuando Eunice entró a la cocina, Loida estaba parada junto a la estufa.

—Sopa de pollo.

Eunice se sentó a la mesa de la cocina. Comida, el gran reconstituyente. Como si una sopa de pollo pudiera restaurar su alma.

—No sé si podré retener algo ahora, mamá. —Primero, tendría que librarse de las imágenes que le aparecían una y otra vez en la cabeza. Los sonidos. Los olores.

—Sé cómo te sientes, Eunice. Yo he pasado por eso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sé. —Quizás fuera ese el motivo por el que había venido directamente a buscar a Loida. Ella sabía un poco de lo que no había ido bien en el matrimonio de sus suegros.

¿Quién mejor para consolarla y brindarle un poco de comprensión que la mujer que había luchado por conservar a su esposo y, aún así, había logrado mantener la fe?

Eunice no estaba segura de si le quedaban fuerzas para luchar, o si Pablo valía la pena?

Él había cambiado. Hacía mucho tiempo que estaba cambiando. Primero se había alejado del Señor. Después se había alejado de ella.

—Lo siento, Euny. —Loida sirvió la sopa con un cucharón en un tazón y lo colocó frente a Eunice—. Creí que había criado mejor a Pablo. —Sus ojos estaban oscurecidos por la ira y el dolor. Se sentó frente a Eunice.

Eunice revolvió lentamente la sopa.

—No podía quedarme. Dijo que tenía que regresar a la iglesia para una reunión, pero bien podía estar mintiendo y haber vuelto con ella.

—No durará. Nunca duran esas cosas.

—¿Qué cosa no dura? —¿Su agonía? ¿Su matrimonio?

—El amorío. Probablemente ya terminó. Nada mejor que el impacto de la exposición para concluir definitivamente algo así.

—Quizás. —Ciertamente, para ella había terminado cualquier sensación de seguridad que hubiera tenido con Pablo. Su matrimonio se había basado en la lealtad, y ahora había visto que él era infiel.

—En particular, eso hará que Pablo piense en lo que es importante.

—Su iglesia.

—No, Euny. En ti. Él te ama. Sé que te ama.

Las ilusiones de una suegra. Palabras huecas. *Amor.* ¿Acaso conocía Pablo el significado de esa palabra? Siempre tenía tiempo para cualquiera, salvo para su esposa y su hijo. Y

todo el tiempo del mundo para Sheila Atherton.

—Ay, Euny. Haz memoria. Recuerdo cómo te miraba Pablo el día de tu boda. Cuando entraste caminando por el pasillo, no podía quitarte los ojos de encima. Te miraba como si estuviera derritiéndose. Agradecí que mi hijo se hubiera enamorado de una joven de fe que permanecería junto a él en cada tormenta de la vida. Desde el instante en que te conocí, supe que no eras solamente otra chica hermosa. Eras especial. La bendición de Dios sobre mi hijo. Todavía lo eres. —Extendió su brazo sobre la mesa y le acarició la mano—. Dale tiempo. Él entrará en razón. Sé paciente con él.

—¿Eso es lo que tú hiciste?

—Sí. —Sus ojos se ensombrecieron—. Luego de que me tragué el orgullo. Es doloroso cuando el hombre que amas busca a otra mujer. Es humillante. Sientes como si no fueras lo bastante mujer como para retener a tu esposo, que te falta algo; que, de alguna manera, tuviste la culpa. —Negó con la cabeza—. Eso no es cierto. Algunos hombres son, simplemente, débiles en materia de mujeres. Están en un puesto de autoridad y poder. Las mujeres se acercan a ellos y se imaginan que están enamoradas. Eso levanta el ego de un hombre. Una cosa lleva a la otra. Al principio, es apenas un coqueteo inocente, nada serio. Y quedan atrapados en él. El efecto embriagante de que otra mujer que no sea su esposa los adore borra todas las limitaciones. Por supuesto, no dura.

—Generalmente. —Eunice puso su cuchara en el tazón. ¿Es el flirteo inocente en algún momento?—. Ambas hemos escuchado de pastores que dejaron a sus esposas por otra mujer.

—David nunca lo consideró siquiera. Pablo tampoco lo hará. —Sonrió amargamente—.

Pablo tratará de hacer las paces, Euny. David lo hizo. Al menos, Pablo te dijo que lo lamentaba. David jamás lo dijo explícitamente. Pero me

trataba mejor una vez que había terminado la relación. Una vez, me regaló una hermosa pulsera de tenis con diamantes.

—Nunca vi que la usaras.

—¿Cómo podría? Cada vez que la sacaba, lo recordaba. —Negó con la cabeza—. Los hombres son tan tontos. —Se levantó y sirvió dos tazas con té—. ¿Cuándo comiste por última vez?

—En el desayuno.

—Tienes que comer algo, Eunice. Inténtalo. Un poco. Te sentirás mejor después.

Logró ingerir algunas cucharadas de sopa.

—Será mejor que no le digas nada a Timoteo. —Loida untó mantequilla en una rebanada de pan frente a Eunice—. Solamente perjudicaría la relación de Tim con su padre, y tú no quieres eso. Ya ha habido suficiente dolor. —Se sentó nuevamente—.

Nunca le dije nada a Pablo sobre las fechorías de su padre. Recuerda: el amor cubre multitud de pecados.

¿Fechorías? ¿Cuántas veces había cometido adulterio David Hudson? ¿Encubrir semejantes pecados era amor? ¿Estaba bien ocultarle la verdad a los demás? ¿Dejar que la gente siguiera creyendo que había un ángel en el púlpito mientras era un demonio en la casa? Eunice no sabía qué decir. No sabía qué hacer. ¿Debía presentarse ante los ancianos, decirles la verdad y pedirles ayuda para que Pablo rindiera cuentas? La idea le causó repulsión. ¿Cómo podía esperar que Gerry Boham, Marvin Lockford y los demás aduladores de Pablo le dieran un trato justo y recto? Lo más probable era que la reprendieran y le dijeran que guardara silencio, que pusiera una linda sonrisa en su rostro y fingiera que todo estaba bien.

Señor, ayúdame. La semilla de la amargura está creciendo en mí. No quiero sentir nada.

—¿Tienes a alguien como José que te apoye cuando hables con Pablo?

José, el anciano capaz y fiel que había reemplazado a David Hudson en su ministerio.

—Samuel. —También pensó en Esteban Decker, pero no dijo nada de él.

Loida sonrió.

—Samuel es un buen hombre. Pero es demasiado viejo.

—Y ya no viene a nuestra iglesia.

—¿Por qué no?

—Pablo y él no podían ponerse de acuerdo. Cuando Abby se enfermó, Samuel dejó el cargo. Pablo se alegró por eso.

Loida rodeó la taza de té con ambas manos y bajó la cabeza.

—Qué lástima. Los pastores necesitan estar rodeados de hombres de bien, hombres que puedan ver cuando se está generando un problema y confrontarlo antes de que se afiance.

El pastor tenía que estar dispuesto a escuchar. Pablo solía escucharla. Hasta que quedó atrapado en el proyecto de «edificar una iglesia para el Señor». Si no rendía cuentas ahora, ¿alguna vez se enderezaría? ¿Qué pasaría cuando estuviera cara a cara con el Señor? Tendría que responder por la manera en que había dirigido al pueblo de Dios.

¿Acaso se había olvidado de eso?

Eunice se sintió adormecida. ¿Debería convencerse de que todo había sido un error?

¿Cómo podría? No podía fingir que había sido una pesadilla. Y no sabía si tendría las fuerzas para arrojarlo en un compartimiento oscuro de su mente, cerrar la puerta y echarle llave.

No. No, no podía dejarlo pasar. Aún no. Debía recordarse a sí misma que la reunión con Marvin Lockford había sido más importante para Pablo que hablar con ella.

—Pareces terriblemente agotada, cariño. No puedes resolver las cosas cuando estás tan cansada. Mañana podremos hablar de todo esto. ¿Tu maleta está en tu carro?

—No tengo una maleta. Pablo me la quitó junto con mis llaves. Tuve que usar el juego de repuesto.

—Tengo un camisón de más que puedes usar y compro cepillos de dientes a montones en Costco. Están en el clóset del pasillo, junto con los paquetes de pasta dental.

Eunice se levantó con gran esfuerzo. Empezó a recoger la mesa, pero Loida puso una mano sobre las suyas.

—Déjalos. Yo me encargo de esto. Ve a la cama. Estás muerta de sueño. Trata de dormir esta noche. Todo puede esperar hasta la mañana.

—Gracias por dejar que me quede aquí.

—¿Pensaste que te echaría porque mi hijo está comportándose como un tonto? —dijo con una sonrisa trémula.

Eunice se dio cuenta de lo cansada que estaba. Apenas podía dar un paso tras otro. ¿Era la emoción lo que le había quitado la energía? Puso la mano en el marco de la puerta y se volteó a mirar a su suegra.

—¿Cómo lo hiciste, mamá? ¿Cómo lograste salir adelante?

Loida parecía cargar cada uno de los días de sus setenta y ocho años.

—Cuando vives con un hombre infiel, aprendes a depender del Dios fiel.

Eran pasadas las diez cuando Esteban empacó los restos del carbón y su hielera Coleman y los guardó en su camioneta. Algunos rezagados se habían quedado a observar las estrellas. Brittany y Jack estaban con Kathryn. Al parecer, Jack era el único que hablaba. Kathryn se acercó y le estrechó la mano. Le dijo algo a Brittany y se encaminó a su carro. Al menos esta vez no se estaban evitando la una a la otra. Kathryn se echó la chaqueta sobre los hombros, y pareció no tener prisa alguna mientras Esteban se acercaba al carro.

—Conduce con cuidado de regreso a casa, Kat.

—No planeo parar en ninguna licorería.

Qué susceptible.

—Está bien.

—Brittany dice que tomo más de lo que tú tomaste jamás. ¿Qué te parece?

No estaba dispuesto a pisar un campo minado. Se quedó callado.

—Está bien. De acuerdo. Sé que tengo un problema. De todas maneras, tenía pensado bajar el consumo. El alcohol no es bueno para la piel.

—Ni para ninguna otra cosa.

—Pero sí que te ayuda a olvidar.

—Hasta que te despiertas a la mañana siguiente y tienes que hacerte cargo de lo que hiciste la noche anterior.

—La voz de la experiencia. —Hizo un gesto de dolor—. Perdón. No iba a hacer eso. Te has portado muy bien durante todo el proceso, Esteban. Lástima que no fueras tan comprensivo cuando estábamos casados.

Algunos encuentros cordiales no significaban que ella cambiaría. ¿Cuántos años había tardado él en ver la Luz y, luego, en tomar la decisión de seguir a Jesús?

—Brittany me acaba de decir que debería inscribirme en un centro de rehabilitación como el que fuiste tú, pero tengo que mantenerme a mí misma. No puedo darme el lujo de tomar una licencia laboral de seis meses.

Estaba haciendo todo lo posible por empezar una pelea. Que lanzara sus golpes. Esta vez, él no se los devolvería.

—Jack sugirió que viniera a tu estudio bíblico —dijo, mirándolo—. Le dije que ya te había preguntado si te molestaría que asista. Brittany no pareció muy entusiasmada con la idea.

—Te está hablando otra vez. Eso es bueno.

—Cada palabra que sale de su boca es una púa.

Él sonrió ante ese comentario. *De tal palo, tal astilla.*

Ella metió los brazos en su chaqueta.

—Hoy la pasé bien, Esteban, a pesar de todo lo que pasó. En gran parte, porque me presentaste a tus amigos.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que te ignorara?

—Siento que he sido ignorada la mayor parte de mi vida. Cuando creo que ya conozco las reglas del juego, cambian los jugadores. Estoy cansada de intentarlo. —Se encogió de hombros—. En fin, gracias por la invitación. Disfruté el día, a pesar del intento de

nuestra hija de matarme con ese comentario de la casa donde venden crack. Eso no es cierto, ¿verdad?

—Tendrás que hablar con ella del tema.

—Creo que no quiero saber. Al menos regresó esta tarde. En gran parte por ti, estoy segura.

—No te olvides de Jack.

—¿Cómo podría olvidar a Jack? —Miró hacia atrás—. ¿Dónde lo encontraste?

—Él solía pasar a ver cómo iba la obra.

—Brittany dice que es un maestro artesano.

—Es carpintero. En realidad, es un artista talentoso. Está armando un mural con fragmentos de madera usada, con todo tipo de madera, desde pino hasta caoba. Es realmente extraordinario. Dice que es su terapia. Le mantiene la mente y las manos ocupadas.

—¿Qué tiene pensado hacer con él cuando lo termine?

—No tengo idea.

—Si es bueno, podría interesarme.

—Pensé que tu gusto se inclinaba por los óleos originales.

Le dirigió una de sus miradas.

—Como ya no tengo un esposo rico y la pensión apenas me alcanza para sobrevivir, mucho menos para comprar obras de arte, estoy trabajando otra vez. Para una decoradora de interiores. De alto nivel. Le gustan las obras raras.

—Caíste de pie.

—Las gatas siempre lo hacemos. —Sacó las llaves de su cartera y apretó el control para abrir el carro.

Brittany se acercó y se paró junto a él mientras Kathryn se alejaba hacia la calle principal de Rockville.

—Es una verdadera molestia.

—Igual que tú, Brit. Es más, yo también lo soy.

—Después de todos estos años, es raro escuchar que la defiendas.

Él la miró y sonrió.

—¿Dónde está Jack?

—Se fue a su casa. Dijo que estaba cansado de escucharme lloriquear por los errores de mi madre.

—¿Quieres que te lleve las seis cuadras hasta la casa, o prefieres caminar? —Esteban sabía bien que no debía dar nada por sentado.

—Me gustaría que me lleves, si prometes no sermonearme.

—Ni lo pensaría.

Eunice tuvo una mala noche. Exhausta, logró dormir dos horas corridas, y entonces se despertó por un sueño horrible a las tres de la mañana. ¿Qué día era? ¿Jueves? Durmió de manera irregular, despertándose ante cada sonido del complejo de departamentos.

Podía oír el ruido de la autopista a seis cuadras de distancia. El débil rugido de un océano de carros. Una marea de tránsito de aquí para allá, que nunca cesaba. ¿Adónde iba toda esa gente a altas horas de la madrugada? Dormitó un rato, pero volvió a despertarse. El resplandor del reloj digital indicaba las cuatro.

¿Qué debía hacer en cuanto a Timoteo? ¿Debía llamarlo y avisarle que estaría unos días en la ciudad? ¿O algunas semanas? Con solo mirarla, él se daría cuenta de que algo andaba mal. Nunca había sido buena para disimular las cosas. ¿Debía decirle la verdad sobre su padre? Estaban empezando a arreglarse. ¿Qué pasaría ahora con su relación?

Podía quedarse unos días sin avisarle a Timoteo. Pero tendría que irse pronto. ¿Adónde

iría? No soportaba la idea de volver a Pablo y escuchar sus excusas, o que volviera a decirle que ella era la culpable. Se preguntó qué estaría haciendo él en ese preciso momento. Rob Atherton estaba en Florida. Tanto Pablo como Sheila eran libres de hacer lo que quisieran, con sus cónyuges fuera de la ciudad.

Lloró sobre su almohada. Sentía como si él le hubiera arrancado el corazón y lo hubiera pisoteado. Lo odiaba, pero también lo amaba. ¿Cómo era posible? ¿Podría volver y perdonar lo sucedido por el bien de su matrimonio? Suponiendo que él sinceramente tuviera intenciones de restaurar las cosas. ¿O solamente estaba preocupado por su posición? Temía ya saber la verdad: que lo único que le importaba era lo que dijeran los demás y lo que pudiera pasarle en su puesto en la iglesia. Pero, si ella volvía, ¿qué podría esperar de él en el futuro, sino más traiciones? ¿Cómo podría volver a confiar en él? Cada vez que lo viera salir por la puerta se preguntaría adónde iba y si la reunión era solo una excusa para tener otro amorío clandestino. Si Sheila se iba, otras mujeres hermosas y desesperadas se acercarían al pastor y se sentirían atraídas por él. *Ella me necesitaba.* Si él era sordo, ciego y mudo a sus pecados ahora, ¿qué le impediría volver a caer en pecado más adelante?

A las seis, renunció a tratar de dormir. Sentía como si tuviera la

cabeza llena de algodón. Con la idea de que una taza de té podría ayudarla, se puso la bata que Loida le había prestado. Loida hablaba con alguien en la cocina. El corazón de Eunice comenzó a palpitar. ¿Timoteo había venido a casa? ¿Qué podía decirle? ¿Qué estaba diciéndole Loida?

—Tocó la puerta un poco después de la medianoche. Sí. Ya sé todo. ¡Ay, qué lío! Por supuesto que estoy decepcionada de ti. —Un largo silencio; luego, la voz cansada de Loida—: No, no creo que le haya dicho nada a nadie más. Le dije que puede quedarse conmigo todo el tiempo que necesite. —Otra pausa y, enseguida, la ira de Loida—: Sí, sí. Ya sé que te complica las cosas. Debiste haberlo pensado antes de empezar una aventura con... —Llorosa—. ¿Te detuviste a pensar lo difíciles que has hecho las cosas para tu mujer? Deberías venir... —Un suspiro molesto—. Ah, no uses esa excusa. —Una pausa—. Podrías decirle a todo el mundo que hubo una emergencia familiar. —

Silencio—. Sí, necesita tiempo para tranquilizarse. —Silencio—. Esta noche sería mejor.

El lunes quizás sea demasiado tarde. —Otro suspiro—. Sabes exactamente lo que quiero decir. No te hagas el que no lo sabe. Bueno, por supuesto, haré todo lo que pueda. —

Ahogada por las lágrimas—: Siempre lo tengo. Los amo a los dos. No puedo creer que hayas permitido que esto ocurriera. Nunca pensé que tú, de todas las personas del mundo, harías algo así. Lo sé. Lo sé. Estas cosas suceden todo el tiempo.

Eunice se quedó parada en la puerta. Su suegra miró hacia arriba, colorada hasta las raíces de su cabello canoso. Se dio vuelta y bajó la voz.

—Tengo que colgar ahora. Ya sabes lo que debes hacer. Espero que lo hagas. —Cortó y se levantó—. Buenos días, cariño. Espero que hayas dormido bien anoche. ¿Quieres un té? Tengo Earl Grey. Ese te gusta, ¿verdad? —Su sonrisa era forzada.

—¿Era Pablo? —Su enfado ya no estaba frío; estaba encendiéndose. Nunca antes había sentido tanta ira. Subía desde adentro como la lava ardiente.

Loida giró la perilla de la estufa hasta que hizo clic y apareció la llama.

—Sí.

—No escuché que sonara el teléfono.

—Pensé que él debía saber que habías llegado bien.

—¿Se te ocurrió que él *debería* preocuparse? ¿Que él *debería* pensar en alguien, además de sí mismo, para variar? ¡Yo no quería que supiera dónde estaba! Quería un lugar seguro para pensar.

Loida parecía abatida.

—Perdóname, Eunice. Estaba tratando de ayudar. Anoche, no eras tú misma. Parecías al borde de un colapso nervioso.

—Probablemente tengas razón, pero tengo un buen motivo, ¿no crees?

—No hay una buena razón para dejar a Pablo en la incertidumbre acerca de tu paradero. Eso es cruel y poco cristiano, y tú no eres así.

—No. Yo no soy así. ¡Yo soy del tipo que se deja pisotear otra vez!

—No lo hará. Está arrepentido. Debemos amarnos unos a otros como nos amó Jesús. Y

Pablo estaba muy preocupado. Pensé...

—Ya escuché lo preocupado que estaba. —Eunice soltó una risa triste —. Está muerto de miedo de lo que podría pasar si llega a correrse la voz en su iglesia. Eso es lo que más le preocupa. Él mismo. "Esta noche sería mejor", dijiste. "El lunes quizás sea demasiado tarde". ¿Qué quisiste decir con eso, Loida?

Loida miró la mesa.

—Le dirá a uno de los pastores asociados que lo cubra para poder venir aquí. Ambos podrán hablar, arreglar las cosas.

—Ni siquiera puedo confiar en ti, ¿verdad? —Eunice sintió que las lágrimas se acumulaban otra vez.

Loida alzó la vista, llorando.

—¿Cómo puedes decirme eso? Desde luego que puedes confiar en mí. Estoy tratando de hacer lo mejor para ambos.

—De la misma manera en que trataste de hacer lo mejor durante años. ¡Encubriéndolo!

Fingiendo que todo estaba bien. Mirando para otro lado con la esperanza de que el problema se esfumara. ¿No es esa la verdad, Loida? ¿Cuántas veces te engañó el padre de Pablo?

Los ojos de ella se llenaron de dolor.

—Eso no te incumbe.

—No me importa que pienses que no me incumbe. Ese era su patrón de conducta,

¿verdad? ¿Mentir y engañar? Y permitiste que te arrastrara a eso. Y ahora, aquí está Pablo siguiendo los pasos de su padre. Los pecados del padre se extienden al hijo porque barremos todo debajo de la alfombra y fingimos que todo está bien, ¡cuando no lo está! Que Dios no permita que alguien se entere de que el pastor es débil. Que Dios no permita que alguien sepa que es falible. ¿No es esa la verdad? ¿Cuántas veces, Loida? ¿Cuántas veces encubriste a David Hudson?

—No tienes derecho a...

—Y todo lo hiciste en nombre del amor. Te convenciste de eso. ¿Alguna vez le dijiste la verdad a Pablo de por qué su padre se había jubilado tan inesperadamente?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Cómo podía hacerlo? Eso habría destruido la imagen que Pablo tenía de David.

—Entonces, dejaste que Pablo siguiera pensando que su padre era perfecto, que era un hombre digno de imitar. Lo ayudaste a convertir a David Hudson en un ídolo. —Y ella había ayudado a Loida a hacerlo.

—Yo nunca dije que David era perfecto. Pablo sabía...

—Pablo lo olvidó. Si alguna vez supo algo, aprendió que el pecado no importaba si el hombre tenía el poder suficiente para mantener callada a su familia.

Loida se puso pálida.

—No estás siendo justa. Traté de instruir a Pablo en el camino en el cual debía andar, sin volverlo en contra de su padre.

—Lo criaste con un mensaje ambiguo, Loida. Pero Dios no hace concesiones. ¿Qué hay de la disciplina? ¿Qué hay de la rendición de cuentas? David Hudson nunca experimentó nada de eso.

—¡Hice lo que pensé que era lo correcto!

—¡Hiciste lo que tu esposo te dijo que hicieras, aunque estuviera mal! Hiciste lo más fácil. Cuando fuiste a Centerville y me hablaste del banquete de su jubilación, estabas angustiada. Y ahora sé por qué. *Fechorías*, dijiste ayer. No era la primera vez que tu esposo te era infiel. Solo era la última vez mientras servía en su iglesia. —Se secó las lágrimas que corrían por su mejilla—. Me contaste una parte de la verdad, y luego me hiciste jurar que guardara el secreto. Me hiciste partícipe de tu pecado.

—No.

—Debería haberlo tomado como una advertencia. Soy tan culpable como tú. He tenido esas inquietudes en mi interior. El Espíritu Santo ha estado tratando de decirme que algo andaba mal durante mucho tiempo, y yo ignoré esa voz apacible, igual que tú. ¿Me contaste lo de David para que pudiera ver en qué estaba convirtiéndose Pablo?

—Pablo no es como su padre.

—¿Por qué otro motivo me abrumarías con la verdad acerca de tu matrimonio?

Loida lloraba violentamente.

—Pablo no es como David.

—Ah, sí lo es. ¡De tal palo, tal astilla!

—Está arrepentido.

—No está arrepentido, Loida. Tiene remordimientos. Lamenta haber sido atrapado. Y

ahora se muere de miedo de que todo lo que edificó para sí mismo se derrumbe. Si estuviera arrepentido, ¡su primer pensamiento no habría sido salir corriendo a la iglesia para reunirse con Marvin Lockford! Habría estado de rodillas pidiendo perdón. —Y su madre no habría tenido que presionarlo para que viniera inmediatamente, en lugar de posponer su viaje hasta el lunes.

—¿Eso es lo que quieres, Eunice? ¿Que Pablo esté de rodillas? ¿Abatido y destruido?

¿Públicamente humillado? ¿Su iglesia convertida en cenizas?

¡Sí! quería gritar Eunice. ¿Qué mejor lugar para estar de rodillas que delante de Dios?

¿No había sido Jesús humillado en público? Y Él era inocente. Era puro y santo. Si el Señor había podido humillarse a Sí mismo a tal punto delante de toda la humanidad,

¿no podía un hombre humillarse a sí mismo ante el Dios todopoderoso?

Deliberadamente, el Señor había llevado sobre Sí mismo cada pecado cometido y por cometerse. Nadie más que Dios podía cambiar la vida de Pablo. Nadie sino Dios podía curar las heridas que Pablo había causado. ¡Y nadie más que el Señor podía cambiar el curso de lo que Pablo había puesto en marcha!

Ay, Señor de misericordia y de fortaleza, yo no puedo.

La calma se apoderó de Eunice. El ojo de la tormenta.

—Es inútil hablar contigo, Loida. Eres tan mentirosa como lo fue David Hudson toda su vida. —Vio la conmoción que transformó el rostro de Loida. Eunice salió de la cocina.

No puedo quedarme aquí, Señor. ¿Adónde voy? ¿Qué voy a hacer ahora?

Entró a la habitación y cerró la puerta. Se cambió rápidamente, tendió la cama, dobló el camisón y la bata, y salió a la sala de estar. Tomó su cartera.

Loida estaba parada en la puerta de la cocina, con el rostro pálido y las lágrimas corriendo por sus mejillas. Eunice se llenó de compasión. Quizás los ojos de su suegra por fin se abrieran también.

—Te quiero, Loida. Siempre te quise. Siempre lo haré. Pero no quiero seguir tu ejemplo.

Ya no.

—¿Adónde irás?

En ese instante, Eunice supo adónde necesitaba ir.

—A casa.

La tensión se debilitó en Loida.

—Gracias a Dios. ¿Quieres que llame a Pablo y le diga que estás en camino?

—Centerville no es mi casa. —Abrió la puerta y salió.

CAPÍ TULO 19

ESTEBAN NO PODÍA DEJAR DE PENSAR en la idea de comenzar otra iglesia. ¿Lo frenaba la desilusión que tenía de haber construido el CNVV y de perder de vista las necesidades de los que ahora asistían a su estudio bíblico? Oró pidiendo que si el Señor estaba llamándolo al ministerio, hiciera que sus intenciones fueran puras. Él no quería competir con Pablo Hudson. Para estar seguro, fue a ver al único hombre que sabía que sería completamente sincero con él, y que respaldaría sus opiniones con la Escritura.

—El señor Mason está en el jardín, señor Decker —dijo la recepcionista.

Y como de costumbre, Samuel estaba acompañado. Florence Nightingale estaba sentada con él bajo la sombra de una sombrilla de lona. Esteban supo en qué momento lo vio. Se puso tensa, se inclinó hacia adelante, le dijo algo a Samuel, tomó su cartera y se puso de pie. Empujó la silla a su lugar junto a la mesa de vidrio, y se apartó.

—No te vayas por mi culpa.

Siempre que él se acercaba a seis metros de ella, se escapaba; sin duda por la incomodidad que le había causado él cuando Eunice trató de arreglarles una cita.

¿Cuánto tiempo había pasado de eso?

—No sabía que vendrías hoy.

—Estoy seguro que no.

Samuel levantó la vista.

—Ni siquiera has terminado el té, Karen.

—Disculpa, Samuel. La próxima vez me quedaré más tiempo.

—Estoy seguro de que a Esteban no le molestaría si…

—No, para nada. —¿Qué tan imbécil había sido ese día para hacer huir a esta buena mujer cada vez que lo veía? —¿Sigues liderando el club de solteros en el CNVV?

—Hace casi un año que no voy al CNVV.

Vaya.

—¿En serio? —Arqueó las cejas—. ¿Algún motivo en especial para no ir?

—Ninguno que deba discutir contigo.

—Esa respuesta me da ganas de hacer más preguntas.

—No era mi intención, te lo aseguro.

No estaba llegando a ninguna parte con este intento suyo de arreglar las cosas. Tal vez el acercamiento directo funcionaría mejor.

—Mira, Karen, sé que fui un tonto ese día en el hospital. Te pido disculpas. ¿Podemos darnos una tregua?

Ella se ruborizó.

—Simplemente, no quiero que haya ningún malentendido entre nosotros.

Que ella *no* estaba tratando de llamar su atención. Ah, sí, él entendió muy bien.

—No hubo ningún malentendido la primera vez que nos vimos. Mi reacción no tuvo nada que ver contigo.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Lo sé.

Se dio cuenta de que así era y sintió que una oleada de calor subía de repente a su rostro.

—¿Fue tan obvio?

—No tanto como para que alguien deba preocuparse.

Una respuesta prudente que fue muy apreciada. Pero que lo dejó pensando cuántas otras personas del CNVV se habían dado cuenta de su atracción por la esposa del pastor

Pablo. Cuando Karen retrocedió otro paso, él apartó la silla y le hizo un gesto para que se sentara.

—Si te lo pido de buena manera, ¿terminarías tu té? Gruño, pero no muerdo.

Ella se relajó y se rio suavemente.

—Está bien. Esta vez, me arriesgaré. —Bajó del hombro la correa de su cartera y tomó asiento nuevamente.

—Ahora, Karen va a una iglesia grande en Sacramento. —Samuel sorbió su té—. Los servicios le agradan, pero no está segura de querer seguir yendo ahí.

Esteban la miró.

—¿Tienes problemas con la prédica?

—No. El pastor está bien fundamentado en el evangelio, pero queda muy lejos para que yo pueda participar activamente en la iglesia. El grupo de solteros se reúne los martes en la noche; el coro, los jueves. Probé ir un par de veces a ambos, pero llegué casa después de las diez. No me gusta estar sola tan tarde en la noche y no hay ninguna otra persona que vaya de mi zona.

—¿En qué zona vives?

Como parecía reticente a responder, Samuel lo hizo por ella.

—De tu vecindario.

—¿Vives en Rockville?

Karen puso una expresión apenada.

—No en Rockville, sino dos kilómetros al norte, en Gelson Road. Hace seis años hice una oferta para comprar un pequeño lugar y desde entonces vivo ahí.

Seis años. Seguía dando información para darle a entender que no estaba persiguiéndolo. Quizás lo consideraba el hombre más arrogante sobre la faz de la tierra.

—Yo soy un recién llegado al pueblo. —Respondió para asegurarle que había entendido. Ella tenía una sonrisa agradable—. Te preguntaré lo mismo que me pregunta todo el mundo. ¿Por qué Rockville?

—Crecí en San Francisco y creí que sería romántico vivir en una granja. No tenía idea de cuánto trabajo sería.

También tenía una risa agradable.

—¿Y trabajas la tierra?

—Tengo un huerto con vegetales y algunos árboles frutales. Lo suficiente para no ir a la tienda a comprar verduras.

—¿No tienes animales?

—No tengo tiempo. Tenía un perro, pero tuve que sacrificarlo el año pasado. Tenía cáncer. Extraño a Brutus, pero no estoy tanto tiempo en casa como para darle a un animal la debida atención. Mis horarios en el hospital me mantienen ocupada.

Samuel no dijo nada, pero Esteban supo por qué su viejo amigo había mencionado el tema de la disyuntiva de Karen. Sería mejor que lo dijera ya, aunque suponía que ella lo rechazaría.

—Tengo un estudio bíblico en casa los miércoles en la noche. Estás invitada. Es un grupo de hombres y mujeres. Obreros y un par de peones inmigrantes. Mi hija. Mi exesposa. Nunca se sabe qué dirán ni qué harán los participantes.

—¿Tratas de convencerme para que vaya o para que no vaya?

—Te haré una invitación exclusiva.

Karen miró a Samuel.

—¿Es un buen maestro?

—Sí. Y se esfuerza para serlo.

Ella miró a Esteban de reojo.

—¿Qué puedo llevar?

—Tu Biblia y una mentalidad abierta.

Samuel parecía complacido.

—¿Cómo salió la parrillada?

—Bien. —Esteban se reclinó hacia atrás en su silla—. Hasta que alguien mencionó el tema de comenzar una iglesia.

Karen levantó las cejas.

—¿Vas a comenzar una iglesia?

—No, si puedo evitarlo.

—¿Por qué no? —Samuel parecía intrigado.

—¿Quieres que te dé una razón, o veinte? Lo último que quiero hacer es meterme en otro proyecto para construir un templo.

—Puedes edificar una iglesia sin construir un edificio, ¿sabes?

—Un pequeño estudio bíblico es lo único que tenía previsto, Samuel.

—Bueno, esa es una actitud bastante patética.

Esteban bajó sus anteojos de sol y miró a Karen por encima del marco.

—Cuidado. Todavía no eres parte del grupo.

—Demasiado tarde. Invitación hecha y aceptada.

—Podrías analizar la posibilidad de frenar cualquier tipo de opinión.

—Y tú podrías hacer caso de tu propio consejo y abrir tu mente.

Samuel dejó escapar una risita.

—Entonces, ¿qué les dijiste?

—No dije nada. —Esteban dejó de mirar a Karen—. Oramos al respecto.

—¿Y?

—Sigo orando. —Se rascó la cabeza—. El asunto es que tenía la sensación de que supuestamente tengo que avanzar lentamente. —Samuel y Karen lo miraban, esperando—. La iglesia comenzó con ciento veinte personas, orando juntas en un aposento alto de Jerusalén, ¿cierto?

Samuel asintió.

—Sí, pero no se quedó escondida en el aposento alto, Esteban.

Bien podría haber dicho: tampoco en el sótano.

—Ni siguió siendo pequeña —dijo Karen—. Fueron un puñado durante unos cuarenta días, y entonces sucedió lo de Pentecostés. Ni bien el Espíritu Santo descendió sobre esos pocos, salieron corriendo con la Buena Noticia y el Señor añadió tres mil más al cuerpo de Cristo.

—Sí, pero después de eso siguieron reuniéndose en sus casas.

Samuel sonrió vagamente.

—También se reunían en los pasillos del templo.

—En el pórtico de Salomón.

Esteban miró a Karen con el ceño fruncido.

—Tal vez *tú* deberías enseñar.

—Pensé que habías dicho que no mordías —dijo ella, levantando las manos.

Contrariado, Esteban persistió.

—El punto al que estoy *tratando* de llegar es que la primera orden del día en la iglesia no era salir y levantar un edificio para las reuniones. Era ganar almas, enseñar, vivir en comunidad, partir el pan juntos y orar. Si voy a formar parte de la edificación de una iglesia, me gustaría encontrar la manera de edificar una iglesia sin paredes. ¿No es eso lo que Jesús quiso decir? Lo importante no es el edificio, las actividades ni los números.

No es la música ni el ritual. Se trata de nuestra relación con *Jesucristo*. Los creyentes

forman el templo. Ellos son la iglesia. El poder de la resurrección de Cristo se revela a través de nuestras vidas nuevas.

—¿Planeas mantener a todos secuestrados en tu sótano?

Esteban miró a Karen.

—Ya veo que no tendré más que problemas contigo.

—No. Solo estoy preguntando. Antes de entrar a tu casa, quiero saber cuál es tu posición. Hui del reino de un hombre. No quiero caer por la escalera y entrar al sótano de otro.

Él sintió un calor repentino.

—¿Estás comparándome con Pablo Hudson?

—No, a menos que pienses que tienes todas las respuestas. —Habló suavemente, con una mirada amable.

Él soltó la respiración lentamente.

—No, no tengo todas las respuestas. Es que no quiero volver a cometer los mismos errores. Apenas la Iglesia Cristiana de Centerville decidió empezar a construir, cambió el enfoque. Todo tenía que ver con atraer más personas para que hubiera dinero para continuar el proyecto. Ya no era un santuario. Era un gimnasio. Se trataba de eventos.

No se trataba de construir una relación con Cristo. Era contar cabezas y la recaudación de los domingos en la mañana. ¿Cuántas veces ha tenido que destruir el templo el Señor? Y nosotros seguimos tratando de reconstruirlo.

Karen parecía estar analizando lo que él estaba diciendo.

—¿Por qué crees que lo hacemos?

—No estoy seguro. Tal vez sea más fácil dedicar nuestros esfuerzos a edificar una casa para Dios que a construir una relación con Él. Uno requiere algunos años de duro trabajo, pero lo otro demanda un compromiso para toda la vida. El problema es que el edificio se convierte en un ídolo al que adoramos. Las actividades son las vacas sagradas. Los números son el instrumento para evaluar nuestro éxito. Y todo es por vanidad. Vanidad y más vanidad. Mi iglesia es más grande que la tuya. Mi pastor convoca a una multitud más grande los domingos en la mañana. Oye, ¿te enteraste?

Está en la televisión y tiene un programa radial que se transmite en quién sabe cuántas estaciones por todo el país. Y escucha esto: ahora van a sacar una Biblia que llevará su nombre. ¿Puedes ganarle a eso?

—Te hirió de verdad, ¿no? —dijo Karen en voz baja, mirándolo atentamente.

—¿Quién?

—Pablo Hudson.

—Esto no se trata de Pablo Hudson.

—Ah ya. —Hizo salir las palabras en voz baja y miró a Samuel.

Esteban suspiró. ¿Estaba resentido? Esperaba que no. Llevaba las cicatrices de haberse opuesto a Pablo, pero eso no significaba que fuera a convencerse de su filosofía en cuanto a qué era una iglesia. No necesitaba conocer profundamente a Karen para ver que estaba dándole vueltas a algo en su mente.

—Quieres decir algo. Adelante.

—Que las intenciones de Pablo Hudson hayan sido las equivocadas no significa que las tuyas no fueran buenas.

—Sí, obvio. Soy un tipo estupendo. Todos pensaban que estaba ganando un dineral con esa obra. Que me llenaba los bolsillos de billetes.

—No todos.

Quizás estaba incurriendo en una hipérbole. Estudió su expresión. Nunca le contó a nadie cuánto de su propio dinero había sacrificado para hacer lo correcto, pero tenía la sensación de que ella lo sabía. No era su intención quejarse. Dios le había dado trabajo para sobrevivir y lo había salvado de una bancarrota.

—El hecho es que mi motivación no influyó en el resultado para la iglesia.

—No en algo que podamos ver con nuestros ojos humanos —dijo Samuel—. Pero no pienses ni por un instante que Dios no está obrando. Viene haciéndolo desde el principio, y todavía no ha terminado.

—No. —Esteban le dirigió una sonrisa irónica—. Creo que eso lo tengo

bastante claro.

—Podía sentir el cincel de Dios partiendo su armadura. Lo dejó sintiéndose vulnerable e inseguro.

La mirada de Samuel estaba llena de claridad.

—Solo no dejes que lo que pasó en Centerville se interponga en el camino de lo que el Señor pudiera querer que suceda en Rockville.

Esteban bebió un largo sorbo de su vaso de té.

—Parece que Dios está saliéndose con la suya en este asunto. Eunice me dijo que la propiedad que compré era la misma que habían donado a la iglesia y que Pablo vendió para tener la capital inicial en el nuevo edificio.

Karen ladeó la cabeza.

—¿Sabías eso antes de comprarla?

¿Pensaba que él lo había hecho para vengarse de alguna manera? Lo mismo se le había ocurrido a Eunice. Esteban negó con la cabeza.

—No. —¿Estaría preguntándose cuándo había hablado con Eunice y en qué circunstancias?—. No tenía ni idea. Lo único que me interesaba era que la propiedad no tuviera embargos y que hubiera mucho trabajo por hacer. Necesitaba algo para mantener ocupadas la cabeza y las manos. —Solo para dejar en claro las cosas—: No quería terminar otra vez en un centro de rehabilitación para alcohólicos.

Karen levantó las cejas.

—No todo el mundo confiesa abiertamente sus cosas.

Él se rio.

—No esperaba tu confesión, solo algún comentario.

—¿Como cuál?

—Como que ya sabías que era alcohólico. —Uno de los rumores que él se enteró que circularon durante el período en el que Pablo estaba echándolo de la iglesia.

—No presto atención a los chismes y no ando con personas que se dedican a divulgarlos.

Con razón a Eunice le agradaba esta mujer.

Samuel carraspeó y Esteban supo que se había quedado mirando a Karen más de lo que correspondía. No usaba ningún anillo.

Ella echó un vistazo a su reloj pulsera.

—Debo irme corriendo. Esta noche estoy de guardia. —Se colgó la cartera al hombro y se levantó. Samuel se apoyó en su bastón y se puso de pie. Esteban empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. ¿Cuánto hacía que no se levantaba por una mujer? Karen lo miró divertida. ¿Se veía tan incómodo como se sentía? Ella tomó la mano de Samuel entre las suyas, le dio las gracias por la tarde agradable y le dijo que regresaría pronto. Cuando se dio vuelta, lo miró con una sonrisa cordial.

—También fue un gusto verte, Esteban.

—Igualmente. —Pensó que sería agradable llegar a conocerla un poco mejor. Quizás ir con ella a tomar un café. O salir a cenar—. Debería tener tu número de teléfono. En caso de que tenga que cancelar el estudio bíblico a último momento. —Esperó que la excusa no le sonara tan patética a ella como a él.

—Estoy en la guía. —Se alejó sin mirar atrás.

Sería útil poder recordar su apellido.

Esteban tomó asiento cuando Samuel lo hizo.

—Creo que hace mucho tiempo que Dios quiere una iglesia en Rockville, Esteban. Los campos ya están listos para la cosecha y los obreros son pocos.

—Estoy de acuerdo. Pero no estoy seguro de que yo sea el que deba hacerlo. No quiero empezar algo con las intenciones equivocadas.

—Dios te puso ahí por una razón.

—Guiar un estudio bíblico es muy distinto a pastorear una iglesia.

—Vive un día a la vez. Concéntrate en la Palabra. Arrodíllate y ora. Luego, levántate y haz la obra que Dios te da. No intentes cruzar ningún puente hasta que llegues a él.

—Tengo que trabajar para ganarme la vida.

Samuel se movió incómodo en su silla. Su rostro marcó una mueca de dolor cuando estiró una pierna.

—El apóstol Pablo era fabricante de carpas. —Volvió a acomodarse en la silla—. Más de la mitad de las personas que asisten a tu estudio bíblico te conocieron en el trabajo o conocen a alguien que trabaja contigo. El Señor sabe que la tarea es demasiado grande para que un solo hombre cargue con ella. Él te capacita a ti para que tú puedas capacitar a otros. Para eso no necesitas tener un título en teología ni pararte en un púlpito.

Esteban vio las nuevas arrugas en el rostro de Samuel. ¿Cómo era posible que alguien envejeciera tanto en unos pocos días? Estuvieron en silencio por un largo rato. Esteban terminó su té.

—¿Te gustaría que te acompañe a tu departamento antes de irme?

—Disculpa. Hoy no soy una buena compañía.

—Estás preocupado por algo. ¿Debería preguntar?

—Mejor no preguntes.

—Está bien. — *¿Eunice?* —. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Solamente lo que estás haciendo. Mantente enfocado en Jesús. Sé obediente a Su llamado sobre tu vida. Sea el que sea, por difícil que vaya a ser.

Esteban examinó su rostro. El anciano estaba distraído, su mente estaba ocupada en alguna batalla interna.

Samuel se quedó mirando fijamente el jardín.

—Creo que me quedaré aquí afuera un rato más.

—Está bien. —Esteban se levantó—. Volveré mañana.

—Espera un minuto, Esteban. —Samuel tanteó el bolsillo de su camisa —. ¿Tienes un bolígrafo a la mano?

Esteban le dio su bolígrafo.

Samuel tomó una servilleta de papel del servilletero y escribió algo en ella. Le entregó la servilleta y le devolvió a Esteban el bolígrafo,

sonriendo.

Karen Kessler. Y su número telefónico.

Pablo buscó el carro de Eunice cuando se estacionó en el sector para visitas del complejo de departamentos. Estaba cansado por el viaje, exhausto por la noche sin dormir.

Habría esperado que Eunice tuviera una mejor reacción que salir corriendo a contarle todo a su madre. Debería haberse quedado en casa como él le había dicho. Podrían haber hablado y llegado a una solución sin involucrar a nadie más. Nadie debía enterarse de sus problemas, ¡especialmente su madre! Eunice tenía motivos para estar molesta, pero eso no le daba el derecho de ser desleal. Era la esposa de un ministro.

¡Tenía que saber que no debía decirle nada a nadie en contra de él!

Sacó la llave del arranque y abrió de un empujón la puerta del carro, salió y la cerró de un portazo. Tenía un vago recuerdo de su padre poniendo las reglas en claro de vez en cuando. Quizás era eso lo que tenía que hacer. Ser un poquito menos comprensivo y un poco más firme, por el bien de su ministerio. Había demasiadas cosas en juego para dejar que sus emociones se descontrolaran.

Encontró el departamento de su madre y tocó el timbre. Cuando nadie atendió inmediatamente, cambió de posición. Le había dicho que vendría. Ella debía habérselo comentado a Eunice. ¿Estaría su esposa furiosa allá adentro mientras lo hacía esperar parado en el porche? Nuevamente apretó con fuerza el timbre y siguió presionándolo con el dedo.

Fue su madre la que abrió la puerta y se quedó mirándolo. Su rostro tenía manchas y estaba hinchado, sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar.

—Mamá, no es tan malo como parece.

—¿No lo es?

—¿Qué te dijo Eunice?

—¿Qué crees que me dijo?

Maldijo a Eunice por causarle tanto dolor a su madre.

—¿Dónde está? No tenía derecho a venir hasta aquí y descargar nuestros problemas en la puerta de tu casa. ¡Eunice!

—Se fue.

—¿Qué quieres decir con que se fue? ¿Adónde se fue?

—Dijo que se iba a casa.

Se puso furioso.

—¡Ah, muy bien! ¡Esto es genial! Desperdicié el viaje hasta aquí. ¿A qué está jugando conmigo? ¿Qué planea hacer ahora? ¿Regresar a la iglesia y anunciar que tenemos algunos problemas?

—¿ *Algunos* problemas? ¿Así es como consideras el adulterio?

Sintió que su rostro se acaloró de repente.

—No todo es mi culpa, ¿sabes? Ella no habría llegado en medio de nada si Reka no hubiera preparado todo el asunto. Y yo ni siquiera habría mirado a Sheila si Eunice hubiera sido algo parecido a una esposa para mí en los últimos años. Desde que Tim vino aquí a vivir contigo, ha estado en otro mundo.

—Entonces, la culpa es de todos menos tuya, ¿es así? Hasta yo debo tener culpa.

—No dije eso. Eso no es lo que quise decir.

—No tienes excusa, Pablo. Ninguna que te libre de este desastre.

—De acuerdo. —Alzó las manos—. ¡Está bien! ¿Podemos tener esta conversación adentro, para que no se entere todo el vecindario de este asunto?

Ella retrocedió y se quedó mirándolo mientras él pasaba delante de ella. Arrojó su rompevientos sobre el sofá y se frotó la nuca, frustrado.

—Si Eunice se hubiera dignado a contestar el celular, podría haberla esperado en casa.

—No irá a Centerville.

—Acabas de decirme que se marchó a casa. —Había pasado una larga

noche sin dormir y, para colmo, hecho un largo viaje en carretera. No estaba de humor para evasivas.

—No me hables en ese tono, Pablo Hudson.

Nunca antes había visto esa expresión en el rostro de su madre. Como si lo odiara. Lo hizo estremecer.

—Dijo que Centerville no es su hogar. Y con justa razón.

Tenía que agradecerle a Eunice la actitud que veía en su madre. ¿Por qué no había podido mantener la boca cerrada y dejar que sus problemas fueran algo privado? Si tenía que contárselo a alguien, ¿por qué no había elegido a alguien que no fuera su madre? Menos mal que Eunice no estaba en el departamento, o le habría dicho cosas que lamentaría. Así como estaban las cosas, tendría que salir a perseguirla otra vez.

¿Cuán lejos esta vez? ¿Cuánto faltaría para que se sentara y entrara en razón?

—Entonces, ¿adónde se fue? —Trató de sonar paciente.

—Dímelo tú, Pablo. ¿Dónde considera Eunice que está su hogar? —Sus ojos relucían por las lágrimas—. ¿El cielo?

Sintió que una corriente fría le llegaba a la boca del estómago.

—Ella no haría eso. Tú conoces a Eunice tan bien como yo. Ni siquiera se le ocurriría.

—¿Qué tan bien me conoces? Yo pensé en suicidarme la primera vez que tu padre me engañó.

¿La primera vez? Se tambaleó hacia atrás.

—¿De qué estás hablando?

Ella sacudió la cabeza.

—Él nunca tenía demasiado tiempo para ti, ¿verdad, Pablo? Ni para mí. Pero tenía mucho tiempo para los demás.

Él tragó con dificultad. ¿Qué estaba diciendo?

Ella lloró amargamente.

—Eunice tenía razón. Yo estaba equivocada. Todos estos años estuve tan equivocada...

—Mamá. —Él la había visto llorar, pero nunca así—. Mamá. —La tomó de los hombros, pero ella se soltó bruscamente.

—Debí haber hablado de todo esto contigo hace mucho tiempo. Debí habértelo advertido cuando vi lo que estaba pasando. Me di cuenta de que estabas cambiando.

Veía cómo tu ambición te manipulaba. Esperaba que recordaras lo que te había enseñado. Esperaba no tener que explicártelo palabra por palabra. —Tomó asiento en su sillón y se sonó la nariz—. Mejor siéntate. Voy a decirte la verdad sobre tu padre, quieras oírla o no.

Él se sentó lentamente, tenso, con el estómago revuelto.

—Desde que eras un niño, he tratado de protegerte. Y a mí misma. —Lo miró con furia—. No puedo decirte lo doloroso que es vivir con un hombre que engaña y miente y cree que tiene el derecho de vivir como se le antoje, sin rendirle cuentas a nadie, ni siquiera a Dios. Oraba por él. Ay, cuánto oré por él. Año tras año. Y aun después que destruyó hasta la última pizca de amor que había entre nosotros, oré por su salvación.

—¿Salvación? Si alguien fue salvo, ese fue papá.

—Quisiera creerlo. Realmente me gustaría creer que Dios lo alcanzó. Pero no estoy segura. Jamás vi evidencia en su vida de que fuera un cristiano de verdad.

Él no podía creer que estuviera diciendo semejante cosa de uno de los evangelistas más conocidos del país.

—Llevó a miles de personas a Cristo, madre. Tenía una congregación multitudinaria.

Tenía un programa de televisión y un ministerio radial. ¡Escribió un libro que fue un éxito de ventas!

—¿Y crees que todo eso es una señal de la aprobación de Dios? Tu padre nunca llevó una sola alma a la salvación. Creí que entendías esto. La salvación es obra del *Espíritu Santo*, Pablo. Es *Dios* quien salva. Es *Jesús*. Ningún hombre puede ni debe atribuirse el mérito de la salvación de alguien. Traté de instruirte en la verdad. Traté de enseñarte la manera adecuada de caminar. Sin hacer concesiones. Que

te esforzaras para vivir una

vida en santidad. Traté de decirte que la vida cristiana no es una carrera corta. Es un maratón agotador. Y tú solías creer. Tu corazón era sensible a Dios. Y tu fe se ganó el menosprecio de tu padre. ¿Recuerdas?

—Supongo que era un poco duro conmigo.

— *¿Supones?* Que Dios te ayude a recordar cómo era realmente. Deseabas que tu padre te prestara atención, Pablo. Ansiabas su aprobación. Yo no sabía cuánto, hasta que te escuché predicar. Dije que te parecías más a tu padre de lo que me había dado cuenta. Y

lo consideraste un halago. No lo dije con esa intención. Debería haberlo aclarado.

Él se levantó.

—No estoy seguro de que quiera escuchar a mi propia madre hacer pedazos la reputación de mi padre, considerando que está muerto y no puede defenderse.

—Hubo un tiempo en que no huías de la verdad.

—Tuve un amorío. Lo reconozco. Eso se terminó. Nunca volverá a suceder.

—Eso decía él, en el mismo tono impenitente e inadmisible. ¿También le dijiste a Eunice que la culpa era de ella? ¿Que como esposa no era suficiente para hacerte feliz? ¿Le echaste la culpa de tus pecados de la misma manera que tu padre me culpaba a mí? Por tu rostro, puedo ver que sí. *¡Siéntate!*

Él se sentó. Conmocionado. Su madre nunca le había hablado así.

—Tu padre no *decidió* jubilarse, Pablo. Lo *obligaron* a jubilarse. Uno de los ancianos se enteró de que tu padre estaba teniendo un amorío con una mujer a la que estaba aconsejando. Y te aseguro que no era la primera.

»El anciano confrontó a tu padre, que no quiso escucharlo. Luego, dos ancianos fueron a hablar con él. Puso fin a su amorío y pensó que con eso se había terminado el problema.

Pero se había vuelto descuidado. Estuvo involucrado con más de una

mujer a la vez.

Una se enteró de la otra y acudió a los ancianos.

»Le dijeron que si no presentaba su renuncia, lo expondrían ante la congregación. Si aceptaba renunciar, no dirían nada del asunto. A las mujeres les pedirían que abandonaran la iglesia. La reputación de tu padre seguiría intacta. Él estuvo de acuerdo; ellos cumplieron su palabra. Nunca dijeron nada. Todos escondimos bajo la alfombra el

sórdido episodio, junto con todos los demás episodios sórdidos que tuvo a lo largo de los años. Todos creímos que estábamos protegiendo a la iglesia.

Hizo una pausa y los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

—Pero solo acumulamos corrupción... porque aquí estás tú, su hijo, siguiendo sus pasos.

—Solo he tenido un amorío.

—Me mientes con la misma facilidad con la que te mientes a ti mismo.

—Sheila es la única, lo juro, mamá. Se terminó. Fue un error. El error más grande de mi vida. —Estaba temblando. Sentía frío por dentro.

—¡Ay, Pablo, estás tan ciego! Has estado engañando a Dios durante años. He estado en tu iglesia. Vi cómo usas a la gente, cómo los cautivas y los manipulas. Te has vuelto igual que tu padre. Él usaba a las personas y las descartaba. Yo fui la primera de una larga fila de personas que lo amaban y oraban por él. Usó mi amor para controlarme, para hacerme callar. Y tú le hiciste lo mismo a Eunice. También usaste sus talentos.

Hasta que no quiso hacer concesiones. Entonces la apartaste porque te interesaba más complacer a las personas que hacer lo correcto ante los ojos de Dios.

Sintió un escalofrío que subía por su columna y el vello que se erizaba. Se frotó la nuca, tratando de borrar la sensación.

Ella se inclinó hacia adelante con las manos entrelazadas.

—¿Crees que Dios no ve lo que haces? ¿Crees que el Señor no sabe lo que piensas de Él?

Usas su nombre para hacer lo que se te antoja. Diluyes Su Palabra

para entretener a tu gente. ¡Has estado escupiendo en la cara de Aquel que te salvó y te amó como tu padre jamás lo hizo!

Sus palabras lo destrozaron. Nunca en su vida había enfrentado el juicio de ella. Apretó los puños y reprimió sus ganas de llorar.

—He trabajado mucho para levantar esa iglesia que agonizaba cuando llegué a Centerville. ¡Ahora, tengo más de tres mil personas en mi congregación!

—¿Y crees que eso te convierte en un éxito? —Se reclinó hacia atrás y apoyó las manos en los brazos del sillón—. ¿Y qué representa tu iglesia, sino el orgullo que sientes por tus propios logros?

Él se echó hacia atrás.

—Representa a Cristo.

—No, no es así. Las visitas no tienen idea de qué clase de doctrina escucharán cuando entran por esas puertas. Ni siquiera saben qué es la doctrina. ¿Qué escuchan, Pablo?

¿Qué verdad? ¿El evangelio? *No*. Lo único que reciben es una hora de entretenimiento.

Música que los emociona. Efectos especiales. Un discurso estimulante que despierta sus emociones. Te importa más cuántas personas se sientan en tus bancos que quiénes son: almas perdidas que necesitan un Salvador. Las personas no pueden tener sanidad ni ser restauradas en Cristo hasta que su corazón se quebranta por su pecado, y tú has hecho que se sientan cómodas con él, y tú mismo, junto con ellas.

No podía mirarla a los ojos.

Su madre languideció. Se cubrió el rostro.

—Hice mal en proteger a tu padre. Me equivoqué al encubrirlo. Intenté convencerme de que, protegiéndolo a él, protegía a la iglesia. —Miró hacia arriba con el rostro desolado—. Dios, perdóname. Eunice tenía razón. Viví una mentira. Me resguardé de la humillación y de la vergüenza. —Su sonrisa era de autodesprecio—. No quería que la gente supiera que no era suficiente mujer para retener a mi hombre. —Soltó una risa triste—. Lo cierto es que ninguna mujer habría podido retenerlo. Era el juego que él jugaba. Tal vez si hubiera rendido cuentas ante alguien, algunas cosas habrían cambiado. La disciplina habría implantado el temor de Dios en otras personas. Como

tú. No habrías pensado que podías hacer las cosas a tu manera. Habrías aprendido que Dios es misericordioso, pero no hace concesiones.

—Papá era un buen hombre. No puedo creer que estés diciendo todo esto. —No quería escuchar. No quería sentir la condena.

Loida se estremeció.

—El Señor le dio a tu padre oportunidades para arrepentirse, Pablo. Una tras otra. Pero en lugar de eso, el corazón de tu padre se volvió más duro y más orgulloso. A veces pienso que el Señor lo derribó en ese avión. Dios le quitó la vida antes de que pudiera hacer más daño.

—Él edificó una iglesia, mamá.

—Atrajo a una multitud. —Volvió a inclinarse hacia adelante con las manos extendidas—. Escúchame, Pablo. Escucha con mucha atención. Tu padre nunca fue un pastor. Era un arriero que llevaba a su ganado al mercado. Él trataba de manejarte. ¿No lo recuerdas? Te despreciaba y se burlaba de ti. Te presionaba y te aguijoneaba. Hacía todo lo posible por moldearte y convertirte en lo que él era. Y tú lo resistías. Yo veía lo tierno que era tu corazón. Eras más parecido a tu abuelo Esdras que a tu padre.

—Mi abuelo fue un fracaso.

—No podrías estar más equivocado. Lo que más quiso Esdras en la vida fue servir al Señor, divulgar la buena noticia de la salvación en Jesucristo. ¡Y lo hizo! Si vas a los lugares donde predicó, encontrarás iglesias, Pablo. Iglesias pequeñas pero vivas, centradas en Cristo y en la Biblia. Tu abuelo sirvió al Señor más fielmente de lo que tu padre lo hizo en toda su vida.

—Pero papá decía…

—Tu padre solo veía que nunca alcanzaba el dinero para las cosas que él quería. Tu padre lo odiaba por eso. No quería saber nada de la clase de vida que había llevado tu abuelo, una vida de autosacrificio. Él quería una gran casa y un carro de lujo. Quería fama. Así que usó los talentos que Dios le dio para su propio engrandecimiento. Usó la prédica para vivir exactamente como le gustaba. Y Dios lo entregó a su pecado.

—Creí que lo amabas.

—Amaba al hombre con el que creí que me había casado. Y cuando supe quién y cómo era él realmente, lo amé por obediencia a Cristo. No siempre tuve éxito. El divorcio nunca fue una opción para mí. Pero llegó un momento… — Negó con la cabeza y se quedó mirando sus manos—. Dejé de dormir con tu padre después de su cuarto amorío.

—Levantó la cabeza—. Eunice lo sabía. No todo lo que acabo de contarte. No cuántas veces me engañó tu padre, pero sabía bastante de lo que yo sufría y el motivo. Ella nunca defraudó mi confianza, Pablo. Y desde que se fue esta mañana, he estado preguntándome: ¿Le conté lo de tu padre porque esperaba que ella hiciera el trabajo sucio que me correspondía y te lo dijera? Qué carga tan terrible llevó por mí todos estos años.

Pablo se agarró la cabeza. No podía bloquear el sonido de la verdad ni el torrente de recuerdos.

—No sé qué hacer. No sé qué pensar.

—Sí lo sabes.

—Necesito pensar en esto detenidamente. Necesito reflexionar en todas estas cosas.

—Puedes hacer todo eso en otra parte. —Su madre se puso de pie—. Yo te amo, Pablo, pero es hora de que te vayas.

Él levantó la cabeza y la miró fijamente.

—¿Me estás echando? Mamá, anoche casi no dormí. Conduje cinco horas para venir hasta aquí. No es mi culpa que Eunice no esté. Estoy demasiado cansado para…

— *¡Yo, yo, yo!* —Lo miró con indignación—. Te metiste tú solo en este lío y necesitarás algo más que lloriqueos, excusas y autocompasión para salir de él.

—Lo entiendo. Es solo que…

—Ni siquiera has considerado lo que le has hecho pasar a Eunice, ¿verdad? No realmente.

—Por supuesto que lo hice.

—Que Dios te ayude. Eres un mentiroso igual que tu padre. Yo le facilité las cosas. Y

ahora mira los problemas que nos ha traído a todos. —Fue hasta la puerta y la abrió—.

No le ofreceré un refugio seguro al que echó a Eunice en la noche.

—No sé dónde está, mamá. No tengo idea.

—Entonces será mejor que lo averigües. —Su voz se quebró—. Esa pobre chica. Lo que le has hecho. Lo que yo te ayudé a hacer. —Se irguió y habló con firmeza—: No eres bienvenido en mi casa hasta que arregles las cosas con tu esposa. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras hacía un gesto cortante señalando la puerta abierta.

Pablo tomó su chaqueta y salió. Cuando se dio vuelta y miró a su madre a los ojos, se le desmoronó el corazón. Ella siempre lo había apoyado, siempre había sido su aliada.

Nadie amaba a un hijo como su propia madre. Lo miraba como si fuera un extraño al que no deseaba conocer.

—Espera solo un minuto. —Desapareció apenas un momento—. Llévate esto. —Le puso en la mano la fotografía de su boda—. Quizás te haga reflexionar en lo que puedes llegar a perder. —Cerró la puerta y echó el cerrojo.

El primer vuelo a Filadelfia estaba lleno. No tenía otra opción más que esperar. Eunice se sentó junto a los ventanales a mirar las pistas. Estaba tan cansada que pensó en acostarse en el piso y usar la cartera como almohada. Pero no debía hacer eso. ¿Qué pensaría la gente? Al otro lado de la terminal había un Starbucks. Quizás un latte con caramelo le daría un empujón y, con suerte, el coraje que necesitaba para su primer vuelo en avión.

No tuvo suerte.

Trató de no pensar en nada; especialmente, en la posible reacción de Pablo cuando llegara a Reseda y se enterara de que ella se había ido. Podía imaginarla. ¿Qué le diría a la congregación sobre su ausencia? Suponiendo que alguien se tomara la molestia de preguntar. *¿Una emergencia familiar? ¿La muerte de un primo? Gracias por sus condolencias.*

Por supuesto, no había primos.

Unos pensamientos amargos corrieron por su cabeza. Oró para que Dios los detuviera.

Oró pidiendo ayuda para sobrellevar el dolor atroz; para saber qué hacer; oró pidiéndole al Señor que se abalanzara como un águila y la rescatara.

Sonó su celular. Lo sacó de su cartera y miró el número de quien llamaba. Pablo. Arrojó el teléfono de vuelta a la cartera.

Cuatro horas pasaron lentamente hasta que abordó el avión sin nada más que su bolso.

—¿Quisiera una almohada y una manta?

—Por favor. —Con una sonrisa, agradeció a la azafata. Apretujó la almohada, la acomodó en el hueco de su hombro y se recostó contra la ventanilla.

Se despertó mientras servían la comida en el vuelo. Apenas terminó su lasaña, volvió a dormir y no se despertó hasta que una azafata le dio un golpecito en el hombro.

—Tiene que colocar su asiento en posición vertical. ¿Tiene abrochado su cinturón de seguridad? —Asintió y volvió a dormitar mientras el avión aterrizaba.

Toda la gente se paró de sus asientos y empezó a sacar el equipaje de los compartimientos superiores y de debajo de los asientos. Las personas se acomodaron en el pasillo, cargadas y ansiosas por salir de la aeronave. Eunice miró sus rostros mientras pasaban. Cuando la fila de pasajeros disminuyó, se levantó, se colgó la correa de la cartera al hombro y salió al pasillo. Fue la última en salir del avión.

—Gracias —les dijo al piloto y a la azafata de mayor rango al pasar— por el vuelo tranquilo. —Era una lástima que se hubiera dormido, perdiéndose la experiencia de mirar la rica complejidad del país por la ventanilla. Estaba demasiado cansada para mantener los ojos abiertos. El zumbido de las turbinas la había arrullado hasta que se quedó dormida.

Encontró el sector de las agencias de alquiler de autos y fue de una a la otra. Los precios eran más caros de lo que había imaginado. No quería comprar el carro, solo alquilarlo.

Finalmente, se dio por vencida y entregó su tarjeta de crédito por un compacto pequeño que era viable e incluía kilometraje ilimitado. Un autobús de la agencia la recogió y la dejó al costado de su carro. Estuvo un largo rato sentada en el asiento del conductor, recorriendo el manual del fabricante para aprender a encender las luces delanteras y el limpiaparabrisas, y saber cómo soltar el freno de mano. Era la primera vez que conducía un carro nuevo y no quería abollarlo antes de salir del estacionamiento.

Era tarde. La mayoría de los viajeros probablemente ya estaban registrándose en los hoteles, pero ella había dormido mientras cruzaba todo el país y sabía que alojarse en un hotel sería un derroche de dinero. Encontró el camino para llegar a la autopista.

Extrañaba a Tim. Quizás debería haberlo llamado para decirle que estaba en el sur de California. Pero si hubiera hecho eso, él habría querido ir a verla, e inmediatamente se habría dado cuenta de que algo andaba mal.

Jesús, en Tu misericordia, que sea Pablo quien se lo diga. O Loida. Yo no puedo hacerlo. No permitas que sea yo quien vea aparecer la desilusión en los ojos de Tim, al darse cuenta de que todo lo que dijo era verdad. «Esta iglesia está llena de hipócritas, y papá es el peor de todos». Su hijo lo había visto más claramente que ella.

Las luces delanteras destellaban al pasar, un par tras otro, dejándola atrás en la noche.

¿La había amado Pablo en verdad alguna vez? Se preguntaba por qué la había mirado más de una vez en la universidad. Una muchachita pueblerina. Simple.

¿Y ahora qué, Señor? ¿No dijiste Tú que la infidelidad es motivo para el divorcio?

Aflojó las manos sobre el volante y cambió de posición. Una vez, una amiga le había dicho que el horror del divorcio nunca tenía fin. Especialmente cuando había niños de por medio. Pero Tim ya no era un niño. Era un joven listo para partir a cualquier aventura que el Señor tuviera preparada para él.

Dios, dale a mi hijo una esposa fiel y cariñosa; una chica que lo valore y luche por su matrimonio.

Alguien que él ame y aprecie profundamente todos los días de su vida. Permite que sea un hombre que cumpla sus promesas.

Pablo pasó una noche inquieta en un Hilton de la interestatal 5, cerca de Santa Clarita.

Cuando se fue al sur, no se le ocurrió que necesitaría una muda de ropa, su afeitadora y su cepillo de dientes. Había comprado lo indispensable la noche anterior, antes de registrarse en el hotel. Había visto una película para dejar de pensar en lo que su madre le había dicho.

No lo ayudó.

Tenía que volver a la iglesia. Tenía que ver si se había filtrado alguna información, si había preguntas. Necesitaba escribir el sermón para el domingo. Independientemente del desastre que hubiera en su vida, debía seguir parándose en ese púlpito y dar algún tipo de mensaje a las personas que llenaban los bancos. Se incorporó y reprimió la náusea provocada por el agotamiento y la turbulencia emocional.

Una ducha lo ayudaría a despejar la cabeza.

Abrió el agua al máximo y se paró bajo el chorro fuerte y caliente. No lo hizo sentir mejor en absoluto ni se sintió limpio. No podía borrar el recuerdo del desprecio de Sheila ni de los ojos de Eunice tan llenos de dolor.

La foto que le había dado su madre todavía estaba en el carro. No quiso llevarla consigo al hotel y verla al despertarse en la mañana.

Se cortó mientras se afeitaba. Maldijo y terminó con más cuidado; después descartó los artículos de tocador en el bote de basura, se vistió y bajó al restaurante del vestíbulo para tomar un desayuno continental. No lo servían hasta las seis. No estaba dispuesto a esperar. Pagó la habitación y dejó el hotel. Siempre podría parar a desayunar a un costado de la Grapevine.

Samuel prestó atención. Escuchó los pájaros, el suave zumbido de las abejas en la madreselva, el chorrito de la fuente de agua en el centro del jardín, el sonido metálico de una ventana que se abría y el sonido tenue de un partido en el televisor.

En medio de un entorno tan pacífico, imaginó el sonido del shofar. El Señor lo llamaba, y el sonido vibraba en su corazón. Se transportaba. Esteban también lo había escuchado.

Dios ya no necesitaba hombres que hicieran sonar a todo volumen el cuerno del carnero para que Su Palabra fuera escuchada. Él escribía en el corazón de los hombres mediante la presencia permanente del Espíritu Santo. Pero pocos escuchaban. Eran pocos los que se inclinaban y buscaban la voluntad de Dios para su vida.

Una vez, en el monte Sinaí, el Señor en persona había hecho sonar el shofar mientras le entregaba la ley a Moisés. Seguramente fue un sonido tan intenso y atrayente que hizo temblar el corazón de los hombres.

¡Oh, Dios, cuánto anhelo que hagas sonar el shofar otra vez! Permite que los sordos te escuchen, para que nunca vuelvan a dudar que hay un Dios en los cielos. Tú eres Creador, Padre, Dios todopoderoso, e Hijo. Oh, Señor, yo sé que ahora nos hablas por medio del Espíritu Santo, pero una vez hiciste sonar el shofar. Por favor, tócalo de nuevo, para que Pablo, y de hecho, todos los hombres, se aparten de la destrucción. ¿Cuánto tiempo más tendré que escuchar las palabras vacías de un hombre que asegura que habla de parte de ti, pero vive a la sombra del juicio y de la muerte? Yo escucho Tu voz apacible, pero sus oídos están cerrados. Haz tronar al shofar y saca a Pablo de su complacencia antes de que sea demasiado tarde, Señor. Sacúdelo. Veo la evidencia de Ti en cada amanecer y en cada ocaso… pero sus ojos están cerrados.

El sol salía a espaldas de Eunice mientras se acercaba al puente que estaba a un kilómetro de su pueblo natal. Cuando era pequeña, solía sentarse en este puente a lanzar piedritas al agua. Coal Ridge parecía abandonado, salvo por los dos ancianos sentados en sus mecedoras, afuera de la tienda del pueblo. La vieron pasar. Dobló en la avenida Colton y bajó la velocidad hasta casi detenerse, al pasar por la casa en la que había crecido. Estaba tapiada, la maleza había crecido mucho en el patio y había un viejo letrero de «Se Vende» clavado en la cerca blanca de madera. Se estacionó enfrente.

La verja estaba rota. Recordó cuántas personas pasaban por ella todas las semanas para visitar a su padre y a su madre. Los escalones del frente estaban podridos. Caminó

pisando con cuidado. Miró por la ventana. La casa estaba vacía, los pisos estaban cubiertos de polvo y había telarañas en las ventanas.

Alguien había dicho que nunca se puede volver al hogar. No lo había entendido hasta ahora. Este caparazón deshecho no era su hogar. Las personas que habían hecho de él un lugar cálido, seguro y lleno de amor ya no existían.

Eunice deseaba no haberlo hecho. Con la frente apoyada contra el vidrio, cerró los ojos con una sensación de pérdida tan profunda que sintió que se ahogaba en ella. Se dio vuelta, bajó los escalones y cerró la verja al salir. Caminó por la avenida Colton, mirando las casas donde alguna vez habían vivido sus amigos. Los Tully, los O'Malley, los Fitzpatrick, los Danver. ¿Dónde estaban ahora? ¿Adónde se habían ido todos cuando cerraron las minas?

La calle llegó a su fin. Regresó a la otra punta y entró a su carro alquilado. Se quedó sentada largo rato, con la mente entumecida por la desilusión y la confusión. ¿Y ahora, adónde? Giró la llave, dio una vuelta en U y se dirigió a la calle principal. Giró a la derecha y fue hacia el límite sur del pueblo. Luego, dobló a la izquierda y subió la colina.

Pablo volteó la fotografía que le había dado su madre y la dejó boca abajo en el asiento del acompañante. No iba a pensar en lo que le había dicho su madre. No ahora. No cuando estaba tan cansado que no podía pensar con claridad. Vio la rampa para entrar a la I-5.

Agotado y aturdido, encendió la radio. Necesitaba algo que desconectara sus pensamientos de los asuntos deprimentes y de las preocupaciones sobre el futuro. Patsy Cline cantaba a viva voz «Tu corazón infiel». Presionó el botón para seleccionar y escuchó a Carly Simon: «Eres tan vanidoso, apuesto a que piensas que esta canción habla de ti, ¿verdad?...». Soltando una grosería, probó una vez más y escuchó los primeros compases de una canción que una vez le había dicho a Eunice que le recordaba a ella, la de Jim Croce: «El tiempo en una botella». Apretó el botón y apagó la radio.

Sentía el estómago revuelto.

Delante de él, tenía la empinada Grapevine; serpenteando las montañas hacia abajo, el Valle Central se extendía como una manta de retazos frente a él. Los camiones avanzaban a paso de tortuga en el primer carril a la derecha, los engranajes torturados, los frenos listos. Se detuvo al pie de las montañas para echar gasolina y comprar un café para llevar. A este ritmo, estaría de vuelta en Centerville a las diez. Tendría tiempo para darse una vuelta por la casa, cambiarse la ropa y estar en la oficina de la iglesia al mediodía. Podría hacer orden y poner todo en su lugar antes de que llegara alguien.

Nadie sabría jamás que se había ido. Y si alguien llegaba a preguntar por Eunice, simplemente le diría que otra vez se había ido a visitar a Tim.

¿Era solo por la lectura bíblica de esa mañana que Samuel no podía dejar de pensar en el cuerno del carnero? El único lugar donde el shofar todavía estaba en uso era en las ceremonias judías, y había muchos judíos que no lo entendían. Todos los hombres eran responsables por sus pecados y el castigo seguía siendo la muerte. El shofar sonaba para anunciar la venida del Señor. Cuando sonaba, el pueblo debía congregarse, confesarse y arrepentirse. Cuando sonaba, el pueblo debía adorar. El shofar anunciaba el Día de la Expiación y el Jubileo. Sonaba en medio de la batalla.

Era un llamado para reunir al pueblo de Dios, un llamado al arrepentimiento, un llamado a entrar en la batalla. En la antigüedad, la voz de Dios llegaba a la multitud a través de los profetas, pero ahora, el Señor le hablaba a cada creyente a través del Espíritu Santo.

Ay, Señor, sé que estoy en una batalla. ¿Cuánto más tendré que pelear esta guerra? Estoy cansado de esto. Descorazonado. Desesperanzado. Tú eres el único que puede salvarlo y, a pesar de eso, él se aleja cada vez más. ¿Cómo lo toleras? ¿Qué clase de poder y amor necesitaste para permanecer colgado en esa cruz escuchándolos burlarse de Ti cuando estabas abriendo un camino para que alcanzaran la redención y la vida eterna? ¿Qué impide que Tu fuego arrase con este mundo para limpiarlo?

Inclinó la cabeza con el deseo de poder entregar su alma como Jesús lo había hecho, y entrar en su descanso. Pero Dios era quien contaba

sus días. Dios le daba vida por alguna razón. Hacía años que Samuel estaba en guerra; una voz solitaria que gemía delante del Señor, suplicando que se ablandara un corazón humano que se endurecía con cada año que pasaba.

Eunice no había vuelto a este cementerio desde la muerte de su madre. Estacionó el carro y entró, pasando por debajo del arco de hierro oxidado. El primer funeral al que asistió aquí había sido el de un niño que conocía que se había ahogado en el río cuando tenía ocho años. El último funeral había sido el de su madre, dos años después de que seis portadores llevaran a su padre colina arriba. Ella y su madre plantaron nomeolvides alrededor de la tumba después del servicio de su padre, y Eunice plantó otras más cuando regresó a sepultar a su madre. Después, puso la casa en venta.

Cuando encontró sus lápidas y se arrodilló, arrancó la maleza y emparejó el césped como si fuera un manto que las cubría. Ahora extrañaba aún más a su padre y a su madre. Sola y lejos del lugar que debería haber podido considerar su hogar, alejada del hombre a quien había prometido amar hasta que la muerte los separara, añoraba el contacto con los que la amaban incondicionalmente.

Ay, Dios. Ay, Abba, quiero ir a casa. ¿Podrías llevarme ahora? Permite que esta pena haga que mi corazón deje de latir.

Pensamientos ilusorios. Dios tenía sus días contados y no preveía quitarle la vida solo porque le resultaba doloroso vivir. Jesús conocía mejor que nadie el sufrimiento de vivir en esta tierra. Jesús sabía lo que uno sentía cuando lo traicionaban.

Agotada, se acostó sobre las tumbas con los brazos estirados, como para abrazarlos a ambos. La tierra estaba fría debajo de su cuerpo.

Ah, sus padres eran afortunados. Ya no tenían que padecer más decepciones. Y habrían sufrido con ella si hubieran vivido lo suficiente para saber que Pablo no era un hombre de palabra. Añoraba la sabiduría de sus padres. Su pérdida le dolía, sabiendo que podría haberles contado cualquier cosa y que, sin embargo, eso no habría cambiado la opinión ni el amor que tenían por ella o por Pablo. Habrían llorado con ella y la habrían aconsejado. Pero, ¿los habría escuchado?

Ya sabía lo que le habría dicho su padre, y su madre habría estado de acuerdo. *Perdona.*

No importa lo que Pablo haya hecho, sigues siendo su esposa. A pesar de lo que vio cuando irrumpió en la oficina de la iglesia, su responsabilidad no había cambiado. Jesús era el Señor. ¿Qué había visto Él cuando miró hacia abajo desde la cruz, sino una multitud reunida para burlarse de Él? Sin embargo, murió por ellos.

Su madre y su padre le habrían dicho que perdonara, pero ¿qué dirían de volver con Pablo? ¿Le habrían dicho que siguiera viviendo con un hombre que justificaba sus pecados y seguía el camino de su padre, en lugar de obedecer a Dios?

Dios decía que hiciera lo correcto.

Oh, Dios, ¿qué es lo correcto en esta situación?

Pablo se preguntó cuántas veces había conducido Eunice por esta ruta para ver a Timoteo. ¿Cuántas veces se había parado por ahí y había comido sola porque él estaba demasiado ocupado para ir al sur con ella?

No quería pensar en eso ahora. Tenía que preparar ideas para el sermón. Cada una que se le ocurría lo hacía sentir incómodo. Siempre podía sacar notas de algún sermón anterior, hacer algunos cambios y así salir del paso. ¿Había algún feriado cerca?

¿Alguna actividad cívica que necesitaba un impulso?

Cuando llegó a la bifurcación, tomó la autopista 99 hacia el norte. Estiró la mano para agarrar su café. Quitó los ojos del camino apenas un par de segundos y, cuando levantó la vista nuevamente, vio una liebre que cruzaba el camino, corriendo frente a él.

Samuel recordó la noche en que tres ancianos se reunieron en la iglesia y decidieron no cerrar las puertas.

Le dimos una última oportunidad, Señor. ¿Cometimos un error? Oh, Padre, es como si estuviera parado a orillas del Jordán y viera la Tierra Prometida. Y sigo mirándola; esta vez, desde el valle de la muerte, esperando y orando ver el día en que Pablo deje atrás el desierto del pecado y cruce hacia el reino de la fe.

Eunice. La dulce Eunice. *No dejes que se escape de nosotros. Señor, ayúdala. Protege su corazón, pues de él fluyen manantiales de agua viva. Mantenla en la Roca, Señor. Guárdala en las palmas de Tus manos llenas de cicatrices.*

—Papi. —Sollozó Eunice—. Papi. *¿Qué hago?*

—¿Señorita?

Cerca de ella había un hombre con una pala en la mano. Sobresaltada, Eunice se levantó lentamente y limpió las lágrimas de sus ojos. El hombre era unos años mayor que ella, vestía unos vaqueros sucios y una camisa de lana a cuadros, sus botas tenían tierra compacta. ¿Sería un excavador de tumbas? ¿El encargado? Parecía preocupado.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Avergonzada, se limpió la maleza de la blusa y el pantalón.

—Solo estaba... —¿Estaba qué? ¿Confiando sus problemas a sus padres muertos? Miró nerviosamente su pala. No sabía quién era este hombre, o si era peligroso.

Él dejó la pala a un lado.

—¿Le gustaría hablar de ello? —Su rostro era tan amable; sus ojos, tan dulces.

—Mi esposo... —Se le cerró la garganta. Sus labios temblaban. El hombre se sentó sobre el césped como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ella se sentía tranquila en su presencia. Parecía alguien común y corriente, un hombre cualquiera tomándose un descanso de cualquier trabajo que hubiera estado haciendo. Ella le contó todo.

—No sé si debo volver. Él es pastor, ¿sabe?

El hombre no dijo nada.

Lo miró a los ojos.

—No se trata solo de que me fue infiel.

—No, no lo es.

Ella pasó la mano sobre el césped que cubría las tumbas de sus padres.

—Mi padre también era pastor. Trabajó para ser un buen pastor.

—¿Qué le aconsejaría su padre?

—Perdonar. —Sonrió irónicamente detrás de sus lágrimas—. Sería mucho más fácil si me esposo estuviera arrepentido. —Su sonrisa se desvaneció.

—¿Los que estaban ante la cruz se arrepintieron?

Ella agachó la cabeza, dolida ante la idea de lo que debió haber sentido Jesús. Lo que ella sufría ahora era apenas una gota del dolor que Jesús había bebido el día de Su crucifixión.

—Permita que la fuerza del Señor la sostenga, Eunice.

—En mi cabeza, yo sé todo eso. Pero mi corazón... Aunque Pablo se arrepintiera, no sé si realmente podría volver a confiar en él. Y si no puedo confiar en él, ¿qué clase de esposa sería? Nunca volvería a ser lo que fue.

—¿Está buscando una forma de escapar?

—Tal vez. De escapar del dolor, por lo menos.

Él sonrió con ternura.

—No hay forma de evitarlo. Es parte de vivir en este mundo y de seguir a Aquel a quien sigue.

—No sé qué clase de futuro podemos tener juntos, después de lo que hizo.

—Los problemas de hoy son suficientes para hoy. Enfrente el mañana cuando llegue.

—Me gustaría huir de esto y nunca volver a mirar atrás.

—Lo llevará consigo dondequiera que vaya.

Ya lo sabía. Había atravesado todo el país y no había escapado de la angustia en lo más mínimo.

—Entonces, ¿qué me aconseja?

Sus ojos se llenaron de compasión.

—Confíe en el Señor. Haga lo correcto. Y descanse. —Se levantó, agarró su pala y se fue caminando.

Descansa, pensó ella. *En Él. Necesito estar tranquila y dejar de correr. No puedo confiar en mi esposo, en mi suegra ni en los amigos, pero puedo confiar en Dios. Y puedo creer que el Señor está obrando, aun en este momento. Puedo confiar que Cristo transformará todo este dolor para Su buen propósito.*

Algún día.

Mientras tanto, necesitaba encontrar dónde comer y, después, un lugar para dormir.

Solo, en el jardín, Samuel seguía implorando ante el trono de los cielos. *¿Cuánto tiempo más, oh Señor, debo soportar esta tristeza? Hace setenta años que conozco y hago Tu voluntad, pero también conozco a los hombres, y será necesario el sonido del shofar para que Pablo se detenga y escuche. Señor, por favor. Haz que sepa cuánto dolor ha causado. Hazlo rendir cuentas por todo eso. Transfórmalo, Señor, transfórmalo tan profundamente que no haya vuelta atrás para él. Tan profundamente, que su transformación ilumine a otros.*

Pablo gritó de dolor cuando el café caliente se volcó sobre su pierna derecha. Pisó el freno, se aferró con ambas manos al volante y maniobró bruscamente para no atropellar a la liebre que tenía adelante. Las bocinas estallaron. Escuchó un chillido fuerte, sintió que

el carro giraba en un círculo cerrado. Aterrado, trató de compensar y gritó cuando un semirremolque apenas esquivó chocar contra su puerta.

El sonido de las bocinas estaba detrás de él, frente a él, aplastándolo larga y ruidosamente. ¡Iba a morir! ¡Iba a morir!

No entiendo, Señor. Oró Samuel . *¿Cómo pude equivocarme tanto con un hombre? Creí que estaba haciendo Tu voluntad cuando llamé a Pablo Hudson a la Iglesia Cristiana de Centerville.*

Pero lo he visto moverse como un lobo entre Tus ovejas, llevándolas por el mal camino, llenándolas de falsas enseñanzas y de esperanzas sin fundamento. ¿O es él la oveja perdida? Ay, Dios, ya no lo sé. ¡Cómo me gustaría que Tu voz fuera tan fuerte como el antiguo shofar, para poder escucharla y saber qué quieres que haga!

Lo sabes.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Pablo patinó fuera de la carretera. Envuelto en una nube de polvo, se detuvo por completo; su corazón latía tan fuerte que creyó que se desmayaría. Todavía aferrado al volante, temblaba. La adrenalina rugía en sus venas. Recuperó el aliento, puso la palanca de cambios en punto muerto y apoyó su cabeza sobre el volante.

Alguien golpeó la ventanilla.

—¡Señor! ¿Está bien?

No, no lo estaba. Estaba cualquier cosa menos bien. Alzó la mano y asintió sin mirar al desconocido.

—¿Necesita una grúa?

¿Cuántas otras personas habrían resultado heridas por su intento de esquivar a la liebre?

Apretó un botón y bajó la ventanilla para preguntar si había algún herido.

El hombre miró hacia atrás.

—Nadie que yo vea. Pero los carros se están amontonando. Mi camión está bloqueando un carril. Será mejor que lo ponga en marcha. ¿Seguro que está bien? Puedo llamar y pedir ayuda.

—Sí, estoy bien.

—Hombre, alguien debe estar cuidándolo. Es lo único que puedo decir. Medio segundo más y le habría dado de frente con mi semi. ¿Qué lo hizo girar tan bruscamente?

—El instinto, supongo. Vi algo que cruzaba corriendo por la carretera.

El camionero dijo un par de groserías y volvió corriendo a su vehículo. Subió de un brinco y cerró la puerta. El camión rugió al ponerse en marcha y rechinó con los cambios. El grito agudo de la bocina de aire resonó. El camión estaba tan cerca, que Pablo sintió que se desvanecería por el ruido. El conductor giró el camión y volvió a la autopista, dirigiéndose al norte. Una docena de carros lo siguió, todos bajando la velocidad mientras cada conductor miraba larga y detenidamente a Pablo.

Todavía estaba demasiado alterado para volver al camino. Se quedó sentado, esperando que su corazón se calmara. Vio la fotografía de su boda hecha añicos en el piso del carro, debajo del asiento del acompañante. Eunice lo miraba devota, confiada, a través del cristal roto. En ese momento, sintió, como un puñetazo en el estómago, lo que él le había hecho a ella, lo que le había hecho a su matrimonio.

Ay, Dios…

Había estado a punto de matarse tratando de esquivar una liebre que corría por el camino, pero hacía años que venía atropellando a Eunice.

Cada palabra que le había dicho su madre penetró y se apoderó de él, sacudiendo los cimientos de la obra de toda su vida. *La perdí. He perdido a Euny.*

Toda la vida Pablo había querido ser como su padre. Y ahora lo había logrado, dándose cuenta demasiado tarde que su padre terrenal no era un hombre a quien emular. Se había vuelto como su padre, sin duda: engañando a su esposa, traicionando a su Señor y Salvador, Jesucristo. Había recurrido al uso de la iglesia para avivar su soberbia y construir su propio imperio. Había venerado a los mismos ídolos que tenía su padre: la ambición y la arrogancia. Ah, había hecho sacrificios,

muchos. Sus sueños, su integridad, su autolimitación, su fuerza moral y su carácter. A los que debía haber protegido, los había abandonado: a los amigos leales como Samuel y Abby Mason, Esteban Decker y otros muchos, antes de desechar a su propio hijo y a su esposa. ¿O los había descartado a ellos primero?

Todos habían tratado de acercarse a él. Todos ellos habían intentado advertirle. Pero él estaba demasiado lleno de orgullo, demasiado centrado en sí mismo para escucharlos.

Ay, él había sabido lo que estaba haciendo; o eso había creído. Estaba edificando una iglesia, ¿verdad? Trabajando para el Señor, ¿verdad? Y eso justificaba todo, ¿no era así?

Ay, Dios, ay, Jesús...

¿Cómo se atrevía siquiera a pronunciar Su nombre?

Cuando Pablo llegó a casa, había quince mensajes esperándolo. Oró mientras escuchaba cada uno, pero no había ninguna llamada de Eunice. Todo tenía que ver con los asuntos de la iglesia, incluyendo un recordatorio de que no tenía que preocuparse por el domingo. Había programado a un orador ecuménico muy conocido. Bueno, eso sí que era un alivio.

El último mensaje era de Sheila: «Creo que Reka fue la que le dijo a Eunice que fuera a la oficina». Dijo una palabra repugnante. «Si no la despides, eres un tonto. Perdón por lo que te dije en la oficina. Creo que entiendes que estaba alterada. Sí, te amo, pero creo que ambos sabemos que se terminó. Te llamo desde Palm Springs. Rob está volando hacia aquí de camino a casa desde Florida. Todavía no se lo he contado. No tengo ninguna intención de decírselo. Me pareció una buena idea para frenar las habladurías.

Si empiezan los rumores, enseguida tendrán que ser silenciados cuando vuelva a casa con un lindo bronceado y del brazo de mi maridito. Solo tienes que ocuparte de Eunice...».

Presionó el botón para Borrar. *Ocuparse de Eunice.* ¿No era eso lo que había estado haciendo los últimos diez años? Miró las notas, las agendas y los programas que había en su escritorio, una docena organizados con esmero. Levantó el horario de clases y leyó toda la

lista: Oración de poder: Cómo lograr que Dios conteste. Acepte al impostor interior: Hágase amigo de su pasado. Mejore su imagen personal. Estilos de vida alternativos: Un curso para amar a su prójimo. Yoga: Ejercicios que inspiran a la meditación. La esposa de uno de los diáconos había planificado una reunión con la temática de encontrar la paz en medio de la tormenta usando la aromaterapia. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Sheila no era el problema. Era la última de una larga lista de pecados que él había estado cometiendo desde hacía años. El peso descomunal de todos ellos lo aplastó hasta que casi no pudo respirar.

¿Cómo hago para salir de todo esto? ¿Cómo puedo volver al camino? ¡Ay, Jesús, ayúdame!

¿Cómo pude alejarme tanto de la senda, en primer lugar?

¿Quién dices que soy?

Pablo se agarró la cabeza y lloró. Se había comportado peor que un incrédulo.

Se levantó de su silla y se puso de rodillas. No había orado así desde los primeros años en su servicio al Señor, en Mountain High.

Oh, Señor mi Dios, Jesús, Salvador y Redentor, sé bondadoso conmigo, conforme a Tu misericordia y a Tu gracia. Borra mis pecados. Jesús, que la sangre que derramaste me limpie otra vez.

Lo que uno cree de Dios es lo que determina lo que uno hace. ¿Quién le había dicho eso?

¿Eunice? ¿Samuel? ¿Su madre? *Oh, Señor, he pecado contra Ti.*

Se acostó completamente, con su rostro contra el piso. *He cometido lo que es malo ante Tus ojos, al mismo tiempo que me convencía a mí mismo de que te estaba sirviendo. ¡Señor, apiádate de mí! Déjame escuchar otra vez Tu Palabra con alegría. Borra mis pecados. Dame un nuevo corazón y una mente renovada, un nuevo espíritu y una fe firme. Oh, Señor, no me eches a las tinieblas, sino restaura mi alma.* Sollozó. *Permíteme volver a ser como un niño. Permíteme ser Tu hijo.*

Pasó casi una hora hasta que se levantó, agotado y deprimido. Antes, cuando oraba, solía sentir la presencia de Dios. Ahora, se sentía solo y perdido. Quería hablar de esto con su madre, pero ella no querría saber nada de él hasta que se reconciliara con Eunice.

No quería pensar en Eunice. No quería pensar en el dolor que le había causado ni en lo que debía estar sintiendo en este momento. Pero estaba recordando la Escritura. Estaba llenando su mente, deteniéndolo, restituyéndolo, indicándole el camino.

Tenía que reparar las cosas con Eunice antes de pretender siquiera que Dios escuchara sus oraciones. *Una buena esposa es un don de Dios.* ¿Y qué había hecho él con su don? Ya le había pedido perdón a Dios y sabía que Dios cumplía Su Palabra, que cumplía Sus promesas. Pero ahora tenía que encontrar a su esposa y rogarle que ella también lo perdonara.

¿Adónde se habría ido? ¿Tendría dinero para comer o para pagar una habitación? Hizo una mueca de dolor al recordar cómo le había quitado la maleta y las llaves, pensando que eso bastaría para que se quedara en la casa, en silencio, esperando como un

ratoncito a que el gato volviera. Ella había huido. ¿Podía culparla por eso? ¿Qué había aprendido a esperar de él, que no fueran sus argumentos y sus justificaciones por su comportamiento? Peor que eso: él la había convertido en su chivo expiatorio.

¿Tendría algún otro dinero, además del que había en su billetera? ¿Cómo iba a sobrevivir?

¡Tendría que usar la tarjeta de crédito!

Pablo abrió la billetera y revisó sus tarjetas. Solo llevaba dos y las usaba estrictamente para los negocios, los almuerzos en el club, trajes nuevos y libros. Eunice usaba una tarjeta diferente. ¿Cuál? No estaba seguro. Ella pagaba las cuentas mensuales, excepto las que él no quería que ella viera. Entró a la habitación principal y abrió el cajón del escritorio. Adelante estaban las facturas, prolijamente organizadas por fecha de vencimiento. Sacó dos y levantó el teléfono.

Tardó casi una hora en averiguar las transacciones más recientes de las dos tarjetas. Un boleto aéreo a Filadelfia. Un carro alquilado, combustible y un motel. *Gracias, Jesús bendito. ¡Ay, Padre, protégela!*

Sacó la maleta de ella del baúl de su carro. Regresó a la habitación y desparramó todo sobre la cama. Miró los colgadores y las fotografías, el pequeño alhajero; cada artículo representaba a alguien que la había amado, alguien en quien había podido confiar. Con el corazón en la garganta, colgó su ropa, regresó la fotografía a la pared y metió nuevamente el alhajero en su cajón. Luego, empacó una maleta para los dos.

Durante el viaje al aeropuerto de Sacramento, usó el celular para llamar a uno de los pastores asociados más nuevos. Había tenido conflictos con Juan Deerman desde que lo había contratado. Ahora, Pablo entendía por qué. Juan se aferraba al evangelio.

Enseñaba la Biblia. Sus clases eran pequeñas, demasiado pequeñas, según la opinión de Pablo. Así que había tratado de aprovechar a Juan en otra parte, pero él había mantenido su posición. Una de las cosas que Pablo tenía en su agenda personal era hacer que despidieran a Deerman. Ahora lo veía como un hombre parecido a José Wheeler, el hombre que se había hecho cargo del púlpito de su padre.

Pablo le dijo a Juan que no estaría en la iglesia el domingo. Tenía que hacer un viaje. No le explicó los motivos.

—Ora por mí, ¿quieres, Juan? Ora intensamente.

—¿Qué te pasó, Pablo?

—Voy de camino a Damasco. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Sí, Pablo. ¡Alabado sea el Señor!

CAPÍ TULO 20

EUNICE DURMIÓ TAN PROFUNDAMENTE QUE, cuando se despertó en la mañana, no pudo recordar sus sueños. Condujo hasta Somerset para comprar algunas cosas: un cepillo para el pelo, un cepillo de dientes y pasta dental, un camisón, dos vestidos baratos de polyester y un pulóver lavable. Suficiente para sacarla del apuro hasta que supiera qué iba a hacer.

Desayunó en una cafetería local; pidió un huevo y una tostada, un vaso pequeño de jugo y una taza de café, pero no pudo terminar. Cuando su mente se desvió a Pablo y a Sheila, se le cerró la garganta. Sacó la pequeña Biblia que siempre llevaba en su bolso y la abrió en los Salmos. Sus emociones estaban demasiado lastimadas para recibir gran consuelo. Oró mientras bebía el café, pero su oración parecía una

larga conversación unilateral, en la que ella era la única que participaba.

Otra mujer habría entendido lo que Rob Atherton había estado tratando de decirle.

Quizás, otra mujer habría agarrado de los pelos a Sheila Atherton y le habría sacado los ojos. Otra mujer podría haberse quedado y luchado por conservar a su hombre. Quizás, otra mujer habría sabido lo que estaba pasando antes de que la secretaria de la iglesia tuviera que llamarla y ponerla sobre aviso. Pero ella había sido una cobarde. No había querido mirar con atención lo que estaba sucediendo porque, si lo hacía, tendría que tomar una posición y correr el riesgo de perder a su esposo. Y ahora, el resultado era que lo había perdido de todas maneras.

Pagó el desayuno, salió a caminar un largo rato y terminó otra vez en el cementerio.

Buscó al encargado. La casilla en la parte trasera se veía abandonada. La puerta estaba cerrada con un candado oxidado. Recorrió los terrenos con la vista y no vio ninguna tumba nueva. De hecho, no había evidencia alguna de que hubieran hecho algo en años.

El césped estaba alto, la maleza crecía por todas partes excepto debajo de los árboles, donde no recibían mucha luz solar como para propagarse.

—¡Hola!

Los pájaros dejaron de cantar. Ella esperó, pero el hombre no respondió. Dio vueltas por el cementerio. Reconoció muchos de los nombres en las lápidas. Al regresar a las

tumbas de sus padres, se sentó un rato con el mentón apoyado sobre sus rodillas levantadas. Por más pacífico que fuera este lugar, sabía que no volvería a visitarlo. Sus padres no estaban ahí. Ahora estaban con el Señor, lejos del dolor de este mundo. Lo único que quedaba aquí eran sus huesos. El consuelo que había recibido de su visita no había venido de su lugar de reposo, sino de las cosas que le habían enseñado en la vida.

Y del desconocido que le prestó su oído, que simplemente le dijo que orara, que hiciera lo correcto y que descansara en el Señor.

Si podía encontrar el valor.

Se puso de pie y volvió a mirar a su alrededor.

—¡Gracias! —Los pájaros dejaron de cantar ante el sonido de su voz. Cerró los ojos—.

Gracias —susurró. Se dio vuelta y regresó caminando al motel.

Condujo su carro alquilado por caminos rurales. Se detuvo en la Country Store de Shanksville y compró un refresco y los ingredientes para preparar un emparedado. Se detuvo en el letrero conmemorativo del lugar donde se había estrellado el vuelo 93 el 11 de septiembre del 2001. Era raro ver una pradera hermosa de pastos verdes indicando el lugar de tal matanza y tragedia. ¿Cuántas vidas más se habrían perdido si aquellas almas valientes no hubieran luchado y derrotado a los terroristas que querían convertir su avión en una bomba aérea dirigida a la Casa Blanca? Por la gracia de Dios, la colisión había ocurrido cerca de la escuela Shanksville-Stonycreek, dentro de la cual había quinientos alumnos y maestros.

Eunice recordó cuántos visitantes habían invadido el CNVV en busca de respuestas, durante las primeras semanas después del 11 de septiembre. De alguna manera, sabían que necesitaban a Dios. Necesitaban protección. Lo que realmente necesitaban era fe y esperanza. En lugar de eso, Pablo los alimentó con bocadillos que no los nutrieron. Pan blanco y refrescos, en vez del Pan de Vida y el Agua viviente. Algunos se habían quedado para el espectáculo. Otros se habían marchado, todavía hambrientos.

¿Acaso la palabra *pecado* había desaparecido del diccionario? ¿Entendía la gente que el Dios al que clamaban pidiendo ayuda era santo e intransigente? «Yo soy el camino, la verdad y la vida», dijo Jesús. «Nadie puede ir al Padre sino es por medio de mí». Lo que antes se conocía como autocomplacencia ahora se llamaba realización personal. Lo que una vez se denominó irresponsabilidad moral ahora era considerado libertad para encontrarse a uno mismo. Lo que en el pasado se consideraba repugnante y obsceno ahora era tolerado e, incluso, enseñado en las escuelas como «estilos de vida alternativos». Posiciones pasajeras. La religión del sentirse bien. La disciplina era considerada represión; la inmoralidad, autoexpresión creativa; el asesinato, una cuestión de elección; y el adulterio, sexo consentido entre dos personas adultas. ¡A lo que era malo lo llamaban correcto, y a lo que era correcto lo llamaban malo!

Oh, Señor, hace años que lucho contra la mentalidad de este mundo, ¿y de

qué me ha servido?

Hasta Pablo, quien debería ser más sensato, ha caído en la trampa de la mentira.

Deprimida, Eunice recorrió el largo camino de regreso a Coal Ridge y encontró otro carro blanco alquilado estacionado en el motel. La puerta de la habitación junto a la suya estaba abierta. Con todas las otras habitaciones vacías, ¿por qué le había parecido adecuado al propietario alojar a otro huésped junto a ella? Salió del carro.

Un hombre apareció en la puerta abierta. Su corazón dio un salto. Pasaron unos segundos antes de que pudiera hablar.

—¿Qué haces aquí, Pablo?

—Vine a hablar contigo.

¿A hablar? ¿O a pedirle el divorcio? Sofocó la riada de emociones que amenazaba con ahogarla otra vez. Tenía la garganta tan cerrada que sentía como si la ahorcaran.

—¿Por qué?

—Porque te amo. Porque he pecado contra Dios y quiero arreglar las cosas.

Estudió su rostro. Estaba desesperada por creerle, pero sabía que él podía parecer muy convincente e intensamente preocupado cuando convenía a sus propósitos.

—Vine hasta acá para alejarme de ti. —Y de lo que había presenciado.

—¿Quieres que me vaya? —Parecía devastado, afligido. ¿Era todo una actuación?

—Haz lo que tengas que hacer. —Entró a su habitación, cerró la puerta y la trabó con la cadena. Sentada en el borde de su cama, lloró.

Lloró por más de una hora, tomó una larga ducha caliente, volvió a vestirse y miró afuera por la ventana. El carro seguía allí. Bueno, era un viaje largo. Necesitaría dormir bien una noche antes de regresar a California. La cabeza de Eunice palpitaba fuertemente. Se tendió en la cama y trató de no pensar en el hecho de que su esposo estaba en la habitación contigua. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué debería importarle?

Se sobresaltó al escuchar un golpe suave en la puerta. Temblando, esperó. Otro golpe suave. Se dio vuelta y quedó con la espalda hacia la puerta. Escuchó que la puerta de la habitación de al lado se abrió y se cerró nuevamente. ¿Intentaría llamarla por teléfono?

El teléfono no sonó. No hubo ningún sonido proveniente de la puerta de al lado. La tensión seguía creciendo en su interior. Al día siguiente era domingo. Se levantó precipitadamente de la cama, caminó hasta la puerta y la abrió. Se paró frente a la puerta de al lado y la golpeó con fuerza. Pablo respondió inmediatamente con una expresión imposible de descifrar para ella. Eunice no vaciló.

—Mañana es domingo. Se supone que tienes que predicar.

—Tú eres más importante.

—Ah, no esperes que crea eso, Pablo. Ahora no. No después de tantos años.

—No espero que me creas. Hace años que me porto como un tonto. —Sus hombros no parecían tan derechos, pero su mirada era transparente y la estaba mirando directo a los ojos—. No te preocupes por la iglesia, Euny. Llamé a Juan Deerman; él me cubrirá en lo que sea necesario. Vine por nosotros.

Euny. ¿Cuánto hacía que no pronunciaba su nombre con ese tono?

—¿A Juan? Tú no soportas a Juan. —No quería pensar en lo demás. No sucumbió al impulso de decir: «¿Nosotros? ¿Cuál nosotros? No existe ningún nosotros». Dios diría lo contrario.

Pablo metió las manos en sus bolsillos.

—Pensé que Juan era el más indicado para el trabajo.

Una parte de ella quería quedarse y gritarle. Otra parte quería meterse al carro e irse.

Ninguna de las opciones parecía buena. Ninguna lograría algo. Había huido lo más lejos que se había atrevido y estaba de regreso en el punto de partida.

—No estoy lista para hablar contigo, Pablo.

—Esperaré.

—Podría tardar mucho, muchísimo tiempo.

—Esperaré. Todo el tiempo que sea necesario, Euny. Por mucho que sea. Aquí estaré.

Conmovida, regresó a su habitaión y se sentó nuevamente al borde de la cama. Apoyó los codos sobre sus rodillas, se tapó el rostro. *Ay, Dios, ayúdame. ¿Debería creerle? ¿Cómo puedo creerle? No quiero creerle. No quiero que vuelva a lastimarme una y otra vez. No quiero que me tienda una trampa y me use. Tú lo conoces, Señor. Sabes cómo ha sido. Sabes lo que vi.*

Seguiré casada con él si debo hacerlo, pero por favor, no me pidas que viva con él. Ay, Dios, por favor.

Ese día no volvió a hablar con Pablo. Se preparó un emparedado para cenar y encendió el televisor para tratar de no pensar en él. El sonido monótono no la ayudó.

Durmió a ratos y, a la mañana siguiente, fue a la iglesia. El anciano pastor dio un buen sermón. No se desvió ni una vez del mensaje puro del evangelio. El coro era pequeño y cantaba desafinado, pero era un sonido alegre que a Eunice la emocionó hasta las lágrimas. No se preguntó si el Señor estaba presente en esta casa. Sintió Su presencia en cada palabra dicha, cada canción entonada. Cuando terminó el servicio y se puso de pie para irse, seis personas se acercaron a saludarla.

Vio a Pablo en la última fila. No estaba mirándola a ella. Su cabeza estaba completamente inclinada. Cuando pasó junto a él, vio que tenía las manos metidas entre las rodillas. Su mente le trajo un súbito recuerdo de muchos años atrás, cuando todavía estaba en la universidad. Había entrado a la capilla y había visto a Pablo sentado de la misma manera.

El dolor que sintió en el corazón le advirtió que vendría más sufrimiento...

¿También la había seguido a la iglesia? ¿O había venido por su cuenta? No se detuvo para preguntarle.

Varias personas se acercaron a ella fuera de la iglesia, la saludaron y le preguntaron si estaba de visita o si se mudaría a la zona. Les dijo que todavía no estaba segura. Siguió hablando con ellos, con un ojo atento a la puerta de la iglesia. Todos habían salido menos Pablo. El pastor volvió a entrar. Cuando la gente abandonó el lugar, Eunice volvió caminando al motel, pensando que era un lindo día para ir a pasear en carro por el campo. Inquieta, se sentó en su habitación del

motel con la cortina apenas entreabierta para poder ver hacia afuera.

Pasó más de una hora antes de que Pablo volviera. Y no fue a su habitación. Vino a la de ella y tocó la puerta. Eunice sintió ese golpe en su corazón. *Toc, toc.* ¿Estaba dispuesta a

dejarlo entrar nuevamente? ¿Estaba dispuesta a correr el riesgo? *Que se haga Tu voluntad, Señor, no la mía.* Se alisó la falda, fue hasta la puerta y la abrió. Su corazón dio un pequeño vuelco y aterrizó en un pozo de tristeza. ¿Cómo podía seguir amando a este hombre después de tantos años de maltrato, coronados por la estocada final de la traición?

—Hay una pequeña cafetería muy agradable en la otra esquina. ¿Puedo llevarte a almorzar?

Estaba más nerviosa ahora de lo que había estado la primera vez que la invitó a salir.

Pero tenía hambre.

—De acuerdo. —No había razón para mostrarse contenta con la idea—. Buscaré mi cartera. —Y su armadura.

Caminaron uno junto al otro. Cuando entraron por la puerta del frente, sonó la campana. La mesera que limpiaba la encimera les dijo que podían escoger cualquier mesa libre. La cafetería estaba casi llena. Pablo la dejó tomar la delantera hasta un reservado que había al fondo. Se sentaron frente a frente. Él la miró hasta que ella tomó el menú y se escondió detrás de él. El corazón le latía como una locomotora que corría a toda velocidad. ¿Hacia dónde? ¿A un desastre mayor? ¿Más dolor? Si se dejaba llevar, las lágrimas aparecerían y nunca se detendrían.

¿Cómo puedo confiar en él, Señor?

El silencio se prolongó. La mesera vino a tomarles el pedido.

—Huevos fritos, tostadas, jugo de naranja y café, por favor.

Pablo ordenó un filete de pollo frito, huevos, sémola de maíz y café. Le dirigió una sonrisa leve a Eunice.

—No he comido desde ayer.

¿Se suponía que debía sentir pena por él? ¿Cuánto hacía que ella no

comía una comida completa? Muy probablemente no podría probar bocado de esta, pero, al menos, él pagaría. *Ay, Dios mío, haz que pague. Ay, Señor, perdón. No quise decir eso.* Se frotó la frente, deseando poder borrar la confusión de las imágenes que se desencadenaban en su mente. Tal vez esta no había sido una buena idea. Quizás, debería excusarse, cancelar el pedido, regresar al motel y llorar desconsoladamente. ¿Podría? ¿Cuánto tardaría?

—Sé que estás incómoda conmigo, Euny. Me doy cuenta de que estás pensando irte, pero espero que te quedes.

Su voz era muy dulce, muy tierna. Parecía quebrantado pero optimista. Lo miró a través de sus lágrimas y vio que los ojos de él también estaban llenos de lágrimas.

Enmudecida, apretó con fuerza los labios con la garganta apretada.

—Mamá y yo tuvimos una charla. —Sonrió irónicamente—. Debería decir que mamá habló y yo la escuché. Sin ganas. Luego, mientras volvía a casa, sucedió algo que me hizo despertar. —Le habló de la liebre y de la experiencia cercana a la muerte, y de la fotografía de su boda destrozada sobre el piso del carro.

Súbitamente, ella se llenó de ira. *Ah, claro. Cuéntame otra historia, Pablo.* ¡Ahora quería que creyera que él era como el apóstol Pablo en el camino a Damasco! Las escamas se le cayeron de los ojos. ¡Aleluya! ¡Había estado ciego y ahora veía la verdad! ¡Gloria a Dios!

Y todo iba a solucionarse en el mundo.

¿Realmente creía él que era tan ingenua? Quizás en otra época. Ya no. Gracias a él.

Se sentía destrozada, con los fragmentos de su vida desparramados a los pies de él.

—Me alegro por ti —dijo ella sin emoción, sin mirarlo, sin deseos de ser arrastrada por el remolino de su encanto. Su historia era demasiado trillada como para que ella mordiera anzuelo, sedal y plomo.

Su esposo siempre había tenido la habilidad de elegir historias y manipularlas así y asá para tocar las fibras sensibles de las personas. Ella no seguiría siendo la marioneta de Pablo. No bailaría más a su ritmo.

Pablo bajó la cabeza.

Se sintió avergonzada. Desearía no haber dicho nada, porque sus palabras mostraban un cambio en ella, más que en él. Era mejor guardar silencio y dejar que él se ahorcara solo. Respingó de dolor por dentro. No le gustaban los pensamientos que le venían espontáneamente a la cabeza.

La mesera les sirvió café. Eunice rodeó la taza caliente con ambas manos y trató de dominar sus pensamientos rebeldes y enfocarlos en Jesús. ¿Qué querría Jesús que hiciera? *Oh, Dios, ya lo sé.* ¡Ni siquiera necesitaba hacer la pregunta! Era otra la que levantaba su horrible cabeza. ¿Quería perdonar a Pablo? Y la avalancha de preguntas se lanzó sobre ella. ¿Era digno de confianza? ¿Qué garantías tenía de que su esposo no

fuera el mismo egoísta y manipulador ambicioso que había sido durante tantos años? Y

aun si Pablo era sincero en este momento, ¿eso quería decir que no volvería a caer en las viejas costumbres desde el instante que ella se ablandara y él se sintiera seguro para volver a ser el de siempre? Si ella se marchaba ahora, nadie la culparía. Un paso a la vez. Podría caminar directo hacia la puerta. Y no mirar atrás.

¿Adónde quieres ir, amada?

La pregunta milenaria. ¿Se basaría su decisión en las cosas temporales de este mundo, o en las cosas eternas de Dios?

Nuestra vida es como la hierba que se marchita. Corta. Ah, pero a veces la vida parece continuar para siempre.

Si huía, ¿llegaría a donde realmente quería ir?

Bebió el café, su mente acelerada por las preguntas. Esta vez, Pablo no trataba de convencerla sobre el desastre que él había hecho. Eso era lo más asombroso. No era su estilo dejar que el silencio durara tanto. Él sabía que estaba escéptica y no era propio de él no defenderse a sí mismo y a su postura, haciéndola sentirse inferior y culpable.

La mesera trajo sus platos. Regresó con más café. Pablo siguió callado, excepto para darle las gracias a la mesera. ¿Era una nueva estrategia?

—Yo también hablé con tu madre. ¿Te lo dijo?

Él la miró a los ojos.

—Sí.

—¿Y?

—Dijo que tenías razón.

—Entonces sabes que no voy a seguir su ejemplo. No regresaré al CNVV ni me sentaré en la primera fila para fingir que todo está bien en nuestro matrimonio y en tu ministerio. No permitiré que tus palabras bonitas pongan un velo en mis ojos ni que me impidan pensar con mi propio cerebro. Ya no. No voy a ocultar nada debajo de la alfombra. No te encubriré.

—Lo sé. —Lo dijo simplemente, con ojos transparentes, mirándola sin el mínimo indicio de astucia, enojo o temor.

La armadura de ella empezó a desencajarse. Trató de repararla.

—Dime, Pablo. ¿Cómo está Sheila?

—Está en Palm Springs, esperando que llegue su esposo. No se lo dirá, y yo no tengo derecho a hacerlo.

—Él ya lo sabe. Trató de decírmelo. —Pablo parecía sorprendido, pero no asustado por la perspectiva.

—Corregiré todas las cosas de la manera que pueda.

Ella no tenía la intención de decirle que Rob Atherton probablemente le estuviera agradecido por darle fundamentos para divorciarse.

Cuando quedamos a merced de nuestros propios recursos, qué desastre hacemos con nuestra vida.

—Sheila no fue el problema, Eunice. Y, a pesar de lo que te dije en casa, tú *no* tuviste ninguna culpa de lo que sucedió. Siempre has sido una esposa leal, amorosa y fiel. —Su voz se quebró. Se aclaró la garganta—. Yo soy el responsable por las malas decisiones que tomé, empezando por haber rechazado a Cristo. Llené el vacío de todas las maneras posibles: orgullo, planes, proyectos. Ese fue apenas el comienzo de una larga espiral descendente a todo tipo de pecados, de los cuales no fue menor el de racionalizar y justificar mi amorío con la mujer de otro hombre. Se terminó.

—Bueno, supongo que sí, si Sheila te dejó y se fue a Palm Springs a

esperar a Rob. —No podía creer que había dicho algo tan directo y cruel. Siempre había sido tan prudente.

¿Qué clase de cristiana era? ¿Siempre había albergado sentimientos tan detestables?

¿Acaso eran sentimientos que acechaban bajo la superficie, esperando subir y ser escupidos como veneno?

—No me refiero solamente al amorío —dijo con tranquilidad, sin ningún indicio de estar a la defensiva—. Hablo de cómo estaba viviendo, de mi caminar con Cristo.

¿Esto es lo que haces, Eunice? ¿Apalear a un hombre arrepentido cuando está en el suelo? Se cubrió la boca con una mano temblorosa.

—Está bien, Euny.

Ella negó con la cabeza, tratando de ahuyentar la embestida de lágrimas sofocantes. No, no estaba bien. No estaba para nada bien. No la contraatacó. Eso, más que cualquier otra cosa, le indicó que había cambiado.

¿Pero cuánto duraría ese cambio?

«Los problemas del día de hoy son suficientes para hoy», le había dicho el desconocido en el cementerio. Jesús le había dicho lo mismo a su gente en una colina junto a Galilea.

Y ellos lo habían crucificado.

—Di lo que necesites decir, Euny. No te preocupes por cómo salga. Te amo.

Lo miró.

—Traté de hablar contigo antes.

—Pero ahora estoy escuchando.

Que Dios la ayudara: miró a Pablo a los ojos y seguía amándolo. ¿Cómo era posible, después de todo lo que él había hecho? *Dios, no me hagas esto. Por favor. ¿Cuánto más dolor debo aceptar de este hombre hasta que me permitas liberarme de él?* Quería aplastar la semillita de esperanza que estaba creciendo en su interior. Quería aferrarse al recuerdo de su traición, a la angustia del descubrimiento, a las olas violentas de desilusión que la habían golpeado durante años, a la

pesada ola de tristeza del presente. Pablo Hudson no era su príncipe azul. No lo había sido en muchísimo tiempo.

No, amada. Él no es más que un hombre engañado por un enemigo común. El mismo enemigo que está tratando de engañarte a ti, ahora, para que creas que Jesús no tiene poder para devolverte los años robados.

Podía decir lo que él necesitaba escuchar y ver adónde lo llevaría eso.

—Te perdono, Pablo.

En obediencia a Ti, Señor, lo perdono. Como lo perdoné durante años, de la misma manera lo perdono ahora. Por Ti; solo por Ti y solo por Tu poder es que puedo perdonar. Soltó el aire lentamente y sus músculos se relajaron.

Pablo puso sus manos sobre las de ella.

Su corazón aleteó como un pájaro atrapado. Ella retiró su mano de un tirón y sacudió la cabeza. Apenas habían pasado unos días desde que vio a esas manos acariciando el cuerpo de otra mujer. Dios podía alejar los pecados tanto como el este del oeste, pero ella era humana. Y Pablo estaba avanzando muy rápido.

Él la miró a los ojos con una expresión sumamente preocupada.

—El perdón es el comienzo.

¿Qué esperaba que dijera ella? ¿Qué certezas pretendía? Ah, ella lo sabía.

—Si te preocupa que cuando regrese llame a la *Gaceta de Centerville*, puedes estar tranquilo.

Él negó con la cabeza.

—Eso no me preocupa. No es tu estilo. Pero me preocupa cómo te sentirás por mi decisión. Voy a renunciar al pastorado.

—¿Renunciar? —Era lo último que ella hubiera esperado que hiciera.

—Tengo que volver a poner mi vida en orden antes de pararme ante un púlpito y decirles a otros cómo deben vivir.

—Vas a huir. —Como lo había hecho ella, y sus problemas habían ido tras ella.

—No. Volveré. Reuniré al consejo y hablaré con ellos primero. Luego, si lo permiten, daré un último sermón para que la congregación entienda por qué es necesario que me vaya.

—Sheila...

—No mencionaré el nombre de Sheila. Confesaré mis pecados, no los de ella.

—¿Cuándo decidiste todo esto?

—Esta mañana. Hablé con el pastor después del servicio. No se anduvo con rodeos.

Había tratado de llegar a él durante muchos años, y fue un desconocido quien logró transformar su actidud obstinada. Todo lo que ella y su madre, y Samuel y hasta Esteban le habían dicho, le había entrado por un oído y le había salido por el otro.

Debería bastarle que su esposo ya no estuviera ciego. No debería ser tan doloroso que él escuchara la verdad y la tomara en serio. Aunque estuviera dispuesto a escuchar a un desconocido, más que a quienes lo conocían y lo habían amado durante tantos años viéndolo deambular por el desierto. No debería haberla molestado, pero lo hizo.

Oh, Señor, ¿por qué no pudo escucharme a mí? Ahora, es demasiado tarde. Más allá de lo que haga, las consecuencias caerán sobre él como una lluvia de brasas ardientes. Y no será el único que sufrirá por sus actos. Todas esas personas que lo aman, todos los que están pendientes de cada palabra suya como si fuera el evangelio, todos los que han trabajado tanto por construir algo.

¿Construir qué? ¿Un pedestal para que Pablo Hudson se pronuncie ante sus feligreses?

¿Cuántos habían llegado a adorar a Cristo? ¿Cuántas veces había oído de casualidad conversaciones sobre las frases pegadizas de Pablo, la elocución que su mensaje estimulante marcaba en el cerebro? Como un mal chiste que pasaba de una persona a la otra. ¡Era la Palabra de Dios la que debería ser recordada!

Esas pobres personas lo habían convertido en un ídolo, y ahora se enterarían de sus propios labios que tenía pies de barro. Se sentarían en sus cómodos y mullidos bancos y lo verían venirse abajo.

Eso no los haría felices.

Suponiendo que les importara de alguna manera el llamado de Dios a ser puros.

Suponiendo que se ofendieran por su amorío adúltero. Eunice sabía que muchos de ellos no lo harían. Eran tan mundanos que probablemente estarían dispuestos a restarle importancia, diciendo «todo el mundo lo hace».

¿Y entonces qué?

Otra tentación que tendría que enfrentar Pablo. ¿Estaba preparado para ella? ¿Tendría la fortaleza para hacer lo correcto, después de tantos años de hacer por costumbre lo malo ante los ojos de Dios?

Se frotó la frente, deseando que eso bastara para eliminar un severo dolor de cabeza.

Al menos, estaba haciendo las paces con Dios por medio de Cristo. Debería regocijarse con él. Sus pecados estaban cubiertos por la sangre de Cristo. Sus deudas estaban pagadas. *«Estén siempre llenos de alegría en el Señor. Lo repito, ¡alégrense!».*

Pides demasiado, Señor. Mi alegría está aplastada bajo el peso del sufrimiento. Fracasé. Lo intenté y fracasé. ¿No era mi deber de esposa defender mi matrimonio y a mi esposo?

Aparentemente, no había dicho las palabras correctas ni había hecho lo correcto cuando era necesario.

«Cada uno es responsable de sus propios pecados», le había dicho su padre. «Cada cosa en el tiempo de Dios», solía decir. «El Señor es soberano».

¿No podrías haber transformado un poquito antes la actitud obstinada de Pablo, Señor? ¿Antes de que aplastara a Samuel? ¿Antes de que corriera de la iglesia a todos esos ancianos preciosos?

¿Antes de que hiciera todo lo posible por destruir la reputación y la vida de Esteban Decker, porque Esteban se había atrevido a confrontarlo? ¿Antes de que yo lo encontrara en los brazos de la mujer de otro hombre?

—¿Vendrás a casa conmigo, Eunice?

Ella levantó la cabeza. Quería gritarle. ¿Cómo podría sentarse en el primer banco de la iglesia y escucharlo predicar otra vez? ¿Cómo podría mirar a la cara a todas esas personas a las que él les había

mentido durante años? ¿Cómo podría soportar los susurros, las sonrisas de suficiencia y la tormenta de fuego que él iba a desatar?

—No sé si puedo, Pablo.

—Entonces nos quedaremos aquí. Esperaré un tiempo.

—No. Ve. Tienes que ir. —Ahora, antes de que cambiara de idea. Si esperaba, podía flaquear—. Es más importante que arregles las cosas con Dios, a que trates de volver a unir los pedazos de nuestro matrimonio. —La confesión traería la responsabilidad. No más secretos. No más puertas cerradas. No más Sheilas. Bueno, era lo que ella esperaba.

Si decidía hacerlo.

—¿Sabes? —dijo él con la cabeza agachada—. Una vez estuve a punto de no ingresar al ministerio. Justo después de graduarme.

—Nunca me lo dijiste.

—No. No te lo habría dicho. Tenía miedo de que no quisieras casarte conmigo. —

Parecía avergonzado—. Tu madre me contó que habías ido a la universidad para casarte con un pastor como tu padre. Yo estaba enamorado de ti. Lo primero que me atrajo de ti fue que tenías una fe profunda. La mayoría de las chicas universitarias buscaban un esposo. Tú eras distinta.

—Sencilla. Simple. De un pueblito remoto. —Se burló de sí misma.

—No. Eso no fue lo que vi en ti. Vi a alguien que buscaba la voluntad de Dios en todo.

No intentabas encajar ni fingías ser nadie más que tú misma. Practicabas lo que predicabas, con los ojos puestos en Jesús. Te observaba cuando te sentabas en el banco que estaba afuera de tu residencia estudiantil; el sol se derramaba sobre ti mientras leías la Biblia. Parecías un ángel. Eras tan sólida en la fe, tan intransigente. Lo último que quería hacer era reconocer que tenía algunas dudas sobre mi llamado a ser pastor.

Y ella fue llamada a la obediencia. El Señor dijo que se amaran unos a otros, no solo cuando fuera fácil, no solo cuando se sentía el avivamiento de la pasión, sino siempre, más allá de las circunstancias.

¿Acaso Jesús no había pensado en los demás mientras estaba colgado en la cruz, retorciéndose de dolor y cargando los pecados de todo el mundo sobre Sí? ¿Acaso no se había preocupado de proveer para su madre y de cuidar a su joven amigo Juan? *«El amor es paciente y bondadoso».* Oh, recordaba los pasajes como si el Señor estuviera diciéndoselos a su corazón en ese momento. ¿Y no lo estaba haciendo? Él había sido marcado con Su propio sufrimiento, Su abundante amor, Su inexplicable misericordia y Su incomparable gracia.

«El amor nunca se da por vencido, jamás pierde la fe, siempre tiene esperanzas y se mantiene firme en toda circunstancia». Su padre habría dicho de memoria el capítulo entero de 1

Corintios 13, si hubiera oficiado su ceremonia de casamiento. ¿Sin hacer concesiones?

Ella había cedido ante Pablo porque, al fin y al cabo, ¿cómo podía el heredero de la iglesia de David Hudson casarse en la sala de un pobre minero del carbón?

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Ella también era una pecadora salva por la gracia. Y por su gracia, y mediante ella, debía extender gracia a los demás. ¿No era de eso que se trataba la gracia? ¿Dar amor a alguien que destruía lo que uno consideraba muy valioso? Si Jesús lo había hecho por las personas que no se arrepentían, ¿no debería ella hacer lo mismo por un hombre que tenía el corazón quebrantado y contrito?

O así lo parecía.

El amor humano decae y fluye, trae calor y frío. El amor de Dios nunca falla. *Dios. Dios, ayúdame.*

Tú sabes lo que quiero de ti, amada.

Con el corazón roto, se rindió. Después de todo, ella le pertenecía a Dios. Él era su primer esposo, fiel, siempre leal, a través del tiempo y más allá del tiempo. Había muerto por ella. Y había resucitado, para que ella tuviera la certeza de que nunca sería separada de Él. La fortaleza que necesitaba vendría de Él, y no de sus propios y míseros esfuerzos.

Está bien, Señor. Que así sea. Por mucho que dure, y pese al dolor que pueda venir. Delante de Ti, juré que sería así, aunque en ese entonces era

joven y estaba llena de sueños y no sabía.

Lo sé.

Y a causa de su amor por Jesús, podía decir lo que era necesario decir; no después, cuando tuviera ganas de hacerlo, sino ahora, cuando Pablo necesitaba escucharlo.

—Yo no fui llamada a ser la esposa de un pastor, Pablo. Fui llamada a ser *tu* esposa.

Y seguiría siéndolo, hasta que Dios le dijera lo contrario.

Pablo sintió la urgencia de irse, pero no quiso apurar a Eunice. La había apurado durante años, la había presionado y empujado, esperando lograr que hiciera lo que él quería. *Ayúdame a romper ese hábito, Dios.* Todavía estaba pálida, aún escéptica, aunque hacía lo que siempre había hecho: dar un paso por fe, confiando en que Dios la sostendría cuando cayera en picada.

Por eso se sorprendió cuando ella sugirió que regresaran juntos a Centerville y lo antes posible.

Él quiso darle una salida de lo que sabía que enfrentaría. ¿Por qué tenía que pararse junto a él frente a los leones? Se detuvo en la acera y la enfrentó.

—Quiero que hagas lo que necesites hacer, Eunice. Si necesitas quedarte, descansar y pensar las cosas un poco más, volveré.

Ella no respondió rápidamente.

—Estamos pagando dos carros rentados y dos habitaciones de motel. ¿Qué sentido tiene?

Él no propuso que se quedaran en la misma habitación. El lenguaje corporal de ella le indicaba claramente que no estaba lista para que le tocara una mano; mucho menos, para dormir en la misma cama. No hablaron de eso; no aún, pero se preguntaba si las cosas volverían a ser iguales entre ellos. Ella necesitaría tiempo; quizás, un largo tiempo. Él esperaría. Se proponía enamorarla, no solo como lo había hecho durante los primeros años de su noviazgo, con flores y cartas

románticas, con música suave y luces tenues, sino con las decisiones correctas. Practicar lo que predicaba, dar un paso a la vez. Mantener la fe con ella, proteger su matrimonio.

—¿Estás segura de que quieres regresar conmigo?

—Muy segura.

Pablo oró para que, con el tiempo y tiernos cuidados, Eunice se sintiera más segura de su arrepentimiento.

Samuel levantó la vista del periódico que estaba leyendo y vio a Pablo Hudson caminando por el jardín de Vine Hill acercándose a él. El corazón de Samuel empezó a latir con fuerza, aterrado. ¿Qué otro motivo tendría Pablo para venir que no fuera una mala noticia sobre Eunice? Dobló el periódico con manos temblorosas y lo colocó en su lugar. Aferrándose a su bastón, trató de levantarse.

—Eunice. ¿Qué le pasó a...?

El rostro de Pablo se suavizó.

—Eunice está en casa, Samuel. Dijo que te avise que pasará más tarde para hacerte una larga visita.

Samuel se hundió en su silla.

—Gracias a Dios. —Sin embargo, no era propio de ella ausentarse. Algo andaba mal. Él había llamado a Reka Wilson, pero, llorando, ella dijo que no sabía nada y colgó. Ahora, por la expresión sombría en el rostro de Pablo, se daba cuenta de que él tenía algo que decir. Pablo no se sentó al otro lado de la mesa de vidrio, sino en una silla más cerca de Samuel. Parecía más incómodo que nunca.

—Vengo a pedirte perdón, Samuel.

Samuel se habría sorprendido menos si alguien de Publishers Clearing House hubiera llegado con un cheque por un millón de dólares. Pero una sensación de calidez recorrió todo su cuerpo, como si sus viejas extremidades muertas volvieran a vivir.

Pablo miró a Samuel a los ojos por primera vez en años.

—Te hice daño más veces de las que podría contar. Tú me llamaste para pastorear Centerville, y yo vine creyendo que tenía todas las

respuestas. Me brindaste tu amistad y yo te causé dolor. Trataste de aconsejarme, y yo combatí cada intento que hacías por hacerme volver al camino. —Pablo estaba sentado como un hombre atado a la silla eléctrica, pero estaba renunciando a sí mismo voluntariamente—. Estaba tan ciego por la arrogancia y la ambición, que no me importaba qué métodos usaba para hacer las cosas como yo quería. —Bajó la cabeza—. Perdón. —Su voz se volvió ronca—. Estoy más arrepentido de lo que puedo expresar con palabras. Desde el primer día, tuve mis propios planes, Samuel. Creí que estaba edificando una iglesia para el Señor —dijo con voz áspera—. Pero terminé construyendo mi propia autoestima y llevando a mis seguidores directo a las puertas del infierno.

Samuel nunca esperó escuchar semejantes palabras de la boca de Pablo Hudson. La única esperanza que había albergado era que el muchacho se arrepintiera delante del Señor. Se imaginó que era demasiado esperar que eso sucediera en esta vida. Él apenas era el viejo que había sido una espina clavada en el costado de Pablo.

—¿Qué hizo el Señor para llegar a ti?

Pablo le contó todo.

Samuel se rio entre dientes.

—Solo el Señor usaría una liebre.

Luego, lo humorístico dio paso al entendimiento. Pablo Hudson había sido como esa pobre liebre que salió corriendo para ponerse a salvo. Había pasado la mayor parte de su vida huyendo, tratando de quitarse del camino de los conductores que se le venían encima con sus expectativas y exigencias. Algunos solo estaban buscando una oportunidad para desacreditarlo y aplastarlo con las ruedas del «crecimiento».

Oh, Jesús, precioso Salvador, nunca pensé que lo cambiarías mientras yo estaba aquí.

Perdóname. ¡Gracias! Oh, mi Dios, ¡gracias! El muchacho salió del desierto y ha cruzado la brecha en la fe en Ti. Por fin está escuchando al Espíritu Santo.

Samuel lloró.

Pablo también lloró.

—Lamento tanto el dolor que te he causado, Samuel.

Las lágrimas siguieron brotando y corriendo por las mejillas marchitas de Samuel.

Lágrimas de gozo, lágrimas por la esperanza cumplida.

Los hombros de Pablo se hundieron. Entrecruzó las manos sobre su cabeza agachada y siguió llorando.

—He usado cada bendición que Dios me dio para mis propios objetivos. No tengo derecho a pedirte que me perdones, no después de la manera que te traté todos estos años.

—Yo te perdoné, Pablo, hace mucho, muchísimo tiempo. Lo mismo hizo Abby. El día que murió, me dijo que siguiera orando por ti.

Pablo levantó la cabeza y se quedó mirándolo fijamente.

Samuel sonrió.

—¡Pero asegúrate de tratarme mejor en el futuro!

Asintiendo, Pablo cerró los ojos y soltó el aliento.

—Lo prometo. —Un hombre perdonado y absuelto. Cuando Pablo abrió los ojos otra vez, Samuel se conmovió al ver la ternura que había en ellos. No miraba distraído a Samuel por la cita que tenía después, sino que estaba allí en el momento, sin apuro y agradecido.

Ay, Abby, ojalá estuvieras aquí para que vieras a Pablo Hudson ahora. Después de todo, no nos equivocamos con él. El chico se presentó solo, humilde y arrepentido. Solo Dios podía obrar este milagro. Únicamente el Espíritu Santo.

Samuel se reclinó en su silla y se masajeó distraídamente el dolor que tenía en la cadera.

—¿Qué vas a hacer con el Centro Nueva Vida del Valle?

—El domingo en la mañana confesaré mis pecados a la congregación y renunciaré al liderazgo.

Oh. Pablo no tenía intenciones de perder el tiempo.

—Quizás te escuchen. El mundo parece un lugar menos seguro últimamente. Algunos están tomando consciencia de que no tienen el control de su vida. —Meditó en eso—.

Pero no te apures tanto por retirarte, Pablo. ¿Quién los guiará en los días que vendrán?

—No estoy apto para el pastorado.

—Pedro negó tres veces a Cristo y, sin embargo, el Señor lo usó poderosamente.

—Pedro no manipulaba a las personas para que fueran adonde él quería llegar. No cometió adulterio con la esposa de otro hombre.

Pasaron unos segundos hasta que Samuel recuperó el aliento.

—Necesitaré que ores por mí, Samuel. Lo más que puedas. Si estás dispuesto. Me ayudará saber que estás orando por mí. —Sonrió—. La oración de un hombre justo es poderosa y eficaz.

—¿Qué estás pidiendo, específicamente?

—Que el miedo no prevalezca. Que yo no flaquee. Que escuche y diga las palabras que el Señor quiere que diga. He sido una persona que ha querido complacer a los demás toda mi vida. Ahora, quiero complacer a Dios.

Samuel asintió.

—Oré por ti durante años, Pablo. —Se inclinó hacia adelante y le tendió la mano—. La única diferencia es que ahora estaré orando *contigo*.

Pablo se quedó otra hora con Samuel. Samuel le habló del grupo de la casa de Esteban Decker y Pablo no tuvo que preguntarse el porqué. Se sentía condenado. Había hecho todo lo posible por destruir la reputación de Decker cuando el contratista se negó a poner en peligro sus principios. Al comienzo, fueron amigos; después, adversarios, y finalmente, enemigos. Tal vez podría hacer las paces, teniendo a Samuel como mediador. Quizás.

De regreso a su casa, Pablo pasó por la casa de Reka Wilson. Su carro estaba estacionado en la entrada. Tocó el timbre y esperó. Escuchó

que alguien se acercaba y, luego, silencio. Se preguntó si Reka estaría observándolo por la mirilla. No podía culparla si no quería abrir la puerta. Tocó el timbre otra vez y esperó. No hubo respuesta. Regresó lentamente a su carro y escribió una nota breve y sincera.

Estoy avergonzado por la situación en que te puse, Reka. Fuiste parte del proceso de hacerme entrar en razón. Siempre has sido una amiga sincera y leal. Espero que algún día puedas perdonarme. Que Dios te bendiga por tantos años de servir fielmente a Dios. Y a mí.

Pablo Hudson

La metió por debajo de la puerta.

Mientras volvía a casa, se preguntó si viviría lo suficiente para arreglar las cosas con todos los que había lastimado.

El viejo DeSoto de Samuel Mason estaba estacionado frente a la casa. Timoteo había venido de visita.

Se paralizó un instante con una fría sensación de miedo y de vergüenza; luego, entró con el carro al garaje. Cerró el portón y se quedó sentado un largo rato en silencio, con las manos todavía aferradas al volante. Podía imaginar lo que su hijo le diría. Pablo se sentía profundamente asqueado en el alma por lo que le había hecho. Siguiendo los pasos de su padre, lo presionó, lo hostigó y esperó siempre más de él. En lugar de huir como Pablo, Timoteo se rebeló. Mantuvo su postura y dijo que su padre era un hipócrita. Y fue exiliado por eso. Pablo se había sentido aliviado, incluso, agradecido, de que Timoteo ya no estuviera cerca para seguir avergonzándolo. Lo peor fue que Timoteo percibió algo sobre el matrimonio de sus padres la última vez que estuvo en casa.

Pablo escucharía todo lo que Timoteo tuviera que decir. Dejaría que su hijo se desahogara. Si Timoteo quería golpearlo, que lo hiciera.

Luego de una breve oración, Pablo salió de su carro y entró a la casa. Escuchó voces en la sala de estar. Timoteo no había venido solo. Había traído a su abuela. Su madre levantó la vista cuando él entró en la sala. Eunice miró hacia otra parte y se secó las mejillas.

Timoteo se puso de pie.

—Papá —dijo la palabra con respeto, como reconociendo su autoridad. Luego, le dio la mano. Pablo se conmovió de que su hijo supiera más de la gracia a los diecinueve años que él a sus cuarenta y

cuatro. Tomó la mano de Timoteo y la estrechó firmemente.

Tenía la garganta demasiado apretada para hablar.

Su hijo ya no era un niño. Tenía un aire maduro, a pesar de los vaqueros, la playera y el cabello largo hasta los hombros. No era por los hombros y los brazos más fornidos; tampoco por la piel profundamente bronceada que le había producido el duro trabajo al sol. Era lo que transmitía su actitud, su expresión.

Eunice alzó la vista, sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas y tenía las mejillas pálidas.

—Tu hijo tiene algo que decirte. —Dejó escapar un sonido apagado y huyó de la sala.

—¿Por qué no vas a ver si está bien, abuelita?

La madre de Pablo se levantó sin decir una palabra y los dejó solos en la sala.

—¿Podemos sentarnos? —dijo Timoteo.

—Claro, por supuesto.

Se sentaron frente a frente como dos desconocidos.

Pablo esperó. Aunque había persuadido, manejado y manipulado a la gente por muchos años, no tenía idea de cómo hablar con su propio hijo. Su padre nunca había sido capaz de hablar con él, salvo para darle órdenes. Incluso en esos últimos años, cuando Pablo pensó que estaban unidos, se dio cuenta de que su padre lo había usado, señalándole un camino que él nunca había querido seguir. Sin embargo, no podía culpar a su padre. Pablo sabía que era responsable por sus propios pecados y que tendría que pagar por ellos el día del Juicio Final, si Jesús no hubiera pagado ya el precio en la cruz. Había sido redimido. Era hora de vivir una vida redimida.

Tenía el estómago hecho un nudo por la tensión. ¿Qué tenía que decirle su hijo?

—¿Tu abuela te dijo...? —No sabía cómo decirlo, o si debía hacerlo.

—Lo sé, papá. Fue la rubia, ¿verdad? La que te besó cuando salía de la iglesia.

Pablo sintió que sus mejillas se encendían.

—Sí.

—Era todo un caso. Tuve que irme. Sabía que, si no lo hacía, causaría problemas. Fue lo único que pude hacer para no romperte la cabeza. —Tim sonrió con sarcasmo—. No me atreví, porque sabía que mamá querría saber el motivo. Ella no tenía idea de lo que estaba pasando y, aunque se lo hubiera dicho, de todas maneras no habría aprobado el parricidio.

—Tu madre siempre cree lo mejor de las personas.

—Ya no es ingenua.

Pablo hizo un gesto de dolor, sabiendo que la culpa de la pérdida de su inocencia era suya. Él había usado esa dulzura en su contra, desviando cada pregunta que ella le planteaba.

—Aunque me hubieras golpeado con un bate de béisbol, no habrías logrado comunicarte conmigo, Tim. Yo estaba corriendo con la cabeza llena de orgullo.

Tim ladeó la cabeza y lo estudió.

—Mamá dijo que volaste a la costa este y la rastreaste. Supongo que eso significa que tratarás de arreglar las cosas.

—Lo intentaré con todo mi ser, Tim. Amo a tu madre.

—¿Cómo podría alguien no amarla? —Sacudió la cabeza con una expresión llena de compasión y desilusión.

El silencio se prolongó nuevamente.

—No vine para lanzarte piedras, papá. Vine a decirles a ti y a mamá que me alisté. Creí que era mejor decírselos en persona que por teléfono. —Hizo un gesto de dolor mirando el pasillo por el que se había ido Eunice—. Ahora, no estoy tan seguro.

Pablo no podría haber estado más conmocionado si un terrorista armado con una ametralladora hubiera irrumpido en la sala.

—¿Te alistaste? —La guerra había alcanzado su casa.

—En los Marines.

Pablo cerró sus ojos.

—Desde el 11 de septiembre, he estado pensando en nuestro país y en lo que cuesta la libertad. Y recordé esos momentos de la historia cuando las personas se opusieron al mal y las consecuencias que eso trajo. ¿Dónde estaríamos si los hombres no se hubieran alistado para pelear contra Hitler? He orado mucho tiempo por esto, papá. Y también hay otras personas que me acompañan en oración. No fue una decisión fácil.

Conmocionado, Pablo miró a su hijo.

—No sabes en lo que te estás metiendo.

—No del todo. No tengo que saber todo. Solamente debo avanzar en la dirección que Dios me lleve.

¿A la guerra?

—Sé que nuestro país no está haciendo todo bien, pero tenemos cimientos cristianos, y libertad para hablar y adorar como queremos. Quizás Dios nos muestra Su misericordia porque aún lo hacemos. Cada vez que hay un desastre, los estadounidenses son los primeros en dar una mano y ayudar. Dios nos ha permitido prosperar, y nosotros tratamos de ayudar a otros países. Y no siempre por motivos políticos ni por petróleo.

La bondad con la que tratamos a otros países quizás sea la única razón por la que Dios todavía no actúa contra nosotros por todas las cosas malas que estamos haciendo.

Timoteo se levantó y empezó a caminar.

—Debes saber, papá, que hay un montón de muchachos de mi edad que no tienen idea de quién es Jesucristo. Mi compañero de cuarto, por ejemplo. Siempre creyó que la Navidad tenía que ver con Papá Noel, la pila de obsequios debajo del árbol adornado y las vacaciones de enero en Vail, Colorado. Nunca había pisado una iglesia, hasta que yo lo llevé. Dios fue eliminado de las escuelas en los años sesenta y ahora tenemos una generación que nunca escuchó el evangelio. ¿Qué mejor lugar para divulgarlo que entre los hombres que van a pelear por nuestro país?

Ayúdalo, Dios.

—No te dejarán predicar en los Marines, hijo. No terminarás como capellán. Terminarás siendo un soldado de infantería cargando un rifle.

—No estoy hablando de predicar, papá. Estoy hablando de compartir mi fe. Si es necesario, usaré las palabras. —Lo miró con una sonrisa torcida—. Aunque pedí la academia de idiomas. Mi consejero de la secundaria dijo que tengo una habilidad para eso.

Ah, la ingenuidad de la juventud. ¿O la fe de Pablo era tan débil que no podía creer que el Señor obrara a través de un muchacho de diecinueve años en una zona de guerra?

¿Sería carne de cañón?

—¿Firmaste algún papel? —Quizás todavía hubiera una salida.

—Sí. Le avisé a mi jefe con dos semanas de anticipación. Después, tendré una semana antes de ir al centro de inducción en Los Ángeles. Quise resolverlo antes de venir a hablar contigo y con mamá. Por obvias razones.

No habría manera de convencer a Tim de que no lo hiciera. Ni de sacarlo. La siguiente parada de Timoteo sería el campamento de entrenamiento básico, después el especializado y luego sus órdenes de despliegue.

Oh, Señor, me diste diecinueve años de oportunidades, y las dejé pasar todas. Y ahora resulta que puede que Tim nunca vuelva a casa.

—Esta clase de guerra no será ganada solo con armas, papá. La ganaremos con la verdad. ¿Qué mejor lugar para ministrar la verdad que en las tropas militares? ¡Quizás incluso pueda dar testimonio a los que se dejaron engañar de que matando gente recibirán setenta vírgenes como premio!

¿Un misionero militar? ¿Existía algo por el estilo?

—Estás decepcionado de mí, ¿verdad? Crees que soy un tonto.

Pablo se dio cuenta de que su silencio le había dado la impresión equivocada a Timoteo.

Y no era para sorprenderse, teniendo en cuenta su relación a lo largo de los años. Pablo sabía que había sido un pésimo padre. A pesar de sus buenas intenciones y de lo que se había prometido a sí mismo, había seguido el modelo de su padre en más de un aspecto. Exigencias irracionales de perfección. Episodios de maltrato verbal, seguidos por largos períodos de indiferencia. ¿Ansiaba Timoteo su aceptación y su aprobación de la misma manera que las había ansiado él de su padre?

Pablo quería dejar en claro sus sentimientos antes de que fuera demasiado tarde.

—No, estoy orgulloso de que vivas según tus convicciones. Y si alguien ha sido un tonto, he sido yo, por todos los años que desperdicié evitando a mi hijo. Y ahora queda tan poco tiempo. —Su voz se quebró. Una semana. Siete cortos días. Después de todos los años perdidos.

—Lo dices como si estuviera yendo directo a que me maten.

Los ojos de Pablo ardían.

—Espero que no.

Timoteo sonrió suavemente.

—Está bien, papá. Pase lo que pase, voy a estar bien. No estamos despidiéndonos para siempre, ¿sabes?

Pablo no quería dejar pasar otra oportunidad.

—¿Te parecería si tu madre y yo vamos y pasamos un tiempo contigo, antes de que tengas que reportarte?

Tim pareció alegrarse.

—Claro. Me gustaría. —Se puso de pie—. Iba a ir a saludar a Samuel. Quiero que sepa mi decisión antes de que se entere por otro. Y también está el carro. Espero que me deje guardarlo en el garaje.

—Si él no puede, nosotros lo haremos.

—Gracias. —Sacó las llaves de su bolsillo. Hizo una pausa en la puerta y miró hacia atrás, preocupado—. ¿Le podremos pedir a mamá que prometa que no se la pasará llorando toda la semana?

—Lo intentaré, hijo. No puedo prometerlo. —Él mismo ya estaba peligrosamente al borde del llanto.

La puerta principal se abrió y se cerró. Pablo escuchó el arranque del DeSoto.

Pobre Eunice. ¿Qué estaría sintiendo? En los últimos días, había sorprendido a su esposo infiel y, ahora, había vuelto a casa para recibir la noticia de que su único hijo se iba a la guerra.

Su madre se acercó por el pasillo. Apenas lo rozó con la mirada.

—Saldré a caminar un largo rato. —Abrió la puerta—. Eunice dijo que vas a predicar el domingo.

—Sí.

Cerró firmemente la puerta al salir.

No podía esperar que su madre creyera que había cambiado súbitamente de la noche a la mañana. Lo más probable es que hubiera escuchado todo tipo de promesas de su padre.

Caminó por el pasillo y abrió la puerta del cuarto de huéspedes. La maleta de su madre estaba abierta sobre la cama en la que él había estado durmiendo. La cerró y la puso sobre el sofá, destendió la cama y cambió las sábanas. Después llevó a su oficina las pocas cosas que necesitaría en los próximos días. Dormiría en el sofá.

El cuarto de Timoteo estaba como siempre. Eunice se había ocupado de eso. Siempre había tenido la esperanza de que su hijo volviera a casa. Ahora, Pablo se daba cuenta de que eso habría sucedido si él personalmente lo hubiera invitado. Pablo se llevó las manos a la cara. ¿Cuánto sufrimiento le había causado a su esposa a través de los años?

Ella había soportado su descuido y aguantado su persecución. Incluso, había renunciado a su hijo. El adulterio había sido su corona de espinas.

La puerta de la habitación principal estaba cerrada. Pablo llamó con unos golpecitos.

—¿Eunice? ¿Puedo pasar?

—No está cerrada con llave.

Estaba sentada en su sillón de lectura, cerca de las ventanas, con las cortinas descorridas para que la luz del sol se filtrara a través de ellas. Parecía un ángel, aun con los ojos hinchados de llorar.

—¿Estás bien?

No lo miró.

—Acabo de llamar a Samuel para decirle que hoy no estoy como para ir a visitarlo.

—Tim está yendo hacia allá.

—Lo vi salir. —Su voz sonaba ahogada.

Pablo entró a la habitación y metió las manos en los bolsillos.

—¿Cómo te sientes?

—Como si un camión me hubiera arrollado. Dos veces.

Él había sido el conductor del primero.

—Lo siento. —Se preguntó si ella estaría haciéndose las mismas preguntas que él—.

¿Crees que Tim lo hizo para llamar mi atención?

El rostro de ella se arrugó.

—No lo sé. —Se inclinó y sollozó—. No lo sé.

Verla sufrir lo colmó de un dolor desbordado por la tristeza. Se sacó las manos de los bolsillos y fue hacia ella, se agachó y apoyó las manos en los brazos del sillón.

—Iría yo en su lugar, si pudiera.

Sus sollozos se calmaron. Ella lo estudió. Luego, tomó aire entrecortadamente y se enderezó.

—Eres demasiado viejo. —Con furia, sacó otro pañuelo desechable de la caja que tenía sobre su regazo—. En los últimos días, he llorado por toda una vida. Estoy harta de llorar. Y justo cuando pienso que estoy seca, sube la marea. —Se sonó la nariz haciendo mucho ruido y mirándolo de manera fulminante. Arrugó el pañuelo desechable apretándolo en su puño. ¿Quería golpearlo? La dejaría hacerlo—. Levántate, Pablo.

Al menos, no dijo: «Lárgate».

Él se incorporó, caminó unos pasos y se paró cerca del ventanal, con las manos en los bolsillos nuevamente.

Ella aspiró y tomó aire entrecortadamente.

—Conociéndolo, creo que hizo exactamente lo que dijo. Pienso que escuchó las noticias, se puso de rodillas y oró; luego se levantó e hizo

exactamente lo que creía que Dios estaba diciéndole que hiciera. —Su voz vaciló. Apretó fuertemente los labios con su mentón trémulo. No dijo nada por largo rato—. Solamente tengo que esperar y orar... —

Se dio por vencida y volvió a llorar.

Pablo se sentó en el borde de su cama mirando fijamente sus mocasines. No pensaba ofrecer ninguna frase trillada ni fingir que sabía lo que había en la mente de Dios.

—Dios es fiel —dijo ella en voz baja—. Aunque nosotros no lo seamos. —Dejó caer el pañuelo desechable húmedo en el bote de basura y sacó otro limpio.

A Pablo no se le ocurrió nada que pudiera reconfortarla. Su corazón sufría por ella. Si lo hubiera dejado, la habría abrazado.

—Llamó Reka. Dijo que le dejaste una nota. Dijo que la disculpes por no abrir la puerta, pero que no tenía ganas de hablar contigo. También dijo que esperaba que tú y yo pudiéramos resolver las cosas. Estará orando por nosotros.

El silencio se prolongó, pero él no intentó llenarlo. El manto de remordimientos era pesado.

—Sé que ahora te sientes culpable, Pablo. Timoteo ya no es un niño. Toma sus propias decisiones. —Lo miró. Por un instante, se apretó los labios con las puntas de los dedos y luego entrelazó las manos sobre su regazo—. Samuel me dijo que fuiste a verlo más temprano. Me contó que le pediste perdón. Dijo que hablaron durante casi dos horas. —

Sus ojos azules eran muy dulces y luminosos—. Tu visita fue muy importante para él.

—Pudo haber sido el mejor amigo que tuve en la vida.

—Él *es* tu amigo. —Bajó la mirada y jugueteó nerviosamente con el pañuelo desechable que tenía en las manos—. Hay alguien más a quien deberías ver. Una persona que heriste profundamente. No creo que lo haya superado todavía.

Pablo sabía de quién hablaba.

—Esteban Decker.

Eunice levantó la cabeza apenas un poco, pero lo suficiente para que viera el ligero rubor que pasó por sus mejillas.

—Esteban podría habernos hecho mucho daño, Pablo. Pero no lo hizo. Incluso cuando se presentó la oportunidad, la dejó pasar.

El corazón de Pablo se desplomó. No quiso preguntar a qué oportunidad se refería.

Tuvo la sensación de que ya lo sabía.

Esteban estaba enrollando un plano cuando vio que el Mercedes de Pablo se estacionó enfrente. ¿Qué quería Hudson? Metió el plano en su casillero, se recostó hacia atrás en

el taburete y observó cuando el pastor Pablo salió del carro, miró el edificio y se acercó por la acera.

Hudson llegó hasta la puerta y entró. Una de las desventajas de vivir en el lugar de trabajo era tener que dejar abierta la puerta delantera.

—¿Puedo hablar contigo, Esteban?

—Yo ya contribuí. —Mejor que Hudson no viniera a verlo por algún problema con el edificio. Esteban había puesto a sus mejores hombres y usado los mejores materiales.

Cualquier cosa que fallara ahora era culpa de algún otro, y la responsabilidad de Hudson. Esteban ya no tenía nada que ver con eso, cosa que lo satisfacía.

—Tú intentaste advertirme que estaba apartándome del camino —dijo Pablo—. Una vez dijiste que yo no estaba construyendo una iglesia; que estaba levantando un monumento a mí mismo. Tenías razón.

¿Qué estrategia era esta?

—¿Qué andas buscando, Hudson?

—Perdón.

Esteban se rio cínicamente.

—Bueno, ya sabes adónde ir a buscarlo.

—Ya le llevé mis pecados a Jesús, pero quiero intentar arreglar las cosas con las personas a las que lastimé.

—Eunice debería ser tu primera parada.

—Regresamos juntos de Pensilvania, en el mismo vuelo.

Esteban arqueó las cejas. No sabía que Eunice se había ido de la ciudad; mucho menos, que estaba al otro extremo del país. Samuel probablemente se había guardado la noticia, si es que la sabía.

—Deberías hablar con Samuel.

—Lo visité ayer. Me perdonó. Vine aquí para preguntarte si harás lo mismo.

—Mucha agua turbulenta ha pasado debajo del puente desde que tomamos caminos separados, Hudson. —Pablo era el que había lanzado su amistad a mar abierto.

—Me gustaría compensarte.

Esteban se rio burlonamente.

—¿Cómo? ¿Tienes otro proyecto de construcción en mente?

—No. Una invitación a la iglesia el domingo que viene.

—¡Debes estar bromeando!

—No, en absoluto. Sé que mi disculpa no sirve de mucho, Esteban. Me había propuesto arruinarte.

—Como verás —desplegó sus manos abiertas—, no tuviste éxito.

—Hablé en tu contra. El amigo que trató de advertirme.

El hombre era obstinado. Estaba decidido a confesarse con Esteban, quisiera escucharlo o no. Enfadado, Esteban no tenía otra opción que quedarse ahí. *Oh, Señor, sé lo que quieres de mí, pero yo no tengo la fortaleza de Samuel.*

Pablo continuó con su confesión. Finalmente, se detuvo, soltó el aire lentamente y dijo:

—He presentado mi renuncia.

¿Se marcharía del CNVV? ¿Renunciaría a su imperio? Esteban estaba anonadado.

—Haré mi confesión el domingo. Pensé que tal vez querrías estar presente para escucharla.

Esteban vio que no lo hacía para despertar lástima y, de pronto, se llenó de compasión por Pablo Hudson. No estaba seguro de poder confiar en él, pero no iba a patear a un hombre que estaba caído en el suelo. Esteban recordó cuando decía que Pablo era su mejor amigo y su hermano en Cristo. Pablo había sido quien le había tendido la mano durante aquellos primeros días de su recuperación y quien lo había animado en la fe.

Ahora, Esteban estaba enfrentando algunas de las mismas tentaciones que había tenido Pablo, y huía porque no estaba seguro de que podría manejarlas. Tendría que

mantenerse enfocado para no caer en las tentaciones que llevaba consigo el liderazgo.

De observar los errores de Pablo, había aprendido que necesitaba tener un buen mentor.

Todo pastor necesitaba un Samuel en su vida. Un par sería aún mejor.

En las últimas semanas, Esteban había visto cómo el liderazgo traía consigo poder. Era embriagante que las personas lo miraran a uno como si tuviera todas las respuestas y la línea directa con Dios. Embriagante y aterrador. No quería llevar a las personas por el mal camino.

—Acompáñame arriba, Pablo. Haré un poco de café.

Esteban programó la cafetera.

Con las manos en los bolsillos, Pablo miró a su alrededor.

—Siempre fuiste un artesano. —Vio algunas cosas de Brittany—. ¿Te casaste? —Sonó aliviado.

—Son las cosas de mi hija. Finalmente vino a casa. —¿Se había enterado Pablo de que estaba desaparecida? ¿Le habían importado los meses de agonía que padeció, preocupado por su hija fugitiva? Probablemente no. Aunque lo supiera. Esteban lo dejó pasar—. Ahora vive aquí. Yo vivo en el sótano.

—Samuel dijo que ahí es donde diriges los servicios.

Esteban lo miró.

—No dirijo servicios. Solo enseño una clase.

—Y estás haciendo un buen trabajo, según dijo Samuel.

—Sí, bueno, ya conoces a Samuel. Él siempre tan lleno de esperanza.

—Por lo que me dijo, vas a terminar siendo un excelente pastor.

¿Halagos? Esteban puso dos tazas en la mesa. Quería cambiar de tema. Era mejor oír acerca de la llamada de atención de Pablo.

—¿Qué causó este cambio en tu corazón?

—Lo que vi en el rostro de Eunice cuando me sorprendió con otra mujer. Una larga conversación con mi madre. Y que me salvé de morir en la autopista 99.

—¿Eso fue todo, eh? — *Pobre Eunice.*

—Hice las paces con Dios, pero pasará mucho tiempo antes de que pueda hacer las enmiendas que necesito hacer o reparar el daño que he causado. Si es que puedo lograrlo alguna vez.

—¿El consejo te pidió la renuncia?

—No. Ellos quieren que me quede. Pero no me corresponde ningún púlpito ni puesto de liderazgo hasta que vuelva a encontrar mi camino. Y si el Señor vuelve a llamarme al ministerio, necesitaré hombres a quienes rendir cuentas.

Esteban levantó el puño y sonrió maliciosamente, como un lobo.

—Me gustaría hacerte rendir cuentas. —Era raro cómo había desaparecido todo el dolor.

—Serías el segundo con el que contaría. —Sonrió Pablo—. Samuel es el primero de la lista.

—Realmente hiciste un lío terrible, ¿no?

—Sí.

—Y lastimaste a muchas personas en el camino.

—Lo sé.

Parecía como si *realmente* lo supiera. Esteban nunca había visto una expresión tan triste en el rostro de Pablo Hudson. ¿Quién era él para lanzar la primera piedra?

—Supongo que todavía tenemos algunas cosas en común. Los dos metimos la pata hasta el fondo. Sabes, deberíamos abrir nuestro propio grupo de apoyo de AA.

Autócratas Anónimos. ¿Qué te parece?

Pablo se rio.

Esteban solo estaba bromeando a medias.

—He tenido que enfrentar algunas de las mismas tentaciones que afrontaste tú en estos años. No es fácil hacerle entender a la gente que no eres más que otro ser humano como ellos, luchando para vivir por fe.

—Es cuando dejas de luchar que tienes problemas —dijo Pablo—. Cuando empiezas a pensar que sabes lo que haces. Yo creí que tenía todas las respuestas. A todo el que cuestionara mis métodos lo consideraba una amenaza. Mi madre lo expresó de mejor manera. Era un arriero llevando ganado, más que un pastor guiando a un rebaño.

El café estaba listo. Esteban lo sirvió.

—¿Quién te reemplazará?

—He recomendado a Juan Deerman.

—No lo conozco.

—Es un hombre de fe firme. Yo lo mantenía ocupado en el trasfondo.

—Ah. Otro que te cuestionaba.

—Juan tiene una fe firme y un sólido conocimiento de la Biblia. Si el consejo le da el púlpito, la congregación escuchará el evangelio correcto de ahora en adelante.

Esteban se preguntó si los miembros del CNVV estaban preparados para escuchar la verdad.

Ya has hecho milagros anteriormente, Señor. Uno está sentado al otro lado

de la mesa. Pero se necesitará uno muy grande para sacar a esa iglesia del fuego.

—Timoteo se alistó en los Marines.

—¡Oh, no me digas! No sabía que ya tenía edad para eso.

—Tiene diecinueve.

—¿Cómo tomó la noticia Eunice?

—Está llorando.

Dos golpes fuertes. Esteban esperaba que no hubieran hecho tambalear su fe.

—Pasé por la iglesia de camino aquí —dijo Pablo—. Realmente construiste algo para que perdure, Esteban. Es un edificio hermoso. Desearía que hubiera alguna manera…

Esteban identificó la tentación de aferrarse a las cosas.

—Míralo como lo que es, Pablo. Un edificio. Un monumento al empeño de un hombre.

Suéltalo. —Alzó su taza ligeramente como un brindis—. Si yo pude alejarme de él, tú también podrás.

Conversaron un poco más de trivialidades; después profundizaron un poco más. Pablo preguntó por Kathryn. Esteban se sorprendió de que recordara su nombre. Pablo sí se acordaba de Brittany. Esteban le dijo que estaba bien. Estaba a punto de obtener su diploma de la escuela secundaria y esperaba poder continuar sus estudios en el colegio universitario local. Pablo le pidió una visita guiada y Esteban le mostró el resto del lugar.

Hablaban con cautela, rozando los límites de las heridas y los fracasos del pasado, avanzando a tientas. Quizás podrían volver a ser amigos, pero no sería de la noche a la mañana. Tendrían que encontrar su camino entre los escombros. El perdón era una decisión; la confianza llevaba tiempo.

—Será mejor que regrese. —Cuando Pablo le dio la mano en la puerta delantera, Esteban vaciló.

—Antes de que nos demos la mano, hay algunas cosas que tengo que confesarte, Pablo.

—Las mejillas de Pablo empalidecieron, mientras que Esteban sentía que las suyas se acaloraban—. Ya estás al tanto de que te guardé rencor desde que me fui de Centerville, pero además de eso... — *Dilo de una vez. Habla abiertamente*—. Estuve enamorado de tu esposa durante diez años. Hubo muchas veces en las que deseé que tu matrimonio fracasara para poder llegar como el príncipe azul y que Eunice cayera rendida a mis pies.

—Euny me contó esta tarde que podrías haber hecho un gran daño. Supe a qué se refería.

La atracción había sido mutua. Él no tenía intención de mencionar eso.

—No pasó nada, Pablo.

—Porque Eunice y tú fueron suficientemente prudentes para que no sucediera.

La última vez que la vio, no le fue fácil indicarle la puerta de salida. Poner al descubierto estas emociones lo haría asumir su responsabilidad.

—Es una persona muy especial.

—Según las palabras de mi hijo, ¿cómo podría alguien no amarla?

Qué bueno que Pablo entendiera lo que no se había dicho. A veces, Esteban se preguntaba si alguna vez olvidaría a Eunice Hudson. No había muchas mujeres como ella, y debía ser tratada como un tesoro caído del cielo. Pero, al menos, el Señor estaba levantando límites. Si Pablo cuidaba a Eunice como debía, Esteban nunca tendría que volver a enfrentar la tentación de encontrarla sola frente a su puerta. Esteban tenía la sensación de que Pablo cuidaría más el tesoro que Dios le había dado.

—Otra cosa: no me dijiste el nombre de la mujer.

—No.

—Fue Sheila Atherton, ¿verdad?

—No importa quién fue. Estuvo mal.

—Sí importa, porque yo la conocía. Ella intentó jugar conmigo mientras yo construía la casa en Quail Hollow. Supe de qué era capaz

desde el momento que la vi en tu oficina.

Me quedé callado por todas las razones equivocadas. Estaba enojado y fomenté mi propio resentimiento. Quería que te cayeras del caballo. O que recibieras una buena patada. Debería habértelo advertido. Lamento no haberlo hecho.

—En ese momento dudo que te hubiera escuchado, pero acepto tus disculpas.

—No fuiste el primero, Pablo. Dudo que seas el último.

—Eso no me hace sentir mejor en absoluto. Por encima de lo que sea Sheila, yo no tengo excusa. —Pablo le tendió la mano otra vez—. Pero gracias por decírmelo.

Especialmente, lo de Eunice. —Sonrió con tristeza—. Trataré mucho mejor a mi esposa en el futuro.

Esteban cerró la puerta y pidió la bendición de Dios sobre el matrimonio de Eunice y Pablo, así como su protección. Luego, se sentó a su tablero de dibujo, donde había estado estudiando y preparándose para los días que vendrían.

Pablo pasó horas trabajando en su confesión, escribiendo lo que era necesario decir, repasándolo para asegurarse de no dejar nada afuera. Cuando llegó la mañana del domingo, estaba exhausto. Pasó una hora de rodillas, orando, antes de ir a ducharse. Al afeitarse, sus manos temblaban. Se cortó. Si no era cuidadoso, se rebanaría su propia garganta. Se lavó la cara, usó el lápiz hemostático para detener el sangrado y se vistió cuidadosamente. La corbata lo apretaba como la horca.

La casa estaba silenciosa cuando salió de la oficina. La puerta de la habitación principal estaba cerrada. Igual que la del cuarto de huéspedes. La puerta de Timoteo estaba abierta, pero él había salido. Pablo sabía que no tenía ningún derecho a esperar que su familia asistiera a la iglesia con él, en especial hoy.

Llegó una hora antes y solo, con sus notas cuidadosamente organizadas en una carpeta que dejó sobre el asiento. Quería estar preparado. Esta vez, tenía que hacerlo correctamente.

La iglesia estaba abierta, los miembros del coro ensayaban. Sonaban muy bien, pero las palabras no tenían nada que ver con el mensaje que Pablo daría esa mañana, y nada que ver con la sangre de Jesucristo, quien los había salvado de la condenación eterna.

Pablo entró a su oficina. La última vez que estuvo aquí fue la mañana que Eunice lo encontró con Sheila Atherton. Con el rostro encendido, acomodó los almohadones del sofá, devolvió la silla a su lugar y se sentó en su escritorio. Borró el número de Sheila del discado rápido. Sacó la fotografía de Eunice del cajón de su escritorio y la miró. Dejó la fotografía sobre el escritorio. Pensó en Jesús en el huerto de Getsemaní, sudando gotas de sangre porque sabía lo que tenía que hacer.

Lloró.

Ayúdame a hacer lo correcto, Dios. Por una vez, permíteme hacerlo como se debe. Ay, Señor, Tú me viste deambular. Me observabas mientras llevaba a todas esas personas por el mal camino.

Fuiste testigo de cada pecado que cometí. Estaba tan ocupado forjando mi camino en el mundo, que perdí el rumbo. Contra Ti y solo contra Ti he pecado y, al hacerlo, he causado un daño inconmensurable a otros.

Los automóviles empezaron a llenar el estacionamiento. Los ujieres estaban recogiendo los boletines en la oficina exterior. Podía oírlos conversar. Esta vez, ni siquiera le había puesto un título a su sermón.

Ahora había más silencio. Todos estarían buscando sus asientos. Podía escuchar la música que sonaba, el tipo de música que hacía sentir cómodos a todos. Una combinación de canciones. Ni un himno entre ellas. Sintió un escalofrío cuando recordó el momento en que le dijo a Eunice que ya no sería parte del ministerio de la música porque se había atrevido a cantar una canción sobre la sangre purificadora de Jesús.

Echó un último vistazo a sus notas, las metió en su Biblia y salió de la oficina. Su corazón latía más fuerte a cada paso. Tenía el estómago contraído. Las palmas de sus manos sudaban. Entró por el pasillo a una pequeña sala de espera. Se dio cuenta de que era como el camerino de un teatro. El coro estaba cantando.

—¡Ahí estás! —Uno de los pastores asociados se acercó, riendo nerviosamente—. Estaba empezando a dudar si debía bajar corriendo a mi oficina y sacar uno de mis viejos sermones.

Juan Deerman se encontró con él en la entrada lateral al escenario y le dio la mano.

—Estaré orando por ti, hermano.

Todo estaba listo para Pablo Hudson. El público estaba preparado. Era hora de que el artista principal subiera al escenario y los sorprendiera.

Dondequiera que observara, Pablo se encontraba cara a cara con lo que había hecho durante los últimos catorce años. La congregación aplaudió mientras los miembros del coro, vestidos con túnicas rojas de satén con ribetes blancos salían en fila, de manera organizada.

—Qué bueno tenerlo de regreso, pastor Pablo —dijeron varios mientras pasaban.

Uno se acercó a él.

—Hombre, sí que lo extrañamos el domingo pasado. ¡No es lo mismo cuando tenemos un orador invitado!

Pablo cruzó el escenario y puso su Biblia en el podio. La abrió, sacó sus notas y las desplegó para poder darles una ojeada. Era el sermón más importante de su vida. No quería estropearlo.

De pronto, todo estuvo tan silencioso que sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Levantó la cabeza y vio el mar de rostros.

Eunice estaba sentada en la primera fila con la cabeza agachada. Timoteo estaba a su derecha con la mirada levantada hacia él, como él debía haber mirado a su propio padre. Su madre estaba junto a Eunice, a la izquierda, con una expresión cautelosa.

¿Estaba preparándose para otra desilusión?

Fila tras fila, reconoció los rostros de las personas que habían venido a escucharlo hablar a lo largo de los años. Hablar, no predicar. Entretener, no iluminar.

Se sorprendió al ver a Reka en el octavo banco. Entrelazó las manos y las apretó contra su corazón. Una ofrenda de perdón y hermandad. A Pablo se le hizo un nudo en la garganta.

Había dos hombres de pie en la puerta abierta del santuario. Samuel Mason se apoyó pesadamente en su bastón al ingresar en el último

banco, se deslizó lo suficiente para hacerle lugar a Esteban Decker y se sentó.

Pablo oyó el suave murmullo de la multitud. Se sentían incómodos con su prolongado silencio. Estaban acostumbrados a que él saliera con pasos enérgicos sobre el escenario y soltara un estruendoso «¡Buenos días!». Las personas se miraban unas a otras y murmuraban. Vio que algunos oraban.

¿Hablaría para complacer a la multitud? ¿O hablaría al público de Uno? ¿Caminaría por miedo o por fe? Todo se reducía a eso. El miedo lo había hecho concentrarse en sus problemas. El miedo lo había llevado a rebelarse y a correr por el ancho camino que su padre había dispuesto para él, un camino de prestigio, popularidad y prosperidad; el camino del orgullo y la perdición.

¿Qué iba a ser? ¿Medias vueltas y verdades a medias? ¿O un giro de ciento ochenta grados?

Pablo no miró sus notas. No las necesitaba. Él necesitaba a Jesús. Oró en silencio pidiendo que el Señor le diera las palabras, y entonces dijo:

—He presentado mi renuncia al consejo, y estoy retirándome de cualquier puesto de liderazgo en cualquier iglesia, en el futuro próximo. —Vio sus caras; escuchó la ráfaga de murmullos, y continuó—: Es necesario que lo haga, porque he pecado gravemente contra el Señor.

Quebrantado y contrito, Pablo Hudson desnudó su alma ante su congregación y, mientras lo hacía, el miedo lo abandonó. Habló abiertamente sobre su lucha con la verdad, su entrega al orgullo, su precipitada caída en el pecado y sobre los costos devastadores para las personas a quien él más amaba: su esposa, su hijo, sus amigos, sus hermanos y hermanas en Cristo. Después de todo lo que él había hecho, incluso ahora, ellos eran fieles y oraban por él.

Y entonces habló sobre su Redentor, Jesucristo. Habló sobre el amor de Dios, quien dio a su único Hijo, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna, incluso los hombres como él, que había fallado en todos los frentes: como esposo, padre, amigo, y pastor. Mientras Cristo estaba colgado en la cruz, agonizando, dijo: «¡Todo está cumplido!». Y así fue. La victoria no llegaría a través del esfuerzo humano, sino que ya había sido obtenida por Cristo Jesús cuando demostró que tenía poder sobre la muerte, y que únicamente en Él había vida.

—En este mundo tendrán tribulaciones, pero, en Cristo, tienen vida. Cuando se entregan a Jesucristo, nada puede separarlos del amor de Dios. Él nunca los dejará.

Pablo no sabía qué le esperaba al finalizar este servicio. No sabía qué pasaría en los próximos días. Lo que le pasara a él no importaba. Le importaban estas personas. Habló sin mirar al reloj de la pared y sin tratar de mantener su presentación en quince minutos exactos, porque podían llegar a dejar de prestarle atención. Dijo lo que debía decir y oró para que Dios hiciera algo con ello.

Venga lo que venga, Señor, y pase lo que pase, hazme seguir siendo fiel.

—A lo largo de los años, me han buscado para que les diera respuestas, y yo los llevé por el mal camino. Hoy, por primera vez en años, he predicado el verdadero evangelio de Jesucristo, Dios el Hijo del Dios todopoderoso. Y ahora, debo hacerles una advertencia: cuando deje este cargo, vendrá otro hombre y les hablará. Y les digo honestamente: ustedes tendrán que rendir cuentas por lo que crean. La ignorancia no será una excusa. Y esta es la verdad: ¡Es a Jesucristo al que deben seguir! Jesús es el único que murió por ustedes. Jesús es el único que tiene poder sobre el pecado y sobre la muerte. Jesús es su Salvador y Señor. No existe ningún otro camino a la salvación que por medio de la fe en Él.

Dijo todo lo que Dios lo había llamado a decir, y no dijo nada más. Ni un alma susurró en la iglesia. Nadie se movió. No había ningún sonido en el santuario.

Pablo dirigió una larga y última mirada a su congregación y sintió un amor arrollador por ellos. Tantas ovejas perdidas. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Amados, escuchen la verdad. Guárdenla en su corazón y estén en paz. En Cristo, no tienen nada que temer. Sin Él, no tienen ninguna esperanza.

Pablo Hudson tomó su Biblia y dejó el escenario.

EPÍ LO GO

EL CONSEJO DEL CENTRO NUEVA VIDA DEL VALLE escuchó la recomendación de Pablo y lo remplazó con Deerman. En pocos meses comenzaron a llover las cartas de queja.

Los miembros no estaban dispuestos a seguir escuchando la prédica del evangelio de labios de Juan. El consejo decidió despedirlo.

Al no haber una persona al frente, los líderes se enfrentaron, armaron bandos y hubo luchas por el poder. Trajeron predicadores invitados, pasaron películas. La concurrencia disminuyó. Las ofrendas disminuyeron. Se acumularon las facturas impagas. Ya desesperados, los miembros del consejo se unieron lo suficiente como para contratar un nuevo pastor, uno con talento para la oratoria pública y experiencia en presentaciones multimedia. Las ofrendas aumentaron, pero los problemas no desaparecieron. Los acreedores amenazaban con llevar a juicio a la iglesia.

El consejo contrató a un auditor.

Marvin Lockford desapareció. Sheila Atherton tampoco volvió a ser vista. Los auditores informaron al consejo que en los últimos diez años se había acumulado una deuda de tres millones de dólares. Los diez años en los que Marvin Lockford había sido el tesorero de la iglesia.

Rob Atherton inició el divorcio con una denuncia por abandono y puso en venta su casa en Quail Hollow. El mercado ardía por las propiedades de lujo, de modo que se vendió en pocos días, y se remató todo lo que contenía. Rob se mudó a Florida, con el anhelo de reconciliarse con su primera esposa.

El CNVV se derrumbó como un castillo de naipes. Los feligreses se dispersaron como ganado en estampida. A algunos se los vio pastando en iglesias que ofrecían una amplia variedad de programas destinados a atraer al público. Otros, devastados y enojados, juraron no volver a entrar jamás en una iglesia. Un pequeño grupo se quedó y se esforzó por resucitar al CNVV. No pudieron reunir el dinero para pagar la hipoteca y, entonces, pusieron en venta la propiedad. La compró una corporación, y la remodelación comenzó apenas colocaron un cartel: *Futura Sede del Centro de Artes Escénicas del Valle*.

Esteban Decker continuó dando estudios bíblicos en Rockville. El grupo creció hasta colmar el sótano de su casa, por lo que decidieron alquilar el salón social de una iglesia cuya membresía estaba disminuyendo. Esteban comenzó a salir con Karen Kessler.

Kathryn Decker se internó en un centro para el tratamiento de adicciones a las drogas y al alcohol.

Brittany Decker aprobó el examen de secundaria en Sacramento y se inscribió en un colegio universitario. Jack Bodene se mantuvo ocupado haciendo muebles de cocina para un constructor de casas en Granite Bay y Gold River. Organizó en una iglesia local un programa cristiano de recuperación en doce pasos. Pocos meses después, él y Brittany anunciaron su compromiso.

Loida Hudson se quedó en Reseda y se unió a una pequeña congregación local, donde enseñaba a un grupo de escuela secundaria.

Timoteo Hudson completó su entrenamiento y fue desplegado al Medio Oriente. Se comunicaba con sus padres por correo electrónico.

En apenas unas semanas, ya había reunido a seis muchachos para estudiar la Biblia en la barraca.

Samuel falleció silenciosamente mientras dormía, un mes después de la partida de Timoteo. El funeral se llevó a cabo en Rockville.

Pablo Hudson consiguió un empleo como profesor suplente en las escuelas secundarias de la zona. Eunice consiguió un puesto como cajera en Walmart. A menudo la requerían para que cantara en bodas y funerales. Volvió a componer. Cuando supieron que Millie Bruester había decidido mudarse, le hicieron una oferta por su modesto bungaló americano. Millie aceptó. Pablo y Eunice la ayudaron a mudarse al departamento de Samuel en la residencia de departamentos Vine Hill.

Un grupo remanente de la membresía cristiana de Centerville se acercó a Pablo y le preguntó si estaba dispuesto a enseñar un estudio bíblico. Después de orar un tiempo y analizar la propuesta con Eunice, Esteban y Karen, Pablo les sugirió a Juan Deerman. El grupo comenzó a encontrarse los lunes por la noche en Charlie's, pero pronto superaron la capacidad del pequeño restaurante.

Pablo y Esteban comenzaron a reunirse para almorzar cada semana. Compartían sus conflictos y oraban el uno por el otro. Los martes y jueves por la noche, Pablo iba al hospital de convalecientes Vine Hill para un estudio bíblico y visitar a los residentes.

A Pablo y Eunice Hudson se les veía con frecuencia paseando y tomando café en la pequeña cafetería al aire libre sobre la calle Principal. Muchos comentaban que Pablo Hudson tuvo que ser muy

valiente para quedarse en Centerville después de lo que había hecho. Quizás era el único lugar del mundo donde no podía esconderse y donde tendría que rendir cuentas por el resto de sus días. Porque estarían observándolo mientras él reafirmaba su fe y le permitía al Señor que reconstruyera Su templo sobre el firme fundamento de Cristo Jesús.

Quizás fuera ese el lugar donde Pablo Hudson todavía podía ser pastor de una iglesia sin paredes.

Preguntas para discusión

QUERIDO LECTOR:

Esperamos que haya disfrutado de esta oportuna novela de Francine Rivers sobre la temática de las relaciones personales, la iglesia, y el llamado de Dios a las personas.

Como siempre, el deseo de Francine es que usted, como lector o lectora, profundice en la Palabra de Dios para descubrir por sí mismo las verdades que transforman la vida.

Confiamos que las preguntas a continuación lo ayuden en esa dirección.

El shofar es una trompeta; por lo general se elabora con el cuerno de un carnero. En el Antiguo Testamento, Josué, Gedeón y Joab, por nombrar a algunos, usaban el shofar para conducir a los hijos de Israel. Se usaba para dar anuncios, alertar o prevenir del peligro, convocar a la batalla o llamar a la acción. El shofar todavía se usa en el judaísmo para invitar a la gente a rendir cuentas el Día de la Expiación (Yom Kipur). En Zacarías 9:14 leemos que el Señor mismo hará sonar el shofar para llamar a su pueblo.

En el Nuevo Testamento, leemos que los ángeles usarán la trompeta para anunciar las advertencias sobre el «fin de los tiempos», y, en su momento, el regreso de Cristo.

Hoy, el Espíritu Santo y la Palabra de Dios, la Biblia, nos convocan de una manera muy similar a la del shofar: la voz de Dios nos previene y nos alerta sobre el peligro, nos invita a la acción o al reposo, y, lo que es más importante, nos llama a rendir cuentas. En *Y el shofar sonó*,

leemos sobre las diferentes maneras en que la gente cree que oye la voz de Dios —algunas auténticas, otras falsas— y, además, las diferentes respuestas que le dan. A veces, Dios habla en un «suave susurro»; otras, en un viento impetuoso. Las primeras preguntas que uno se hace son: ¿Estamos escuchando? ¿Estamos atentos a la voz de Dios? ¿Cómo responderemos?

Que Dios lo bendiga mientras busca las respuestas en Él. ¡Sin duda, el shofar sonará!

Peggy Lynch

1.

Elija dos de los personajes de la novela y compare o contraste la manera en que oyeron la voz de Dios.

2.

Analice un llamado falso que aparezca en el relato: una ocasión en la que alguien haya pensado que escuchaba la voz de Dios, pero en realidad estaba equivocado.

¿Cómo respondió esa persona? ¿Cuáles fueron las consecuencias?

3.

Primera de Juan 4:1 dice: «Queridos amigos, no les crean a todos los que afirman hablar de parte del Espíritu. Pónganlos a prueba para averiguar si el espíritu que tienen realmente proviene de Dios, porque hay muchos falsos profetas en el mundo». ¿Qué nos enseña este versículo, y cómo podría aplicarse al relato de la novela?

4.

Dios nos habla a menudo por medio de Su Palabra, la Biblia, o por medio de las exhortaciones del Espíritu Santo. Comparta una de esas ocasiones de su experiencia personal. ¿Cómo escuchó usted la voz de Dios? ¿En qué circunstancia le ocurrió? ¿Cuál fue su respuesta o qué hizo, y cuáles fueron las consecuencias?

5.

Romanos 8:28-29 dice: «Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos. Pues Dios conoció a los suyos de

antemano y los eligió para que llegaran a ser como su Hijo». ¿Con qué propósito nos llama Dios? ¿Cómo elige Dios lograr este propósito?

6.

Examine su corazón, su mente, su vida. ¿Qué evidencia tiene de que Dios le está hablando?

7.

Analice las diferentes perspectivas sobre cómo edificar una iglesia: la de Samuel, la del padre de Pablo, la de Pablo y la de Esteban.

8.

¿En qué cambió la perspectiva de Pablo? ¿Qué fue lo que impulsó ese cambio?

¿Qué acciones confirmaron el cambio? ¿En qué cambió Esteban?

9.

¿Cómo desarrolla usted relaciones personales? ¿Cómo percibe el crecimiento de la iglesia?

10.

El Salmo 127:1 afirma: «Si el SEÑOR no construye la casa, el trabajo de los constructores es una pérdida de tiempo». ¿Qué implica este texto acerca de la construcción, tanto de las relaciones como de las iglesias?

11.

Hechos 2:41, 47 dice: « Los que creyeron [...] fueron bautizados y sumados a la iglesia en ese mismo día, como tres mil en total. [...] Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos». Según este pasaje, ¿cómo creció en número la iglesia primitiva? ¿Cuáles eran los requisitos?

12.

Primera de Corintios 12:4-7, 27 dice: «Hay distintas clases de dones espirituales, pero el mismo Espíritu es la fuente de todos ellos. Hay distintas formas de servir, [...]

Dios trabaja de maneras diferentes, pero es el mismo Dios quien hace

la obra en todos nosotros. A cada uno de nosotros se nos da un don espiritual para que nos ayudemos

mutuamente. [...] Todos ustedes en conjunto son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es parte de ese cuerpo». ¿Con qué propósito se dan los dones espirituales?

¿Cuál es el papel que usted y sus dones deben desempeñar en la iglesia, el cuerpo de Cristo?

Acerca de la autora

LA ESCRITORA DE ÉXITO DE VENTAS del *New York Times*, Francine Rivers, comenzó su carrera literaria en la Universidad de Nevada, Reno, cuando obtuvo la Licenciatura en Humanidades con especialización en Literatura y Periodismo. Entre 1976 y 1985, mantuvo un desempeño exitoso en el mercado general; sus libros eran altamente valorados por lectores y críticos. Aunque creció en un hogar religioso, Francine no se encontró verdaderamente con Cristo hasta más tarde en su vida, cuando ya estaba casada, tenía tres hijos y era una novelista romántica consagrada.

Poco después de convertirse en una cristiana nacida de nuevo, en 1986, Francine escribió *Amor redentor* como su declaración de fe. La novela fue publicada primero en inglés por Bantam Books, y relanzada a mediados de la década de los noventa por Multnomah Publishers. Esta nueva versión de la historia bíblica de Gomer y Oseas, situada en la época de la Fiebre del Oro en California, actualmente es considerada por muchos como una obra clásica de la ficción cristiana. *Amor redentor* continúa siendo uno de los títulos más vendidos de la Christian Booksellers Association (Asociación de libreros cristianos) y se ha mantenido durante una década entre los libros cristianos de mayor venta.

Después de *Amor redentor*, Francine ha publicado muchas novelas sobre temas cristianos, todas éxito de ventas, y ha mantenido el reconocimiento de la industria y la lealtad de sus lectores en todo el mundo. Sus novelas cristianas han sido premiadas o nominadas a numerosos honores, incluyendo el Premio RITA, el Premio Christy, el ECPA Gold Medallion y el Holt Medallion en Honor al Talento Literario Sobresaliente.

En 1997, después de obtener por tercera vez el Premio RITA por ficción inspiradora, Francine fue incluida en el Salón de la Fama de los Romance Writers of America (Escritores estadounidenses de novelas románticas). Sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas, y es considerada una autora de éxito de ventas en muchos países, entre ellos Alemania, Holanda y Sudáfrica.

Francine y su esposo, Rick, viven en el norte de California y disfrutan el tiempo que comparten con sus tres hijos ya adultos, y de cada oportunidad que tienen de consentir a sus nietos. Francine utiliza sus escritos para acercarse más al Señor, y, por medio de su obra, desea adorar y alabar a Jesús por todo lo que ha hecho y está haciendo en su

vida.

Visite su sitio en internet: francinerivers.autortyndale.com.